JACOBIN

LA CRISIS DEL SISTEMA IMPERIAL

Claudio Katz

LA CRISIS DEL SISTEMA IMPERIAL

Autoría
Claudio Katz

Ilustración de portada y contraportada
Leandro Mangado

Diseño y maquetación
Aldana Antoni

Fecha
Septiembre 2023

Más información
redaccion@jacobinlat.com
www.jacobinlat.com

JACOBIN

Jacobin es una voz destacada de la izquierda radical en el mundo que ofrece un punto de vista socialista sobre la política, la economía y la cultura.

LA CRISIS DEL SISTEMA IMPERIAL

Claudio Katz

ÍNDICE

PRÓLOGO Por Leandro Morgenfeld.....15

INTRODUCCIÓN

EL IMPERIALISMO EN TODAS LAS AGENDAS.....21
ESTADOS UNIDOS Y CHINA.....23
RUSIA Y MEDIO ORIENTE.....24
CONTROVERSIAS POLITICAS.....26

CAPITULO 1

EL SISTEMA IMPERIAL.....28
SINGULARIDADES Y AMOLDAMIENTOS.....29
MUTACIONES E INDEFINICIONES.....30
EROSIÓN DEL LIDERAZGO IMPERIAL.....31
EL FRACASO DEL BELICISMO.....32
INFLEXIBILIDAD DE UN ENTRAMADO.....33
UN IMPERIO NO HEGEMÓNICO EN GESTACION.....35
DIFERENCIAS CON EL PASADO.....36
EL IMPACTO DE UCRANIA.....37
EL PROTAGONISMO DE CHINA.....38
UNA NOVEDOSA UBICACIÓN.....39
SEMIPERIFERIAS Y SUBIMPERIALISMO.....40
ESPECIFICIDADES DEL SIGLO XXI.....41
LAS MIRADAS CLÁSICAS.....42
LOS CRITERIOS DE LENIN.....43
TRANSNACIONALISMO E IMPERIO GLOBAL.....44

CAPITULO 2

LA RECUPERACIÓN IMPERIAL FALLIDA DE ESTADOS UNIDOS.....46
LA CENTRALIDAD BÉLICA.....47
ECONOMÍA ARMAMENTISTA.....48
LAS GUERRAS DE NUEVO TIPO.....49
ESCENARIOS CAÓTICOS.....51
LA FRACTURA INTERNA.....52
LOS FALLIDOS DE TRUMP.....54
LA NUEVA ESTRATEGIA DE REARME.....56
EL ASALTO AL CAPITOLIO.....58
CONTINUIDADES E INTERROGANTES.....61
ATASCOS EN LA IDEOLOGÍA.....63

CAPITULO 3

¿OCASO, SUPREMACÍA O TRANSNACIONALIZACIÓN?.....66
DESVENTURAS ECONÓMICAS.....67
LAS FRACTURAS INTERNAS.....68
ADVERSIDADES GEOPOLÍTICAS.....69
EL SIGNIFICADO DE LA MULTIPOLARIDAD.....71
APOLOGISTAS Y CRÍTICOS.....72
EL OCASO HEGEMÓNICO.....74
LA TESIS DE LA SUPREMACÍA ECONÓMICA.....76
EL IMPERIO GLOBAL.....78
ESCENARIOS Y DESENLACES.....80

CAPITULO 4

LA INDEFINICIÓN IMPERIAL CONTEMPORÁNEA.....82
VARIEDAD DE MODELOS.....82
LOS CICLOS HEGEMONICOS.....85
EL PERÍODO CLÁSICO.....86
COMPARACIÓN CON EL ANTECEDENTE BRITÁNICO.....90
DOS MUTACIONES DIFERENTES.....93
TRANSFORMACIONES CATEGÓRICAS.....94
ALTERACIONES INCIERTAS.....97
CONVULSIONES A LA VISTA.....98

CAPITULO 5

ESTADOS UNIDOS Y CHINA: UNA PUJA ENTRE POTENCIAS DISIMILES.....100
LA LÓGICA DE UNA AGRESIÓN.....101
EL CONTRAPUNTO DEFENSIVO.....102
LA DEFINICIÓN IMPERIAL.....104
VARIEDAD DE CORROBORACIONES.....105
STATUS INTERMEDIO, POTENCIA NO IMPERIAL.....107
COROLARIOS POLITICOS.....109

CAPÍTULO 6

CHINA: TAN DISTANTE DEL IMPERIALISMO COMO DEL SUR GLOBAL.....110
COMPARACIONES INADECUADAS.....111
CRITERIOS ERRÓNEOS.....112
UN STATUS SÓLO POTENCIAL.....114
TENDENCIAS IRRESUELTAS.....115

¿DEPREDADORES Y COLONIZADORES?.....116
ALEJADA DEL SUR GLOBAL.....118
MIRADAS INDULGENTES.....120
CONTROVERSIAS SOBRE LA COOPERACIÓN.....122
DISYUNTIVAS Y ESCENARIOS.....123

CAPITULO 7

¿DESACOPLE O RUTA DE LA SEDA?.....125
LOS LÍMITES DEL DESCOPLE.....126
LA RUTA DE LA SEDA.....128
LA NUEVA TENSIÓN CON ESTADOS UNIDOS.....129
COMERCIO Y MONEDA.....130
LA CONFRONTACIÓN TECNOLÓGICA.....131
INCIERTOSRESULTADOS.....133
EL TEST DEL NUEVO ESCENARIO.....135
INCÓGNITAS POLITICAS INTERNAS.....136
LA PROTESTA SOCIAL.....137

CAPITULO 8

¿CAPITALISMO O SOCIALISMO?.....139
PILARES, ETAPAS Y SINGULARIDADES.....140
DESEQUILIBRIOS SIN NEOLIBERALISMO, NI FINANCIARIZACIÓN.....142
NEOLIBERALES Y HETERODOXOS.....144
JUSTIFICACIONESMILENARISTAS.....145
ANTECEDENTES, MODELOS Y AFINIDADES.....150
TRES VARIANTES DE RESTAURACIÓN.....151

CAPITULO 9

PROYECTOS EN DISPUTA.....157
¿SOCIALISMO DE MERCADO?.....158
¿CAPITALISMO CONSUMADO?.....160
BURGUESÍA Y FUNCIONARIOS SIN FUSIÓN.....162
LUCHA, REPRESIÓN Y LEGADO.....163
¿UN TRANSITORIO CAPITALISMO DE ESTADO?.....165
CONFRONTACIÓN DE INTERESES Y PROGRAMAS.....166

CAPITULO 10

¿ES RUSIA UNA POTENCIA IMPERIALISTA? GESTACIÓN NO HEGEMÓNICA.....169
DESACIERTOS CONVENCIONALES.....170

LA REINTRODUCCIÓN DEL CAPITALISMO.....171
UN MODELO CONTRADICTORIO E INCIERTO.....173
ACTUAL SEMIPERIFERIA.....174
EL ACOSO IMPERIAL NORTEAMERICANO.....175
COMPLICIDADES Y REACCIONES.....176
INTERVENCIÓN EXTERNA Y ARMAMENTO.....178
UN IMPERIO NO HEGEMÓNICO EN GESTACIÓN.....179

CAPITULO 11

EL LEGADO DE LENIN.....181
CRITERIOS INCUMPLIDOS.....182
INDICIOS MÁS CONTUNDENTES.....184
DILEMAS CON CHINA.....185
LENIN AYER Y HOY.....186
LA CENTRALIDAD DE LA GUERRA.....187

CAPITULO 12

CONTINUIDADES, RECONSTITUCIONES Y RUPTURAS.....190
CONTRASTES Y SEMEJANZAS CON EL PASADO.....191
CONTRASTES CON 1914-18.....192
DIFERENCIAS CON EL SUBIMPERIALISMO.....194
NO HUBO IMPERIALISMO SOVIÉTICO.....196
COMPLEJIDAD DE LAS TENSIONES NACIONALES.....199
UN STATUS IRRESUELTO.....200

CAPITULO 13

MIRADAS BENÉVOLAS.....203
¿UN PERFIL SEMICOLONIAL?.....204
ARGUMENTOS INADECUADOS.....205
TENDENCIAS OPRESIVAS.....206
ARBITRAJES Y TENSIONES.....207
LA IZQUIERDA FRENTE A PUTIN.....208
ANTIIMPERIALISMO Y SUJETO POPULAR.....209

CAPITULO 14

FRACASOS, FALACIAS Y REPLANTEOS EN EL "GRAN ORIENTE MEDIO".....211
DOS REPLIEGUES.....212
TRES FRACASOS.....213
PRETEXTOS Y MENTIRAS.....215

"DESARTICULAR EL TERRORISMO"....217
"PACIFICAR LA REGIÓN"....218
"CIVILIZAR Y MODERNIZAR"....219
PETRÓLEO Y ARMAS....221
"DEMOCRATIZAR LAS SOCIEDADES"....222
¿FIN DEL BELICISMO?....223
REPLANTEOS SIN ABANDONO....225

CAPITULO 15

TRES PERFILES DIFERENTES AL IMPERIALISMO DOMINANTE....227
REEMPLAZO Y SOMETIMIENTO....228
SUBORDINACIÓN Y CRISIS....229
ALTERIMPERIALISMO....230
LA REAPARICIÓN DE MOSCÚ....231
EL REGRESO A ORIENTE....232
IMPERIO EN FORMACIÓN....233
LA AMENAZA ECONÓMICA DE CHINA....235
EL GIRO DE PAKISTÁN....236
UN STATUS NO IMPERIAL....237

CAPITULO 16

EL SUBIMPERIALISMO EN MEDIO ORIENTE....239
CARACTERÍSTICAS Y SINGULARIDADES....240
ACTUALIDAD Y RAÍCES....241
EL PROTOTIPO DE TURQUÍA....243
AVENTURAS EXTERNAS, AUTORITARISMO INTERNO....245
AMBIVALENCIAS Y RIVALES....246
EL POTENCIAL MODELO SAUDITA....248
EL PELIGROSO DESCONTROL DE LA TEOCRACIA....251
AL BORDE DEL PRECIPICIO....253
CONTRADICTORIA RECONSTITUCIÓN EN IRÁN....255
DEFENSAS Y RIVALIDADES....256
ESCENARIOS CRÍTICOS....257

CAPITULO 17

EL COIMPERIALISMO EN MEDIO ORIENTE....259
LA SIMBIOSIS CON ESTADOS UNIDOS....260
BELICISMO ESTRUCTURAL....262
COLONIALISMO TARDÍO....263
VIOLENCIA SIN FIN....264

¿DOS ESTADOS O UN ESTADO?.....266

CAPITULO 18

DERROTAS DEL IMPERIALISMO SIN VICTORIAS PROGRESISTAS...268
UN RESULTADO CONTRADICTORIO.....269
EL ROL DEL YIHADISMO.....271
DEL PANARABISMO AL CALIFATO.....272
CRISIS IMPERIAL CON FRUSTRACIONES DEMOCRÁTICAS.....273
ANTICIPOS DE NUEVAS PRIMAVERAS.....275
SUPERACIÓN DE LAS FRACTURAS CONFESIONALES.....277
AVANCES NACIONALES SIN ANTIIMPERIALISMO.....278
LOS DILEMAS DEL KURDISTÁN.....280
TRES BATALLAS CONJUNTAS.....282

CAPITULO 19

EL ANTIIMPERIALISMO Y LA IZQUIERDA EN MEDIO ORIENTE.....283
SIMPLIFICACIONES Y OMISIONES.....284
¿EL COMPLOT DE LA PRIMAVERA?.....285
INVOLUCIÓN DEL VIEJO NACIONALISMO.....287
LAS INDEFINCIONES NEUTRALISTAS.....288
"¿SON TODOS IGUALES?".....290
EL TEST DE LIBIA.....292
LAS CONTROVERTIDAS "ZONAS DE EXCLUSIÓN".....294
LOS DILEMAS DE SIRIA.....295
"¿REVOLUCIONES DEMOCRÁTICAS?".....297
ESTRATEGIAS ANTIIMPERIALISTAS.....298

CAPITULO 20

DOS CONFRONTACIONES EN UCRANIA.....299
SORPRESAS, REACCIONES E IMPREVISTOS.....300
EL PRINCIPAL RESPONSABLE.....301
SOMETER A EUROPA.....302
LA ESCALADA DESDE KIEV.....303
LA REACCIÓN DE MOSCÚ.....305
EL DESPRECIO AL PUEBLO.....306
LA DENUNCIA DE LA OTAN.....308
LAS CONDICIONES DE LA AUTODETERMINACIÓN.....310

CAPITULO 21

DIAGNÓSTICOS Y CONTROVERSIAS SOBRE UCRANIA.....313
CONTRADICTORIAS EVALUACIONES.....313
LOS OBJETIVOS NORTEAMERICANOS.....315
LA INDAMISIBLE INVASIÓN.....316
EL SENTIDO DE LA PAZ INMEDIATA.....317
COMPLEJIDADES DE LA SOBERANÍA.....318
EXCULPAR A LA OTAN.....320
¿ARMAS PARA LAS TROPAS DE UCRANIA?.....321
VAGAS Y EXPLÍCITAS APROBACIONES.....323
OMISIÓN DEL SUJETO POPULAR.....325
EL TIPO DE GUERRA EN CURSO 326

CAPITULO 22

DESACIERTOS SOBRE EL IMPERIALISMO CONTEMPORÁNEO.....328
ENIGMAS SIN RESPUESTAS.....330
EVASIÓN DE LOS PROBLEMAS.....331
SINGULARIDADES DE UN DECLIVE.....332
INCOMPRENSIÓN DE NUEVOS CONCEPTOS.....333
PROBLEMAS DE CLASIFICACIÓN.....335
ESTRECHEZ DE CATEGORÍAS.....338
NEUTRALISMO Y EQUIPARACIONES.....340
DESCONSIDERACIÓN Y DERROTISMO.....342
ENEMIGOS INDISTINTOS, ADVERSARIOS EN CADENA.....343

REFERENCIAS **345**

LA CRISIS DEL SISTEMA IMPERIAL

Prólogo

Por Leandro Morgenfeld

Este libro de Claudio Katz retoma y actualiza sus investigaciones sobre el imperialismo, en un contexto de aumento del desorden global y escalada de tensiones, incluso militares, entre Estados Unidos, China y Rusia. Dialoga con un trabajo suyo anterior, *Bajo el imperio del capital* (Ediciones Luxemburg, 2011), obra fundamental en la que analiza cómo opera el imperialismo en el siglo XXI, pero que se remonta a los orígenes del fenómeno clásico, aquel analizado por Lenin, Kautsky, Luxemburgo, Hilferding y Hobson. En aquella obra, Katz retomaba a esos autores, los hacía discutir, los diseccionaba y discernía qué seguía sirviendo y qué no de cada uno de ellos. Ya en aquel trabajo, como también en *La teoría de la dependencia 50 años después* (Batalla de ideas, 2018), la preocupación de este reconocido economista argentino no se centraba en saldar el histórico debate sobre el imperialismo, sino en, desde una perspectiva marxista, dilucidar hasta qué punto y en qué sentido es válido hablar en la actualidad de este concepto. Esa forma de abordar los problemas, retomando sin dogmatismos debates centrales en las ciencias sociales y en el marxismo en particular, se despliega en *La crisis del sistema imperial*. A diferencia de lo que ocurría hace poco más de una década, cuando el concepto de *imperialismo* parecía todavía marginal, hoy en día, a caballo de la *guerra fría* que Estados Unidos promueve contra Rusia y China, está presente en buena parte de las discusiones sobre geopolítica, aunque suele ser omitido todavía por muchos de los analistas internacionales. Asistimos, entonces, a un saludable renacimiento de los debates sobre el imperialismo. Su sola mención, resalta el autor, explicita que los poderes dominantes ejercen su primacía por medio de la fuerza.

Sin alusiones a la situación particular de Nuestra América, que son abordadas en otra obra de Katz de inminente publicación, *Las encrucijadas de América Latina. Derecha, progresismo e izquierda en el siglo XXI* (Batalla de ideas, 2023), este libro editado por *Jacobin* se compone de una serie de artículos publicados entre 2021 y 2023, que van siguiendo la compleja coyuntura global, a la vez que actualizando debates teóricos y polemizando con distintos exponentes de la izquierda y otras versiones.

La obra está dividida en 22 capítulos, que componen seis secciones. En la primera se define el *sistema imperial*, que rige desde la segunda posguerra, y al que, insiste Katz, hay que distinguir de su precedente clásico. El mismo tiene una dimensión económica –confisca recursos de la periferia-, otra política –combate la insurgencia popular- y otra geopolítica –muestra las rivalidades entre las distintas potencias-. Los escenarios de confrontaciones bélicas interimperialistas que sacudieron la primera mitad del siglo XX no se

repitieron en los últimos 75 años. De todas formas, más allá de que no se haya disparado la temida tercera guerra mundial –y de que, para Katz, hay diversas circunstancias que atenuarían esa posibilidad, al menos en el futuro inmediato-, sí hay elementos de continuidad resaltados por autor: el elemento coercitivo sigue siendo central. La, hasta ahora, ausencia de confrontaciones bélicas frontales entre las potencias no significó una disminución de los gastos militares, sino todo lo contrario. Hay múltiples confrontaciones bélicas, que para analistas como Gabriel Merino son parte de una guerra mundial híbrida y fragmentada. Y tampoco se puede descartar completamente, a futuro, la posibilidad de una confrontación bélica de escala global.

En la segunda sección del libro (capítulos 2, 3 y 4), Katz analiza uno de los temas más debatidos en la actualidad: el declive estadounidense. Se estudia en esta parte la recuperación imperial fallida de Estados Unidos –habiendo fracasado las distintas estrategias impulsadas por Trump y Biden, aumentan las fracturas internas en ese país-, la discusión entre ocaso, supremacía o trasnacionalización y la indefinición imperial contemporánea. El autor es prudente a la hora de hacer pronósticos, entre otros motivos porque destaca acertadamente que no hay caminos prefijados ni tendencias inmutables, sino que las resoluciones de las contradicciones dialécticas tienen que ver con cambiantes correlaciones de fuerzas y, especialmente, con la lucha social. Katz analiza los aciertos y errores de las teorías de la sucesión hegemónica (China reemplazaría a Estados Unidos, como antes éste reemplazó al Reino Unido) y del imperio global, mostrando las significativas diferencias entre el actual sistema imperial comandado por Estados Unidos y su antecedente británico. A la hora de entender cómo funciona el sistema, se analizan los casos del *alterimperialismo* del Reino Unido y Francia, así como las variantes de *coimperialismo* que encarnan Australia, Canadá o Israel.

En la tercera parte del libro Katz empieza a exponer un mapeo, bastante pormenorizado, de las potencias que se encuentran orbitando por fuera del sistema imperial. Los cinco capítulos de esa sección están dedicados al estudio de China: la rivalidad con Estados Unidos (señalando que no es una puja entre iguales), la situación singular del gigante asiático (no es una potencia imperial como Estados Unidos, pero tampoco parte del *Sur Global*), las disyuntivas entre el desacople y la integración a través de la Ruta de la Seda, el debate sobre el carácter del sistema económico-social y político imperante en China (restauración capitalista inconclusa con un régimen político singular) y los proyectos en disputa al interior del principal desafiante del sistema imperial. Recurriendo al concepto de *desarrollo desigual y combinado*, Katz critica las miradas indulgentes sobre el gigante asiático (descree de la posibilidad de que impulse una "mundialización inclusiva") y pone la lupa en los desequilibrios que ya muestra como economía desarrollada y como un acreedor muy significativo, fundamentalmente de países latinoamericanos y africanos. Esto sin olvidar, claro está, las características particulares de China, con un capitalismo muy avanzado, pero que no domina toda la economía, con una inserción internacional singular (expansión productiva, pero con prudencia geopolítica), y con la ausencia de neoliberalismo y financiarización,

que permitió un desarrollo acelerado en las últimas décadas, sobre la base de las transformaciones logradas luego de la revolución de 1949.

Los cuatro capítulos de la siguiente sección están dedicados al otro protagonista excluyente de las actuales tensiones en el escenario global: Rusia. Katz, a diferencia de muchos otros analistas, prefiere caracterizarla como un *imperio no hegemónico en gestación*. Discute el legado de Lenin, las continuidades, reconstituciones y rupturas desde la caída de la Unión Soviética y rebate los argumentos de quienes, atendiendo exclusivamente cuestiones geopolíticas, tienen una mirada benévola sobre el gobierno de Moscú. Rusia padece visibles debilidades económicas y una inserción internacional semiperiférica, basada básicamente en la exportación de bienes primarios (aunque también armamento). Sin embargo, esta debilidad económica contrasta con su muy activa intervención geopolítica externa, que incluye incursiones militares. El actual accionar de Rusia, bajo el comando de Putin, difiere tanto de la acción imperial zarista como de la expansión soviética, que nunca fue imperialista. Más allá de la confrontación con el sistema imperial encabezado por Estados Unidos y la OTAN, el actual gobierno de Moscú, destaca el autor, está totalmente alejado del universo progresista, con políticas que promueven los intereses de la oligarquía, equilibran las tensiones entre chauvinistas y liberales y atacan a las expresiones de izquierda.

La quinta parte está dedicada íntegramente, en sus cuatro capítulos, a analizar la región que fue un polvorín en las últimas décadas: Medio Oriente. Rescatando la categoría de *subimperialismo*, se analizan los casos de Turquía, Irán y Arabia Saudita. También se analiza la acción *coimperial* de Israel. La tragedia que padece esta región del planeta no se debe a cuestiones religiosas o culturales, como pretende el aparato de comunicación estadounidense, sino a los intentos de esa potencia de recuperar la primacía. Las acciones del Pentágono, explica Katz, son para controlar el petróleo, doblegar rebeliones y disuadir a los rivales. Sin embargo, los resultados fueron negativos para Washington en las últimas incursiones en Afganistán, Irak, Libia y Siria. La creciente presencia económica de China en la región está alterando las alianzas que supo construir Estados Unidos en las décadas precedentes.

En la sexta sección se abordan las consecuencias políticas de los conflictos que atraviesa todo el sistema imperial. Las derrotas de Estados Unidos en el Gran Oriente Medio, sin embargo, no implican necesariamente victorias populares. Los ejemplos de Afganistán, Irak, Libia o Siria ofrecen muestras claras de este planteo que evita los maniqueísmos. Katz propone al antiimperialismo como la principal brújula para posicionarse desde la izquierda ante los conflictos. Es fundamental, argumenta, analizar cómo gravita el protagonismo de las luchas populares a la hora de confrontar con el sistema imperial. Ni absolutizar los alineamientos geopolíticos, ni caer en neutralismos. Los capítulos 20 y 21 están dedicados a la guerra en Ucrania, deslindando responsabilidades, planteando el análisis conjunto de factores geopolíticos y de lucha de clases y autodeterminación de los pueblos, y a

la vez proponiendo cuáles podrían ser posicionamientos adecuados para las izquierdas. Katz critica la invasión rusa (que desconoce el derecho del pueblo ucraniano a la autodeterminación nacional), destacando a la vez que fue causada por el accionar imperialista de la OTAN y la política de ataques a la población rusa en el este de Ucrania. Desde este posicionamiento, se auspician los llamados internacionales a reiniciar urgentes negociaciones que detengan la tragedia humanitaria provocada por la guerra.

En el último capítulo Katz responde a los críticos de sus tesis, en particular a quienes defienden, desde una mirada economicista y dogmática, analizar la coyuntura actual como si fuera equivalente a la descrita por Lenin hace más de un siglo. El escenario actual, concluye, no puede comprenderse como si fuera similar al precedente, cuando se dio la contraposición entre imperialismos y semicolonias.

Este libro es parte de la vasta obra de Katz, que aborda los debates más importantes de la actualidad, desde una perspectiva marxista, pero sin desatender los aportes de otras corrientes de pensamiento. En la últimas dos décadas, este integrante del EDI -Economistas de Izquierda- publicó libros sobre el fututo del socialismo, la izquierda en América Latina, las disyuntivas entre el ALCA, el MERCOSUR y el ALBA, la actualidad teórica de la economía marxista, el imperialismo y la teoría de la dependencia, entre otros. El autor realiza, siempre, exhaustivos estados de la cuestión, que permiten orientarse incluso a quienes no sean especialistas en las problemáticas abordadas. Ese es uno de sus grandes aciertos, que se repite también en este libro. En cada tema, Katz organiza y presenta las distintas corrientes y posiciones, procurando no distorsionarlas, incluso cuando no coincide en absoluto con ellas. Este abordaje, lejos de los dogmatismos habituales, permite al lector reconstruir sistemas de problemas, conocer los debates más actuales e incluso arribar a síntesis que no sean las del autor. Además, gracias a su larga experiencia como docente y como periodista, presenta en forma sencilla y didáctica temas y problemáticas que suelen aparecer como lejanos e incomprensibles para el lector no especializado.

El tema específico de esta obra, la crisis del sistema imperial, reviste un gran interés para dilucidar hacia dónde se dirige el capitalismo y el actual (des) orden mundial. ¿Hay una mutación en ciernes hacia un sistema multipolar? ¿La decadencia del imperio americano es tan amplia como se estima? ¿El siglo XXI es el de la hegemonía china? ¿Es Rusia una potencia imperial? ¿Qué pasa con los subimperialismos? ¿Existe el Sur Global? ¿Qué rol juegan Europa, Turquía, Irán, Irak, Arabia Saudita, Israel, Canadá o Australia? ¿Puede haber otra guerra mundial como las del siglo pasado? ¿Qué carácter tienen los conflictos armados de los últimos años? ¿Cómo se van a procesar las tendencias y confrontaciones entre las principales potencias?

Si bien en cada tema Katz explicita su propia síntesis, en muchos casos no propone una respuesta contundente a los interrogantes planteados. Quizás sea más fructífero, a veces, explicar las contradicciones y las tensiones

latentes. El autor es cauto frente a los pronósticos y advierte contra las visiones encerradas en la mera coyuntura y contra quienes pronostican permanentemente, a veces sin fundamentos sólidos, qué tendencia va a imponerse sobre las otras.

Ya en su anterior obra sobre la temática, *Bajo el imperio del* capital, Katz se alejaba tanto de las visiones ortodoxas que plantean la continuidad de los esquemas leninistas, casi sin modificaciones, como de las tesis globalistas que descartan sin más el problema del imperialismo. Ni uno ni otro enfoque, sostenía, permiten comprender las contradicciones de la actualidad. No estamos en un contexto como el que describió Lenin, pero tampoco en un mundo en el que los Estados nacionales estén prácticamente disueltos. El capital empuja hacia la mundialización, pero las mediaciones estatales siguen vigentes. Discutiendo a y con los fundadores del marxismo-leninismo, Katz no tenía problemas en desechar hipótesis o análisis que juzga incorrectos. Puede parecer obvio, pero la superación de un enfoque dogmático es un punto de vista fundamental para mantener viva y útil la tradición de pensamiento crítico en la que el autor se inscribe.

Katz no asume una posición taxativa en muchos de los debates que plantea. No tiene ni una visión leninista ni anti o pos-leninista. A Katz no le interesan los encasillamientos ni los *slogans*, sino poner la lupa en las tensiones, en las contradicciones dialécticas. Es alguien a quien le importa más ver las diferencias tendencias operando -jerarquizadamente- que arriesgar cuál se puede imponer sobre otra. Y eso es, en parte, porque la dinámica de la lucha social, para él un factor clave en el análisis, no es fácilmente predecible, por no decir imposible. El sistema imperial, en crisis, no caerá por su propio peso, sino que su suerte dependerá de las luchas sociales.

Este libro es clave para entender la actual crisis mundial. Katz sostiene que el imperialismo contemporáneo (*el sistema imperial*) es claramente distinto de su antecedente clásico, en la esfera bélica (no hay actualmente guerras inter imperialistas), económica (creciente mundialización del capital) y política (gestión colectiva conjunta, liderada por Estados Unidos). Hay que destacar estos cambios, que hacen que las contradicciones de la opresión imperial del siglo XXI no sean las mismas que las de los albores del siglo pasado. Los enfoques leninistas ortodoxos no registran estos cambios, mientras que los globalistas exageran las mutaciones, descartando en la actualidad la noción de imperialismo, en cualquiera de sus acepciones. Para Katz, existe una tendencia a la integración de las clases burguesas, aunque está lejos de haberse consumado la constitución de una clase dominante global sin anclajes locales y sin mediación de los Estados nacionales. Las nuevas organizaciones multinacionales (OTAN, ONU, OMC, FMI, G8, G20) absorben atribuciones que en el pasado eran exclusivas de los Estados nacionales, pero no los sustituyen. La organización militar, por ejemplo, ya no es atributo exclusivo de cada Estado, sino que existe una gestión mundial coordinada y jerarquizada, en la que Estados Unidos ejerce un liderazgo singular.

Las crecientes tensiones entre Estados Unidos, China y Rusia obligan a precisar la caracterización de la época. Los análisis geopolíticos no deben soslayar, como orientación fundamental para las clases populares y las izquierdas, que el foco debe estar siempre en el apoyo a las luchas antiimperialistas. Esta obra de Katz, entonces, puede leerse como un mapa para entender el desorden global, desde la perspectiva que quienes quieren derrotar al sistema imperial.

Buenos Aires, 10 de septiembre de 2023

INTRODUCCIÓN

EL IMPERIALISMO EN TODAS LAS AGENDAS

La nueva guerra fría que promueve Estados Unidos contra Rusia y China trastoca el escenario internacional. La OTAN recobra protagonismo, Europa y Japón se rearman y la militarización permea todas las relaciones internacionales. Las consecuencias de esta escalada ya se verifican en los dos conflictos que convulsionan al planeta. La guerra de Ucrania y las tensiones en el Mar de China anticipan los dramáticos efectos de las confrontaciones en curso.

Este libro convoca a retomar el concepto de imperialismo para clarificar el nuevo escenario internacional. Propone superar la omisión de esa noción entre los comentaristas de la política mundial, que suelen eludir ese término por sus evidentes connotaciones críticas. La sola mención del imperialismo, recuerda que los poderes dominantes hacen valer su primacía por medio de la fuerza.

Para disimular la preeminencia de Estados Unidos en esa función coercitiva, los voceros de la primera potencia utilizan nociones sustitutas. Describen al gigante norteamericano como un ¨protector de Occidente¨ que ¨custodia el orden mundial¨. Realzan especialmente la capacidad disuasiva del Pentágono para evitar el caos, que suscitaría la ausencia de un ¨garante del equilibrio internacional¨. A lo sumo, mencionan al imperialismo para denostar las incursiones del campo opuesto. Las agresiones de la OTAN son invariablemente aprobadas o acalladas.

Este libro polemiza frontalmente con esas justificaciones y desenvuelve numerosas críticas contra sus voceros. Pero también registra que la renuencia a identificar a los Estados Unidos con el imperialismo, ya no es tan unánime entre los intelectuales del establishment. En la era Bush los ideólogos neoconservadores comenzaron a exaltar esa conexión. Ensalzaron la invasión a Afganistán e Irak y ponderaron sin inhibiciones terminológicas la acción imperial del Pentágono.

Ese enaltecimiento fue también compartido por algunas vertientes liberales, que elogiaron la renovada acción civilizatoria de los marines, en regiones periféricas despreciadas o pobladas por etnias igualmente descalificadas. Ambas corrientes encomiaron la misión imperial que atribuyen a un mandato divino o a peticiones de la ¨comunidad internacional¨.

Esa idealización del imperialismo perdió incidencia luego del fiasco afrontado por los invasores en Bagdad y Kabul. Su fracaso diluyó durante

algunos años la fantasía de recrear un ¨nuevo siglo americano¨. Pero al cabo de una década, las alabanzas y los camuflajes de la conducta imperial estadounidense han reaparecido a pleno. Los exaltadores remarcan la conveniencia de transparentar ese comportamiento dominante para maximizar su efectividad y los encubridores advierten contra el rechazo que genera esa glorificación. Las menciones al imperialismo en las publicaciones de la elite hegemónica se expanden y contraen, en sintonía con la prédica de una u otra variante.

Las referencias al imperialismo entre los pensadores críticos no están sujetas a esos condicionamientos, pero tienen menor gravitación que otros conceptos. Los cuestionamientos al neoliberalismo o al capitalismo son mucho más frecuentes, que las impugnaciones al imperialismo. Esa desconsideración suele obstruir la evaluación del escenario internacional.

Este libro pretende revertir esa desatención utilizando el concepto de sistema imperial. Esa noción contribuye a indagar la triple dimensión económica, política y geopolítica del principal dispositivo de dominación global. El primer plano involucra la confiscación de recursos que padece la periferia, el segundo ilustra cómo los poderosos confrontan con la insurgencia popular y el tercero clarifica las rivalidades entre las potencias.

El sistema imperial es la principal estructura de expropiación, coerción y competencia, que apuntalan los grandes capitalistas para preservar sus privilegios. En el capítulo que inicia la primera parte se expone una síntesis de este abordaje y en el resto del libro se estudia la conducta de los protagonistas, los socios, los acompañantes y los adversarios de ese dispositivo.

El sistema imperial rige desde la segunda mitad del siglo XX y difiere significativamente de su precedente clásico de la centuria pasada. Las guerras generalizadas entre potencias capitalistas que signaron a ese período, no se repitieron en el escenario posterior. En este contexto tampoco resurgieron los antiguos imperios. El modelo contemporáneo se asienta en cimientos sociales y gestiones capitalistas muy alejados de esos antecedentes.

Pero el sistema actual mantiene el pilar coercitivo que han compartido todas las modalidades imperiales, para dirimir primacías, acaparar lucros y consolidar poderíos con el uso de la fuerza. Esa persistente centralidad de la violencia es ilustrada en numerosas partes del libro. Esos ejemplos confirman que el sistema imperial no se limita a la mera administración de la supremacía económica. Tampoco restringe su acción a la reproducción de los mitos, creencias e ideologías que convalidan el estatus quo. Asegura la preservación del capitalismo con gigantescos resguardos militares.

ESTADOS UNIDOS Y CHINA

La segunda sección del libro analiza la peculiar dirección estadounidense del sistema imperial. Washington maneja ese dispositivo a través de la OTAN para someter a los aliados y hostigar a los rivales. Utiliza periódicamente ese mecanismo para recuperar dominio, capturando riquezas, sofocando rebeliones y disuadiendo competidores. En esos momentos despliega el enorme poder militar que alimenta su gravosa economía armamentista. Con nuevas guerras híbridas arruina sociedades y destruye Estados, recreando dramáticos escenarios de refugiados y víctimas civiles.

La desaparición de la URSS incentivó ese tipo de aventuras y potenció la sobre expansión militar, que periódicamente corroe la estabilidad del sistema político estadounidense. Washington recurre al belicismo para contrarrestar su retroceso económico, pero no logra contener ese declive con incursiones externas. Mantiene una gran superioridad bélica, junto a significativas ventajas tecnológicas y financieras. Pero no ha podido contrarrestar con esa preeminencia el impactante desafío de China. Las acciones del Pentágono no compensan las falencias estructurales que arrastra la primera potencia.

Todas las tentativas de resurgimiento imperial estadounidense han erosionado, además, la cohesión interna del país. Los fracasos de Trump y la impotencia de Biden ilustran ese efecto, que ha corroído a todas las administraciones de las últimas décadas. Esa crisis de largo plazo no implica igualmente un ocaso continuo y en picada de la primacía estadounidense. La primera potencia ocupa un lugar irreemplazable en la conducción del sistema mundial de dominación, que la induce a reiterados y fallidos intentos de recomposición del liderazgo.

En el libro se exponen varios desenlaces posibles para esta crisis, revisando especialmente dos miradas de las disyuntivas en juego. Las teorías de la sucesión hegemónica y del imperio global son debatidas tomando en cuenta el contraste con el antecedente británico. También la comparación entre el nítido perfil que presenta el capitalismo contemporáneo y el indefinido curso del sistema imperial esclarece esos dilemas.

En distintas partes del libro se estudian las relaciones que mantiene Estados Unidos con otros integrantes de la estructura imperial. Se indaga cómo han mutado los viejos imperios de Europa que actúan con autonomía en su esfera de influencia, pero acatan el mando norteamericano en los asuntos globales. Esas modalidades de alterimperialismo británico o francés coexisten con otras variedades de coimperialismo australiano, canadiense o israelí. Los socios que Washington ha incorporado a la custodia de diversos rincones del planeta, mantienen una estrecha ligazón con su padrino.

En la tercera parte del libro comienza la evaluación de las potencias situadas fuera del sistema imperial. El estudio de China ocupa un lugar preponderante por su evidente protagonismo en el estratégico choque con

Estados Unidos. El texto destaca que esa puja involucra a dos potencias disimiles, que exhiben posturas contrapuestas frente al conflicto. Mientras que Washington lidera una agresión tendiente a reinstalar su liderazgo imperial, Beijing intenta sostener su crecimiento económico sin confrontaciones externas.

En los siguientes capítulos se explica la conexión de esa cautela con la restauración capitalista inconclusa, el singular régimen político y la historia de acosos externos que ha sufrido China. La novedosa combinación de expansión productiva y prudencia geopolítica que ensaya el gigante asiático, contrasta con la trayectoria que siguieron los desafiantes del liderazgo internacional en el siglo pasado.

Pero el texto también subraya las tensiones que genera la introducción del capitalismo en China. Cuestiona las miradas indulgentes, que desconocen la incompatibilidad de ese sistema con la proclamada ¨cooperación¨ para gestar una ¨mundialización inclusiva¨. Se destaca que la nueva potencia no forma parte del Sur Global y ya afronta desequilibrios propios de una economía desarrollada o de un acreedor de envergadura.

Este análisis es extendido a una revisión de lo ocurrido en China durante la pandemia y a una evaluación del sentido de la *Ruta de Seda*. En este capítulo se recurre al concepto de desarrollo desigual y combinado, para explicar cómo el país logró un desenvolvimiento excepcional asentado en cimientos socialistas, complementos mercantiles y parámetros capitalistas. Esa combinación permitió alumbrar un modelo enlazado con la globalización, pero centrado en la retención local del excedente. La ausencia de neoliberalismo y financiarización permitió, a su vez, acotar los desequilibrios que han afectado al grueso de sus competidores.

En el libro se estima que el capitalismo ya está muy presente en China, pero no ejerce un dominio efectivo sobre el conjunto de la economía. Como la nueva clase burguesa no logró el control del estado (en una transición socialista congelada), prevalece un status intermedio. Ese contexto diferencia al país de la restauración capitalista ya consumada en Europa Oriental y Rusia. Esta evaluación concluye señalando que el perfil del país quedará definido en el curso de intensas luchas políticas y batallas populares.

RUSIA Y MEDIO ORIENTE

La cuarta sección extiende los interrogantes del status imperial a Rusia, destacando que la plena restauración del capitalismo ha consolidado un presupuesto de esa condición. Se remarcan igualmente las limitaciones de ese pasaje, que afloran en la vulnerabilidad del modelo económico y en la inserción internacional semiperiférica.

Es evidente que Rusia no integra el circuito dominante del imperialismo contemporáneo y que es hostilizada por Estados Unidos. Pero también es muy visible su activa intervención geopolítica externa, con grandes despliegues de arsenal bélico. El libro propone la figura de un imperio no hegemónico en gestación, para conceptualizar esa contradictoria combinación de potencia asediada e invasora. Se explica por qué razón la consolidación o desvanecimiento de esa impronta dependerá del resultado de la guerra en Ucrania.

Esta mirada diverge de la simple caracterización de Rusia como un imperio que retoma la trayectoria del zarismo y polemiza con las frecuentes analogías que se trazan con la URSS. Recuerda la ausencia del capitalismo bajo ese régimen y destaca que ese sistema incluyó mecanismos de opresión externa, pero nunca configuró un ¨imperialismo soviético¨.

En el texto también se constata que el colonialismo interno ha resurgido, pero sin definir con esa recreación un status imperial. Rusia contiene en forma tan sólo embrionaria los rasgos de ese dispositivo bajo el liderazgo de Putin. Ese mandatario ha confirmado su total lejanía del universo progresista, con políticas que convalidan los privilegios de los millonarios, arbitran entre chauvinistas y liberales y hostilizan a la izquierda.

Esta evaluación de Rusia con los parámetros del sistema imperial contemporáneo, prescinde de los criterios legados por Lenin para dirimir esa condición. En este caso, salta a la vista la inadecuación de ese instrumental. Rusia incumple todos los presupuestos de preeminencia financiera, gravitación mundial de monopolios o peso de capitales exportados que exige ese enfoque. El lugar imperial de una nueva potencia no se dirime con meros indicadores económicos.

La quinta sección aplica todas las categorías expuestas a lo ocurrido en una región desgarrada por confrontaciones militares. Postula que el desangre registrado en el "Gran Oriente Medio" no obedece a causas religiosas o culturales, sino al intento norteamericano de recuperar primacía en esa zona. Detalla las agresiones consumadas por el Pentágono para manejar el petróleo, desplegar fuerzas militares, doblegar rebeliones y disuadir rivales. También constata que el resultado adverso de esos operativos desembocó en la humillación de Afganistán, el repliegue de Irak, la fractura de Libia y el fracaso de Siria.

En esa región ha sido muy visible cómo las divergencias económicas de Europa con Estados Unidos coexisten con la subordinación de Bruselas a Washington. Las acotadas incursiones de Paris o Londres se han consumado siempre con el visto bueno previo del Pentágono. En la misma zona se ha corroborado que Rusia ensaya acciones de gran potencia, con presencia militar directa en Siria. Esa incursión ha sido muy ilustrativa de un imperio en formación. Por el contrario, el protagonismo económico sin correlato militar de China, confirma el perfil no imperial del dragón asiático. También en el

mundo árabe Beijing prioriza la disputa por los negocios con su alicaído competidor norteamericano.

Las anexiones y el apartheid -que implementa Israel en esta región- son factibles por su integración a la estructura geopolítica interior de Estados Unidos. Esa simbiosis le permite al sionismo desenvolver una expansión territorial, con perimidas modalidades de colonialismo tardío.

Medio Oriente es también el principal ámbito de corroboración del perfil contemporáneo que presenta el subimperialismo. Tres países de esa región reúnen características explícitas o potenciales de esa condición, operando como economías intermedias en tensión subordinada o autónoma con Estados Unidos. El subimperialismo está a la vista en el expansionismo de Turquía y podría extenderse a Arabia Saudita, si los monarcas afianzan su deriva belicista. La eventual reconstitución del mismo status en Irán dependerá del resultado de las disputas con sus contrincantes de la zona.

CONTROVERSIAS POLITICAS

La última sección del libro aborda ciertas consecuencias políticas de los conflictos que genera el sistema imperial y revisa el sentido contemporáneo del antiimperialismo. Destaca que la sucesión de derrotas afrontadas por Estados Unidos en Oriente, no implica de por sí victorias populares contra la opresión externa.

En Afganistán triunfaron los retrógrados talibanes, en Irak gobierna una represiva administración teocrática, en Libia prevalece el reparto del botín y en Siria fue aplastada la esperanza democrática. En todos estos casos, los anhelos antiimperialistas fueron desviados hacia confrontaciones interreligiosas y el proyecto progresista panárabe quedó sustituido por el ensueño fundamentalista del Califato.

El antiimperialismo es una importante brújula para la izquierda, en los controvertidos conflictos de Medio Oriente. Ese criterio subraya la gravitación del protagonismo popular en las confrontaciones contra el enemigo principal. Con ese señalamiento diverge del mero alineamiento con los distintos bloques geopolíticos que pugnan en la arena internacional. También discrepa con las miradas neutralistas, que soslayan posicionamientos frente a esos choques. Esa última postura desconoce la incidencia de las tensiones globales sobre las luchas nacionales de los distintos pueblos. Con esta visión y estas orientaciones se evalúa en el libro lo ocurrido en Siria y Libia.

En las páginas siguientes se indaga lo sucedido en Ucrania, destacando la responsabilidad primordial de Estados Unidos en ese conflicto por su negativa a negociar la contención de la OTAN y la neutralidad de Kiev. Washington

propició el acoso a Moscú para subordinar a Europa y para bloquear el intercambio económico del Viejo Continente con Rusia. Incentivó, además, el nacionalismo reaccionario que desencadenó la confrontación y facilitó la destrucción de la cohabitación pacífica entre las dos regiones del país.

Pero la invasión rusa no se limitó a proteger a los pobladores del Este. Quebrantó las negociaciones de paz e introdujo una respuesta desproporcionada y carente de justificación. Esa acción despreció la opinión del pueblo ucraniano y contribuyó a realimentar los mitos del liberalismo occidental. Estados Unidos aprovechó ese despropósito para manipular la soberanía de Ucrania, ocultando que el derecho a la autodeterminación nacional es inseparable en este caso de la desmilitarización y de la concertación de un status internacional de equidistancia del país.

Con esta mirada, en el libro se apuntalan los llamados a reiniciar las negociaciones para frenar la tragedia humanitaria que ha desencadenado la guerra. Esa salida ofrece el curso más progresista en el escenario actual. Se contrapone con las posturas indulgentes hacia la OTAN (y las convocatorias a proveer armas a Ucrania), que promueven algunas corrientes de izquierda. Con el mismo énfasis se rechaza la invasión rusa subrayando las consecuencias negativas de esa incursión.

El capítulo final complementa estas dos evaluaciones de Medio Oriente y Ucrania con una respuesta a los críticos de nuestra tesis, que expusieron sus objeciones a los artículos preparatorios de este libro. Ese debate esclarece por qué razón la renovada competencia económica no recrea las guerras entre las principales potencias capitalistas. La controversia contribuye también a entender el papel de Rusia y China por su exclusión del entramado dominante y corrobora que el tablero actual no es comprensible con la vieja contraposición entre imperialismos y semicolonias. La discusión es particularmente útil para registrar cómo la repetición de fórmulas dogmáticas obstruye la acción de la izquierda.

El libro excluye referencias a Latinoamérica, puesto que esa temática ha sido tratada en otro texto de próxima aparición (*Las encrucijadas de América Latina. Derecha, progresismo e izquierda en el siglo XXI*, Batalla de Ideas, 2023).

Todos los capítulos del presente volumen recopilan artículos publicados en las fechas especificadas de cada texto. Quedan pendientes muchos interrogantes del imperialismo actual, que inducen a nuevas elaboraciones y a promisorios debates. La caracterización del sistema imperial es indispensable para comprender y transformar la realidad contemporánea.

14-06-2023

CAPITULO 1

EL SISTEMA IMPERIAL

Los debates sobre el imperialismo reaparecen al cabo de una sinuosa trayectoria. Durante la primera mitad del siglo pasado, ese concepto fue muy utilizado para caracterizar las confrontaciones bélicas entre las grandes potencias. Posteriormente quedó identificado con la explotación de la periferia por las economías centrales, hasta que el auge del neoliberalismo diluyó la gravitación del término.

Al comienzo del nuevo milenio, la atención por el imperialismo pasó a un segundo plano y la propia noción cayó en desuso. Ese desinterés sintonizó con el debilitamiento de las miradas críticas hacia la sociedad contemporánea. Pero la invasión norteamericana a Irak erosionó el conformismo y gatilló el resurgimiento de las discusiones sobre los mecanismos de dominación internacional. La denuncia del imperialismo recobró importancia y se multiplicaron los cuestionamientos a la agresividad militar estadounidense.

HTTPS://JACOBIN.COM/2023/07/ISSUE-50-MISERY-INDEX

Esas objeciones se deslizaron ulteriormente hacia la noción sustitutiva de hegemonía, que ganó primacía en los estudios sobre el declive estadounidense frente al ascenso de China. La hegemonía fue subrayada, para evaluar cómo la disputa entre las dos principales potencias del planeta se desenvuelve en el ámbito geopolítico, ideológico o económico. El rasgo coercitivo que singulariza al imperialismo perdió relevancia en muchas reflexiones sobre la confrontación sino-americana.

Cuando ese reemplazo parecía imponerse -junto a la novedosa centralidad de las nociones de multipolaridad y transición hegemónica- las menciones al imperialismo volvieron a recuperar gravitación por un acontecimiento inesperado. Ese término ha reaparecido con la invasión rusa a Ucrania para resaltar el expansionismo de Moscú.

SINGULARIDADES Y AMOLDAMIENTOS

El imperialismo es una categoría frecuentemente utilizada por los medios de comunicación de Occidente, para contrastar las políticas tiránicas del Kremlin o Beijing con las conductas respetuosas de Washington o Bruselas. Este sesgado uso del término obstruye cualquier comprensión del problema. La lógica del imperialismo sólo es entendible superando esas burdas miradas e indagando la relación del concepto con su matriz capitalista.

Ese curso analítico ha sido explorado por distintos pensadores marxistas, que estudian la dinámica contemporánea del imperialismo, en función de las mutaciones registradas en el sistema capitalista. En estos enfoques el imperialismo es visto como un dispositivo que concentra los mecanismos internacionales de dominación, utilizados por las minorías enriquecidas para explotar a las mayorías populares.

El imperialismo es el principal instrumento de esa sujeción, pero no opera al interior de cada país, sino en las relaciones interestatales y en la dinámica de la competencia, el uso de la fuerza y las intervenciones bélicas. Es un mecanismo esencial para la continuidad del capitalismo y ha estado presente desde los inicios de ese sistema, mutando en correspondencia con los cambios de ese régimen social. El imperialismo nunca constituyó un estadio o una época específica del capitalismo. Siempre corporizó las formas que adopta la supremacía geopolítico-militar, en cada era del sistema.

Por esa variabilidad histórica, el imperialismo actual difiere de sus antecedentes previos. No sólo es cualitativamente diferente a los imperios precapitalistas (feudales, tributarios o esclavistas), que se asentaban en la expansión territorial o en el control del comercio. Tampoco se asemeja al imperialismo clásico que conceptualizó Lenin, cuando las grandes potencias rivalizaban a través de la guerra por el manejo de los mercados y las colonias.

El imperialismo contemporáneo presenta también diferencias con el modelo que comandó Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX. La primera potencia introdujo novedosos rasgos de coordinación colectiva y sometimiento de los socios, para asegurar la protección de todas las clases dominantes, frente a la insurgencia popular y el peligro del socialismo.

En toda esa variedad de etapas, el imperialismo garantizó el usufructo de los recursos de la periferia por parte de las economías avanzadas. Los dispositivos coercitivos de las grandes potencias aseguraron la captura de las riquezas de los países dependientes por los capitalistas del centro. Por esa vía el imperialismo recicló la continuidad del subdesarrollo en las regiones relegadas del planeta.

Esa perpetuación recreó los mecanismos de transferencia de valor de las economías dominadas hacia sus pares dominantes. La desigualdad entre los dos polos del capitalismo mundial fue reproducida mediante variadas modalidades productivas, comerciales y financieras.

MUTACIONES E INDEFINICIONES

El imperialismo del siglo XXI debe ser evaluado en función de los enormes cambios registrados en el capitalismo contemporáneo. Desde hace 40 años rige un nuevo esquema de acumulación de bajo crecimiento en Occidente y significativa expansión de Oriente, enlazado por medio de la globalización productiva. El desdoblamiento internacional del proceso de fabricación, la subcontratación y las cadenas de valor apuntalan ese esquema productivo sostenido en la revolución informática. Ese desenvolvimiento del capitalismo digital contribuyó a masificar el desempleo y a generalizar la precarización, la inseguridad y la flexibilización laboral.

El nuevo modelo opera a través de la financiarización que introdujo la autonomía crediticia de las empresas, la titulación de los bancos y la gestión familiar de las hipotecas y las pensiones. Esa gravitación financiera en el funcionamiento corriente de la economía multiplicó, a su vez, el periódico estallido de impactantes crisis.

Las burbujas especulativas -que corroen al sistema bancario y desembocan en socorros estatales de creciente envergadura- acentúan los

desequilibrios del capitalismo actual. Este sistema está muy afectado por las tensiones que suscita la sobreproducción (que potenció la globalización) y la fractura del poder de compra (que acentuó el neoliberalismo).

El esquema actual incuba, además, potenciales catástrofes de mayor alcance por el incontenible deterioro del medio ambiente, que genera la competencia por mayores ganancias. La reciente pandemia constituyó tan sólo una advertencia de la tormentosa escala de esos desequilibrios. El fin de esa infección no ha derivado en el esperado "retorno a la normalidad", sino en un escenario de guerra, inflación y rupturas de los circuitos del suministro global.

La crisis comienza a pavimentar nuevos contornos y nadie sabe qué rumbo adoptará la política económica del próximo periodo. Al compás de una renovada intervención estatal, permanece irresuelta la disputa entre un giro neokeynesiano y un curso opuesto de relanzamiento neoliberal.

Pero cualquiera de esos rumbos ratificará la preeminencia del nuevo modelo de capitalismo globalizado, digital, precarizador y financiarizado, con su consiguiente escala de inmanejables contradicciones. Este esquema es tan visible, como la dramática magnitud de sus desequilibrios.

La nitidez del capitalismo contemporáneo no se extiende, sin embargo, al plano geopolítico o militar. El imperialismo de siglo XXI está signado por un cúmulo de incertidumbres, indefiniciones y ambivalencias muy superiores a su basamento económico. Las mutaciones radicales que se consumaron en las últimas décadas en este último ámbito, no se proyectan a otras esferas y ese divorcio determina la enorme complejidad del actual entramado imperial.

EROSIÓN DEL LIDERAZGO IMPERIAL

La existencia de un bloque dominante comandado por Estados Unidos es la principal característica del sistema imperial contemporáneo. La primera potencia es la mayor exponente del nuevo modelo y la evidente gestora del aparato de coerción internacional, que asegura la dominación de los acaudalados. El diagnóstico del imperialismo actual transita por una evaluación de Estados Unidos, que concentra todas las tensiones de ese dispositivo.

La contradicción primordial del imperialismo actual radica en la impotencia de su conductor. El coloso del Norte padece un liderazgo erosionado, como consecuencia de la profunda crisis que afecta a su economía. Washington perdió la preponderancia del pasado y su declinante competitividad fabril, no es contrarrestada por su continuado comando financiero o su significativa supremacía tecnológica.

Estados Unidos corroboró sus ventajas frente a otras potencias durante la crisis del 2008. Pero las mayores adversidades de Europa y Japón, no aminoraron el sistemático retroceso de la economía norteamericana, ni atenuaron el sostenido despunte de China. Estados Unidos no ha podido contener la reconfiguración geográfica de la producción mundial hacia el universo asiático.

Esa erosión económica afecta la política exterior norteamericana, que ha perdido su tradicional sustento interno. La vieja de homogeneidad del gigante yanqui ha quedado quebrantada por la dramática grieta política que afronta el país. Estados Unidos está corroído por tensiones raciales y por fracturas político-culturales, que contraponen al americanismo del interior con el globalismo de las costas.

Ese deterioro impacta sobre las operaciones del Pentágono, que ya no cuentan con el aval del pasado. La privatización de la guerra se procesa en un marco de creciente desaprobación interna a las aventuras bélicas foráneas.

La economía estadounidense no afronta un simple retroceso de su continuada supremacía. La gravitación internacional del aparato estatal norteamericano y la primacía de sus finanzas, contrastan con el declive comercial y productivo del país.

Ese desgaste no implica un ocaso inexorable e ininterrumpido. Estados Unidos no logra restaurar su viejo liderazgo, pero continúa ejerciendo un rol dominante y su devenir imperial no se esclarece aplicando los criterios histórico-deterministas, que postula la teoría del auge y decadencia cíclica de los imperios. El retroceso de la economía norteamericana es sinónimo de crisis, pero no de colapso terminal en alguna fecha preestablecida.

En los hechos, el poderío que preserva Estados Unidos se asienta más en el despliegue militar, que en la incidencia de su economía. Por esa razón resulta indispensable analizar a la primera potencia en clave imperial.

EL FRACASO DEL BELICISMO

Desde hace varias décadas Washington intenta recuperar su liderazgo mediante acciones de fuerza. Esas incursiones concentran los principales rasgos del imperialismo actual. El Pentágono gestiona una red de contratistas que se enriquecen con la guerra, reciclando el aparato industrial-militar. Conservan en los períodos de distensión bélica, la misma preeminencia que en las etapas de alta conflictividad.

El modelo económico armamentista norteamericano se recrea mediante elevadas exportaciones, altos costos y permanente exhibición del poder de

fuego. Esa visibilidad exige la multiplicación de las guerras híbridas y todo tipo de incursiones de las formaciones paraestatales.

Con esos mortíferos instrumentos Estados Unidos ha generado dantescos escenarios de muertes y refugiados. Recurrió a hipócritas justificaciones de intervención humanitaria y "guerra contra el terrorismo" para perpetrar las atroces invasiones en el "Gran Oriente Medio".

Esas operaciones incluyeron la gestación de las primeras bandas yihadistas, que posteriormente cobraron vuelo propio con acciones contra el padrino estadounidense. El terrorismo marginal que propiciaron esos grupos, no alcanzó nunca la terrible escala del terrorismo de estado que monitorea el Pentágono. Washington fue muy lejos al consumar la pulverización completa de varios países.

Pero el dato más llamativo de ese destructivo modelo ha sido su estrepitoso fracaso. En los últimos veinte años, el proyecto de recomposición estadounidense mediante acciones bélicas ha fallado una y otra vez. El "siglo americano" que concibieron los pensadores neoconservadores fue una fantasía de corta duración, que el propio establishment de Washington abandonó para retomar el asesoramiento de consejeros más pragmáticos y realistas.

Las ocupaciones del Pentágono no consiguieron los resultados esperados y Estados Unidos se convirtió en una superpotencia que pierde guerras. Fracasaron Bush, Obama, Trump y últimamente Biden, en todos los intentos de utilizar la superioridad militar del país para inducir un relanzamiento de la economía yanqui.

Esa falencia ha sido particularmente visible en Medio Oriente. Washington instrumentó sus agresiones estigmatizando a los pueblos de esa región, con imágenes de masas primitivas, autoritarias y violentas que no logran asimilar las maravillas de la modernidad.

Esas tonterías fueron difundidas por los medios de comunicación, para encubrir el intento de apropiación de las principales reservas petroleras del planeta. Pero al final de una tormentosa cruzada, Estados Unidos fue humillado en Afganistán, se repliega de Irak, no pudo doblegar a Irán, fracasó en la creación de gobiernos títeres en Libia y Siria e incluso debe lidiar con el boomerang de los yihadistas que operan en su contra.

INFLEXIBILIDAD DE UN ENTRAMADO

Las desventuras que afronta la primera potencia no desembocarán en su abandono del intervencionismo externo, ni en un repliegue a su propio

territorio. La clase dominante norteamericana necesita preservar su acción imperial, para sostener la primacía del dólar, el control del petróleo, los negocios del complejo industrial-militar, la estabilidad de Wall Street y las ganancias de las empresas tecnológicas.

Por esa razón, todos los conductores de la Casa Blanca ensayan nuevas variantes de la misma contraofensiva. Ningún mandatario estadounidense puede renunciar al intento de recomponer la primacía del país. Todos retoman ese objetivo, sin llegar nunca a buen puerto. Sufren la misma compulsión a buscar algún camino de recuperación del perdido liderazgo.

Estados Unidos no cuenta con la plasticidad de su antecesor británico, para traspasar el mando global a un nuevo socio. No tiene la capacidad de adecuación al repliegue que demostró su par transatlántico en la centuria pasada. Esa inflexibilidad norteamericana le impide amoldarse al contexto actual y acentúa las dificultades para ejercer la dirección del sistema imperial.

Esa rigidez, en gran medida obedece a los compromisos de una potencia que ya no actúa sola. Washington encabeza el tejido de alianzas internacionales construido a mitad del siglo XX, para lidiar con el denominado campo socialista. Esa articulación se asienta en una estrecha asociación con el alterimperialismo europeo, que desenvuelve sus intervenciones bajo la égida norteamericana.

Los capitalistas del Viejo Continente defienden sus propios negocios con operaciones autónomas en Medio Oriente, África o Europa Oriental, pero actúan en estricta sintonía con el Pentágono y bajo un comando articulado en torno a la OTAN. Los grandes imperios del pasado (Inglaterra, Francia) preservan su influencia en las viejas áreas coloniales, pero condicionan todos sus pasos al veto de Washington.

Esa misma asociación subordinada mantienen los coimperios de Israel, Australia o Canadá. Comparten con su referente la custodia del orden global y desenvuelven acciones amoldadas a las demandas de su tutor. Suelen apuntalar a escala regional, los mismos intereses que Estados Unidos asegura a nivel mundial.

Este sistema global articulado es un rasgo que el imperialismo actual heredó de su precedente de posguerra. Opera en frontal discrepancia con el modelo de potencias diversificadas, que disputaban primacía durante la primera mitad de la centuria pasada. La crisis de la estructura jerarquizada que sucedió a ese esquema es el dato crucial del imperialismo del siglo XXI.

Una contundente expresión de esa inconsistencia fue el carácter meramente pasajero del modelo unipolar, que el proyecto neoconservador imaginaba para un nuevo y prolongado "siglo americano". En lugar de ese renacimiento emergió un contexto multipolar, que confirma la pérdida de supremacía norteamericana frente a numerosos actores de la geopolítica

mundial. El ansiado predominio de Washington ha quedado sustituido por una mayor dispersión del poder, que contrasta con la bipolaridad imperante durante la guerra fría y con el fallido intento unipolar que sucedió a la implosión de la URSS.

El imperialismo actual opera, por lo tanto, en torno a un bloque dominante comandado por Estados Unidos y gestionado por la OTAN, en estrecha asociación con Europa y los socios regionales de Washington. Pero los fracasos del Pentágono para ejercer su autoridad han derivado en la irresuelta crisis actual, que se verifica en el despunte de la multipolaridad.

UN IMPERIO NO HEGEMÓNICO EN GESTACION

¿Cómo se aplica el concepto actualizado de imperialismo a las potencias que no participan del bloque dominante? Este interrogante sobrevuela los enigmas más complejos del siglo XXI. Es evidente que Rusia y China son grandes potencias rivales de la OTAN, ubicadas en una esfera no hegemónica del contexto actual. Con esa diferenciada localización: ¿comparten o no un status imperial?

La clarificación de esa condición se ha tornado particularmente insoslayable para el caso ruso, desde el inicio de la guerra de Ucrania. Para los liberales de Occidente, el imperialismo de Moscú es un dato evidente y enraizado en la historia autoritaria de un país, que eludió las virtudes de la modernidad para optar por el oscuro atraso de Oriente. Con el desgastado libreto de la guerra fría contraponen el totalitarismo ruso, con las maravillas de la democracia norteamericana.

Pero con esos absurdos presupuestos resulta imposible avanzar en alguna clarificación del perfil contemporáneo del gigante euroasiático. La potencial condición imperial de Rusia debe ser evaluada en función del afianzamiento del capitalismo y la transformación de la vieja burocracia en una nueva oligarquía de millonarios.

Es evidente que en Rusia se han consolidado los pilares del capitalismo, con el afianzamiento de la propiedad privada de los medios de producción y los consiguientes patrones de ganancia, competencia y explotación, bajo un modelo político al servicio de la clase dominante. Yelstin forjó una república de oligarcas y Putin sólo contuvo la dinámica depredadora de ese sistema, sin revertir los privilegios de la nueva minoría de enriquecidos.

Ese capitalismo ruso es muy vulnerable por el descontrolado peso que mantienen los distintos tipos de mafias. También los mecanismos informales de apropiación del excedente, reciclan las adversidades econ**ómicas** del viejo modelo de planificación compulsiva. El esquema predominante de

exportación de materias primas afecta además al aparato fabril y recrean una significativa fuga de recursos nacionales hacia el exterior.

En el plano geopolítico Rusia es un blanco predilecto de la OTAN, que ha intentado desintegrar al país mediante un gran despliegue de misiles fronterizos. Pero también Putin afianzó la intervención rusa en el espacio postsoviético y ha desarrollado una acción militar, que desborda la dinámica defensiva y la lógica disuasiva.

En este marco, Rusia no integra el circuito del imperialismo dominante, pero desarrolla políticas de dominación en su entorno, que son propias de un imperio no hegemónico en gestación.

DIFERENCIAS CON EL PASADO

Moscú no participa del grupo dominante del capitalismo mundial. Carece de un capital financiero significativo y de un número gravitante de empresas internacionales. Se ha especializado en la exportación de petróleo y gas y afianzó su lugar de economía intermedia con pocas conexiones con la periferia. No obtiene lucros importantes del intercambio desigual.

Pero con esta ubicación económica secundaria, Rusia exhibe un perfil potencialmente imperial asentado en intervenciones foráneas, impactantes acciones geopolíticas y dramáticas tensiones con Estados Unidos.

Ese protagonismo externo no conduce a la reconstitución del viejo imperio zarista. Las distancias con ese pasado son tan monumentales, como las diferencias cualitativas con los regímenes sociales del pasado feudal.

Las asimetrías son igualmente significativas con la URSS. Putin no recompone el denominado "imperialismo soviético", que es una categoría inconsistente y estructuralmente incompatible con el carácter no capitalista del modelo que precedió a la implosión de 1989. La URSS estaba dirigida por una burocracia gobernante que actuaba en forma opresiva, pero no desenvolvía acciones imperialistas en sus conflictos con Yugoslavia, China o Checoslovaquia.

En la actualidad persiste un gran circuito de colonialismo interno, que perpetúa las desigualdades entre regiones y la primacía de la minoría gran rusa. Pero esa modalidad opresiva no presenta la escala del *apartheid* de Sudáfrica o Palestina. Además, lo determinante de un status imperial es la expansión externa, que hasta la guerra de Ucrania se perfilaba tan sólo como una tendencia de Moscú.

El proyecto imperialista es efectivamente auspiciado por los sectores derechistas que alimentan el negocio bélico, las aventuras externas, el nacionalismo y las campañas islamófobas. Pero ese rumbo es resistido por la internacionalizada elite liberal y durante mucho tiempo Putin gobernó manteniendo el equilibrio entre ambos grupos.

Conviene no olvidar que Rusia se ubica también en las antípodas de un status dependiente o semicolonial. Es un gran jugador internacional con gran protagonismo exterior, que moderniza su estructura bélica y hace valer su incidencia como segundo exportador de armas del mundo

En lugar de socorrer a sus vecinos, Moscú refuerza su propio proyecto dominante, cuando por ejemplo envía tropas a Kazajistán, para sostener un gobierno neoliberal que depreda la renta petrolera, reprime huelgas e ilegaliza al Partido Comunista.

EL IMPACTO DE UCRANIA

La guerra de Ucrania ha introducido un giro cualitativo en la dinámica rusa y los resultados finales de esa incursión incidirán drásticamente en el status geopolítico del país. Las tendencias imperiales que tan sólo asomaban como posibilidades embrionarias han adoptado otro espesor.

Ciertamente hubo una responsabilidad primordial de Estados Unidos, que intentó sumar a Kiev a la red de misiles de la OTAN contra Moscú y alentó la violencia de las milicias ultraderechistas en el Donbass. Pero Putin consumó una acción militar inadmisible y funcional al imperialismo occidental, que no tiene justificación como acción defensiva. El jefe del Kremlin despreci**ó a** los ucranianos, suscit**ó** odio hacia el ocupante e ignor**ó** la generalizada aspiración de soluciones pacíficas. Con su incursión generó un escenario muy negativo para las esperanzas emancipadoras de los pueblos de Europa.

El resultado final de la incursión permanece indefinido y no se sabe si los efectos de las sanciones serán más adversos para Rusia que para Occidente. Pero la tragedia humanitaria de muertos y refugiados ya es mayúscula y convulsiona a toda la región. Estados Unidos apuesta prolongar la guerra, para empujar a Moscú al mismo pantano que afrontó la URSS en Afganistán. Por eso induce Kiev a rechazar las negociaciones que frenarían las hostilidades. Washington pretende someter a Europa a su agenda militarista, a través de un interminable conflicto que asegure el financiamiento de Bruselas a la OTAN. Ya no aspira a incorporar tan sólo a Ucrania a esa alianza militar. Ahora también presiona por el ingreso de Finlandia y Suecia.

En síntesis: Rusia es un país capitalista que no reunía hasta la incursión en Ucrania los rasgos generales de un agresor imperial. Pero el curso

geopolítico ofensivo de Putin apuntala ese perfil e induce a transformar el imperio en gestación en un imperio en consolidación. El fracaso de ese operativo podría también derivar en una prematura neutralización del imperio naciente.

EL PROTAGONISMO DE CHINA

China comparte con Rusia una ubicación análoga en el conglomerado no hegemónico y afronta un conflicto semejante con Estados Unidos. Por esa razón su status actual suscita el mismo interrogante: ¿Es una potencia imperialista?

En su caso corresponde registrar el excepcional desarrollo que logró en las últimas décadas, con cimientos socialistas, complementos mercantiles y parámetros capitalistas. Afianzó un modelo conectado con la globalización, pero centrado en la retención local del excedente. Esa combinación permitió una intensa acumulación local enlazada con la mundialización, mediante circuitos de reinversión y gran control del movimiento de capitales. La economía se expandió en forma sostenida, con una significativa ausencia del neoliberalismo y la financiarización que afectaron a sus competidores.

China fue igualmente golpeada por la crisis del 2008, que introdujo un techo infranqueable al modelo precedente de exportaciones financiadas a Estados Unidos. Ese vínculo de "chinamérica" se agotó, transparentando el desbalance generado por un superávit comercial solventado con gigantescas acreencias. Ese desfasaje inauguró la crisis actual.

La conducción china optó inicialmente por un viraje hacia la actividad económica local. Pero ese desacople no generó beneficios equivalentes a los obtenidos en el globalizado esquema precedente. El nuevo curso acentuó la sobreinversión, las burbujas inmobiliarias y un círculo vicioso de sobreahorro y sobreproducción, que obligó a retomar la búsqueda de mercados externos, mediante el ambicioso el proyecto de la Ruta de la Seda.

Ese rumbo suscita tensiones con los socios y afronta el gran límite de un eventual estancamiento de la economía mundial. Es muy difícil sostener un gigantesco plan de infraestructuras internacionales en un escenario de bajo crecimiento global.

Durante la pandemia, China volvió a exhibir más eficiencia que Estados Unidos y Europa, con sus expeditivos mecanismos de contención del Covid. Pero la infección irrumpió en su territorio, como consecuencia de los desequilibrios precipitados por la globalización. El hacinamiento urbano y el descontrol de la industrialización de los alimentos ilustraron las dramáticas consecuencias de la penetración del capitalismo.

Actualmente China se encuentra afectada por la guerra que sucedió a la pandemia. Su economía es muy susceptible a la inflación de los alimentos y la energía. Afronta, además, los obstáculos que obstruyen el funcionamiento de las cadenas globales de valor.

UNA NOVEDOSA UBICACIÓN

China no completó su tránsito al capitalismo. Ese régimen está muy presente en el país, pero no domina en toda la economía. Hay una significativa vigencia de la propiedad privada de grandes empresas, que operan con normas de beneficio, competencia y explotación, generando agudos desequilibrios de sobreproducción. Pero a a diferencia de lo ocurrido en Europa Oriental y Rusia, la nueva clase burguesa no logró el control del estado y esa carencia impide coronar la preeminencia de las normas capitalistas que imperan en el grueso del planeta.

China se defiende en el terreno geopolítico del acoso norteamericano. Obama inició una secuencia de agresiones, que Trump redobló y Biden refuerza. El Pentágono ha erigido un cerco naval, mientras acelera la gestación de una "OTAN del Pacífico", junto a Japón, Corea de Sur, Australia, e India. También avanza la remilitarización de Taiwán y el intento de cargar a Europa con todo el costo de la confrontación con Rusia, para concentrar recursos militares en la pulseada con China.

Hasta ahora Beijing no despliega acciones equivalentes a su rival. Afianza su soberanía en un acotado radio de millas, para resistir el intento estadounidense de internacionalizar su espacio costero. Apuntala la pesquería, las reservas submarinas y sobre todo las rutas marítimas que necesita para transportar sus mercancías.

Esa reacción defensiva está muy lejos de la embestida que motoriza Washington en el Océano Pacifico. China no envía acorazados a las costas de Nueva York o California y sus crecientes gastos bélicos todavía mantienen una significativa distancia con el Pentágono. Beijing privilegia el agotamiento económico, mediante una estrategia que aspira a "cansar al enemigo". Elude, además, cualquier tejido de alianzas bélicas comparable con la OTAN.

China no reúne, por lo tanto, las condiciones básicas de una potencia imperialista. Su política exterior dista de mucho de ese perfil. No despacha tropas al extranjero, mantiene una sola base militar fuera de sus fronteras (en un neurálgico cruce comercial) y no se involucrar en los conflictos foráneos.

La nueva potencia evita especialmente el sendero belicista que transitaron Alemania y Japón en el siglo XX, utilizando pautas de prudencia

geopolítica inconcebibles en el pasado. Ha lucrado con formas de producción mundializadas que no existían en la centuria anterior.

China ha soslayado también el camino seguido por Rusia y no consumó acciones semejantes a la desplegada por Moscú en Siria o Ucrania. Por esa razón, no esboza el curso imperial que Rusia insinúa con creciente intensidad.

Esa moderación internacional no ubica igualmente a China en el polo opuesto del espectro imperial. La nueva potencia ya se encuentra muy alejada del Sur Global y ha ingresado en el universo de las economías centrales, que acumulan beneficios a costa de la periferia. Dejó atrás el espectro de las naciones dependientes y se ha situado por encima del nuevo grupo de economías emergentes.

Los capitalistas chinos capturan plusvalía (a través de las firmas que localizan en el exterior) y lucran con el abastecimiento de materias primas. El país ya alcanzó un status de economía acreedora, en potencial conflicto con sus deudores del Sur. Obtiene beneficios del intercambio desigual y absorbe excedentes de las economías subdesarrolladas, a partir de una productividad muy superior a la media de sus clientes.

En síntesis: China se ha situado en un bloque no hegemónico lejos de la periferia. Pero no completó el status capitalista y evita desenvolver políticas propias del imperialismo.

SEMIPERIFERIAS Y SUBIMPERIALISMO

Otra novedad del escenario actual es la presencia de importantes jugadores regionales. Exhiben un peso inferior a las principales potencias, pero demuestran una relevancia suficiente para requerir alguna clasificación en el orden imperial. La gravitación de esos actores proviene de la inesperada incidencia de economías intermedias, que han consolidado su perfil con estructuras de emergente industrialización.

Esa irrupción ha tornado más compleja la vieja relación centro-periferia, como consecuencia de un doble proceso de drenaje de valor de las regiones subdesarrolladas y retención del valor de las semiperiferias ascendentes. Varios integrantes del polo asiático, India o Turquía ejemplifican esa nueva condición, en un contexto de creciente bifurcación en el tradicional universo de los países dependientes. Este escenario -más tripolar binario- gana relevancia en la jerarquía internacional contemporánea.

La diferenciación interna en la vieja periferia es muy visible en todos los continentes. La distancia mayúscula que separa a Brasil o México de Haití o El Salvador en América Latina se reproduce en la misma escala al interior

de Europa, Asia y África. Esas fracturas tienen significativas consecuencias internas y completan el subyacente proceso de transformación de las viejas burguesías nacionales en nuevas burguesías locales.

En ese espectro de economías semiperiféricas se verifica una compleja variedad de status geopolíticos. En algunos casos se procesa el despunte de un imperio en gestación (Rusia), en otros persiste la tradicional condición dependiente (Argentina) y en ciertos países emergen los rasgos del subimperialismo.

Esta última categoría no identifica a las variantes débiles del dispositivo imperial. Ese lugar menor es ocupado por varios integrantes de la OTAN (como Bélgica o España), que recrean un simple rol subordinado al comando norteamericano. El subimperio tampoco alude a la condición actual de antiguos imperios en declive (como Portugal, Holanda o Austria).

Como acertadamente anticipó Marini, los subimperios contemporáneos actúan como potencias regionales, que mantienen una contradictoria relación de asociación, subordinación o tensión con el gendarme estadounidense. Esa ambigüedad coexiste con fuertes acciones militares en las disputas con sus competidores regionales. Los subimperios operan en una escala muy alejada de la gran geopolítica mundial, pero con arremetidas zonales que rememoran sus antiguas raíces de imperios de larga data.

Turquía es el principal exponente de esa modalidad en Medio Oriente. Despliega un significativo expansionismo, exhibe una gran dualidad frente a Washington, recurre a imprevisibles jugadas, promueve aventuras externas y desenvuelve una intensa batalla competitiva con Irán y Arabia Saudita.

ESPECIFICIDADES DEL SIGLO XXI

De todos los elementos expuestos se deducen los rasgos del imperialismo contemporáneo. Ese dispositivo presenta a modalidades singulares, novedosas y divergentes con sus dos precedentes de la centuria pasada.

El imperialismo actual conforma un sistema estructurado en torno al rol dominante ejercido por Estados Unidos, en estrecha conexión con los socios alterimperiales de Europa y los apéndices coimperiales de otros hemisferios

Esa estructura incluye acciones militares para garantizar la transferencia de valor de la periferia al centro y afronta una crisis estructural, al cabo de sucesivos fracasos del Pentágono, que han desembocado en la actual configuración multipolar.

Fuera de ese radio dominante se ubican dos grandes potencias. Mientras que China expande su economía con cautelosas estrategias externas, Rusia actúa con modalidades embrionarias de un nuevo imperio. Otras formaciones subimperiales de escala muy inferior, disputan preeminencia en los escenarios regionales con acciones autónomas, pero también enlazadas al entramado de la OTAN.

Esta renovada interpretación marxista jerarquiza el concepto de imperialismo, integrando la noción de hegemonía a ese ordenador de la geopolítica contemporánea. Resalta la crisis del comando estadounidense sin postular su inexorable declive, ni la inevitable emergencia de una potencia sustituta (China) o de varios reemplazantes coaligados (BRICS).

La mirada centrada en el concepto de imperialismo, también remarca la continuada gravitación de la coerción militar, recordando que no ha perdido primacía frente a la creciente incidencia de la economía, la diplomacia o la ideología.

LAS MIRADAS CLÁSICAS

Los debates al interior del conglomerado marxista incluyen polémicas entre el enfoque renovado (que hemos expuesto) y la mirada clásica. Esta última visión propone actualizar la misma caracterización que postuló Lenin a comienzo del siglo XX.

Considera que la validez ese abordaje no se restringe al período en que fue formulado, sino que extiende su vigencia hasta la actualidad. De la misma forma que Marx sentó las bases perdurables para una caracterización del capitalismo, Lenin habría postulado una tesis que desbordó la fecha de su formulación.

Este enfoque objeta la existencia de varios modelos de imperialismo, adaptados a los sucesivos cambios del capitalismo. Entiende que un sólo esquema resulta suficiente para comprender la dinámica de la última centuria.

De esa caracterización deduce una analogía del escenario actual con el imperante durante la Primera Guerra Mundial, estimando que el mismo conflicto interimperial reaparece en la coyuntura en curso. Plantea que Rusia y China compiten con sus pares de Occidente, con políticas semejantes a las desplegadas hace cien años por las potencias desafiantes de las fuerzas dominantes.

Con esa óptica observa los conflictos actuales como una competencia por el botín de la periferia. La guerra de Ucrania es vista como un ejemplo

de ese choque y la batalla entre Kiev y Moscú es explicada por el apetito que suscitan los recursos de hierro, gas o trigo en el territorio en disputa. Todos los países involucrados en esa batalla son equiparados y denunciados como bandos de una pugna interimperial.

Pero este razonamiento pierde de vista las grandes diferencias del contexto actual con el pasado. A principios del siglo XX, una pluralidad de potencias chocaba con fuerzas militares comparables para hacer valer su superioridad. No existía la estratificada supremacía que actualmente ejerce Estados Unidos sobre sus socios de la OTAN. Ese predominio confirma que las potencias ya no actúan como guerreros autónomos. Estados Unidos direcciona tanto a Europa como a sus apéndices de otros continentes

En la actualidad opera, además, un sistema imperial frente a cierta variedad de alianzas no hegemónicas, que sólo incluyen tendencias imperiales en gestación. El núcleo dominante agrede y las formaciones en constitución se defienden. A diferencia del siglo pasado no se libra una batalla entre pares igualmente ofensivos.

LOS CRITERIOS DE LENIN

La tesis clásica define al imperialismo con pautas que subrayan el predominio del capital financiero, los monopolios y la exportación de capital. Con esos parámetros propone respuestas positivas o negativas al status de Rusia y China, según el grado de cumplimiento o distanciamiento de esos requisitos.

En las respuestas afirmativas se coloca a Rusia en el campo imperialista, al evaluar que su economía se ha expandido en forma significativa, con inversiones en el extranjero, corporaciones globales y explotación de la periferia. La misma interpretación para el caso chino resalta que la segunda economía del mundo, ya satisface sobradamente todos los requisitos de una potencia imperial.

En las evaluaciones contrapuestas se destaca que Rusia no ingresó aún al club de los dominadores por carecer del potente capital financiero que exige ese ascenso. Se recuerda, además, que cuenta con pocos monopolios o empresas descollantes en el ranking de las corporaciones internacionales. La misma opinión para el caso de China señala que la poderosa economía asiática no sobresalió aún, en la exportación de capitales o en el predominio de sus finanzas.

Pero estas clasificaciones económicas extraídas de caracterizaciones formuladas en 1916 son inadecuadas para evaluar el imperialismo contemporáneo. Lenin sólo describió los rasgos del capitalismo de su época, sin

utilizar esa evaluación para definir un mapa del orden imperial. Estimaba por ejemplo que Rusia integraba el club de los imperios, a pesar de incumplir todas las condiciones económicas exigidas para esa participación. Lo mismo sucedía con Japón, que no era un exportador relevante de capital, ni albergaba formas preeminentes de capital financiero.

La forzada aplicación actual de esos requisitos conduce a incontables confusiones. Hay muchos países con finanzas poderosas, inversiones en el extranjero y grandes monopolios (como Suiza), que no despliegan políticas imperialistas. Por el contrario, la propia economía rusa opera como una mera semiperiferia en el ranking mundial, pero desenvuelve acciones militares propias de un imperio en gestación. A su vez, China reúne todas las condiciones del recetario económico clásico para ser tipificada como un gigante imperial, pero no implementa acciones bélicas acordes a ese status.

El lugar de cada potencia en la economía mundial no esclarece, por lo tanto, su papel como imperio. Ese rol se dilucida evaluando la política exterior, la intervención foránea y las acciones geopolítico-militares en el tablero global. Este abordaje sugerido por el marxismo renovado esclarece más las características del imperialismo actual, que la óptica postulada por los actualizadores de la mirada clásica.

TRANSNACIONALISMO E IMPERIO GLOBAL

Otro planteo marxista alternativo fue propiciado en la década pasada por la tesis del imperio global. Esa visión logró gran predicamento durante el auge de los Foros Sociales Mundiales, postulando la vigencia de una era posimperialista, superadora del capitalismo nacional y la intermediación estatal. Destacó una novedosa contraposición directa entre los dominadores y dominados, resultante de la disolución de los viejos centros, la movilidad irrestricta del capital y la extinción de la relación centro-periferia.

En un marco de gran euforia con **el libre-comercio y las desregulaciones bancarias, remarcó también la** existencia de una clase dominante amalgamada y entrelazada mediante la transnacionalización de los estados. Observó a Estados Unidos, como la encarnación de un imperio globalizado, que transmite sus estructuras y valores al conjunto del planeta.

Esa mirada ha quedado desmentida por el escenario de intensos conflictos actuales entre las principales potencias. El drástico choque entre Estados Unidos y China resulta inexplicable, con una óptica que postula la disolución de los estados y la consiguiente desaparición de las crisis geopolíticas, entre países diferenciadas por sus basamentos nacionales.

La tesis del imperio global omitió, además, los límites y contradicciones de la globalización, olvidando que el capital no puede emigrar irrestrictamente de un país a otro, ni usufructuar de un libre desplazamiento planetario de la mano de obra. Una continuada secuencia de barreras obstruye la constitución de ese espacio homogéneo a nivel mundial.

Ese enfoque extrapoló eventuales escenarios de larguísimo largo plazo a realidades inmediatas, al imaginar simples y abruptas globalizaciones. Diluyó la economía y la geopolítica en un mismo proceso y desconoció el continuado protagonismo de los estados, al imaginar entrelazamientos transnacionales entre las principales clases dominantes. Olvidó que el funcionamiento del capitalismo se asienta en la estructura legal y coercitiva que proveen los distintos estados.

Más desacertado fue asemejar la estructura piramidal del sistema imperial contemporáneo que dirige Estados Unidos, con un imperio global, horizontal y carente de asociados nacionales. Omitió que la primera potencia opera como protectora del orden global, pero sin disolver su ejército en tropas multinacionales. Por este cúmulo de inconsistencias, la mirada de un imperio global perdió gravitación en los debates actuales. La teoría marxista renovada ofrece la caracterización más consistente del imperialismo del siglo XXI.

29-6-2022

CAPITULO 2

LA RECUPERACIÓN IMPERIAL FALLIDA DE ESTADOS UNIDOS

El intento estadounidense de recuperar dominio mundial es la principal característica del imperialismo del siglo XXI. Washington pretende retomar esa primacía frente a las adversidades generadas por la globalización y la multipolaridad. Confronta con el surgimiento de un gran rival y con la insubordinación de sus viejos aliados.

La primera potencia ha perdido autoridad y capacidad de intervención. Busca contrarrestar la diseminación del poder mundial y la sistemática erosión de su liderazgo. En las últimas décadas ensayó varios cursos infructuosos para revertir su declive y continúa tanteando esa resurrección.

Todas sus acciones se cimentan en el uso de la fuerza. Estados Unidos perdió el control de la política internacional que exhibía en el pasado, pero mantiene un gran poder de fuego. Expande un destructivo arsenal para forzar su propia recomposición. Esa conducta confirma la aterradora dinámica del imperialismo como mecanismo de dominación.

HTTPS://JACOBIN.COM/2023/04/UKRAINE-RUSSIA-CHINA-PEACE-DEAL-BIDEN-NEGOTIATION

En la primera mitad del siglo XX las grandes potencias disputaban el liderazgo mundial por medio de la guerra. En el período subsiguiente, Estados Unidos ejerció esa conducción con intervenciones armadas en la periferia para confrontar con la amenaza socialista. En la actualidad el capitalismo occidental afronta una crisis muy severa con su timonel averiado.

Washington pretende reconquistar supremacía en tres áreas que definen el dominio imperial: el manejo de los recursos naturales, el sometimiento de los pueblos y la neutralización de los rivales. Todos sus operativos apuntan a capturar riquezas, sofocar rebeliones y disuadir competidores.

El control de las materias primas es indispensable para sostener la primacía militar y garantizar los abastecimientos que impactan sobre el curso de la economía. La contención de las sublevaciones populares es esencial para estabilizar el orden capitalista que el Pentágono aseguró durante décadas. Estados Unidos intenta mantener la fuerza que tradicionalmente utilizó para intervenir en América Latina, África, Medio Oriente y el Sur de Asia. Necesita también lidiar con el desafiante chino para doblegar a otros rivales. En esas batallas se dirime el éxito o naufragio de la resurrección imperial estadounidense.

LA CENTRALIDAD BÉLICA

El imperialismo es sinónimo de poder militar. Todas las potencias han dominado mediante esa carta sabiendo que el capitalismo no podría subsistir sin ejércitos. Es cierto que el sistema recurre también a la manipulación, el engaño y la desinformación, pero no sustituye la amenaza coercitiva por la simple preeminencia ideológica. Combina la violencia con el consentimiento y hace valer un poder implícito (*soft power*) que se asienta en el poder explícito (*hard power*).

Conviene recordar estos fundamentos, frente a las teorías que reemplazan el imperialismo por la hegemonía como concepto ordenador de la geopolítica contemporánea. Ciertamente los poderosos han reforzado su prédica a través de los medios de comunicación. Desenvuelven un sistemático trabajo de desinformación y ocultamiento de la realidad. También perfeccionaron el uso de las instituciones políticas y judiciales del estado para asegurar sus privilegios. Pero en el orden internacional la supremacía de las grandes potencias se dirime por medio de amenazas militares.

El sistema global opera con un resguardo bélico comandado por Estados Unidos. Desde 1945 la primera potencia emprendió 211 intervenciones en 67 países. Mantiene actualmente 250.000 soldados estacionados en 700 bases distribuidas en 150 naciones (Chacón, 2019). Esa mega-estructura ha guiado la política norteamericana desde el lanzamiento de las bombas atómicas en

Nagasaki e Hiroshima y la conformación de la OTAN como brazo auxiliar del Pentágono.

Las tres principales incursiones de la guerra fría (Corea en 1950-1953, Vietnam en 1955-1975 y Afganistán en 1978-1989) demostraron el mortífero alcance de ese poder. Washington ha edificado un tejido internacional de instalaciones militares sin precedentes en la historia (Mancillas, 2018).

El control de las materias primas ha sido determinante de muchas operaciones bélicas. Las masacres que padece Medio Oriente para dirimir quién maneja el petróleo ilustran esa centralidad. Esa disputa detonó la sangría de Irak y Libia e influyó en las incursiones de Afganistán y Siria. Las reservas es crudo son también el botín ambicionado por los generales que organizan el acoso de Irán y el cerco de Venezuela.

ECONOMÍA ARMAMENTISTA

La política exterior estadounidense está condicionada por la red de contratistas que se enriquecen con la guerra. Lucran con la fabricación de explosivos que deben probarse en algún rincón del planeta. El aparato industrial-militar necesita esas confrontaciones. Se nutre de un gasto que no aumenta sólo en períodos de intenso belicismo, sino también en las fases de distensión.

Gran parte del cambio tecnológico se procesa en la órbita militar. La informática, la aeronáutica y la actividad espacial son los epicentros de esa experimentación. Los grandes proveedores del Pentágono aprovechan el resguardo del presupuesto estatal, para fabricar artefactos veinte veces más costosos que sus equivalentes civiles. Operan con cuantiosas sumas, en un sector autonomizado de las restricciones competitivas del mercado (Katz, 2003).

Ese modelo armamentista se desenvuelve al compás de las exportaciones. Las 48 grandes firmas del complejo industrial-militar manejan el 64% de la fabricación bélica mundial. Entre el 2015 y el 2019 el volumen de sus ventas ascendió un 5,5% en comparación al quinquenio anterior y un 20% en relación al período 2005-2009.

El gasto militar global alcanzó en 2017 su mayor nivel desde el final de la guerra fría (1,74 billones de dólares), con Estados Unidos a la cabeza de todas las transacciones (Ferrari, 2020). La primera potencia concentra la mitad de los desembolsos y patrocina a las cinco primeras empresas de esa actividad.

El protagonismo tecnológico norteamericano depende de esa primacía internacional en el sector bélico. El desarrollo del capitalismo digital de la

última década ha transitado por fabricaciones militares previas y es congruente con el uso de armas dentro del país. Estados Unidos es el principal mercado de las 12.000 millones de balas que se fabrican anualmente. La Asociación Nacional del Rifle brinda sostén material y cultural a la continuada centralidad del Pentágono.

Pero esa gravitación de la economía armamentista también genera muchas adversidades al sistema productivo. Exige un volumen de financiamiento que el país no puede proveer con recursos propios. El bache es cubierto con un déficit fiscal y un endeudamiento externo que amenazan el señoreaje del dólar.

Estados Unidos sostuvo su andamiaje militar desde la posguerra con el gran tributo que impuso a sus socios. Esa carga es actualmente resistida por los aliados europeos y ha desencadenado una crisis de financiamiento de la OTAN. Desaparecida la Unión Soviética, el Viejo Continente objeta la utilidad de un dispositivo que Washington utiliza para sus propios intereses.

La economía militar estadounidense se asienta en un modelo de altos costos y baja competitividad. El gendarme del capitalismo pudo forzar durante mucho tiempo la subordinación de sus desarmados rivales. Pero ya no cuenta con el mismo margen para administrar sus gravosas innovaciones en el área militar. Otros países desenvuelven los mismos cambios tecnológicos con operaciones más baratas y eficientes en la esfera civil.

El gasto bélico influye en forma muy contradictoria sobre el ciclo de la economía norteamericana. Apuntala el nivel de actividad cuando el estado canaliza impuestos hacia una demanda cautiva. También absorbe capitales excedentes que no encuentran inversiones rentables en otras ramas. Pero en las coyunturas adversas, incrementa el déficit fiscal y captura porciones del gasto púbico que podrían destinarse a numerosas asignaciones productivas. En esos momentos los réditos que generan las erogaciones militares para la tecnología y las exportaciones, no compensan el deterioro (y nefasto direccionamiento) de los recursos públicos.

LAS GUERRAS DE NUEVO TIPO

La actual intervención externa de Estados Unidos recrea los viejos patrones de la acción imperial. La conspiración persiste como el componente central de esas modalidades. La vieja tradición de la CIA en golpes de estado contra los gobiernos progresistas ha reaparecido en numerosos países.

Washington retoma también las "guerras de aproximación" (*proxy war*), en las áreas priorizadas para hostilizar a las naciones crucificadas por el

Departamento de Estado (China, Rusia, Irán, Corea del Norte, Venezuela) (Petras, 2018).

Pero el fracaso de Irak marcó un giro en las modalidades de intervención. Esa ocupación desembocó en un gran fracaso por la resistencia afrontada en el país y por la propia inconsistencia del operativo. Ese fiasco indujo la sustitución de las invasiones tradicionales por una nueva variedad de guerras híbridas (VVAA, 2019).

En esas incursiones las acciones bélicas corrientes son reemplazadas por una amalgama de acciones no convencionales, con mayor peso de fuerzas para-estatales y uso creciente del terror. Este tipo de operaciones ha predominado en los Balcanes, Siria, Yemen y Libia (Korybko, 2020).

En esos casos la acción imperial asume una connotación policial de hostigamiento, que privilegia el sometimiento a la victoria explícita sobre los adversarios. Esas intervenciones amplían los operativos que la DEA perfeccionó en su pulseada con el narcotráfico. El control del país acosado se torna más relevante (o factible) que su derrota y la agresión con alta tecnología ocupa un lugar preeminente ("guerras de quinta generación").

En incontables casos el componente terrorista de esas acciones ha desbordado el curso diseñado por la Casa Blanca, generando una secuencia autónoma de acciones destructivas. Ese descontrol se verificó con los talibanes, inicialmente adiestrados en Afganistán para acosar a un gobierno pro-soviético. Lo mismo ocurrió con los yihadistas, entrenados en Arabia Saudita para erosionar a los gobiernos laicos del mundo árabe.

A través de guerras hibridas Estados Unidos intenta controlar a sus rivales, sin consumar intervenciones bélicas en regla. Combina el cerco económico y la provocación terrorista, con la promoción de conflictos étnicos, religiosos o nacionales en los países diabolizados. También propicia la canalización derechista del descontento a través de los líderes autoritarios que han usufructuado de las "revoluciones de colores". Esos operativos han permitido incorporar a varios países del Este Europeo al cerco de la OTAN contra Rusia.

Las guerras híbridas incluyen campañas mediáticas más penetrantes que la vieja batería de posguerra contra el comunismo. Con nuevos enemigos (terrorismo, islamistas, narcotráfico), amenazas (estados fallidos) y peligros (expansionismo chino), Washington despliega sus campañas, mediante una extendida red de fundaciones y ONGs. También utiliza la guerra de la información en las redes sociales.

Las agresiones imperiales incluyen una novedosa variedad de recursos. Basta observar lo sucedido en Sudamérica con la operación implementada por varios jueces y medios de comunicaciones contra los líderes progresistas

(*lawfare*), para mensurar el alcance de esas conspiraciones. Pero esos atropellos suscitan inéditas conmociones en incontables planos.

ESCENARIOS CAÓTICOS

Durante la primera mitad del siglo XX imperaron las conflagraciones a escala industrial, con masas de uniformados exterminados por la maquinaria bélica. En esas guerras totales con muertes anónimas se impuso el indiscriminado entierro de los "soldados desconocidos" (Traverso, 2019).

En las últimas décadas ha prevalecido otra modalidad de acciones con decreciente compromiso de tropas en los campos de batalla. Estados Unidos perfeccionó ese curso, mediante los bombardeos aéreos que destruyen aldeas sin la presencia directa de los *marines*. Ese tipo de intervención se afianzó con la generalización de drones y satélites.

Con esas modalidades el imperialismo del siglo XXI destruye o balcaniza a los países que obstaculizan el resurgimiento de la dominación norteamericana. El aumento del número de miembros en las Naciones Unidas es un indicador de esa remodelación.

La población desarmada ha sido la principal afectada por incursiones que disolvieron la vieja distinción entre combatientes y civiles. Solamente el 5% de las víctimas de la Primera Guerra Mundial eran ciudadanos no alistados. Esta cifra se elevó al 66% en la Segunda Guerra y promedia el 80-90% en los conflictos actuales (Hobsbawm, 2007: cap 1).

Las operaciones que sostiene el Pentágono han barrido definitivamente con todas las normas de las Convenciones de La Haya (1899 y 1907), que distinguían a los uniformados de los civiles. La misma disolución se verifica en los conflictos externos e internos de numerosos estados. La frontera entre la paz y la guerra se ha diluido, potenciando el indescriptible sufrimiento de los refugiados. El organismo que computa el número de esos desamparados registró en 2019 un total de 79,5 millones de personas desplazadas de sus hogares (Unhcr-Acnur, 2020).

Esa monumental cifra de traslados forzosos ilustra el grado de violencia imperante. Aunque los conflictos no alcancen la generalizada escala del pasado, sus consecuencias sobre los civiles son proporcionalmente mayores.

La agresión imperial quebranta en forma sistemática las fronteras entre los países. Impone una remodelación geográfica que contrasta con las rígidas barreras limítrofes de la guerra fría. Esas líneas definan estrictos campos de confrontación y contenían a las poblaciones en sus localidades de origen.

Los estallidos bélicos actuales potencian los efectos de la creciente presión emigratoria hacia los centros del hemisferio norte. La huida de la guerra confluye con la masiva escapatoria de la devastación económica que padecen varios países de la periferia.

El imperialismo estadounidense es el principal causante de las tragedias bélicas contemporáneas. Provee armas, auspicia tensiones raciales, religiosas o étnicas y promueve prácticas terroristas que destruyen a los países afectados (Armanian, 2017).

Lo ocurrido el mundo árabe ilustra esa secuencia. Bajo las órdenes de sucesivos presidentes, Estados Unidos implementó la demolición de Afganistán (Reagan-Carter), Irak (Bush) y Siria (Obama). Esas masacres implicaron 220.000 muertos en el primer país, 650.000 en el segundo y 250.000 en el tercero. La disgregación social y el resentimiento político generado por esas matanzas desencadenaron, a su vez, atentados suicidas en los países centrales. El terror desembocó en enceguecidas respuestas de más terror.

Las atrocidades imperiales han socavado los propios objetivos de esas incursiones. Para desplazar a Gadafi el imperialismo pulverizó la integridad territorial de Libia y deshizo el sistema de tapones construido en el Norte de África para contener la emigración hacia Europa. El país se convirtió en un centro de explotación de migrantes, gestionado por las mafias que Occidente financió para apoderarse de Libia. Frente a semejante desmadre, los viejos colonialistas ya no diseñan nuevas fronteras formales. Sólo improvisan mecanismos de contención de los refugiados (Buxton; Akkerman, 2018).

El Pentágono ha desplegado, además, unas 50 bases ocultas en África, mientras las compañías petroleras occidentales controlan a los tiros sus yacimientos de Nigeria, Sudan y Níger (Armanian, 2018). Ese apetito por los recursos naturales es el trasfondo de las tragedias en el continente negro. La acción imperial ha incentivado los enfrentamientos étnicos ancestrales para incrementar su manejo de esos recursos.

LA FRACTURA INTERNA

El principal obstáculo que afronta la recomposición imperial estadounidense es la ruptura de la cohesión interna del país. Ese cimiento sostuvo durante décadas la intervención de la primera potencia en el resto del mundo. Pero el gigante del Norte ha registrado un cambio radical como consecuencia del retroceso económico, la grieta política, las tensiones raciales y la nueva conformación étnico-poblacional. La uniformidad cultural que nutría el "sueño americano" se ha diluido y Estados Unidos afronta una fractura sin precedentes.

Las divisiones han erosionado el sustento de la injerencia norteamericana en el exterior. Las operaciones militares no cuentan con el aval del pasado y han quedado afectadas por el fin de la conscripción. Washington ya no embarca en sus incursiones a un ejército de reclutas, ni justifica esas acciones con mensajes de ciega fidelidad a la bandera. Para consumar operativos quirúrgicos opta por un armamento más acotado y de mayor precisión. Prioriza el impacto mediático y la contención de bajas en sus propias filas.

La privatización de la guerra sintetiza esas tendencias. Se ha generalizado el uso de mercenarios y contratistas que negocian el precio de cada masacre. Esta modalidad de belicismo sin compromiso de la población, explica la pérdida de interés general por las acciones imperiales. Las guerras sin reclutas exigen mayores gastos, pero atenúan las resistencias internas. Impiden incluso percibir los fracasos en territorios lejanos (Irak, Afganistán) como adversidades propias.

Pero la contrapartida de ese divorcio es la creciente dificultad imperial para incursionar en proyectos más ambiciosos. Resulta muy difícil recuperar el liderazgo mundial, sin la adhesión de segmentos significativos de la población.

El imperialismo de posguerra se asentaba en una autoridad oficial que se ha disipado. El fin del alistamiento masivo introdujo un nuevo derecho democrático, que paradójicamente deteriora la capacidad del estado norteamericano para recuperar su decaído poder imperial (Hobsbawm, 2007: cap 5).

La privatización de la guerra acentúa, a su vez, los traumáticos efectos del divorcio entre los gendarmes y la población. El trauma de los retornados de Irak o Afganistán ilustra ese efecto. El uso de mercenarios también expande la militarización interna y la incontrolable explosión de violencia que suscita la libre portación de armas.

Esta secuencia de corrosiones asume un alcance mayor con la canalización derechista del descontento social. Esa captación política despuntó con el TEA Party y se afianzó con el Trumpismo.

La xenofobia, el chauvinismo y el supremacismo blanco se han extendido con discursos racistas que culpabilizan a las minorías, los migrantes y los extranjeros del declive estadounidense. Pero esa furia nacionalista sólo ahonda la fractura interna, sin recrear la base social extendida que utilizaba el imperialismo estadounidense para incursionar en el exterior.

LOS FALLIDOS DE TRUMP

Los últimos cuatro años aportaron un categórico retrato del fracasado intento estadounidense de recuperar dominio imperial. Trump privilegió la recomposición de la economía y pretendió utilizar la superioridad militar del país para apuntalar el relanzamiento productivo.

Con ese soporte encaró durísimas negociaciones externas, a fin de extender al plano comercial las ventajas monetarias que mantiene el dólar. Propició acuerdos bilaterales y cuestionó el libre-comercio para aprovechar la primacía financiera de Wall Street y la Reserva Federal.

Trump intentó preservar la supremacía tecnológica mediante crecientes exigencias de cobro de la propiedad intelectual. Con ese control de la financiarización y del capitalismo digital esperaba forjar un nuevo equilibrio entre los sectores globalistas y americanistas de la clase dominante. Apostó a combinar la protección local con los negocios mundiales.

El multimillonario priorizó la contención de China. Encaró una brutal pulseada para reducir el déficit comercial, a fin de repetir el sometimiento que impuso Reagan a Japón en los años 80. Buscó además afianzar las ventajas sobre Europa, aprovechando la existencia de un aparato estatal unificado, frente a competidores transatlánticos que no logran extender su unificación monetaria al plano fiscal y bancario. Bajo la apariencia de un improvisado desorden, el ocupante de la Casa Blanca concibió un ambicioso plan de recuperación estadounidense (Katz, 2020).

Pero su estrategia dependía del aval de los aliados (Australia, Arabia Saudita, Israel), la subordinación de los socios (Europa, Japón) y la complacencia de un adversario (Rusia) para forzar la capitulación de otro (China). El magnate no consiguió esos alineamientos y el relanzamiento norteamericano falló desde el principio.

La confrontación con China fue su principal fracaso. Las amenazas no amedrentaron al dragón asiático, que aceptó mayores compras y menores exportaciones, sin convalidar la apertura financiera y el freno de las inversiones tecnológicas. China no acomodó su política monetaria a los reclamos de un deudor, que ha colocado el grueso de sus títulos en los bancos asiáticos.

Tampoco los socios de Estados Unidos resignaron los negocios con el gran cliente asiático. Europa no se sumó a la confrontación con China e Inglaterra continuó jugando su propia partida en el mundo. El gigante oriental incrementó para colmo su intercambio comercial con todos los países del hemisferio americano (Merino, 2020).

Trump sólo logró inducir un alivio de coyuntura, sin revertir ningún desequilibrio significativo de la economía. Esa carencia de resultados salió a flote en la crisis que precipitó la pandemia y en su propia eyección de la Casa

Blanca. Las mismas adversidades se verificaron en la órbita geopolítica. El magnate intentó neutralizar la pesada herencia de fracasos militares. Propició un manejo cauto de las aventuras bélicas frente al fiasco de Irak, el pozo de Somalia y los despistes de Siria.

Para desandar las infructuosas campañas de Bush forzó retiradas de tropas en los escenarios más expuestos. Transfirió operaciones a sus socios sauditas e israelíes y redujo el protagonismo previo. Sostuvo la anexión de Cisjordania y las masacres de los yemenitas, pero no comprometió al Pentágono con otra intervención. Prescindió de los *marines* de la crisis libia, sustrajo efectivos de Siria y abandonó a los aliados kurdos. En esa zona avaló la gravitación de Turquía y consintió la preeminencia de Rusia.

Trump volvió a experimentar la misma impotencia de sus antecesores en el control de la proliferación nuclear. Esa incapacidad para restringir la tenencia de bombas atómicas a un selecto club de potencias ilustra las limitaciones norteamericanas. Estados Unidos no puede dictar el rumbo del planeta, si una pequeña franja de países comparte el poder de chantaje que otorgan las cargas nucleares.

Las fracasadas tratativas con Corea del Norte confirmaron esas flaquezas de Washington. Kim perfeccionó la estructura de misiles y rechazó la oferta de desarme a cambio de provisiones de energía o alimentos. Sabe que únicamente el poderío nuclear impide la repetición en su país de lo ocurrido en Irak, Libia o Yugoslavia.

Ese resguardo atómico es la carta contra un imperio que impuso la división de la península coreana y rechaza cualquier tratativa de reunificación. Estados Unidos veta constantemente los avances en la propuesta ruso-china de frenar la militarización de ambos lados (Gandásegui, 2017). Pero al cabo de varias amenazas Trump archivó su pose de fanfarrón y aceptó la simple continuidad de las conversaciones.

Una barrera muy semejante encontró en Irán. También ahí la prioridad imperialista ha sido el freno del desarrollo nuclear para garantizar el monopolio atómico regional de Israel. Trump rompió el acuerdo de desarme suscripto por Obama y viabilizado a través de una verificación internacional.

El magnate redobló las provocaciones con embargos y atentados. El asesinato del general Soleimani fue el punto culminante de esa agresión. Implicó un descarado acto de terrorismo hacia el jefe del ejército de un país, que no perpetró ninguna agresión contra Estados Unidos. Pero ese tipo de crímenes -seguido por la eliminación de varios científicos de alto rango- no ha logrado detener la paulatina incorporación de Irán al club de los países protegidos con la coraza atómica.

Esa misma diseminación del poder nuclear impide a Washington imponer su arbitraje en otros conflictos regionales. Las tensiones entre Pakistán e

India oponen, por ejemplo, a dos ejércitos con ese tipo de armamento y consiguiente capacidad para autonomizarse del tutelaje imperial

Trump falló también en sus agresiones contra Venezuela. Propició todos los complots imaginables para recuperar el control de la principal reserva petrolera del hemisferio y no pudo doblegar al chavismo. Sus amenazas chocaron con la imposibilidad de repetir las viejas intervenciones militares en América Latina.

LA NUEVA ESTRATEGIA DE REARME

Trump no se limitó a retacear la presencia militar en el exterior con la expectativa de relanzar la economía. Incrementó en forma drástica el presupuesto militar para descartar cualquier sugerencia de efectivo repliegue imperial. Esas erogaciones saltaron de 580.000 millones de dólares (2016) a 713.000 millones (2020). Garantizó ganancias récord a los fabricantes de misiles y ensayó una mega bomba de inédito alcance en Afganistán.

El magnate relanzó la guerra de las galaxias y rompió los tratados de desarme nuclear. También avaló al giro hacia la "Competencia entre los Principales Poderes" (GPC), en reemplazo de la "Guerra Global contra el Terrorismo" (GWOT). Ese cambio tiende a sustituir la identificación, rastreo y destrucción de fuerzas adversas en remotas áreas de Asia, África o Medio Oriente por un rearme preparatorio de conflictos más convencionales. Con ese viraje propició cerrar el capítulo-Bush de incursiones en áreas alejadas, para retomar la confrontación tradicional con los enemigos del Pentágono (Klare 2020).

Con esa óptica el magnate complementó las presiones comerciales sobre China con un gran despliegue de la flota del Pacífico. Exigió la desmilitarización de los arrecifes del Mar del Sur para quebrantar el escudo defensivo de su rival. Reforzó drásticamente el desplazamiento de tropas iniciado por Obama desde Medio Oriente hacia el continente asiático.

La presión sobre China escaló con la ampliación de la marina y la adquisición de un asombroso número de buques y submarinos. La fuerza aérea fue modernizada en sintonía con todas las innovaciones de la inteligencia artificial y el adiestramiento en ciberguerras.

Para hostilizar a China, Trump reforzó el bloque forjado con India, Japón, Australia y Corea del Sur (Quad). Ese alineamiento militar presupone que los eventuales choques con Beijing se librarán en el Océano Pacífico e Índico. Un connotado asesor del Departamento de Estado localiza en esa región el desenlace de la confrontación sino-estadounidense (Mearsheimer, 2020).

La estrategia frente a Rusia fue más cautelosa y amoldada al intento inicial de atraer a Putin a un acuerdo contra Xi Jin Ping. Del fracaso de ese operativo emergieron las iniciativas de reequipamiento de los ejércitos terrestres en el continente europeo. La Casa Blanca continuó su trabajo de cooptación militar de los países fronterizos con Rusia y extendió la red de misiles de la OTAN desde las Repúblicas Bálticas y Polonia hasta Rumania.

Con esa nueva estrategia el despliegue de armas nucleares retomó su vieja centralidad. Trump aprobó el desarrollo de municiones atómicas basadas en ojivas de alcance acotado y misiles balísticos de lanzamiento marítimo. Las primeras series de estas bombas ya fueron fabricadas y entregadas al alto mando.

Para desenvolver esos fulminantes artefactos Trump rompió los tratados de racionalización nuclear concertados en 1987. Puso fin al mecanismo de compatibilizar con Rusia la destrucción del armamento obsoleto. Apadrinó, además, la primera prueba de un misil de mediano alcance desde el final de la guerra fría.

La nueva estrategia bélica explica la brutal exigencia de mayor financiación europea de la OTAN. Con actitudes de matón, el magnate recordó que Occidente debe solventar los auxilios prestados por Estados Unidos. Esa demanda generó la mayor tensión transatlántica desde la posguerra.

Trump buscó arrastrar a sus aliados a conflictos con China y Rusia, que socavan los negocios del Viejo Continente. En esa región existe una seria resistencia a la militarización que propicia Estados Unidos. Pero el capitalismo europeo no ha podido emanciparse de la tutela bélica norteamericana y por eso acompañó las incursiones de Irak y Ucrania. Rechaza la demanda de mayor gasto en la OTAN, pero sin romper la subordinación a Washington.

El alterimperialismo europeo concibe su propio sistema de defensa en estrecha conexión con el Pentágono y por esa razón no logra consumar la unificación de su propio ejército. Existe un divorcio entre la supremacía militar de Francia y el poder económico de Alemania que impide materializar esa iniciativa (Serfati, 2018).

Trump no pudo someter a Europa, pero sus interlocutores de Bruselas, Paris y Berlín continuaron careciendo de una brújula propia. Esa indefinición acrecentó la capacidad exhibida por Rusia para contener la recomposición imperial estadunidense. Putin reforzó el dique defensivo que estableció con Xi Jinping y salió airoso de las pulseadas geopolíticas en Siria, Crimea y Nagorno-Karabaj. Es muy visible el abismo imperante entre estos resultados y la disgregación que prevalecía en la era de Yeltsin.

Como China no disputa con la misma frontalidad geopolítica sus logros son menos visibles, pero exhibe resultados económicos impresionantes en

su puja con Estados Unidos. El mandato de millonario retrató la incapacidad norteamericana para recuperar primacía imperial.

EL ASALTO AL CAPITOLIO

Trump se despidió con una aventura que retrata la magnitud de la crisis política estadounidense. La invasión al Congreso no fue un acto improvisado. Los grupos ultraderechistas difundieron previamente el plan, financiaron viajes, reservaron hoteles y transportaron armas. Al interior del recinto siguieron las rutas de acceso a los despachos señaladas por los diputados cómplices.

La policía creó una zona liberada y aseguró durante horas la presencia de los asaltantes. Si un grupo de afroamericanos hubiera intentado una acción semejante habría sido acribillado al instante. Las manifestaciones pacíficas en ese mismo lugar concluyeron en los últimos años con centenares de heridos y detenidos.

Trump participó directamente en la asonada. Instigó a los manifestantes, mantuvo comunicaciones con sus líderes y les prometió apoyó. El objetivo de la acción era presionar a los congresistas republicanos que cuestionaban la impugnación de la elección. Ese apriete incluía amenazas para forzarlos a seguir la instrucción presidencial. Con la provocación en el Capitolio el magnate intentó sostener su absurda denuncia de fraude. Consiguió mantener la lealtad de un centenar de legisladores y demorar el desalojo, pero al final abandonó la partida y condenó a los ocupantes.

La incursión fue tan surrealista como los especímenes que la perpetraron. El grupo de alucinados que se retrató en los sillones del Congreso parecía extraído de una tira fantástica de la televisión. Pero el bizarro acto que consumaron no borra la huella fascista del operativo.

Todos los delirantes que intervinieron en la toma integran algún grupo de las milicias supremacistas. Actúan en sectas fanáticas (QAnon Shaman) o se referencian en la congresista que ganó su mandato con el símbolo de la ametralladora (Marjorie Taylor Greene). Los gendarmes que abrieron las puertas del Congreso participan en esas formaciones ultra-derechistas.

Los grupos paramilitares cuentan con 50.000 miembros bien pertrechados. Se especializan en atacar manifestaciones juveniles o democráticas y hace pocos meses realizaron un ensayo del asalto frente a la legislatura de Michigan. Una cuarta parte de esas milicias está integrada por soldados o policías y esa afiliación quedó confirmada en la lista de detenidos por el ataque al Capitolio.

La elevada presencia militar en los pelotones fascistas forzó dos pronunciamientos del alto mando, rechazando el involucramiento de las fuerzas armadas en las aventuras del trumpismo. Diez ex secretarios de Defensa firmaron esa advertencia y el FBI organizó la ceremonia de nombramiento de Biden con un inédito operativo para desmantelar eventuales atentados. Al cabo de muchos años de libre circulación y prédica, los grupos fascistas se han transformado en la principal amenaza terrorista. Los supremacistas (y no lo herederos de Bin Laden) son señalados como el gran peligro en ciernes. A diferencia de lo ocurrido con las Torres Gemelas esta vez el enemigo es interno.

Esos grupos se sostienen en una base social racista que actualizó los emblemas neo-confederados. Retoman las periódicas oleadas de reacción contra las conquistas democráticas. En el pasado ajusticiaban a esclavos liberados o atentaban contra los derechos civiles. Ahora rechazan la integración racial, el multiculturalismo y la acción afirmativa.

Los afroamericanos persisten como el principal blanco de un resentimiento que se extiende a los inmigrantes. Por esa razón la impugnación del resultado electoral anti-Trump fue tan intensa en los estados con votantes negros y latinos. Los extremistas evangélicos añaden su cruzada contra el aborto y el feminismo a la campaña ultra-conservadora.

El asalto al Capitolio no fue la antítesis de la realidad estadounidense que imagina Biden. Expresa el agonizante estado del sistema político y complementa todas las anomalías que salieron a flote durante los comicios. La irrupción de fascistas armados en el Congreso no es ajena al sistema electoral antidemocrático que digita la plutocracia gobernante.

Las tentativas de golpe eran el único ingrediente que faltaba en ese infame dispositivo. Las hordas de Trump llenaron ese vacío, sepultando todas las burlas hacia los regímenes políticos de América Latina. Esta vez el típico episodio de una Republicana Bananera se localizó en Washington. Los bandoleros no asaltaron el Parlamento de Honduras, Bolivia o El Salvador. El operativo que exporta el Departamento de Estado y organiza la embajada yanqui fue implementado en casa.

Las consecuencias políticas de ese episodio son inconmensurables. Afectan directamente la capacidad de intervención imperial. La OEA tendrá que reinventar sus guiones para condenar "las violaciones a las instituciones democráticas", en los países que simplemente imiten lo ocurrido en Washington. También deberá explicar por qué razón la cúpula de los Republicanos y Demócratas toleraron esa incursión, sin ninguna represalia contundente contra sus responsables.

Los efectos más perdurables aún son nebulosos, pero las comparaciones que se establecieron con la captura de Roma por los bárbaros o con las marchas de Mussolini ilustran la gravedad de lo ocurrido. Varios historiadores

estiman que el país afronta el mayor enfrentamiento interno desde la guerra civil del siglo XIX.

En lo inmediato se perfilan dos escenarios contrapuestos de declive o resurgimiento de Trump. Los exponentes de la primera previsión destacan que la aventura golpista acentuó un deterioro ya soportado por el magnate, como consecuencia de la pandemia y la derrota electoral (PSL, 2021; Naím, 2021). Zafó de la destitución (25ª Enmienda), pero no de un *impechment* que podría inhabilitarlo a futuro. Se despidió con la deserción de funcionarios, rechazos de congresistas republicanos y un vergonzoso auto-indulto de sus cómplices. La ceremonia militarizada del traspaso disuadió las marchas previstas de apoyo a su gestión.

Trump fue abandonado por sectores de las finanzas y la industria que solventaron su campaña y el poder tecnológico lo repudió cortando sus cuentas en Twitter y Facebook. El establishment teme los incontrolables efectos de las jugadas del ex presidente. Si la decadencia de Trump se corrobora, el asalto al Capitolio será recordado como el "Tejerazo" de España en 1981 (intento final y fallido del franquismo para conservar el poder).

Pero una biblioteca opuesta de analistas estima que lo ocurrido no modificará la sólida inserción política del trumpismo (Vandepitte, 2021; Farber, 2021; Post, 2020). El millonario cuenta con una base social que reunió al 47 % de los votantes y sometió al partido republicano a su liderazgo. Muchos legisladores han repetido su fábula del fraude electoral, con el alocado agregado que fue perpetrado por un fantasmal grupo izquierdista (*Antifas*).

Esta visión postula que el trumpismo se ha consolidado dentro de la estructura estatal (gendarmes, jueces, funcionarios) y podría construir una tercera formación para desafiar el bipartidismo, si no logra domesticar el hervidero republicano. La inhabilitación de Trump sería contrarrestada por el protagonismo de sus hijos o algún otro sucesor. Y la animadversión de los financistas sería compensada con otros contribuyentes.

Pero las dos opciones de caída o persistencia del trumpismo no dependen sólo del comportamiento de las elites y los realineamientos de los Republicanos. Aún está pendiente la reacción en el polo opuesto de jóvenes, precarizados, afroamericanos, feministas y latinos, que antes del período electoral ocuparon las calles con enormes manifestaciones. Si esas voces retoman su presencia -con la demanda de democratizar el sistema electoral- el futuro del magnate se dirimirá en otro escenario.

CONTINUIDADES E INTERROGANTES

La salida de Trump reducirá el tono de la retórica imperial, pero no la intensidad de las agresiones estadounidenses. Con mayor uso de la diplomacia y la hipocresía, Biden comparte las políticas de estado de su antecesor.

Los dos partidos del establishment se han alternado en el manejo de las estructuras que sostienen la preeminencia militar de la primera potencia. Las evidencias de este belicismo compartido son incontables. Los Demócratas no sólo iniciaron las grandes guerras de Corea y Vietnam. Tanto Clinton como Obama autorizaron más incursiones externas que Trump y en el 2002 el propio Biden apoyó la invasión a Irak, supervisó la intervención en Libia y avaló el golpe en Honduras (Luzzani, 2020).

El dispositivo imperial norteamericano se asienta en un sistema político antidemocrático, que garantiza el periódico reparto de los cargos públicos entre las dos formaciones tradicionales. En la última elección fue particularmente visible cómo operan esos mecanismos de manipulación. En Estados Unidos no funciona el principio elemental de una persona-un voto. Tampoco existe un padrón federal o una autoridad electoral única. Hay que inscribirse y el ganador de cada estado se queda con todos los electores.

La plutocracia que maneja ese sistema asegura su continuidad con los descomunales gastos de campaña que proveen las grandes empresas (10.800 millones de dólares en el 2020). Los 50 estadounidenses más ricos -que poseen una riqueza equivalente a la mitad de los habitantes del país- tienen garantizado su control del régimen. Con ese basamento se definen las estrategias imperiales que utiliza la primera potencia para dictar lecciones de democracia al resto del mundo.

Biden se apresta a retomar la política externa tradicional manchada por los exabruptos de su antecesor. Intentará en esa esfera el mismo retorno a la "normalidad" que promete en el ámbito interior. Los medios de comunicación acompañan ese maquillaje.

El nuevo morador de la Casa Blanca apuntala el neoliberalismo con algunas pinceladas de progresismo en la agenda de las minorías, el feminismo y el cambio climático. Esa misma mixtura instrumentará en la arena exterior, rodeando los lineamientos básicos del imperio con mayores ornamentos de retórica amigable. Esa línea ha sido sugerida por los tradicionales asesores del Departamento de Estado (Nye, 2020). Biden implementará esa combinación aprovechando su larga experiencia de medio siglo en los intersticios de Washington.

Ya colocó el mismo equipo de funcionarios de Obama en los puestos claves de la política exterior. Pero no podrá repetir simplemente el globalismo multilateral de esa gestión. Con los Tratados de Libre-comercio Transpacíficos (TTP) y Transatlánticos (TTIO), Obama propiciaba una red de

alianzas asiáticas para rodear a China y un tejido de acuerdos con Europa para aislar a Rusia. Ninguno de esos convenios pudo concretarse, antes de su brutal entierro por el bilateralismo mercantilista de Trump. Es muy improbable que Biden pueda retomar el curso precedente, como pilar económico de su estrategia imperial.

Para comandar los mega-tratados comerciales con Europa y Asia se requiere una economía de alta eficiencia que Estados Unidos ya no maneja. No alcanza con el dólar, la alta tecnología y el Pentágono. Ni siquiera en el propio hemisferio americano la primera potencia logró consumar una estrategia librecambista. Sólo consolidó el T-MEC con México, sin reinstalar ninguna variante del ALCA en el resto de la región.

Por otra parte, la crisis de la globalización persiste y la prédica de Trump para confrontar con los adversarios comerciales ha calado en el electorado. Existe una fuerte corriente de opinión hostil al globalismo tradicional de las elites costeras. A ese malestar se añade el Gran Confinamiento generado por la pandemia y la inédita paralización del transporte y el comercio internacional. La confluencia de obstáculos para retomar el multilateralismo es muy significativa.

Biden deberá concebir un nuevo pilar para su programa externo con otro equilibrio entre americanistas y globalistas. De la misma forma que Trump se distanció del intervencionismo de Bush, Biden deberá ensayar algún coctel más alejado del formato Demócrata tradicional.

Sus primeros pasos apuntarán a recomponer relaciones tradicionales con los aliados de la OTAN. Intentará cicatrizar las heridas dejadas por su antecesor, retomando proyectos para lidiar con el cambio climático (Acuerdo de Paris). Buscará "descarbonizar" el sector eléctrico con incentivos a las energías renovables e impulsos al auto eléctrico. Pero esas iniciativas no resuelven el gran dilema de la estrategia frente a China.

En este terreno sobran los indicios de continuidad. Biden intensificará la presión para gestar una OTAN del Pacífico-Índico (Dohert, 2020). Australia ya decidió participar en ejercicios navales con Japón y transformarse en el gran portaviones regional del Pentágono. A su vez, Taiwán ha sido provisto de un novedoso armamento aéreo y la India brinda señales de aprobación al acoso en el Mar de China (Donnet, 2020).

El nuevo presidente tratará de incorporar a Europa a esta campaña. Se apresta a suturar las heridas dejadas por Trump, aprovechando el novedoso clima de adversidad con China que despunta entre las elites del Viejo Continente. La Unión Europea designó al gigante oriental como un "competidor estratégico" y los gobiernos de Alemania, Francia e Inglaterra negocian el veto a Huawei en sus redes 5G. Macron acaba nombrar incluso un representante galo en el cuarteto belicista que formó el Pentágono en Asia (Quad).

Pero nadie sabe aún cómo se financiará la OTAN y la lista de temas en conflicto con Viejo Continente es muy extendida. Incluye la postura estadounidense frente al *Brexit* y una definición frente al proyecto trumpista de tratado de libre comercio anglo-americano. También sigue pendiente la postura del Departamento de Estado frente al gasoducto que conectará a Alemania con Rusia.

Biden adscribe al fanatismo pro-israelí de su antecesor, pero Europa propicia un contrapeso más equilibrado con el mundo árabe. Deberá resolver si mantiene la presión bélica sobre Irán, o si por el contrario restablece el tratado nuclear que propician las empresas de Alemania y Francia.

Estas definiciones incidirán en la estrategia bélica de Biden. Tendrá que optar entre el retaceo de tropas que caracterizó a Trump o el intervencionismo que propiciaban Obama-Clinton. Apuntalar las guerras hibridas o el rearme para grandes conflagraciones involucra otra definición de peso. Pero en cualquiera de esas variantes, se dispone a insistir en el proyecto imperial de recuperación estadounidense.

ATASCOS EN LA IDEOLOGÍA

Es probable que Biden retome el estandarte de los derechos humanos como justificación de la política imperial. Esa cobertura ha sido tradicionalmente utilizada para enmascarar los operativos de intervención. Trump abandonó esos mensajes y simplemente optó por disparatadas afirmaciones sin ninguna pretensión de credibilidad.

La presión sobre China que concibe Biden seguramente incluirá alguna alusión a la falta de democracia. En ese caso difundirá condenas de los mismos atropellos que se realizan en los países asociados con la primera potencia. Lo que se silencia de Arabia Saudita, Colombia o Israel ocuparía la primera plana de cuestionamientos a Beijing.

Biden reemplazaría las burdas acusaciones de competencia desleal o fabricación del coronavirus por críticas a la ausencia de libertad de expresión y reunión. Quizás señale también la responsabilidad china en el deterioro del medio ambiente, para atraer al subordinado cómplice europeo.

Pero no será sencillo colocar a China en la lista de países afectados por una tiranía. El imperialismo de los derechos humanos ha sido habitualmente instrumentado para tutelar pequeñas (o medianas) naciones. En esos casos se realza la inoperancia de un "estado fallido" y la consiguiente necesidad del socorro humanitario. Con esa cobertura se arremetió en Somalia, Haití, Serbia, Irak, Afganistán o Libia.

Los invasores nunca explican la selectividad de ese padrinazgo. Excluyen a incontables países sujetos a las mismas anomalías. Además descalifican a la población "rescatada" presentándola como una multitud incapaz de gestionar su propio destino.

La contención de masacres derivadas de enfrentamientos étnicos, religiosos o tribales ha sido otro pretexto de la intervención. Se lo utilizó en África y en los Balcanes, alegando la necesidad de contener matanzas entre poblaciones enemistadas. También en esos casos se ha supuesto que sólo una fuerza armada foránea puede pacificar a los pueblos enfrentados.

Pero ese padrinazgo imperial contrasta con la frecuente incapacidad para arbitrar los propios conflictos internos. Nadie sugiere una mediación externa para resolver esas tensiones. La esencia del imperialismo justamente radica en el autoasignado derecho a intervenir en otro país, para administrar los problemas que en casa se gestionan sin ninguna injerencia foránea.

Lo mismo ocurre con el enjuiciamiento de los culpables. Los acusados de los países periféricos quedan sujetos a normas del derecho internacional, que no se aplican a sus pares del Primer Mundo. Milosevic puede enfrentar un tribunal, pero Kissinger está invariablemente exento de ese infortunio.

Con esa conducta Estados Unidos actualiza el acervo de hipocresía heredada de Gran Bretaña. En el siglo XIX la flota inglesa hostigaba el tráfico internacional de esclavos con argumentos libertarios, que encubrían su propósito de controlar la totalidad del transporte marítimo. Washington recurre a un estandarte parecido y olvida los monumentales desastres que generan las potencias auto concebidas como salvadoras de la humanidad. Esas intervenciones suelen empeorar los escenarios que prometían enmendar.

Si Biden intenta retomar ese vetusto guion liberal incrementará la pérdida de credibilidad que afecta actualmente a Estados Unidos. El discurso oficial de los derechos humanos está desgastado. Fue la gran bandera de la Segunda Guerra y perdió consistencia durante el macartismo. Reapareció con la implosión de la URSS, pero volvió a quedar descascarada con las tropelías de Bush y las complicidades de Obama.

Lo mismo ocurre con el estandarte de la democracia, que en la variante imperial estadounidense siempre combinó el universalismo con la excepcionalidad. Con el primer pilar se justificó el rol misionero providencial de la primera potencia y con el segundo el periódico repliegue aislacionista.

La mitología que cultiva Washington mixtura un llamado al protagonismo planetario ("el mundo está destinado a seguirnos") con mensajes de protección del propio territorio ("no involucrar al país en causas ajenas"). De esa

mixtura emergió la autoimagen de Estados Unidos como una fuerza militar activa, pero sujeta a operaciones solicitadas, remuneradas o mendigadas por el resto del mundo (Anderson, 2016).

Las facetas intervencionistas y aislacionistas siempre tuvieron basamentos divergentes en las mistificaciones de las elites de las costas y los prejuicios del interior norteamericano. Ambas corrientes se complementaron, fusionaron y volvieron a fracturarse. Ese contrapunto fue actualizado por los globalistas contra los americanistas y ahora por Biden contra Trump.

Pero las dos vertientes se sostienen en la misma obsesión inmemorial por la seguridad, en un país curiosamente privilegiado por la protección geográfica. El temor a la agresión externa alcanzó picos de paranoia durante la tensión con la URSS y resurgió con oleadas de pánico irracional durante la reciente "guerra contra el terrorismo".

La ideología imperial estadounidense afronta las mismas dificultades que la concepción americanista del mundo. Ambas enaltecen los valores del capitalismo, ponderan el individualismo, idealizan la competencia, glorifican el beneficio, mistifican el riesgo, alaban el enriquecimiento y justifican la desigualdad.

Estos fundamentos consolidaron la hegemonía estadounidense de posguerra y lograron cierta sobrevida adicional bajo el neoliberalismo. Pero ya no se sostienen en la primacía económica de Norteamérica y han quedado transformados por su reconversión en ideales de otras clases capitalistas del mundo. Los mitos estadounidenses no tienen la preeminencia del pasado (Boron, 2019).

En la segunda mitad del siglo XX el imperialismo estadounidense complementó la coerción, con una ideología que conquistó preeminencia en el lenguaje y la cultura. Esa influencia persiste, pero con modalidades más autonomizadas de la matriz estadounidense y los intentos de recomposición imperial deben lidiar con ese dato. La crisis de largo plazo determina irresolubles tensiones en múltiples planos.

25-1-2021

CAPITULO 3

¿OCASO, SUPREMACÍA O TRANSNACIONALIZACIÓN?

Estados Unidos afronta una crisis de largo plazo que corroe todos sus intentos de recuperación imperial. El retroceso económico es determinante de esa obstrucción.

La primacía militar de la primera potencia ya no se asienta en los viejos pilares productivos. El repliegue industrial ha conducido a un déficit comercial que expresa la pérdida de competitividad fabril.

Ese declive industrial es contrarrestado mediante un continuado liderazgo financiero de Wall Street, el dólar y la Reserva Federal (FED), que permite capturar grandes flujos internacionales del capital. Estados Unidos preserva también una significativa supremacía tecnológica. Invierte importantes sumas en investigación y desarrollo, genera patentes y acrecienta su presencia en los empleos calificados de la informática.

Pero esos timones de las finanzas y la tecnología no alcanzan para retomar el comando imperial. Contribuyen a sostener la delantera frente a Europa y Japón, sin frenar el avance chino y la pujanza de otras economías.

HTTPS://JACOBIN.COM/2019/05/CHINA-IS-NOT-THE-PROBLEM-CAPITALISM-IS

DESVENTURAS ECONÓMICAS

Estados Unidos corroboró sus ventajas entre las viejas potencias durante la crisis del 2008. Definió los planes maestros del rescate bancario y mantuvo al dólar como moneda de refugio.

Esa delantera se verificó incluso frente a la economía germana. Alemania ha demostrado una renovada pujanza tecnológica, con exportaciones de bienes industriales e inversiones en el Este Europeo. Pero no logró consolidar con su socio francés el estado multinacional requerido para disputar el poder transatlántico (Duménil, Levy, 2014: 87-94). Gestó una moneda común relegando al grueso de los miembros de la Unión y sin conseguir la unificación fiscal y bancaria del Viejo Continente. Europa sigue careciendo del estado históricamente consolidado que maneja Washington, para administrar las crisis con audaces socorros fiscales (Lapavitsas, 2016: 374-383).

Las ventajas estadounidenses también persisten frente a Japón, que padece un retroceso económico continuado, con sucesivos fracasos en la reactivación, burbujas recicladas y emigración de capital hacia otras localizaciones asiáticas.

Pero las adversidades de Europa y Japón sólo aportan consuelos al bloqueado resurgimiento de la economía norteamericana. Retratan cómo se distribuyen los costos en el agobiado capitalismo occidental frente al despunte asiático. El contraste entre los duros efectos de la eclosión del 2008-09 en las economías occidentales y el acotado impacto de la crisis de 1997-98 en Oriente confirma esa asimetría. La total disparidad de tasas de crecimiento al cabo de esas turbulencias corrobora esas diferencias (Harvey, 2012: 33-39).

Estados Unidos no ha podido contener la reconfiguración geográfica de la producción hacia el universo asiático. Está perdiendo la partida contra China en todos los indicadores de crecimiento, inversión, intercambio comercial y balance financiero. El dragón asiático ascendió en tiempo récord al status de economía central y disputa en el tope mundial. Washington puede marcarle el paso a Bruselas o Tokio, pero no a Beijing.

Estas adversidades se extienden también al ramillete de países intermedios que ganan peso en la producción y el comercio. Ciertamente el despunte de Turquía o la India no tiene la consistencia de Corea del Sur. Pero los avances más corrientes de las economías semiperiféricas se consuman a favor de China y en desmedro del padrinazgo estadounidense (Roberts, 2018). Washington no ha podido siquiera lucrar con la gran depredación sufrida por África y América Latina. Estos resultados impactan sobre el tejido interno del país.

LAS FRACTURAS INTERNAS

El imperialismo estadounidense ha perdido su viejo sustento de homogeneidad interna. Debe lidiar con la reconfiguración interna que generan las transformaciones demográficas y los flujos inmigratorios, en pleno declive del viejo cinturón industrial. Estas mutaciones han renovado el tradicional choque ideológico entre el anglosajonismo identitario y el multiculturalismo cosmopolita.

La fractura que Washington lograba suturar -para sostener una política externa unificada- se ha profundizado. El capitalismo globalizado requiere un comando asentado en la disciplina interna del país dominante. Esa consistencia se ha diluido y erosiona todos los intentos de relanzamiento imperial.

La grieta en curso no tiene precedentes contemporáneos. Estados Unidos logró mantener su cohesión en las coyunturas más críticas de la posguerra. Ni siquiera la derrota de Vietnam o el temblor provocado por la revolución cubana generaron una corrosión comprable a la ruptura actual.

La división político-cultural entre el americanismo del interior y el globalismo de las costas se extiende a todos los ámbitos de la sociedad. Esa cisura paraliza al sistema político y socava las estrategias externas.

Las últimas elecciones retrataron esa división, en un país fracturado entre zonas urbanas azules (Demócratas) y zonas rurales suburbanas rojas (Republicanos). Frente a semejante polarización el sistema político cruje, anulando los sustentos de la acción externa.

Trump perdió los comicios, pero consolidó una base electoral plebeya de seguidores derechistas, resentidos con los gobiernos federales y enemistados con las elites globalistas. Biden canalizó, a su vez, el descontento con la fracasada gestión del magnate, sin ofrecer las reformas que aseguraban en el pasado la lealtad electoral a su partido de los asalariados, los afroamericanos y los empobrecidos. Los dos polos disputan con gran virulencia, en una estructura política obsoleta y divorciada de la población (Morgenfeld 2020a, 2020b).

Esta división político-social refleja también la irresuelta tensión entre sectores globalistas y americanistas de la clase dominante. El primer grupo reúne a los gigantes del comercio, las finanzas, la tecnología y la comunicación. El segundo sector aglutina a los proveedores del Pentágono, las petroleras, los sojeros y las empresas centradas en el mercado interno.

El proyecto neoliberal es compartido por ambas fracciones, pero con propuestas muy disímiles. Los globalistas propician la recuperación del terreno perdido, apuntalando la gravitación internacional de las firmas estadounidenses. Sus adversarios privilegian el complejo industrial-militar y el mercado interno, con iniciativas de proteccionismo y guerra comercial.

La tensión entre ambos sectores ha escalado frente a las dificultades que exhibe el país para restaurar su primacía económica. Los proyectos de competitividad librecambista han fallado con la misma frecuencia que los emprendimientos de protegido territorialismo.

La nueva etapa de capitalismo neoliberal, financiarizado, digital y precarizador despuntó bajo el padrinazgo de Reagan y fue celebrada por todo el establishment. Pero al cabo de varias décadas ha desembocado en un escenario global adverso. En lugar de revitalizar la primacía norteamericana, expandió los centros de acumulación en varios rincones del planeta. Afianzó el auge de Oriente y el crecimiento de nuevas potencias.

Los beneficios que la globalización generó al comienzo en el sector estadounidense más internacionalizado, no compensaron las pérdidas en el segmento opuesto. Por eso naufragaron los intentos de respuesta común frente al desafío asiático. Esa fractura se afianzó posteriormente con el continuado deterioro de la economía. El sistema productivo estadounidense ha quedado muy afectado por el bajo crecimiento, la acotada inversión y una polarización de empleos acorde a la agobiante desigualdad social.

El inesperado curso que siguió la globalización ha sido determinante de este resultado. El proceso que impulsó y lideró la primera potencia derivó en inmanejables desventuras. La mixtura de internacionalización económica y multipolaridad política socava la capacidad de intervención mundial de Estados Unidos.

ADVERSIDADES GEOPOLÍTICAS

La crisis interior impide a Estados Unidos lidiar con el tormentoso escenario del siglo XXI. Pero la inoperancia de la primera potencia fue paradójicamente desencadenada por el mayor éxito externo del Departamento de Estado: la implosión de la URSS.

Ese desmoronamiento dejó al gigante del Norte como la única superpotencia del planeta. Cerró una larga disputa entre dos contendientes que tensionaron al planeta, con jugadas de poder atómico y capacidad de exterminio masivo.

Pero la URSS no se desplomó por esa confrontación bélica. Se desmoronó al cabo de un largo declive signado por la transformación pro capitalista de su elite dirigente. El establishment de Washington no registró esa causalidad. Interpretó el colapso de su adversario como un premio al acoso implementado durante la guerra fría. Reagan se llevó los lauros de esa victoria y Bush pretendió afianzarla con una enceguecida escalada de aventuras bélicas.

La corriente neoconservadora que tomó las riendas del Departamento de Estado imaginó el debut de un "nuevo siglo americano" basado en el ímpetu del Pentágono. Pero al romper todos los límites que imponía la existencia de un temido contrapeso militar el fin de la URSS incentivó el descontrol imperial.

Con una sensación de incontenible supremacía, Bush recurrió a burdos argumentos para desatar el infierno bélico en Medio Oriente. Perpetró la mayor masacre contemporánea, sepultando a Irak bajo los escombros de incontables cadáveres. Nunca aparecieron las "armas de destrucción masiva" alegadas para justificar semejante matanza.

El renacimiento imperial imaginado con esa exhibición de poder fue una fantasía de corta duración. Irak se convirtió en un pantano militar, que obligó al retiro e implícito reconocimiento del fracaso. El Pentágono sólo consiguió mantener una red de atrincheradas bases en un país administrado por su adversario iraní. Washington ni siquiera consiguió el manejo del petróleo.

Los mismos resultados se verificaron en otras incursiones. Estados Unidos no doblegó a los talibanes en Afganistán y generó en Trípoli el mismo caos que en Bagdad. Contribuyó a la destrucción de Yemen sin controlar el país y facilitó la demolición de Siria a puro beneficio de Rusia e Irán.

Los dantescos escenarios que genera el Pentágono no tienen rédito para la primera potencia. El resurgimiento imperial que parecía tan sencillo cuando se desplomó la Unión Soviética ha resultado impracticable.

Ese fiasco erosionó la red internacional de alianzas cobijada bajo la protección militar estadounidense. Muchos gobernantes, sugieren actualmente la obsolescencia de esa coraza. El fin del bloque socialista y el reflujo de la oleada popular revolucionaria de los años 60-70, afianzó la impresión que la primera potencia ya no aporta un sostén imprescindible al orden capitalista. El padrinazgo norteamericano ha perdido relevancia entre distintas elites del planeta.

La gestión de los conflictos regionales con patrones de bipolaridad ha quedado atrás. El principio de gobernabilidad en torno a las áreas de influencia ya es un recuerdo y el viejo diagrama de fronteras invulnerables se ha pulverizado

En el diversificado universo actual, el manejo imperial de las tensiones geopolíticas se ha tornado muy difícil. La desaparición del antagonista soviético le ha quitado a Estados Unidos el principal argumento para imponer sus decisiones en forma unilateral.

Esa erosión explica las tensiones con los socios. La estructura piramidal que encabezan el Pentágono y la OTAN persiste, pero Washington no tiene la

palabra final. Las fricciones en la Tríada se acrecientan, tanto en el eje transatlántico como en el ordenamiento transpacífico.

El deterioro de la autoridad estadounidense se extiende también a un significativo número de súbditos. La dominación a través del temor que generaba el peligro socialista se ha diluido y varias sub-potencias regionales construyen sus propios caminos, sin solicitar autorización al Departamento de Estado.

Estados Unidos se ha convertido en una superpotencia que pierde guerras y soporta crecientes desplantes del rival asiático. En ambos terrenos se verifica la incapacidad de Washington para retomar el mando efectivo del imperialismo (Smith, A, 2018).

EL SIGNIFICADO DE LA MULTIPOLARIDAD

El capitalismo del siglo XXI funciona con gigantescos desequilibrios, que requieren la presencia de un mega poder estatal para evitar estallidos incontrolables. La expectativa que Estados Unidos cumpliría ese rol quedó desmentida por los efectos de la crisis del 2008 y por la pandemia en curso.

Frente a esas dos eclosiones Washington privilegió la protección de su propia retaguardia, sin ejercer un rol de sostén global del sistema. En el primer caso apuntaló el dólar, los bonos del Tesoro y las acciones de Wall Street. En el segundo confiscó remedios, subsidió a sus farmacéuticas, saboteó a la Organización Mundial de la Salud y propició una guerra de vacunas para inmunizar a su población a costa del resto.

Esa conducta confirma que Estados Unidos persiste como fuerza dominante, pero sin capacidad para ejercer esa supremacía. En este divorcio entre potencialidad y efectividad se sintetiza el agotamiento del modelo comandado por Washington.

Para viabilizar la globalización productiva, comercial y financiera, el capitalismo necesita un poder geopolítico-militar más concentrado y cohesionado que en el pasado. Los esquemas previos ya no permiten gestionar el sistema actual. Quedó atrás el marco de potencias nacionales enfrentadas de la primera mitad del siglo XX y el modelo posterior de conducción norteamericana de la confrontación con la URSS.

En una economía que se mundializa -junto a estados que preservan sus pilares nacionales- sólo un imperio consolidado junto a sus socios podría asumir un rol conductor global. Ese poder geopolítico no ha emergido bajo las riendas de Washington.

No alcanza con la FED, Wall Street y el dólar para encarrilar la armonización de procesos dispares. Los flujos financieros, las corrientes de inversión y los procesos de fabricación se han globalizado, pero la acumulación de capital continúa regida por patrones nacionales. Sólo una mega potencia con sus acompañantes y apéndices podría brindar soportes a esa contradictoria articulación.

Estados Unidos no forjó esa estructura dominante y no logró armonizar la mundialización de la economía con la multiplicidad de estados y clases dominantes. No ha podido desenvolver un rol de intermediación entre la dinámica global del capitalismo y el ordenamiento geopolítico nacional (o regional) de ese sistema.

En el plano económico, Washington perdió esa capacidad de conexión dirigente por el retroceso de sus firmas frente a la competencia asiática. Ha exhibido la misma impotencia geopolítica para gobernar el planeta. Carece de efectividad como gendarme, no controla el desarme de sus adversarios y tampoco consigue frenar la proliferación nuclear.

El contexto multipolar prevaleciente expresa esa insolvencia. Ese escenario implica una dispersión del poder contrapuesta a la bipolaridad de los años 80. Se ha plasmado también un marco antitético a la unipolaridad del decenio posterior. El contexto actual contrasta con el ansiado papel dominante de Estados Unidos. La multipolaridad convalida una distribución de fuerzas en varias áreas, que afecta la autoridad del mandante. El Pentágono mantiene la supremacía bélica, pero no hace valer esa superioridad en el escenario geopolítico (Smith, A, 2019).

El escenario policéntrico se afianza con la expansión económica de China, el resurgimiento geopolítico de Rusia y la autonomía de varios países intermedios. Estados Unidos conserva las prerrogativas del pasado, sin lograr la obediencia total de sus socios y la contención eficaz de sus rivales (Boron, 2019).

APOLOGISTAS Y CRÍTICOS

Ningún pensador del establishment estadounidense ha podido explicar la crisis del imperialismo. Se limitan a ponderar la continuada centralidad de la primera potencia actualizando sus divergencias. Los estudios de la política exterior (Anderson, 2013), las evaluaciones de tendencias recientes (Chacón, 2019) y nuestras caracterizaciones de las corrientes de opinión que citamos a continuación (Katz, 2011: 121-131) confirman ese escenario.

Las visiones más apologéticas del belicismo alcanzaron su pico de predicamento durante las cruzadas de Bush. En el cenit de esas agresiones, los

teóricos neoconservadores (Kaplan, Ignatieff, Kagan) realzaron las virtudes civilizatorias de las matanzas consumadas por los *marines*. Retomaron la mitología colonial que presenta esos crímenes como acciones correctivas del primitivismo imperante en la periferia.

Durante ese período recobró fuerza el fundamento hegemonista de la acción imperial, como una exigencia de funcionamiento del orden global (Cooper, Huntington). Esa mirada postula la conveniencia de exhibiciones de fuerza para garantizar el equilibrio geopolítico. Pondera la intimidación y el escarmiento como una forma de visibilizar la jerarquía imperial. La invasión a Irak fue un ejemplo de esas demostraciones.

Pero el fracaso de esa operación resucitó las justificaciones realistas, en desmedro de la exaltación hegemonista. Los consejeros tradicionales del Departamento de Estado (Brezinzki, Kissigner, Albright) señalaron que la política exterior debe amoldarse en forma pragmática al ajedrez geopolítico internacional. Archivaron las justificaciones civilizatorias y ponderaron la fría evaluación de la pertinencia de cada acto.

Ese enfoque elude los juicios morales y realza el uso de la violencia como forma de gestión del orden. Se limita a advertir las nefastas consecuencias de cualquier ausencia de un poder supremo. Pero subraya también la importancia de la autocontención de Washington.

Como la mirada realista tampoco aportó soluciones a la impotencia imperial, bajo la administración de Obama reaparecieron las justificaciones liberales. Los códigos de la diplomacia reemplazaron a la prepotencia del neoconservadurismo y el militarismo fue complementado con mensajes benevolentes.

En ese clima las intervenciones externas fueron nuevamente presentadas como actos de protección de los países desguarnecidos (Ferguson). Se privilegió la justificación humanitaria de la acción imperial, como un socorro de pueblos sojuzgados y minorías perseguidas.

Pero la credibilidad de esos pretextos ha decaído en forma abrupta. Las tropas imperiales suelen encubrir la continuidad de las masacres contra las mismas (u otras) víctimas y las intervenciones quedan invariablemente sujetas a una doble vara. Los derechos humanos vulnerados en Irak, Yugoslavia, Somalia o Sierra Leona, exigen el auxilio negado a las mismas violaciones en Turquía, Colombia o Israel. Las acciones humanitarias son impostergables en regiones con petróleo o diamantes y no tienen urgencia en las zonas sin recursos naturales. Los derechos humanos a custodiar curiosamente se localizan siempre en África, América Latina o Europa del Este.

El hegemonismo, el realismo y el liberalismo se alternan en los mensajes que emite Washington. La primera concepción gana preeminencia en los períodos de intervencionismo descarado (Reagan, Bush), la segunda en

los momentos de gestión corriente (Clinton) y la tercera en los contextos de replanteo (Obama).

Trump combinó todos los libretos, Desplegó un discurso hegemonista, adoptó una conducta realista de autolimitación bélica y aceptó las adversidades internacionales señaladas por los liberales.

Pero la devastación externa y los traumas internos -que genera la política imperial- también suscitan fuertes oleadas de críticas internas. Cuando superan la simple objeción a la oportunidad de una invasión (o a sus excesos), esos cuestionamientos desbordan el patrón liberal (Johnson, Bacevich).

Esos planteos son incluso expuestos por ex funcionarios de alto nivel conmocionados por la brutalidad oficial. Postulan retiros de tropas, cierres de bases militares y anulación de los privilegios extraterritoriales de los *marines*. Propician el control democrático de los servicios secretos y la ilegalización de las armas peligrosas. Consideran que el imperialismo ha corroído al país generando una espiral de autodestrucción.

Pero estas acertadas denuncias y propuestas deben completarse con una explicación del militarismo imperial. El capitalismo origina esa brutalidad bélica y Estados Unidos interviene para sostener los privilegios de las clases dominantes.

EL OCASO HEGEMÓNICO

Las interpretaciones de la crisis estadounidense en el pensamiento marxista y sistémico divergen radicalmente de las miradas convencionales. Los tres enfoques más significativos de esas ópticas están centrados en el ocaso, la supremacía y la transnacionalización.

La primera mirada postula la existencia de un triple declive en el plano militar, económico y financiero. Destaca que los fracasos bélicos se remontan a una derrota en Vietnam, que no fue revertida por las contraofensivas posteriores ante la URSS y el mundo árabe. Estima que la regresión fabril obedece al desarrollo de empresas transnacionales que erosionaron la cohesión territorial norteamericana. Considera que la globalización acentuó esa fractura generando mayores adversidades que a otros países (Arrighi, 1999: 192-288).

Esa tesis sostiene que la financiarización agravó el retroceso estadounidense. Retrata cómo el flujo autónomo de la liquidez mundial socavó la primacía de Nueva York, desde la desregulación de los años 60 (eurodólar) hasta la consolidación de los paraísos fiscales. Sostiene que las iniciativas de recentralización monetaria y bursátil no revirtieron ese desplazamiento.

Este enfoque postula que el neoliberalismo acentuó el ocaso de Estados Unidos, al profundizar la sobreacumulación que afecta a la economía del Norte. Resalta cómo el languidecimiento de la actividad productiva agravó la caída del beneficio (Arrighi, 1999: 288-390). Ese deterioro quedó confirmado con la nueva localización de los procesos productivos en Oriente. También destaca que el ocaso no fue contenido con exhibiciones de fuerza militar. Esas incursiones sólo alimentaron una ficción de recuperación que se disipó al poco tiempo (Arrighi, 2005).

Estas observaciones contribuyen a comprender la dinámica de la acción imperial, como un intento de sostener la primacía estadounidense frente a la creciente acumulación de adversidades. Ofrece una guía para entender la lógica de esos ensayos fallidos de recuperación del poder.

Pero interpretada como un simple postulado de decadencia, esa tesis no explicaría por qué razón Estados Unidos continúa ejerciendo un rol tan relevante en el capitalismo occidental. Tampoco ofrecería respuestas al continuado señoreaje del dólar, el protagonismo de Wall Steet, la centralidad de Google, Amazon o Microsoft o el temor que generan las amenazas del Pentágono. Estados Unidos ha perdido su capacidad para lidiar con escenarios desfavorables, pero sigue pesando en forma dominante en el escenario mundial.

La tesis del declive se fundamenta en una teoría de auge y decadencia de los imperios. Inscribe el descenso norteamericano en la secuencia ya transitada por las ciudades italianas, Holanda y Gran Bretaña (Arrighi, 1999; 322-360). Pero esa sucesión de liderazgos plantea el enigma del reemplazante. Si una potencia debe ser desplazada por otra en el mando global: ¿Quién debería sustituir a Estados Unidos?

Los desenlaces bélicos son concebidos como el factor determinante de esos recambios. Inglaterra prevaleció al derrotar a Francia y Estados Unidos al imponerse a Japón y Alemania. Esa regla de la primacía militar deja afuera en la actualidad a varios candidatos. No sólo colapsó la Unión Soviética. La Unión Europea -reorganizada bajo el comando económico alemán- carece de la autonomía bélica requerida para ocupar la vacancia. Tampoco Japón -subordinado al aparato militar norteamericano- puede pugnar por la sucesión.

China es reiteradamente señalada como el sustituto más probable de Estados Unidos. Incluso es observada como la nueva cabeza de una resurrección histórica de Oriente, que sellaría la venganza de toda esa región contra dos siglos de supremacía occidental.

Pero esas previsiones de transición hegemónica contrastan con los obstáculos que hemos descripto en el propio campo de la sociedad y el estado chinos. Una definición del irresuelto del status social de la nueva potencia

debería preceder, a su eventual sucesión de Estado Unidos al comando del sistema mundial (Katz, 2020).

La principal vertiente de los teóricos del ocaso avizoró esos dilemas (Arrighi, 2009). Pero otra corriente soslayó esas disyuntivas e interpretó el declive estadounidense como un momento final del colapso del sistema capitalista. El agotamiento de la primera potencia empalmaría con la definitiva extinción del régimen económico social imperante en las últimas centurias. El rumbo seguido por China no modificaría esa próxima e inexorable autodestrucción del sistema (Wallerstein, 2005: cap 5).

Pero los límites históricos que efectivamente enfrenta el capitalismo no implican fechas de desemboque terminal. Como todas las teorías del derrumbe, el presagio de un declive iniciado en 1960-70 que culminaría en el 2030-2050, es muy difícil de sostener. La crisis final del capitalismo es imprevisible y no debe ser concebida con la automaticidad de un mecanismo económico. Sólo las mayorías populares actuando en el plano político pueden reemplazar el actual régimen de opresión por otro más igualitario. La dinámica de esas acciones no sigue calendarios o guiones preestablecidos.

LA TESIS DE LA SUPREMACÍA ECONÓMICA

Otra tesis marxista postula la renovada primacía económica de Estados Unidos y el consiguiente carácter meramente político de la crisis imperial. Ilustra esa superioridad con datos de inversión, productividad, desarrollo tecnológico y canalización de recursos financieros. Sostiene que el gigante norteamericano emergió como ganador de la gran convulsión de los años 70 (Panitch; Leys, 2005).

Ese enfoque subraya la centralidad del dólar y la FED en el sistema actual (Panitch; Gindin, 2005a). También estima que el aparato estatal estadounidense ha logrado enlazar la acumulación nacional con la reproducción global del capital, en una gestión unificada (Panitch; Gindin, 2005b).

Esta evaluación contribuye a comprender la capacidad exhibida por Washington para lidiar con el colapso del 2008, con políticas de rescate más audaces que Bruselas o Tokio. Refuta, además, los mitos neoliberales del "retiro del estado", ilustrando cómo el funcionamiento de la economía depende de un sostén institucional.

El papel económico del aparato estatal norteamericano es enfáticamente subrayado. Esta mirada considera que la Reserva Federal ha definido todos los parámetros de la financiarización y la política monetaria contemporánea. Esa centralidad en decisiones estratégicas de tasas de interés, movimientos de capitales, autofinanciación de empresas, titularización de los bancos o gestión

familiar de hipotecas ha sido resaltada también por muchos estudios de las transformaciones de las últimas décadas.

Pero la primacía financiera -acertadamente señalada por esos autores- no se extendió al plano comercial o productivo, como lo prueba el recorte de empleos industriales y el protagonismo fabril de Oriente. Estados Unidos ha perdido la primacía de los años 50 o 60 y es un error relativizar esa evidencia, identificando el déficit comercial con la especialización de las firmas estadounidenses en actividades deslocalizadas. Tampoco es válido suponer que el endeudamiento de los consumidores expresa el sometimiento del resto del planeta a los caprichos de los compradores del Norte. Ambos desbalances simplemente reflejan la creciente flaqueza del poder económico de la primera potencia (Georgiou, 2015).

La centralidad económica de estado norteamericano efectivamente constituye un dato clave del capitalismo actual, pero esa gravitación no esclarece el escenario imperial. La tesis de la supremacía económica sitúa los problemas de la política exterior estadounidense en el terreno de la legitimidad. Resalta todos los costos de la acción imperial, pero señalando su función meramente policial o complementaria. Estima que la FED cumple un papel más relevante que el Pentágono en el sostén del capitalismo mundial (Panitch, 2014).

Pero en los hechos opera un balance más complejo. El poderío de Estados Unidos se asienta más en el ejercicio de la fuerza que en la incidencia de su economía. El imperialismo no es un instrumento meramente auxiliar. Concentra todos los dispositivos de coerción que exige el sistema. Las intervenciones de los *marines* son más significativas que las definiciones de tasas de interés adoptadas por la Reserva Federal.

En ambos terrenos el estado norteamericano desenvuelve un doble rol, pero la dimensión geopolítica es un termómetro más visible de los proyectos y limitaciones de Washington (Carroll, 2013). En ese plano se verifica la continuada presencia de una potencia que ha perdido el comando de la gestión global. Esa impotencia ha sido reforzada por los fracasos del Pentágono. Esa evaluación queda desdibujada, cuando se focaliza el análisis exclusivamente en la economía.

El énfasis en el control financiero-monetario que preserva Washington, induce a también suponer que los tradicionales socios de Estados Unidos han quedado sometidos a los dictados de la FED. Esa subordinación es derivada de un proceso de "canadización" de muchos capitalistas del planeta. Se estima que renuncian a sus propios intereses, para participar en los negocios mundiales que maneja Washington (Panitch; Leys, 2005).

Pero la inestabilidad que afronta el dólar y los fracasos de los convenios comerciales impulsados por Estados Unidos, no condice con ese diagnóstico de sometimiento voluntario al predominio yanqui ("imperialismo por invitación").

Los rivales europeos no han sido absorbidos y las potencias subimperiales operan con creciente autonomía de la Casa Blanca. La "canadización" constituiría en todo caso una modalidad del círculo más estrecho de apéndices de Washington.

Al presuponer que nadie desafía a Estados Unidos se pierde de vista la enorme dimensión del desafío chino (Panitch, 2018). Es cierto que el gigante oriental pulsea en desventaja, pero achicó las diferencias en forma vertiginosa. La atrofia del poder estadounidense es un dato más relevante que su eventual recomposición (Smith, A, 2014).

EL IMPERIO GLOBAL

Una tercera interpretación considera que la política exterior de Estados Unidos es representativa de un imperio totalmente global. Estima que la primera potencia se ha transformado en el epicentro de la transnacionalización de los estados y las clases dominantes. Ya no actuaría al servicio de los opresores locales, sino a cuenta del capitalismo mundial (Robinson, 2007).

Esta mirada recuerda que desde los años 80 los grupos dominantes emprendieron una reestructuración, que desembocó en la formación de una clase opresora internacionalmente entrelazada, con proyectos de explotación de todos los asalariados del planeta.

Por eso destaca que los domicilios de origen de las empresas ya no expresan la realidad de esas compañías. Señala que los gerentes han perdido su relación privilegiada con cada estado y que las firmas se han mixturado, a través de entrecruzamientos, adquisiciones y subcontrataciones. Supone que los empresarios compiten con total divorcio de su vieja pertenencia nacional.

Como esa **misma disolución se extendería a los estados, la primera potencia habría perdido su status de imperialismo estadounidense, para transformarse en un** imperio mundial. Manejaría el principal aparato bélico del planeta al servicio de clases dominantes transnacionalizadas.

Esta tesis tuvo gran difusión y un connotado exponente en la década pasada, que postuló una crítica radical a la globalización, presuponiendo la generalizada extensión de esa transformación (Negri; Hardt, 2002). Ese cuestionamiento sintonizó con el auge del movimiento alterglobal y los Foros Sociales Mundiales. Pero ese contexto ha quedado actualmente sustituido por un escenario de proteccionismo, resurgimiento del nacionalismo y auge de la derecha chauvinista.

En ninguna de las dos coyunturas corresponde igualmente presentar a Estados Unidos como un imperio meramente global. La primera potencia

cumple una doble función de proteger al capitalismo mundial y apuntalar los intereses de las clases opresoras de su país.

Ese segmento de dominadores no se ha transformado en una clase transnacional. Su principal división opone a sectores americanistas y globalistas, enraizados en las empresas del país. Ambos grupos favorecen a las firmas identificadas con el capitalismo estadounidense. Desde ese pilar compartido privilegian negocios más internacionalizados o más localizados. En los años 90 prevaleció el primer segmento y con Trump irrumpió una tendencia reactiva favorable al segundo.

La preeminencia de un mandatario que rompió los tratados de libre comercio, resucitó el bilateralismo y defendió a los gritos los negocios yanquis es incomprensible con una óptica de transnacionalización. Esa mutación habría imposibilitado la llegada de Trump a la Casa Blanca**.**

La mirada transnacionalista impide registrar el acrecentamiento de los conflictos geopolíticos. Estas tensiones involucran a estados nacionales que disputan negocios a partir de su localización. Desconociendo esa raíz territorial, resultan incomprensibles las divergencias transatlánticas, el *Brexit* o la fractura entre el Norte y el Sur de Europa**.**

Más inentendible se torna el choque entre Estados Unidos y China. En el cenit de la asociación entre ambas potencias, los desbalances financiero-comerciales se expandían sin quebrantar los enlaces vigentes. La transnacionalización hubiera supuesto una hermandad mayor, con adquisiciones mutuas de bancos y empresas. Ese enlace jamás despuntó y la convergencia inicial derivó en el conflicto actual.

Salta a la vista el protagonismo de Washington y Beijing en esos choques. Esa gravitación confirma la inexistencia de mixturas plenas entre las principales clases dominantes del planeta. La confrontación sino-americana desmiente en forma contundente la tesis transnacionalizadora.

Ese enfoque registra las novedades introducidas por la globalización productiva, la intensificación de la explotación y la mundialización del transporte y las comunicaciones. Pero supone que la apropiación del nuevo excedente se ha difundido entre un vago conjunto de dominadores deslocalizados. No registra que incentivó los conflictos entre las viejas clases y estados nacionales por la captura del apetecido beneficio.

Como el Departamento de Estado no es un pasivo custodio del capital mundial, sino el exponente de los amenazados intereses norteamericanos ha buscado retomar el timón de la globalización. Los *marines* no invadieron Irak, ni rodean a China para favorecer a cualquier millonario. Actúan por orden y cuenta de los acaudalados de su país.

Le teóricos transnacionalistas rechazan esas objeciones, cuestionando su familiaridad con obsoletos razonamientos "nacional-estado-céntricos" (Robinson, 2014)

Pero el mayor equívoco se sitúa en el terreno opuesto de imaginar simples y abruptas globalizaciones, donde prevalecen complejas combinaciones de configuraciones locales y mundiales.

Los cambios en la economía no tienen traducción inmediata en la esfera social o política. Son procesos seculares y no mutaciones instantáneas. Una larga travesía de giros históricos signará, en todo caso, las mixturas entre clases y estados con raíces centenarias (Panitch; Gindin, 2014).

Hasta el momento sólo hay esbozos de estructuras para-estatales de alcance mundial y los ejércitos globalizados ni siquiera despuntan como fantasía. El imperialismo asentado en Washington es el protagonista de las tensiones en curso.

ESCENARIOS Y DESENLACES

Las tres interpretaciones de la dinámica imperial estadounidense toman en cuenta procesos de largo plazo, que inciden efectivamente en la evolución de la primera potencia. Las tesis del ocaso, la supremacía y la transnacionalización incurren en equívocos o unilateralidades, pero aluden a tendencias potenciales que deberán dirimirse en la crisis del principal actor de capitalismo contemporáneo.

El imperialismo estadounidense debe lidiar con las contradicciones expuestas por esas tres miradas divergentes. No puede resignarse a la administración de su declive. Debe intentar recuperar el liderazgo, mediante cursos de entrelazamiento o confrontación con sus socios y rivales.

Las turbulencias del capitalismo empujan a Washington a retomar el comando del sistema, aunque esa pretensión choque una y otra vez con resultados adversos. El curso liberal globalizante que ensayaron Clinton y Obama y el rumbo protector americanista que intentó Trump constituyen dos variantes de esa compulsión. La reconquista de la primacía mundial es el propósito compartido por todas las vertientes de la política exterior estadunidense.

Las teorías del ocaso, la supremacía y la transnacionalización también indican eventuales cursos que modificarían el escenario actual. Si se afianza la primera tendencia, Estados Unidos perdería definitivamente el timón del sistema mundial, abriendo todas compuertas para una gran disputa por la sustitución de su primacía. Ese choque podría derivar en vertiginosas tensiones o en un contexto inverso de convivencia entre poderes equivalentes.

Un escenario de grandes conflictos reavivaría la pesadilla de la primera mitad del siglo XX. Ese escenario supondría la conversión de los imperios en gestación, en belicosos protagonistas de las sangrías que signaron al imperialismo clásico. El marco opuesto supondría en cambio una estabilización de la multipolaridad, como equilibrio perdurable entre potencias del mismo porte.

La tesis de la supremacía estadounidense presagia otro futuro. Implicaría la recomposición de ese liderazgo y el consiguiente resurgimiento del papel dominante de Washington. Ese protagonismo volvería a exhibir la nitidez del pasado. La primera potencia comandaría nuevamente la Triada, remodelando la estructura interna de esa alianza. Otra variedad del imperialismo colectivo que confrontó con la URSS durante la guerra fría volvería a emerger.

Finalmente, un avance significativo de la transnacionalización conduciría a sólidas asociaciones entre los principales capitalistas del planeta. La convergencia entre Estados Unidos y China modificaría el tablero de todas las disputas. El choque actual devendría en un empalme de contrincantes, a costa de todos los sectores rezagados o estructuralmente atados a las viejas formas de acumulación nacional.

Este ejercicio de futurología ofrece un vago diagrama de desemboques posibles en el largo plazo de la crisis actual. Indica contextos de resurgimiento de las configuraciones imperiales clásicas o del orden americano del período subsiguiente. También alude a dos cursos sin antecedentes previos: un prolongado equilibrio multipolar y una inédita configuración transnacional.

Como ninguna de estas alternativas despunta en lo inmediato, el imperialismo del siglo XXI continúa signado por la indefinición. Sólo se sabe que el desenlace surgirá de las crisis que provoca Estados Unidos en sus intentos de recuperar el liderazgo global.

El señalamiento de esos nebulosos horizontes de mayor ocaso, renovada supremacía, inédita transnacionalización o resignada convivencia, no implica una previsión del futuro. Sólo ordena las tendencias en juego. Al cabo de tantos presagios incumplidos es más sensato clarificar la variedad de escenarios y desenlaces posibles.

1-2-2021

CAPITULO 4

LA INDEFINICIÓN IMPERIAL CONTEMPORÁNEA

El imperialismo es el principal instrumento de dominación del capitalismo. Este sistema exige despliegues militares, presiones diplomáticas, chantajes económicos y sojuzgamientos culturales. Un régimen social basado en la explotación necesita mecanismos de coerción, disuasión y engaño para proteger las ganancias de los poderosos. Los mismos instrumentos se utilizan para zanjar los conflictos entre las potencias rivales.

El imperialismo opera en distintas latitudes a través de múltiples dispositivos. Pero su dinámica ha presentado formas muy cambiantes en cada época. Una revisión histórica esclarece esa mutación y el sentido actual del concepto.

VARIEDAD DE MODELOS

Los imperios precedieron al capitalismo. Pero en los regímenes feudales, tributarios y esclavistas, los mecanismos de sujeción se asentaban en la expansión territorial o el control del comercio. En esa distinción se basa la conceptualización propuesta por la historiadora marxista Ellen Meiksins Wood.

Señala que Roma forjó un imperio de la propiedad cimentado en la coerción militar, el rédito de la esclavitud y la conquista de territorios. Gestó sistemas de gobierno que asociaban a las aristocracias de cada lugar, con procesos de colonización y administración de un espacio gigantesco. Ese imperio combinó la extensión de la propiedad privada con el poder militar y cohesionó a las elites locales romanizadas a través de una ideología asentada en la religión.

También España comandó un vasto imperio territorial, organizado en torno al otorgamiento de tierras a cambios de servicios militares. Los conquistadores asumieron el control pleno de poblaciones que fueron devastadas mediante el sobre trabajo. Los emisarios de la Corona justificaban esa empresa con mensajes de cristiandad (Wood, 2003: 24-41).

Los imperios comerciales asumieron otro perfil. La variante árabe-musulmana vinculó a comunidades dispersas en una actividad común regida por leyes, códigos morales y culturas articuladas por los líderes religiosos de las elites urbanas.

En las ciudades italianas, el imperio comercial fue controlado por las aristocracias financieras que monopolizaban el intercambio, en el fragmentado universo feudal. El uso de mercenarios para perpetrar acciones militares ilustró esa prioridad del manejo mercantil. Holanda desenvolvió otra modalidad del mismo tipo comercial, dominando las rutas marítimas a través de grandes compañías. No buscaba tributos, tierras, o minerales, sino el manejo pleno de esas conexiones (Wood, 2003: 42-70).

Esta mirada destaca que ningún imperio comercial alcanzó un status capitalista. Se sostenían en ganancias surgidas del intercambio y en la consiguiente secuencia de comprar barato y vender caro. No incluían el principio básico de un proceso de acumulación, sostenido en la competencia por reducir costos mediante el aumento de la productividad. Sólo corporizaron distintas modalidades de imperios precapitalistas.

Este enfoque considera que Gran Bretaña inauguró el pasaje a las formas actuales del imperialismo, a través de prolongadas transiciones y distintos cursos. La expansión imperial inglesa en América Norte sintetizó esa combinación de formas que obstruían y propiciaban el capitalismo. En el primer tipo se inscribe la reintroducción de la esclavitud permanente y hereditaria en las plantaciones de algodón, a fin de abaratar la industrialización inglesa. En el segundo terreno se sitúa la introducción de reglas de la agricultura capitalista, mediante el traslado de colonos que consumaron la apropiación del Nuevo Mundo (Wood, 2003: 71-86).

HTTPS://JACOBIN.COM/2023/08/IRAN-PRISONER-SWAP-BIDEN-TRUMP-NUCLEAR-DEAL-BRINKSMANSHIP

Ese imperio de colonos -ensayando en el laboratorio de Irlanda- incorporó relaciones capitalistas en el agro americano, a través de la ocupación de tierras y el exterminio de la población indígena. En las trece colonias de Nueva Inglaterra emergió el principio de la competencia por ganancias surgidas de la explotación, que posteriormente se extendió a la acumulación industrial en las ciudades. Ese nuevo pilar del lucro (ya no comercial) fue introducido mediante una forma de colonialismo pro-capitalista.

Wood igualmente recuerda que el modelo inglés en otras regiones (como la India) adoptó las viejas modalidades del tributo. Comenzó como una empresa comercial y se extendió a la conquista territorial. Bajo la administración de una compañía privada forjó un lucrativo mercado para la industria británica a costa de los artesanos locales.

Esta interpretación postula, por lo tanto, que el imperialismo capitalista sólo emergió en el siglo XIX bajo la conducción inglesa, en mixturas con las formas arcaicas precedentes. Gran Bretaña combinó tres modalidades anticipatorias del imperialismo contemporáneo. Lideró formas de colonialismo (implantación de poblaciones en territorios conquistados), de imperio formal (dominación explícita sobre otras naciones) y de imperio informal (preeminencia a través de la supremacía económica).

Esa diversidad de variantes inglesas se verificó en sus dominios coloniales (Canadá, Australia), formales (India), informales (América Latina) e híbridos (África austral). Pero en general apuntaló el componente capitalista, mediante la expansión del libre-comercio a fin de asegurar la colocación de los excedentes fabriles.

El imperialismo capitalista ha sido categóricamente dominante en el siglo XX bajo el liderazgo de Estados Unidos. Esa potencia sólo atravesó por un breve periodo anexionista de imperio formal. Rápidamente internacionalizó los imperativos del capitalismo. Recurrió a cierta ampliación territorial en el hemisferio americano, pero en general prescindió de las colonias y privilegió los mecanismos de asociación y subordinación de las elites locales.

Wood resalta que esa forma de imperio puro del capital está regida por la lógica del beneficio. La ocupación del nuevo espacio es complementaria o prescindible. La vieja coerción explícita y transparente es reemplazada por las modalidades opacas e impersonales de tiranía económica.

El régimen social subyacente es el principal factor diferenciador de los distintos imperios. Las antiguas formas territoriales, comerciales e intermedias operaban en sociedades muy distintas al capitalismo contemporáneo.

LOS CICLOS HEGEMONICOS

Otro modelo de dinámicas imperiales privilegia el concepto de hegemonía para distinguir variedades históricas. Indaga cómo se combinaron la coerción con el consenso y estudia de qué forma la supremacía económica empalmó con la expansión territorial y la superioridad geopolítica (Arrighi, 1999: 42-106).

Este esquema inscribe los imperios en una sucesión de ciclos sistémicos de acumulación desde el siglo XV, que mixturaron lógicas económicas de desarrollo productivo y control financiero, con lógicas territoriales de ventaja militar. Cada hegemonía implicó distintas primacías mundiales, en la era genovesa (1340-1560), holandesa (1560-1780), británica (1740-1870) y estadounidense (¿1930-2000?).

El primer ciclo de ciudades italianas irrumpió en los intersticios del sistema medieval. Privilegió el comercio de larga distancia mediante una asociación con el imperio hispánico-portugués. Ese modelo fue sucedido por la dominación holandesa, que innovó las estructuras estatales y las técnicas militares sin utilizarlas para el control territorial. Priorizó las redes financieras y los tejidos comerciales.

La hegemonía británica introdujo, en cambio, el componente territorial y aprovechó la nueva centralidad del Océano Atlántico, para forjar un imperio marítimo. Utilizó las ventajas de la insularidad y consolidó un novedoso estado-nación derrotando al adversario francés. Recurrió al implante de colonos y al uso de la esclavitud para construir una supremacía global asentada en el libre-comercio y la preeminencia industrial.

Estados Unidos conquistó la primacía mundial, luego de completar un desarrollo interno signado por el exterminio de los indígenas, la masificación de la esclavitud y el ingreso de los inmigrantes. Potenció el uso de gigantescos recursos naturales con provechosas estrategias proteccionistas. En la expansión militar de la frontera interna se gestaron los cimientos del gendarme planetario del siglo XX (Arrighi, 1999: 288-390).

Este modelo de sucesiones hegemónicas resalta la vigencia de normas capitalistas comunes a lo largo de cinco centurias. Diverge del enfoque de Wood, centrado en la existencia de basamentos sociales diferenciados en los regímenes tributarios, feudales y capitalistas. En este esquema sólo Inglaterra (con formas intermedias) y Estados Unidos (con plenitud) se amoldan al último casillero.

La principal ventaja del abordaje de Wood radica en su distinción de los distintos imperios, en función de nítidas definiciones del capitalismo. Este sistema se basa en la competencia por beneficios surgidos de la explotación de los asalariados y no en la preeminencia de circuitos de intercambios. Por esa razón las ciudades italianas y Holanda encabezaron variedades de

imperios comerciales y sus contrapartes de Roma o España conformaron modalidades territoriales. El capitalismo estuvo ausente en los dominios asentados en el liderazgo mercantil o la primacía espacial.

Los imperios de los últimos dos siglos no se distinguieron de sus precursores por la magnitud de las transacciones comerciales. Ese tipo de operaciones se ha verificado en todos los sistemas de los últimos dos milenios. Las diferencias tampoco derivan de la vigencia de modalidades estatales multinacionales (Gran Bretaña) o continentales (Estados Unidos), frente a los acotados precursores citadinos (Génova) o protonacionales (Holanda). Roma y España ya contaron con estructuras estatales gigantescas.

La novedad del imperio inglés fue la introducción de un soporte singular del beneficio industrial, que Estados Unidos amplificó posteriormente. Esta peculiaridad queda borrada si se razona con modelos de acumulación mundializados desde el siglo XV.

Es cierto que los distintos imperios no dominaron sólo a través de la fuerza. La hegemonía fue igualmente decisiva. Pero la variedad de ideologías obedeció a la vigencia de cimientos sociales diferenciados. La codicia por beneficios surgidos del intercambio (Génova y Holanda) se asentó en pilares muy distintos a la ambición de lucros derivados del imperativo de la inversión (Inglaterra y Estados Unidos). Si la especificidad de cada ciclo es analizada observando esos pilares, queda despejado el camino para comprender las formas antiguas y contemporáneas de dominación.

EL PERÍODO CLÁSICO

La era del imperio informal iniciada en 1830 -con dominio inglés del libre comercio- quedó cerrada en 1870 con la reinstalación de un escenario bélico. Ese retorno a la conflagración entre las principales potencias generalizó el uso del término imperialismo. Esa noción fue expuesta por teóricos como Hobson, que contrastaban el nuevo clima de confrontación mundial con la era previa de equilibrios pos napoleónicos (Hobson, 1980).

En ese nuevo marco todas las potencias intentaron renovar sus credenciales en el campo de batalla. Las rezagadas (Alemania) ambicionaban el ensanche de su territorio para erigir un imperio formal. Las ascendentes (Estados Unidos) ya poseían una estructura económica privilegiada y preparaban el reemplazo del decaído líder inglés. La efervescencia militarista, la agresividad racista y la intolerancia chauvinista condujeron al tendal de muertos de la Primera Guerra mundial (Arrighi, 1978: cap 3).

Los nuevos imperios (Alemania, Japón, Estados Unidos) guerreaban en alianzas o disputas con sus precedentes (Francia, Inglaterra) por el control

del mercado mundial, en desmedro de los imperios en extinción (Holanda, Bélgica, España, Portugal). Dirimían con protecciones y áreas monetarias el reparto de la periferia.

La teoría del imperialismo clásico que postuló Lenin aportó la principal conceptualización de ese período de traumáticas guerras interimperialistas y estallidos revolucionarios. El líder bolchevique atribuía esas conflagraciones a la competencia por mercados externos y fuentes de abastecimiento, en un escenario de posesiones coloniales ya repartidas entre las viejas potencias. La compulsión a disputar esos territorios reforzaba los desenlaces bélicos y reducía los márgenes de convivencia diplomática.

Partiendo de esa caracterización Lenin escribió un folleto político, que polemizaba con la expectativa socialdemócrata de evitar la guerra con propuestas de desarme y cooperación entre potencias rivales. El dirigente comunista objetaba esos planteos señalando que el militarismo no era una política equivocada de los capitalistas, sino el cruel resultado de la competencia por el beneficio.

El líder ruso subrayaba la inutilidad de la persuasión pacifista, cuando los acaudalados se disponían a resolver sus diferencias en las trincheras. Remarcaba que el curso militarista obedecía a tendencias objetivas y a decisiones estratégicas de los poderosos. En la coyuntura bélica de ese momento, resaltaba el predominio de la rivalidad sobre la asociación internacional, en las relaciones entre grandes empresas capitalistas (Lenin, 2006).

El dirigente de la revolución rusa registró con gran realismo las principales contradicciones de su época, frente a las utópicas expectativas de sus críticos. Propició políticas internacionalistas de resistencia a la inmolación de los reclutas y señaló que la paz debía conquistarse en una lucha simultánea contra el capitalismo

En nuestra interpretación de ese enfoque hemos resaltado esa función política del texto de Lenin en el contexto omnipresente de la guerra. Destacamos ese sentido frente a otras interpretaciones centradas en los aspectos económicos de ese influente libro (Katz, 2011:17-32).

En este último terreno la concepción de Lenin reformulaba la visión expuesta por Hilferding. Resaltaba la existencia de un viraje general hacia el proteccionismo y la creciente gravitación de banqueros, que subordinaban a sus pares del comercio y la industria. También remarcaba la novedosa gravitación de los monopolios por la creciente escala de las empresas y la preeminencia de la exportación de capitales, como forma de absorber las ganancias gestadas en la periferia.

El debate entre marxistas sobre la pertinencia de estas caracterizaciones persiste hasta la actualidad. Varios teóricos resaltan su inadecuación para el período de entre guerra (Harvey, 2018), otros señalan la exageración en el rol

del monopolio y la acotada relevancia de exportación de capital (Heinrich, 2008: (218-221). Algunos también destacan la extrapolación de rasgos de la economía alemana al resto de las potencias Panitch, Leo (2014).

Estas objeciones aluden a problemas efectivamente presentes en la teoría del imperialismo clásico, pero de escasas implicancias en su formulación original. A Lenin le interesaba demostrar cómo ciertos desequilibrios económicos desembocaban en conflagraciones interimperialistas. Analizaba de qué forma cada rasgo productivo, comercial o financiero de la nueva época acrecentaba las rivalidades dirimidas bajo el fuego de los cañones.

La función primordial de su texto era política. Por eso convergió en la batalla contra el militarismo con los revolucionarios que objetaban su mirada económica (Luxemburg). Y por el contrario chocó con pensadores que compartían su enfoque sobre los cambios financiero-productivos, desde la vereda opuesta del reformismo (Hilferding). El tono polémico de sus escritos no estaba referido al proteccionismo, la hegemonía financiera o los monopolios, sino a la actitud de los socialistas frente a la guerra.

Otro gran equívoco ha rodeado a la evaluación leninista del imperialismo como "etapa final" del capitalismo. El dirigente comunista efectivamente apostaba a una respuesta popular revolucionaria frente al desangre bélico, que pusiera fin a la tiranía mundial del lucro. El debut del socialismo en Rusia corroboró la validez de esa expectativa.

El curso posterior de la historia desembocó en otro resultado y el período analizado por Lenin derivó tan sólo una etapa clásica de los imperios capitalistas. Logró percibir la singularidad de una fase que podría haber cerrado la vigencia histórica del capitalismo. Pero los acontecimientos posteriores no condujeron a esa extinción.

LOS CAMBIOS DE POSGUERRA

El fin de las confrontaciones bélicas entre potencias rivales diferencia al imperialismo de la segunda mitad del siglo XX de su precedente clásico. Persistieron los enfrentamientos, pero sin conflagraciones generalizadas. Los choques no se extendieron a la esfera militar y prevaleció una administración geopolítica más concertada. El monumental arsenal bélico de Occidente fue en general utilizado para afianzar el despojo de la periferia.

La gestión del nuevo modelo bajo el mando de Estados Unidos incluyó una novedosa modalidad de imperialismo colectivo. La solidaridad militar occidental empalmó con la creciente asociación económica internacional entre firmas de distintas procedencias. La empresa multinacional se expandió y el

proteccionismo perdió peso, frente a las presiones librecambistas desplegadas por las compañías que antecedieron a la globalización.

La dimensión de los mercados, la diversificación de los abastecimientos y la escala de la producción fueron determinantes de este nuevo escenario. La compulsión a reducir costos y aumentar la productividad afianzaron las alianzas entre firmas. A diferencia del período precedente esa interconexión no quedó restringida a compañías de la misma nacionalidad (Amin, 2013).

Pero como esa internacionalización de la economía no tuvo correspondencia directa en el plano estatal, el imperialismo continuó asentado en las viejas estructuras institucionales. Ninguna entidad global aportó los sistemas legales, las tradiciones sociales y la legitimidad política requerida para asegurar la reproducción global del capital.

La supremacía de Estados Unidos fue abrumadora y el imperialismo de ese período quedó identificado con su impronta. La OTAN se forjó bajo la conducción del Pentágono y las Naciones Unidas se localizaron en Nueva York. Ese predominio reflejó una superioridad económica que se estabilizó con la neutralización de los rivales. La vieja demolición de los competidores derrotados fue sustituida por el sostén de su reconstrucción bajo el mando del triunfador. Estados Unidos introdujo un sistema de alianzas subalternas para contrarrestar el resurgimiento de sus adversarios.

La primera potencia actuó como un sheriff global. Protegió a todas las clases dominantes de la insurgencia popular y la inestabilidad geopolítica. Por el cumplimiento de ese rol obtuvo financiamiento externo para sostener el dólar y los Bonos de Tesoro. El Pentágono fue el soporte estructural de Wall Street.

A diferencia del imperialismo clásico, las clases dominantes del Primer Mundo aceptaron ese padrinazgo militar. Por eso la seguridad colectiva sustituyó a la defensa nacional como principio rector de la intervención armada. Washington estableció vínculos privilegiados con las principales elites del planeta y universalizó su ideología de celebración del mercado y exaltación del individualismo.

La principal función del imperialismo de posguerra fue contener la oleada revolucionaria y el peligro del socialismo. Las bases norteamericanas se afincaron en todo el planeta para contrarrestar los levantamientos populares en América Latina, África y Asia.

La guerra fría contra la URSS fue otro componente decisivo de esa acción. Alineó a todas las clases capitalistas en una estrategia de tensión con el bloque socialista. Esa confrontación fue cualitativamente distinta a los choques interimperiales del pasado por la ausencia de primacía burguesa en la Unión Soviética.

El sistema de ese país no estaba comandado por una clase dominante, propietaria de los medios de producción y guiada por la meta de acumular capital. La burocracia gobernante defendía sus propios intereses y buscaba una coexistencia con Washington, para zanjar disputas en las áreas de influencia. Pero no actuaba con el patrón imperial de someter territorios para acrecentar las ganancias. El acoso de la URSS fue determinante del militarismo de posguerra y el fin de ese régimen inauguró la etapa actual de imperialismo del siglo XXI.

COMPARACIÓN CON EL ANTECEDENTE BRITÁNICO

En las últimas cuatro décadas se registró un cambio radical en el rol internacional de Estados Unidos. Una persistente crisis de conducción ha sucedido a la indiscutible primacía norteamericana de posguerra. Muchos autores destacan la semejanza de trayectorias declinantes con el precedente inglés (Roberts, 2016: 39-40). Señalan los parecidos en la gestión monetaria y la acción política.

Ambas potencias conformaron los únicos imperios capitalistas globales. En ese casillero no clasificaron los dominadores precapitalistas (Roma, España, Países Bajos) y no capitalistas (Unión Soviética). Otros imperios fallidos (Francia) o derrotados (Alemania, Japón) nunca lograron preeminencia planetaria.

El estatus mundial dominante de la dupla anglo-americana se asentó en la superioridad militar e incluyó también la economía, las finanzas y la cultura. Ambas potencias lograron supremacía industrial y captura de los flujos financieros. Ejercieron, además, una influencia intelectual arrolladora que se verificó en la universalización del inglés como lengua franca.

Pero el Reino Unido se distinguió de su par transatlántico por su capacidad de adecuación al repliegue. Exhibió una flexibilidad que Estados Unidos ni siquiera ha insinuado (Hobsbawm, 2007: cap 3).

El tamaño ha incidido en esa disparidad. En la limitada superficie de las islas británicas primó la emigración y en la inmensidad del territorio norteamericano prevaleció la recepción de pobladores. Mientras que Inglaterra debió conquistar otras regiones para disputar preeminencia, Estados Unidos se desenvolvió con la llegada de familias desposeídas. Basó su desarrollo en la tierra y no en incursiones marítimas externas. Mantuvo ciertos parecidos con la expansión de la vieja Rusia hacia las estepas desde el núcleo central moscovita. Recurrió, además, a un modelo auto céntrico asentado en el mercado interior y sólo actuó a escala mundial, cuando maduró su proceso

endógeno de acumulación. En ese momento ingresó en la batalla por el liderazgo imperial.

Pero esa ventaja de tamaño ha sido en un arma de doble filo. Permite pugnar con rivales equivalentes en el plano territorial (China), pero obstruye la adaptación que demostró su antecesor a un lugar más apto para continuar la carrera competitiva.

Esa carencia de flexibilidad norteamericana también deriva de su modelo industrial. Estados Unidos forjó la empresa verticalmente integrada, con estructuras burocráticas acordes a su monumental mercado interno. Por el contrario, Inglaterra se transformó en el primer taller del mundo -con abastecimiento externo y demandas de clientes foráneos- utilizando empresas altamente especializadas y flexibles (Arrighi, 1999: 288-322).

Cuando las transformaciones del capitalismo mundial afectaron la competitividad de ese modelo, Gran Bretaña relegó la industria renovando su primacía en el comercio y las finanzas. El viejo fabricante se reconvirtió en un nuevo centro de la intermediación y la banca. Estados Unidos no ha querido (o podido) emular esa mutación. Preserva una industria en desventaja, enraizada en la dimensión continental del país y ensaya dudosas incursiones en la esfera transnacional. Ha intentado compensar el repliegue fabril con la preeminencia de la moneda, las finanzas y la tecnología. Pero afronta déficits comerciales y desbalances de endeudamiento de mayor porte que su antecesor.

La inflexibilidad norteamericana frente a la plasticidad británica tiene notorios determinantes militares. Estados Unidos ha forjado una estructura bélica que supera cualitativamente a Inglaterra. Asumió un rol de protección del capitalismo mundial que los británicos nunca adoptaron. Ese inédito poder reduce la capacidad de maniobra para tantear renunciamientos en el escenario multipolar contemporáneo.

Gran Bretaña conocía sus límites para mantener el liderazgo mundial y se resignó a la pérdida del imperio durante la descolonización. Estados Unidos tiene cerrados los senderos para repetir esa retirada. Por esa razón se embarca una y otra vez en infructuosos operativos de recomposición de su liderazgo.

Inglaterra pudo procesar su salida del primer plano sin renunciar al intervencionismo externo. Ha participado en incontables operativos militares desde 1945 y mantiene 145 dispositivos bélicos en 42 países (Pilger, 2020). Incluso encaró con Thatcher incursiones navales de reconquista colonial (Malvinas), para apuntalar su arremetida interna contra la clase obrera y los sindicatos.

Pero esas acciones se enmarcan en la asociación con el sustituto imperial norteamericano. Por eso el corolario del operativo militar contra Argentina

derivó durante el mando de Blair, en el mayor acompañamiento subordinado a las guerras de Estados Unidos (Balcanes, Afganistán, Irak) (Anderson, 2020).

Washington no puede emular ese curso británico de acciones militares secundarias y complementarias del líder imperial. Ningún socio lo reemplaza en su papel preeminente y en la función global que continua ejerciendo.

Estas diferencias inciden en la variable aplicación del concepto de imperio informal. Esa noción calzaba plenamente con el Reino Unido, pero tiene una cuestionable pertinencia para el caso norteamericano. Estados Unidos no dominó desde la posguerra sólo con primacía económica. Instrumentó un chantaje militar sin precedentes. Es cierto que nunca asentó su poderío en la ocupación, ni construyó dominios o áreas de colonización. Pero hizo valer como nadie su poder de fuego.

Gran Bretaña no lideró cruzadas de todo el capitalismo contra las revoluciones populares o las amenazas del socialismo. Por eso se adaptó al contexto poscolonial a cambio de acuerdos económicos favorables. El Pentágono maneja el mayor arsenal de la historia y tiene vedado ese curso.

El reemplazo imperial concertado que siguió el modelo anglo-americano no se aplica al escenario actual de tensión con China. Por esa razón Estados Unidos necesita renovar su primacía con exhibiciones de fuerza, afrontando resultados cada vez más adversos.

Finalmente, también gravitan las peculiaridades ideológicas de ambas potencias. Aunque en su momento de mayor gloria Inglaterra administró una cuarta parte del planeta, siempre defendió sus intereses económicos en forma explícita. Invocó ciertamente un designio de "civilización", pero más bien recurrió a mensajes de superioridad nacional, basados en algún mito fundador de su propia historia. No abusaba de mandatos de salvación de los subordinados de ultramar.

Estados Unidos se forjó en cambio como una nación sin raíces milenarias y expandió su dominación con ideologías universalistas. Siempre enmascaró su acción imperial con alegatos de socorro de la humanidad. Ese auto engaño no sólo contrasta con la flexibilidad británica. Potencia todos los ingredientes de megalomanía que atascan a Washington en un callejón sin salida. Habrá que ver si ahora extiende ese *impasse* a Inglaterra, o si por el contrario el *Brexit* encarna otro episodio de la flexibilidad británica para amoldarse a una nueva era.

DOS MUTACIONES DIFERENTES

Los tres modelos de imperialismo que rigieron desde el siglo XIX estuvieron estrechamente conectados con el funcionamiento del capitalismo de cada época. Pero ambas dimensiones no están sujetas al mismo patrón de transformación. El imperialismo asegura la continuidad del sistema y cumple un rol protagónico en las grandes crisis. Pero opera tan sólo como un mecanismo de protección de ese basamento. No constituye como el capitalismo un modo de producción o una estructura definitoria de las reglas imperantes en la sociedad.

Es importante reconocer estas diferencias entre el sistema y sus dispositivos, para notar cómo el imperialismo se amolda a cada período histórico del capitalismo. No conforma una de esas etapas. Sólo adapta sus modalidades a los cambiantes requerimientos del sistema. El capitalismo siempre incluyó modalidades coloniales o imperiales y ha utilizado cambiantes formas de opresión para ejercer su predominio a escala creciente.

Por esa razón es tan relevante la dimensión geopolítica y militar del imperialismo. Permite comprender cómo afronta el capitalismo sus propias crisis y de qué forma responde a las resistencias populares y a los desafíos revolucionarios.

El imperialismo presenta contornos económicos e ideológicos afines a la modalidad prevaleciente del capitalismo, pero su impronta específica está signada por el aspecto bélico. La identificación corriente del término con la guerra, las ocupaciones y las masacres expresa una acertada percepción de su significado. Es también adecuado el registro del alcance internacional de sus acciones.

Ciertamente existe una faceta económica peculiar del imperialismo que debe ser estudiada en forma específica. Esa indagación condujo a importantes hallazgos en las últimas décadas. Se demostró cómo los capitalistas del centro se apropian de los recursos de los países subdesarrollados.

El análisis de ese despojo corrobora la gravitación contemporánea del imperialismo, pero involucra tan sólo un componente del fenómeno. Las principales firmas de los países avanzados capturan rentas y ganancias de la periferia, a partir de la dominación geopolítico-militar que ejercen sus estados a nivel global. El epicentro del imperialismo se localiza en ese control. Antes de indagar los complejos laberintos de economía imperial hay que clarificar esos pilares bélicos y estatales del dispositivo. Por esa razón hemos comenzado por esa dimensión nuestra evaluación del imperialismo del siglo XXI.

La comprensión de ese dispositivo requiere esclarecer las transformaciones económicas recientes del capitalismo. Se necesita clarificar los cambios operados en la dinámica de la plusvalía, la acumulación y la tasa de ganancia.

La evaluación inicial del imperialismo transita en cambio por otro camino. Antes de indagar las inversiones externas, los términos de intercambio o las tasas diferenciales de explotación hay que determinar quién y cómo ejerce la dominación geopolítico-militar a nivel global.

Estas diferencias de análisis en el estudio del capitalismo y del imperialismo se verifican en los disimiles resultados de ambas indagaciones. Mientras que las transformaciones registradas en el primer sistema están a la vista, los cambios en el segundo dispositivo no han quedado aún definidos. Son dos procesos sujetos a modificaciones de distinta índole.

El capitalismo contemporáneo ha mutado en forma radical bajo el impacto del neoliberalismo, la globalización, la digitalización, la precarización y la financiarización. Esas transformaciones no tienen correlato directo en el imperialismo. Los cambios en ambos planos se desenvuelven a un ritmo diferenciado. La mutación económica es drástica y sus manifestaciones geopolíticas son difusas. El capitalismo del siglo XXI es totalmente diferente a su precedente de posguerra y el imperialismo actual mantiene muchas áreas de continuidad con el modelo anterior. Esa asimetría presenta numerosas evidencias.

TRANSFORMACIONES CATEGÓRICAS

El capitalismo actual emergió de la gran crisis de los años 70. Esa convulsión quedó cerrada en el nuevo modelo que encarnó el neoliberalismo. Desde ese momento ha predominado un bajo crecimiento en Occidente y una significativa expansión de Oriente, que no alcanza para motorizar la economía mundial. El descenso de Estados Unidos y el ascenso de China -en un marco de reducido incremento del PBI global-sintetizan ese escenario (Katz, 2020).

La globalización ha impactado en todas las áreas del sistema. Modificó la geografía industrial, mediante el desplazamiento de la producción hacia el continente asiático. Esa región se convirtió en el gran taller del planeta, en desmedro de la vieja primacía fabril de Europa y Estados Unidos. Este giro se asienta en el incremento de la explotación de los trabajadores y en un novedoso proceso de internacionalización productiva, con significativos correlatos comerciales y financieros.

La mundialización de la economía introdujo un creciente acortamiento de tiempos en la actividad productiva. Afianzó el protagonismo de las empresas transnacionales, a través del desdoblamiento internacional del proceso de fabricación. Profundizó una nueva división global del trabajo, que apuntala modelos orientados por las exportaciones y articulados por las cadenas globales de valor. Estos circuitos potencian el peso de los bienes intermedios,

consolidan la especialización vertical, la subcontratación, la deslocalización de las inversiones y la fragmentación de los insumos.

Ese drástico cambio del perfil productivo profundizó a su vez la subdivisión de la vieja periferia, en un grupo de países emergentes que se industrializa y otro que actualiza el viejo patrón de exportación de bienes primarios.

La nueva globalización productiva también se asienta en la revolución informática que alumbró el capitalismo digital. Esa mutación repite muchas características de procesos análogos de transformación tecnológica radical, que se verificaron desde el siglo XIX.

La revolución informática facilitó el abaratamiento de la fuerza de trabajo y de los insumos, mediante una significativa reducción del costo del transporte y las comunicaciones. Amplió el campo de negocios para inversiones multimillonarias en procesos de digitalización, que modificaron el ranking de las grandes firmas. Las empresas de alta tecnología lideran las ganancias y marcan el paso a todos los actores del sistema.

Esas transformaciones afianzan, además, un nuevo escenario laboral signado por la precarización, la inseguridad y la flexibilización. Los capitalistas instrumentan esos atropellos aprovechando las enormes reservas de fuerza de trabajo disponible a nivel global. Utilizan el recurso de trasladar plantas hacia regiones con sindicatos inexistentes, debilitados o proscriptos, para crear un clima de temor a la pérdida del empleo. La reconversión de los puestos de trabajo está condicionada por esa monumental remodelación geográfica de la industria y los servicios.

El proceso laboral registró, además, una diferenciación interna entre actividades de diseño, elaboración y fabricación, que trastocó todos los estándares del trabajo manual y mental. Las identidades laborales quedaron drásticamente afectadas por esa reestructuración.

La financiarización constituye otra mutación visible del capitalismo contemporáneo. No involucra sólo el gigantesco incremento de los activos financieros. Incluye significativas modificaciones cualitativas en la autofinanciación de las empresas, la titulación de los bancos y la gestión familiar de las hipotecas y las pensiones. Las convulsiones que genera esa expansión del universo financiero se entrelazan con conmociones derivadas del deterioro del medio ambiente.

La valorización capitalista socavó durante centurias los basamentos materiales de la reproducción económica. Pero el desastre ambiental de las últimas décadas tiende a quebrar los equilibrios ancestrales, que permitieron construir sociedades basadas en el intercambio con la naturaleza. Si el calentamiento global continúa profundizando la huella ecológica, el descalabro en ciernes dejará muy atrás a todas las convulsiones conocidas.

La debacle ambiental presenta ciertas semejanzas con la demolición generada por las dos guerras mundiales del siglo pasado. Se han forjado tendencias destructivas que escapan al control de los propios capitalistas y pueden desembocar en desastres sin retorno.

Estos peligros emergen periódicamente a la superficie a través de las crisis capitalistas del siglo XXI. Esas eclosiones no provienen de arrastres anteriores. Irrumpen como estallidos de los mercados a partir de las burbujas generadas por la financiarización. La convulsión del 2008 fue ilustrativa de esa variedad de desajustes. Comenzó con el impago de los deudores *subprime* y derivó en un traumático colapso de operaciones interbancarias.

Estas crisis difieren significativamente de las prevalecientes en los años 30. Ya no están signadas por la deflación y las quiebras bancarias. En la dinámica contemporánea perdura el rescate estatal de los bancos y la combinación de expansión monetaria con austeridad fiscal. Esa secuencia confirma el carácter perdurable del intervencionismo estatal.

Cuando esas crisis financieras precipitadas por la especulación con títulos y monedas alcanzan intensidades mayúsculas, emergen también los desequilibrios productivos subyacentes. La vieja y conocida sobreproducción es la principal causa de esas convulsiones, pero asume otra escala en la economía mundializada.

Nuevas modalidades de sobreproducción global itinerante impactan sobre todas las cadenas de valor. Esas tensiones desbordan la tradicional disputa entre potencias por la colocación de las mercancías sobrantes y provocan turbulentos procesos de desvalorización del capital.

Las mutaciones en el poder de compra acrecientan a su vez el efecto de esas crisis contemporáneas. La vieja norma de consumo estable ha sido reemplazada por modalidades de adquisición más imprevisibles y la erosión del poder adquisitivo profundiza el deterioro de los ingresos y la inseguridad laboral. Esa retracción del consumo corona la espiral de contradicciones del capitalismo actual.

Este repaso de los cambios en el funcionamiento y en las tensiones de ese sistema ilustra la enorme envergadura de las mutaciones registradas. El capitalismo del siglo XXI es radicalmente diferente a sus precedentes de la centuria pasada.

ALTERACIONES INCIERTAS

Las transformaciones en la esfera imperial no presentan la misma contundencia que las modificaciones en el capitalismo. En el primer terreno se verifica una crisis signada por el reiterado fracaso del proyecto estadounidense de recuperación del liderazgo mundial.

La correlación que imperaba entre el capitalismo librecambista y la supremacía inglesa en el siglo XIX o entre el capitalismo intervencionista y la primacía norteamericana en la centuria posterior, no se verifica en la actualidad. El capitalismo globalizado, digital, precarizador y financiarizado se desenvuelve sin un comando geopolítico-militar. Estados Unidos no logra dirigirlo, ni tiene reemplazantes a la vista.

La primera potencia persiste como el gendarme del sistema. Con un presupuesto bélico gigantesco domina los mares, controla los cielos y maneja las redes informáticas. Todavía resuenan los ecos de la mortífera advertencia que emitió con el lanzamiento de las bombas atómicas en Japón y los efectos de las sangrientas incursiones aéreas de las últimas décadas.

Pero ese poder ha quedado socavado por las limitaciones de una potencia corroída por crisis internas, que paralizan su función directriz de la política global. La OTAN subsiste como un mastodonte afectado por agudas divergencias de financiación. La norma de viejos imperios subordinados en forma sigilosa (Inglaterra) o conflictiva (Francia) perdura, pero cada potencia busca su propia reubicación global tomando distancia de la obediencia a Washington.

Estados Unidos se apoya en ramificaciones regionales para sostener su poder global. Incentiva el colonialismo tardío de Israel para controlar el Medio Oriente y acrecienta el arsenal de Australia para custodiar Oceanía. Mantiene el acompañamiento de Canadá a sus operaciones y consolida las bases de Colombia para auditar a América Latina. Sus misiles de Europa del Este apuntan contra Rusia y el armamento provisto a Japón y Corea del Sur amenaza a China.

¿Pero qué capacidad demuestra Washington para imponer su agenda a esta red de socios, apéndices o vasallos? En las últimas décadas ha fallado en todas las regiones. Mantiene la misma primacía formal de posguerra en un escenario radicalmente opuesto. Exhibe un poder bélico descomunal, sin la cohesión requerida para hacer valer esa fuerza.

Por esta razón el imperialismo del siglo XXI no presenta una fisonomía definida. Es una categoría en gestación, que sólo adoptará un contorno nítido cuando la crisis de Estados Unidos alcance un punto de resolución.

CONVULSIONES A LA VISTA

Los estudios sobre el imperialismo florecieron durante la centuria pasada y disminuyeron drásticamente al comienzo del nuevo milenio. La propia utilización del término quedó excluida del vocabulario corriente de las Ciencias Sociales. El neoliberalismo y la globalización monopolizaron la atención de los analistas y dominaron todas las reflexiones sobre el capitalismo contemporáneo.

La escalada de guerras regionales, el drama de los refugiados y el impacto del terrorismo reintrodujeron el interés por el tema. Los interrogantes sobre el imperialismo quedaron asociados a la evaluación del alicaído intento estadounidense de recuperar primacía.

En la década pasada esa indagación incluyó una generalizada revitalización del término imperio. Pero ese cambio de lenguaje no modificó la sustancia del problema. En los hechos resulta indistinto el manejo de las dos denominaciones. Imperialismo e imperio encajan por igual en el rol que desenvuelve Estados Unidos. Desde la posguerra ya no opera como un contrincante más en el tablero interimperialista y tampoco devino en un imperio único de todo el sistema.

La primera potencia no ha confrontado en términos bélicos con rivales equivalentes y tampoco incorporó a su entramado a las principales clases dominantes o estados de planeta. Se ubicó en la cima de una estructura asociada de imperialismo colectivo.

Como ese dispositivo se encuentra en plena de remodelación, su tipificación en plural (imperialismo) o en singular (imperio) no aporta ninguna clarificación. El sistema de dominación mundial actual no se asemeja a la era clásica de batallas innterimperiales, ni tampoco consagra un centro exclusivo de gestión global.

Otras aplicaciones más valorativas de imperio e imperialismo afrontan más inconvenientes. Suelen ponderar o denigrar las modalidades de la gobernanza mundial. En las Ciencias Políticas convencionales el primer término es sinónimo de orden y el segundo de confrontación. Ambos sentidos eluden indagar la conexión de esas variantes con el funcionamiento del capitalismo o con las necesidades de las clases dominantes.

Todos los interrogantes que genera el imperialismo del siglo XXI han cobrado otra dimensión desde el shock generado por el Gran Confinamiento del 2020. La crisis de la pandemia ha puesto de relieve la magnitud de los cataclismos naturales que potencia el capitalismo. El coronavirus constituye

una señal de alarma de la catástrofe en ciernes si no se logra atemperar el cambio climático.

La paralización mayúscula de la economía y el inédito socorro estatal para evitar la depresión, confluyeron el año pasado con la contracción del ingreso de los trabajadores, la ampliación de la precarización laboral y la consolidación de la desigualdad. La pandemia ha retratado el funcionamiento de un sistema asentado en la opresión. Ese régimen no podría subsistir sin la protección que brinda el imperialismo a los dominadores.

Ese dispositivo cumple numerosas funciones, pero prioriza el sometimiento de los trabajadores. Es un mecanismo construido para lidiar con las resistencias populares masivas. El imperialismo incluye la intervención militar contra esos levantamientos y el fomento de la guerra entre los propios desposeídos para desviar el descontento popular.

Las grandes revoluciones populares fueron el principal trasfondo de las acciones bélicas del sistema. Esas sublevaciones determinaron el curso seguido por el imperialismo clásico y su corolario de posguerra. La variante actual quedará también signada por la dinámica que asuman las rebeliones de los oprimidos. Pero la arena más inmediata de definición del imperialismo del siglo XXI se localiza en el choque que opone a Estados Unidos con China.

8-2-2021

CAPITULO 5

ESTADOS UNIDOS Y CHINA: UNA PUJA ENTRE POTENCIAS DISIMILES

El conflicto entre Estados Unidos y China es la principal confrontación geopolítica actual. Hay evaluaciones muy dispares sobre el eventual vencedor de la disputa e interpretaciones muy diversas sobre las razones de esa colisión. Las caracterizaciones más corrientes destacan el choque de civilizaciones, la transición hacia un nuevo poder hegemónico y el despunte de un mundo multipolar.

Pero el primer interrogante a resolver es la ubicación de ambos contendientes. ¿Confrontan desde lugares semejantes o contrapuestos? ¿Expresan fuerzas sociales equiparables o disímiles?

HTTPS://JACOBIN.COM/2022/07/HO-FUNG-HUNG-PART-2-INTERVIEW-US-CHINA-CONFLICT

LA LÓGICA DE UNA AGRESIÓN

La hostilidad de Estados Unidos hacia su rival acumula muchos antecedentes. Clinton priorizaba el despliegue de misiles fronterizos contra Rusia, pero ordenó el bombardeo de la embajada china en Belgrado. Bush estaba embarcado en las guerras de Medio Oriente, pero no desatendió el rearme de Taiwán. El conflicto con China escaló a partir de la crisis del 2008, cuando el poder económico de la nueva potencia se tornó tan visible, como la incapacidad de Washington para contrarrestarlo.

Obama inició el viraje hacia una confrontación más directa, que incluyó el desplazamiento de tropas hacia la región asiática. Saboteó el acercamiento japonés hacia Beijing y sepultó el intento nipón de cerrar la base militar del Pentágono en Okinawa (Watkins, 2019).

Trump redobló la embestida. Designó a China como el gran enemigo estratégico, introdujo una virulenta agenda mercantilista y acentuó la disputa por la primacía tecnológica. Sancionó a firmas orientales como Huawei, para impedir su preponderancia en el nuevo sistema digital 5G y concibió un plan para expulsar a su rival de todas las plataformas. Su proyecto *Clean Network* incluía el corte de cables submarinos y la anulación del almacenamiento de datos (Crooke, 2020).

El magnate acusó a China de exportar el Covid y reavivó los viejos prejuicios racistas contra los asiáticos ("se alimentan con especies exóticas y transmiten enfermedades"). Intentó culpar a los orientales de todos los males contemporáneos y complementó esa furibunda retórica con un gran despliegue bélico (Margueliche, 2020). Exhibió el poder de fuego estadounidense para hacer valer duras exigencias económicas contra su competidor.

El cerco que comenzó a erigir el Pentágono sobre China se inspira en una doctrina de golpe letales contra la infraestructura de ese país (*Air Sea Battle*), en la hipótesis (por ahora muy lejana) de un conflicto abierto.

La prioridad inmediata es el acoso naval en el mar de China. Como no existen reglas consensuadas para la administración de esa zona vital del comercio mundial, la disputa se dirime con desplazamientos de cañoneras. La Casa Blanca simplemente desconoce que actúa en un mar interior bajo autoridad de China. Sus principales estrategas consideran que en ese radio marítimo se procesarán las principales tensiones entre las dos potencias (Mearsheimer, 2020). Las acciones bélicas difusas con fuerzas no estatales -que el Pentágono ha propiciado en distintas partes del mundo durante las últimas décadas- no serían suficientes para contener al gigante asiático (Fornillo, 2017).

La acelerada gestación de una "OTAN del Pacífico" -junto a Japón, Corea de Sur, Australia, e India- corrobora los propósitos agresivos de Washington. El primer socio alberga 25 bases militares estadounidenses, el segundo 15

y el tercero opera como un gran portaviones de la primera potencia (Bello, 2020). También India ha introducido novedosos ejercicios conjuntos con los *marines* (Ríos 2021).

Todo el establishment de Washington apuntala esa presión geopolítico-militar. La política previa de asociación económica con China quedó erosionada por la crisis del 2008 y fulminada por la pandemia. El hostigamiento en curso es tan fomentado por las vertientes globalistas y americanistas, como por las empresas multinacionales y los altos funcionarios. Los medios de comunicación liberales y los principales asesores de la Casa Blanca comparten esa postura beligerante (Merino, 2020).

Todos los mensajes de Biden desde su asunción han reafirmado esa política de confrontación. El nuevo mandatario atenúa la intensidad de la guerra comercial, pero apuntala la disputa tecnológica y recompone las alianzas con Europa para potenciar el acoso de China. Seleccionó un equipo de asesores especializado en ese endurecimiento.

Biden esgrime el demagógico estandarte de los derechos humanos para acrecentar el descontento de Hong Kong y desestabilizar al régimen chino. Las ONGs y fundaciones que financia el Departamento de Estado despliegan una intensa labor en ese enclave. También avala la militarización de Taiwán, que incentiva el actual presidente derechista de esa isla.

Washington redobla la agresión contra China, para apuntalar un proyecto más ambicioso de recuperación de su dominio mundial. Con la cohesión social interna quebrantada por una crisis de largo plazo que corroe su economía, la primera potencia necesita doblegar a su principal competidor. Es la principal carta de Estados Unidos para reconquistar el liderazgo imperial. Esa confrontación es más gravitante que el afianzamiento de las ventajas sobre Europa o la batalla contra el rival ruso. Moscú es un contendiente geopolítico y militar pero no un desafiante económico. Por esa razón el asedio de China es la prioridad estratégica de Estados Unidos.

EL CONTRAPUNTO DEFENSIVO

La nueva potencia oriental mantiene una actitud muy distinta a su contendiente. Rechaza la demanda estadounidense de internacionalizar su espacio costero, con medidas defensivas de control de pesquerías, rutas y reservas submarinas de petróleo y gas. No envía buques a navegar por las cercanías de Nueva York o California.

China ejerce su soberanía en un radio muy acotado de millas, que contrasta con las enormes superficies marítimas bajo control de Estados Unidos, Francia o Australia (Poch de Feliu, 2021). La defensa de esa plataforma es tan

relevante para Beijing, como la recuperación de los viejos enclaves de Macao y Hong Kong. Busca consolidar un espacio nacional que fue atropellado en numerosas ocasiones por el colonialismo.

Es cierto que China desenvuelve esa custodia mediante un intenso programa de modernización militar, que no se limita a las fuerzas terrestres. El nuevo despliegue naval incluye la construcción de siete islas artificiales, para contrarrestar la presencia de la VIIª flota estadounidense (Rousset, 2018). Como el 80% de las mercancías comercializadas en el mundo se transporta por mar, el control de esa ruta se ha tornado indispensable para una economía tan internacionalizada.

Es importante registrar el abismo de gastos bélicos que separa a los dos contendientes. En el 2019 el presupuesto militar chino bordeó los 261.000 millones de dólares frente a los 732.000 millones de Estados Unidos. Las inversiones anuales en armamento del coloso norteamericano superan a los 10 países que lo siguen, en el ranking de las erogaciones destructivas (Benjamin, Davies, 2020). Beijing cuenta con 260 cabezas nucleares frente a las 4.500 de Washington y opera sólo dos vetustos portaviones frente a once de su rival (Bello, 2020). La gran dimensión cuantitativa del ejército chino en término de tropas, no define al vencedor de los conflictos contemporáneos.

Es cierto que el gigante oriental tiene prevista la instalación de varias bases en el extranjero, pero hasta ahora sólo concretó un proyecto en Djibuti. Esa avanzada contrasta con la alucinante constelación de fuerzas militares estadounidenses, localizadas en todos los rincones del planeta.

La estrategia geopolítica china no enfatiza el aspecto militar. Privilegia el agotamiento económico de su rival, mediante una prolongada batalla de desgaste productivo. Busca "cansar al enemigo" con maniobras que incluyen la aceptación formal de demandas que luego son incumplidas.

Beijing no convalida, además, ninguna concesión decisiva en el ámbito de la tecnología. Respondió, por ejemplo, con la inmediata detención de dos ciudadanos canadienses al encarcelamiento de un directivo de Huawei.

El comportamiento cauto de China se inscribe en la lógica geopolítica del poder agudo (*sharp power*), tan equidistante de las respuestas bélicas duras (*hard power*), como de las reacciones meramente diplomáticas (*soft power*) (Yunes, 2018).

Con una postura de perfil bajo la nueva potencia apuesta a quebrar el liderazgo estadounidense del bloque occidental. Pretende crear un escenario de mayor paridad de fuerzas afianzando la relación con Europa. Incentiva especialmente los tratados de libre-comercio que su rival abandonó. También ofrece atractivos negocios a los principales jugadores de Medio Oriente, consolida la alianza defensiva con Rusia en una organización común (OCS) y prioriza la neutralización de los vecinos.

Para contrapesar las presiones bélicas de Pentágono, el dragón asiático impulsa numerosos convenios comerciales con Filipinas, Malasia, Laos, Camboya y Tailandia. Tienta a sus vecinos con las potenciales ganancias de los emprendimientos conjuntos. El Banco Asiático de Inversiones en Infraestructura (BAII) es el principal instrumento de ese operativo (Noyola Rodríguez, 2018).

La misma zanahoria se extiende a los adversarios más peligrosos. China firmó recientemente un gran tratado comercial (RCEP) con Australia, Japón, Nueva Zelanda, Corea del Sur y las 10 economías del Sudeste Asiático (ASEAN). Aspira a contrapesar el convenio militar que Estados Unidos suscribió con los principales firmantes de ese convenio (QUAD). No logró sumar a la India -que es cortejada con especial atención por Washington- para reavivar los diferendos territoriales, que en 1962 desembocaron en un sangriento conflicto fronterizo con la nueva potencia.

LA DEFINICIÓN IMPERIAL

La postura defensiva de China es coherente con el status de un país que se expandió con cimientos socialistas, complementos mercantiles y un modelo capitalista enlazado a la globalización. Esa combinación apuntaló la retención local del excedente. La ausencia de neoliberalismo y financiarización le permitió al país evitar los desequilibrios más agudos que afrontaron sus competidores.

El conflicto con Estados Unidos tiene una enorme incidencia en el rumbo que sigue China. Influye en la definición del sector que prevalecerá en el comando de la sociedad. La contundente gravitación del capitalismo no se ha extendido aún a toda la estructura del país. La nueva clase dominante maneja gran parte de la economía, pero no controla el estado. Revirtió la transición socialista previa sin instaurar su preeminencia. A diferencia de lo ocurrido en Rusia o Europa Oriental, en China prevalece una formación intermedia, que no cohesiona a los capitalistas con los funcionarios, en el marco de un legado socialista aún presente.

Esa peculiar estructura determina una política exterior muy diferenciada de los lineamientos habituales de las grandes potencias. China diverge de Estados Unidos por la vigencia de un status capitalista insuficiente, que obstruye la implementación de políticas imperialistas.

Pero la continuidad de ese curso está sujeta al desenlace del conflicto que opone a los sectores neoliberales y estatistas. El primer sector aglutina a los grupos capitalistas que auspician el libre-comercio con proyectos expansivos y tentaciones imperiales. El segundo segmento propicia reforzar

la gestión estatal, moderar el curso capitalista y preservar la prescindencia geopolítica internacional.

Xi Jinping ejerce un fuerte arbitraje entre todas las vertientes de la elite gobernante. Para asegurar la cohesión territorial del país mantiene a raya a los enriquecidos acaudalados de la costa. Ha defenestrado multimillonarios y multiplicado las campañas contra la corrupción, para sepultar los gérmenes que condujeron a la disgregación semicolonial padecida en el pasado.

China evita el conflicto con Estados Unidos para sostener esos equilibrios y por eso alentó la estrecha asociación económica con su competidor hasta la crisis 2008. Posteriormente intentó aligerar los superávits comerciales y las acreencias financieros, mediante un desacople hacia el mercado interno.

Pero la búsqueda de ese compromiso con Washington está obstruida por la propia expansión del capitalismo. Las exigencias competitivas que impone el apetito por el lucro acentúan la sobreinversión y las consiguientes presiones para descargar excedentes en el exterior. La distensión con Estados Unidos es socavada por los proyectos expansivos que China multiplica para atemperar la sobreproducción.

Esa confrontación económica es gestionada por Beijing con normas defensivas contrapuestas a la ofensiva de su oponente. La dinámica imperial estadounidense determina el curso de un conflicto, que no obedece a desencuentros de civilizaciones, al devenir de las transiciones hegemónicas o a la disputa entre patrones geopolíticos de unipolaridad y multipolaridad.

El choque sino-americano retrata las encrucijadas del imperialismo del siglo XXI. A diferencia de lo ocurrido en las últimas décadas con el funcionamiento del capitalismo, el perfil general de la dominación mundial permanece irresuelto. Mientras que el neoliberalismo trastocó por completo el curso de la economía contemporánea, las reglas geopolíticas no están sometidas a una norma visible.

El imperialismo clásico de principios de la centuria pasada -signado por las catástrofes bélicas- y su sucesor de posguerra -centrado en sofocar revoluciones e impedir el socialismo- no han sido sustituidos por otro modelo definido. El choque entre Estados Unidos y China tiende a definir ese perfil.

VARIEDAD DE CORROBORACIONES

La postura defensiva de China frente a la agresividad de su oponente es coherente con el impreciso perfil de la nueva potencia. Esa ambigüedad es resaltada por varios intérpretes del sistema imperante en el país.

Algunos remarcan la presencia de una economía interna capitalista sin proyecciones externas intervencionistas. Resaltan la notoria preeminencia del patrón de la plusvalía y del beneficio, como resultado de la expansión del empleo privado y la reducción de la presencia estatal en la actividad industrial. Pero también señalan que ese viraje no tuvo connotaciones imperiales. Consideran que el estado es manejado por una capa de funcionarios sin ambiciones de dominación internacional (Kotz; Zhongjin Li, 2021).

Esta visión retoma la distinción entre clases dominantes, que acumulan capital en el manejo de la economía y burocracias, que controlan la conducción del estado para afianzar su hegemonía política. Entienden que esta última supremacía no incluye en la actualidad pretensiones imperiales.

Otro enfoque rechaza la ubicación de China en el pelotón imperial por el carácter inconcluso de la restauración capitalista (Roberts, 2018). Recuerda que el ansia por mayores cuotas de plusvalía refuerza la búsqueda de mercados externos. Pero también destaca el techo que introduce a esa expansión el elevado protagonismo económico estatal. La gravitación del sector público supera en China el promedio de cualquier economía desarrollada e incide en todas las decisiones de inversión. En una estructura económica sin financiarización, ni total primacía del capital privado, los cimientos de una política imperialista son frágiles.

Un estudioso de la política exterior china arriba a conclusiones semejantes. Describe el lugar preeminente del estado en las negociaciones económicas internacionales y destaca que el grueso de los créditos otorgados a otros países es manejado por los organismos públicos (Prashad, 2020).

Esa preeminencia estatal explica el perfil distintivo de esos préstamos, en comparación a los gestionados por las entidades privadas, el FMI o el Banco Mundial. Las grandes empresas capitalistas de China lucran con esas operaciones, pero aceptando las normas de los convenios interestatales que define Beijing.

Otro abordaje más anclado en la historia del país asocia la cautela geopolítica de China, a la trayectoria de un país acosado y carente de tradiciones expansionistas (Klare, 2013). Ese viejo encierro defensivo obstruye la trasformación de la supremacía comercial en una política de dominación.

Ese enfoque también destaca que el acaparamiento de materias primas de la periferia, reaviva la memoria del padecimiento semicolonial afrontado durante dos siglos por China. El país quedó reducido a ese status dependiente y no pudo sostener su soberanía luego de la guerra del Opio. Los imperios europeos le arrebataron el manejo de varios puertos y Japón se apoderó de amplias franjas del territorio. Sólo el triunfo revolucionario de 1949 puso fin a esa opresión.

Esos antecedentes gravitan en todas las relaciones externas y están presentes en los intercambios con África. China despliega enormes inversiones para asegurar su abastecimiento de insumos, pero toma distancia de las conductas emparentadas con el colonialismo europeo. Ansía el control de los recursos naturales, pero comparte el recuerdo de las humillaciones sufridas por sus clientes. Por eso transita (hasta ahora) por un camino que rehúye tanto la dominación, como la solidaridad con el atormentado continente africano.

No sólo la trayectoria histórica de China obstaculiza su conversión en potencia imperial. El gigante asiático mantiene un conflicto estructural con el mandante norteamericano, que impide la repetición del modelo sucesorio consumado a principio del siglo XX.

Las continuidades que prevalecieron en el traspaso de la dominación británica a la supremacía estadounidense no se extienden al escenario actual. Los dos colosos anglosajones estaban enlazados por múltiples vínculos políticos, culturales e idiomáticos. Esa estrecha conexión ha quedado reemplazada por contraposiciones frontales en todos los ámbitos entre Estados Unidos y China (Hobsbawm, 2007).

STATUS INTERMEDIO, POTENCIA NO IMPERIAL

Otros analistas deducen el carácter no imperial de China del lugar intermedio que ocupa el país en la jerarquía económica internacional. Consideran que la nueva potencia asiática se ha insertado en un segmento semiperiférico. Esa ubicación equidistante de los centros desarrollados y las periferias dependientes, determina una dinámica dual de desenvolvimiento. La economía china transfiere plusvalía a los países avanzados y captura excedentes de las regiones subdesarrolladas (Minqi Li, 2017).

Ese status intermedio sitúa al gigante oriental, en un contradictorio ámbito de emisor y receptor de los flujos de valor circulantes en el mercado mundial. Por esa colocación igualmente distanciada del techo y del piso del orden global, China queda excluida tanto del club de los imperios como del universo de naciones sometidas.

Este enfoque remarca la existencia de relaciones de intercambio con dos tipos diferenciados de clientes. Los proveedores de insumos o de bienes fabricados con inversiones externas de China nutren el despegue del dragón asiático. Pero los adquirientes de exportaciones o los inversores foráneos en el país, lucran con esas actividades más que la propia economía oriental.

Ese contradictorio resultado obedece al status semiperiferico de la nueva potencia. La clase capitalista china se ha expandido en el circuito global de la

acumulación, sin lograr el pleno control de los flujos de plusvalía. Capta excedentes de África, América Latina y el Sudeste Asiático, pero drena porciones del mismo sobrante a Estados Unidos y Europa (Minqi Li, 2020).

Esta mirada también ilustra cómo las proporciones de ese intercambio han variado en las últimas décadas. China ascendió en la globalización transfiriendo porciones decrecientes de plusvalía y capturando montos mayores de esas sumas. Los estudiosos de esa mutación cuantifican el giro con los criterios marxistas de la teoría del valor. Estiman que el intercambio de 16 unidades de trabajo chinas por 1 foránea que primaba en el pasado se ha revertido en la actualidad a 1 local por 0,6 internacionales. Entre 1990-2014 se consumó un cambio radical en el total de unidades de trabajo captadas y drenadas por China en su intercambio externo. Se ha verificado una creciente primacía de monto absorbido en comparación al transferido fuera del país (Minqi Li, 2017).

Pero esa enorme acumulación china de superávits comerciales y reservas no tiene correlato monetario por la condición intermedia del país. Captura los excedentes mayúsculos, sin gestionarlos con su propia divisa (Minqi Li, 2020). Esa dificultad para internacionalizar el yuan obliga al país a realizar transacciones en dólares y a convalidar el continuado señoreaje de esa divisa (Lo Dic, 2016). Debe acumular bonos del tesoro norteamericanos y pagar un pesado tributo a su competidor.

Esa forzada inmovilización de reservas chinas en dólares constituye otra confirmación de la disparidad imperante entre ambas potencias. Esa asimetría monetaria ilustra la inserción diferenciada de los dos contendientes en la jerarquía económica mundial.

Este diagnóstico de un esquema tripolar de capturas y drenajes de valor en la estructura actual del capitalismo global, es compatible con el modelo analítico que hemos desarrollado en nuestro reciente libro sobre la Teoría de la Dependencia (Katz, 2018: 281-284).

Pero nuestro abordaje ubica a China en un lugar de economía central ascendente y no de semiperiferia. Este último casillero corresponde a países como Brasil, Sudáfrica o India, que sólo comparten asociaciones internacionales con el gigante asiático (BRICS). No se equiparan en ningún terreno efectivo con la segunda potencia económica del planeta. El parentesco que establecen algunos organismos en un mismo casillero de "países emergentes" es tan forzado como poco creíble.

Por otra parte, la evaluación del extraordinario crecimiento chino no puede quedar restringida a los flujos internacionales de plusvalía. El secreto de esa expansión fue la retención local del excedente y la acumulación orientada al mercado o al consumo local. Una mirada exclusivamente externalista del desarrollo chino pierde de vista ese determinante. Pero más allá de estos matices, la clasificación intermedia de China en el sistema mundial aporta

un original sustento al diagnóstico del país como una nueva potencia no imperial.

COROLARIOS POLITICOS

La caracterización de China como un país no integrado al ramillete de los imperios tiene importantes consecuencias políticas. Como su rival estadounidense encarna todas las aristas del imperialismo contemporáneo, el conflicto entre ambos opone a potencias de distinta índole. No son competidores equivalentes, ni igualmente enemigos de las mayorías populares del planeta. Las posturas de neutralidad (o indiferencia) frente a la confrontación en curso son erróneas. Estados Unidos agrede desde un posicionamiento imperial a un rival no imperial, que responde con acciones defensivas.

Pero es también cierto que China se ha convertido en una gran potencia económica. Ya consolidó relaciones de intercambio e inversión que afectan al grueso de la periferia. La plusvalía drenada por las firmas capitalistas del nuevo gigante limita el desarrollo del Sudeste Asiático y la renta capturada de África o América Latina agrava la primarización de ambas zonas. China no actúa como un dominador imperial, pero tampoco favorece el desenvolvimiento de las regiones empobrecidas del planeta.

El gigante asiático podría convertirse en un aliado político de los países dependientes por el singular lugar que ocupa en el orden global. No forma parte de ese bloque de naciones sometidas, pero podría ser integrado a la batalla prioritaria contra el imperialismo.

En América Latina podría cumplir un papel de contrapeso del intervencionismo estadounidense, semejante al jugado en el pasado por la Unión Soviética. Ese rol brindó sostén geopolítico a varios procesos transformadores.

En el contexto actual, todos los países del Nuevo Mundo situados al sur del Río Grande necesitan forjar un bloque de resistencia contra la dominación estadounidense. Pero deben apuntalar al mismo tiempo un frente de negociación común con China.

Esa alianza resulta indispensable para revertir la relación comercial adversa con la nueva potencia. Los dos procesos de acción antiimperialista frente a Washington y renegociación económica con Beijing están estrechamente conectados y presuponen una distinción cualitativa entre el enemigo imperial y el socio potencial.

19-4-2021

CAPÍTULO 6

CHINA: TAN DISTANTE DEL IMPERIALISMO COMO DEL SUR GLOBAL

El carácter imperialista de Estados Unidos es un dato indiscutible de la geopolítica contemporánea. La extensión de ese calificativo a China suscita, en cambio, apasionados debates.

Nuestro enfoque resalta la asimetría entre ambos contendientes, el perfil agresor de Washington y la reacción defensiva de Beijing. Mientras que la primera potencia busca restaurar su alicaída dominación mundial, el gigante asiático intenta sostener un crecimiento capitalista sin enfrentamientos externos. Afronta, además, serios límites históricos, políticos y culturales para intervenir con actos de fuerza a escala global. Por esas razones no integra actualmente el club de los imperios (Katz, 2021).

Esta caracterización contrasta con los enfoques que describen a China como una potencia imperial, depredadora o colonizadora. Define, además, cuál es el grado de eventual proximidad con ese status y qué condiciones debería reunir para situarse en ese plano.

HTTPS://JACOBIN.COM/2019/10/CHINESE-REVOLUTION-ANNIVERSARY-MAO-CPC

Nuestra mirada también señala que China dejó atrás su vieja condición de país subdesarrollado e integra actualmente el núcleo de las economías centrales. Desde ese nuevo lugar captura grandes flujos de valor internacional y comanda una expansión que lucra con los recursos naturales provistos por la periferia. Por esa ubicación en la división internacional del trabajo no forma parte del Sur Global.

Nuestra visión comparte las distintas objeciones que se han planteado a la identificación de China como un nuevo imperialismo. Pero cuestiona la presentación del país como un actor meramente interesado en la cooperación, la mundialización inclusiva o la superación del subdesarrollo de sus socios.

Una revisión de todos los argumentos en debate contribuye a clarificar el complejo enigma contemporáneo del status internacional de China.

COMPARACIONES INADECUADAS

Las tesis que postulan el total alineamiento imperial de China, atribuyen ese posicionamiento al giro posmaoísta iniciado por Deng en los años 80. Estiman que ese viraje afianzó un modelo de capitalismo expansivo, que reúne todas las características del imperialismo. Observan en el sometimiento económico impuesto al continente africano una confirmación de esa conducta. Denuncian, además, que en esa región se repite la vieja opresión europea con hipócritas mascaradas retóricas (Turner, 2014: 65-71).

Pero esta caracterización no toma en cuenta las significativas diferencias entre ambas situaciones. China no despacha tropas a los países africanos -como Francia- para convalidar sus negocios. Su única base militar en un neurálgico cruce comercial (Djibuti), contrasta con el enjambre de instalaciones que han montado Estados Unidos y Europa.

El gigante asiático evita involucrarse en los explosivos procesos políticos del continente negro y su participación en las "operaciones de paz de la ONU", no define un status imperial. Incontables países manifiestamente ajenos a esa categoría (como Uruguay) aportan efectivos a las misiones de las Naciones Unidas.

La comparación de China con la trayectoria seguida por Alemania y Japón durante la primera mitad del siglo XX (Turner, 2014: 96-100) es igualmente discutible. No es un curso corroborado por los hechos. La nueva potencia oriental ha evitado transitar hasta ahora por el sendero belicista de esos antecesores. Logró un impresionante protagonismo económico internacional, aprovechando las ventajas competitivas que encontró en

la globalización. No comparte la compulsión a la conquista territorial que aquejaba al capitalismo germano o nipón.

China desenvolvió en el siglo XXI formas de producción mundializadas que no existían en la centuria anterior. Esa novedad le otorgó un inédito margen para expandir su economía, con pautas de prudencia geopolítica inconcebibles en el pasado.

Las analogías erróneas se extienden también a lo ocurrido con la Unión Soviética. Se estima que China repite la misma implantación del capitalismo y la consiguiente sustitución del internacionalismo por el "social-imperialismo". Esta modalidad es presentada como un anticipo de las políticas imperialistas convencionales (Turner, 2014:46-47).

Pero China no ha seguido la pauta de la URSS. Introdujo límites a la restauración económica capitalista y mantuvo el régimen político que se desmoronó en su vecino. Como acertadamente destaca un analista, toda la gestión de Xi Jinping ha estado guiada por la obsesión de evitar la desintegración padecida por la Unión Soviética (El Lince, 2020). Las diferencias se extienden en la actualidad al terreno militar externo. La nueva potencia asiática no consumó ninguna acción semejante a la desplegada por Moscú en Siria, Ucrania o Georgia.

CRITERIOS ERRÓNEOS

China es también situada en el bando imperial, a partir de evaluaciones inspiradas en un difundido texto del marxismo clásico (Lenin, 2006). Se afirma que la nueva potencia reúne las características económicas señaladas por ese libro. La gravitación de los capitales exportados, la magnitud de los monopolios y la incidencia de los grupos financieros confirmarían el status imperialista del país (Turner, 2014: 1-4, 25-31, 48-64).

Pero esos rasgos económicos no aportan parámetros suficientes para definir el lugar internacional de China en el siglo XXI. Ciertamente el creciente peso de los monopolios, los bancos o los capitales exportados acrecienta las rivalidades y las tensiones entre las potencias. Pero esos conflictos comerciales o financieros no explican las confrontaciones imperiales, ni definen el status específico de cada país en la dominación mundial.

Suiza, Holanda o Bélgica ocupan un lugar importante en el ranking internacional de la producción, el intercambio y el crédito, pero no cumplen un papel protagónico en el ámbito imperial. A su vez, Francia o Inglaterra juegan un rol destacado en este último terreno, que no deriva estrictamente de su primacía económica. Alemania y Japón son gigantes de la economía con intervenciones vedadas fuera de ese ámbito.

En el caso de China es mucho más singular. La preeminencia de los monopolios en su territorio sólo confirma la incidencia habitual de esos conglomerados en cualquier país. Lo mismo ocurre con la influencia de los capitales financieros, que gravitan menos que en otras economías de gran porte. A diferencia de sus competidores, el gigante asiático escaló posiciones en la globalización prescindiendo de la financiarización neoliberal. No mantiene, además, ninguna semejanza con el modelo bancario alemán de principio del siglo XX que estudió Lenin.

Es cierto que la exportación de capitales -señalada por el dirigente comunista como un dato descollante de su época- es una característica significativa de China en la actualidad. Pero esa influencia sólo ratifica la significativa conexión del gigante oriental con el capitalismo global.

Ninguna de las analogías con el sistema económico imperante en la centuria pasada contribuye a definir el status internacional de China. A lo sumo facilitan la comprensión de los cambios registrados en el funcionamiento del capitalismo. Lo sucedido en la geopolítica global se esclarece con otro tipo de reflexiones.

El imperialismo es una política de dominación ejercida por los poderosos del planeta a través de sus estados. No constituye una etapa perdurable o final del capitalismo. El escrito de Lenin clarifica lo ocurrido hace 100 años, pero no el curso de los acontecimientos recientes. Fue elaborado en un escenario muy distante de generalizadas guerras mundiales.

La atadura dogmática a ese libro induce a buscar forzadas semejanzas del conflicto actual entre Estados Unidos y China, con las conflagraciones de la Primera Guerra Mundial (Turner, 2014: 7-11). Se observa la principal pugna contemporánea como una mera repetición de las rivalidades interimperiales de entre guerra.

Esa misma comparación es actualmente señalada para denunciar la militarización china del Mar Meridional. Se estima que Xi Jinping persigue los mismos propósitos que enmascaraba Alemania para apoderase de Europa Central, o que disfrazaba Japón para conquistar el sur del Pacífico. Pero se omite que la expansión económica de China se ha consumado, hasta ahora, sin disparar un sólo en tiro fuera de sus fronteras.

También se olvida que Lenin no pretendió elaborar una guía clasificatoria del imperialismo, basada en la madurez capitalista de cada potencia. Sólo subrayaba la catastrófica dimensión guerrera de su época, sin precisar las condiciones que debía reunir cada participante de ese conflicto para quedar ubicado en el universo imperial. Situaba, por ejemplo, a una potencia económicamente retrasada como Rusia dentro de ese grupo por su activo protagonismo en el desangre militar.

El análisis del imperialismo clásico que brindó Lenin es un acervo teórico de gran relevancia, pero el papel geopolítico de China en el siglo XXI se clarifica con otro instrumental.

UN STATUS SÓLO POTENCIAL

Las nociones marxistas básicas de capitalismo, socialismo, imperialismo o antiimperialismo no alcanzan para caracterizar la política exterior de China. Esos conceptos sólo aportan un punto de partida. Se necesitan nociones adicionales para dar cuenta del curso del país. La simple deducción de un status imperial de la conversión del gigante oriental en la "segunda economía del mundo" (Turner, 2014: 23-24), no permite dilucidar los enigmas en juego.

Más acertada es la búsqueda de conceptos que registren la coexistencia de una enorme expansión económica de China, con una gran distancia de la primacía estadounidense. La fórmula de "imperio en formación" intenta retratar ese lugar de gestación, aún alejado del predominio norteamericano.

Pero el contenido concreto de esa categoría es controvertido. Algunos pensadores le asignan un alcance más avanzado que embrionario. Entienden que la nueva potencia se encamina en forma acelerada a adoptar un comportamiento imperial corriente. Resaltan el giro introducido con la base militar de Djibuti, la construcción de islas artificiales en el mar meridional y la reconversión ofensiva de las fuerzas armadas.

Esa mirada postula que al cabo de varias décadas de intensa acumulación capitalista, la fase imperial ya comienza a madurar (Rousset, 2018). Esta evaluación se aproxima al típico contraste entre un polo imperial dominante (Estados Unidos) y otro imperial en ascenso (China) (Turner, 2014: 44-46).

Pero entre ambas potencias persisten diferencias cualitativas muy significativas. Lo que distingue al gigante oriental de su par norteamericano no es el porcentual de maduración de un mismo modelo. Antes de embarcarse en las aventuras imperiales que desenvuelve su rival, China debería completar su propia restauración capitalista.

El término de "imperio en formación" podría ser valedero para indicar el carácter embrionario de esa gestación. Pero el concepto sólo cobraría otro sentido de creciente madurez, si China abandonara su actual estrategia defensiva. Esa tendencia está presente en el sector capitalista neoliberal con inversiones en el exterior y ambiciones expansivas. Pero el predominio de esa fracción requeriría doblegar al segmento opuesto, que privilegia el desenvolvimiento interno y preserva la modalidad actual del régimen político.

China es un imperio en formación tan sólo en términos potenciales. Gestiona el segundo producto bruto del planeta, es el primer fabricante de bienes industriales y recibe el mayor volumen de fondos del mundo. Pero esa gravitación económica no tiene correlato equivalente en la esfera geopolítico-militar que define el status imperial.

TENDENCIAS IRRESUELTAS

Otra evaluación considera que China reúne todas las características de una potencia capitalista, pero con un contorno imperial rezagado y no hegemónico. Describe el espectacular crecimiento de su economía, señalando los límites que enfrenta para alcanzar una posición ganadora en el mercado mundial. Detalla, además, las restricciones que afronta en el terreno tecnológico frente a los competidores occidentales.

De esa ambigua situación deduce la vigencia de un "estado capitalista dependiente con rasgos imperialistas". La nueva potencia combinaría las restricciones de su autonomía (dependencia), con ambiciosos proyectos de expansión externa (imperialismo) (Chingo, 2021).

Pero el correcto registro de un lugar intermedio incluye en este caso un desacierto conceptual. Dependencia e imperialismo son dos nociones antagónicas que no pueden integrarse en una fórmula común. No están referidas -como centro-periferia- a dinámicas económicas de transferencia de valor o a jerarquías en la división internacional del trabajo. Por esa razón excluyen el tipo de mixturas que incorpora la semiperiferia.

La dependencia supone la vigencia de un Estado sometido a órdenes, exigencias o condicionamientos externos y el imperialismo implica todo lo contrario: supremacía internacional y alto grado de intervencionismo externo. No deberían entremezclarse en una misma fórmula. En China convive la ausencia de subordinación a otra potencia, con una gran cautela en la injerencia sobre otros países. No se verifica la dependencia, ni el imperialismo.

La caracterización de China como una potencia que completó su maduración capitalista -sin poder saltar al escalón siguiente de desarrollo imperial- supone que el primer curso no brinda soportes suficientes, para consumar avances hacia la dominación mundial. Pero ese razonamiento presenta como dos estadios de un mismo proceso, a un conjunto de acciones económicas y geopolítico-militares de distinto signo. Esa importante diferenciación es omitida.

Una mirada semejante de China como un modelo capitalista concluido -que navega en el escalón inferior del imperialismo- es expuesta por otro

autor con dos conceptos auxiliares: capitalismo burocrático y dinámica subimperial (Au Loong Yu, 2018).

El primer término indica la fusión de la clase dominante con la elite gobernante y el segundo retrata una política acotada de expansión internacional. Pero como también se supone que el país actúa como una superpotencia (en competencia y colaboración con gigante estadounidense), el pasaje a la plenitud imperial es tan sólo observado como una cuestión de tiempo.

Esa evaluación subraya que China ha completado su transformación capitalista, sin explicar a qué obedecen las demoras en su conversión imperial. Todas las limitaciones que se exponen en este segundo terreno, podrían ser también señaladas en el primer campo.

Para evitar esos dilemas es más sencillo constatar que las continuadas insuficiencias de la restauración capitalista, explican las restricciones en la impronta imperial. Como la clase dominante no maneja los resortes del estado, debe aceptar la estrategia internacional cauta que propicia el Partido Comunista.

A diferencia de Estados Unidos, Inglaterra o Francia, los grandes capitalistas de China, no están acostumbrados a exigir la intervención político-militar de su estado, frente a la adversidad de un negocio. No tienen ninguna tradición de invasiones o golpes de estado, en países que nacionalizan empresas o suspenden el pago de la deuda. Nadie sabe con qué velocidad el estado chino adoptará (o no) esos hábitos imperialistas y no es correcto dar por consumada esa tendencia.

¿DEPREDADORES Y COLONIZADORES?

La presentación de China como una potencia imperial es frecuentemente ejemplificada con descripciones de su impactante presencia en América Latina. En algunos casos se postula que actúa en el Nuevo Mundo, con la misma lógica depredadora que implementó Gran Bretaña en el siglo XIX (Ramírez, 2020). En otras visiones se emiten alertas contra las bases militares que estaría construyendo en Argentina y Venezuela (Bustos, 2020).

Pero ninguna de estas caracterizaciones establece una comparación sólida con la apabullante injerencia de las embajadas estadounidenses. Ese tipo de intervención ilustra lo que significa un comportamiento imperial en la región. China se encuentra a una distancia kilométrica de esa intromisión. No es lo mismo lucrar con la venta de manufacturas y la compra de materias primas que enviar *marines*, entrenar gendarmes y financiar golpes de estado.

Más sensata (y discutible) es la presentación del gigante oriental como un "nuevo colonizador" de América Latina. En este caso se estima que el ascendente hegemón tiende a concertar con sus socios de la zona un *Consenso de Commodities*, semejante al forjado previamente por Estados Unidos. Ese entramado con Beijing complementaría el anudado por Washington y afianzaría la inserción internacional de la región como proveedora de insumos y adquiriente de productos elaborados (Svampa, 2013).

Este enfoque retrata acertadamente cómo la relación actual de América Latina con China profundiza la primarización de la región o su especialización en los renglones básicos de la actividad industrial. Beijing se perfila como el primer socio comercial del continente y usufructúa con los beneficios de ese nuevo lugar.

En cambio, América Latina ha quedado seriamente afectada por transferencias de valor a favor de la poderosa economía asiática. No ocupa el lugar privilegiado que China le asigna a África, ni es un área de relocalización fabril como el Sudeste Asiático. El Nuevo Continente es cortejado por la dimensión de sus recursos naturales. El esquema actual de aprovisionamiento petrolero, minero y agrícola es muy favorable a Beijing.

Pero este aprovechamiento económico no es sinónimo de dominación imperial o incursión colonial. Este último concepto se aplica por ejemplo a Israel, que ocupa territorios ajenos, desplaza la población local y se apodera de las riquezas palestinas.

La emigración china no cumple un papel semejante. Está dispersa en todos los rincones del planeta, con una significativa especialización en el comercio minorista. Su desenvolvimiento no está teledirigido por Beijing, ni obedece a proyectos subyacentes de conquista global. Un segmento de la población china simplemente emigra, en estricta correspondencia con los desplazamientos contemporáneos de la fuerza de trabajo.

China ha consolidado un comercio desigual con América Latina, pero sin consumar la geopolítica imperial que continúa representada por la presencia de los *marines*, la DEA, el Plan Colombia y la IV Flota. La misma función cumple el *lawfare* o los golpes de estado.

Quiénes desconocen esta diferencia suelen denunciar por igual a China y Estados Unidos como potencias agresoras. Sitúan a los dos contendientes en un mismo plano y remarcan su prescindencia en ese conflicto.

Pero ese neutralismo omite quién es el principal responsable de las tensiones que sacuden al planeta. Ignora que Estados Unidos envía buques de guerra a la costa de su rival y sube el tono de las acusaciones para generar un clima de crecientes conflictos.

Las consecuencias de ese posicionamiento son especialmente graves para América Latina, que arrastra un tormentoso historial de intervenciones estadounidenses. Al equiparar esa trayectoria con un comportamiento equivalente de China en el futuro, se confunden realidades con eventualidades. Se desconoce, además, el rol de potencial contrapeso a la dominación estadounidense que podría desenvolver la potencia asiática, en una dinámica de emancipación latinoamericana.

Por otra parte, los discursos que colocan a China y a Estados Unidos en un mismo plano son permeables a la ideología anticomunista de la derecha. Esas diatribas reflejan la combinación de temor e incomprensión, que predomina en todos los análisis convencionales del gigante oriental.

Los voceros latinoamericanos de ese relato suelen incluir andanadas simultáneas contra el "totalitarismo" chino y el "populismo" regional. Con el viejo lenguaje de la guerra fría advierten la peligrosa función de Cuba o Venezuela, como peones de una próxima captura asiática de todo el hemisferio. La chinofobia incentiva disparates de toda índole.

ALEJADA DEL SUR GLOBAL

Los enfoques que acertadamente rechazan la tipificación de China como una potencia imperialista incluyen muchos matices y diferencias. Un amplio espectro de analistas -que correctamente objeta la clasificación del coloso oriental en el bando de los dominadores- suele deducir de ese registro la ubicación del país en el Sur Global.

Esa mirada confunde la geopolítica defensiva en el conflicto con Estados Unidos, con la pertenencia al segmento de naciones económicamente atrasadas y políticamente sometidas. China prescindió hasta ahora de las acciones que despliegan las potencias imperialistas, pero ese comportamiento no la ubica en la periferia, ni en el universo de las naciones dependientes.

El gigante asiático se ha diferenciado incluso del nuevo grupo de "emergentes" para actuar como un nuevo centro de la economía global. Basta con notar que exportaba menos del 1 % de las manufacturas totales en 1990 y en la actualidad genera 24,4 % del valor agregado industrial (Mercatante, 2020). China absorbe plusvalía a través de firmas localizadas en el exterior y lucra con el abastecimiento de materias primas.

En este marco consumó su ascenso al podio de las economías avanzadas. Quiénes continúan identificando al país con el conglomerado del Tercer Mundo desconocen esa monumental transformación.

Algunos autores mantienen la vieja imagen de China como un ámbito de inversión de empresas multinacionales, que explotan la numerosa fuerza de trabajo oriental para transferir luego sus ganancias a Estados Unidos o Europa (King, 2014).

Ese drenaje efectivamente estuvo presente en el despegue de la nueva potencia y persiste en ciertos segmentos de la actividad productiva. Pero China logró su impresionante crecimiento en las últimas décadas reteniendo el grueso de ese excedente.

En la actualidad, la masa de fondos capturados a través del comercio y las inversiones externas es muy superior a los flujos inversos. Basta observar el monto del superávit comercial o las acreencias financieras para mensurar ese resultado. China ha dejado atrás los principales rasgos de una economía subdesarrollada.

Los estudiosos que postulan la continuidad de esa condición tienden a relativizar el desarrollo de las últimas décadas. Suelen destacar rasgos de atraso que han pasado a segundo plano. Los desequilibrios que afronta China provienen de sobre inversiones y procesos de superproducción o sobreacumulación. Debe lidiar con las contradicciones propias de una economía desarrollada.

El gigante oriental no padece los típicos ahogos que agobian a los países dependientes. Está exenta del desbalance comercial, la carencia tecnológica, la escasez de inversiones o la asfixia del poder adquisitivo. Ningún dato de la realidad china sugiere que su impactante poderío económico constituya una mera ficción estadística.

La nueva potencia ha escalado en la estructura económica mundial. No es correcto situarla en un lugar semejante a las viejas periferias agrícolas, subordinadas a las industrias metropolitanas (King, 2014). Esa inserción corresponde en la actualidad al enorme ramillete de naciones africanas, latinoamericanas o asiáticas, que proveen los insumos básicos a la maquinaria fabril de Beijing.

China es periódicamente clasificada junto a Estados Unidos en el podio de un G 2, que define la agenda establecida por el G 7 de las grandes potencias. Esa evaluación es incompatible con la ubicación del país en el Sur Global. No podría desenvolver desde ese retraído ámbito, la batalla contra su rival norteamericano por el liderazgo de la revolución digital. Tampoco podría haber jugado el rol protagónico que exhibió durante la pandemia.

Al cabo de un acelerado desarrollo China ha quedado colocada en un sitio de economía acreedora, en potencial conflicto con sus clientes del Sur. Los indicios de esas tensiones son numerosos. El temor a la titularidad china de los activos que garantizan sus préstamos ha generado resistencias

(o cancelaciones de proyectos) en Vietnam, Malasia, Myanmar o Tanzania (Hart-Landsbergs, 2018).

La controversia sobre el puerto de Hambantota en Sri Lanka ilustra ese típico dilema de un gran acreedor. El impago de una elevada deuda derivó en el 2017 en un arrendamiento por 99 años de esas instalaciones. A partir de esa experiencia, Malasia revisó sus convenios y cuestionó los acuerdos que localizan las mejores actividades laborales en territorio chino. Vietnam elevó una objeción semejante frente a la creación de una zona económica especial y las inversiones que involucran a Pakistán reavivan disputas de toda índole.

China comienza a lidiar con un status contrapuesto a cualquier pertenencia al Sur Global. A fines del 2018 se temió el eventual control chino del puerto de Mombasa, si Kenia incurría en suspensión de pagos de un pasivo (Alonso, 2019). El mismo temor comienza a emerger en otros países que arrastran elevados montos de compromisos de dudosa cobrabilidad (Yemen, Siria, Sierra Leona, Zimbabue) (Bradsher; Krauss, 2015).

MIRADAS INDULGENTES

Otra corriente de autores que registra el inédito papel actual de China elogia la convergencia con otros países y la virtuosa transición hacia un bloque multipolar. Expone estos escenarios con simples descripciones de los desafíos que enfrenta el país para sostener su rumbo ascendente.

Pero esos venturosos retratos omiten que el afianzamiento del capitalismo acentúa en China todos los desequilibrios ya generados por las mercancías excedentes y los capitales sobrantes. Esas tensiones acentúan, a su vez, la desigualdad y el deterioro del medio ambiente. El desconocimiento de estas contradicciones, impide notar cómo la estrategia internacional defensiva de China es socavada por la presión competitiva que impone el capitalismo.

La presentación del país como "un imperio sin imperialismo" -que opera centrado en sí mismo- es un ejemplo de esas miradas condescendientes. Postula que la nueva potencia oriental desenvuelve un comportamiento internacional respetuoso, para no humillar a sus adversarios occidentales (Guigue, 2018). Pero olvida que esa convivencia no sólo es quebrantada por el acoso de Washington a Beijing. La vigencia en China de una economía crecientemente sometida a los principios del lucro y la explotación amplía ese conflicto.

Es cierto que el alcance actual del capitalismo está acotado por la presencia reguladora del estado y por las restricciones oficiales a la financiarización

y el neoliberalismo. Pero el país ya padece los desajustes que impone un sistema de rivalidad y despojo.

La creencia que en el universo oriental rige una "economía de mercado" - cualitativamente diferenciada del capitalismo y ajena a las perturbaciones de ese régimen- es el perdurable equívoco que sembró un gran teórico del sistema mundial (Arrighi, 2007: cap 2). Esa interpretación omite que China no podrá sustraerse de las consecuencias del capitalismo si afianza la inconclusa restauración de ese sistema.

Otras visiones candorosas del desenvolvimiento actual suelen ponderar la política externa china de "mundialización inclusiva". Destacan la tónica pacífica que caracteriza a una expansión basada en los negocios y asentada en principios de beneficios compartidos por todos los participantes. Esas presentaciones realzan también la "alianza intercivilizacional" que genera el nuevo enlace global de naciones y culturas.

¿Pero resulta posible forjar una "mundialización inclusiva" bajo el capitalismo? ¿Cómo podría plasmarse el principio de ganancias mutuas, en un sistema regido por la competencia y el lucro?

En los hechos, la globalización ha implicado dramáticas brechas entre ganadores y perdedores, con la consiguiente ampliación de la desigualdad. China no puede ofrecer remedios mágicos a esa adversidad. Al contrario, potencia sus consecuencias al ampliar su participación en procesos económicos regidos por la explotación y el beneficio.

Hasta ahora logró limitar los tormentosos efectos de esa dinámica, pero las clases dominantes y las elites neoliberales del país están empeñadas en romper todas las amarras. Presionan para embarcar a Beijing en las crecientes asimetrías que impone el capitalismo global. Cerrar los ojos ante esta tendencia implica un auto ocultamiento de la realidad.

El propio gobierno chino alaba la globalización capitalista, exalta las cumbres de Davos y enaltece las virtudes del libre-comercio con vacuos elogios al universalismo. Algunas versiones intentan conciliar esa reivindicación con los principios básicos de la doctrina socialista. Afirman que la Ruta de la Seda sintetiza las modalidades contemporáneas de expansión económica, que a mitad del siglo XIX ponderaba el *Manifiesto Comunista*.

Pero los críticos de esta insólita interpretación han recordado que Marx nunca aplaudió ese desenvolvimiento (Lin Chun, 2019). Por el contrario, denunció sus terribles consecuencias para las mayorías populares de todo el planeta. Con alquimias teóricas no se puede armonizar lo inconciliable.

CONTROVERSIAS SOBRE LA COOPERACIÓN

Otra visión complaciente del curso actual subraya el componente de cooperación de la política externa china. Señala que ese país no es responsable de las desventuras padecidas por sus clientes de la periferia y destaca el carácter genuino de la inversión motorizada por Beijing. También recuerda que la pujanza exportadora se asienta en incrementos de la productividad, que por sí mismos no afectan a las economías relegadas (Lo Dic, 2016).

Pero esa idealización de los negocios omite el efecto objetivo del intercambio desigual, que signa todas las transacciones consumadas bajo la égida del capitalismo mundial. China captura excedentes de las economías subdesarrolladas por la propia dinámica de esas transacciones. Obtiene grandes lucros porque su productividad es superior a la media de esos clientes. Lo que se presenta en un tono ingenuo como un mérito peculiar de la potencia asiática, es el principio de generalizada desigualdad que impera bajo el capitalismo.

Al afirmar que "China no primariza" a sus socios de América Latina o África, se postula la exclusiva responsabilidad del sistema mundial en esa desventura. Se omite que la participación protagónica de la nueva potencia es un dato central del comercio internacional.

Sugerir que China "no tiene la culpa" de los efectos generales del capitalismo equivale a encubrir los beneficios que obtienen las clases dominantes de ese país. Esos sectores lucran con el ponderando aumento de la productividad (mediante mecanismos de explotación de los asalariados) y materializan esas ganancias en el intercambio con las economías retrasadas.

Cuando se elogia una expansión china "más asentada en la productividad que en la explotación" (Lo, Dic, 2018) se omite que ambos componentes retroalimentan el mismo proceso de apropiación del trabajo ajeno.

La contraposición entre la alabada productividad y la objetada explotación es propia de la teoría económica neoclásica. Esa concepción imagina la confluencia en el mercado de distintos "factores de producción", omitiendo que todos esos componentes se asientan en la misma extracción de plusvalía. Esa expropiación es la única fuente real de todos los lucros.

La mera reivindicación del perfil productivo de China suele destacar también el contrapeso que ha introducido a la primacía internacional de la financiarización y del neoliberalismo (Lo Dic, 2018). Pero los límites interpuestos al primer proceso (corrientes internacionales de especulación), no diluyen el sostén brindado al segundo (atropellos de los capitalistas a los trabajadores).

La reintroducción del capitalismo en China ha sido el gran incentivo a la relocalización de las empresas y al consiguiente abaratamiento de la fuerza

de trabajo. Ese viraje contribuyó a recomponer la tasa de ganancia en las últimas décadas. Para que el gigante asiático pudiera cumplir un rol efectivo de cooperación internacional debería adoptar estrategias internas y externas de reversión del capitalismo.

DISYUNTIVAS Y ESCENARIOS

China dejó atrás su antigua condición de territorio despedazado por las incursiones extranjeras. Ya no atraviesa por la dramática situación que afrontó en las últimas centurias. Confronta con el agresor norteamericano desde una condición muy alejada del desamparo imperante en la periferia. Los estrategas del Pentágono saben que no pueden tratar a su rival como a Panamá, Irak o Libia.

Pero ese afianzamiento de la soberanía ha empalmado con el abandono de las tradiciones antiimperialistas. El régimen posmaoísta se alejó de la política internacional radicalizada que auspiciaba la Conferencia de Bandung y el Movimiento de los No Alineados. También sepultó cualquier gesto de solidaridad con las luchas populares en el mundo.

Ese viraje constituye la otra cara de su cautela geopolítica internacional. China evita conflictos con Estados Unidos, sin interferir en los atropellos que consuma Washington. La elite gobernante ha enterrado todos los resabios de simpatía con las resistencias al principal opresor del planeta.

Pero ese giro afronta los mismos límites que la restauración y el salto hacia un status internacional dominante. Está sujeto a la irresuelta disputa por el devenir interno del país. El rumbo capitalista que propician los neoliberales tiene consecuencias proimperialistas tan contundentes, como el curso antiimperialista que promueve la izquierda. El conflicto con Estados Unidos incidirá directamente en esas definiciones.

¿Cuáles son los escenarios que se avizoran en la pugna con el competidor norteamericano? La hipótesis de una distensión (y consiguiente reintegración de ambas potencias) ha quedado diluida. Los indicios de perdurable puja son abrumadores y desmienten los diagnósticos de asimilación de China al orden neoliberal como socio de Estados Unidos que postularon algunos autores (Hung, Ho-fung, 2015).

El contexto actual también disipa la expectativa en la gestación de una clase capitalista transnacional con integrantes chinos y estadounidenses. La elección asiática de un rumbo diferenciado del neoliberalismo no es la única razón de ese divorcio (Robinson, 2017). La asociación de "chinamerica" -previa a la crisis del 2008- tampoco incluía amalgamas entre clases dominantes o esbozos de surgimiento de un estado compartido.

En el corto plazo se verifica el contundente ascenso de China frente a un evidente retroceso de Estados Unidos. El gigante oriental está ganando la disputa en todos los terrenos y su reciente gestión de la pandemia confirmó ese resultado. Beijing logró controlar rápidamente el alcance de la infección, mientras Washington afrontó un desborde que ubicó al país en el tope de los fallecidos.

La potencia asiática también sobresalió por sus auxilios sanitarios internacionales, frente a un rival que exhibió un espeluznante egoísmo. La economía asiática ya retomó su elevada tasa de crecimiento, mientras que su contraparte americana está lidiando con un dudoso rebote del nivel de actividad. La derrota electoral de Trump coronó el fracaso de todos los operativos estadounidenses para doblegar a China.

Pero el escenario de mediano plazo es más incierto y los recursos militares, tecnológicos y financieros que conserva el imperialismo norteamericano, impiden anticipar quién saldrá airoso de la confrontación.

En términos generales se podrían concebir tres escenarios disímiles. Si Estados Unidos gana la pulseada podría comenzar a reconstituir su liderazgo imperial, subordinando a los socios asiáticos y europeos. Si por el contrario China logra triunfar con una estratega capitalista de libre-comercio, afianzaría su transformación en potencia imperial.

Pero una victoria del gigante oriental lograda en un contexto de rebeliones populares, modificaría por completo el escenario internacional. Ese triunfo podría inducir a China a retomar su posicionamiento antiimperialista en un proceso de renovación socialista. El perfil del imperialismo del siglo XXI se dirime en torno a esas tres posibilidades.

26-4-2021

CAPITULO 7

¿DESACOPLE O RUTA DE LA SEDA?

HTTPS://JACOBIN.COM/2022/01/CHINA-US-RELATIONS-COVID-DOLLAR-SANCTIONS-BIDEN

Mientras la pandemia rebrota en Occidente, China exhibe un mayor control de la infección. Ya nadie recuerda el escenario inicial de la enfermedad en Oriente, que Europa y Estados Unidos observaban como un acontecimiento ajeno. La secuencia de contagios y fallecimientos ha sido más dramática en la migración del virus, que en su primera localización.

China mostró un camino de contención del Covid, que combinó el cierre de localidades, con restricciones a la circulación y distanciamientos sociales. Los gobiernos occidentales que esperaban el debilitamiento de su rival quedaron decepcionados. La pandemia golpea con más fuerza a sus propios países.

Todas las tonterías que difunde Trump sobre un virus fabricado adrede, para afectar a los Estados Unidos con complicidad directa de la OMS, no logran ensombrecer la efectividad exhibida por China. La imagen internacional de ese país quedó afianzada, con los respiradores y equipamientos

médicos enviados a varios continentes. Esa "diplomacia del barbijo" sintoniza con la propuesta difundida por Beijing, para transformar la vacuna en un bien público mundial.

Pero también es cierto que la pandemia comenzó en China por el creciente protagonismo de ese país, en los desequilibrios generados por la globalización. El Covid irrumpió en todo el planeta por tres efectos de ese proceso: el agravamiento del hacinamiento urbano, el descontrol de las cadenas globales de valor y el desmanejo en la industrialización de los alimentos. La penetración del capitalismo en China agravó esos impactos.

El gigante asiático ha iniciado ya una recuperación económica que contrasta con la continuada recesión en las economías desarrolladas. Pero las tasas de crecimiento en Oriente son muy inferiores al promedio habitual. Por primera vez en décadas, el gobierno no anunció una meta productiva y las perspectivas de exportación son tan sombrías como el nivel de desempleo (Roberts, 2020a).

Este escenario obliga a revisar la estrategia económica. Los mismos dilemas que afloraron con la crisis del 2008 vuelven a primer plano e inducen a definir si la prioridad será el desarrollo interno o la expansión global.

LOS LÍMITES DEL DESCOPLE

China logró en las últimas décadas un excepcional desarrollo y saltó de un status subdesarrollado, al nivel actual de potencia que disputa el liderazgo internacional. Ese arrollador desenvolvimiento no tiene precedentes contemporáneos. En un tiempo récord, el país se convirtió en el principal taller del planeta y consiguió una expansión productiva que rememora el despegue de Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Japón o la Unión Soviética.

La continuidad de ese desenvolvimiento quedó severamente afectada por la crisis del 2008. El circuito de exportaciones a Estados Unidos alcanzó un techo infranqueable. Al cabo de varias décadas de estrecha asociación el enlace de "chinamérica" se agotó. No pudo sobrellevar el desbalance generado por el superávit comercial y las monumentales acreencias acumuladas por Beijing. La gran recesión del 2009-2010 introdujo un freno a la adquisición norteamericana de excedentes chinos y al consiguiente engrosamiento de las reservas asiáticas con Bonos del Tesoro.

Inicialmente los dos socios intentaron mantener el mismo modelo, junto a cierto desacople chino del mercado mundial. Beijing retomó su frenético ritmo de expansión con grandes inversiones en el mercado interno y una paulatina reducción de las acreencias externas.

Pero ese viraje hacia actividad económica local no logró reproducir la altísima rentabilidad del esquema exportador. El consumo interno mantuvo encendida la producción, pero sin generar el nivel de beneficios conseguido en el mercado mundial. Aunque el temido aterrizaje de la economía asiática no se produjo el desacople quedó a mitad de camino.

Luego del 2008 China retomó su crecimiento, pero sin repetir los récords precedentes. Duplicó el promedio de la expansión mundial y consiguió superar a Japón como segunda economía del planeta (Clegg, 2018). Pero el consumo interno de los sectores de alta y media renta no fue suficiente para sostener el mismo ritmo de actividad.

Por esa razón el gigantesco plan estatal de obras públicas sólo funcionó en forma acotada (Nadal, 2019). La tasa de inversión aumentó hasta un pico del 48% (2011), pero el ritmo de producción decayó del 10,6% (2010) al 6,7%-6.9% (2016-2017) (Hart-Landsbergs, 2018). La tasa de ahorro forjada al calor del modelo exportador limitó el esquema opuesto de primacía del consumo interno.

La sobreinversión se ha transformado en la principal contradicción de la economía china. Genera excedentes que no encuentran canales de digestión productiva y estimula periódicas burbujas inmobiliarias. El último boom de la construcción desató una indescriptible fiebre de urbanización. Entre 2011 y 2013 China batió todos los récords mundiales de uso del cemento para construir ciudades que no pudieron ocuparse.

El correlato financiero de esa sobrecapacidad productiva es un enorme volumen de créditos que satura al sistema bancario. El propio estado ha volcado al mercado montos siderales de yuanes que incentivaron las burbujas. La corriente de préstamos locales -nominada en moneda nacional y divorciada del respaldo exportador- acrecentó en forma explosiva el endeudamiento interno (Brenner, 2019).

Sólo el gran control que ejerce el estado sobre ese circuito, impidió las terroríficas fugas de capital que padecen los países periféricos. Pero esa supervisión potenció a su vez el circulo vicioso del sobre ahorro sin desagote. El gobierno tanteó sin resultados satisfactorios otros rumbos, con el manejo de la tasa de interés y el tipo de cambio, para neutralizar los efectos inflacionarios o recesivos de ese excedente de liquidez.

Varias mediciones confirman el declive del nivel de beneficios en los últimos años (Roberts, 2016: 212-214, Hart-Landsbergs, 2018). Como el intento de reducir la gravitación del modelo exportador potenciando su contraparte interna no prosperó en términos de rentabilidad, el gobierno chino ha emprendido una nueva incursión externa.

LA RUTA DE LA SEDA

El ascenso de Xi Jinping al comando del régimen político consagró ese retorno al mercado mundial. China ya no intenta aprovechar la baratura de sus salarios para elaborar manufacturas básicas. Ahora ensaya una inserción en sectores de punta del mercado global para hacer valer su nuevo perfil de economía central. La Ruta de la Seda sintetiza ese objetivo y es concebida como un canal de descarga de los excedentes que no absorbe el mercado interno. Serviría también para desmontar las burbujas financiero-inmobiliarias de los últimos años.

La gestión económica de Xi apuntala esos objetivos. Contuvo el endeudamiento y desinfló los precios de las acciones e inmuebles, mientras comenzó a construir la nueva red de comercio internacional. Ese entramado geográfico es visto como un antídoto a la sobrecapacidad en la producción y como un compensador de la sobreacumulación en las finanzas.

El proyecto de la Ruta de la Seda supera todo lo imaginado. Cubriría al 65% de la población mundial, mediante conexiones con un centenar de países de los cinco continentes. Involucraría un tercio del PBI global y movilizaría una cuarta parte de los bienes planetarios, a través inversiones superiores a las desplegadas en la reconstrucción europea de posguerra (Foncillas, 2019a).

Su construcción conectará todos los espacios requeridos para asegurar la colocación de las exportaciones asiáticas. La vía terrestre comunicará a China con Europa por medio de Asia continental y la vía marítima recorrerá el Sudeste Asiático hasta llegar a África y el Magreb.

Los trenes desde Beijing a Venecia y Rotterdam atravesarán todos los países de Europa Oriental y serán alimentados por varios pasos estratégicos de Asia central. Con ese circuito se busca garantizar la colocación de excedentes, el aprovisionamiento de materias primas, reduciendo drásticamente el costo del transporte. Nunca se concibió un proyecto comercial de esta envergadura (Rousset, 2018).

El plan fue anunciado en el 2015 y reformulado con sucesivas ampliaciones. Es retratado como un "*New Deal* a escala global" por la centralidad de la inversión en infraestructura, oleoductos, carreteras y aeropuertos (Dierckxsens; Formento; Piqueras, 2018). Su dimensión es proporcional a la envergadura de los sobrantes chinos.

La sobreproducción obliga a retomar la búsqueda de mercados externos, en un marco de globalización, que aumenta la escala de los proyectos requeridos para conservar a los clientes. El principal desequilibrio de la economía capitalista condiciona todos los pasos que sigue Beijing.

LA NUEVA TENSIÓN CON ESTADOS UNIDOS

La Ruta de la Seda intensifica el conflicto con Washington y obstruye la amigable respuesta que intentó Beijing a la creciente agresividad norteamericana. Estados Unidos es plenamente consciente de la amenaza que representa China para su menguada dominación mundial. Por eso comenzó una campaña a varias puntas para frenar a su competidor, en el insalvable techo a la convivencia que genera la sobreproducción global.

Bajo la gestión de Obama esa confrontación se desenvolvió en el marco de la globalización. Las dos potencias disputaron socios para sus respectivos tratados de libre comercio. El capítulo asiático de la Ruta de la Seda fue inicialmente concebido como una respuesta al convenio transpacífico (TPP) que promovía Estados Unidos.

Trump modificó drásticamente los términos de la disputa con su ultimátum de exigencias. Intentó imponerle a China una drástica reducción del déficit comercial, mediante reclamos de mayores compras y menores ventas. También buscó recuperar la decaída supremacía de su país, sustituyendo los tratados de libre comercio por negociaciones bilaterales explícitamente destinadas a privilegiar a las firmas yanquis. Pretendió incluso disciplinar a todos los socios de Occidente a su comando de la batalla contra China.

Pero al cabo de cuatro años de provocaciones no consiguió ninguno de esos objetivos. Los desbalances económicos con Beijing persisten y el establishment norteamericano evalúa nuevos caminos para confrontar con su desafiante. No está claro aún, si una eventual presidencia de Biden incluiría el retorno al modelo Obama de disputa con multilateralismo y libre comercio. Pero en cualquier caso el conflicto seguirá escalando (Katz, 2020).

China no podrá rehuir esas tensiones si continúa empeñada en la misma expansión externa. La Ruta de la Seda intensifica las discordias que Beijing intenta procesar con las reglas del libre comercio. Sus voceros son abanderados de ese estandarte y elogian las cumbres globalizadoras de Davos, con la misma pasión que realzan las "ventajas comparativas" como norma ordenadora del comercio. Estiman que su país ya alcanzó un patrón de competitividad suficiente para rivalizar con esos parámetros de mercado.

Esa estrategia desafía a Estados Unidos en el propio campo de la pureza capitalista. Involucra disputas por la atracción de socios de todos los continentes. La Ruta de la Seda es el nuevo marco de esa rivalidad y China ha montado grandes bancos para ofrecer suculentos créditos a los países que integren la red. Washington disuade a su vez con pocas zanahorias y muchas amenazas, a todos los interesados en sumarse al gran corredor que alimenta Beijing.

Las batallas inmediatas se localizan en el vecindario asiático. Estados Unidos refuerza las alianzas con los grandes protagonistas del tablero

oriental (Australia, Japón, Corea del Sur e India), para contrarrestar los tentadores negocios que ofrece China. Hasta ahora logró pocos resultados.

La misma pugna se extiende a Europa. Aunque los grandes jugadores de la región son reacios a convalidar el emprendimiento asiático. Francia, Alemania e Inglaterra no quieren perder su tajada en los grandes negocios que avizoran.

COMERCIO Y MONEDA

Trump ha privilegiado la confrontación comercial con China. Mantuvo una guerra de aranceles para penalizar las importaciones de su contrincante y facilitar las exportaciones yanquis. Utilizó un amplio repertorio de amenazas, rupturas, treguas y acuerdos, que desembocaron en nuevas rondas de beligerancia. Estados Unidos aligeró un poco su déficit de intercambios sin modificar el desbalance estructural. Y Beijing aceptó varias demandas menores, sin convalidar ninguna exigencia significativa de su rival (Ríos, 2019).

Como esa batahola arancelaria terminó sin ningún resultado, es probable un próximo desplazamiento del conflicto hacia otros campos. La mera disputa en el terreno comercial conduciría a recrear bloques proteccionistas del pasado, que afectarían el propio entramado global de muchas empresas estadounidenses.

Esa contradicción es muy conocida en la cúspide del poder norteamericano, que percibe los potenciales inconvenientes de cortar los suministros chinos a la producción yanqui. Esa provisión genera enormes beneficios a las firmas mundializadas de la primera potencia.

En la propia pandemia se ha confirmado hasta qué punto resulta provechosa la corriente asiática de insumos intermedios, para el sector sanitario o farmacéutico. La importante retracción de la mundialización comercial registrada en los últimos años, no ha revertido la internacionalización productiva, ni zanjado el gran dilema que afronta el futuro de la globalización.

Los estrategas de ambas potencias saben, además, que cualquier resultado de la confrontación comercial será efímero, si el ganador no logra un triunfo equivalente en el terreno monetario. La efectividad de la Ruta de la Seda depende de la gestación de un signo monetario chino transable a escala internacional. A su vez, la obstrucción estadounidense de ese proyecto exige la permanencia del dólar como la principal moneda mundial. En el mediano plazo esa disputa es definitoria.

Hasta ahora el asombroso ascenso de China a escala productiva y comercial no tiene correlato en las divisas. El dólar reina en el 88 % de las

operaciones concertadas en el planeta frente a un 4% de transacciones con la moneda china (Norfield, 2020).

Ese abismo no guarda ninguna relación con el peso real de ambas economías. Sólo ilustra la continuada preeminencia del poder geopolítico-militar de Estados Unidos y la centralidad financiera que conservan Wall Street, la FED y los bancos estadounidenses. El señoreaje del dólar le permite a Washington desconocer los límites a la emisión que imperan en el resto del mundo.

China ha buscado erosionar esa preeminencia, tanteando distintos caminos para internacionalizar el yuan, como moneda mundial o como sostén de una variada canasta de divisas. Ambos cursos exigen la estabilización de ese signo en un nivel que asegure su convertibilidad cambiaria. Esa consolidación requiere, a su vez, estrategias muy cautelosas en el uso de la devaluación para promover las exportaciones.

Beijing transita por ese camino utilizando sus gigantescas reservas en divisas y bonos del tesoro. Pero destronar al dólar no una tarea sencilla. Ni siquiera la supremacía productiva de China al tope de la economía mundial tendría ese correlato monetario inmediato (Roberts, 2020b). Por esa razón la nueva potencia construye otras alternativas en el universo de las criptomonedas (Petro-Yuan-Oro) o en actividades específicas (mercado petrolero a futuro nominado en yuanes).

Una divisa alternativa al dólar exige también la consolidación de grandes Mercados de Valores. Pero hasta ahora las Bolsas de Hong Kong, Shanghái o Shenzhen no disputan con su equivalente neoyorkino en montos de capitalización. Ese volumen indica la capacidad de las empresas cotizantes, para hacer valer su poder de fuego en capturas de firmas, adquisiciones o préstamos.

La Ruta de la Seda necesita ese soporte, que China está forjando a través del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (AIIB) y el Nuevo Banco de Desarrollo (NDB). Ambas entidades ya disponen de montos siderales para la gran batalla que se avecina en el terreno financiero.

LA CONFRONTACIÓN TECNOLÓGICA

El desenlace del choque comercial o monetario está muy condicionado por los resultados de la pugna tecnológica. Beijing ha puesto en marcha dos planes estratégicos para disputar primacía. Con el proyecto "China 2025" definió diez campos de innovación para reconvertir su economía. Intenta un salto de taller del planeta a proveedor de bienes complejos (Escobar, 2018).

Beijing pretende elevar sustancialmente la productividad de ciertas actividades (aviación, vehículos de nueva energía, biotecnología), para superar retrasos (industria de semiconductores) y alcanzar supremacía en los segmentos decisivos (robótica, inteligencia artificial, biomedicina, equipamiento aeroespacial). Con esos logros espera consumar el gran salto de exportador de manufacturas básicas a epicentro de actividades de punta.

Esa meta requiere conquistar el liderazgo del 5 G que definirá el próximo rumbo de la revolución digital. China se ha lanzado a fabricar y extender la costosa red de fibra óptica, que permitirá manejar el "Internet de las Cosas" diseñado para la nueva oleada de innovaciones.

Ningún otro país tiene tantas empresas y técnicos abocados al desarrollo de esa variedad de la inteligencia artificial. Ha logrado avanzar rápidamente en la construcción de una novedosa generación de telescopios, computadoras y satélites. También motoriza el comercio electrónico, que desenvolvió con mayor tardanza que sus rivales (Foncillas, 2019b).

China ha podido crear un grupo de firmas que ya compiten con los cinco gigantes de Estados Unidos (Amazon, Apple, Microsoft, Facebook, Google). Huawei disputa en la alta tecnología, Alibaba en las nubes de Internet, Xiamoi en la creación de software y Geely en la construcción de automóviles eléctricos. El área más crítica del país son los procesos y las memorias importadas, pero desde el 2011 al 2016 triplicaron la producción de esos circuitos integrados (Salama, 2018).

Para frenar este arrollador avance Estados Unidos ha focalizado la confrontación con China en la tecnología (Noyola Rodríguez, 2017). En ese campo se concentran las exigencias comerciales de Trump, que disparó incontables acusaciones de robo y piratería digital. Esas denuncias tienen el mismo asidero que sus divagaciones sobre el virus creado por rival para contaminar a Occidente con la pandemia.

El ocupante de la Casa Blanca centró su última andanada de aranceles en las importaciones conectadas a la actividad tecnológica. Pero no actúa sólo, ni expresa únicamente los intereses de los sectores americanistas, reacios a la contemporización que sugieren sus adversarios globalistas. La batalla tecnológica con Oriente es un estandarte de toda la clase dominante que comprende el carácter decisivo de esa puga.

El vertiginoso desarrollo chino amenaza seriamente la supremacía digital estadounidense y todas las elites de Washington concuerdan en abrir el fuego antes que sea tarde. Cuentan con más instrumentos ofensivos en el plano tecnológico que en la arena meramente comercial.

La embestida estadounidense comenzó con vetos a la participación china en las misiones espaciales y ha retomado las prohibiciones de la década pasada a la instalación de ordenadores IBM en Asia. Propicia perpetuar el

dominio de las firmas norteamericanas en el tráfico mundial de las redes, consolidando el monopolio digital que actualmente impera en las normas, formatos, lenguajes y códigos de ese entramado.

La batalla central se dirime en el comando de la tecnología 5G y el consiguiente control del ingente flujo de datos, requeridos para monitorear automóviles o casas inteligentes. Dos empresas chinas (Huawei y ZTE) y tres asociadas al padrinazgo estadounidense (Samsung, Nokia y Ericsson) disputan ese desarrollo. Trump ya recurrió a todas las tropelías imaginables, para sabotear los ofrecimientos de instalaciones a precios competitivos que propaga Huawei.

Su arremetida incluyó una provocación judicial para encarcelar a los directivos de esa compañía y varias exigencias de ruptura de los convenios internacionales suscritos con esa firma. Pero el magnate no obtuvo hasta ahora los resultados buscados. Algunos gobiernos aceptaron su ultimátum (Australia, Nueva Zelanda), otros vacilan (Canadá, Inglaterra) y varios han preferido continuar con el negocio propuesto por Beijing (Arabia Saudita) (Feás, 2019).

Estados Unidos focaliza su ofensiva en el insuficiente manejo chino de los semiconductores. Trump reaviva todos los fantasmas de la guerra fría para bloquear la adquisición oriental de esos chips. Apuesta a obstruir la asimilación de conocimientos que necesita su rival, para situarse en la primera línea de la frontera digital.

Beijing ya sufrió ese impedimento en varios sectores. Los proveedores alemanes y japoneses retuvieron, por ejemplo, el know how de los grandes emprendimientos de turbinas de viento y trenes de alta velocidad que instalaron en China. Estados Unidos intenta acrecentar esos bloqueos a la transferencia de tecnología, pero la batalla recién comienza y nadie conoce cuál será su desenlace.

INCIERTOS RESULTADOS

Dirimir quién ganará la confrontación económica sino-estadounidense es uno de los acertijos favoritos de la gran prensa. Hay previsiones favorables a ambos bandos y un riguroso seguimiento de quién toma la delantera en cada campo.

El número de empresas que ambos contrincantes tienen en el ranking de las 500 firmas top del planeta es un indicador muy observado para evaluar la batalla. El impresionante cambio registrado en esa tabla parecería alejar cualquier duda sobre el potencial triunfador

En el 2005 Estados Unidos contaba con 176 de las principales empresas y China sólo 16. En el 2014 el primer país bajó a 128 y el segundo subió a 95. Cuatro años después el gigante asiático saltó a 108 compañías y en la actualidad desplazó a su rival con 119 empresas frente a 99 de su seguidor.

Estas cifras confirman cuál es la economía ascendente, pero no esclarecen el poderío de cada bando. Con un 20 % menos de firmas, las compañías yanquis suman más ingresos y superan a sus adversarios en los principales parámetros de la "eficiencia" capitalista (Mercatante, 2020). Los montos de recepción de la inversión foránea directa (o de colocación inversa de sumas en el extranjero) corroboran esas diferencias.

El mismo panorama se verifica en la tecnología. China avanza a mayor velocidad, pero Estados Unidos preserva una significativa distancia en áreas claves. Invierte una porción relativamente mayor de su PIB en investigación y desarrollo, mantiene una participación estable en la generación de patentes y se apropia del grueso de las ganancias generadas por la innovación. Además, persiste como el mayor productor de servicios intensivos y concentra una elevada proporción en las actividades de punta (Roberts, 2018). En el ranking global de alta tecnología cuenta con 22 de las 50 principales empresas y aventaja al resto en los gastos de innovación.

Las firmas orientales exhiben, además, mayor dificultad para diseñar aplicaciones complejas o comandar sectores digitalizados (Salama, 2018). Por esa razón, las respuestas de China a las provocaciones de Trump han sido muy cautelosas. Su enemigo cuenta con muchos recursos y puede infligirle severos daños a su vertiginoso desarrollo.

Los previsores de un triunfo chino proyectan hacia los próximos años las ventajas de las últimas décadas. La nueva potencia ya cuenta con cuatro bancos de incidencia global y diez compañías en la crema de los mejores negocios. No sólo lidera las manufacturas de baja o mediana complejidad, sino que ha multiplicado por tres su producción de alta tecnología. También es cierto que salió airosa de la crisis del 2008 y forjó la red de alianzas internacionales (Cooperación de Shanghái, BRICS) que le permitió embarcarse en la Ruta de la Seda (Merino, 2020).

Pero conviene recordar que el discurso oficial de la Unión Soviética se basaba en una tesis muy semejante de irrefrenable ascenso, al compás de sucesivas victorias competitivas. Auguraba el incontenible éxito del "campo socialista" sobre su decadente enemigo. Esta mirada no sólo omitía los desequilibrios propios, sino que menospreciaba la capacidad de reacción del imperialismo dominante. Estados Unidos doblegó a la URSS y frenó las ambiciones económicas internacionales de sus dos grandes competidores (Japón y Alemania).

Este señalamiento no desmiente el escenario actual de nítido retroceso estadounidense frente a la vertiginosa expansión china. Esa disparidad es el

principal dato de las últimas décadas y expresa contundentes tendencias. Pero es un error extrapolar a futuro lo sucedido hasta ahora, omitiendo las significativas distancias que aún separan a la primera potencia de la segunda. Los propios publicistas del imperialismo estadounidense están interesados en presentar una falsa imagen de debilidad norteamericana. Suelen exagerar el poderío de sus enemigos, para acrecentar el miedo de la población occidental a imaginarias agresiones externas.

China ha crecido a un ritmo espectacular, pero no actúa como locomotora de la economía global. Cuenta con amplio margen para continuar su expansión interna superando las rémoras del subdesarrollo por senderos no capitalistas. Tiene pendiente un trecho de desenvolvimiento que ya agotaron las grandes potencias de Occidente. No necesita involucrarse en la carrera competitiva que impera en el capitalismo mundial.

EL TEST DEL NUEVO ESCENARIO

La Ruta de la Seda concentra las tensiones que se avecinan. El proyecto traspasó los primeros peldaños, pero afronta escollos financieros muy significativos. La nueva red de ferrocarriles aportaría gran velocidad al transporte, pero es menos rentable que las rutas marítimas y depende de los subsidios estatales. Los trenes actuales de alta velocidad funcionan sin ganancias y su expansión es altamente riesgosa. Ese desbalance en las gigantescas inversiones hizo flaquear en el pasado a grandes obras (como el canal de Panamá), antes de su conversión en pasos estratégicos.

Otro flanco crítico es la participación de los numerosos receptores nacionales de los créditos chinos. El reembolso de esas sumas debe justificarse con obras acordes a las necesidades de cada país. El interés chino por cada puerto, camino o estación ferroviaria no converge necesariamente con las prioridades de los socios asiáticos o europeos. Esos contratiempos pueden afectar el diseño final de la ruta.

Pero esos problemas son secundarios frente a la amenaza creada por el eventual estancamiento de la economía mundial. Un mega proyecto de comercio global sólo pude prosperar en un marco de creciente expansión productiva. Los temblores financieros ocasionales y las recesiones periódicas no inhabilitan el emprendimiento, pero un largo período de bajo crecimiento socavaría su efectividad.

El proyecto surgió en un escenario de incremento del comercio por encima de la producción. Ese rasgo del auge de la globalización se ha modificado en los últimos años. Los intercambios ya no superan el nivel de actividad. La Ruta de la Seda presupone que la pujanza comercial resurgirá y por razón es promovida con el optimista credo del libre-comercio.

Pero es una incógnita cómo sería reformulado el proyecto en un escenario de bajo crecimiento (Borella, 2019). La crisis inaugurada con la pandemia obliga reconsiderar el plan, frente a las aterradoras cifras del primer semestre del 2020. El derrumbe del PBI ha superado el desplome sufrido en coyunturas equivalentes de 1872, 1930 o 2008-2009 y la recuperación de los países asiáticos no se extiende aún a Europa o Estados Unidos (Ugarteche; Zabaleta, 2020). ¿Será viable la Ruta de la Seda en este contexto?

INCÓGNITAS POLITICAS INTERNAS

Los dilemas que afronta China no se zanjan sólo en el terreno de la economía o la geopolítica. Los desenlaces políticos internos son igualmente decisivos. En este campo prima en Occidente una gran ignorancia de la realidad asiática. Mientras que ninguna caracterización de Estados Unidos omite el decisivo impacto de la confrontación electoral entre Trump y Biden, el devenir de China es evaluado prescindiendo de los datos básicos de su vida local.

Esa ceguera no obedece sólo a la brecha idiomática o cultural. Los prejuicios liberales han generalizado el mito de la uniformidad, obediencia o ausencia de divergencias en la sociedad china. Simplemente se imagina que impera un vacío resultante de autoritarismo (Prashad, 2020).

Con esa sesgada mirada se cuestiona el sistema político chino desconociendo lo ocurrido en la contraparte. Suelen olvidar la inexistencia de democracia genuina en las plutocracias de Occidente. Esa ceguera ante la propia realidad impide percibir la variedad de tendencias y opiniones que se verifican en otros regímenes políticos.

En los hechos, los choques entre las distintas corrientes de la dirección china han sido determinantes del rumbo que sigue el país. Hay múltiples vertientes en disputa y una seria contraposición entre los sectores afines y reacios a la globalización. Ambos grupos han sido bautizados con distintas denominaciones, que resaltan su localización geográfica (la costa versus el interior) o postura frente a las privatizaciones (liberales versus antiliberales). También gravitan las posturas ante la extensión del principio de lucro (mercantilistas versus y reformadores) o frente a la prioridad asignada a la expansión externa y local (mundialistas versus mercado-internistas) (Petras, 2016).

Las tensiones entre ambos sectores han determinado cursos de mayor integración a la economía mundial o significativo repliegue interno. Entre los conocedores de estos choques existe una generalizada coincidencia en ubicar a Xi Jinping en un lugar de arbitraje. Ese mandatario asegura

los equilibrios necesarios para viabilizar el comando unificado que se verifica desde el 2012 (Rousset, 2016).

El presidente actual ha ejercido su autoridad introduciendo límites a las distintas posturas en choque. Contuvo el giro hacia las nuevas privatizaciones que promueven los neoliberales y frenó el replanteo de la expansión externa que propicia el ala opuesta. Xi Jinping consolidó también su liderazgo, mediante una campaña contra la corrupción del gran segmento de altos funcionarios enriquecidos con burbujas especulativas.

Desde su arribo al comando del país implementó esa fuerte depuración, para recomponer la deteriorada legitimidad política de las cúpulas nacionales y regionales del Partido Comunista. Acotó especialmente la gran red de coimas que floreció en los momentos de crecimiento exponencial y fiebre del lucro.

Xi Jinping ha intentado restaurar la credibilidad de la organización política dominante. Limitó la influencia del segmento que gestiona la inversión externa ("elite compradora") y de la elite de ahijados del viejo liderazgo comunista ("príncipes") (Mobo, 2019). También impidió la revisión del curso actual que auspiciaban sectores radicales, pero reintrodujo la lectura del marxismo y cierto reconocimiento del legado maoísta. Su reorganización ilustra hasta qué punto resulta indispensable evaluar el escenario político interno para caracterizar el rumbo que seguirá China.

LA PROTESTA SOCIAL

El descontento frente a la desigualdad es también determinante del rumbo transitado por el país. En China irrumpió la chocante novedad de la inequidad, junto al impactante aumento de los multimillonarios. Los enriquecidos se abastecen en negocios del lujo y se distinguen por sus clubs de yate.

La irrupción de ese sector de acaudalados no es sinónimo de simple polarización social. Su aparición ha convergido con la gran expansión de la clase media, el enorme aumento del consumo y la triplicación de los salarios formales. Pero la desigualdad salta a la vista observando las durísimas condiciones de vida que afrontan los trabajadores provenientes de agro, en los escalones laborales más bajo de las urbes.

Esas brechas generan protestas que los dirigentes registran con gran atención. China no es una excepción a ese condicionante de la vida política de cualquier nación. El impresionante peso social del proletariado obliga a considerar seriamente el estado de ánimo popular. Conviene recordar que la masa de asalariados del país reúne a una cuarta parte de la clase obrera mundial.

La reorganización de la vieja industria condujo desde los años 90 a una relocalización de millones de obreros en nuevas actividades y a una importante pérdida de conquistas sociales. El masivo ingreso de migrantes rurales debilitó ulteriormente en forma adicional a ese conglomerado (Hernández, 2016a).

Pero una nueva generación obrera ha erigido sus propios ámbitos de protesta, con demandas de salarios y mejoras de las condiciones de trabajo. Esos reclamos han encontrado eco en la sociedad y en la propia dirigencia. El éxito de ciertas huelgas ha determinado la respuesta cautelosa y la inclinación a la concesión que impera en la dirección política (Hernández, 2016b). Una protesta emblemática de julio del 2018 ilustró, además, cómo la exigencia de crear nuevos sindicatos renueva la alianza obrero-estudiantil y la prédica de la izquierda (Quian, 2019).

Las demandas populares constituyen un elemento central del sendero que seguirá el país. Pero China suscita interrogantes que desbordan ampliamente esas caracterizaciones. ¿Su modelo económico se asienta en principios liberales o antiliberales? ¿El sistema imperante es socialista o capitalista? El próximo capitulo responderá esas preguntas.

18-9-2020

CAPITULO 8

¿CAPITALISMO O SOCIALISMO?

La gigantesca expansión de China es el mayor ejemplo contemporáneo del desarrollo desigual y combinado. Una economía retrasada convenientemente enlazada con el mercado mundial escaló en el ranking global, dejando atrás su status subdesarrollado. Capturó tecnologías e inversiones de las potencias más avanzadas y utilizó la baratura de sus recursos, para motorizar un inédito crecimiento con rentabilidades superiores al promedio global.

Con ese asombroso despegue se ubicó en el podio de las economías centrales, luego de aunar transformaciones internas con ventajosas inserciones en la globalización. Copió innovaciones, lucró con los costos inferiores que imperan en los países relegados y consumó una expansión sin parangón. Otras economías asiáticas también crecieron, pero sin esa intensidad y con poblaciones o territorios incomparablemente menores.

El principio del desarrollo desigual y combinado operó en un nuevo contexto de globalización. Ningún precedente histórico de la expansión china

HTTPS://JACOBINLAT.COM/2022/10/22/CHINA-TIENE-UNA-POLITICA-ESPECIFICA-HACIA-UNA-NUEVA-CONFIGURACION-DEL-MUNDO/

actual -Estados Unidos, Japón, Alemania o la Unión Soviética- presentó una conexión tan peculiar con el capitalismo mundial.

China retomó el lugar preeminente que ya tuvo en su milenaria trayectoria. Pero los vínculos de ese remoto pasado con el renacimiento actual no son nítidos. El despunte de la nueva potencia asiática obedece a varias especificidades contemporáneas.

PILARES, ETAPAS Y SINGULARIDADES

La expansión china fue posible por la existencia de un pilar socialista previo, que permitió articular los modelos planificados y mercantiles en una sorprendente dinámica de crecimiento. Ese cimiento facilitó el salto productivo desde un piso muy bajo de subdesarrollo.

La conformación socialista inicial explica la acelerada industrialización de un país devastado por la guerra, que en 1949 tenía un PBI per cápita inferior a muchos países africanos. En tres décadas remontó ese atraso con espectaculares avances en materia sanitaria (erradicación de las epidemias y aumento de la esperanza de vida de 44 a 68 años entre 1950 y 1980). Lo mismo ocurrió en el plano educativo (reducción del analfabetismo del 80 % al 16% entre 1950 y 1980) o familiar (eliminación del patriarcado ancestral) (Guigue, 2018). Las grandes mejoras en la agricultura apuntalaron el despegue posterior.

La reversión del subdesarrollo con políticas económicas no capitalistas emparenta a China con la Unión Soviética y distingue su trayectoria del curso seguido por las grandes potencias de Occidente. Las estrategias socialistas demostraron una incuestionable efectividad, frente a un retraso extremo que tiene correlatos hasta la actualidad. La segunda potencia del mundo todavía ostenta la posición 90 en el índice de Desarrollo Humano (Ríos, 2017). Es el principal proveedor comercial y acreedor financiero de Estados Unidos, pero tiene un PIB per cápita inferior a la séptima parte de su competidor (Watkins, 2019).

El pilar socialista aportó un gran sostén a los dos períodos de desenvolvimiento posterior. Entre 1978 y 1992 predominó una etapa de generalización de las relaciones mercantiles, con estrictos límites a la privatización y a la acumulación privada de capital. El agro fue protagonista de un modelo centrado en el mercado interno. Los dirigentes chinos comprendieron con anticipación el suicidio que implicaba socializar la pobreza. Captaron que la renuncia abrupta y total al mercado conducía al dramático rumbo transitado por Camboya (Prashad, 2020). Por eso retomaron las políticas de introducción del mercado en la gestión planificada, que primero experimentaron Hungría y Yugoslavia.

A mitad de los 90 se optó por otro curso de signo pro capitalista. Se incentivó la privatización de las grandes empresas, la gestación de una clase burguesa y la integración a la globalización. Ese giro introdujo un cambio cualitativo en la economía, que comenzó a registrar los típicos desequilibrios del capitalismo (Lin Chun, 2009a).

El correlato social de esa segunda fase se verifica en los índices de inequidad. El coeficiente Gini retrata un aumento de la desigualdad superior al registrado en cualquier otra economía asiática (Roberts, 2017). Una nueva elite de millonarios ostenta su riqueza, exalta el lujo y estrecha vínculos con sus pares del exterior. Son los protagonistas de todos los escándalos de corrupción de los últimos años. Los grupos enriquecidos propagan la cultura de la mercantilización y del consumismo que asimila gran parte de la ascendente clase media. En el polo opuesto un enorme segmento de emigrantes rurales nutre la masa de trabajadores precarizados, que sostiene el crecimiento industrial.

El principal secreto de la altísima expansión china ha sido la retención local del excedente. Esa captura explica la ininterrumpida continuidad del proceso de acumulación. Una economía con niveles de apertura externa muy bajos forjó sólidos mecanismos para asegurar la reinversión local de las ganancias.

En el debut de esa capitalización la diáspora china fue cooptada para facilitar el desenvolvimiento interno. Por esa razón entre 1985 y 2005 fue artífice de las inversiones llegadas al país (Guigue, 2018). Su gravitación inicial perdió incidencia frente al despunte posterior de una clase capitalista en el propio país, que preservó la norma de reciclar los excedentes en el ámbito local.

El despegue chino obedeció, además, a una compleja mixtura de ingredientes internos y externos. La intensa acumulación local quedó enlazada con la mundialización, en circuitos de reinversión facilitados por el gran control a la salida de capitales. Los sucesivos modelos de transición socialista, expansión mercantil y parámetros capitalistas mantuvieron una elevada tasa de crecimiento. La diáspora brindó el puntapié inicial a un modelo productivo posteriormente enlazado con la globalización.

Ese esquema incluyó el pasaje de la fabricación inicial de manufacturas básicas a la elaboración de mercancías de nivel medio en la cadena de valor. Este avance se asentó en una absorción de tecnologías muy diferente a la pauta prevaleciente en el mundo.

DESEQUILIBRIOS SIN NEOLIBERALISMO, NI FINANCIARIZACIÓN

China introdujo un modelo con regulaciones estatales muy alejadas del patrón neoliberal. Se integró a la globalización con una elevada presencia del sector público y con gran incidencia gubernamental en las normas de inversión. Impuso limitaciones al nivel de las ganancias, a la distribución de los dividendos y a la transferencia de los beneficios al exterior (Andreani; Herrera, 2013). La nueva potencia se asoció al capitalismo mundializado con reglas muy distintas a las imperantes en ese sistema.

La gravitación de las empresas estatales es ilustrativa de esa estrategia. Luego de un intenso proceso de privatizaciones, las compañías del sector público conforman un núcleo minoritario, pero con dimensiones 14 veces mayores al promedio de la economía. Están localizadas, además, en las ramas estratégicas del petróleo, el gas, el acero, los seguros, las telecomunicaciones y la banca (Treacy, 2020).

China tiene un stock de activos del sector público equivalente al 150% del PIB anual, lo que triplica el acervo del sector privado. Sólo Japón cuenta con un stock semejante, mientras que en las principales economías ese porcentual no supera el 50%. Las mismas diferencias se observan en la gravitación de la inversión pública y en el peso de las empresas estatales con activos gigantescos (Roberts, 2020, 2018, 2017).

Es importante registrar, además, el elevado grado de centralización de esas compañías, que operan bajo la supervisión directa del Partido Comunista. Esas empresas garantizan el suministro de insumos baratos a toda la estructura productiva.

El grado de privatización actual de la economía china es muy controvertido. Algunas estimaciones destacan la nítida preeminencia de ese sector (Hart-Landsberg, 2011) y otras restringen su incidencia dominante al 30% de PBI (Merino, 2020). Pero todos los analistas coinciden en resaltar el continuado papel protagónico de las firmas estatales.

Otro rasgo distintivo del modelo ha sido la conservación de la tierra como propiedad pública. Esa condición está determinada por las exigencias de soberanía alimentaria, en un país que concentra el 22% de la población mundial con tan sólo el 6% de la tierra cultivable. La relación per cápita de utilización del suelo para la nutrición es 10 veces inferior al nivel imperante en Francia (Andreani, Herrera, 2013).

Las modalidades de la propiedad agraria común han sido muy diversas. La pequeña producción ha persistido, las formas comunales perdieron peso frente al ámbito privado y el despegue de los años 80 se basó en el crecimiento

exponencial de todo el sector. Allí se generaron los primeros excedentes para la industrialización posterior. Como el volumen de la población urbana saltó del 20 al 50% del total, la expansión del agro fue indispensable para asegurar el abastecimiento alimentario de las ciudades. La propiedad pública garantizó ese equilibrio (Amin, 2013).

El derecho a utilizar pequeños terrenos cumple, además, una función protectora de los trabajadores migrantes, cuando el incremento del desempleo los expulsa de las ciudades. Cuentan con una especie de seguro social agrario frente a los vaivenes del mercado laboral (Au Loong, 2016). Las tensiones que generaría la implementación en el agro de las privatizaciones introducidas en el suelo urbano han disuadido esa extensión. El patrón del *agrobusiness* que el neoliberalismo impuso en el grueso del planeta no rige en China.

En ese país tampoco prevalece la financiarización vigente en el grueso de las economías occidentales. Las regulaciones acotan especialmente el ingreso y egreso de los capitales. Ese flujo está controlado por distintos mecanismos cambiarios, que protegen a la economía de los temblores financieros internacionales (Amin, 2018).

Ese control de las divisas no sólo otorga a China grandes ventajas en la gestión de cualquier crisis. Ha permitido la conversión de los ingresos de la exportación en créditos bancarios orientados a la industrialización. Con esos mismos dispositivos se limita también la fuga de capital y la expatriación de las ganancias. La nueva clase adinerada ha sido inducida a reciclar internamente sus beneficios y a tolerar la intermediación del Banco Central en la gestión de sus fondos.

El principal instrumento de esa regulación financiera son los bancos de propiedad estatal. Una veintena de entidades controlan el 98% de las operaciones y manejan los monumentales depósitos que orientan el crédito. Un corolario de esa supervisión es la ausencia de financiarización en los tres terrenos de ese dispositivo. El autofinanciamiento de empresas, la titularización de los bancos y el endeudamiento de los hogares son muy secundarios en comparación a cualquier economía occidental (Lapavitsas, 2016: 227).

Con su prescindencia del neoliberalismo y la financiarización, China se ahorró muchos desequilibrios que afectan a sus competidores. Pero no ha podido soslayar las contradicciones que introduce el capitalismo. Esas tensiones irrumpieron con la sustitución de modelo mercantil-planificado por el esquema de privatización de las grandes empresas.

China es el principal epicentro mundial de la superproducción y esos sobrantes empujan a redoblar la búsqueda de mercados externos. Esa compulsión deriva en picos de sobreinversión interna, que su vez alimentan la

especulación inmobiliaria, el endeudamiento creciente y las operaciones financieras en las sombras.

NEOLIBERALES Y HETERODOXOS

La impresionante irrupción de China suscita admiración, temor e incomprensión. La elite occidental no logra hilvanar una interpretación coherente de lo ocurrido. Oscila entre el reproche a la continuidad del comunismo y la alegría por el giro pro capitalista. Algunos sospechan que la nueva potencia mantiene con disfraces su viejo régimen y otros celebran su conversión al ideario de mercado.

Estas incoherencias repiten las reacciones de la guerra fría frente al apogeo económico de la URSS. Esa expansión generaba en 1950-60 tanto odio como envidia, entre los intelectuales orgánicos del imperialismo occidental. Pero la tónica finalmente dominante frente a China es la confrontación, con todo tipo de fábulas sobre el peligro rojo o amarillo.

Lo neoliberales suelen explicar el crecimiento chino por su meritoria adopción del capitalismo. Omiten el antecedente socialista y presuponen una falsa identidad entre la vigencia del mercado y la preeminencia de las privatizaciones. La primera norma operó durante un largo tiempo en estrecha combinación con la planificación y la segunda ha quedado acotada por los límites al neoliberalismo y la financiarización.

El desarrollo chino refuta todos los mitos del capitalismo desregulado. Ese modelo no prevaleció en ninguna de las tres fases del desenvolvimiento económico del país. El impulso inicial se consumó bajo estrictas reglas de planificación centralizada, el período siguiente incorporó mecanismos de gestión mercantil y el curso actual contiene formas capitalistas acotadas por la regulación estatal. La simplificada creencia que las reglas del beneficio rescataron a esa economía de su "estancamiento socialista" es una fantasía de los derechistas, que no logran digerir la extraordinaria expansión de un modelo ajeno a sus recetas.

Ese desconcierto se traduce en esquizofrénicas loas y repudios al "orden", la "jerarquía" o la "disciplina", que observan en el funcionamiento del sistema económico chino. Esas características son elogiadas como sinónimo de "progreso capitalista" o denigradas como evidencias de la "dictadura comunista". La coherencia brilla por su ausencia entre los neoliberales, a la hora de evaluar la irrupción de la nueva potencia asiática.

La heterodoxia convencional presenta a China como el principal ejemplo del capitalismo regulado. En general rehúye el debate conceptual sobre el significado de esa categoría. Simplemente refuta las ensoñaciones

neoliberales de un crecimiento, guiado por la mágica presencia de la mano invisible del mercado. Esa crítica subraya la constante preeminencia de la regulación estatal en cada avance consumado por el país. Describe correctamente la decisiva ausencia del neoliberalismo y la financiarización, pero supone que la simple continuidad de esa estrategia garantiza el sendero del progreso.

Esa mirada reduce todos los secretos del desarrollo a la presencia dominante del estado. Omite que muchos países contaron con largos períodos de primacía estatal, sin superar el atraso ante la continuada primacía del capitalismo dependiente. Al desconocer que el logro de China se cimentó inicialmente, en mayúsculas transformaciones de tono anticapitalista, se transmite un diagnóstico incompleto y sesgado.

Los teóricos del capitalismo regulado olvidan que sus principios estuvieron totalmente ausentes en el debut de proceso y no cumplieron ningún rol importante durante la combinación del plan con el mercado. Han aparecido finalmente con formas muy singulares en la actualidad. La historia de los últimos dos siglos contiene incontables ensayos de regulación capitalista fallida que China no imitó.

JUSTIFICACIONES MILENARISTAS

Otra explicación de la expansión del país relativiza los determinantes económicos y subraya la preeminencia de condicionamientos histórico-sociológicos. Observa el despegue como un retorno al antiguo equilibrio destruido por la primacía de Occidente. Recuerda que China es una civilización milenaria, con derecho a ocupar un lugar hegemónico en el concierto de las naciones. Por eso interpreta su protagonismo actual, como una compensación a los desvíos creados por la dominación occidental en los últimos dos siglos. Concluido ese paréntesis, la historia tendería a recuperar una trayectoria previa asentada en la centralidad de China.

Esta teoría de la venganza milenaria supone que el país recobra su legítimo predominio. Recuerda que en el año 1800 las economías localizadas en los territorios asiáticos proveían el 49% de la producción mundial (Fornillo, 2018). Estima que China actualmente reequilibra la historia y recupera el lugar de una vieja economía de mercado, que siempre superó a otras formaciones asentadas en la preeminencia militar (Nolan, 2019). Estas miradas recuerdan que en el pasado la distribución del poder económico era proporcional a un patrón de peso demográfico que tiende a reaparecer (Ríos, 2017).

Pero de su interpretación de la historia, algunos enfoques deducen la validez de una resurrección hegemónica de China en el escenario actual. Aportan importantes observaciones que mejoran nuestro conocimiento de

una sociedad milenaria, pero deducen de ese pasado un controvertido derecho de China a recuperar centralidad en el mundo.

Esa nación no es portadora de ningún destino (a la dominación o a la subordinación) por la simple inexistencia de ese atributo. China no encarna ningún devenir superior al resto de la humanidad, por la misma razón Estados Unidos carece de un "destino manifiesto" como custodio de la seguridad mundial. Ese mismo faltante se extiende a Europa, que no es transmisora de ninguna "civilización" de excelencia a los pueblos de la periferia.

Las justificaciones milenaristas retoman las mitologías de la excepcionalidad nacional, como una virtud de ciertas poblaciones frente a otras. En el caso de China, las tesis sino céntricas han irrumpido como reacción al eurocentrismo previo. Luego de un siglo de humillación occidental suponen la validez de una retribución. Pero ese razonamiento participa de todos los mitos gestados en torno a la "invención de las naciones", para enaltecer ciertos territorios, destinos, culturas o idiomas.

La tradición marxista siempre ha confrontado con ese tipo de creencias, que agudizan las rivalidades nacionales y afectan los intereses compartidos de todos los pueblos del mundo. El comunismo chino propagó activamente un ideario nítidamente internacionalista durante décadas. Enarboló especialmente una variante antiimperialista de ese proyecto asentado en el protagonismo revolucionario del Tercer Mundo.

Ese legado ha quedado ahora erosionado por el nuevo patriotismo sino céntrico, que presenta el desarrollo de China, como una revancha frente a la opresión impuesta por Occidente (Guigue, 2018). El mismo argumento patriótico es utilizado para interpretar el enriquecimiento de los capitalistas locales, como una retribución al empobrecimiento sufrido en el pasado. La incorporación de potentados al Partido Comunista es presentada con ese fundamento como una expresión de ponderables comportamientos nacionales (Ding, 2009). Pero en los hechos ocurre todo lo contrario. Los sectores adinerados de la nueva elite china son afines a Occidente, propician el estrechamiento de la asociación transnacional y propagan el credo neoliberal.

Algunas justificaciones nacionalistas del renacimiento de China se sustentan en la revalorización del confucionismo, como fundamento del estado, la sociedad, la ética y la armonía familiar. Otras reemplazan el análisis concreto del desarrollo desigual y combinado contemporáneo por vagos preceptos de auge y declive secular de sistemas sociales indiferenciados. Con ese enfoque, el devenir de China es despegado de su cimiento en modos de producción tributarios, capitalistas o socialistas, para ser evaluado con el dudoso patrón valorativo de las civilizaciones.

Esa mirada diluye las singularidades de las últimas décadas en nebulosas tramas meta-históricas. El propio pasado de China se pierde en esas vaguedades. Olvida que la oleada nacionalista que sucedió a la guerra de Opio

(1840) alimentó la moderna identidad china y apuntaló la conciencia nacional de la revolución republicana (1911). El posterior triunfo socialista (1949) combinó proyectos agrarios, democráticos y antiimperialistas que definieron el curso posterior del país. Los críticos del milenarismo subrayan la centralidad de estas trasformaciones (Lin Chun, 2013:197-211).

El mismo debate se extiende a la evaluación del papel internacional de China. Algunos análisis dan cuenta de la frecuente identificación de ese rol, como el cimiento de una nueva civilización, forjada con criterios de comunidad, destino compartido, desarrollo pacífico y armonía global (Margueliche, 2020). Esa imagen idealizada de universalismo es propagada con un lenguaje despolitizado de consenso universal, que simplemente omite las tendencias destructivas del capitalismo (Lin Chun, 2019). Para superar esa evasión conviene aplicar al análisis de China, los mismos parámetros de materialismo histórico, que se utilizan para indagar la trayectoria de cualquier otra nación.

CAPITALISMO, SOCIALISMO, FORMAS INTERMEDIAS

Los principales interrogantes sobre China no radican en las peculiaridades de su modelo, sino en la naturaleza social de su sistema ¿Es capitalista, socialista o intermedio?

Para dilucidar ese problema hay que reconocer primero la validez de esos conceptos, en contraposición a los pensadores que los omiten o impugnan. Habitualmente descartan la relevancia actual del socialismo, considerando que el capitalismo es el único sistema válido. Esa visión convalida implícitamente la óptica neoliberal, que asoció el derrumbe de la Unión Soviética con el "fin de la historia" y la consiguiente eternidad del capitalismo. Con esa postura resulta imposible comprender la trayectoria seguida por China y caracterizar a un régimen que proclama su identidad con la perspectiva socialista.

Si se considera que esa definición es intrascendente o constituye un simple disfraz habría que extender la misma objeción a otras evaluaciones. ¿Por qué aceptar por ejemplo la consistencia de los conceptos capitalismo regulado y desregulado? ¿O de liberales y antiliberales? ¿No ocultan otra realidad subyacente que invalida esas caracterizaciones?

El análisis se torna más sensato si se reconoce que capitalismo y socialismo son las dos nociones organizadoras de la interpretación de China. Aportan reglas antagónicas de funcionamiento de la sociedad y el estado, que permiten indagar dónde se ubica ese país.

Ciertamente son conceptos insuficientes para caracterizar el modelo vigente en un país, pero aportan un punto de partida insoslayable. Antes de dilucidar las especificidades del capitalismo o del socialismo chino hay que esclarecer el significado básico de ambos términos.

La vigencia de capitalismo está dada en el terreno económico por la propiedad privada de los medios de producción y la preeminencia de normas de beneficio, competencia y explotación, junto al desequilibrio de la sobreproducción. Ninguna variedad de capitalismo se desenvuelve sin la presencia de estas condiciones.

Esos tres pilares no sólo distinguen al capitalismo de su antónimo socialista. También lo diferencian de formas incompletas o primitivas de gestión mercantil. El mercado precedió y sucederá al capitalismo. Es un dispositivo complementario de distintos sistemas y su presencia no define la naturaleza social de un país. La presentación de China como "una economía de mercado" -que conceptualizó un influyente estudioso de esa sociedad (Arrighi, 2007: cap 3 y 8)- evade la caracterización efectiva del régimen.

El pasaje de normas mercantiles acotadas y compatibles con la planificación a los tres pilares de la economía capitalista, marcó el debut potencial en China de ese sistema a principios de los años 90. La pequeña y mediana propiedad privada en el agro dio paso a grandes empresas industriales pertenecientes a la nueva burguesía. La fijación de precios por normas competitivas se amplió al grueso de las cotizaciones, se extendieron las modalidades de explotación y la acumulación de beneficios enriqueció a una influyente minoría. Además, los viejos cuellos de botella generados por la sub producción fueron sustituidos por tensiones de sobreinversión. Estos cambios retratan la gravitación de modalidades capitalistas en la economía china.

De esa canasta de elementos lo más significativo es el surgimiento de una clase propietarias de los medios de producción que busca transmitir privilegios a sus herederos. ¿Pero la indiscutible incidencia de este sector define la vigencia del capitalismo en China?

La respuesta sería probablemente afirmativa en otras circunstancias históricas. El país comenzó a incorporarse a ese sistema en un escenario global de neoliberalismo y financiarización, sin adoptar esas dos características. Esa limitación tornó muy incompleta desde el inicio la restauración del capitalismo. Las modalidades de alta regulación, restricción de ganancias, propiedad pública de la tierra y manejo estatal de los bancos, la moneda y el comercio exterior obstruyen la vigencia plena de ese sistema.

A diferencia de otras experiencias -como el neodesarrollismo o el distribucionismo latinoamericano de la última década- el distanciamiento chino del neoliberalismo y la financiarización no ha sido un episodio de pocos años.

Impera en un país, que forjó su economía contemporánea con pilares de socialismo.

El carácter acotado del predominio capitalista en China se verifica más nítidamente en el plano político. Esa esfera es decisiva puesto que la preeminencia de ese sistema no se define exclusivamente en el ámbito de la economía o la sociedad. Presupone también el manejo del estado por parte de la gran burguesía. La simple existencia de este sector o su elevada gravitación en el control de los recursos no determina el status capitalista de un país. Los principales resortes del poder estatal deben quedar sometidos al manejo directo o delegado de los apropiadores. Y ese control no se verifica en la actualidad en China.

El estado funciona con las normas e instituciones forjadas a partir de la revolución socialista de 1949. La continuada preeminencia del Partido Comunista -y de toda la estructura de organismos nacionales y regionales conectados a esa primacía- ilustra una modalidad de gobierno muy distinta a las formas habituales del poder político burgués.

En China no se produjo la implosión que desintegró a la URSS, ni el abrupto colapso de los regímenes del Este Europeo. La repetición de esa trayectoria que esperaban los líderes de Occidente no se verificó. La ruptura del sistema que impuso Yeltsin contrastó con la continuidad que reafirma Xi Jinping. Esa diferencia indica que la clase capitalista ya forjada en China actúa bajo un sistema político que no domina.

Esa estructura institucional mantiene, además, ideologías, símbolos y próceres muy chocantes para los preceptos básicos del capitalismo. Reivindica el heroísmo en lugar el lucro y las metas colectivas en vez del enriquecimiento personal. Ciertamente esos principios divergen de una realidad económica sujeta en gran medida a la lógica del beneficio. Pero esa tensión también expresa los límites que afronta el reingreso pleno del capitalismo.

El legado socialista no sólo aflora lateralmente en los formalismos de los funcionarios, sino que conserva vigencia en el gran espectro de la izquierda y recobra importancia en las coyunturas de crítica a la desigualdad. ¿Pero esos límites a la restauración capitalista indican, entonces, la continuidad de su contracara socialista? En los términos concebidos por los clásicos del marxismo, China siempre se ubicó a una gran distancia de esa meta. Nunca alcanzo el bienestar colectivo, la abundancia material o la democracia genuina, que permitirían inaugurar la disolución de las formas opresivas del estado. Mucho más alejado de ese ideal estuvo siempre la utopía positiva del comunismo.

Durante las primeras décadas que sucedieron a la revolución rigió una transición al socialismo asentada en dos principios de esa evolución: la expansión de la propiedad pública y la intervención popular en la

transformación de la sociedad. Posteriormente se incluyeron en la misma plataforma numerosos mecanismos comerciales para renovar el crecimiento. Esa etapa quedó cerrada con la conformación de una nueva clase propietaria de grandes empresas. El avance inicial al socialismo se transformó en un proceso opuesto de involución hacia el capitalismo. Esa regresión no se ha consumado, pero revirtió la tendencia precedente.

En China no rige el capitalismo, ni el socialismo. Prevalece una modalidad histórica intermedia e irresuelta de sociedad, junto a una formación burocrática en el manejo del estado. El funcionariado que controla el poder estatal no actúa por simple delegación de la nueva clase propietaria. Busca sostener -mediante un elevado ritmo de crecimiento- un equilibrio de todos los sectores sociales del país.

ANTECEDENTES, MODELOS Y AFINIDADES

Nuestra interpretación retoma ideas expuestas en un libro sobre el socialismo. Transcurridos 16 años desde la edición de ese texto, las principales definiciones conceptuales sobre China propuesto por nuestro análisis mantienen su validez (Katz, 2004:77-83). Esa continuidad ilustra cómo puede prolongarse en el tiempo, la indefinición del carácter capitalista o socialista de un sistema. Lo que parecía coyunturalmente irresuelto persiste como un proceso que será zanjado en períodos más extensos.

El principal señalamiento de ese análisis -la restauración capitalista no ha concluido- persiste hasta la actualidad. También la mencionada existencia de tres períodos diferenciados (debut socialista, gestión mercantil, introducción del capitalismo) se mantiene como eje clarificador del problema.

Nuestro enfoque actualizado en otro texto (Katz, 2016) fue bien recibido por algunos comentaristas, que lo contrapusieron a las miradas simplistas de la realidad china (Restivo, 2020). Pero han interpretado erróneamente que postulamos el carácter irreversible de un viraje hacia el capitalismo, que a nuestro entender permanece inconcluso.

Para dirimir el grado de reintroducción del capitalismo utilizamos los criterios aportados por un analista de los "procesos poscomunistas" de Europa Oriental. Esos parámetros son el alcance de la propiedad privada, las normas de funcionamiento de la economía y el modelo político imperante (Kornai, 1999: 317-348).

Con esos indicadores destacamos que China avanzó hacia el capitalismo en el primer terreno, no definió un perfil definitivo en el segundo y afrontó un severo dique en el tercero. Su estadio intermedio es muy visible en comparación a lo ocurrido en Rusia o Europa Oriental.

Nuestra mirada sintoniza con muchas caracterizaciones de la Nueva Izquierda de China. Esta afinidad se verifica ante todo en la distinción cualitativa entre el período de las reformas mercantiles (1978) y la etapa de las privatizaciones (1992). Lejos de constituir dos momentos de una misma trayectoria, involucraron rumbos contrapuestos de compatibilidad con el socialismo y alineamiento con el capitalismo (Lin Chun, 2009a).

También compartimos la crítica frontal a un proceso de restauración, que socava las conquistas sociales logradas con la revolución, ampliando en forma dramática la desigualdad (Lin Chun, 2019). Resaltamos por igual que el tránsito de China hacia el capitalismo no es un devenir conveniente, ni inexorable para desarrollar las fuerzas productivas y que ese desenvolvimiento no exige la integración a la globalización (Lin Chun, 2009b).

La coincidencia se extiende, además, al diagnóstico de un proceso de restauración sólo parcial del capitalismo. Ese curso puede ser revertido en la lucha por igualdad, en una sociedad con principios muy arraigados de justicia. La recuperación de la trayectoria socialista dependerá de una acción emprendida por los sujetos populares (Lin Chun, 2013:197-211).

TRES VARIANTES DE RESTAURACIÓN

El carácter limitado de la reintroducción capitalista en China ha sido recientemente evaluado por un importante estudio, que traza comparaciones conceptuales con lo ocurrido en Europa del Este y Rusia. Diferencia los tres procesos distinguiendo la incorporación del capitalismo desde abajo, desde el exterior o desde arriba (Szelényi, 2016).

Señala que la conformación del capitalismo en Europa del Este se procesó con gran antelación y monitoreo externo, mediante un intenso estrechamiento de lazos entre los grupos dominantes locales y sus socios de Occidente. La intelectualidad asimiló con gran fanatismo el credo neoliberal y cumplió un rol determinante en la creación del clima de entusiasmo que rodeo a la recepción del capitalismo.

Las privatizaciones quedaron en manos de los sectores que ya habían acumulado en las sombras los acervos requeridos para capturar el botín. La terapia de shock en Polonia, el transito gradual en Eslovenia, las reparaciones a los antiguos propietarios en la República Checa y las subastas de Hungría constituyeron modalidades peculiares de un curso compartido de vertiginosa restauración del capitalismo.

Las clases dominantes ya prefiguradas en la etapa previa se consolidaron con la misma velocidad, que se desmoronó la vieja conducción de los regímenes precedentes. La preeminencia de consejeros externos y la instalación de

formas brutales de neoliberalismo fueron los datos más significativos de esa transformación.

En China no se ha verificado ninguno de esos procesos. La acumulación de capital comenzó en el campo y se desenvolvió con gran lentitud hasta el inicio de las privatizaciones en las ciudades. Ese proceso se mantuvo a lo largo de varias décadas, sin extenderse a las actividades estratégicas que permanecen en manos del estado. Tampoco hubo dirección externa de la reconversión. Las empresas transnacionales fueron asociadas a un programa de crecimiento elaborado localmente y los gobiernos occidentales tuvieron poca influencia en el rumbo seguido. Las propias elites seleccionaron a la diáspora china como su contraparte privilegiada y establecieron severas limitaciones al papel del capital foráneo.

Ciertamente la ideología neoliberal penetró en el país, pero en permanente disputa con otras concepciones y nunca logró primacía. El viejo sistema político estructurado en torno al Partido Comunista persistió y afianzó su predominio de la gestión económica. Los contrastes con lo ocurrido en Europa del Este son tan categóricos, que el autor de la comparación pone seriamente en duda la vigencia actual del capitalismo en China.

También en Rusia la restauración fue un fenómeno fulminante y alejado de las ambigüedades que se verifican en el escenario asiático. La introducción del capitalismo se consumó a la misma velocidad que en Europa del Este por medio de virulentas privatizaciones. Yeltsin decidió construir el nuevo sistema en 500 días y repartió el grueso de propiedad pública entre sus allegados.

La nueva burguesía se gestó de la noche a la mañana y cinco años después del colapso de la URSS, los siete mayores empresarios rusos poseían la mitad de los activos del país. Los desequilibrios precipitados por la codicia se hicieron tan presentes como las turbulencias financieras.

En esa reconversión fue visible la enorme influencia occidental, pero a diferencia de Europa Oriental el comando final quedó en manos de la nueva plutocracia moscovita. El capitalismo no reingresó desde afuera, sino desde arriba. Los protagonistas del viraje fueron los mismos actores de la cúpula política precedente. La alta burocracia de la URSS se transformó en la nueva oligarquía de Rusia. El mismo personal cambió de vestimenta y mantuvo la conducción del estado para otros fines. Esa mutación de abanderados del comunismo a exaltadores del capitalismo se verificó también en Ucrania, Bielorrusia, las antiguas repúblicas de Asia Central y algunos países de los Balcanes.

China no atravesó por esos senderos. La reimplantación del capitalismo ha sido es un proceso tortuoso e inacabado, ante la ausencia de un mandatario dispuesto a emular a Yeltsin. El desmoronamiento de la URSS acentuó el conservadurismo de los dirigentes chinos. En lugar de sepultar la estructura

política del Partido Comunista decidieron consolidarla y en vez de fusionar a la nueva clase capitalista con el poder político, sólo aceptaron su existencia como una fuerza paralela a su propia dirección.

Por esa razón en China no ha imperado el modelo de reparto patrimonial de propiedades que introdujo Yeltsin, al rematar los activos del país entre la nueva elite. Tampoco se verificó el esquema prebendario de retribuciones en función de la lealtad que instauró Putin. Con ese mecanismo el presidente ruso acotó el poder de los codiciosos oligarcas. Expropió, criminalizó y disciplinó a esos acaudalados, con la misma virulencia que utilizaban los zares contra los boyardos. Pero ninguna de sus acciones modificó el status capitalista del país.

También en China hay tensiones de gran porte y el férreo comando que ejerce Xi Jinping apunta a impedir el desmadre de esas disputas. Algunos analistas estiman que gobierna utilizando un conjunto de reglas ocultas y no escritas, que reproducen la antigua autoridad del emperador sobre las capas subordinadas. Equilibra especialmente los choques entre el funcionariado que asciende con las reglas de la meritocracia y los ahijados del viejo liderazgo comunista (Au Loong, 2016).

Pero incluso con esas modalidades de gestión, el poder político mantiene las denominaciones, estatutos e ideologías del proceso inaugurado en 1949. Aquí radica la gran diferencia con Rusia que sepultó todos los vínculos con la revolución de 1917. La disímil penetración del capitalismo en ambos países está muy conectada con esa divergencia de actitudes hacia el pasado.

COMPARACIONES CON EL ORIGEN DEL CAPITALISMO

Una revisión de los debates sobre el origen del capitalismo contribuye a clarificar la naturaleza actual de China. Al indagar cómo nació ese sistema se puede discernir de qué forma ha resurgido dónde había sido erradicado.

La controversia entre los historiadores marxistas sobre el nacimiento del capitalismo contrapuso a los intérpretes de su debut en el agro (Dobb, 1974), con los teóricos de su consolidación primigenia en el comercio (Sweezy, 1974). La primera visión atribuía la transición a la erosión en Europa de las estructuras feudales, como consecuencia de las rebeliones campesinas. La segunda resaltaba el auge urbano que deterioró a la nobleza, acentuó la huida de los siervos y transformó la renta de productos en dinero.

Esa discusión buscaba dirimir si el capitalismo emergió en un largo proceso de acumulación primitiva en el agro y generalización del trabajo

asalariado en las ciudades, o si por el contrario despuntó cuando se afianzaron las relaciones comerciales.

La ventaja del primer enfoque radicó en su acertada identificación del capitalismo con un sistema de competencia por beneficios surgidos de la explotación. Esa generación de ganancias requiere propiedad privada de los medios de producción y normas de lucro asentadas en la extracción de plusvalía. El simple predominio de los parámetros mercantiles no consagra el predominio del capitalismo.

Retomando esa diferenciación, China debería reunir actualmente las condiciones señaladas por la tesis del origen agrario para presentar un status capitalista. No alcanza con la universalización de las reglas comerciales para constatar esa vigencia. Justamente en la trayectoria contemporánea del país, la etapa de expansión del mercado sin privatizaciones no implicó el inicio del capitalismo. Sólo en el periodo posterior emergió la restauración. La acumulación por abajo en el agro constituyó, a lo sumo, un presupuesto de ese cambio y no un indicio de su consumación.

Otra discusión sobre el nacimiento del capitalismo opuso a los historiadores que subrayaban su origen nacional (Wood, 2002:103-121), con los estudiosos que remarcaban su génesis internacional (Wallerstein, 1988: 33-35). Esa controversia contraponía la existencia de múltiples trayectorias de un sistema forjado en el siglo XIX, con visiones de un régimen que irrumpió como totalidad mundial en el siglo XVI.

En este caso, el acierto de la primera mirada radica en los criterios que aportó para estudiar cada capitalismo nacional, en función de sus diferencias con los sistemas previos. El inconveniente de la segunda óptica estriba en la disolución de esas singularidades. Remonta la existencia del capitalismo a un lejano pasado y supone que ya operaba como entramado global.

Esa divergencia de criterios internos o externos para definir la presencia del capitalismo cobra actualidad, para evaluar las trayectorias nacionales divergentes seguidas por Rusia o Europa del Este frente a China. Esos procesos se desenvolvieron en un mismo escenario de globalización neoliberal, pero transitaron por cursos nacionales muy distintos.

La expansión mundial del capitalismo que sucedió al fin de la guerra fría, no implicó la implantación del mismo sistema en todos los rincones del planeta. China (o Cuba y Vietnam) ha seguido un rumbo distinto en un contexto común. Por las mismas razones que la existencia de un sistema-mundo no equivalía a la automática adscripción de la URSS a esa totalidad, la preeminencia actual de la globalización no presupone el capitalismo en China.

Este señalamiento es importante para evitar los equívocos inversos, que asignan a la nueva potencia asiática una misión civilizatoria mundial. Si la

globalización no define el status capitalista de China, la expansión internacional de ese país tampoco alumbra otro funcionamiento del resto del mundo.

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN BURGUESA

Las discusiones sobre el origen del capitalismo afianzaron la percepción de una larga transición de varios siglos, con diversas modalidades de coexistencia de clases dominantes (Vitale, 1984). Esta misma conclusión podría aplicarse en la actualidad a China, Su eventual pasaje al capitalismo, no debería necesariamente presentar el abrupto desenlace que imperó en Rusia o Europa del Este. Podría efectivizarse a la largo de varias décadas y en ese caso correspondería caracterizar al régimen vigente durante ese período intermedio.

En los debates historiográficos de esa transición surgió la noción de formación económico-social, para conceptualizar la existencia de variadas articulaciones entre modos de producción, con predominio desigual del capitalismo (Cueva, 1988). Esa noción fue utilizada para caracterizar, por ejemplo, las mixturas imperantes en América Latina entre los siglos XV y XIX. Hubo diversas combinaciones del capitalismo con el esclavismo (plantaciones) o con el feudalismo (haciendas). La misma mirada podría aplicarse en la actualidad a China, para considerar su formación económico-social en términos de un eventual "social-capitalismo".

Pero estas categorías económicas no alcanzan para definir cuando rige el capitalismo. En las mixturas de la transición la burguesía conquistó su dominio de la sociedad, pero sólo ejerció efectivamente esa primacía cuando capturó el poder del estado. El imperio de la competencia, la ganancia y la explotación no consagró el status capitalista, mientras el estado permaneció en manos de otros grupos dominantes. Fue lo ocurrido por ejemplo con el estado absolutista durante la era feudal. Sólo cuando la burguesía controló ese resorte quedaron despejados todos los escollos para la acumulación.

Esta conclusión del debate historiográfico tiene especial aplicación para el escenario actual de China. Tal como ocurrió en el pasado, una nueva clase dominante ya monitorea gran parte de la economía sin manejar el poder político, lo que a su vez impide el pleno despegue del capitalismo.

El punto de giro en el pasado fue clarificado en la evaluación de las revoluciones burguesas, que constituyeron la modalidad clásica de conquista del poder por parte de la clase capitalista. La caída de monarquía (Francia) o la guerra de secesión (Estados Unidos) fueron ejemplos típicos de ese viraje (Piqueras, 2000).

Pero estas contundentes mutaciones no fueron el único curso de la historia y esa indefinición reaparece en la actualidad. Las fechas exactas del cambio de régimen que se observaron en Rusia, Polonia, Alemania del Este o Hungría, no se han extendido a China.

En la comparación corresponde igualmente subrayar que las revoluciones burguesas del pasado no constituyeron el simple antecedente de las contrarrevoluciones del presente. Un monumental abismo separa al surgimiento del capitalismo de su retorno. La principal diferencia estriba en la total carencia de complementos progresistas en el plano democrático, nacional o agrario (Anderson, 1983). El resurgimiento actual más bien profundiza los ingredientes regresivos de la instauración del capitalismo, que predominó en los países centrales desde la segunda mitad del siglo XIX (Callinicos, 1989). Esa misma tónica ha prevalecido en la restauración del sistema al cabo de una centuria en Rusia y Europa del Este**.**

Conviene recordar también que en numerosos lugares del mundo el capitalismo emergió sin revolución burguesa, mediante transformaciones pasivas o autoconversiones de los estados. El paulatino aburguesamiento de la antigua nobleza en Japón y Alemania fueron los típicos modelos de esa gestación por arriba (Takahashi, 1974). Se podría argumentar que China está transitando por una reconversión semejante, mediante el pausado padrinazgo del capitalismo por los mismos sectores que dominaron el sistema precedente.

Pero esa transición de largo plazo sería muy distinta a los precedentes del siglo XIX. Implicaría en China el triunfo del proyecto neoliberal y el estrechamiento de lazos con los socios occidentales. Esa eventualidad constituye por ahora sólo una de las opciones en juego. Las alternativas en disputa requieren un análisis más específico que abordaremos en el próximo capitulo.

25-9-2020

CAPITULO 9

PROYECTOS EN DISPUTA

Existen sólidos fundamentos para caracterizar que en China no impera un régimen capitalista, ni tampoco socialista. Al cabo de varias décadas prevalece una formación intermedia con signo indefinido y desenlaces pendientes. La nueva clase capitalista no ha logrado el control del estado, que permanece en manos de una capa política autónoma de la burguesía.

Ese status singular de una formación burocrática puede desembocar en varios resultados. Un curso futuro estaría signado por la consolidación definitiva del capitalismo y otro contrapuesto por una recreación de la transición socialista. Ambos caminos dependerán de circunstancias externas, luchas políticas y acciones del movimiento popular. Esta mirada es compartida por varios enfoques, inspirados en evaluaciones convergentes.

Una tesis afín a nuestra visión destaca que la economía china no está sujeta al regulador pleno de la ganancia, mantiene sectores estratégicos en manos del estado, garantiza el control de los capitales y procesa una irresuelta disputa entre sectores pro capitalistas y críticos de ese devenir. Remarca el continuado predominio del Partido Comunista sobre los centros

HTTPS://JACOBINLAT.COM/2021/07/01/LAS-RAICES-REVOLUCIONARIAS-DEL-COMUNISMO-CHINO

neurálgicos de la economía y explica las altas tasas de crecimiento por la preeminencia de activos del sector público (Roberts, 2017, 2016a: 209-212, 2018, 2016b). Este retrato resalta los distintos rasgos de un régimen no capitalista, sin proveer una denominación específica para ese sistema.

Las categorías actuales no ofrecen un término satisfactorio para dar cuenta del modelo chino. Algunos estudiosos utilizan el término de "managerialismo" para destacar la primacía del funcionariado en la gestión de la economía. Ilustran cómo los administradores comandan ese desenvolvimiento, mediante supervisiones y asociaciones con el segmento capitalista (Duménil; Lévy, 2014, 2012).

Otros pensadores proponen combinar los componentes capitalistas y socialistas del esquema chino en la sintética noción de "social-capitalismo" (O'Hara, 2006). La dificultad para encontrar un nombre adecuado deriva del carácter inédito del contexto actual. Las categorías utilizadas por los marxistas entre 1917 y1989 -socialismo, comunismo, estado obrero burocratizado, colectivismo burocrático- se contrastaban con el capitalismo liberal o keynesiano de la época, con la mira puesta en el objetivo pos capitalista. Ese contrapunto ya no presenta la nitidez del pasado.

Pero lo importante no es la denominación, sino la caracterización del régimen chino. Allí prevalece una sociedad con clases capitalistas ya constituidas que no ejercen el poder del estado. Como destacan otros analistas esa combinación retrata una restauración no concluida (Heller, 2020). Ese escenario sitúa al país en un área de tránsito variable entre el capitalismo y el socialismo. Prescindiendo de estos dos conceptos básicos, la localización histórica de China carece de guías para evaluar su devenir.

Los enfoques que adoptan estas brújulas ubican el debate en coordenadas reconocibles. Habitualmente se discute si la reintroducción del capitalismo en China altera, cancela o facilita el avance hacia el socialismo. Las miradas intermedias no avalan, ni justifican esa regresión y destacan tanto los límites como la potencial reversión de ese proceso.

¿SOCIALISMO DE MERCADO?

Muchas caracterizaciones de China coinciden en la descripción de una formación intermedia, pero evitan esa denominación. Discrepan con ubicarla en el universo pleno del socialismo o del capitalismo, pero optan por situarla en alguna sub variante de esas dos grandes opciones. Los principales exponentes de la primera corriente identifican al país con el socialismo de mercado.

Esa mirada resalta la naturaleza socialista de China, en una enfática reacción contra la vertiente opuesta. Cuestiona los argumentos "simplistas" e "ingenuos" que localizan al país en el universo del capitalismo (Guigue, 2018).

Pero esa contraposición limita el análisis y no ofrece respuestas al complejo perfil de una formación económico-social, que nunca se adoptó formas acabadas de los dos sistemas en debate. Atravesó períodos de transición al socialismo y ahora de restauración al capitalismo, sin madurar ninguna de esas opciones.

Es cierto que China difiere cualitativamente de las grandes economías occidentales y que no afronta todas las contradicciones de capitalismo (Lo Dic, 2016). Pero ha incorporado muchas tensiones de este sistema y comienza a exportarlas al resto del mundo. No es una economía financiarizada, ni neoliberal, pero debe lidiar con la sobreinversión, la superproducción y la búsqueda de mercados, para los excedentes generados en su actividad industrial. Esos desequilibrios no presentan ninguna familiaridad con las tensiones de una economía socialista.

Es un error situar a China en un ámbito de socialismo de mercado por los deslumbrantes resultados que logró en materia de crecimiento. Con ese argumento desarrollista se podría exaltar también el enorme desenvolvimiento logrado por Corea del Sur u otros regímenes brutales del capitalismo asiático.

La identificación actual de China con el socialismo de mercado observa continuidades donde hubo rupturas. Se concibe a la expansión mercantil de los 80 y a las privatizaciones de los 90 como dos momentos de un mismo curso poscapitalista. En esa presentación se omite la diferencia cualitativa que separa la ampliación del mercado dentro de la planificación con la preeminencia del beneficio, la competencia y la explotación.

La denominación "socialismo de mercado" podría quizás aplicarse al primer momento de esa secuencia, pero no al segundo. En este último período se forjó una clase propietaria de grandes empresas, que choca abiertamente con las metas igualitarias del socialismo.

La presencia de ese sector capitalista no expresa la simple extensión de la gestión mercantil. Indica un punto de ruptura o eventual gestación de una "economía mixta". No es lo mismo la existencia de múltiples formas de propiedad (pública, provincial, comunal, cooperativa, privada) que la vigencia de normas de privatización. Los millonarios chinos ubicados en el ranking de *Fortune* no son partícipes de ningún conglomerado socialista.

El desconocimiento de esos datos impide evaluar el sentido de las luchas políticas que se libran en el país. Esas tensiones no expresan sólo las habituales disputas entre fracciones por el manejo poder, que describe la prensa occidental. Tampoco responden a meras oleadas de limpieza de corruptos.

En esos conflictos subyace la confrontación por acelerar o contener la restauración capitalista. Con la óptica del "socialismo de mercado" resulta difícil comprender el sentido de esos choques.

El énfasis analítico puesto en contraponer el próspero modelo asiático con su decadente contraparte occidental suele obstruir la evaluación de esas tensiones internas de China. Es totalmente cierto, que sin pilares socialistas China no hubiera podido erradicar la pobreza, en un conglomerado tan gigantesco y en un plazo tan breve (Jabbour, 2020). El capitalismo no permite consumar mejoras de esa envergadura. Pero esa extraordinaria conquista no se obtuvo con una simple y uniforme gestión socialista, que fue mutando de facetas a lo largo de 70 años. El impulso revolucionario inicial sentó las bases para una expansión posterior, que no tuvo signos unívocos, ni benefició exclusivamente a las mayorías populares.

La tesis de la continuidad socialista acepta todas las variantes seguidas por China, como un curso necesario para el desarrollo de las fuerzas productivas. Esa expansión es acertadamente destacada como una condición imprescindible para forjar alternativas al capitalismo (Andreani; Herrera, 2013).

Pero la mirada indiferenciada y acrítica de todos los periodos atravesados por el país, omite que no existe un sólo camino para ese desenvolvimiento. Tasas elevadas de crecimiento pueden lograrse expandiendo el mercado interno o la Ruta de la Seda, apuntalando o restringiendo la tasa de ganancia, favoreciendo o contrarrestando la desigualdad social.

Ese desarrollo puede exigir una enorme incidencia del mercado en la fijación de precios y en la escala de negocios privados. Pero traspasada cierta frontera, ese curso deja de constituir un desvío hacia el socialismo para transformarse en un sendero opuesto de retorno al capitalismo. Si esta disyuntiva no es explicitada, la restauración puede simplemente consolidarse a través de la autopropulsión que genera el imperio del lucro.

Algunos pensadores suponen con cierta crudeza o ingenuidad que cierto desarrollo capitalista permitirá retomar luego la vía al socialismo, como si esos giros pudieran implementarse con la sencillez de una disposición ministerial. La historia brinda abrumadoras pruebas de la feroz defensa que despliegan los capitalistas para defender sus privilegios. Si afianzan estructuralmente sus beneficios de clase, no renunciarán a esas conveniencias cuando el timbre del socialismo suene en sus portones.

¿CAPITALISMO CONSUMADO?

En el polo opuesto de los teóricos del socialismo de mercado se ubican los pensadores que diagnostican la restauración total del capitalismo.

Consideran que China se ha transformado en una pieza más del tablero global y que el status social de la nueva potencia no se distingue de sus pares de Occidente.

Esa visión es frecuentemente presentada en polémica con los analistas, que ponen reparos a la caracterización de un capitalismo completado e irreversible. Los intérpretes de ese cierre remarcan que "ya no hay vuelta atrás", en la definitiva preeminencia del mismo sistema que impera en el resto del mundo (Sáenz, 2018).

El principal argumento económico para evaluar esa consolidación es la vigencia de todos los mecanismos del capitalismo. Estiman que en China prevalecen las normas de la explotación, la ganancia y la concurrencia (Carccione, 2020). Consideran, que allí impera el mercado de trabajo, la propiedad privada de los medios de producción y la competencia entre las empresas (Au Loong, 2018).

¿Pero la ausencia de financiarización y neoliberalismo no obstruye el funcionamiento pleno de esas normas? ¿La alta regulación estatal, las restricciones al movimiento de capitales, la propiedad pública de la tierra, el control oficial de los bancos y las empresas estratégicas no influyen sobre el curso de la acumulación?

Los teóricos del capitalismo consumado relativizan la presencia de esas limitaciones y no explican por qué razón persisten en ese país, los controles que el neoliberalismo erradicó en el grueso del planeta. La privatización, la desregulación financiera, la apertura comercial y la flexibilización laboral fueron introducidas, para oxigenar al capitalismo de los obstáculos al beneficio que interponía el modelo keynesiano previo. En China no se concretó ese giro.

Quienes estiman que esa nación sepultó por completo su trayectoria previa, tampoco aclaran cuándo se produjo el entierro. La caracterización de ese viraje es clave para definir qué significado se asigna al concepto de capitalismo o socialismo.

Algunos pensadores estiman que la restauración ha sido un proceso ascendente desde fines de los años 70, que contó con el beneplácito de toda la dirigencia. Por eso resaltan el consiguiente aburguesamiento de las capas dirigentes (Laufer, 2020). Consideran que la era Deng, la fase de las privatizaciones y el equilibrio de Xi Jinping constituyen distintos momentos de un mismo proceso.

Pero con esta mirada se ignora la diferencia cualitativa que separa a un modelo de gestión mercantil en el marco de la planificación, de otro con expansión de la propiedad capitalista y de un tercero que limita esa extensión. La importancia de esas distinciones desborda la evaluación de China e involucra el proyecto general del socialismo. El ejemplo asiático justamente interesa para considerar ese futuro.

Quienes rechazan en forma indiscriminada todas las políticas económicas de últimas décadas, implícitamente objetan la reintroducción del mercado. No registran que esa gestión fue compatible con la Nueva Política Económica (NEP) de Lenin en los años 20 y resulta insoslayable para cualquier proyecto poscapitalista en los países subdesarrollados. ¿O acaso era mejor el esquema opuesto de planificación compulsiva y centralizada de la URSS en 1950-60?

El debate sobre China entre los marxistas no es meramente descriptivo. Exige opiniones sobre esas alternativas, para explicitar cuál es el proyecto económico socialista concebido por cada analista.

BURGUESÍA Y FUNCIONARIOS SIN FUSIÓN

Los teóricos del capitalismo completado consideran que esa concreción se consumó con gran protagonismo del estado. Estiman que los conductores del sistema anterior encabezaron la restauración, transformando a la antigua crema de Partido Comunista en la nueva elite del capitalismo (Carccione, 2020).

Pero esa mirada registra identidades donde prevalecen separaciones. La nueva clase burguesa y la burocracia que controla el estado permanecen como dos sectores diferenciados. El primero no capturó el poder y el segundo no se transformó en un mero grupo de propietarios enriquecidos.

La continuidad de esta distinción no invalida que varios millonarios ocupen altos cargos oficiales o que las familias de muchos jerarcas exhiban un nivel de vida ultra acomodado. Lo que interesa conceptualmente no ese cómputo de riquezas, sino el papel objetivo que cumple cada sector en una formación económico-social.

Lo que distingue a China de Rusia o Europa de Este es la continuada diferencia entre la estructura de la sociedad y el estado, que mantiene a la clase capitalista alejada del control del poder político. Esa brecha podría disiparse con el tiempo, pero aún no se ha disuelto. Quienes estiman que la fusión ya se ha consumado aceptan el contraste entre la trayectoria seguida por China y el fenecido "bloque socialista", pero sin extraer conclusiones de ese contrapunto.

También subrayan la gravedad de la crisis capitalista contemporánea y enfatizan los límites históricos de este sistema. Pero eluden indagar cómo ha podido un régimen social en declive expandirse con tanta facilidad e intensidad, en el país más poblado del planeta. No es muy lógico remarcar la asfixia objetiva que afronta el capitalismo occidental y describir sin ningún asombro, cómo ese mismo sistema florece en la principal nación asiática.

La presentación del crecimiento chino como un resultado del empalme funcional con el capitalismo global ilustra tan sólo una cara de la moneda. El país logró su extraordinario desarrollo como un efecto combinado de pilares socialistas, regulaciones estatales y restricciones a la financiarización. La creciente afluencia del capitalismo no frenó esa expansión, pero introdujo grandes desequilibrios de sobreinversión, sobreproducción y desigualdad.

Es muy controvertido suponer que el capitalismo penetra sin ningún escollo bajo el comando consciente del Partido Comunista. Se extrema un razonamiento inspirado en ironías de la historia, al imaginar que la restauración avanza naturalmente por ese insólito carril. No parece muy sensato considerar que los textos de Marx, Lenin o Mao sean utilizados para implantar el sistema que esos escritos repudian. Más lógico es lo ocurrido en Rusia y Europa del Este, dónde se alaba al capitalismo incinerando esos libros. La permanencia del marxismo como literatura oficial en China ilustra lo obvio: la restauración no ha concluido y afronta resistencias.

LUCHA, REPRESIÓN Y LEGADO

La tesis del capitalismo completado atribuye ese resultado a una derrota histórica de la clase obrera. Considera que esa regresión se afianzó a fines de los 80 con Tiananmén, se consolidó con los grandes despidos en empresas estatales durante los 90 y se reforzó definitivamente con un sistema político dictatorial (Au Loong, 2016). Esa visión es coherente con el presupuesto que el capitalismo avanza con tasas crecientes de explotación y pérdidas de conquistas sociales.

Pero ese diagnóstico choca con incontables evidencias de mejora del salario, reducción de la pobreza y expansión del consumo. El enorme crecimiento económico ha sido acompañado de un incremento mayúsculo de la desigualdad, pero sin la tragedia social imperante en los países bajo gestión neoliberal. Las condiciones generales de vida en el país han seguido un rumbo muy contrapuesto, por ejemplo, al observado en América Latina.

Estos avances no retratan los méritos del retorno capitalista. Ilustran la fuerza social de los trabajadores y el impacto de sus demandas efectivas o potenciales. En las últimas dos décadas emergió un nuevo proletariado, con expresiones de resistencia y alta capacidad para hacer valer sus exigencias.

Los propios teóricos de la restauración culminada describen esas protestas como la "peor pesadilla" de la burocracia (Yunes, 2018). Recogen registros de la significativa capacidad exhibida por los operarios para imponer sus derechos (Hernández, 2016)

Esos informes indican que los gerentes de las empresas y los altos funcionarios actúan con cautela, frente al revulsivo potencial de la clase obrera. Esa conducta añade otro argumento a favor de la tesis de un modelo capitalista no concluido.

La misma evaluación se extiende a la caracterización del régimen político. Es evidente que en China no rige una democracia socialista. Esa meta se encuentra muy lejos de su implantación y son numerosas las evidencias de inadmisibles restricciones a los derechos democráticos. Pero los teóricos de la restauración plena no se limitan a constatar o criticar este hecho. Postulan la vigencia de una descarnada dictadura que funciona con normas cuartelarías y consecuencias sanguinarias. Estiman que ese sistema es análogo a la tiranía derrotada por la revolución socialista (el Koumintang) o a la terrorífica junta militar coreana de 1961-1987 (Au Loong, 2016).

China no sólo padecería un retorno del capitalismo, sino también una regresión a la tragedia política de la primera mitad del siglo XX. El país estaría bajo el control de una clase dominante despiadada, que sojuzgaría a los desposeídos mediante un sistema político análogo a las formas premodernas que utilizaban los emperadores y mandarines.

Pero resulta muy difícil congeniar estas descripciones con la modernización que ha protagonizado el país y la consiguiente complejidad de su estructura político-social. Si la imagen de un capitalismo meramente destructor contrasta con los avances en el nivel de vida, la presentación de un tirano al comando de 1500 millones de personas, no condice con la variedad de tendencias políticas actuantes en China. Ese contexto es imperceptible con mirada atadas a un razonamiento convencional de contraposición de totalitarismos con democracias (Mobo, 2019).

La presentación de China como una simple dictadura capitalista también presupone que el legado socialista ha sido completamente demolido. Se estima que esa tradición ha quedado profundamente desacreditada, en un marco de viraje nacionalista de la intelectualidad y apatía política de la juventud (Au Loong, 2016).

Pero ese retrato no coincide con la aparición de nuevas vertientes de izquierda, ni con la continuada gravitación del marxismo. Esa corriente de pensamiento mantiene actualmente mayor vivacidad en China que en sus tradicionales centros de Europa. Ese dato no es irrelevante e indica un escenario mucho más promisorio, que el expuesto por los diagnósticos pesimistas.

¿UN TRANSITORIO CAPITALISMO DE ESTADO?

La restauración no está concluida, pero es una tendencia en curso que podría efectivizarse a través de ciertos episodios decisivos. La sustitución china de Occidente en el comando de la globalización constituiría uno de esos desencadenantes. No se sensato suponer que una formación burocrática asumirá el timón de capitalismo mundial, sin ejercitar a pleno las reglas de la ganancia, la competencia y la explotación. Su captura del liderazgo mundial bajo las normas imperantes en la actualidad, no sería otro jalón del renacimiento histórico de China. Constituiría un punto de viraje hacia la consolidación definitiva del capitalismo.

Otra variedad de ese curso se verificó en los momentos de mayor euforia de "chinamerica". En el cenit de esa asociación algunos analistas concibieron, que las monumentales acreencias asiáticas de Estados Unidos se convertirían en propiedades del gigante oriental. Supusieron que grandes empresas norteamericanas quedarían bajo el control de socios o gerentes chinos. Estimaron que esa conversión podría constituir el primer paso hacia la conformación de la tan debatida, pero inexistente clase dominante transnacional.

En los hechos la concreción de ese proceso fue abortada por el acoso imperialista que inició Obama y reforzó Trump. Esa escala de agresiones dio lugar a la reacción defensiva de Xi Jinping y a un cambio de escenario. El contexto de amigable globalización ha quedado sustituido por un perdurable marco de tensiones.

El resultado de esa confrontación es incierto. Puede abrir caminos de internacionalización capitalista de China, con sus empresas rivalizando más intensamente por lucros, mercados y cuotas de plusvalía. Pero también puede desembocar en choques geopolíticos, depresiones económicas y protestas populares, que algunos pensadores identifican con el debut de un escenario poscapitalista (Dierckxsens; Formento; Piqueras, 2018). La actual formación intermedia china con sus clases adineradas, su regulación estatal y su retórica oficial marxista redefinirá su perfil en el escenario que se avecina.

El status transitorio de esa formación económico-social es destacado por muchos pensadores. A falta de una denominación más adecuada, algunos utilizan el término de "capitalismo de estado" para tipificar ese régimen. Recurren a ese concepto para resaltar el papel del estado como un gran timonel de la economía, en la fijación de todos los parámetros y las restricciones de la acumulación (Brenner, 2019).

Pero justamente por ese motivo el término es inadecuado. El capitalismo de estado obviamente presupone que el capitalismo ya impera con plenitud en la sociedad y en el aparato estatal. Opera a través de ese organismo para forzar el cumplimiento de las metas de inversión, acumulación o desarrollo

que ambiciona la clase dominante. Fue la dinámica que imperó por ejemplo en Japón.

Lo que distingue a China de ese antecedente ha sido la preexistencia de una revolución socialista, que cortó una trayectoria inicial del capitalismo. Ese componente socialista estuvo ausente en todas las versiones que adoptó el capitalismo de estado a lo largo del siglo XX.

Esa singularidad es registrada por otro enfoque, que utiliza el mismo concepto para destacar que China retomará un desemboque en el socialismo (Amin, 2013). Sugiere que el capitalismo de estado constituye un eslabón hacia ese objetivo. Pero también da a entender que formas de capitalismo regulado son indispensables para la paulatina gestación de una sociedad igualitaria. Lo que resulta muy difícil de imaginar es cómo el socialismo emergería de una secuencia de capitalismos de distinto molde. La tesis de un status intermedio evita esos inconvenientes.

CONFRONTACIÓN DE INTERESES Y PROGRAMAS

China no es una sociedad uniforme, acallada y sometida. En el propio Partido Comunista coexisten millones de personas, que confrontan propuestas y posturas a través de distintos canales.

Las discrepancias que salieron a la superficie durante la pandemia constituyen un indicador de esos contrapuntos. En esa emergencia actuaron junto al oficialismo distintas asociaciones que no pertenecen al partido hegemónico. Es importante conocer esas actividades para superar los estereotipos que difunden los medios de comunicación, en su presentación de una sociedad simplemente esclavizada a los mandatos de una autocracia (Prashad, 2020).

Esa imagen no evalúa a Estados Unidos con la misma vara. Omite que en ese país impera en los hechos una dictadura bipartidista de la misma elite, que intercambia periódicamente el timón presidencial entre exponentes Demócratas y Republicanos. Esa manipulación no impide la existencia de un escenario multifacético de tendencias políticas de variado tipo. La misma (o mayor) diversidad impera en China.

La tesis del monolitismo asiático choca con el simple registro de las corrientes políticas del país. Una analista distingue seis vertientes significativas. Los neoliberales proponen expandir las privatizaciones, reducir el estado de bienestar y anular las leyes de salario mínimo. Los socialistas democráticos propician una economía mixta gestionada con formas políticas

multipartidarias. La Nueva Izquierda defiende las empresas públicas, cuestiona la inserción en la globalización y rechaza desigualdad. Los milenaristas retoman los ideales de Confucio, para postular una reorganización del país con parámetros éticos. Las marxistas singulares exigen combinar normas de eficiencia con ideales altruistas y sus colegas tradicionalistas retoman ideas de Mao, para priorizar la defensa del país y la continuidad de las empresas estatales (Enfu, 2012).

Ese retrato sugiere una diversidad que no es perceptible con las anteojeras del institucionalismo burgués. Refuta la imagen de homogeneidad en una nación que alberga a un sexto de la población mundial. No es la brecha cultural o la barrera idiomática lo que impide tomar contacto con esa realidad. La obstrucción deriva de un prejuicio que contrapone el autoritarismo asiático con la floreciente diversidad occidental.

Los pensadores que tuvieron más familiaridad con la vida política china, resaltaron en los últimos años la intensa confrontación entre la corriente neoliberal y antiliberal. Describieron la pugna entre los partidarios del libre comercio globalista y los promotores de la regulación estatal (Amin, 2013).

Pero un proceso más interesante se desarrolla en torno en torno a la denominada Nueva Izquierda. Esta corriente surgió a mitad de los años 90 cuestionando los proyectos de privatización y postulando la redistribución del ingreso, mediante un curso de modernización alejado del patrón capitalista (Ban Wang; Jie Lu, 2012).

La Nueva Izquierda denuncia el fetichismo del crecimiento, defiende el sistema de seguridad social y condena la amnesia de la herencia revolucionaria. Auspicia la acción colectiva y estima que Tian An Men fue una rebelión contra la corrupción y la injusticia (Keucheyan, 2010: 177-185).

Los partidarios de esta corriente también objetan la mirada angelical de los cultores de Confucio (Rofel, 2012). Critican la despolitización y reivindican las protestas populares (Wang Hui, 2015). Promueven, además, una revisión de la Revolución Cultural alejada de la demonización prevaleciente, cuestionando el énfasis unilateral en las facetas negativas de ese episodio (Mobo, 2019).

La evaluación del maoísmo es uno de los principales temas en debate en la Nueva Izquierda. Algunos analistas destacan la existencia de varias corrientes herederas de Mao. Una vertiente de peso en las estructuras oficiales prioriza la defensa nacional frente a la agresión de Estados Unidos. Otra se desenvuelve fuera de ese ámbito y propicia la organización autónoma de los sindicatos (Quian Benli, 2019).

La Nueva Izquierda convoca a renovar el proyecto socialista, en confrontación con el presupuesto de conveniencia (o inexorabilidad) de una etapa capitalista. Estima que la instauración de ese sistema entraña consecuencias

nefastas y despliega una intensa batalla contra la cultura de la mercantilización (Lin Chun 2013:197-215).

Los exponentes de esta mirada denuncian los desequilibrios que ha introducido el capitalismo, reconociendo las mejoras registradas en el nivel de vida y la complejidad creada con la gestación de una nueva clase media urbana (Lin Chun 2009).

Objetan la primacía asignada a la expansión externa, destacando que China no necesita transformarse en una potencia mundial, ni actuar como faro del libre-comercio. Debe priorizar el cúmulo de mejoras pendientes en la esfera doméstica (Lin Chun 2019). Señalan que en lugar de comprometer a la economía con riesgosas inversiones foráneas convendría canalizar el ahorro excedente hacia los circuitos locales, para revitalizar las empresas estatales e incrementar los gastos sociales.

Esta orientación privilegia la actividad económica interna buscando una reconciliación entre el socialismo y el mercado (Lin Chun 2009). En el plano externo promueve retomar las ideas antiimperialistas que el país alentaba antes de amoldarse a la euforia de globalismo (Lin Chun 2019).

Este programa de la Nueva Izquierda es coherente con un diagnóstico de limitada reconversión capitalista de China. La implantación definitiva de ese sistema puede ser contenida mediante un curso opuesto de renovación socialista basado en el protagonismo popular.

Lo que está en juego es una confrontación de intereses. La discusión sobre la naturaleza capitalista, socialista o intermedia de China no es una controversia académica sobre la clasificación de la nueva potencia. Sintetiza distintas miradas y propósitos para el país que definirá el curso del escenario global.

2-10-2020

CAPITULO 10

¿ES RUSIA UNA POTENCIA IMPERIALISTA? GESTACIÓN NO HEGEMÓNICA

Nadie hubiera preguntado si Rusia actuaba como una potencia imperialista en los años que siguieron al colapso de la Unión Soviética. En esa época sólo se discutía si ese país mantendría alguna relevancia. La era Yeltsin condujo a la insignificancia internacional de Moscú y todas las evaluaciones sobre el imperialismo estaban referidas a Estados Unidos.

Treinta años después ese escenario ha mutado en forma drástica, con el resurgimiento de Rusia como gran actor geopolítico. Este viraje ha reabierto los debates sobre la pertinencia de la categoría imperial para ese país. El concepto es asociado con la figura de Putin y ejemplificado en la reciente invasión a Ucrania. Esa incursión es vista como una contundente prueba del renovado imperialismo ruso.

HTTPS://JACOBIN.COM/2023/02/RUSSIA-UKRAINE-WAR-GLOBAL-POLITICS-BERTRAND-BADIE-POWERLESSNESS-OF-POWER

Las miradas más corrientes consideran que esa impronta es un dato indiscutible. Destacan que Moscú oprime a sus vecinos con el objetivo de socavar la libertad, la democracia y el progreso. También denuncian que el Kremlin intensifica su agresividad para expandir un modelo político autocrático.

DESACIERTOS CONVENCIONALES

Los principales gobiernos y medios de comunicación de Occidente cuestionan las incursiones de Moscú que justifican en el propio campo. El despliegue de tropas en Ucrania, Georgia o Siria es presentado como un acto inadmisible, pero las ocupaciones de Afganistán, Irak o Libia son interpretadas como episodios habituales. La anexión de Crimea es categóricamente repudiada, pero la apropiación de tierras en Palestina es calurosamente bienvenida.

Esa hipocresía es combinada con inverosímiles denuncias para atemorizar a la población. Se describe un gigantesco poder ruso con inconmensurable capacidad de daño. La manipulación moscovita de los comicios estadounidenses a través de infiltrados y algoritmos ha sido la acusación más absurda de esa campaña.

Todas las conspiraciones diabólicas son atribuidas a Putin. Los medios suelen mostrarlo como la encarnación del mal. Es retratado como un déspota que reconstruye un imperio con brutales métodos de totalitarismo interno (Di Palma, 2019). Nunca se hacen comparaciones con las elogiadas plutocracias de Estados Unidos o Europa, que imponen la convalidación del dominio ejercido por las elites gobernantes.

Las liberales suelen describir al imperialismo ruso como una enfermedad enraizada en la historia autoritaria del país. Consideran que esa sociedad arrastra una antigua compulsión al avasallamiento de territorios ajenos (La Vanguardia, 2020).

Con esa mirada repiten lugares comunes, sin avanzar en la evaluación seria del problema. Si Rusia contiene el gen del imperio en su innata constitución, no tendría mucho sentido profundizar el estudio del tema. Constituiría simplemente un caso perdido frente a las consabidas virtudes de Occidente.

Con la misma naturalidad que se resalta la omnipotencia imperial de Rusia se exime a Estados Unidos y a sus socios de esa condición. El imperialismo es visto como un corolario de la autocracia moscovita, que el apego a la tolerancia republicana ha evitado en el universo transatlántico. Cómo se compatibiliza ese relato con el saqueo colonial padecido por África, Asia y América Latina es un irresoluble misterio.

Las diatribas contra Moscú recrean el viejo libreto de la guerra fría, que contraponía el opresivo totalitarismo ruso con las maravillas de la democracia norteamericana. Los muertos que desparramó el Pentágono para garantizar los beneficios de ese paraíso son rigurosamente ocultados. El contraste entre la felicidad estadounidense y la lúgubre supervivencia de Rusia ha persistido como un invariable mito.

La compulsión imperial del Kremlin es también observada como un desafortunado recurso del país, para lidiar con su sombrío destino. Las miradas euro-céntricas más extremas observan a los rusos como una etnia de blancos, que no supo asimilar la civilización occidental y quedó atascada en el atraso de Oriente. El castigo nazi intentó resolver esa anomalía con el exterminio de una parte de los eslavos, pero la derrota de Hitler sepultó durante un largo tiempo las ópticas denigratorias. En la actualidad vuelven a renacer los viejos prejuicios.

Para evaluar con alguna seriedad el lugar de Rusia en el club de las potencias imperiales hay que archivar esas tonterías. Se necesita clarificar ante todo el status de ese país en el universo del capitalismo. La vigencia de ese sistema es una condición de pertenencia al enjambre imperial. El desconocimiento de esa conexión impide a los liberales (y a sus vulgarizadores mediáticos) aproximarse al entendimiento del problema.

LA REINTRODUCCIÓN DEL CAPITALISMO

Desde hace tres décadas prevalecen en Rusia los tres pilares del capitalismo. Se restauró la propiedad privada de los medios de producción, se consolidaron las normas de ganancia, competencia y explotación y se introdujo un modelo político que garantiza los privilegios de la nueva clase dominante.

La adopción de ese sistema fue vertiginosa. En tan sólo tres años (1988-1991) quedó sepultado el intento de reformas paulatinas de la URSS que promovía Gorbachov. Como su modelo de *Perestroika* rechazaba la renovación socialista y la participación popular, facilitó una arrolladora restauración del capitalismo. La vieja elite auto demolió su régimen, para desembarazarse de todas las restricciones que impedían su reconversión en clase propietaria.

Yeltsin timoneó esa fulminante transformación en 500 días de privatizaciones. Repartió la propiedad pública entre sus allegados y transfirió la mitad de los recursos del país a siete grupos empresarios. El nuevo sistema no emergió como en Europa Oriental desde afuera y bajo la influencia occidental. Fue gestado desde arriba y al interior del sistema precedente.

La burocracia se transformó en oligarquía mediante un simple cambio de vestimenta. Esa misma mutación de abanderados del comunismo en exaltadores del capitalismo se verificó en todos los países asociados con el Kremlin.

Es evidente que el estancamiento económico, el declive de la productividad, la ineficiencia de la planificación compulsiva, el desabastecimiento y la sub producción determinaron el malestar que precipitó el colapso de la URSS. Pero la magnitud de esos desequilibrios ha sido sobredimensionada, olvidando que nunca presentaron la envergadura de los desplomes financieros padecidos por el capitalismo occidental. La economía soviética no afrontó, por ejemplo, un terremoto equivalente al desmoronamiento sufrido por los bancos en el 2008-09.

El modelo de la URSS fue sepultado en el ámbito político por una clase dominante que remodeló el país. En esa alteración radica la gran diferencia con China, que mantuvo intacta su estructura tradicional de gobierno, en un nuevo escenario signado por la protagónica presencia de los capitalistas.

Esa diferencia determina la preeminencia de una restauración ya completada en Rusia y en una disputa aún irresuelta en China. El manejo del Estado ha sido la variable decisiva del retorno al capitalismo. Este giro presenta el mismo alcance histórico que tuvo la caída de los regímenes monárquicos en el surgimiento de ese sistema.

Yelstin forjó una república de oligarcas que se apoderaron del petróleo, el gas y la exportación de materias primas. Introdujo el manejo autoritario del poder ejecutivo y generalizó el fraude en los comicios parlamentarios.

Putin contuvo esa dinámica depredadora mediante una sostenida tensión con la nueva plutocracia. Pero no revirtió los privilegios de los millonarios. Para frenar el endeudamiento privado, el déficit externo, el temblor monetario y la desinversión local, introdujo controles y disputó el poder de decisión con los enriquecidos.

Ese conflicto fue zanjado con el encarcelamiento de Jodorkovski, el desplazamiento de Medvedev y el acoso a Navalny. Al compás de esos desenlaces, Putin logró prorrogar su mandato e hizo valer su autoridad. Pero convalidó las privatizaciones y el manejo elitista de los sectores estratégicos de la economía. Tan sólo puso un límite al saqueo de los recursos naturales, para marginar a los acaudalados del control directo del gobierno.

Esta doble acción es frecuentemente incomprendida por los analistas que ubican a Putin en el simple casillero de los mandatarios autoritarios. Omiten la estratégica labor que cumplió en el afianzamiento del capitalismo.

Esa convalidación ha requerido un sistema político superpresidencial, asentado en burocracias y aparatos de seguridad que duplicaron el tamaño

legado por Yelstin. Putin asegura su predominio mediante la manipulación del sistema electoral y de los candidatos que disputan cargos de relevancia.

Pero esa supremacía no implica un modelo unipersonal dependiente de los humores del primer mandatorio. El jefe del Kremlin gestiona en forma consensuada, para preservar la cohesión de las élites. Con ese rol moderador evita la confrontación entre las 100 familias que controlan la economía. Esa armonización exige un arbitraje, que el mandatario ha perfeccionado al cabo de dos décadas de comando gubernamental.

En Rusia se corrobora, por lo tanto, la vigencia del capitalismo como insoslayable precondición de cualquier status imperial. Pero la variedad imperante de ese sistema crea otro tipo interrogantes.

UN MODELO CONTRADICTORIO E INCIERTO

Desde hace tres décadas los académicos neoliberales desojan la margarita, para desentrañar cuánto maduró la ponderada "transición hacia una economía de mercado". Nunca logran develar ese curioso devenir, en un país que refutó todos augurios ortodoxos de competencia y bienestar. La prometida prosperidad capitalista no emergió de las cenizas de la URSS. La planificación burocrático-compulsiva fue reemplazada por un modelo que arrastra mayores desequilibrios (Luzzani, 2021).

La dinámica habitual de los mercados afronta inéditos obstáculos en una economía de baja productividad, ausencia de transparencia y prácticas empresariales reñidas con los manuales del liberalismo. El peso de los monopolios es tan dominante como el protagonismo de las mafias, en un esquema irónicamente identificado con el "capitalismo jurásico".

El curso de la acumulación está signado por la omnipresencia de los clanes y sus consiguientes modalidades de dependencia personal. Un estrecho círculo de beneficiarios lucra con mecanismos informales de apropiación, basados en la coerción estatal. Con esos patrones, el capitalismo funciona en la sombra, a favor de una elite que ensancha sus patrimonios con acotada inversión, despegue productivo o expansión del consumo.

Varias adversidades del esquema imperante en la URSS (burocratismo, corrupción, descoordinación administrativa, ineficiencia) han sido recicladas en un modelo igualmente inoperante. Las relaciones culturales forjadas al cabo de muchas décadas de primacía burocrática se han recompuesto, generando una inercia que potencia la desigualdad, sin permitir el desarrollo que enorgullecía a la Unión Soviética. Las viejas adversidades del modelo burocrático han convergido con las novedosas penurias del capitalismo (Buzgalin, 2016).

Desde hace treinta años prevalece un esquema de exportación de materias primas, con grandes empresas especializadas en la comercialización del gas (Gazprom), el petróleo (Rosneft) y los recursos naturales (Lukoil). El peso del sector privado es un dato tan sobresaliente, como el enriquecimiento de los millonarios vinculados a esas actividades. Por esa dependencia del combustible exportado, Rusia ha quedado sometida al vaivén internacional de los precios del petróleo.

Esa preeminencia de las materias primas contrasta con la primacía de la industria en el régimen precedente. Rusia preserva un importante desenvolvimiento tecnológico, pero la apertura importadora, la desinversión y la simple desidia afectaron severamente al viejo aparato fabril y obstruyeron su modernización. La industria fue penalizada por una elite liberal de exportadores despreocupada por ese sector. La pequeña producción fabril fue afectada además por el ingreso de corporaciones multinacionales, en un contexto de baja financiación interna.

La contracara de esa reducida provisión crediticia fue el desproporcionado endeudamiento externo de la elite que demolió a la URSS. Mediante esa hipoteca precipitaron un descontrol de los flujos financieros. El efecto de ese vaciamiento fue la enorme fuga al exterior del excedente generado en el país.

La gigantesca masa de dinero que los oligarcas diseminaron en los paraísos fiscales quedó sustraída de la acumulación. Rusia ocupa el primer lugar en el ranking mundial de capitales expatriados, que Argentina integra en el tercer puesto. La degradación que afecta a esa economía sudamericana, ilustra las dramáticas consecuencias de expatriar los grandes patrimonios. En 1998 esa descapitalización condujo en Rusia a una descomunal crisis del rublo.

Putin reaccionó con drásticos cambios para contener esa vulnerabilidad neoliberal. Obstruyó la hemorragia de fondos y construyó un enorme *petroestado*, que retiene el excedente comercial para facilitar el resguardo de las reservas (Tooze, 2022). Con ese dique contrapesa la fragilidad de un modelo afectado por la primarización. La consistencia de ese esquema es un gran interrogante para todos los economistas.

ACTUAL SEMIPERIFERIA

Rusia integra el casillero de las economías igualmente distanciadas del capitalismo central y periférico. Es una semiperiferia ubicada en el eslabón intermedio de la división global del trabajo. Esa inserción es asemejada por algunos analistas con el lugar mundial de India o Brasil (Clarke; Annis, 2016). En los tres casos pesa la enorme dimensión del territorio, la población y los

recursos. También se verifica la misma distancia con las economías más funcionales a la globalización (Corea del Sur, Taiwán, Malasia).

Rusia no integra el club de las potencias que comandan el capitalismo mundial. Mantiene brechas estructurales con los países desarrollados, en todos los indicadores de nivel de vida, promedio del consumo o dimensión de la clase media. Pero es igualmente significativa su lejanía con las economías relegadas de África o Europa Oriental. Se mantiene como una semiperiferia tan distanciada de Alemania y Francia, como de Albania y Camboya.

El gigante euroasiático tampoco actúa como un simple proveedor de materias primas. Hace valer su enorme influencia en el abastecimiento de gas a dos continentes. Por eso compite con otros suministradores de peso, en la batalla por los precios y las condiciones de prestación de ese recurso.

Pero ninguna de las empresas rusas de energía tiene la relevancia estratégica de los bancos o las firmas tecnológicas de Estados Unidos, Europa Occidental o Japón. El país no disputa en las ligas mayores de la competencia globalizada y del capitalismo digital.

El status semiperiférico de Rusia en la estratificación global difiere del impresionante ascenso que logró China, al escalar a un lugar central de esa jerarquía. Moscú no se aproximó a ese podio.

EL ACOSO IMPERIAL NORTEAMERICANO

La conversión de Rusia en una potencia imperial es una posibilidad abierta por el peso del país en el escenario mundial. Exhibe un capitalismo inestable, pero plenamente restaurado y una inserción internacional intermedia, pero muy gravitante. Su rol geopolítico está determinado por el choque con la estructura mundial dominante que encabeza Estados Unidos.

Rusia es el blanco predilecto de la OTAN. El Pentágono está empeñado en socavar todos los dispositivos defensivos de su gran adversario. Busca la desintegración de Moscú y estuvo a punto de lograrlo en la era Yelstin, cuando los bancos norteamericanos llegaron a tantear el control accionario de las empresas rusas (Hudson, 2022). Ese fallido intento fue sucedido por una sistemática presión militar.

El primer paso fue la destrucción de Yugoslavia, con la consiguiente conversión de una vieja provincia serbia en la fantasmal república de Kosovo. Ese enclave custodia en la actualidad los corredores energéticos de las multinacionales estadounidenses, en las proximidades de Rusia.

La OTAN transformó a los tres países Bálticos en una catapulta de misiles contra Moscú, pero no pudo extender ese cerco a Georgia. Falló en la aventura militar que intentó su títere de ese momento (Saakashvili).

El Pentágono se concentró posteriormente en el cinturón fronterizo del Sur, mediante una gran diversidad de operativos localizados en Transcaucasia y Moldavia. Por ese camino terminó convirtiendo a Ucrania en la madre de todas las batallas.

El ensañamiento yanqui contra Rusia incluye un ingrediente de inercia y otro de memoria histórica por la experiencia de la Unión Soviética. Demoler al país que incubó la primera revolución socialista del siglo XX es una meta reaccionaria, que ha sobrevivido a la propia desaparición de la URSS (Piqueras, 2022). A pesar de la categórica preeminencia del capitalismo, Occidente no ha incorporado a Rusia a su esfera corriente de funcionamiento.

Estados Unidos desenvuelve una interminable sucesión de agresiones para impedir la recomposición de su enemigo. Implementa esa escalada a través de una alianza militar forjada en la posguerra, como si el extinguido campo socialista se mantuviera en pie. La OTAN recrea la guerra fría con los mismos lineamientos del siglo XX y reaviva las viejas tensiones internacionales. De la misma forma que la Santa Alianza continuó hostilizando a Francia luego de la derrota Napoleón (por la simple memoria de la revolución), la agresión contemporánea contra Rusia incluye resabios de venganza contra la Unión Soviética.

COMPLICIDADES Y REACCIONES

Francia y Alemania participan del acoso de Rusia con una agenda propia que prioriza la negociación económica. Moscú ofrece suministros de energía en condiciones muy convenientes para las industrias germanas y Berlín intentó contrarrestar el disgusto de Washington con esa sociedad.

El punto crítico se ubica en las obras del oleoducto construido bajo las aguas del Mar Báltico (*Nord Stream 2*). Ya se han ensamblado 1230 kilómetros de tuberías que conectan directamente al proveedor ruso con el adquiriente germano. Estados Unidos recurrió a todas las maniobras imaginables para sabotear ese proyecto, que rivaliza con sus ventas de gas licuado. Ese conflicto es uno de los principales trasfondos de la guerra de Ucrania.

Washington ha presionado en todos los terrenos y durante la pandemia logró imponer el veto europeo a la vacuna *Sputnik*. Ahora exige una sumisión total en sanciones contra Moscú, que tienden a socavar el proyecto alemán de convenios comerciales con Rusia.

Berlín intentó aprovechar el desmoronamiento de la URSS para extender sus prósperos negocios de Europa Oriental. Buscaba usufructuar de la apertura comercial iniciada por Yeltsin y aspiraba a forjar un eje franco-alemán, para atenuar el predominio de Washington. El Departamento de Estado escaló los choques con Rusia para neutralizar esa estrategia y logró arrastrar a sus socios a la gran cruzada en curso contra Moscú (Poch, 2022).

Estados Unidos impuso un rearme de la OTAN que acrecienta la brecha de gastos militares con Rusia. El presupuesto bélico de la primera potencia bordeó en el 2021 los 811.000 millones de dólares, Gran Bretaña invirtió 72.000, Alemania 64.000 y Francia 59.000. Esas cifras superan largamente los 66.000 de la Federación Rusa (Jofre, 2021).

La guerra de Ucrania fue precedida, además, por una intensificación de los ejercicios transatlánticos conjuntos. En el *Defender Europe 21* (mayo y junio del año pasado) participaron 40.000 efectivos y 15.000 unidades de material bélico, con simulaciones muy próximas a las fronteras del Este.

Rusia intentó frenar esa avanzada con varias propuestas desoídas por Occidente. Ese rechazo ha sido una constante de Washington, que defraudó una y otra vez a Putin. El líder del Kremlin inició su carrera con una gran expectativa de coexistencia con Estados Unidos. Después de la traumática experiencia de Yeltsin intentó alcanzar un s*tatus quo,* basado en el reconocimiento de Moscú como potencia. Con ese propósito emitió incontables mensajes de conciliación.

Putin colaboró con la presencia yanqui en Afganistán, mantuvo términos cordiales con Israel, canceló la entrega de misiles a Teherán y no interfirió el bombardeo a Libia (Anderson, 2015). Esa sintonía inicial llegó a incluir una sugerencia de asociación con la OTAN.

El Departamento de Estado respondió a todas las ofrendas de paz con mayores incursiones y Putin perdió sus ilusiones de convivencia armoniosa. En 2007 comenzó una contraofensiva, que afianzó con las victorias de Georgia y Siria. Mantuvo igualmente propuestas de armisticio que Washington ni siquiera consideró (Sakwa, 2021).

Rusia es hostilizada, con el mismo descaro que el Pentágono exhibe frente a todos los países que desoyen sus exigencias. Pero Estados Unidos confronta en este caso con un rival que no es Irak o Afganistán, ni puede ser maltratado como África o América Latina.

INTERVENCIÓN EXTERNA Y ARMAMENTO

Rusia es un país capitalista que ha recompuesto su gravitación internacional, pero no reunía hasta la incursión en Ucrania los rasgos generales de un agresor imperial. Ese formato presupondría profundizar un curso geopolítico ofensivo que Putin aún no desenvuelve, pero ya sugiere.

La implosión de la URSS fue sucedida por tensiones bélicas en 8 de las 15 ex repúblicas soviéticas. En todos los conflictos de sus zonas aledañas Moscú desplegó su fuerza militar. De la discreta presencia antes de la destrucción de Yugoslavia, pasó a una fulminante incursión en Georgia y a la invasión actual a Ucrania.

Rusia intenta frenar el pasaje de sus viejos aliados al campo occidental y pretende evitar la desestabilización de sus fronteras. Un ejemplo de esa política fue la reciente tregua que impuso a los armenios y azerbaiyanos en Nagorno Karabaj. Avaló la recuperación de territorios que consumó el segundo contendiente, para contrarrestar la derrota sufrida en el 2016.

Pero frente al peligro de una conflagración mayor, Putin forzó un armisticio que disgustó a sus aliados de Armenia. Moscú exhibió su poderío al imponer un arbitraje que pospone la resolución de los conflictos pendientes (refugiados, autonomías locales, corredores de unión de zonas pobladas por ambos grupos).

El equilibrio con todas las elites locales bajo su estricto comando, guía la intervención del Kremlin en el espacio postsoviético. Rusia ordena sus decisiones siguiendo la doctrina Primakov, que propicia una recuperación del peso del país para contrarrestar la hegemonía de Estados Unidos (Armanian, 2020).

El gestor de esa concepción ganó relevancia como precursor de Putin, promoviendo el proyecto multipolar frente al unilateralismo norteamericano. Propició un triángulo estratégico con India e China (ampliado a Brasil y Sudáfrica), para crear un polo alternativo a la primacía estadounidense.

Putin ha seguido esas pautas para frustrar la dominación unilateral de Washington, a fin de convertir al Kremlin en un coadministrador de los asuntos internacionales. Esa estrategia es muy activa pero no define un status imperial.

La acción militar es el ingrediente clave de esa condición y el poderío bélico de Rusia ha ganado visibilidad. Moscú cuenta con 15 bases militares en 9 países extranjeros y hace valer su gravitación como segundo exportador mundial de armas.

Esa influencia bélica no compite igualmente con el arsenal del contrincante norteamericano. Estados Unidos tiene 800 bases extranjeras y duplica

las exportaciones del armamento ruso. De las 100 principales empresas de este sector 42 corresponden a Washington y sólo a 10 a Moscú. Además, el gasto de defensa de los 28 miembros de la OTAN supera en 10 veces a su equivalente ruso (Smith, 2019).

Pero la incidencia de la economía armamentista en Rusia es muy significativa. Es el único sector exento del retroceso industrial que sucedió a la caída de la URSS. La alta competitividad de esa rama ya constituía una excepción durante el declive de ese régimen y se ha consolidado en las últimas décadas.

Putin no se limitó a preservar el arsenal legado por la Unión Soviética. Reactivó la industria militar para afianzar la presencia internacional del país. Esa intervención obliga a extender las funciones del complejo militar más allá de su lógica disuasiva. La dinámica defensiva de esos dispositivos coexiste con su utilización para intervenciones externas.

UN IMPERIO NO HEGEMÓNICO EN GESTACIÓN

Rusia no forma parte del imperialismo dominante, ni es socio alterimperial o coimperial de ese entramado. Pero desenvuelve políticas de dominación con intensa actividad militar. Es globalmente hostilizada por Estados Unidos, pero adopta conductas opresivas en su propio radio ¿Cómo podría definirse ese contradictorio perfil? El concepto de imperio no hegemónico en gestación sintetiza esa multiplicidad de rasgos.

El componente no hegemónico está determinado por el lugar contrapuesto que mantiene el país frente a los centros del poder imperial. Al igual que China es objeto de un sistemático acoso por parte de la OTAN y ese hostigamiento ubica a Rusia fuera del principal circuito de dominación del siglo XXI.

El elemento imperial despunta en forma embrionaria. La restauración capitalista en una potencia con siglos de prácticas opresivas ya se ha consumado, pero los indicios de políticas imperiales tan sólo asoman como posibilidades. El término de imperio en formación resalta ese status incompleto y a la vez congruente con el regreso del capitalismo.

La definición de un imperio no hegemónico en gestación permite evitar dos unilateralidades. La primera aparece con el mero señalamiento de conflictos entre Moscú y Washington. La segunda con la exclusiva atención a las tendencias opresivas.

El doble status de Rusia -como imperio naciente enfrentado con el dominador estadounidense- es soslayado por los analistas que optan por la mera

descripción de la política moscovita. Destacan correctamente que Rusia es el país más grande del planeta, sin cabida posible en asociaciones con Europa o Asia. Cuenta, además, con un arsenal nuclear tan sólo superado por Estados Unidos.

Pero Rusia mantiene un desenvolvimiento económico muy desequilibrado y con mayúsculas debilidades frente a China. Arrastra una convulsiva restauración capitalista, que obstruye su encasillamiento en los modelos habituales del imperialismo.

Las comparaciones con Brasil o India no resuelven el status imperial de Rusia, puesto que esa condición es igualmente controvertida en ambos referentes. En el siglo XXI ya no alcanza con distinguir a las potencias centrales dominantes de los países periféricos sometidos. Tampoco la simple constatación de semejanzas entre economías semiperiféricas de gran porte, esclarece el status geopolítico de cada país. El acoso norteamericano a Rusia no se extiende a India o Brasil y determina un lugar muy distinto de Moscú en el orden global.

La caracterización de Rusia como un imperio no hegemónico en gestación contrasta con la imagen de una potencia ya integrada al imperialismo. La inserción semiperiférica, el radio acotado de las intervenciones militares de Moscú y la magnitud reducida de las firmas transnacionales rusas ilustran diferencias con un status ya afianzado. Pero Rusia incluye nítidas potencialidades imperiales por su condición capitalista y por su rol dominante en los conflictos con los vecinos.

El imperio en gestación afronta una prueba decisiva en la guerra de Ucrania. Esa incursión introduce un giro cualitativo en la acción de Moscú, cuyos resultados incidirán en la condición internacional del país. El conflicto ha consolidado el lugar contrapuesto de la potencia euroasiática frente al imperialismo occidental, pero también refuerza la conducta opresiva del Kremlin en su radio fronterizo. Las tendencias imperiales que asomaban como posibilidades han adoptado otro espesor, luego del operativo militar contra Kiev (Katz, 2022).

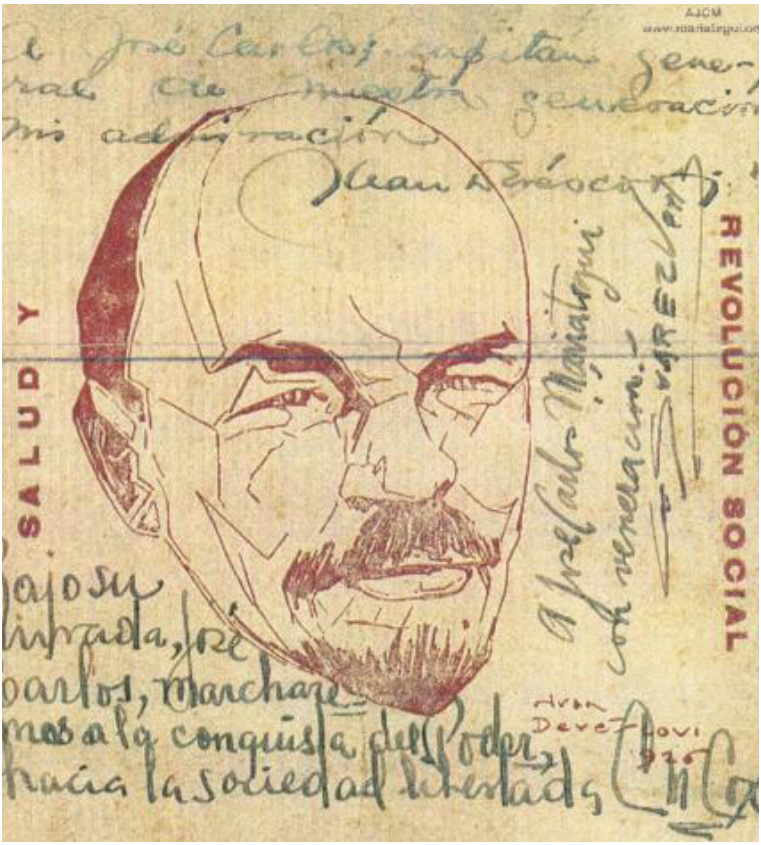
El escenario de esa contienda sigue abierto. Pero cabría imaginar qué si Rusia sale airosa de esa primera incursión en gran escala, su embrionario perfil actual podría tender a madurar, hasta atravesar la barrera que lo separa de un imperio en regla.

Por el contrario, si Moscú afronta una súbita derrota o se empantana en una agobiante guerra de desgaste, las tendencias imperiales podrían abortar antes de efectivizarse. Ucrania definiría en ese caso, si Rusia consuma o diluye su salto hacia un status imperialista. Pero en ambas hipótesis hay que clarificar más elementos del significado contemporáneo del imperialismo.

29-4-2022

CAPITULO 11

EL LEGADO DE LENIN



HTTPS://JACOBINLAT.COM/2022/01/21/LENIN-SEGUN-JOSE-CARLOS-MARIATEGUI/

En el pensamiento marxista es habitual utilizar criterios extraídos de Lenin, para discernir si Rusia es o no imperialista. A principio del siglo XX, el líder bolchevique interpretó la dinámica imperial a la luz de una etapa final del capitalismo. Consideró que ese período estaba signado por la crisis, la guerra y la revolución y observó la gran conflagración de 1914-18 como una prueba del ocaso del sistema. Posteriormente confirmó esa caracterización con el triunfo de la revolución rusa y estimó que esa victoria inauguraba la transformación socialista de todo el planeta.

Lenin elaboró su teoría del imperialismo concibiendo ese escenario de inminente extinción del capitalismo. Entendía que los nuevos rasgos económicos de su época eran representativos de la desaparición de un régimen social y del nacimiento de otro. Evaluaba la exportación de capital, la preeminencia de los monopolios y la supremacía del capital financiero, como indicadores del agotamiento del capitalismo y la madurez del socialismo (Lenin, 1916).

La secuencia histórica posterior siguió otra trayectoria, pero la fértil visión de Lenin continúa en el centro de los debates. Distintos enfoques ponderan, actualizan o reconsideran su mirada. Nuestro balance se emparenta con esta última revisión (Katz, 17-3: 2011). Pero la gran pregunta actual gira en torno a la pertinencia de su tesis para clarificar el status de Rusia. ¿Ofrece los instrumentos requeridos para esclarecer la eventual condición imperial de ese país?

Los autores que responden en forma positiva a ese interrogante, destacan la semejanza de la era actual con el período retratado por el líder bolchevique. Consideran que los criterios aportados por el dirigente comunista clarifican el perfil imperial de las principales potencias del siglo XXI.

Pero de esa evaluación surgen dos respuestas contrapuestas sobre el status contemporáneo de Rusia. Algunos planteos deducen que ya se ubica en el club de los imperios dominantes y otros estiman que no reúne los requisitos para participar de ese entramado. Ambas interpretaciones afrontan serios problemas.

CRITERIOS INCUMPLIDOS

Los enfoques que observan a Rusia como una potencia imperial ya consumada, utilizan parámetros del texto de Lenin para resaltar esa condición. Estiman que tres elementos económicos señalados en ese libro son definitorios de ese status: el predominio de la exportación de capitales, la primacía de los grandes monopolios y la preeminencia de los sectores financieros. Consideran que esas características ya son dominantes en la potencia euroasiática.

También plantean que esa incidencia corona el fulgurante ascenso de una clase dominante que digirió el colapso de los años 90. Entienden que esa oligarquía se desprendió de sus pasivos incobrables, para motorizar inversiones en el extranjero, crear corporaciones globales y explotar la periferia (Pröbsting, 2012).

Pero esa imagen no condice con la dinámica de una economía muy distante de los colosos del capitalismo. Moscú incumple todos los criterios atribuidos a Lenin, para situar a ese país en el podio de la economía mundial.

Rusia carece, ante todo, del arrollador capital financiero que exige ese barómetro. Si a principios de siglo XX poseía una estructura bancaria dependiente del extranjero, actualmente se desenvuelve en los márgenes de la globalización financiera. En la década pasada contaba con una sola entidad entre los principales 50 bancos del mundo (en términos de activos) y sólo dos entre los 100 mayores. Arrastra, además, un bajísimo desarrollo del circuito crediticio interno (Williams, 2014).

Es cierto que figura en las estadísticas internacionales como un gran colocador de capitales. Pero esa medición está condicionada por la monumental fuga de divisas, que consumó la capa dominante para proteger sus patrimonios. El grueso de esos fondos está localizado inversiones inmobiliarias o paraísos fiscales y lucra con la especulación financiera global. Esa participación ubica a Rusia muy lejos del inversor imperialista, en la acepción clásica del término.

La economía rusa tampoco es influyente en la exportación de capitales. En este plano se ubica apenas por encima de Finlandia y por debajo de Noruega (Desai, 2016). Esa reducida incidencia es coherente con la baja gravitación de sus exportaciones de mercancías. En 2017 el país ocupó el puesto 17 en el volumen de las ventas mundiales, detrás de varias economías que nadie situaría en el club de los imperios (México, Emiratos Árabes Unidos, Singapur). El petróleo y el gas representan el grueso de los productos comercializados en el exterior, que están integrados en un 82% por materias primas (Smith, 2019). Este perfil primarizado no se amolda con el retrato de una economía imperialista.

Los seguidores de la clasificación leninista también subrayan la gravitación de los monopolios rusos, como factor determinante del status imperial. Pero en el ranking de las 100 principales corporaciones del planeta sólo figuran cuatro empresas del país. Esa baja incidencia internacional es compartida por otras economías, que han logrado situar a sus contadas megaempresas en el ranking global, sin ninguna ambición de integrar el club de los imperios.

Rusia no reúne, por lo tanto, las tres condiciones económicas señaladas para acceder a esa selección. Pero el problema conceptual supera esa mera exclusión, puesto la aplicación de ese criterio exigiría colocar en el ranking de los dominadores, a países manifiestamente alejados de ese sitial. Suiza reúne por ejemplo todos los atributos del gigantismo financiero, para ubicarse en la crema de las grandes potencias, a pesar de su insignificancia geopolítica y militar.

También la mera preeminencia internacional de ciertos monopolios podría ubicar a algunos países dependientes en ese techo y la misma colocación se extendería por el simple registro de la exportación de capitales. Este último rasgo se amplió a varias economías asiáticas carentes de cualquier perfil imperial, pero altamente integradas a la globalización.

Los parámetros atribuidos a Lenin no esclarecen el status de Rusia e introducen irresolubles problemas conceptuales en su generalización al resto del mundo. Su utilización para argumentar que Moscú ya alcanzó una acabada condición imperial induce a sobredimensionar el desenvolvimiento real de esa economía. Se supone que completó todos los casilleros de una dudosa clasificación, omitiendo la gran distancia que separa al país de las potencias centrales.

INDICIOS MÁS CONTUNDENTES

Rusia no forma parte del grupo económico dominante del capitalismo mundial. Esa exclusión se verifica con ejemplos más evidentes, que los expuestos en la corroboración de las normas observadas en Lenin.

El país cuenta con un PBI inferior a la mitad del prevaleciente en Estados Unidos y la productividad de su mano de obra se ubica también en la mitad de la media europea (Clarke; Annis, 2016). La producción manufacturera no dista de India, Taiwán, México o Brasil y suele lidiar con serios escollos para ascender a un escalón superior de la división global del trabajo.

Esa lejanía de las economías desarrolladas no coloca a Rusia en el polo opuesto del Tercer Mundo (o del rebautizado Sur Global). Forma parte del segmento internacional de las semiperiferias, con un desenvolvimiento relativamente autárquico. Es una economía intermedia que debería recorrer un largo camino para acceder a la liga de los poderosos del planeta. Mantiene un PBI semejante a otros emergentes de nueva o vieja data, como Australia o España.

Esa configuración sustrae al país de las habituales presiones de sobreproducción o sobreacumulación, que empujan a las economías más avanzadas a descargar excedentes en el exterior. Esa carencia constituye otro indicio de su lejanía del imperialismo, en la caracterización meramente económica de ese dispositivo.

Rusia también incumple el típico patrón de cualquier economía imperial en sus relaciones con la periferia. Exhibe un escaso comercio con los países relegados y obtiene pocos lucros del intercambio desigual. No participa, además, de la habitual provisión de bienes sofisticados a cambio de insumos básicos, que caracteriza a las potencias dominantes.

La gravitación internacional de Rusia deriva de su peso geopolítico-militar y no de su influencia económica. Esa singularidad se verifica, por ejemplo, en la relación del gigante euroasiático con América Latina. Su presencia en la región se extinguió con la implosión de la URSS e inició un moderado retorno posterior, que no ha alcanzó gran significación comercial o financiera. Las exportaciones a Latinoamérica representaron apenas el 1,2% de las ventas y el 2,8% de las compras del país (2017) (Tirado, 2019).

Resulta más fácil encontrar pruebas de preeminencia económica de Brasil o México que de Rusia en el hemisferio. No captura de plusvalía, no absorbe renta y al igual que Venezuela o Ecuador su principal exportación es el petróleo. Moscú es totalmente ajeno a la batalla que libran Beijing y Washington por el predominio comercial al sur del Río Grande.

Rusia circunscribe sus negocios a ciertas actividades específicas. No promueve ningún organismo tipo CELAC-China, ni intenta confeccionar tratados regionales (Schuster, 2017). Privilegia el sector de la energía y ciertas obras de infraestructura, en los acuerdos suscriptos con Bolivia, Brasil o Argentina.

Estas iniciativas sólo complementan la lógica geopolítica de la reciprocidad, que el Kremlin ensaya en un territorio tradicionalmente controlado por Estados Unidos. Moscú pretende disuadir las agresiones de Washington, mediante cierta presencia en el hemisferio de su enemigo.

Un instrumento de ese contrapeso es la venta de armas, que saltó de 1247 millones de dólares (2005) a 6347 millones (2012). El equipamiento bélico *made in Russia* mantuvo su significación sin alcanzar volúmenes siderales y permite visibilizar a Moscú en la región. Esa influencia bélica es irrelevante en comparación al Pentágono, pero envía un mensaje al Departamento de Estado.

Rusia no hace valer su gravitación en el *Patio Trasero* de su rival con mercancías, capitales o inversiones. Exhibe influencia a través de la diplomacia, la geopolítica y el sostén de los gobiernos hostilizados por Washington.

DILEMAS CON CHINA

La caracterización imperial de Rusia con criterios económicos extraídos de Lenin, afronta las contundentes refutaciones que han resaltado los críticos de ese status (Smith, 2019). Pero esas objeciones se quedan a mitad de camino, al limitar su evaluación a ese caso. El país estudiado viola los requisitos para una clasificación imperial con los instrumentos citados. ¿Pero qué ocurre con la situación más conflictiva de China?

En cualquier área de las finanzas, el comercio o la inversión, el gigante oriental reúne todas las condiciones del recetario tomado de Lenin, para ubicarse en la cima del poder imperial. Supera con creces los exámenes de una potencia dominante.

China ni siquiera se mantiene en el umbral previo de exportador de bienes básicos e importador de capitales que observan algunos analistas (Dolek, 2018). Ya dejó atrás ambas asignaturas y actúa como un gran financista foráneo, mientras exporta bienes intermedios (e incluso de avanzada tecnología).

Con los criterios en discusión, China quedaría incorporada a una liga de imperios que Rusia no integraría. Pero ese corolario choca con cualquier registro del escenario actual. Es evidente que Moscú desenvuelve acciones geopolíticas y militares más descollantes que Beijing. China suele mantener una sobria prescindencia en ambos terrenos. Esta diferencia permite sugerir una cercanía al imperialismo que Rusia ya insinúa y China aún no esboza.

Este dato decisivo es omitido en las evaluaciones centradas en los parámetros extraídos del instrumental de Lenin. La presencia de los ingredientes económicos -resaltados en esa fórmula clásica- son inoperantes para emitir un veredicto de pertenencia al círculo imperial.

Para dilucidar ese estadio hay que analizar con más detenimiento las intervenciones foráneas, las acciones geopolítico-militares externas y las tensiones con el entramado bélico que encabeza Estados Unidos.

Esa indagación debe privilegiar hechos y no meros enunciados expansionistas. El imperialismo no es un discurso. Es una política de intervención externa sistemática. Con ese criterio hemos postulado que China no es una potencia imperialista (Katz, 2021). Y para el caso de Rusia proponemos el concepto de imperio no hegemónico en gestación.

LENIN AYER Y HOY

El líder bolchevique describió los rasgos generales del imperialismo de su época, sin proponer una estricta clasificación de los países incluidos en esa estructura. Nunca tuvo la intención de construir un mapa del orden mundial con parámetros económicos (Proyect, 2014).

Lenin estimaba por ejemplo que Rusia integraba en su época el círculo imperial, a pesar de incumplir todas las condiciones financiero-comerciales requeridas para formar parte de esa asociación. En la era final de los zares, Moscú contaba con una estructura financiera muy frágil, carecía de pujanza exportadora y no albergaba un empresariado involucrado en la disputa por el botín mundial.

Ese subdesarrollo económico no alteraba el status imperialista de Rusia, que fue corroborado durante su participación en la Primera Guerra Mundial. La presencia en esa sangría (y no el acervo económico acumulado) ubicaba a Rusia en el tándem de los imperios (Dolek, 2018). Lenin privilegiaba esa dimensión en todas sus miradas.

La misma evaluación involucraba a otro contendiente. A principio del siglo XX Japón no era un exportador relevante de capital y tampoco contaba con formas preeminentes de capital financiero. En ninguna esfera reunía la madurez capitalista exhibida por otros participantes de la competencia mundial. Pero entre 1895 y 1910 desplegó su arrolladora maquinaria militar en Asia Oriental y por esa razón exhibía un incuestionable status imperial. Al igual que en el caso ruso, en esa clasificación primaba el criterio geopolítico (Ishchenko, 2019)

Los parámetros económicos descriptos por Lenin especificaban rasgos capitalistas de principios del siglo XX, que presentaban especial intensidad en Alemania o Gran Bretaña. Esas características perdieron (o modificaron) posteriormente su significación inicial.

La primacía de la exportación de capital, la centralidad del capital financiero y la gravitación de ciertos monopolios, no permanecieron invariables en la posguerra y mutaron en forma radical en las últimas décadas. Lenin nunca pretendió elaborar un recetario atemporal.

Los diagnósticos que el líder bolchevique postuló para el capitalismo del comienzo del siglo XX no rigen en la actualidad. Si se desconoce esa inadecuación, resulta imposible comprender el status de Rusia en las últimas cuatro décadas de capitalismo neoliberal, precarizador, digital y financiarizado.

El rol de esa potencia debe ser contextualizado en este marco específico y no en el escenario de la centuria pasada. El imperialismo no ha permanecido inalterado al cabo de tanto tiempo y amoldó sus dispositivos a las nuevas exigencias del capitalismo.

LA CENTRALIDAD DE LA GUERRA

El principal legado de Lenin sobre el imperialismo no está focalizado en el plano económico. Sus evaluaciones sobre los monopolios, las finanzas y la exportación de capital, sólo formaban parte a principio del siglo XX de un conglomerado mayor de estudios sobre el capitalismo. El dirigente ruso compartía convergencias y disidencias con numerosos economistas sobre esas investigaciones y no concebía a esa esfera como el eje de su actividad.

El líder comunista concentró toda su atención en la acción política y abordó desde ese campo el análisis del imperialismo. El principal debate que abordó fue el posicionamiento de los socialistas frente a las guerras (Proyect, 2019). Lenin definió posturas frente a esos cruciales acontecimientos para impulsar cursos de acción militante. Todas sus opiniones sobre el imperialismo tenían destinatarios políticos (primero socialistas y luego comunistas) y ofrecían respuestas a las dramáticas coyunturas bélicas. Los aspectos complementarios de esa temática nunca involucraron polémicas relevantes.

Lenin retomó ante todo la diferenciación establecida por Marx y Engels entre guerras justas o legítimas y puramente opresivas. El primer tipo de gestas contenía elementos positivos para la liberación de los pueblos. Destacaba la importancia de las confrontaciones libradas contra los monarcas, los colonialistas y la nobleza, en el curso de enfrentamientos que asumían tónicas progresistas (Lenin, 1915).

Todas las acciones bélicas que afectaban a esos bastiones de la reacción eran ponderadas por su avanzada impronta. Lo mismo ocurría con las guerras que socavaban la dominación colonial. Lenin no dudaba en apuntalar las batallas de la periferia contra las potencias imperiales.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el líder bolchevique encabezó un giro radical en las posturas tradicionales de los marxistas, al denunciar por igual a los dos bandos en disputa. Criticó a todos los participantes de esa sangría y rechazó las tesis del reformismo socialdemócrata, que observaba atisbos de progresividad en los distintos ejércitos enfrentados. El dirigente ruso objetó, en cambio, la aplicación de la vieja distinción entre guerras justas y regresivas para este caso.

Lenin subrayó que las potencias en disputa sólo ambicionaban el reparto del mundo entre los capitalistas de cada imperio. Destacó que perpetraban una carnicería para consumar la distribución del botín y convocó a propiciar la derrota de todos los bandos, con la mira puesta en abrir un camino socialista.

La teoría leninista del imperialismo gira en torno a esa batalla política. Contraponía el nuevo escenario con la atadura a los viejos esquemas y subrayaba la excepcional oportunidad que se había creado para inaugurar procesos socialistas. Con esa línea estratégica comandó la revolución bolchevique de 1917.

La evaluación del imperialismo contemporáneo exige retomar ese legado. Lenin ofrece varios criterios para clarificar los campos en disputa, los enemigos principales y las formas de intervención en los conflictos bélicos. Ese abordaje ha cobrado enorme importancia, en las discusiones actuales de la izquierda frente a la guerra de Ucrania. Nuestra postura frente a esos debates se basa (en gran medida) en una relectura de Lenin (Katz, 2022).

El privilegio que asignamos a la problemática bélica para dilucidar la naturaleza del imperialismo contemporáneo, no desvaloriza la dimensión económica de ese fenómeno. Sólo evita la simplificada reducción analítica a esta última esfera. El materialismo no es sinónimo de mera detección de las raíces económicas de los procesos sociales. Y en el caso específico del imperialismo, el gran desafío radica en conectar esa dinámica con el curso de las grandes disputas geopolíticas y militares.

El imperialismo concentra los mecanismos coercitivos y disuasivos que utiliza el sistema capitalista para reforzar su dominación internacional. Opera en las relaciones entre los Estados, mediante dinámicas de competencia, fuerza o disputa hegemónica y sintetiza la forma que adopta la supremacía de las distintas potencias en cada era del capitalismo. Con este enfoque postulamos respuestas a los interrogantes que rodean a la potencial dimensión imperial de Rusia.

5-5-2022

CAPITULO 12

CONTINUIDADES, RECONSTITUCIONES Y RUPTURAS

Frecuentemente se cataloga a Rusia como un imperialismo en reconstitución. Algunas miradas utilizan ese concepto para subrayar el carácter incompleto y embrionario de su despunte imperial (Testa, 2020). Pero otras recurren al mismo enunciado, para destacar comportamientos expansivos desde tiempos remotos. Estas visiones postulan analogías con el declive zarista, semejanzas con la URSS y primacías de la dinámica colonial interna. Estas interpretaciones plantean intensos debates.

HTTPS://JACOBIN.COM/2021/08/BEN-RHODES-LIBERALISM-OBAMA-ADMINISTRATION-US-EMPIRE-IMPERIALISM-AFTER-THE-FALL-REVIEW

CONTRASTES Y SEMEJANZAS CON EL PASADO

Los enfoques que registran continuidades de larga data, observan a Putin como un heredero de las viejas capturas territoriales. Remarcan tres estadios históricos de una misma secuencia imperial con basamentos feudales, burocráticos o capitalistas, pero invariablemente asentados en la ampliación fronteriza (Kowalewski, 2014a).

Esos parentescos deben ser precisados con cautela. Es cierto que el pasado de Rusia está signado por cuatro siglos de expansión zarista. Todos los monarcas ampliaron el radio del país, para incrementar el cobro de impuestos y reforzar la servidumbre en un inmenso territorio. Las regiones conquistadas tributaban a Moscú y quedaban entrelazadas al centro, mediante la instalación de migrantes rusos.

Esa modalidad colonial interna difería del típico esquema británico, francés o español de captura de regiones exteriores. El número de zonas apropiadas era gigantesco y conformaba una zona geográfica única, continua y muy divergente de los imperios marítimos de Europa Occidental. Rusia era una potencia terrestre con reducida gravitación en los mares. Articulaba un modelo que compensaba la fragilidad económica con la coerción militar, a través de un monumental imperio de la periferia.

Lenin caracterizaba a esa estructura como un imperialismo militar-feudal, que encarcelaba a incontables pueblos. Resaltaba el carácter precapitalista de una configuración asentada en la explotación de los siervos. Las analogías que pueden establecerse con ese pasado deben tener presente las diferencias cualitativas con ese régimen social.

No existe ninguna continuidad entre las estructuras feudales que gestionaba Iván el terrible o Pedro el Grande y el dispositivo capitalista que comanda Putin. Este señalamiento es importante frente a tantas miradas esencialistas, que denuncian la naturaleza imperial intrínseca del gigante euroasiático. Con ese prejuicio el establishment occidental construyó todas sus leyendas de la guerra fría (Lipatti, 2017).

Las comparaciones que evitan esa simplificación, permiten notar la distancia que siempre separó a Rusia del capitalismo central. Esa brecha persistió en los ciclos de modernización que introdujo el zarismo con refuerzos militares, mayor expoliación de los campesinos y distintas variantes de servidumbre. La asfixiante tributación de ese régimen alimentaba un derroche de las elites consumistas, que contrastaba con las normas de competencia y acumulación imperantes en el capitalismo avanzado (Williams, 2014). Esa fractura se recreó posteriormente y tiende a reaparecer con modalidades muy diferentes en la actualidad.

Otra esfera de afinidades se verifica en la inserción internacional del país como una semiperiferia. Esa ubicación arrastra una larga historia, en una potencia que no alcanzó la cima de los imperios dominantes, pero logró sustraerse de la subordinación colonial. Un estudioso de esa categoría remonta el status intermedio, a la marginación de Rusia de los imperios que antecedieron a la era moderna (Bizancio, Persia, China). Ese divorció continuó durante la conformación del sistema económico mundial. Ese entramado se estructuró en torno a un eje geográfico del Atlántico, con modalidades de trabajo distanciadas del servilismo imperante en el universo de los zares (Wallerstein; Derluguian, 2014).

Rusia se expandió internamente, dando la espalda a ese entrelazamiento y forjó su imperio con el sometimiento interno (y reclutamiento forzoso) de los campesinos. Al mantenerse en esa arena exterior, evitó la fragilidad de sus vecinos y la regresión que sufrieron las potencias declinantes (como España). Pero no participó en el ascendente proceso que protagonizaron los Países Bajos e Inglaterra. Protegió su entorno, actuando fuera de las principales disputas por la dominación mundial (Wallerstein, 1979: 426-502).

La dinastía zarista nunca logró gestar la burocracia eficiente y la agricultura moderna que motorizó la industrialización en otras economías. Esa obstrucción bloqueó el salto económico que lograron Alemania y Estados Unidos (Kagarlitsky, 2017: 11-14). La dinámica imperial de Rusia siempre mantuvo una sostenida brecha con las economías avanzadas, que despunta nuevamente en el siglo XXI.

CONTRASTES CON 1914-18

Algunos teóricos del imperialismo en reconstitución sitúan las semejanzas con el último zarismo, en la participación que tuvo Rusia durante la Primera Guerra Mundial (Pröbsting, 2012). Remarcan paralelos entre los declinantes actores del pasado (Gran Bretaña y Francia) y sus exponentes actuales (Estados Unidos) y entre las potencias desafiantes de esa época (Alemania y Japón) y sus émulos contemporáneos (Rusia y China) (Proyect, 2019).

Rusia intervino en la gran conflagración de 1914 como una potencia ya capitalista. La servidumbre había sido abolida, la gran industria despuntaba en las fábricas modernas y el proletariado era muy gravitante. Pero Moscú actuó en esa contienda como un rival muy peculiar. No se alineó con Estados Unidos, Alemania o Japón entre los imperios emergentes y tampoco se ubicó con Inglaterra y Francia entre los dominadores en retroceso.

El zarismo continuaba asentado en la expansión territorial fronteriza y fue empujado al campo de batalla por los compromisos financieros, que

mantenía con uno de los bandos en disputa. Fue también a la guerra para preservar su derecho a saquear el entorno próximo, pero afrontó una dramática derrota, que acentuó el revés previo frente al advenedizo imperio japonés.

El zarismo había logrado una supervivencia que no consiguieron sus homólogos del subcontinente indio o del cercano y lejano Oriente. Logró mantener la autonomía y la gravitación de su imperio durante varias centurias, pero no pasó la prueba de la guerra moderna. Fue doblegado por Gran Bretaña y Francia en Crimea, por Japón en Manchuria y por Alemania en las trincheras de Europa.

Muchos analistas occidentales sugieren semejanzas de ese fracaso con la incursión actual en Ucrania. Pero todavía no hay datos de esa eventualidad y son prematuras las evaluaciones de la contienda en curso. Además, los paralelos deberían tomar en cuenta la diferencia radical que separa al imperialismo contemporáneo de su precedente.

En la guerra de 1914-18 una pluralidad de potencias chocaba con fuerzas comparables, en un escenario muy distante de la estratificada supremacía actual que ejerce el Pentágono. El imperialismo contemporáneo opera en torno a una estructura encabezada por Estados Unidos y sostenida por los socios alterimperiales y coimperiales de Europa, Asia y Oceanía. La OTAN articula ese conglomerado bajo las órdenes de Washington, en los grandes conflictos con los rivales no hegemónicos de Moscú y Beijing. Ninguna de estas dos potencias se ubica en el mismo plano que el imperialismo dominante. Las diferencias con el escenario de principio del siglo XX son mayúsculas.

En el último reinado de los zares, Rusia mantenía una contradictoria relación de participación y subordinación con los protagonistas de las contiendas bélicas internacionales. Por el contrario, en la actualidad es duramente hostilizada por esas fuerzas. Rusia no cumple el rol de Bélgica o España como socio menor de la OTAN. Comparte con China el sitial opuesto de blanco principal del Pentágono. Al cabo de un siglo se verifica una drástica modificación del contexto geopolítico.

Tampoco reaparece en la actualidad la vieja competencia de 1914 por la apropiación del botín colonial. Moscú y Washington no compiten junto a Paris, Londres, Berlín o Tokio por el dominio de los países dependientes. Esa diferencia es omitida por las miradas (Rocca, 2020), que postulan la equivalencia de Rusia con sus pares de Occidente, en la rivalidad por los recursos de la periferia.

Ese desacierto se extiende a la presentación de la guerra de Ucrania como un choque económico por el usufructo de los recursos del país. Se afirma que dos potencias del mismo signo (Vernyk, 2022) aspiran a repartirse un territorio con grandes reservas de mineral de hierro, gas y trigo. Esa

rivalidad enfrentaría a Estados Unidos y Rusia, en un choque semejante a los viejos enfrentamientos interimperialistas.

Ese enfoque olvida que el conflicto de Ucrania no tuvo ese origen económico. Fue provocado por Estados Unidos, que se autoasignó el derecho a cercar a Rusia con misiles, mientras gestionaba el ingreso de Kiev a la OTAN. Moscú buscó neutralizar ese acoso y Washington desconoció los reclamos de legitima seguridad que planteo su contrincante.

Las asimetrías entre ambos bandos saltan a la vista. La OTAN avanzó contra Rusia, a pesar de la fulminante extinción del viejo Pacto de Varsovia. Ucrania fue aproximada a la Alianza Atlántica, sin que ningún país de Europa Occidental negociara asociaciones de ese tipo con Rusia.

El Kremlin tampoco imaginó montar en Canadá o México algún sistema de bombas sincronizadas contra las ciudades estadounidenses. No contrapesó la madeja de bases militares que su adversario ha instalado en todas las fronteras euroasiáticas de Rusia. Esta asimetría ha sido tan naturalizada, que se olvida quién es el principal responsable de las incursiones imperiales.

Ya hemos expuesto además las contundentes evidencias que ilustran, cómo Rusia incumple el patrón económico imperial en sus relaciones con la periferia. No tiene sentido ubicarla en un mismo plano de rivalidad con la primera potencia del planeta. Una semiperiferia autárquica y con reducida integración a la globalización, no disputa mercados con las gigantescas empresas del capitalismo occidental.

Las lecturas en clave económica de la actual intervención rusa en Ucrania diluyen lo central. Esa incursión tiene propósitos defensivos frente a la OTAN, objetivos geopolíticos de control del espacio possoviético y motivaciones políticas internas de Putin. El jefe de Kremlin pretende desviar la atención de los crecientes problemas socio-económicos, contrarrestar su declive electoral y asegurar la prolongación de su mandato (Kagarlitsky, 2022). Esas metas son tan distantes de 1914-18 como del escenario imperial contemporáneo.

DIFERENCIAS CON EL SUBIMPERIALISMO

Las semejanzas con el último imperio de los zares son a veces conceptualizadas con la noción de subimperialismo. Ese término es utilizado para describir la variante débil o menor de la condición imperial, que el gobierno ruso compartiría actualmente con sus antecesores de principio del siglo XX. Se estima que Moscú reúne los rasgos de una gran potencia, pero actúa en la liga inferior de los dominadores (Presumey, 2015).

Con la misma noción se resaltan semejanzas con imperialismos secundarios del pasado como Japón y se extiende esa similitud al liderazgo de Putin con Tojo (ministro del emperador nipón) (Proyect, 2014). Rusia es ubicada en el mismo casillero de los imperios secundarios, que en el pasado emparentaban al zarismo con los mandantes otomanos o con la realeza austro-húngara.

Ciertamente el país acumula una historia imperial densa y prolongada. Pero ese elemento heredado sólo tiene significación actual, cuando las viejas tendencias reaparecen en los nuevos contextos. El agregado "sub" no esclarece ese escenario.

El imperialismo contemporáneo perdió afinidades con su antecesor del siglo diecinueve y esas diferencias se verifican en todos los casos. Turquía no reconstruye el entramado otomano, Austria no guarda resabios de los Habsburgo y Moscú no resucita la política de los Romanov. Los tres países se ubican, además, en lugares muy distintos en el orden global contemporáneo.

En todas las acepciones mencionadas, el subimperio es visto como una variante inferior del imperialismo dominante. Puede abandonar o servir a esa fuerza principal, pero es definido por su rol subordinado. Pero esa mirada desconoce que Rusia no participa en la actualidad del dispositivo imperial dominante que comanda Estados Unidos. Se destaca que actúa como una potencia relegada, menor o complementaria, pero sin especificar en qué ámbito desenvuelve esa acción.

Esa omisión impide notar las diferencias con el pasado. Moscú no participa como un imperio secundario dentro de la OTAN, sino que choca con el organismo que encarna al imperialismo del siglo XXI.

Rusia es también situada como un subimperio por los autores (Ishchenko; Yurchenko, 2019) que remiten ese concepto a su formulación inicial. Esa acepción fue desarrollada por los teóricos marxistas latinoamericanos de la dependencia. Pero en esa tradición, el subimperialismo no es una modalidad menor de un prototipo mayor.

Marini utilizó el concepto en los años 60 para ilustrar el status de Brasil y no para clarificar el rol de España, Holanda o Bélgica. Buscaba remarcar la contradictoria relación de asociación y subordinación del primer país con el dominador estadounidense.

El pensador brasileño destacaba que la dictadura de Brasilia estaba alineada con la estrategia del Pentágono, pero actuaba con una gran autonomía regional y concebía aventuras sin la venía de Washington. Una política semejante desenvuelve en la actualidad Erdogan en Turquía (Katz, 2021).

Esta aplicación dependentista del subimperialismo no tiene validez actual para Rusia, que es permanentemente hostilizada por Estados Unidos. Moscú no comparte las ambigüedades de la relación que hace varias

décadas mantenían Brasilia o Pretoria con Washington. Tampoco exhibe las medias tintas de esa conexión actual con Ankara. Rusia es estratégicamente acosada por el Pentágono y esta ausencia de elementos de asociación con Estados Unidos, la excluyen del pelotón subimperial.

NO HUBO IMPERIALISMO SOVIÉTICO

Otra comparación con el siglo XX presenta a Putin como un reconstructor del imperialismo soviético. Ese término propio de la guerra fría es más sugerido que utilizado en los análisis afines al marxismo. En estos casos se da por sentada la opresión externa ejercida por la URSS. Algunos autores resaltan que ese sistema participaba del reparto del mundo, mediante incursiones externas y anexiones de territorios (Batou, 2015).

Pero esa mirada evalúa mal una trayectoria surgida de la revolución socialista, que introdujo un principio de erradicación del capitalismo, rechazo de la guerra interimperialista y expropiación de los grandes propietarios. Esa dinámica anticapitalista quedó drásticamente afectada por la larga noche del stalinismo, que introdujo formas despiadadas de represión y descabezamiento del liderazgo bolchevique. Ese régimen consolidó el poder de una burocracia, que gestionó con mecanismos opuestos a los ideales del socialismo.

El stalinismo consumó un gran *Termidor* en un país devastado por la guerra, con el proletariado diezmado, las fábricas demolidas y el agro estancado. En ese escenario quedó frenado el avance hacia una sociedad igualitaria. Pero ese retroceso no desembocó en la restauración del capitalismo. En la URSS no irrumpió una clase propietaria asentada en la acumulación de plusvalía y sujeta a las reglas de la competitividad mercantil. Prevaleció un modelo de planificación compulsiva, con normas de gestión del excedente y del plustrabajo amoldadas a los privilegios de la burocracia (Katz, 2004: 59-67).

Esa inexistencia de cimientos capitalistas impidió el surgimiento de un imperialismo soviético comparable a sus pares de Occidente. La nueva elite opresiva nunca contó con los soportes que brinda el capitalismo a las clases dominantes. Debió gestionar una formación social híbrida que industrializó el país, uniformó su cultura y mantuvo durante décadas una gran tensión con el imperialismo colectivo de Occidente.

La errónea tesis del imperialismo soviético está emparentada con la caracterización de la URSS como un régimen de capitalismo de estado (Weiniger, 2015), en conflicto con Estados Unidos por el despojo de la periferia. Esa equiparación registra las desigualdades sociales y la opresión política vigentes en la URSS, pero omite la ausencia de propiedad de las empresas

y del consiguiente derecho a explotar el trabajo asalariado, con las normas típicas de la acumulación.

El desconocimiento de estos fundamentos alimenta las erróneas comparaciones de la era Putin con Stalin, Brézhnev o Kruschev. No registran la prolongada interrupción que tuvo el capitalismo en Rusia. Más bien suponen que en la URSS persistió alguna variedad de ese sistema y por eso destacan la presencia de una secuencia imperial ininterrumpida.

Olvidan que la política externa de la URSS no reprodujo las conductas usuales de esa dominación. Luego de abandonar los principios del internacionalismo, el Kremlin evitó el expansionismo y sólo bregaba por alcanzar algún *status quo* con Estados Unidos.

Esa diplomacia expresaba una tónica opresiva pero no imperialista. La capa dominante de la URSS ejercía una nítida supremacía sobre sus socios, a través de dispositivos militares (Pacto de Varsovia) y económicos (COMECON). Negociaba con Washington normas de coexistencia y exigía la subordinación de todos los integrantes del denominado bloque socialista.

Ese padrinazgo forzoso determinó impactantes rupturas con los gobiernos que resistieron el sometimiento (Yugoslavia con Tito y China con Mao). En ninguno de estos dos casos, el Kremlin logró alterar el rumbo autónomo de los regímenes que ensayaban caminos diferenciados del hermano mayor.

Una respuesta más brutal adoptó Moscú frente a la rebelión intentada en Checoslovaquia, para poner en práctica un modelo de renovación socialista. En ese caso, Rusia envió tanques y gendarmes para aplastar la protesta.

Lo ocurrido con Yugoslavia, China y Checoslovaquia confirma que la burocracia moscovita hacía valer sus exigencias de potencia. Pero esa acción no se inscribía en las reglas del imperialismo, que recién afloran al cabo de treinta años de vigencia del capitalismo. En Rusia comienza a despuntar un imperio no hegemónico, que no continúa el fantasmal imperio soviético.

LAS EVALUACIONES DEL COLONIALISMO INTERNO

Algunos autores subrayan la incidencia del colonialismo interno en la dinámica imperial de Rusia (Kowalewski, 2014b). Recuerdan que el colapso de la URSS condujo a la separación de 14 repúblicas, junto al mantenimiento de otros 21 conglomerados no rusos en la órbita de Moscú.

Esas minorías ocupan el 30% del territorio y albergan a una quinta parte de la población, en condiciones económico-sociales adversas. Esas desventajas se verifican en la explotación de los recursos naturales que el Kremlin administra a su favor. La administración central captura, por ejemplo, gran parte de los ingresos petroleros de Siberia Occidental y del Lejano Oriente.

Las nuevas entidades supranacionales de las últimas décadas convalidaron esa desigualdad entre regiones. Por esta razón han sido tan conflictivas las relaciones de la Comunidad Económica de Eurasia (2000) y la Unión Aduanera (2007), con los socios de Bielorrusia, Kazajstán, Armenia, Georgia, Kirguistán y Tayikistán.

Esas asimetrías presentan, a su vez, una doble cara de presencia colonizadora rusa en las zonas aledañas y emigración de la periferia hacia los centros, para nutrir la mano de obra barata demandada en las grandes urbes. Esta dinámica opresiva es otro efecto de la restauración capitalista.

Pero algunos autores relativizan ese proceso, recordando que la herencia de la URSS no es sinónimo de mero dominio de la mayoría rusa. Destacan que el idioma prevaleciente operó como una lengua franca, que no obstruyó el florecimiento de otras culturas. Consideran que ese diversificado localismo permitió la gestación de un cuerpo autónomo de administradores, que en las últimas décadas se divorció con gran facilidad de Moscú (Anderson, 2015).

La colonización interna ha coexistido, además, con una composición multiétnica que limitó la identidad nacional rusa. Ese país emergió más como un imperio integrado por varios pueblos que como una nación definida por la ciudadanía común.

Es cierto que durante el stalinismo hubo nítidos privilegios a favor de los rusos. La mitad de la población sufrió las devastadoras consecuencias de la colectivización forzosa y los traslados compulsivos. Se consumó una brutal remodelación territorial, con castigos masivos a los ucranianos, tártaros, chechenos o alemanes del Volga, que fueron desplazados hacia zonas alejadas de su terruño.

Los rusos ocuparon nuevamente los mejores lugares de la administración y los mitos de ese nacionalismo fueron transformados en un ideal patriótico de la URSS. Pero esas ventajas fueron también neutralizadas por las mixturas de los emigrados y la asimilación de los desplazados, que acompañó al inédito crecimiento de posguerra.

Esa absorción no borró las atrocidades previas, pero modificó sus consecuencias. En la prosperidad que primó hasta los años 80, la convivencia de naciones atenuó la supremacía gran rusa. En la URSS no se verificó el colonialismo tardío que imperó en Sudáfrica y persiste en Palestina. Los privilegios de los rusos étnicos no implicaron racismo o *apartheid*.

Pero cualquiera sea la evaluación del colonialismo interno, corresponde puntualizar que esa dimensión no es determinante del eventual papel de Rusia como una potencia imperialista. Ese status es determinado por la acción externa de un estado. Las dinámicas opresivas internas sólo complementan un rol definido en el concierto global.

El sometimiento de minorías nacionales está presente en incontables países de porte mediano, que nadie situaría en el selecto club de los imperios. En Medio Oriente, Europa Oriental, África y Asia hay numerosos ejemplos de padecimientos sufridos por las minorías marginadas del poder. El maltrato de los kurdos no convierte, por ejemplo, a Siria o Irak en países imperialistas. Esa condición se define en el ámbito de la política exterior.

COMPLEJIDAD DE LAS TENSIONES NACIONALES

Los enfoques que resaltan la gravitación opresiva de la rusificación, ponderan también la resistencia a esa dominación. Por un lado, denuncian la exportación programada del principal grupo étnico para asegurar los privilegios que gestiona el Kremlin. Por otra parte, remarcan la progresividad de los movimientos nacionales que confrontan con la tiranía de Moscú (Kowalewski, 2014c)

Pero en esos conflictos no se verifica sólo la pretensión rusa de preservar supremacía en áreas de influencia. También se juega el propósito norteamericano de socavar la integridad territorial de su rival y el interés de las elites locales, que pugnan por una tajada de los recursos en disputa (Stern, 2016).

La mayoría de las repúblicas escindidas de la tutela moscovita ha seguido secuencias semejantes de oficialización del lenguaje local en desmedro de los ruso-parlantes. Ese renacimiento idiomático apuntala la construcción práctica y simbólica de las nuevas naciones, en el ámbito militar, escolar y ciudadano.

Occidente suele propiciar las fracturas que Moscú intenta contrarrestar. Esa tensión profundiza el choque entre minorías, que frecuentemente cohabitan en localidades muy próximas. En muy pocas ocasiones la población es consultada sobre su propio destino. El fanatizado nacionalismo que auspician las elites locales obstruye esa respuesta democrática.

Estados Unidos incentiva todas las tensiones. Primero apuntaló la desintegración Yugoslavia y erigió una gran base militar en Kosovo para monitorear el radio aledaño. Luego alentó la independencia de Letonia, una corta guerra

de Moldavia para incentivar la secesión y una fracasada embestida de su presidente georgiano contra Moscú (Hutin, 2021).

Los grupos dominantes nativos (que propician la creación de nuevos estados) suelen revitalizar viejas tradiciones o construyen esas identidades desde cero. En los cinco países de Asia Central, el yihadismo ha jugado un importante papel en esas estrategias.

El caso reciente de Kazajistán es muy ilustrativo de los conflictos actuales. Una oligarquía de ex jerarcas de la URSS se apropió allí de los recursos energéticos, para compartir lucros con las petroleras de Occidente. Instrumentó un desenfrenado neoliberalismo, suprimió derechos laborales y forjó un nuevo estado repatriando a los kazajos étnicos. De esa forma potenció el idioma local y la religión islámica, para aislar a la minoría ruso-parlante. Había logrado consumar ese operativo hasta la reciente crisis, que desembocó en el envío de tropas y la consiguiente restauración del padrinazgo de Moscú (Karpatsky, 2022).

Nagorno Karabaj ofrece otro ejemplo de la misma exacerbación del nacionalismo para afianzar el poder de las elites. En un enclave de pobladores armenios que convivieron durante siglos con sus vecinos del territorio azerí, dos grupos dominantes han disputado la pertenencia del mismo territorio. Los armenios obtuvieron victorias militares (en 1991 y 1994), que fueron recientemente revertidas por los triunfos azeríes. Para asegurar su custodia de la zona (y disuadir la creciente presencia de Estados Unidos, Francia y Turquía), Rusia auspicia salidas concertadas del conflicto (Jofré Leal, 2020).

Atribuir la enorme diversidad de tensiones nacionales a la mera acción dominante de Rusia es tan unilateral, como asignar un perfil invariablemente progresista a los protagonistas de esos choques. En muchos casos hay legítimos reclamos, instrumentados en forma regresiva por las elites locales en sintonía con el Pentágono. La simplificada impugnación del imperialismo ruso impide registrar esas circunstancias y complejidades.

UN STATUS IRRESUELTO

Muchos teóricos del imperio en reconstitución, pierden de vista que Rusia carece actualmente del nivel cohesión política requerido para esa remodelación. El desplome de la URSS no generó un programa unificado de la nueva oligarquía o de la burocracia que maneja el estado. El trauma suscitado por esa implosión dejó una gran secuencia de disputas.

El proyecto imperialista es efectivamente promovido por sectores derechistas, que motorizan aventuras externas para lucrar con el redituable negocio bélico. Esa fracción reaviva las viejas creencias del nacionalismo

gran ruso y sustituye el tradicional antisemitismo por campañas islamófobas. Confluye con la derecha europea en la oleada marrón, emite demagógicas diatribas contra Bruselas y Washington y focaliza sus dardos contra los inmigrantes.

Pero ese segmento imbuido de añoranzas imperiales confronta con la internacionalizada elite liberal, que propicia una fanática integración a Occidente. Ese grupo propaga los valores anglo-americanos y aspira a lograr un lugar para el país en la alianza transatlántica.

Los millonarios que integran este último bando resguardan su dinero en los paraísos fiscales, administran sus cuentas desde Londres, educan a sus hijos en Harvard y acumulan propiedades en Suiza. La experiencia padecida con Yeltsin ilustra cuán demoledoras son las consecuencias de cualquier gestión estatal de esos personajes, que se avergüenzan de su propia condición nacional (Kagarlitsky, 2015).

Navalny es el principal exponente de esa minoría endiosada por medios de comunicación norteamericanos. Desafía a Putin con el descarado sostén del Departamento de Estado, pero afronta las mismas adversidades de sus antecesores. El respaldo externo de Biden y el sostén interno de un sector de la nueva clase media, no borra el recuerdo de la demolición perpetrada por Yeltsin.

La disputa de ese sector liberal encandilado con Occidente, con sus rivales nacionalistas se desenvuelve en un amplio campo de la economía, la cultura y la historia. Las grandes figuras del pasado han resurgido como estandartes de ambos grupos. Iván el Terrible, Pedro el Grande y Alejandro II son evaluados por su aporte a la convergencia de Rusia con la civilización europea o por su contribución al espíritu nacional. La élite liberal que desprecia a su país choca con la contra-élite que añora el zarismo. Ambas corrientes afrontan serios límites para consolidar su estrategia.

Los liberales quedaron desacreditados por el caos que introdujo Yeltsin. Putin asienta su prolongada gestión en el contraste con esa demolición. Su liderazgo incluye cierta recomposición de tradiciones nacionalistas amalgamadas con el resurgimiento de la Iglesia ortodoxa. Esa institución recuperó propiedades y opulencia con el auxilio oficial a las ceremonias y el culto.

Ninguno de esos pilares aportaba hasta ahora el sustento requerido para apuntalar acciones externas más agresivas. La invasión de Ucrania es el gran test de esos cimientos. Contra esas aventuras conspira la conformación multiétnica del país y la ausencia de un Estado-nación convencional.

El propio Putin suele declamar su admiración por la vieja "grandeza de Rusia", pero hasta la incursión a Kiev manejaba con cautela la política exterior, combinando actos de fuerza con sostenidas negociaciones. Buscó el reconocimiento del país como un jugador internacional, sin avalar la reconstrucción

imperial propiciada por los nacionalistas. La continuidad de ese equilibrio se juega en la batalla de Ucrania.

Las miradas que dan por consumada la reconstitución de un imperio ruso prestan poca atención a los frágiles pilares de esa estructura de dominación. Pierden de vista que Putin no hereda seis siglos de feudalismo, sino tres décadas de convulsivo capitalismo.

La acotada escala de un curso potencial dominante de Rusia es registrada con mayor acierto, por los autores que exploran distintas denominaciones (imperialismo en desarrollo, imperialismo periférico), para aludir a un status embrionario.

La búsqueda de un concepto singular diferenciado del imperialismo dominante es el propósito de nuestra indagación. La categoría de imperio no hegemónico en formación propone una aproximación a esa definición.

18-5-2022

CAPITULO 13

MIRADAS BENÉVOLAS

Algunos pensadores eximen al Kremlin de responsabilidades imperiales por padecer la hostilidad estadounidense (Clarke; Annis, 2016). Pero esa agresión sólo confirma la naturaleza de los acosadores sin escalecer el status de los acosados. Que Rusia sea un blanco prioritario de la OTAN, no coloca automáticamente a esa potencia fuera de la dinámica imperial.

Tampoco la pertenencia de viejos socios de la URSS a la Alianza Atlántica esclarece el perfil del gigante euroasiático. La exclusión o participación de Rusia en el círculo de los dominadores internacionales debe ser evaluada analizando la política exterior de Moscú.

HTTPS://JACOBINLAT.COM/2022/04/05/LA-GUERRA-NO-ES-EXCUSA-PARA-LA-RUSOFOBIA

¿UN PERFIL SEMICOLONIAL?

La caracterización del status internacional de Rusia, exige registrar que la renovada potencia incuba alguna variedad potencial de imperialismo. Ese punto de partida es rechazado en forma categórica por los autores, que observan una gran proximidad del país con la dependencia semicolonial. Consideran que Rusia es una submetrópoli sometida a la dominación foránea (Razin, 2016).

Pero resulta muy difícil encontrar algún dato que avale ese diagnóstico. Salta a la vista que Moscú actúa como un gran jugador internacional, que disputa con Washington el mayor arsenal atómico del planeta. Todas sus acciones ilustran un protagonismo exterior, no sólo en sus fronteras sino también en caldeados escenarios del mundo como Medio Oriente.

Es un irresoluble misterio la forma en que una semicolonía podría desplegar semejante presencia mundial. Tampoco se entiende cuál sería el aparato estatal foráneo que dominaría a Moscú. ¿Washington, Berlín, Paris? No tiene mucho sentido presentar a Putin -que confronta de igual a igual con Biden, Merkel o Macron- como un títere de esas metrópolis.

La calificación de Rusia como semicolonia se basa en algún dato perdido de gran incidencia económica foránea, en ciertas ramas de la producción o los servicios. Pero el concepto de semicolonia involucra la esfera política y presupone la carencia de soberanía. Las grandes decisiones de la administración rusa serían adoptadas por un mandante extranjero, siguiendo la norma que rigió en África, Asia o América Latina en el siglo XIX.

El desatino de esa caracterización deriva de recrear un concepto desactualizado. Las colonias y las semicolonias conformaban un dispositivo de dominación del imperialismo clásico, que perdió gravitación con la descolonización de posguerra. Las modalidades de explícita dependencia fueron sustituidas por otras formas de control foráneo, más amoldadas a los intereses de las nuevas burguesías locales de la periferia.

Rusia no sintoniza con ninguna de las obsoletas situaciones de la última centuria. Tampoco encaja con un razonamiento guiado por la excluyente distinción entre dominadores imperialistas y dominados semicoloniales. No sólo Rusia queda fuera de esa clasificación. La cruda y excluyente divisoria entre esas dos polaridades conduce a numerosos equívocos, como situar a Turquía en el universo semicolonial o a Corea del Sur entre los estados imperialistas. La complejidad del siglo XXI es inabordable con simplificaciones de ese tipo.

ARGUMENTOS INADECUADOS

Otras miradas objetan en forma más razonable las tendencias imperiales de Rusia. Destacan la distancia que separa a Putin de los zares, como un índice de la actual lejanía rusa de las ambiciones territoriales del pasado. Esa brecha histórica es efectivamente sideral, pero sólo confirma que el imperialismo del siglo XXI mantiene pocas similitudes con sus antecesores. Ese divorcio no esclarece el escenario en curso, ni clarifica el status de Rusia en la era contemporánea.

El alcance del poder militar del país es un aspecto más discutido para dirimir el status imperial (Williams, 2014). Algunos enfoques postulan que el enorme arsenal persiste como una simple herencia de la Unión Soviética. Pero omiten que ese aparato no es tratado por Putin como un molesto legado, a erradicar en el menor lapso posible. Esa actitud fue adoptada por Yeltsin y revertida por su sucesor. Desde hace dos décadas Moscú moderniza su estructura bélica y tiende a transformarla en una gran carta de su política exterior.

Algunos analistas igualmente destacan la acotada efectividad práctica del dispositivo atómico de Rusia. También estiman que el poder de las fuerzas convencionales del país es muy limitado frente a los rivales de la OTAN (Clarke: Annis, 2016). Pero esa evaluación soslaya otros planos de la acción bélica. Rusia es el segundo exportador de armas del mundo, está presente en varias zonas calientes y hace valer su enorme capacidad de provisión de instrumentos mortíferos.

Basta observar el contundente retorno del país al continente africano para notar esa influencia. En Mali, la empresa privada de seguridad rusa Wagner sustituyó recientemente a los gendarmes franceses en la custodia del territorio, frente a dos poderosas organizaciones ligadas Al-Qaeda y Dáesh (Calvo, 2021). En la República Centroafricana, la misma firma concretó un reemplazo semejante, luego de haber ensayado ese operativo en Mozambique.

El regreso de Rusia al continente africano tiene poca significación económica, pero la venta de armas presenta una escala impactante. Casi un tercio de los nuevos pertrechos adquiridos por ese continente se negocian con Moscú y la mitad de los gobiernos africanos suscribió acuerdos militares con ese proveedor (Martial, 2021). La intervención en Siria aporta otro dato visible de la gravitación bélica en la política exterior rusa.

TENDENCIAS OPRESIVAS

El protagonismo de Rusia en el mercado mundial de armamento complementa estrategias defensivas (frente a la presión estadounidense) y acciones de control directo en las áreas fronterizas. En esas incursiones Moscú no socorre a los vecinos, sino que refuerza sus propios intereses. La sugerencia de conductas solidarias embellece el sentido real de esos operativos.

De la misma forma que China comercia e invierte en la periferia para beneficiar a sus empresas, Rusia desplaza tropas, provee asesores y vende armas para acrecentar su incidencia geopolítica. La estrategia económica del gigante oriental y la diplomacia militar de la renaciente potencia moscovita, no están guiadas por normas de cooperación.

Los últimos vestigios de esos principios quedaron sepultados con la desaparición de la Unión Soviética. Putin ni siquiera enunció alguna justificación para su reciente envío de gendarmes a Kazajistán. Simplemente aplicó las cláusulas del tratado de Seguridad Recíproca (CSTO) para sostener a un régimen afín.

Los autores que soslayan la crítica a esa política de dominación, suelen resaltar la presencia conspirativa del imperialismo occidental. Pero subrayan esa injerencia, sin mencionar los atropellos de los gobiernos que apuntala Moscú. Presentan, por ejemplo, la reciente rebelión de Kazajistán como un golpe programado por las agencias estadounidenses (USAID, ONGs), que fue sensatamente aplastado por los gendarmes rusos (Ramírez, 2022).

Esa interpretación omite la existencia de protestas masivas contra un gobierno neoliberal, que eliminó todas las redes de seguridad social para enriquecer a la oligarquía de Nazarbáyev. Esa elite se ha repartido los enormes lucros de la renta petrolera con las compañías occidentales (Kurmanov, 2022).

Contra ese despojo han luchado los trabajadores petroleros en una larga sucesión de huelgas (2011, 2016), que fueron respondidas con palos por el oficialismo. La ilegalización del Partido Comunista y otras fuerzas de izquierda despeja cualquier duda sobre el perfil regresivo de ese gobierno (Karpatsky, 2022).

La intervención militar rusa para sostener a ese régimen es muy ilustrativa de las tendencias opresivas de Moscú. Las miradas que soslayan ese curso suelen reproducir la imagen edulcorada que transmite la propaganda oficial. Presentan las acciones de Rusia fuera de sus fronteras como datos corrientes de la realidad bélica contemporánea. A lo sumo exponen descripciones que no se esclarecen el sentido de esas incursiones.

Es cierto que el status imperial de Rusia no ha quedado zanjado, se encuentra en plena maduración y no se clarifica con definiciones sumarias. El

país es hostilizado por Estados Unidos y comparte con China cierta asociación en un bloque no hegemónico. Pero al mismo tiempo incuba crecientes evidencias de una conducta externa opresiva, que son ignoradas por las miradas indulgentes.

Moscú no atravesó hasta ahora la frontera que separa la gestación de la consumación de un status imperial, pero esas tendencias están presentes en numerosos planos. Rusia no actúa a la par de Estados Unidos, pero despliega conductas propias de un dominador. El desconocimiento de ese curso es prisionero de los razonamientos binarios, que reducen la división del mundo a dos campos. Con esa simplificación se idealiza a Rusia, olvidando la naturaleza capitalista del sistema político-social imperante en ese territorio. Ese cimiento otorga una potencialidad imperial significativa, a un país con larga tradición de protagonismo en los asuntos mundiales.

ARBITRAJES Y TENSIONES

El hostigamiento de Occidente contra Rusia ha suscitado cierta simpatía hacia Putin en sectores del progresismo. Hay miradas comprensivas e incluso presentaciones del mandatario ruso como una figura heroica que enfrenta al imperialismo.

Ese enaltecimiento se ha intensificado, al calor de una fuerte confrontación dentro de Rusia con la derecha liberal, que apadrina el Departamento del Estado. Putin choca con los ahijados del grupo que sepultó a la URSS y particularmente con Navalny, el personaje idolatrado por Washington y sostenido por los segmentos medios prooccidentales de Moscú y San Petersburgo.

Esos sectores consideran que Putin gobierna un país habitado por pobladores culturalmente inmaduros y estructuralmente incapaces de actuar en democracia. Con esa mirada despectiva hacia sus propios conciudadanos redoblan las campañas contra el "populismo", que los grandes medios de comunicación propagan en todo el planeta (Kagarlitsky, 2016).

Putin ha enfrentado con dureza a esa oposición derechista, prohibiendo sus manifestaciones y encarcelando a sus dirigentes. Con esa contundente respuesta neutralizó a los sucesores de Yeltsin y cohesionó el frente interno. Se apoya en los sectores que privilegian la estabilidad y apuntalan un entramado burocrático asentado en la población desfavorecida. El jefe del Kremlin ha demostrado, además, una gran capacidad para asimilar opositores y distribuir cuotas de poder.

El éxito de esa política acrecentó su imagen de líder que desbarata conspiraciones. Pero esa efectividad no lo transforma en exponente del progresismo. Las denuncias de su conducta represiva no son meras invenciones

de la CIA. Ha sido acusado de eliminar adversarios con polonio en Londres y de ordenar el derribo del vuelo que causó 300 muertes civiles en 2014. Recientemente ilegalizó a la organización *Memorial,* que investiga los crímenes del estalinismo (Poch, 2022)

Putin preside un régimen que restauró el capitalismo para beneficiar a los oligarcas en desmedro de la mayoría popular. Su prolongada continuidad al frente del estado asegura los privilegios de los millonarios, que controlan los sectores más rentables de la economía.

El presidente ruso prioriza el mantenimiento de su autoridad entre los distintos segmentos de la elite. Trabaja para sostener el equilibrio entre esas fracciones y renueva periódicamente los acuerdos con los partidos próximos o distanciados del oficialismo ((Rusia Justa, Gente Nueva, Rusia Unida) (Kagarlisky, 2021). Con ese liderazgo sostiene una política exterior de resistencia a la OTAN y recuperación del control del espacio pos-soviético.

Hasta la incursión a Ucrania, Putin se manejaba con mucha astucia en la arena internacional. Afianzó el bloque defensivo con China, pero intensificó las relaciones con los rivales de Beijing. (Corea del Sur, Japón, India, Vietnam), para contrapesar la adversa brecha económica con su socio. Estas jugadas en el plano global permiten sostener la prolongada supremacía interna del mandatario moscovita.

LA IZQUIERDA FRENTE A PUTIN

Putin construyó su liderazgo durante su gestión inicial de 1999-2008. Luego aseguró otro mandato en el 2012 y posteriormente modificó la Constitución para extender su presidencia, con enmiendas que le permitirían gobernar hasta el 2036.

Esa perdurabilidad es reforzada con mecanismos de fraude institucionalizado, que garantizan resultados favorables en todas las votaciones. Algunos analistas, estiman que en las recientes elecciones conservó la mayoría de la Duma, mediante falsificaciones del sistema electrónico de votación (Krieger, 2021).

Esas anomalías no son denunciadas sólo por los sesgados observadores de Occidente. Son expuestas también por las corrientes de izquierda que actúan dentro de Rusia. Remarcan la existencia de incontables trabas para oficializar candidaturas opositoras y mencionan la existencia de sofisticados dispositivos para añadir o sustraer votos.

Pero a diferencia del pasado Putin comienza a enfrentar serios escollos. En los recientes comicios triunfó con el peor resultado desde el 2003 y su

gestión de la pandemia fue muy objetada por el reducido apoyo del gobierno a la población. En un escenario de cierres de negocios, pérdidas de puestos de trabajo y penurias entre los migrantes del interior, privilegió los beneficios fiscales a las grandes empresas.

La izquierda dentro de Rusia debe lidiar con un presidente en conflicto con el agresor norteamericano, que consolida al mismo tiempo un régimen capitalista asentado en la desigualdad. La erosión de la cohesión social y la profunda desmoralización política han obstruido hasta ahora la masificación de las protestas. Las negativas consecuencias de la implosión de la URSS continúan pesando, en una sociedad afectada por la frustración y la apatía.

Pero los promisorios resultados de la izquierda en las últimas elecciones introducen una cuota de esperanza para salir de ese túnel. El Partido Comunista (KPRF) logró su mejor resultado desde 1999 y se consolidó como la segunda fuerza en la Cámara de Diputados. Esa organización ha oscilado entre el sostén y la crítica al gobierno, pero introdujo una apertura hacia corrientes radicales insertas en la lucha social. Esas vertientes integradas a sus listas de candidatos modificaron el tono de la última campaña electoral (Budraitskis, 2021).

ANTIIMPERIALISMO Y SUJETO POPULAR

Putin es también visto con simpatía en sectores del progresismo por su promoción de la multipolaridad, como alternativa geopolítica a la preeminencia norteamericana. Pero existen pocas certezas sobre el contexto que genera esa configuración. Hasta ahora la multipolaridad alberga una heterogénea variedad de regímenes que no comparten un patrón común.

Ese curso facilita un escenario mundial más favorable para los proyectos populares, que el cuadro anterior de dominación unilateral estadounidense. Pero la nueva dispersión del poder (o su ordenamiento en torno a un bloque no hegemónico) está muy lejos de apuntalar la resistencia al imperialismo. La multipolaridad tampoco pavimenta un rumbo alternativo a la dinámica destructiva que desenvuelve el capitalismo. Conviene tener presente este diagnóstico a la hora de evaluar el marco internacional.

Una mirada socialista exige abandonar las caracterizaciones exclusivamente centradas en los acontecimientos geopolíticos, que dirimen la primacía de una u otra potencia. Los enfoques de izquierda deben focalizar su atención en los intereses populares y las batallas contra las clases dominantes de cada país.

El frecuente olvido de las luchas democrático-sociales es un corolario de la sustitución del análisis político por su equivalente geopolítico. El primer

abordaje enfatiza el papel de las fuerzas sociales en conflicto y el segundo realza la disputa entre potencias por la dominación global. De la excluyente atención a esos choques surge la expectativa de logros progresistas por el mero avance de la multipolaridad. Esa esperanza está centrada en las pulseadas internacionales favorables de ciertos gobiernos, sin tomar en cuenta los sucesos que impactan sobre las organizaciones populares.

Por ese desinterés en los acontecimientos por abajo, se malinterpretan muchas rebeliones que estallan contra los gobiernos del bloque no hegemónico. Esos levantamientos son automáticamente descalificados o identificados con las conspiraciones externas. Hay una gran sensibilidad para detectar los complots de la CIA y una total indiferencia para registrar la legitimidad de las protestas contra el autoritarismo y la desigualdad.

Esa tónica tiende a prevalecer entre los autores que elogian a Putin, auscultando el escenario global con el exclusivo filtro de su confrontación con Washington. Suponen que el destino de los pueblos se dirime en el Kremlin y no en las calles.

La acción popular no abre por sí misma caminos de emancipación y es instrumentada a veces por el imperialismo o las elites locales. Pero es imposible construir otro futuro sin actuar en ese campo y sin disputar la primacía de un proyecto socialista en el universo de los desposeídos. La clarificación del status imperial de Rusia contribuye a esa construcción alternativa.

25-5-2022

CAPITULO 14

FRACASOS, FALACIAS Y REPLANTEOS EN EL "GRAN ORIENTE MEDIO".

En noviembre del 2003 Bush presentó su gran cruzada de invasiones como un proyecto de rediseño general del "Gran Oriente Medio". Incluyó en esa denominación a Medio Oriente, Asia Central y el Norte de África, es decir a todo el mundo árabe y al grueso del "universo islámico".

El belicoso mandatario supuso que la reorganización de esa monumental geografía aportaría los cimientos del "Nuevo Siglo Americano", que los teóricos neoconservadores presagiaban luego de la implosión de la Unión Soviética. Con ese propósito, luego del 11 de septiembre los *marines* se reinstalaron en la Península Arábiga, ocuparon Afganistán, invadieron Irak, bombardearon Libia, convalidaron la pulverización de Siria, avalaron la partición de Sudán e hicieron la vista gorda a las masacres de Yemen.

HTTPS://JACOBIN.COM/2023/04/SAUDI-ARABIA-ISRAEL-PALESTINE-OCCUPATION-APARTHEID-INTERNATIONAL-RELATIONS

Con esas operaciones Estados Unidos intentó recuperar primacía imperial. Descargó toneladas de bombas para contrarrestar la erosión de su liderazgo y militarizó varios continentes para capturar riquezas, disuadir competidores y aplastar el descontento popular.

Al cabo de dos décadas de sangrientas incursiones, la primera potencia sólo cosechó fracasos y adversidades. No reconquistó la hegemonía que ansiaba, ni pudo cicatrizar las perdurables llagas que arrastraba desde la derrota en Vietnam.

Esas frustraciones afectaron al propio término de "Gran Medio Oriente", que desapareció por completo del lenguaje periodístico. Esa referencia se perdió en el mismo olvido que el ensueño de rejuvenecimiento norteamericano.

DOS REPLIEGUES

La humillación de Afganistán sintetiza el fracaso imperialista. El Pentágono perdió una guerra que involucró a 200.000 soldados e insumió 2.4 billones de dólares. El ejército local entrenado por los *marines* triplicaba a sus adversarios, pero se desmoronó frente a la simple presencia de los talibanes. Esas milicias ya manejaban una vasta red de infiltrados entre los gendarmes adiestrados por Washington. Aprovecharon esa capacitación gratuita y se apropiaron de los pertrechos de sus contrincantes.

Los bombardeos en las zonas rurales que implementaron las tropas pronorteamericanas fueron tan inefectivos como los fortificados cuarteles de Kabul. La patética imagen de helicópteros escapando en los aeropuertos colapsados por la huida de ex funcionarios, retrató el desmoronamiento del gobierno cipayo. Los talibanes avanzaron negociando la rendición de los líderes comunales y tomaron el control final del país en pocos días.

Trump ya había comenzado el repliegue, pero no logró el compromiso de los talibanes para consensuar un cogobierno con sectores prooccidentales. Biden puso fecha al retiro de tropas y proseguía la negociación para mantener a varios miles de mercenarios-contratistas. También buscaba la equidistancia de los talibanes frente a China y Rusia. Todas esas cartas se desplomaron con el imprevisto asalto a Kabul (Chomsky; Prashad, 2021).

Los talibanes vuelven con su soporte agrario consolidado, pero se instalan en una capital muy distinta a su anterior gobierno. Afrontan una sociedad más urbanizada y con mayor capacidad de resistencia a la regresión medieval (Baczko, 2021). Mantienen relaciones conflictivas con sus tradicionales adversarios de la Alianza del Norte y una creciente confrontación con sus competidores del ISIS-K. En este escenario Biden sólo conserva

limitadas opciones y a lo sumo anhela una guerra sectaria que agote a todos los contrincantes. En cualquier coyuntura debe reconsiderar la estrategia norteamericana.

La abrupta caída de Afganistán impacta sobre Irak. Estados Unidos todavía mantiene miles de efectivos, 12 bases militares declaradas y 400 acuerdos subterráneos para garantizar la presencia de contratistas (Armanian, 2019). Pero la finalidad de esos gendarmes ya no es el control del país, sino alguna contención de la preeminencia iraní. Hasta el propio Parlamento de Bagdad demandó formalmente el retiro total de los soldados estadounidenses.

El ensayo colonial que intentó Washington al desmantelar la estructura estatal de Irak -disolviendo las fuerzas armadas, remodelando las regiones y creando un nuevo sistema político- concluye con un monumental fracaso. Los invasores quedaron aislados, perdieron a sus servidores internos y buscaron contrarrestar la resistencia a la ocupación con el fomento de una guerra interna.

Pero el sistema político que finalmente se estabilizó quedó bajo la influencia del enemigo iraní. Los agresores autodestruyeron su propio plan al excluir de la administración pública a la colectividad sunita (familiarizada con el régimen de Sadam). Con esa decisión entregaron el manejo efectivo de Irak a los sectores chiitas vinculados a Teherán.

TRES FRACASOS

Irán es la mayor frustración de Washington. Ha sido el principal blanco de todos los mandatarios de las últimas décadas, que ensayaron incontables caminos para rodear, debilitar y tumbar al régimen de los Ayatolás. Combinaron la presión militar con una sostenida asfixia de la economía mediante bloqueos y sanciones.

Estados Unidos no escatimó esfuerzos para doblegar a ese país. Incitó primero a Sadam Hussein a librar una mortífera guerra que destruyó a ambas naciones (1980-88). Posteriormente aniquiló a Irak mediante la presión (1991) y la invasión (2003), apostando a forzar la capitulación posterior de Irán. Pero nunca consiguió esa meta. Ha pretendido a someter a una sociedad de desarrollo medio, con 81 millones de habitantes y elevada cohesión nacional, que alberga la primera reserva de gas y la cuarta de petróleo del mundo (Mathus Ruiz, 2017).

La primera potencia afronta un obstáculo mayor desde que Irán optó por dotarse de una coraza atómica. Es el mismo escudo que le permitió a Corea del Norte evitar el destino de Libia o Irak. Si Teherán logra conseguir ese

armamento tendrá un recurso disuasorio de enorme eficacia. Por esa razón Washington concentra toda su artillería en frustrar ese avance hacia el club de las potencias atómicas.

Pero todos los mandatarios han vacilado en el sendero a seguir. Obama negoció un acuerdo para distender el enfrentamiento, mientras monitoreaba el desarme de Teherán. Trump optó por el camino opuesto y lanzó un ultimátum exigiendo la inmediata clausura del programa nuclear. Se alineó con la línea dura y asumió la representación directa del lobby petrolero estadounidense, que propicia una pulseada con la OPEP para apropiarse de los clientes de Irán.

Trump se despidió, además, con el impactante asesinato del general Soleimani y ha intentado diezmar el personal del programa nuclear mediante una oleada de crímenes. Irán es la madre de todas las batallas que el imperialismo norteamericano viene perdiendo en la región.

En Libia el Departamento de Estado armó a un conjunto de jefes tribales para deshacerse de Gadafi y conseguir el control del petróleo. Sobornó a los desertores del régimen, financió un complot e implementó 30.000 misiones preparatorias del ataque, para desembarazarse de un gobernante que actuaba con autonomía de Washington (Dinucci, 2021). Europa participó intensamente de esa asonada para usufructuar del mismo botín.

Pero el Departamento de Estado no logró montar el gobierno títere que imaginaba. El país quedó afectado por la segmentación territorial, la división militar y la ausencia de alguna autoridad ordenadora del estado.

El botín petrolero es disputado por dos fracciones (Sarraj, Haftar), dos regímenes (GAN y ELN) y dos capitales (Trípoli, y Bengasi). Ambos sectores están asociados con las potencias que pulverizaron el país. Ese sometimiento es tan descarado, que hasta las tratativas para forjar un gobierno común se desenvuelven con reducida participación de los libios.

En ese caótico contexto el Pentágono no ha podido instalar el cuartel que había planeado para "otanizar" el Mediterráneo. Interviene, además, con cierta cautela frente a las bandas mafiosas que disputan la administración de las exportaciones petroleras. Las compañías yanquis rivalizan con las firmas de Europa, China, Rusia y Turquía.

En Siria el imperialismo norteamericano esperaba el derrocamiento de Assad, para repetir la secuela consumada con Sadam y Gadafi. Pero los fracasos de Afganistán e Irak lo indujeron a evitar la intervención directa y a optar por alternativas más sinuosas (Levent, 2017). Intentó primero apadrinar una oposición burguesa prooccidental y optó posteriormente por forjar una legión afín con desertores del ejército. Financió y adiestró a esas fuerzas, pero limitando la entrega de armas, para no repetir lo ocurrido con los muyahidines, talibanes y Al Qaeda que terminaron actuando por cuenta propia.

Esa gestación de milicias teledirigidas tampoco dio resultados, cuando la revuelta democrática contra el gobierno se transformó en una guerra civil, que enfrentó una red de organizaciones yihadistas con un mandatario auxiliado por Rusia e Irán. Estados Unidos desplegó entonces tropas en las zonas fronterizas, realizó incursiones aéreas y consumó varios operativos encubiertos, pero no pudo intervenir directamente en el conflicto. Nunca logró colocar bajo su órbita los opositores en armas subordinados a las organizaciones fundamentalistas. Esa carencia fue aprovechada por Assad para recuperar posiciones perdidas y reflotar su gobierno.

Al final de esa disputa, Estados Unidos ha perdido mucho más de lo que aspiraba a lograr en Siria. Consiguió asentar cierta presencia de militar en un país fracturado en tres zonas (administración alauita en Damasco, administración turca del norte y autonomía kurda), pero debió aceptar la continuidad de Assad y la mayor presencia de las tropas rusas e iraníes que respaldan al gobierno.

PRETEXTOS Y MENTIRAS

Estados Unidos ha consumado todos sus operativos con pretextos inverosímiles e hipócritas justificaciones de intervención humanitaria. Resucitó la antigua tradición de la "guerra justa", para presentar esas acciones como socorros a una población desamparada. Utilizó una legión de juristas para publicitar la validez de la acción militar extranjera cuando se agotan las tratativas previas. Subrayó además las bendiciones a esas incursiones que emitieron los organismos internacionales (Lobo Fernández, 2012).

Pero los justificadores de la agresión no han podido aclarar la discrecionalidad de los operativos. Los "auxilios externos" sólo afectan a los países con algún interés específico para Estados Unidos. Los civiles rescatados siempre se localizan en la periferia e invariablemente afectan a los gobiernos enemistados con Washington. Los *marines* sólo aparecen en lugares estratégicos con recursos naturales apetecidos por las grandes empresas.

Las mentiras más escandalosas fueron lanzadas para ocupar Afganistán. Bush nunca explicó por qué razón atacaba a ese país, luego de un atentado contra las Torres Gemelas cometido por milicianos sauditas. Es evidente que utilizó ese traumático episodio para escalar una guerra y repitió lo hecho desde *Pearl Harbour* por varios presidentes norteamericanos. Por eso el Departamento de Estado elude la desclasificación total de los archivos que ocultan lo sucedido el 11 de septiembre.

El propósito real de esa ocupación era erigir un bastión yanqui, en una zona que entrecruza las rutas de Asia Central y bordea las fronteras de China y Rusia. Por esa estratégica ubicación Afganistán fue durante centurias el

epicentro de violentos enfrentamientos y fracasadas invasiones. El propio país emergió como un estado tapón entre colonialistas británicos y expansionistas rusos y Washington intentó convertirlo en un trampolín de su dominación.

Para invadir Irak, el Departamento de Estado denunció la presencia de armas de destrucción masiva que jamás fueron halladas. El país fue demolido con una excusa rápidamente desechada por sus propios difusores. No pudieron disimular que Estados Unidos simplemente buscaba confiscar el petróleo y castigar a un gobernante que rompió los compromisos concertados con Washington.

Sadam incurrió en esa intolerable indisciplina cuando atacó a Kuwait, para financiar su hipertrofiado ejército con una fuente adicional de ingresos petroleros (Harris, 2016). Supuso que Estados Unidos no obstruiría esa expansión, luego de la desgarradora guerra librada contra Irán a pedido del Pentágono. Pero el Departamento de Estado vetó la aventura, intentó desprenderse del voluble tirano mediante fallidas conspiraciones y finalmente optó por la invasión.

En Libia el operativo yanqui fue igualmente burdo. La diabolización de Gadafi que precedió a su derrocamiento simplemente disfrazó el propósito imperial de deshacerse de un mandatorio, que manejaba con independencia los enormes recursos financieros del país. Gadafi negociaba, además, el eventual sostén a un signo monetario panafricano para atenuar la dependencia regional del dólar y el euro.

Por esa razón los conspiradores confiscaron rápidamente gran parte de los depósitos del estado libio en el extranjero. El asesinado mandatario también resistía la localización de una filial de Pentágono en la región (Africom) y aumentaba los intercambios con China. No era la marioneta que Estados Unidos apetecía en las costas del Mediterráneo.

En la conspiración contra Siria, los voceros del Departamento de Estado alertaron contra la peligrosidad de las armas químicas almacenadas por Assad. Como nadie halló esos dispositivos, cambiaron de pretexto para arremeter contra un gobierno que actuaba fuera de su órbita.

Finalmente, los ataques contra Irán han sido invariablemente rodeados de grandes advertencias sobre el poder bélico de Teherán. Pero es evidente que ese país no representa ninguna amenaza para la primera potencia. Basta con recordar que en 2017 su presupuesto militar fue de 14.000 mil millones de dólares frente a los 716.000 millones que maneja el Pentágono.

Desde la caída del Shah Palhevi el imperialismo norteamericano perdió una pieza clave de su dominio y todos los ocupantes de la Casa Blanca han explorado caminos para revertir esa carencia. Su acción en esa zona siempre

se inspiró en la doctrina Carter-Kissinger, que propicia asegurar por la fuerza el control de la ruta petrolera del Golfo Pérsico.

"DESARTICULAR EL TERRORISMO"

La "guerra contra el terrorismo" fue el principal pretexto para perpetrar todas las incursiones norteamericanas en el "Gran Oriente Medio". Pero la hipocresía de esos mensajes salta a la vista, cuando se recuerda que las primeras bandas yihadistas fueron fabricadas por la CIA en 1978, para actuar en Afganistán contra la Unión Soviética. De esa matriz de muyahidines surgieron las variantes posteriores de Al Qaeda y el Ejército Islámico. Esos grupos actuaron en los distintos escenarios bélicos que propició el Pentágono (Yugoslavia, Libia, Sudán) y mantuvieron oscuras relaciones con las redes de inteligencia del Pentágono.

Los yihadistas aterrorizan a la población de Occidente y crean un clima de justificación de las represalias norteamericanas. Su brutal acción permite generalizar la deshumanizada indiferencia internacional frente a la devastación padecida por el "mundo islámico".

Los medios de comunicación han ocultado que Estados Unidos es el mayor responsable planetario del terrorismo. Con ese término se describen las acciones sangrientas que no discriminan los objetivos militares de la población civil. El imperialismo norteamericano ha consumado más actos de ese tipo que ninguna otra fuerza. Desde la mitad del siglo XX perpetraron incontables bombardeos masivos contra ciudadanos desarmados.

Cualquier modalidad de terrorismo marginal resulta insignificante en comparación al terrorismo de estado que monitorea el aparato militar estadounidense. Un estudio reciente cuantifica la magnitud de esa desproporción (Therborn, 2021). Frecuentemente se ocultan, además, los nexos entre ambas variedades de salvajismo. Bajo la apariencia de una red de alucinados que desestabiliza a su antojo inmensos territorios, subyacen múltiples entretejidos con el aparato militar estadounidense.

Pero la gran novedad del terrorismo yihadista reciente ha sido la enorme envergadura de su autonomía criminal. Milicias inicialmente gestadas por la CIA trabajan para varios mandantes. Son intensamente utilizadas por los jeques sauditas y los militares pakistaníes. Turquía los despliega en su batalla contra los kurdos e Israel los apuntala en Siria.

Washington continúa participando en esa variedad de asociaciones, pero su padrinazgo quedó seriamente afectado por las incursiones antiamericanas de los yihadistas. Lo ocurrido con las Torres Gemelas marcó un hito

de esa tensión. Ese tipo de conflicto entre terroristas y sus gestores tiene muchos antecedentes en escenarios de fracaso imperial.

Esas frustraciones suelen provocar imprevistas respuestas en la propia tropa. Basta recordar que, para destruir a sus enemigos del momento, Israel alimentó a Hezbollah, Sadat procreó a sus asesinos y Estados Unidos alumbró a Bin Laden. Como en los cuentos del aprendiz de brujo el monstruo termina atacando a su propio creador.

Los grupos yihadistas han florecido, además, en la dinámica de caos que ha imperado en Afganistán, Irak y Libia. Cumplen un rol destructivo que al comienzo sintonizaba con los planes de rediseño imperial. Pero su protagonismo actual constituye otro indicio del fracaso estadounidense.

Ese descontrol de la propia criatura ha sido muy visible en Afganistán. Estados Unidos entrenó y organizó a los muyahidines para destruir un gobierno laico, progresista y aliado con la Unión Soviética. Luego apuntaló la consolidación de esos grupos, que demolieron un significativo intento gubernamental de modernización (1978-1992) para reconstituir el viejo orden medieval de los clanes patriarcales.

Cuando en 1996 los talibanes capturaron directamente el gobierno y se repartieron los negocios a los tiros, se tornaron inmanejables para los propios norteamericanos. El Departamento de Estado resolvió desatar otra guerra para recuperar el control del país y lo que parecía una sencilla operación policial se transformó en el pantano del ocupante.

"PACIFICAR LA REGIÓN"

Los gobiernos estadounidenses presentaron sus operativos contra Afganistán, Libia, Irak e Irán como acciones necesarias para pacificar una vasta zona. Pero terminaron generado la mayor tragedia de las últimas décadas. Sus agresiones provocaron un espantoso número de víctimas.

El total de muertos en Irak es desconocido, pero la destrucción del país es mayúscula. La mitad de la población no accede a los consumos básicos y los indicadores de salud, educación y esperanza de vida se han desmoronado al puesto 120 de un ranking de 197 de países (Dalband, 2020).

Se estima que en Siria pereció medio millón de personas, la mitad de la población fue desplazada y un tercio sobrevive en campos de refugiados (Maget 2020). El 60% de los habitantes debe lidiar con el hambre, en una economía que tan sólo mantiene un tercio de su PBI anterior (Dahler, 2021). Se calcula que en Afganistán fueron ultimadas unas 241.000 personas y

millones de familias perdieron sus hogares (Engelhardt 2021). En Sudán se computan 400.000 muertos y 3 millones de refugiados.

En Yemen no hay "crisis de refugiados" porque el grueso de los sobrevivientes es masacrado. Los hospitales quedaron reducidos a escombros en medio del coronavirus y una epidemia de cólera (Pierson 2021). Los barcos con ayuda alimenticia son confiscados y la catástrofe humanitaria es silenciada por un desvergonzado apagón informativo.

Esta sucesión de desangres derivó, a su vez, en una demolición mayúscula de estructuras estatales en toda la zona. En Afganistán Irak, Libia y Siria esas instituciones quedaron pulverizadas bajo una lluvia de bombas.

Durante muchos años los mandatarios norteamericanos dejaron madurar el "caos constructivo" generado por ese dantesco escenario, suponiendo que la propia desintegración política alumbraría el esperado rediseño imperial (Martinelli, 2020). Algunos analistas estiman que se avaló adrede el despedazamiento de ciertos países, para multiplicar la presencia de mini estados manejables por la primera potencia (Armanian, 2019c).

La gestación de un ramillete de impotentes micro estados (tipo Bahréin, Qatar u Omán) fue siempre la gran fantasía de algunos artífices de la política exterior norteamericana. Pero en los hechos la balcanización sólo despuntó como un impensado efecto del propio intervencionismo. La sustitución de estados centralizados por pequeñas y diseminadas administraciones puede asegurar más poder a un mandante extranjero, pero también debilita la capacidad de control efectivo sobre los escenarios anarquizados.

Estados Unidos no forjó finalmente en ningún lugar el cimiento del "nuevo siglo americano" y sólo multiplicó una dramática sucesión de inmanejables contextos. Especialmente en Afganistán pensaban construir una gran catapulta contra Rusia y China, para desarticular la alianza forjada por ambas potencias (Acuerdo de Shanghái del 2001). Por eso Obama redobló la guerra con mayores contingentes de tropas, mientras promovía una enorme área de libre comercio bajo supervisión americana (TPP). El naufragio militar arruinó esas fantasías e inauguró la secuela posterior de retiradas igualmente fracasadas.

"CIVILIZAR Y MODERNIZAR"

El gran lema del intervencionismo imperial fue la introducción del progreso, en países atascados por el retraso cultural de sus poblaciones. Con ese argumento exculpó a los agresores y responsabilizó a las víctimas por los sufrimientos padecidos.

La propaganda imperialista ha estigmatizado especialmente a los árabes, presentándolos como un pueblo primitivo, autoritario y violento, que no logra asimilar los valores de la democracia y la modernidad. Con esa variedad de estereotipos se renovaron los prejuicios euro-céntricos, que tradicionalmente contrapusieron la civilización de Occidente con la barbarie de Oriente. Ese contrapunto siempre olvidó, que ninguna región del mundo afrontó demoliciones humanas comprables a las dos guerras mundiales desatadas por las modernizadas potencias transatlánticas.

Las miradas *arabofóbicas* suelen evaluar las sangrientas tensiones en el "Gran Oriente Medio" en clave religiosa. Resaltan la centralidad del conflicto inter musulmán entre sunitas y chiitas y atribuyen su crudeza al fanatismo de esos credos. Pero omiten que en nombre de la Cristiandad se perpetraron matanzas de mayor dimensión y que la ceguera fundamentalista no es un patrimonio exclusivo de las corrientes islámicas.

En realidad, los desgarros bélicos en toda la región no tienen tantos secretos. Obedecen a las mismas rivalidades por recursos y beneficios que imperan en el resto del planeta. La singular virulencia del despojo padecido por el mundo árabe tiene causas materiales, que son frecuentemente enmascaradas con velos religiosos y prejuicios culturales.

Los desangres de la región no se esclarecen observando choques entre culturas o religiones, ni tampoco evaluando confrontaciones entre democracias y dictaduras o disputas entre modernizaciones y atrasos. Hay que registrar ante todo las consecuencias de la dominación imperial.

La estafa de las justificaciones modernizadoras ha sido particularmente chocante en Afganistán. Los ocupantes instalaron una red de bases y un enjambre de contratistas, financiados con el intercambio de armamento por petróleo, gas, oro, cobre y diamantes. Al cabo de un prolongado vaciamiento la economía afgana retomó su tradicional primacía en la producción de opio y heroína. La prosperidad de esos cultivos en territorios ocupados por la OTAN confirmó la fluida relación de los invasores con el narcotráfico. Uno de cada diez jóvenes afganos es actualmente adicto al opio y un tercio de la policía consume drogas (Tariq Ali. 2021).

Ningún mandatario de la Casa Blanca defendió tampoco a las mujeres afganas. Más bien facilitaron la expansión del trabajo sexual para servir a los ejércitos ocupantes. En las negociaciones con los talibanes de los últimos años Trump y Biden aceptaron todas las reglas de maltrato del género femenino. Esperaban llegar a una convivencia con la jefatura clerical semejante a la establecida con la teocracia saudita.

En Irak, los mismos modernizadores de Occidente impusieron una regresión mayúscula del sistema político. Sobre las cenizas de un estado laico unificado forjaron un sistema confesional contrapuesto a los principios de la ciudadanía. Consolidaron además la corrupción y apuntalaron la represión

contra las protestas populares. Dejaron la administración del país en manos de clanes religiosos en detrimento de los partidos políticos y afianzaron la gravitación de las milicias paramilitares en los mini gobiernos de los caciques locales. En lugar de la prometida "construcción de una nación" -que auguraron los *marines* al llegar a Bagdad- destruyeron todos los cimientos de esa configuración.

PETRÓLEO Y ARMAS

No es muy difícil imaginar por qué razón Estados Unidos concentró sus agresiones en el "Gran Oriente Medio". En esa región se localizan las mayores reservas petroleras del mundo. Para controlar esas riquezas en el mundo árabe, la primera potenció ha buscado seguir el modelo inglés de sometimiento de los estados. Esa sujeción aseguró el manejo de acervos energéticos inigualables en tamaño y facilidad de acceso.

A mitad del siglo XX el imperialismo norteamericano fijó las reglas de comercialización del crudo y ha priorizado su monitoreo del sector. Como las economías de Europa, Japón y China dependen del abastecimiento externo de petróleo, el manejo del crudo asegura un poder inmenso al controlador de los principales yacimientos.

Esa administración indirecta le permitió a Estados Unidos preservar la supremacía del dólar. La comercialización del petróleo en dólares mantiene el señoreaje internacional de esa divisa. Las empresas del Golfo reciclan los excedentes generados por la exportación del combustible hacia centros financieros, que operan con la moneda norteamericana.

Como ese gigantesco flujo alimenta a su vez el crédito internacional, el petróleo de Medio Oriente recrea el predomino mundial del dólar. Esa madeja fue afectada por varias coyunturas críticas (como el shock de los "petrodólares" en los años 70), pero ha persistido como un pilar clave de la primacía del billete estadounidense.

La conversión de la primera potencia en la principal productora de hidrocarburos en la nueva modalidad *shale*, no debilitó su ambición norteamericana de controlar los recursos fósiles de otras latitudes. Al contrario, reafirmó su intención de disputar la primacía del negocio, mediante el sometimiento total de Medio Oriente. Con ese objetivo tensionó las relaciones con la OPEP e incrementó las sanciones contra Irán y Venezuela.

Conviene recordar esta evidente centralidad del petróleo frente a las miradas liberales que relativizan su gravitación. Suelen argumentar que la estrategia internacional de Washington es "más compleja" y está "motivada por otro cúmulo de razones". Pero al minusvalorar la motivación petrolera

del militarismo yanqui oscurecen el ABC del imperialismo contemporáneo (Chomsky, 2007: cap 2).

Por su estratégica función en el sistema mundial de dominación, Medio Oriente alberga una secuela de guerras permanentes. El yugo imperial ha convertido a esa zona en un centro de conflagraciones, que a su vez nutren los negocios del complejo militar-industrial norteamericano.

El principal productor petrolero (Arabia Saudita) es también el mayor comprador de armamentos yanquis. Los seis estados del Golfo adquirieron entre 2015 y 2019 una quinta parte del total armas comercializadas en el planeta (Hanieh, 2020). La tragedia de la guerra y el apetito del petróleo están dramáticamente amalgamados.

"DEMOCRATIZAR LAS SOCIEDADES"

La introducción de la democracia fue el otro estandarte imperial de las últimas décadas. Esa falacia ha sido tan burda, que hasta el propio Biden debió desmentirla públicamente. Confesó que Estados Unidos "nunca pretendió crear una democracia" en Afganistán. Ese país fue arrasado por las incursiones del Pentágono para instalar una cleptocracia que amañó las elecciones y potenció la corrupción hasta increíbles extremos.

Washington se embarcó en la sistemática destrucción de todos los intentos de real democratización de la región. Conoce perfectamente la incompatibilidad de esa aspiración con el despojo que perpetran las firmas transnacionales y sus socios locales. Por eso ha contribuido al aplastamiento de todas las luchas contra las tiranías de la región y apuntaló especialmente la brutal represión contra la primavera árabe de la década pasada.

En el grueso de Medio Oriente rige una "excepción despótica", que ha sustraído a la zona de la limitada democratización introducida en los sistemas políticos del Sur de Europa, América Latina y África Subsahariana. Las formas descarnadas de autoritarismo continúan prevaleciendo en la mayor parte de los países (Achcar, 2007: cap 2).

Ese desconocimiento de los derechos políticos es directamente auspiciado por Estados Unidos, que siempre propició la continuidad de las dinastías, las monarquías y las dictaduras sangrientas. Para asegurar su dominación el Departamento de Estado saboteó incluso la aparición de regímenes más moderados. El saqueo del petróleo, el negocio armamentista y la contención de los rivales son incompatibles con la democratización.

La familia saudí, el Sah de Persia, los pequeños jeques del Golfo, el principado hachemí de Jordania, los monarcas de Marruecos y el autoritarismo

egipcio han contado con el pleno respaldo yanqui para asesinar militantes, proscribir opositores y encarcelar disidentes. La Casa Blanca convalidó en el pasado esas atrocidades para confrontar con los regímenes nacionalistas, laicos o soberanos, que coqueteaban con el contrapeso ejercido por la Unión Soviética.

Pero Washington también apuntaló la represión de gobiernos adversos, cuando abandonaron los proyectos progresistas y se adoptaron al giro neoliberal. La sensibilidad norteamericana por los derechos humanos sólo ha irrumpido súbitamente, frente a los mandatarios que actúan con cierta autonomía y resisten la obediencia a la embajada estadounidense. El entrelazamiento estructural del imperialismo con los gobiernos autoritarios es un dato invariable de Medio Oriente.

Las formas democráticas no encuentran resquicios para emerger en una región tan desgarrada por la guerra. El listado de esas conflagraciones corrobora una atroz periodicidad desde mediados del siglo pasado. La *nakba* palestina (1948) fue sucedida por el ataque anglo-franco-israelí a Egipto (1956) y por la intervención estadounidense en el Líbano (1958). La guerra de los Seis Días (1967) desembocó en la repuesta bélica de *Yom Kippur* (1973) y en el intento sionista de conquistar el sur del Líbano (1983). El nuevo ciclo iniciado con la incursión del Golfo (1990) condujo a la ocupación de Afganistán (2002) y a la invasión a Irak (2003). La escalada de la última década arrasó a Libia, Sudán, Siria y Yemen (Anderson, 2013).

Este procesamiento bélico de las tensiones políticas es la norma en el mundo árabe y sus aledaños. Por esa razón es tan estrecho el margen para los contubernios, las manipulaciones institucionales y las alquimias entre partidos, que predominan en otras regiones. La terrible contrarrevolución militarizada contra la primavera árabe confirmó esa regla de gestión política brutal.

¿FIN DEL BELICISMO?

El cúmulo de fracasos de Estados Unidos en Medio Oriente es tan significativo, que algunos analistas ya ubican a la primera potencia en un rol secundario. Consideran que pierde protagonismo y tiende a retirarse de la zona (Munif, 2017). El repliegue militar en Siria, Irak y Afganistán es visto como una corroboración de ese abandono, que se consumaría delegando el manejo de todos los conflictos a los dos principales socios de la zona.

Washington reforzaría la centralidad de Israel y apuntalaría las acciones de la monarquía saudita, propiciando un frente común de todos los regímenes pro norteamericanos ("Proyecto Abraham"). También convalidaría la autonomía de Turquía sin interferir en sus aventuras (Aguirre, 2019) y buscaría tomar

distancia de todas las tensiones para dejar a sus aliados al comando de la región (Conde, 2018),

El propio Biden ha declarado que Estados Unidos abandonará su intervencionismo externo. Pero es evidente que actúa bajo el shock creado por la imprevista humillación de Afganistán. El nuevo presidente esperaba liderar un retiro ordenado y afronta en cambio una crisis con abundantes reproches.

Debe lidiar con un turbulento escenario, dónde todos echan la culpa al otro por lo ocurrido. Los generales no saben que decir, los grandes medios transmiten malestar, el establishment objeta y Trump reapareció con fulminantes diatribas. En el exterior Johnson discrepa, Merkel se queja, Macron exhibe desconcierto y la elite europea despotrica contra el unilateralismo del Pentágono.

La caída de Kabul es un hito geopolítico que afecta, además, el armado internacional de Biden contra China y deteriora la luna de miel que había logrado con el rebote económico y el avance de la vacunación. Necesitaba un tiempo de oxígeno para gestar ese bloque y ahora debe afrontar el imprevisto escenario creado por la derrota de Afganistán.

El perfil pacifista que el presidente norteamericano intenta transmitir en esta coyuntura es desmentido por su trayectoria belicista y por el continuismo imperial que ha signado sus primeros meses en la Casa Blanca. Biden inauguró su mandato con un bombardeo a Hezbollah en Siria y apuntaló la construcción de cinco bases militares en las proximidades de ese país.

También reafirmó la estratégica alianza con Arabia Saudita, luego de publicar informes que confirmaba la responsabilidad directa del príncipe Bin Salman en el descuartizamiento de un periodista de los grandes medios estadounidenses. Pero sólo utiliza esa denuncia como un instrumento de presión, para que los monarcas introduzcan alguna reforma cosmética en el macabro funcionamiento de su régimen.

Biden no insinuó ningún cambio en el despojo de los palestinos, convalidó el brutal operativo sionista contra Gaza y alentó a todas las dinastías del Golfo a restablecer relaciones con Israel. El apoyo a la dictadura de Egipto fue ratificado y tan sólo mantuvo indefinida la política a seguir frente al ambivalente gobierno turco. Tampoco decidió si frente a Irán optará por la variante rupturista de Trump o por la opción negociadora de Obama. Pero no emitió ninguna señal de levantamiento de las sanciones económicas. Continuó exigiendo que Teherán reduzca primero el enriquecimiento de uranio en sus plantas atómicas (Rodríguez Gelfenstein, 2021).

El mandatario yanqui aprobó también los planes de guerras híbridas que propicia el Pentágono y seleccionó un equipo de asesores externos muy entrelazado con el complejo industrial militar.

Pero al mismo tiempo apuesta a combinar esas continuidades con la recomposición de la cohesión interna, para sostener políticas exteriores ulteriormente más agresivas. Biden considera que la grieta política, las tensiones raciales y la división político-cultural entre el americanismo del interior y el globalismo de las costas, obstruyen la restauración del poder imperial.

Para superar esos obstáculos ha introducido una política económica neo keynesiana, que se amolda a la gran contienda con China. Ese rumbo económico incluye un giro hacia el gasto público con incremento de impuestos a las grandes corporaciones, cierta recomposición de los ingresos medios, gran inversión en infraestructura y fomento estatal a la creación de empleo. La conmoción de Afganistán obliga revisar también ese curso.

REPLANTEOS SIN ABANDONO

Un viraje radical de Estados Unidos hacia el fin de intervencionismo externo chocaría con la dinámica general del imperialismo. Este curso incluía el control directo del "Gran Oriente Medio" para intentar una recuperación de la dominación estadounidense. Esos planes se han desmoronado pero la primera potencia no puede simplemente archivarlos y desentenderse de un área decisiva para la primacía del dólar, la provisión del petróleo y los negocios del complejo industrial-militar.

De la misma forma que el capitalismo funciona a través de la competencia (y no puede prescindir de esas rivalidades), el imperialismo exige el ejercicio de una dominación que no acepta vacancias. Por esa razón Estados Unidos fue empujado a ensayar la reconstitución de su poder con operativos que devastaron al mundo árabe.

Aunque ninguna de esas acciones llegó a buen puerto, los mandatarios de Casa Blanca están compelidos a transitar una y otra vez por caminos semejantes. Ese el único itinerario posible para retomar una primacía mundial, que la primera potencia no logra recuperar, pero tampoco puede abandonar.

Estados Unidos destruyó países sin lograr resultados favorables y gastó ingentes recursos en acciones que lo desfavorecieron. Otras potencias terminaron lucrando con los operativos del Pentágono y la apuesta unipolar desembocó en un escenario contrapuesto de mayor multipolaridad.

Pero de esas frustraciones no se deduce la renuncia norteamericana a la recuperación imperial. Semejante deserción es descartada en Washington por los artífices de la política externa. Sólo evalúan nuevos caminos de contraofensiva. Ciertamente Estados Unidos necesita modificar su forma de intervención con mayor participación de sus socios. Pero buscará combinar esa delegación con el continuado control geopolítico de la región.

Todos los presidentes norteamericanos han guerreado, además, para exportar sus crisis internas. La batalla contra los fantasmas terroristas y las incursiones humanitarias aportan el gran pretexto para distraer a la opinión pública de la fractura social, la violencia racista y el enriquecimiento de los multimillonarios. Ningún mandatario demócrata o republicano se ha privado de auspiciar esos operativos bélicos y es muy improbable que abandonen esa práctica.

Medio Oriente, África del Norte y Asia Central son escenarios claves para la primera potencia, que en el 2020 desenvolvió pequeñas guerras en 12 países, ejecutó programas de asesinato con drones en siete naciones y proporcionó entrenamiento militar a 79 socios en el mundo (Prashad, 2021).

Estados Unidos continúa actuando como la primera potencia y no resignará ese lugar, mediante un sobrio retiro a sus propias fronteras. Seleccionará mejor sus blancos y actuará con mayor cautela mientras redefine su acción. En el duro escenario de fracasos militares y desaciertos geopolíticos busca senderos para la recomposición interna y el relanzamiento del intervencionismo.

Por esa razón, Estados Unidos concentra como ninguna otra potencia todos los rasgos del imperialismo contemporáneo frente a Europa, Rusia y China, que son los otros colosos de peso global. ¿Qué tipo de intervención desarrollan estos tres jugadores en la región más explosiva del planeta? ¿Corresponde extender también a ellos el calificativo imperial? Responderemos a estos interrogantes en nuestro próximo capítulo.

10-9-2021

CAPITULO 15

TRES PERFILES DIFERENTES AL IMPERIALISMO DOMINANTE

El fracaso del proyecto norteamericano del "Gran Oriente Medio" tiene enormes consecuencias para la relación de la primera potencia con los tres principales jugadores globales del siglo XXI. El imperialismo estadounidense buscaba renovar la subordinación de Europa, frustrar la recomposición de Rusia y neutralizar la expansión de China. Estos tres objetivos quedaron seriamente afectados por la sucesión de adversidades y derrotas que acumula Washington en las últimas dos décadas.

La conducta imperialista de Estados Unidos es un dato corroborado por la escalada de agresiones que perpetró en el "mundo islámico". ¿Pero cómo debería caracterizarse el rol de Europa, Rusia y China? ¿Qué tipo de indicios surgen de las acciones de cada potencia en la región más turbulenta del planeta? ¿Operan también como fuerzas imperialistas?

HTTPS://JACOBINLAT.COM/2022/07/01/LA-CRISIS-DEL-SISTEMA-IMPERIAL

REEMPLAZO Y SOMETIMIENTO

Toda la vasta zona atropellada por Estados Unidos en los últimos años fue un botín de la era clásica del imperialismo. Al concluir la Primera Guerra Mundial, Inglaterra y Francia concertaron especialmente su dominio de Medio Oriente y negociaron el reparto de los territorios árabes del desmembrado Imperio Otomano. Se distribuyeron esa región estableciendo las nuevas fronteras de Siria, Irak, Líbano, Jordania y Palestina.

El resultado de la Segunda Guerra condujo a otra remodelación. Estados Unidos impuso su control de las reservas petroleras y su manejo de muchos gobiernos formalmente independizados. Washington sustituyó a los alicaídos antecesores anglo-franceses y convirtió a toda la región en un escenario de la guerra fría contra la Unión Soviética.

Los viejos colonialistas europeos igualmente permanecieron en varios lugares claves. Continuaron lucrando con inversiones petroleras y acreencias financieras y conservaron cierta presencia militar para proteger sus negocios. Pero su desplazamiento por el poder norteamericano se afianzó con paso del tiempo y condujo a un dramático desenlace, luego de la fracasada invasión anglo-francesa del Canal de Suez con asistencia de Israel (1956)**.**

Esa intervención -consumada para contrarrestar la nacionalización dispuesta por el gobierno de Nasser- naufragó en forma escandalosa. Allí quedó sepultada la vieja acción imperial de Europa en el "mundo islámico". Estados Unidos ocupó definitivamente ese vacío, con una nueva red de alianzas e impuso normas de la subordinación a sus socios transatlánticos. Este curso fue reforzado por la derrota de Francia en Argelia (1962).

Las principales potencias del Viejo Continente renovaron sus actividades económicas en el grueso de los países, pero los operativos militares quedaron bajo el mando del Pentágono. Inglaterra preservó su influencia en la península arábiga y Francia conservó su gravitación en el Líbano. Pero el Departamento de Estado tomó la última palabra en materia de invasiones y golpes de estado contra los personeros en desgracia. Actualmente Francia intermedia cuando un monarca saudita chantajea a un presidente libanés, pero ya no define la invasión de Irak, la ocupación de Afganistán o las treguas de Siria.

Este rol subordinado -pero igualmente activo y complementario de Estados Unidos- se ha verificado en todos los grandes acontecimientos recientes. En las guerras de envergadura (Golfo en 1991, Afganistán en 2001, Irak en 2003) Europa actuó bajo la dirección operativa de Washington que aportó el grueso de las fuerzas militares. Todos los operativos internacionales de terrorismo de estado, espionaje ilegal y cárceles clandestinas fueron manejados por la CIA, con el simple auxilio de los servicios secretos europeos. Los *marines* utilizaron, por ejemplo, con descarada discrecionalidad sus bases en el Viejo Continente para realizar incursiones en "Gran Oriente Medio".

SUBORDINACIÓN Y CRISIS

El sometimiento europeo a Estados Unidos ha prevalecido incluso en acciones contra países como Libia, que pesan más en la economía del Viejo Continente que en el universo americano. Todas las compañías petroleras de Europa tienen filiales en el Norte de África y Bruselas gestiona directamente el freno de los inmigrantes que intentan cruzar el Mediterráneo.

Esa relevancia de Libia no impidió que el derrocamiento de Gadafi fuera teledirigido por el mando norteamericano de la OTAN. Tal como ocurrió con Bush frente a Sadam, la encargada de celebrar el asesinato del ex presidente libio fue Hillary Clinton.

Actualmente la Unión Europea interviene en los caóticos escenarios de Trípoli y Bengasi, pero Italia y Francia apuestan a bandos opuestos y requieren el auxilio del mediador alemán (Armanian, 2020). No logran contener, además, la creciente presencia de Rusia y Turquía y dependen del visto bueno norteamericano para las decisiones estratégicas.

La misma secuencia se corrobora con Irán. Alemania y Francia apoyaron en forma entusiasta la negociación que abrió Obama con Teherán. Apostaban al afianzamiento de sus grandes negocios con los Ayatolás. Pero cuando Trump decidió congelar esas tratativas optaron por la subordinación. En los últimos meses han intentado convencer a Biden de las ventajas de un rumbo consensuado, pero mantendrán su sometimiento a Washington si la negociación continúa bloqueada.

Estados Unidos y Europa no participan en las mismas alianzas de empresas para extraer el gas del Mediterráneo. Esa división también se extiende al gasoducto que proveerá combustible ruso a Alemania. Trump ensayó un bloqueo de ese suministro -que rivaliza con las exportaciones del *shale* norteamericano- pero Biden modificó la agenda. Algunos analistas destacan que tiende a convalidar esa operación, a cambio del sostén europeo a una próxima andanada de hostilidades contra China (Chingo, 2021). Propicia generalizar el mismo compromiso a todos los temas conflictivos de Medio Oriente. La subordinación a las decisiones geopolíticas de Washington es el principal presupuesto de esas tratativas.

La crisis sahaurí aporta otro ejemplo de la misma primacía norteamericana. En los años 70 la monarquía ibérica le entregó el Sahara español a Marruecos, como prenda de pago a Washington por el reconocimiento del improvisado rey Juan Carlos. Ese contubernio precipitó la prolongada lucha de un sacrificado pueblo por su autodeterminación (Urbán, 2020).

Estados Unidos ha transformado actualmente a Marruecos en una pieza clave de la nueva connivencia diplomática de los déspotas árabes con Israel. Por esa razón los padecimientos de los sahauríes ya empalman a pleno con

los sufrimientos de sus pares de Palestina. Con su habitual sometimiento a las decisiones norteamericanas, Europa convalida esa tropelía.

ALTERIMPERIALISMO

La conducta de Europa ilustra un comportamiento alterimperial. Las tradicionales potencias colonialistas continúan desenvolviendo acciones propias, pero bajo las normas que fija la jefatura estadounidense**.** Custodian sus propios intereses en ciertas áreas, aceptando la subordinación al rumbo general que define la primera potencia.

Mediante esa combinación, el Viejo Continente preserva un gran poder de fuego propio e irrumpe con incursiones de sus gendarmes en algunas colonias de antaño. Inglaterra atacó las Malvinas y Francia envía periódicamente legionarios a Mali y la República Centroafricana. Conserva bases militares en 10 países del continente negro (Prashad, 2021) y desde 1992 cuenta con el pacto de seguridad europeo para utilizar fuerzas de reacción rápida.

Pero todas las grandes acciones continúan sujetas al mando del Pentágono. El propio sistema de defensa europeo está inscripto en la lógica de la OTAN y esa integración presupone un conflictivo pero perdurable sostenimiento del gasto bélico. La propia producción de armamentos en el Viejo Continente está sujeta a normas de compatibilidad con las Fuerzas Armadas estadounidenses (Serfati, 2001).

Los autores que introdujeron el concepto de alterimperialismo han contribuido a precisar las peculiaridades contemporáneas de Europa (Serfati, 2005). Esa región ya no aglutina a viejas potencias imperialistas corroídas por rivalidades internas, ni tampoco agrupa a un enjambre común que disputa hegemonía militar con el coloso americano. Los grandes jugadores de Europa (Inglaterra, Francia, Alemania) continúan desenvolviendo acciones imperiales propias o entrelazadas, pero invariablemente sometidas al veto de Washington.

Las disputas norteamericanas con los subordinados socios europeos son importantes y recurrentes, pero no remueven las reglas de la sintonía occidental. Hay frecuentes choques por el financiamiento de la OTAN y operativos inconsultos del Pentágono. Más intensos son los desacuerdos comerciales entre firmas que ambicionan el mismo botín de Irak, Libia o Sudán. Bajo el mandato de Trump esas divergencias alcanzaron un inédito nivel de tensión que ahora Biden intenta disipar.

El nuevo mandatario está embarcado en recomponer las relaciones con sus socios transatlánticos. Por eso comenzó su gestión con un promocionado

reencuentro con los líderes europeos, para reclutar aliados en las tensiones que se avizoran con China.

Biden se ha mostrado dispuesto a bajar el tono de los choques económicos con el Viejo Continente (Boeing- Airbus, gasoducto Nord Stream 2, tecnologías 5 G). Su prioridad es concertar un frente común contra el adversario asiático. De esa forma el imperialismo dominante busca reordenar sus relaciones con el socio alterimperial.

Pero el desenlace reciente de Afganistán introduce mucho ruido en esas tratativas. El padrinazgo yanqui que pretendía restablecer Biden con los socios de Europa ha quedado amenazado por la pérdida de autoridad norteamericana, que genera el abrupto retiro de Kabul. Macron, por ejemplo, toma distancia de la Casa Blanca recordando el costo de 13 años de permanencia de Francia en el conflictivo país de Asia Central. Nuevos interrogantes se perfilan en el entramado de Washington con Londres, Berlín y Paris.

LA REAPARICIÓN DE MOSCÚ

Rusia desenvuelve un rol completamente diferente al desempeñado por Europa. Mantiene una relación de intenso conflicto con Estados Unidos, que contrasta con la sociedad imperante entre las potencias transatlánticas.

La drástica reacción de Moscú frente al proyecto imperialista del "Gran Oriente Medio" ha cambiado los escenarios de varios continentes. Esa respuesta fue particularmente contundente a partir de la guerra de Siria. Putin decidió intervenir con fuerzas militares propias para detener el avance de los yihadistas. Adoptó esa decisión, al observar cómo las ramificaciones chechenas de esas milicias intervenían en el radio de influencia directo de Moscú.

Rusia afianzó sus dos bases militares en la zona e impidió la caída de Assad para frenar las incursiones estadounidenses. Con esa acción Putin le arrebató a Washington las decisiones finales sobre Siria y frustró la pretensión norteamericana de actuar como juez definitorio de la partida.

La participación de tropas rusas -en un terreno tan alejando de su órbita defensiva- provocó el desconcierto inicial de Estados Unidos. El Pentágono vaciló entre varias respuestas y no definió ninguna. Putin aprovechó esos titubeos para colocar a su país en un terreno de gran paridad a la hora de negociar el futuro de Siria (Armanian, 2021),

El gran giro se produjo en el 2015 con el apoyo aéreo provisto por Rusia a las expediciones del ejército sirio sobre las brigadas yihadistas. Esa acción revirtió el acoso que sufrían los gendarmes de Assad e incentivó una contraofensiva que desembocó en la caída de Aleppo.

Esa batalla volcó la balanza del conflicto de Siria. Condujo a la derrota de los fundamentalistas, al fulminante fracaso de Qatar y Arabia Saudita, al improvisado reacomodo de Turquía y al debilitamiento de Estados Unidos.

La destrucción de esa ciudad -con cuantiosas bajas de todos los bandos- tuvo un gran impacto en la región. Demostró la eficacia de los asesores rusos frente a la ineficiente coalición contra el Estado Islámico, que Estados Unidos montó con el concurso de 40 países. Ese armado quedó totalmente ensombrecido frente al renovado protagonismo moscovita.

La permanencia de Assad ha sido el principal resultado de la guerra en Siria. El desplazamiento de ese mandatario era una prenda de negociación que se ha invertido. Ahora la diplomacia rusa fija los términos de las tratativas frente al fragilizado Departamento de Estado.

EL REGRESO A ORIENTE

El resurgimiento de Rusia tiene correlatos directos en Afganistán. Ya antes de la caída de Kabul, Moscú había comenzado a intervenir intensamente en el conflicto. Auspició una conferencia sobre el futuro de ese país con los talibanes, China y Pakistán y excluyó por completo a Occidente

Putin retomó las relaciones con los talibanes estableciendo una tajante diferenciación con el yihaddismo transnacional de ISIS (Daesh o El). Sitúa solo a ese sector en el campo de los enemigos de Moscú. Pretende alejar a esas milicias de las fronteras rusas y aspira a imponer su abandono de Uzbekistán y Kirguistán con el propio concurso de los talibanes.

Con su habitual pragmatismo, Putin observa ahora a los talibanes como una fuerza más amistosa que los fundamentalistas del ISIS o Al Qaeda. Registra las posibilidades de mayores negociaciones directas con el primer sector, luego del drástico cambio que introdujo la derrota estadounidense.

Esta reaparición de Rusia corona un drástico giro en el escenario local. En 1980 el Ejército Rojo ingresó en Afganistán para proteger al gobierno progresista de Najibulá, pero no pudo evitar que en 1996 su presidente fuera linchado por los talibanes. Ahora los diplomáticos de un gobierno ruso pos-soviético y capitalista- vuelven a Kabul, para negociar con las milicias que arrojaron al país al Medioevo. El imperialismo estadounidense -que primero promovió esa atroz regresión y luego confrontó con los talibanes- ha sido doblegado.

Rusia actúa en Afganistán con los mismos parámetros de ambigüedad diplomática que despliegan en otras regiones. En Siria sostuvo al

acorralado mandatario, pero negocia su eventual canje en un acuerdo con otros actores de la disputa.

Frente a Irán mantiene una actitud similar. Putin convalidó durante años las sanciones de Estados Unidos contra Teherán por razones meramente económicas. Rusia compite en el mercado mundial de gas con Irán, que alberga monumentales reservas del mismo combustible. Por eso busca frustrar la concreción de dos gasoductos que rivalizarían con sus propias ventas al exterior (Armanian, 2019).

Las convergencias y divergencias de Rusia con Turquía son de mayor porte y en el conflicto de Siria incluyeron todos los extremos imaginables. Por un lado, se registraron virulentos asesinatos de diplomáticos y derribos de aviones y por otra parte se consumaron cálidos reencuentros para abrochar ventas de armas. Putin negoció con Erdogan una y otra vez el destino de Aleppo y Rojava. Buscó alcanzar algún *status quo,* para alejar a los yihadistas de las fronteras rusas a cambio del sacrificio de los kurdos.

Con la misma geopolítica de gran potencia, Putin ha preservado excelentes relaciones con Israel. Mantiene incluso en reserva la carta de forzar la salida de las fuerzas iraníes y libanesas de Siria, si Tel Aviv accede a moderar sus ambiciones de expansión territorial. La prioridad moscovita es una estabilidad de Medio Oriente asentada en la decreciente relevancia de Estados Unidos.

IMPERIO EN FORMACIÓN

La intervención rusa en Siria contribuyó a contener la brutalidad yihadista, pero no incluyó gran consideración por la tragedia de los civiles. Moscú evitó el brutal belicismo de los sauditas o los israelíes, pero no intervino con ataduras a los patrones humanitarios.

Conviene recordar que Rusia participa activamente en el mercado mundial de armamento como segundo proveedor de instrumentos mortíferos. Sólo prioriza el alejamiento de Estados Unidos de sus fronteras y actuó en Siria para enviar un mensaje a las fuerzas de la OTAN afincadas en Europa del Este.

Rusia respondió a la continuada presión del imperialismo norteamericano sobre el viejo entramado de la URSS. Desde hace décadas el Pentágono intenta desmembrar ese territorio en un ramillete de mini estados sometidos a Washington. La incursión moscovita en Medio Oriente apuntó a contrarrestar la captura occidental de Ucrania. También buscó balancear el cerco de misiles que Estados Unidos ha desplegado en el cordón aportado por varios ex integrantes del Pacto de Varsovia (Alexander, 2018).

Rusia apuntala en Siria sus propios intereses y dirime tensiones con Occidente. Actúa en Medio Oriente como un jugador mundial que anticipa movimientos. Putin despachó tropas a Damasco frente a las presiones estadounidenses en Asia Central y advirtió que adoptará represalias frente a cada arremetida del Pentágono.

De esta pulseada ha emergido el inestable equilibrio que impera en Siria. El país sigue fragmentado con áreas en disputa e incontables refugiados fuera de sus hogares. El sufrimiento popular persiste mientras se dirime el futuro del territorio.

La conducta rusa en Medio Oriente corrobora el perfil de un imperio en formación. Moscú no araña el status alcanzado por el dominador estadounidense o sus socios europeos. Está muy lejos de actuar en la misma escala y no persigue los mismos objetivos de recuperación hegemónica. Golpea con fuerza, pero preserva una tónica general defensiva y propicia un escenario geopolítico multipolar, contrapuesto a la primacía que ambiciona Washington.

Esta conducta de Rusia es coherente con el status capitalista del país. Ese sistema fue restaurado en forma fulminante luego de la implosión de la URSS, mediante el vertiginoso remate de la propiedad pública. De ese cambio emergió una oligarquía de millonarios provenientes de la alta burocracia del régimen anterior. El mismo personal cambió de vestimenta y mantuvo la conducción del estado para otros fines.

Pero el caos que generó el bandidaje de la era de Yeltsin obligó al viraje que ha implementado Putin para contener la desarticulación del país. De ese liderazgo surgió el modelo político actual, que acotó el poder de los acaudalados sin modificar el status capitalista de Rusia.

Putin ha reforzado su conducción de ese esquema incrementado la presencia internacional del país. Logró esa recomposición en tensas negociaciones con sus pares estadounidenses. Las convergencias y rupturas se sucedieron en forma vertiginosa con Trump y es muy incierto lo que ocurrirá con Biden.

El nuevo mandatario norteamericano comenzó con mensajes agresivos y bajó posteriormente el tono, para reabrir las interrumpidas negociaciones sobre la distensión nuclear. El imperialismo dominante continúa lidiando con un imprevisible imperio en formación.

LA AMENAZA ECONÓMICA DE CHINA

En el "mundo islámico" se verifica la nítida diferencia entre las dos potencias que confrontan con Estados Unidos a escala global. Mientras que Rusia interviene activamente en el plano geopolítico e incursiona abiertamente en el terreno militar, China actúa con más cautela en el primer terreno y mantiene una gran prescindencia en el segundo.

A diferencia de Rusia el nuevo gigante asiático es importador neto de petróleo y busca asegurar su abastecimiento, mediante acuerdos con los exportadores de todos los bandos. Adquiere el ansiado insumo de los sauditas y también de Irán, sin establecer distinciones de ningún tipo.

La presencia de China está centrada en los negocios y su impactante gravitación económica representa un serio desafío para el competidor estadounidense. No hay tropas chinas en los campos de batalla del mundo árabe, pero abundan los convenios comerciales con todos participantes de esos conflictos.

Para contrarrestar esa arrolladora intervención, Estados Unidos presiona a los gobiernos afines para que reduzcan la incidencia comercial e inversora de su gran rival. Explora especialmente caminos para cortar el abastecimiento petrolero de Beijing. Sin el combustible importado de Arabia Saudita, Irán o Irak, el crecimiento de la nueva potencia asiática quedaría estructuralmente bloqueado.

En ese terreno se libra una intensa pulseada entre las empresas chinas -que continúan multiplicando convenios- y los emisarios de Washington, que exigen el cierre de la canilla del crudo hacia el Extremo Oriente.

Esta política norteamericana también incluye un guiño a los grupos yihadistas que hostilizan a China. Algunas vertientes de esas formaciones ambicionan incorporar varias regiones del territorio asiático, a su imaginario mega califato regido por la *sharia*.

Enarbolan el derecho de los uigures a contar con un gobierno religioso. Por eso demandan la autonomía político-administrativa de las regiones habitadas por esas minorías. Las corrientes más extremas aspiran a lograr una independencia semejante a la conseguida por los distintos "stanes", que emergieron en Asia Central luego de la desintegración de la URSS.

Estados Unidos apuntala esos proyectos con la misma malevolencia que promociona las exigencias de los monjes tibetanos. Para socavar la integridad territorial china, acompaña las distintas campañas que propician la autonomía de la "comunidad musulmana" del Turquestán oriental (Xinjiang).

China ha respondido con mano dura a ese separatismo. Pero también ha optado por ampliar los derechos de las mujeres musulmanas, que en esas

regiones cuentan con sus propias mezquitas. Hasta ahora Beijing ha logrado neutralizar la acción yihadista que amparan Washington y Riad.

Biden evalúa muchas opciones de acción en su estratégica confrontación con China. Mantiene la misma prioridad de choque con el gigante asiático que explicitó Trump. Ha incorporado a ese libreto la tradicional demagogia de los Demócratas en torno a los derechos humanos para justificar las intromisiones imperiales. En su obsesión contra el rival oriental, ni siquiera archivó las absurdas campañas de su antecesor para culpabilizar a Beijing por la pandemia (Hardy, 2020).

EL GIRO DE PAKISTÁN

La creciente presencia china en el "Gran Oriente Medio" puede desembocar en resultados tan sorprendentes como el giro consumado por Pakistán. Ese país emergió en 1947 como un bastión del extremismo islámico, del anticomunismo furioso y de la enemistad hacia los hindúes. El país debutó con un patrón de fractura colonial para debilitar al naciente estado de la India. Quedó bajo el mando directo de Estados Unidos, que desplegó desde allí una intensa guerra fría contra la relación autónoma y conciliatoria de Nueva Delhi con la URSS.

El belicismo pakistaní monitoreado por el Pentágono se puso a prueba en dos guerras contra la India (1965 y 1971) y en el posterior emplazamiento de un cuartel general del extremismo religioso, para atentar contra las fuerzas democráticas y laicas de toda la región. El padrinazgo de terroristas comenzó con el entrenamiento de los talibanes afganos. Algunas organizaciones de ese entramado finalmente construyeron un estado dentro del estado pakistaní, a partir de una inmanejable simbiosis con el ejército y los servicios de inteligencia.

Cuando Estados Unidos comenzó a perder las guerras de Oriente y a multiplicar las conspiraciones para renovar sus títeres, la propia crisis de la primera potencia se extendió a sus servidores. Esa erosión alcanzó inéditas proporciones en Pakistán desde el asesinato de la figura más afín al establishment estadounidense (Benazir Bhutto en el 2007).

El trato humillante que el Pentágono propinó a los militares pakistaníes alimentó, a su vez, las impactantes reacciones antiamericanas entre sus viejos cipayos. El efecto acumulativo de esos malestares derivó finalmente el sorpresivo giro de la política exterior pakistaní hacia una alianza con China.

Ese giro se consolidó como respuesta a la reconciliación con la India que inició Obama y afianzó Trump. En lugar de acomodarse como socio subordinado a ese nuevo tejido geopolítico, los gobernantes pakistaníes patearon el

tablero y concertaron acuerdos con China. Han tomado radical distancia del bloque que Washington construye para pulsear con Beijing.

Esta indisciplina de un viejo peón -que alberga armas atómicas provistas por el Pentágono- introduce un dolor de cabeza mayúsculo en el Departamento de Estado. Pakistán ya obstruye el tránsito por sus carreteras de las caravanas de la OTAN, avanza con gasoductos hacia China e incluso adquiere armamento del gran enemigo de Estados Unidos.

Washington ha comenzado a diseñar distintas conspiraciones para retomar el control sobre un país clave para su estrategia de acoso de Beijing. Esos complots incluyen planes de fractura del propio Pakistán (Armanian, 2013)

Pero lo más problemático para Washington ha sido la extensión del giro de Islamabad hacia Kabul. China ha penetrado intensamente el universo afgano, desde que los estrechos socios pakistaníes de los talibanes se aproximaron a Beijing.

Los convenios económicos suscriptos entre ambos países incorporan a Afganistán a la ruta de la seda, a través de redes ferroviarias y un nuevo circuito de inversiones (Merino, 2021). Bajo el impulso pakistaní, los talibanes giran ahora hacia la órbita económica de China, creando un escenario doblemente adverso para Estados Unidos. La reciente caída de Kabul puede afianzar drásticamente ese curso.

Lo ocurrido con Pakistán y Afganistán ilustra la gigantesca amenaza que entraña China para la dominación norteamericana. Washington no se resigna a perder esa supremacía y afina todas sus baterías contra el desafiante asiático. Pero hasta ahora sólo acumula fracasos. El infierno bélico que desató en el mundo islámico para intentar esa obstrucción condujo a una sucesión de desastres militares. El dique que intentó edificar contra Beijing desembocó en calamitosos resultados.

UN STATUS NO IMPERIAL

Las respuestas cautelosas que mantiene China en Medio Oriente frente a su adversario norteamericano confirman el status no imperialista de la nueva potencia. Esa fisonomía perdura al compás de una estrategia defensiva de expansión económica, sin correlatos equivalentes en la esfera geopolítico-militar. En este último campo se define el status imperialista de las distintas potencias.

El perfil que hasta ahora mantiene de China concuerda con el régimen social intermedio del país y el proceso aún inacabado de restauración del

capitalismo. La nueva clase dominante no ejerce en China el poder político, que el Partido Comunista preserva bajo su directo control (Katz, 2021).

El carácter no imperial de China también concuerda con la pauta general defensiva de su acción internacional. Esa postura contrasta con la norma ofensiva que ordena la política exterior de Estados Unidos y sus socios europeos. El papel de Beijing en el "mundo islámico" no se equipara, por lo tanto, con el desplegado por Washington.

La tipificación de una potencia con el calificativo imperial debe tomar en cuenta su papel en los distintos escenarios. El imperialismo contemporáneo es un dispositivo de dominación que garantiza los lucros de los capitalistas, mediante acciones político-militares de agresión. A la hora de evaluar un acto imperial corresponde tomar en cuenta los datos que corroboran ese atropello.

Pero estas caracterizaciones son insuficientes si quedan restringidas a los actores globales del conflicto. El análisis de la región exige considerar también el papel de las potencias regionales que desenvuelven un inédito protagonismo.

17-9-2021

CAPITULO 16

EL SUBIMPERIALISMO EN MEDIO ORIENTE

Turquía, Arabia Saudita e Irán disputan primacía en un novedoso contexto de protagonismo regional en las tensiones de Medio Oriente. Esa gravitación es registrada por muchos analistas, pero la conceptualización de ese rol exige recurrir a una noción introducida por los teóricos marxistas de la dependencia.

El subimperialismo se aplica a estos casos y contribuye a esclarecer la peculiar intervención de esos países en el traumático escenario de la zona. La categoría es pertinente y común en múltiples planos, pero también presenta tres significados muy singulares.

HTTPS://JACOBIN.COM/2023/08/JOE-BIDEN-SAUDI-ARABIA-MONARCHY-MUTUAL-DEFENSE-PACT-WAR-FOREIGN-RELATIONS

CARACTERÍSTICAS Y SINGULARIDADES

El subimperialismo es una modalidad paralela y secundaria del imperialismo contemporáneo. Se verifica en las potencias medianas que mantienen un significativo distanciamiento de los centros del poder mundial. Esos países desenvuelven contradictoras relaciones de convergencia y tensión con las fuerzas hegemónicas de la geopolítica global. Turquía, Arabia Saudita e Irán se amoldan a ese perfil.

Los subimperios despuntaron en la posguerra junto a la mayoritaria extinción de las colonias y la creciente transformación de las semicolonias. El ascenso de las burguesías nacionales en los países capitalistas dependientes modificó sustancialmente el status de esas configuraciones.

En el segmento superior de la periferia irrumpieron modalidades subimperiales, en sintonía con el contradictorio proceso de persistencia mundial de la brecha centro-periferia y la consolidación de ciertos segmentos intermedios. El principal teórico de esa mutación describió en los años 60 los principales rasgos del nuevo modelo, observando la dinámica de Brasil (Marini, 1973).

El pensador latinoamericano situó el surgimiento de los subimperios, en un contexto internacional signado por la supremacía de Estados Unidos, en tensión con el denominado bloque socialista. Resaltó el alineamiento de esas formaciones con la primera potencia en la guerra fría contra la URSS. Pero también destacó que los gobernantes de esos países hacían valer sus propios intereses. Desarrollaban cursos autónomos y a veces conflictivos con el mandante norteamericano.

Esa relación de asociación internacional y poder regional propio se afianzó como una característica posterior del subimperialismo. Los regímenes que adoptan ese perfil mantienen lazos contrapuestos con Washington. Por un lado, asumen posturas de estrecha imbricación y al mismo tiempo exigen un trato respetuoso.

Esa dinámica de subordinación y conflicto con Estados Unidos se sucede con imprevisible velocidad. Regímenes que parecían marionetas del Pentágono se embarcan en díscolos actos de autonomía y países que actuaban con gran independencia se someten a las órdenes de la Casa Blanca. Esta oscilación es un rasgo del subimperialismo, que contrasta con la estabilidad prevaleciente en los imperios centrales y en sus variedades alterimperiales.

Las potencias regionales que adoptan un perfil subimperial recurren al uso de la fuerza militar. Utilizan ese arsenal para afianzar los intereses de las clases capitalistas de sus países, en un acotado radio de influencia. Las acciones bélicas apuntan a disputar el liderazgo zonal con los competidores del mismo porte.

Los subimperios no actúan en el orden planetario y no comparten las ambiciones de dominación global de sus parientes mayores. Restringen su esfera de acción al ámbito regional, en estricta sintonía con la limitada influencia de los países medianos. El interés por los mercados y los beneficios es el principal motor de las políticas expansivas y las incursiones militares.

La gravitación alcanzada en las últimas décadas por las economías intermedias explica ese correlato subimperial, que no existía en la era clásica del imperialismo a principio del siglo XX. Solo en el período posterior de posguerra despuntó esa incidencia de las potencias intermedias, que ha cobrado mayor contundencia en la actualidad.

En Medio Oriente la rivalidad geopolítico-militar entre actores de la propia región ha sido precedida por cierto desarrollo económico de esos jugadores. La era neoliberal acentuó la depredación internacional del petróleo, la desigualdad social, la precarización y el desempleo en toda la región. Pero consolidó también a diversas clases capitalistas locales, que operan con mayores recursos y no disimulan sus apetitos de ganancias superiores.

Este interés por el lucro motoriza el engranaje subimperial, entre países igualmente situados en el casillero intermedio de la división internacional del trabajo. Turquía, Arabia Saudita e Irán merodean por esa inserción, sin aproximarse al club de las potencias centrales.

Comparten la misma ubicación mundial que otras economías intermedias, pero complementan su presencia en ese ámbito con impactantes incursiones militares. Esa extensión de las rivalidades económicas al terreno bélico es determinante de su especificidad subimperial (Katz, 2018: 219-262).

ACTUALIDAD Y RAÍCES

El subimperialismo es una noción útil para registrar el sustrato de rivalidad económica que subyace en numerosos conflictos de Medio Oriente. Permite notar ese interés de clase, en contraposición a los diagnósticos centrados en disputas por la primacía de alguna vertiente del islam. Esas interpretaciones en términos religiosos obstruyen la clarificación de la motivación real de los crecientes choques.

Los negocios en pugna entre Turquía, Arabia Saudita o Irán explican el carácter singular que adopta el subimperialismo en esos países. En los tres casos actúan gobiernos belicosos al comando de estados gestionados por burocracias militarizadas. Todos utilizan los credos religiosos para afianzar su poder y conquistar mayores porciones de recursos en disputa. Los subimperios han buscado capturar en Siria los botines generados por el desguace del territorio y la misma competencia se verifica en Libia por el reparto del

petróleo. Participan allí de las mismas pulseadas que dirimen las grandes potencias.

En el plano geopolítico los subimperios de Turquía y Arabia Saudita actúan en sintonía con Washington, pero sin participar en las decisiones de la OTAN, ni en las definiciones del Pentágono. Se distinguen de Europa en el primer terreno y de Israel en el segundo. No intervienen en la determinación de la batalla que libra el imperialismo estadounidense para recuperar hegemonía frente al desafío de China y Rusia. Su acción se restringe a la órbita regional. Mantienen contradictorias relaciones con el poder norteamericano y no aspiran al reemplazo de los grandes dominadores del planeta.

Pero su intervención regional es mucho más relevante que la exhibida por sus pares de otras latitudes. En América Latina o en África no se observan acciones subimperiales del mismo porte. El subimperialismo empalma en Medio Oriente con antiguas raíces históricas del imperio otomano y persa. Esa conexión con cimientos de larga data no es muy corriente en el resto de la periferia.

Las rivalidades entre potencias incluyen, en este caso, un fundamento que retoma la antigua competencia entre dos grandes imperios precapitalistas. No sólo la animosidad entre otomanos y persas se remonta al siglo XVI. También las tensiones de este último conglomerado con los sauditas (chiitas versus wahabitas) arrastra una larga historia de batallas por la supremacía regional (Armanian, 2019).

Esos grandes poderes locales no se diluyeron en la era moderna. Tanto el imperio otomano como el persa se mantuvieron en el siglo XIX, evitando que Medio Oriente fuera simplemente rematado (como África) por los colonialistas europeos. El desmoronamiento otomano a principio de la centuria posterior dio lugar a un estado turco que perdió su vieja primacía anterior, pero renovó su consistencia nacional. No quedó relegado al mero status de semicolonia.

Durante la república kemalista Turquía apuntaló un desarrollo industrial propio, que no tuvo el éxito del bismarkismo alemán o su equivalente japonés, pero moldeó a la clase capitalista intermedia que maneja el país (Harris, 2016). Un proceso de consolidación burgués semejante se verificó con la monarquía de los Palhevi en Irán.

Ambos regímenes participaron activamente en la guerra fría contra la URSS, para apuntalar sus intereses fronterizos contra el gigante ruso. Albergaron bases norteamericanas y siguieron el guion de la OTAN, pero reforzando sus propios dispositivos militares. El subimperialismo arrastra, por lo tanto, viejos fundamentos en ambos países y no es una improvisación del escenario actual.

Ese concepto aporta un criterio para entender los conflictos en curso, superando la vaga noción de "choques entre imperios", que no distingue a los actores globales de sus equivalentes regionales. Los subimperios mantienen una diferencia cualitativa con sus pares mayores, que desborda la simple brecha de la escala. Adoptan roles y cumplen funciones muy distintas al imperialismo dominante y sus socios.

Rivalizan además entre sí con cambiantes alineamientos externos y en conflictos de enorme intensidad. Por la magnitud de esos choques algunos analistas registran la presencia de una nueva "guerra fría inter árabe" (Conde, 2018). Pero cada uno de los tres casos actuales presenta rasgos muy específicos.

EL PROTOTIPO DE TURQUÍA

Turquía es el principal exponente del subimperialismo en la región. Varios marxistas han discutido ese status, en polémicas con el contrapuesto diagnóstico semicolonial (Güneş, 2019). Remarcaron los signos de autonomía del país frente a la visión que subraya la intensa dependencia hacia Estados Unidos.

En ese debate se ha resaltado correctamente la obsolescencia del concepto de semicolonia. Ese status constituía una característica de principios del siglo XX, que perdió peso con la oleada posterior de independencias nacionales. A partir de allí la sujeción económica ganó preeminencia sobre la dominación explícitamente política.

El despojo sufrido por la periferia en las últimas décadas no alteró ese nuevo patrón introducido por la descolonización. La dependencia asume otras modalidades en la época actual y la noción de semicolonia resulta inadecuada para caracterizar a las economías medianas o a los países de larga tradición política autónoma como Turquía.

El status subimperial de ese país se verifica en su política regional de expansión externa y en la contradictoria relación que mantiene con Estados Unidos. Turquía es ciertamente un eslabón de la OTAN y alberga en la base de İncirlik un monumental arsenal nuclear bajo custodia del Pentágono. Las bombas almacenadas en esa instalación permitirían destruir a todas las regiones aledañas (Cigan, 2021).

Pero son muy numerosas las acciones que Ankara desarrolla por su propia cuenta sin consultar al tutor estadounidense. Adquiere armamento ruso, discrepa con Europa, despliega tropas en forma inconsulta en varios países y rivaliza en muchos negocios con Washington.

Este rol de Turquía como potencia autónoma ha sido reconocido de hecho por Estados Unidos como un dato del ajedrez regional. Distintos mandatarios de la Casa Blanca toleraron las aventuras de Ankara sin contraponer ningún veto. Hicieron la vista gorda a la anexión del norte de Chipre en 1974 y permitieron la persecución de las minorías entre 1980-1983.

Turquía no desafía al mandante norteamericano, pero aprovecha las derrotas de Washington para escalar sus propias acciones. Erdogan ha concertado varias alianzas con los rivales de Estados Unidos (Rusia e Irán) para impedir la constitución de un estado kurdo.

Los virajes de ese mandatario ilustran una típica conducta subimperial. Hace una década inauguró un proyecto de islamismo neoliberal enlazado con la OTAN y orientado al empalme con la Unión Europea. Este rumbo era presentado por Washington como un modelo de modernización de Medio Oriente. Pero en los últimos años los voceros del Departamento de Estado cambiaron drásticamente de opinión. Pasaron del elogio a la crítica y en lugar de ponderar un régimen político afín comenzaron a denunciar a una tiranía hostil.

Ese giro en la calificación norteamericana de su controvertido socio acompañó los virajes de Turquía. Erdogan mantuvo el equilibrio de su política exterior, mientras manejaba con cierta holgura las tensiones internas. Pero se despistó con operaciones fuera de sus fronteras cuando perdió el control del rumbo local. El detonante fue la oleada democratizadora de la primavera árabe, el levantamiento kurdo y el ascenso de las fuerzas progresistas.

Erdogan respondió con violencia contrarrevolucionaria al desafío de la calle (2013), a las victorias de los kurdos y al avance de la izquierda (2015). Optó por un virulento autoritarismo represivo. Aunó fuerzas con variantes seculares reaccionarias y lanzó una contraofensiva con banderas nacionalistas (Uslu, 2020). Con ese estandarte persigue opositores, encarcela activistas y gestiona un régimen lindante con la dictadura civil (Barchard, 2018). Su comportamiento encaja con el perfil autoritario que predomina en todo Medio Oriente.

En muy pocos años transformó su inicial islamismo neoliberal en un amenazante régimen derechista, que desguarneció a la oposición burguesa. Las clases dominantes finalmente avalaron a un presidente que desplazó a la vieja elite secular kemalista y excluyó del poder a los sectores más pronorteamericanos.

AVENTURAS EXTERNAS, AUTORITARISMO INTERNO

Erdogan optó por un rumbo pro dictatorial luego de la frustrada experiencia de su colega Morsi. El proyecto de islamismo conservador de los Hermanos Musulmanes fue demolido en Egipto por el golpe militar de Sisi. Para evitar un destino semejante, el presidente turco reactivó las operaciones bélicas externas.

Ese rumbo militarista también incluye un perfil ideológico más autónomo de Occidente. Los discursos oficiales exaltan la industria nacional y convocan a expandir los intercambios comerciales multilaterales, para consolidar la independencia de Turquía. Esa retórica es intensamente utilizada para denunciar las posturas "antipatrióticas" de la oposición. Sin abandonar la OTAN, ni cuestionar a Estados Unidos, Erdogan se ha distanciado de la Casa Blanca.

Esa autonomía generó serios conflictos con Washington. Turquía instauró un "cinturón de seguridad" con Irak, afianzó la presencia de sus tropas en Siria, envió efectivos a Azerbaiyán y ensaya alianzas con los talibanes de Afganistán. Estas aventuras -parcialmente financiada por Qatar y solventadas con recursos extraídos de Trípoli- presentan hasta ahora un alcance limitado. Son operativos de bajo costo económico y alto beneficio político. Permiten distraer la atención interna y justificar la represión, pero desestabilizan la relación con Estados Unidos.

Erdogan refuerza el protagonismo de las fuerzas armadas, que han sido desde 1920 el principal instrumento de modernización autoritaria del país. El subimperialismo turco se asienta en esa tradición belicista, que uniformó coercitivamente a la nación mediante la imposición de una religión, un idioma y una bandera. Esos estandartes son ahora retomados, para ampliar la presencia externa y conquistar los mercados aledaños. Una variante más salvaje de ese nacionalismo fue utilizada en el pasado para exterminar armenios, expulsar griegos y forzar la asimilación lingüística de los kurdos.

El presidente de Turquía preserva ese legado con el nuevo formato de la derecha islamista. Alienta sueños expansivos y exporta contradicciones internas con tropelías en el exterior. Pero actúa a favor de los grupos capitalistas que controlan las nuevas industrias medianas exportadoras. Esas fabricas localizadas en las provincias han motorizado el crecimiento de las últimas tres décadas.

Como Turquía importa el grueso de su combustible y exporta manufacturas, la geopolítica subimperial intenta apuntalar el desarrollo fabril. La agresividad de Ankara en el norte de Irak, el Mediterráneo Oriental y el Cáucaso sintoniza con el apetito de nuevos mercados que exhibe la burguesía industrial islamista.

La prioridad de Erdogan es el aplastamiento de los kurdos. Por eso buscó socavar todas las tratativas que consagraban en Siria el establecimiento de una zona bajo control de esa minoría. Intentó varias ofensivas militares para destruir ese enclave, pero terminó avalando el *status quo* de una frontera atosigada de refugiados.

Erdogan no ha logrado contrarrestar la autonomía que el gobierno sirio concedió a las organizaciones kurdas (PYP-UPP). Esas fuerzas logaron repeler el asedio de Kobanî en 2014-2015, derrotaron a las bandas yihadistas y ratificaron sus éxitos de Rojava. El presidente turco no logra digerir esos resultados.

La estrategia norteamericana de sostener parcialmente a los kurdos -para crear instalaciones del Pentágono en sus territorios- acentuó el distanciamiento de Ankara con Washington. El Departamento de Estado utiliza en forma muy cambiante a los kurdos como prenda de negociación con el díscolo mandatario. Obama apuntaló a esa minoría, Trump retrajo los apoyos sin cortarlos y Biden aún no definió cuál será su línea de intervención. Pero en todos los escenarios Erdogan ha puesto de manifiesto que no acepta el lugar de satélite servil que le asigna la Casa Blanca.

Las tensiones entre ambos gobiernos se profundizaron por los intereses contrapuestos en el reparto de Libia. Para colmo, Erdogan desafió al Departamento de Estado con una compra de misiles rusos, que provocó la cancelación de inversiones estadounidenses.

El punto culminante del conflicto fue el fallido golpe de estado del 2016. Washington emitió varias señales de aprobación a una asonada que estalló en zonas próximas a las bases de la OTAN. Esa conspiración fue auspiciada por un pastor refugiado en Estados Unidos (Gulen), que lidera el sector más occidentalista del establishment turco. Erdogan descabezó de inmediato a todos los militares afines a ese sector. El fracasado golpe indicó hasta qué punto Estados Unidos aspira a imponer un gobierno títere en Turquía (Petras, 2017). En su respuesta Erdogan reafirmó su resistencia a la obediencia que exige la Casa Blanca.

AMBIVALENCIAS Y RIVALES

El subimperialismo turco equilibra la permanencia en la OTAN con las aproximaciones a Rusia. Por eso Erdogan comenzó su mandato como un estrecho aliado de Estados Unidos y luego se involucró en el rumbo opuesto (Hearst, 2020).

En la guerra de Siria estuvo enfrentado con Rusia y escaló un gran choque cuando derribó un avión militar de ese país. Pero posteriormente retomó las relaciones con Moscú e incrementó la adquisición de armamento

(Calvo, 2019). También tomó distancia de los principales peones de la OTAN (Bulgaria, Rumania) y negoció un gasoducto submarino para exportar combustible ruso a Europa sin pasar por Ucrania (TurkStream).

Putin es plenamente consciente de la escasa confiabilidad de un mandatario que entrena fuerzas azerbaiyanas en conflicto con Rusia. No olvida que Turquía integra la OTAN y alberga el mayor arsenal nuclear próximo a Rusia. Pero apuesta a negociar con Ankara la disuasión de una flota norteamericana permanente en el Mar Negro.

Las tensiones con Europa son igualmente significativas. Erdogan presiona a Bruselas para recibir aportes millonarios, a cambio de retener a los refugiados sirios en sus propias fronteras. Siempre amenaza con inundar el Viejo Continente con esa masa de desamparados, si Europa sube el tono de sus cuestionamientos al gobierno turco o retacea los fondos para el sostenimiento de esa marea humana.

A nivel regional Turquía confronta ante todo con Arabia Saudita. Los dos países enarbolan estandartes islámicos divergentes, dentro del propio conglomerado sunita. Erdogan difundió un perfil de islamismo liberal en contraste con la severidad del wahabismo saudita, pero no ha podido sostener esa imagen por el feroz comportamiento de sus propios gendarmes.

Los conflictos con Arabia Saudita se concentran en Qatar, que es el único emirato del Golfo aliado con Turquía. La monarquía saudita ha intentado encuadrar a ese díscolo mini-estado con varios complots. Pero no logró repetir la exitosa conspiración que destronó a Morsi en El Cairo, sepultando la principal apuesta geopolítica de Ankara en la región.

El otro rival estratégico de Turquía es Irán. La disputa incluye en este caso, un contrapunto de adhesiones religiosas diferenciadas entre vertientes sunitas y chiitas del islamismo. La confrontación entre ambos escaló en Irak, con la frustrada expectativa turca de conquistar alguna zona afín en ese territorio. Esa pretensión chocó con la continuada primacía de los sectores pro iraníes. Erdogan hace valer igualmente su presencia, a través de las tropas afincadas en la frontera para doblegar a los kurdos.

El vaivén ha sido la nota dominante del subimperialismo turco. Estas oscilaciones fueron muy visibles en Siria. Erdogan intentó primero tumbar a su viejo competidor Assad, pero encaró un abrupto viraje hacia el sostenimiento de ese gobierno, cuando avizoró la peligrosa perspectiva de un estado kurdo.

Ankara albergó primero al Ejército Libre Sirio para crear un régimen afín en Damasco y chocó luego con los yihadistas, que Arabia Saudita envió con el mismo propósito. Finalmente ha creado una zona tapón en la frontera de Siria para utilizar a los refugiados como moneda de cambio, mientras entrena a sus propios bandoleros.

En otras áreas Turquía entreteje el mismo tipo de contradictorias alianzas. En Libia tomó partido por la fracción de Sarraj contra Haftar, en una coalición con Qatar e Italia contra Arabia Saudita, Rusia y Francia. Envió paramilitares y fragatas para lograr una mayor tajada en los contratos petroleros y ha resuelto erigir una base militar en Trípoli, para disputar su parte en el gas del Mediterráneo. Con el mismo propósito refuerza su presencia en la porción de Chipre bajo su influencia y rivaliza por esos yacimientos con Israel, Grecia, Egipto y Francia.

Las avanzadas subimperiales de Turquía se verifican también zonas más alejadas como Azerbaiyán, donde Ankara restableció lazos con las minorías de origen turco. Suministró armas a la dinastía de los Aliyev en Bakú y apuntaló los territorios ganados el año pasado en los enfrentamientos bélicos de Nagorno-Karabaj. El añorado expansionismo otomano cobra fuerza incluso en regiones más remotas. Turquía entrenó al ejército somalí, despachó un contingente a Afganistán y amplió su presencia en Sudán.

Pero Ankara cuenta con poco margen para jugar esas partidas geopolíticas. A lo sumo puede intentar sostener su autonomía en el rediseño de Medio Oriente. Su habitual oscilación expresa una combinación de arrogancia e impotencia, derivada de la fragilidad económica del país.

Las ambiciones militaristas externas requerirían una fortaleza productiva que Turquía no detenta. Los abultados pasivos financieros del país coexisten con un déficit comercial y un desbalance fiscal, que desatan periódicas convulsiones cambiarias y bursátiles (Roberts, 2018). Esa inconsistencia económica recrea, a su vez, la división entre los sectores atlantistas y euroasiáticos de las clases dominantes, que privilegian negocios en áreas geográficas contrapuestas.

Erdogan ha intentado unificar esa diversidad de intereses, pero sólo consiguió un equilibrio transitorio. Ha impuesto cierta reconciliación entre las elites seculares de la gran burguesía con el ascendente capitalismo del interior. Logró morigerar los desequilibrios estructurales de la economía turca, pero está muy lejos de poder corregirlos. Comanda un subimperio económicamente débil para las ambiciones geopolíticas que alienta. Por eso motoriza aventuras con abruptos repliegues, enredos y volteretas.

EL POTENCIAL MODELO SAUDITA

Arabia Saudita no cuenta con antecedentes subimperiales, pero se encamina hacia esa configuración. Ha sido un sostén tradicional de la dominación estadounidense en Medio Oriente, pero la acumulación de rentas, las aventuras belicistas y las rivalidades con Turquía e Irán empujan al reino hacia ese conflictivo club.

Ese curso introduce mucho ruido en la relación privilegiada de la monarquía wahabita con el Pentágono. Arabia Saudita es la primera importadora de armas del mundo (12% del total) y destina el 8,8% de su PIB a la defensa. Estados Unidos coloca en la región el 52% de sus exportaciones bélicas totales y provee el 68% de las compras de los sauditas. Cada contrato suscripto entre ambos países tiene correlatos directos en inversiones norteamericanas. La monarquía wahabita aporta un sostén estratégico a la supremacía financiera de la divisa norteamericana.

Por la decisiva gravitación de esa elite arábiga, todos los mandatarios de la Casa Blanca han buscado armonizar la incidencia de lobby sionista con su equivalente saudita. Trump logró un punto máximo de equilibrio al aproximar ambos países a un eventual establecimiento de relaciones diplomáticas (Alexander, 2018**)**.

El entrelazamiento estadounidense con la dinastía saudita se remonta a la posguerra y al protagonismo de esa monarquía en las campañas anticomunistas. Los jeques se involucraron en incontables acciones contrarrevolucionarias, para contener la irrupción de repúblicas en toda la región (Egipto-1952, Irak-1958, Yemen-1962, Libia-1969, Afganistán-1973). Cuando el Sah de Irán fue tumbado, los reyes wahabitas asumieron un papel más directo en la defensa del orden reaccionario en el mundo árabe.

Ese regresivo rol fue nuevamente visible durante la primavera árabe de la última década. El gendarme saudí y sus huestes yihadistas encabezaron todas las incursiones para aplastar esa rebelión.

Pero al cabo de muchos años de manejo de un excedente petrolero gigantesco, los monarcas de Riad han creado también un poder propio, asentado en la renta que generan los yacimientos de la península. Esos caudales enriquecieron a los emiratos organizados en el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), que consolidó un centro de acumulación para coordinar el uso de ese excedente.

En esa administración el viejo entramado semifeudal saudita adoptó modalidades más contemporáneas de rentismo, compatibles con el manejo despótico del estado. Las pocas familiares que monopolizan los negocios utilizan el poder monárquico para impedir la presencia de competidores. Pero el descomunal volumen de riquezas que gestionan, acrecienta las rivalidades por el control del Palacio y el consiguiente tesoro petrolero (Hanieh, 2020).

El poder económico de Riad ha incentivado las ambiciones geopolíticas de la monarquía y las incursiones de los militares sauditas, colocando al país en el sendero del subimperialismo.

Este curso ha sido acertadamente interpretado por los autores que aplican el concepto de Marini al actual perfil de Arabia Saudita. Retratan cómo ese reinado cumple con los tres requisitos señalados por el teórico brasileño,

para identificar la presencia de ese status. El régimen wahabita motoriza activamente la inversión extranjera directa en las economías aledañas, mantiene una política de cooperación antagónica con el dominador norteamericano y despliega un manifiesto expansionismo militar (Sánchez, 2019).

El Cuerno de África es la zona privilegiada por los monarcas para esa intervención. Extendieron a esa región todas las disputas de Medio Oriente y dirimen allí quién controla el Mar Rojo, las conexiones de Asia con África y el transporte de los recursos energéticos consumidos por Occidente.

Los gendarmes sauditas participan activamente en las guerras que han devastado a Somalia, Eritrea y Sudán. Comandan el despojo de los recursos y el empobrecimiento de las poblaciones de esos países. Las brigadas que envía Riad demuelen estados para acrecentar el lucro del capital saudí en negocios de agricultura, turismo y finanzas.

De las regiones supervisadas por los monarcas proviene, además, una significativa porción de la fuerza de trabajo explotada en la península arábiga. Los inmigrantes sin derechos conforman entre el 56% y el 82% de la masa laboral de Arabia Saudita, Omán, Bahréin y Kuwait. Esos asalariados no pueden desplazase sin permiso y están sujetos al chantaje de expulsión y consiguiente corte de las remesas. En esa estratificada división del trabajo -en torno al género, la etnia y la nacionalidad- se asienta una monumental remisión de fondos desde esa región al exterior.

Las aspiraciones de primacía regional saudita confrontan con el protagonismo logrado por los ayatolás de Irán. Desde la ruptura de relaciones diplomáticas en el 2016, las tensiones entre ambos regímenes se han procesado a través de los choques militares, entre los aliados de ambos bandos. Esa confrontación ha sido particularmente sangrienta en Yemen, Sudán, Eritrea y Siria.

La actual disputa saudí-iraní retoma, a su vez, el divorcio entre dos procesos históricos disimiles de regresión feudal e incompleta modernización. Esa bifurcación moldeó las configuraciones estatales diferenciadas de ambos países (Armanian, 2019a).

Esa disparidad de trayectorias ha desembocado, además, en cursos capitalistas igualmente contrapuestos. Mientras Riad emerge como un centro internacionalizado de acumulación del Golfo, Teherán comanda un modelo auto centrado de recuperación económica gradual. Esa diferencia se traduce cursos geopolíticos muy divergentes.

EL PELIGROSO DESCONTROL DE LA TEOCRACIA

Los reyes sauditas encabezan el sistema político más oscurantista y opresivo del planeta. Ese régimen funciona desde los años 30´, mediante un compromiso entre la dinastía gobernante y una capa de clérigos retrógrados que supervisa la vida cotidiana de la población. Una división especial de la policía tiene atribuciones para azotar a las personas que permanecen en la calle a la hora de la oración. Ese modelo retrata una modalidad acabada de totalitarismo.

La prensa estadounidense cuestiona periódicamente el descarado sostén occidental de esa clique medieval y se congratula con las reformas cosméticas que prometen los monarcas. Pero en los hechos, ningún presidente norteamericano está dispuesto a distanciarse de un reinado tan impresentable como imprescindible, para la dominación de la primera potencia.

El principal problema de un régimen tan cerrado es la potencial explosividad de sus tensiones internas. Como todos los canales de expresión están clausurados, el descontento irrumpe con actos revulsivos. Esa impronta tuvo el estallido de 1979 en La Meca y el mismo efecto produjo el protagonismo de Bin Laden. Este personaje de la capa teocrática acumuló los típicos resentimientos de un sector desplazado y canalizó ese despecho hacia el padrino estadounidense (Achcar, 2008; cap 2).

La política imperial norteamericana debe lidiar también con las peligrosas aventuras externas de la teocracia gobernante. Los jeques que administran la principal reserva petrolera del planeta han sido fieles vasallos del Departamento de Estado. Pero en los últimos años asumieron apuestas propias, que Washington observa con gran temor.

Los monarcas ambicionan confluir en una alianza con Egipto e Israel para controlar un vasto territorio. Esa mortífera expansión ya encendió muchos polvorines que complican a los propios agresores.

Las tensiones escalaron a un punto crítico desde que el príncipe Bin Salman se alzó con el trono de Riad (2017) y puso en práctica su descontrolada violencia. Maneja la incuantificable fortuna de la monarquía con total discrecionalidad y alocadas ambiciones de poder regional.

Acrecentó primero su control del sistema político confesional, con una sucesión de purgas internas que incluyeron encarcelamientos y apropiaciones de riquezas ajenas. Posteriormente se embarcó en varios operativos militares para disputar poder geopolítico. Comanda la devastadora guerra del Yemen, amenaza a sus vecinos de Qatar, rivaliza con Turquía en Siria y exhibió un insólito grado de interferencia en el Líbano, al chantajear con el secuestro del presidente de ese país. Bin Salman está decidido a subir la

apuesta bélica contra el régimen de Irán, especialmente luego de la derrota de sus milicias en Siria.

Las matanzas en Yemen encabezan la andanada saudita. La realeza arremetió contra ese país para capturar los pozos petroleros aún inexplorados de la península arábiga. Al cabo de muchas décadas de frenética extracción, los yacimientos tradicionales comienzan a enfrentar ciertos límites, que inducen a buscar otras vetas de abastecimiento. Riad pretende asegurar su primacía, con el acceso directo a los tres cruces estratégicos de la zona (Estrecho de Ormuz, Golfo de Adán y Bab el- Mandeb). Por eso rechazó la reunificación de Yemen y buscó romper a ese país en dos mitades (Armanian, 2016).

Pero la sangrienta batalla de Yemen se ha convertido en una trampa. La dinastía saudita afronta allí un pantano semejante al padecido por Estados Unidos en

Afganistán. Ha provocado la mayor tragedia humanitaria de la última década sin conseguir el control del país. No logra doblegar la resistencia, ni disuadir los ataques en su propia retaguardia. Los impactantes bombardeos con drones al corazón petrolero de Arabia Saudita ilustran la dimensión de esa adversidad.

Se ha demostrado que la alta tecnología en el uso de los misiles es un arma de doble filo cuando los enemigos descifran su manejo. La única respuesta de Riad ha sido acentuar el cerco alimentario y sanitario con muertos de hambruna al por mayor y 13 millones de afectados por epidemias de distinto tipo.

Esos crímenes son ocultados en la presentación corriente de esa guerra como una confrontación entre súbditos de Arabia Saudita e Irán. El sostén que aporta Teherán a la resistencia contra Riad, no es el factor determinante de un conflicto derivado del apetito expansivo de la monarquía.

Esa ambición explica también el ultimátum a Qatar, que estableció una alianza con Turquía. La monarquía wahabita no tolera esa independencia, ni

la equidistancia con Irán o la variedad de posturas que exhibe la cadena *Al Jazzera* (Cockburn, 2017).

Los qataríes albergan una estratégica base norteamericana, pero han concertado importantes acuerdos energéticos con Rusia, mantienen intercambios con la India y no participan en la "OTAN sunita" que fomenta Riad (Glazebrook, 2017). Lograron, además, disfrazar su opresivo régimen interno con un operativo de "sportwashing" que los transformó en un gran auspiciante del futbol europeo. Bin Salman no ha podido lidiar con ese adversario y algunos analistas advierten que tiene en carpeta una operación militar para forzar el sometimiento de sus vecinos (Symonds, 2017).

AL BORDE DEL PRECIPICIO

El intervencionismo del príncipe saudita se afianza a un ritmo vertiginoso. En Egipto consolida su influencia multiplicando el financiamiento de la dictadura de Sisi. En Libia sostiene a la fracción de Haftar contra el rival que apadrina Ankara y espera la correspondiente retribución en contratos.

El monarca apuntala en Irak las contraofensivas de las fracciones sunitas para erosionar la primacía de Irán. Ese apoyo incluye el incentivo de masacres y guerras religiosas. En Siria buscó crear un califato sometido a Riad y enemistado con Ankara y Teherán. El fanatismo bélico del monarca se ha corporizado en la red de mercenarios que reclutó a través de la denominada "Alianza Militar Islámica".

Arabia Saudita es una guarida internacional de los yihadistas que el Pentágono apadrinó con gran entusiasmo inicial. Pero los monarcas utilizan cada vez más a esos grupos como tropa propia, sin consultar a Estados Unidos y a veces en contrapunto con Washington.

En Somalia, Sudán y algunos países africanos la coordinación con el mandante norteamericano se quebró. Nunca se ha clarificado, además, el significado de los atentados de una organización como *Al Qaeda,* que contaba con el visto bueno de la monarquía. Las acciones terroristas de los yihadistas como fuerza transfronteriza son frecuentemente indescifrables y suelen desestabilizar a Occidente.

Ese descontrol chocó con la estrategia de Obama de aquietar las tensiones de la región, mediante sintonías con Turquía y tratativas con Irán. Trump apostó, en cambio, a favor del príncipe Salman con mayores ventas de armas, encubrimientos de masacres y convergencias con Israel.

Pero las imprevisibles acciones del monarca han generado crisis mayúsculas. El salvajismo que exhibió con el descuartizamiento del opositor

Khashoggi desató un escándalo que no ha cicatrizado. El periodista era un fiel servidor de la monarquía, que posteriormente estrechó vínculos con los liberales de Estados Unidos. Trabajaba para el *Washington Post* y destapó datos de la criminalidad imperante bajo el régimen saudita.

El arrogante príncipe optó por asesinarlo en la propia embajada de Turquía y quedó expuesto como un vulgar criminal, cuando el presidente Erdogan transparentó el caso para su propia conveniencia. Trump hizo lo imposible para encubrir a su socio con algún cuento de alocados asesinos, pero no pudo ocultar la responsabilidad directa del joven reyezuelo.

Ese episodio retrató el carácter inmanejable de un mandatario aventurero, que con el ocaso de Trump perdió sostén directo en la Casa Blanca. Ahora Biden anunció un nuevo rumbo, pero sin aclarar cuál será ese sendero. Mientras tanto pospone la apertura de los archivos secretos que esclarecerían la relación de las cúpulas sauditas con el atentado a las Torres Gemelas.

En el establishment norteamericano se han multiplicado las prevenciones contra un aventurero, que dilapidó parte de las reservas del reino en belicosas andanzas. La factura de la guerra del Yemen ya está a la vista en el agujero presupuestario, que aceleró los proyectos de privatización de la empresa estatal de petróleo y gas.

La teocracia medieval se ha convertido en un dolor de cabeza para la política exterior norteamericana. Algunos artífices de esa orientación propician cambios más sustanciales en la monarquía, pero otros temen el efecto de esas mutaciones sobre el circuito internacional de los petrodólares. Washington terminó perdiendo la fidelidad de muchos países que aligeraron sus dictaduras o atemperaron sus reinados.

Esas disyuntivas no tienen soluciones preestablecidas. Nadie sabe si las acciones de Bin Salman son más peligrosas que su reemplazo por otro príncipe del mismo linaje. La existencia de un gran reinado en el entramado de los mini estados que componen las dinastías del Golfo aporta más solidez, pero también mayores riesgos para la política imperialista.

Por esa razón los asesores de la Casa Blanca discrepan a la hora de auspiciar políticas de centralización o balcanización de los vasallos de Washington. En ambas opciones el deslizamiento de Arabia Saudita hacia un sendero subimperial entraña conflictos con el dominador norteamericano.

CONTRADICTORIA RECONSTITUCIÓN EN IRÁN

El status subimperial actual de Irán es más controvertido y permanece irresuelto. Incluye varios elementos de esa performance, pero también contiene rasgos que cuestionan esa ubicación.

Hasta los años 80 el país era un modelo de subimperialismo y Marini lo presentó como un ejemplo análogo al prototipo brasileño. El Sah era el principal socio regional de Estados Unidos en la guerra fría contra la URSS, pero al mismo tiempo desarrollaba su propio poder en disputa con otros aliados del Pentágono.

La dinastía de los Palhevi afianzó esa gravitación autónoma mediante un proceso de modernización con parámetros de occidentalismo anticlerical. Apuntaló la expansión de las reformas capitalistas en sucesivos conflictos con la casta religiosa.

El monarca pretendía gestar un polo de supremacía regional distanciado del mundo árabe y sentó las bases para un proyecto subimperial, que reconectaba con la raíz histórica de las confrontaciones que tuvieron los persas con los otomanos y los sauditas (Armanian 2019b).

Pero el desplome del Shah y su reemplazo por la teocracia de los Ayatolás modificaron radicalmente el status geopolítico del país. Un subimperio autónomo -pero estructuralmente asociado con Washington- se transformó en un régimen sacudido por la tensión permanente con Estados Unidos. Todos los mandatarios de la Casa Blanca han buscado destruir al enemigo iraní.

Ese conflicto altera el perfil de un modelo que ya no cumple con uno de los requisitos de la norma subimperial. La estrecha convivencia con el dominador norteamericano ha desaparecido y ese cambio confirma el carácter mutable de una categoría, que no comparte la perdurabilidad de las formas imperiales.

Los choques con Washington han modificado el perfil subimperial precedente de Irán. La vieja ambición de supremacía regional ha quedado articulada con la defensa frente al acoso norteamericano. Todas las acciones externas del país apuntan a crear un anillo protector, ante las agresiones que el Pentágono coordina con Israel y Arabia Saudita. Teherán interviene en los conflictos en curso con ese propósito de salvaguardar sus fronteras. Opta por alianzas con los adversarios de sus enemigos y busca multiplicar los incendios en la retaguardia de sus tres peligrosos atacantes.

Esta impronta defensiva determina una modalidad muy singular de eventual resurgimiento subimperial de Irán. La búsqueda de supremacía regional coexiste con la resistencia al acoso externo, determinando un curso geopolítico muy peculiar.

DEFENSAS Y RIVALIDADES

El expansionismo suave de Irán en las zonas de conflicto refleja esa contradictoria situación del país. El régimen de los Ayatolás ciertamente comanda una red reclutamiento chiita con milicias adscriptas a esa identidad en toda la región. Pero en sintonía con la impronta defensiva de su política, actúa con mayor cautela que sus adversarios yihadistas.

La principal victoria del régimen fue lograda en Irak. Consiguieron colocar al país bajo su mando, luego de la devastación perpetrada por los invasores yanquis. Ahora utilizan el control de ese territorio como un gran tapón defensivo, para desalentar los ataques que Washington y Tel Aviv retoman una y otra vez.

El mismo propósito disuasivo ha guiado la intervención de Teherán en la guerra de Siria. Sostuvo a Assad y se involucró directamente en acciones armadas, pero buscó afianzar un cordón de seguridad para sus propias fronteras. Las milicias del Hezbollah libanés actuaron como los principales artífices de ese cinturón amortiguador.

Los sangrientos choques en Siria se desenvolvieron como ensayos de la conflagración mayor que los sionistas imaginan contra Irán. Por eso Israel descargó sus bombardeos sobre los destacamentos chiitas.

Washington ha denunciado reiteradamente la "agresividad de Irán" en Siria, cuando en los hechos Teherán refuerza su defensa frente a la presión estadounidense. En esa resistencia logró resultados satisfactorios. Trump jugó sus cartas a las distintas incursiones de Israel, Arabia Saudita y Turquía y terminó perdiendo la batalla. Ese fracaso corrobora la adversidad general que afronta Washington. Al cabo de incontables arremetidas no pudo someter a Irán y la madre de todas las batallas continúa pendiente.

En un plano más acotado, Irán disputa primacía regional con Arabia Saudita en las guerras de los países vecinos. En Siria los yihadistas de Riad privilegiaron los asaltos contra tropas adiestradas por su rival y en Yemen la monarquía wahabita ataca a las milicias que sintonizan con Teherán. En Qatar, Líbano e Irak se verifica la misma tensión, que tiende a dirimirse en la disputa por el estrecho de Ormuz. El control de ese pasaje puede consagrar al ganador de la partida entre los Ayatolás y la principal dinastía del Golfo. Por esa ruta -que conecta a los exportadores de Medio Oriente con los mercados del mundo- circula el 30% del petróleo comercializado en todo el planeta.

Al igual que su adversario saudita, el régimen iraní utiliza el velo religioso para encubrir sus ambiciones (Armanian, 2019b). Enmascara la intención de acrecentar su poder económico y geopolítico, alegando la superioridad de los postulados chiitas frente a las normas sunitas. En los hechos, las dos

vertientes del islamismo se amoldan a regímenes igualmente controlados por oscurantistas capas de clérigos.

La rivalidad con Turquía no presenta hasta ahora contornos tan dramáticos. Incluye desinteligencias que están a la vista en Irak, pero no alteran el *status quo*, ni asumen la peligrosidad del choque con los sauditas. El gobierno pro-turco de los Hermanos Musulmanes en Egipto mantenía los equilibrios regionales que ansía Irán. Por el contrario, la tiranía -que actualmente apadrinan Washington y Riad- se ha transformado en otro adversario activo de Teherán.

Al igual que Turquía y Arabia Saudita, Irán ha expandido su economía y el gobierno busca amoldar ese crecimiento a una presencia geopolítica más descollante. Pero Teherán ha seguido un desenvolvimiento autárquico adaptado a la prioridad de la defensa y a la resistencia del acoso externo. Las exportaciones petroleras han sido utilizadas para apuntalar un esquema que mixtura el intervencionismo estatal con el fomento de los negocios privados.

Todos los avances geopolíticos han sido transformados por la elite gobernante en esferas de lucro, manejadas por grandes empresarios asociados con la alta burocracia estatal. El control de Irak abrió un inesperado mercado para la burguesía iraní, que ahora también disputa el negocio de la reconstrucción de Siria.

En el tablero entre Irán y sus rivales hay numerosas incógnitas. Los Ayatolás han ganado y perdido batallas fuera de su país y afrontan disyuntivas económicas muy difíciles. La cúpula clerical-militar gobernante que prioriza el negocio petrolero debe lidiar con la desconexión financiera internacional que ha impuesto Estados Unidos. El régimen perdió la cohesión del pasado y debe definir respuestas frente a la decisión israelí de evitar la conversión del país en una potencia atómica.

Las dos principales alas del oficialismo impulsan estrategias diferenciadas de mayor negociación o creciente pulseada bélica. El primer rumbo prioriza los colchones defensivos en las zonas de conflicto. El segundo curso no rehúye repetir el desangre sufrido durante la guerra con Irak. La reconstitución subimperial depende de esas definiciones.

ESCENARIOS CRÍTICOS

El concepto de subimperialismo contribuye a clarificar el explosivo escenario de Medio Oriente y sus regiones aledañas. Permite registrar el protagonismo de las potencias regionales en los conflictos de la zona. Esos jugadores tienen mayor incidencia que en el pasado y no actúan en el mismo plano que las grandes potencias globales.

La noción de subimperialismo facilita la comprensión de esos procesos. Esclarece el papel de los países más relevantes y clarifica la continuada distancia que mantienen con Estados Unidos, Europa, Rusia y China. Explica, además, por qué razón las nuevas potencias regionales no reemplazan al dominador estadounidense y desenvuelven trayectorias frágiles corroídas por inmanejables tensiones.

Turquía, Arabia Saudita e Irán rivalizan entre sí desde configuraciones subimperiales y el desemboque de esa competencia es muy incierto. Si alguno de los contrincantes emerge como ganador doblegando a otros, podría introducir un cambio total en las jerarquías geopolíticas de la región. Si por el contrario las potencias en disputa se agotan en interminables batallas, terminarían anulando su propia condición subimperial.

Estas caracterizaciones y diagnósticos aportan el cimiento para otro debate clave. ¿Cuál es la singularidad de Israel en el tablero regional? ¿Cómo debería caracterizarse el rol de ese país? Abordaremos ese tema en nuestro próximo capítulo

24-9-2021

CAPITULO 17

EL COIMPERIALISMO EN MEDIO ORIENTE

La gravitación alcanzada por los actores de la región distingue la crisis actual de Medio Oriente de los escenarios del pasado. Varios países de la zona cumplen un papel inédito fuera de sus fronteras, con acciones igualmente distanciadas de las potencias globales. Entre esos protagonistas Israel sobresale por varias singularidades. ¿Cómo debería caracterizarse su llamativo rol? Algunos conceptos complementarios de la teoría del imperialismo permiten responder ese interrogante.

HTTPS://JACOBINLAT.COM/2021/10/01/EL-COIMPERIALISMO-EN-MEDIO-ORIENTE

LA SIMBIOSIS CON ESTADOS UNIDOS

Israel es el principal socio estratégico de Estados Unidos en la región. El establishment norteamericano asume esa familiaridad como una política de estado, fervientemente auspiciada por Republicanos y Demócratas. Washington confía en su estrecho aliado para reconfigurar el mapa zonal y con ese objetivo potencia la superioridad bélica de Tel Aviv.

La peculiar relación entre ambos países se forjó al compás de la exitosa sucesión de guerras que el ejército sionista libró contra sus vecinos. La neutralización de Egipto en 1967 determinó el ensamble de Israel con Estados Unidos.

La "guerra de los seis días" no sólo frustró el despunte de El Cairo como potencia regional, sino que introdujo la dominación del Pentágono sobre ese país. La Casa Blanca financia a Egipto como un gendarme interno, pero inhibe sus acciones externas. Ese sometimiento ha consolidado el rol del vecino sionista, como principal exponente de los intereses norteamericanos en Medio Oriente.

El personal israelí mantiene estrechas afinidades y escasas contradicciones con su mandante estadounidense. Ha quedado integrado al propio aparato de dominación de Washington. Esa presencia es tan relevante, que muchos analistas subrayan el control ejercido por el "lobby sionista" sobre la Casa Blanca.

De esa impresión surge el erróneo concepto de "imperialismo israelí", que otorga a ese pequeño país un status propio de las potencias globales. Más acertada es la visión opuesta, que ubica a Israel como un apéndice del aparato militar estadounidense. Ese status secundario registra con mayor realismo la relación que mantiene el activo colaborador de la primera potencia. La fuerza bélica sionista es muy descollante, pero no suficiente para integrar el club de los colosos mundiales.

Pero es igualmente cierto que Israel no actúa como un simple instrumento del Pentágono. Es un país con influencia en las propias decisiones de la Casa Blanca. Israel ha sido por ejemplo determinante del acoso norteamericano a Irán. Tel Aviv opera en bloque con los halcones del Pentágono, en su tensión con las palomas del Departamento de Estado.

La gravitación de la elite sionista sobre la estructura política estadounidense induce a caracterizar a ese entretejido como una "relación de interdependencia" (Armanian, 2018). Este concepto subraya la estrechez del vínculo, pero no define su especificidad.

La noción de coimperio -que en ciertas ocasiones se utiliza para describir el rol internacional de Canadá o Australia- es igualmente pertinente para Israel. Los tres países comparten un rol complementario en la custodia del

orden global y remodelan sus acciones en consonancia con las demandas de su tutor. Apuntalan a escala regional los mismos intereses que Estados Unidos asegura a escala mundial.

También la articulación de Israel con el poder norteamericano presenta un cimiento histórico semejante a Canadá y Australia. Los tres países arrastran un legado común de sociedades forjadas en torno a los colonos de piel blanca. Por esa razón comparten la misma herencia de racismo, exterminio de pueblos originarios, ocupación de tierras ajenas y prejuicios ideológicos euro-céntricos. Con ese acervo implementan políticas explícitamente prooccidentales.

Estas singularidades distinguen a Israel de otros socios del imperialismo estadounidense en Medio Oriente. Los sectores petroleros sauditas ejercen, por ejemplo, una decisiva influencia en el establishment de Washington y disputan primacía con sus equivalentes israelíes. Pero la integración de Israel al aparato imperial presenta contornos más estructurales y se afianzó en los últimos años con el entrelazamiento ideológico-social del sionismo con el fundamentalismo cristiano neoconservador.

Israel sintoniza también con su padrino en las alianzas que entreteje con sectores enemistados con la política islámica. Ha consolidado muchas relaciones con gobiernos reaccionarios del "África negra" en conflicto con sus pares "árabe-musulmanes".

Con ese mismo corte intervino subterráneamente en Libia y explícitamente en Sudán. Tuvo un papel muy importante en los bombardeos del 2009-2010, contra un régimen militar que pretendía arabizar formas de vida ancestrales de los pueblos africanos. Al cabo de una cruenta guerra se impuso la fractura del país, entre una región del norte sin petróleo (pero con oleoductos y acceso al mar) y otra zona sur con grandes reservas de crudo (pero carente de una salida directa al exterior). Esa segmentación priva al territorio más grande de África del manejo autónomo de sus riquezas (Armanian, 2019)

Actualmente Israel extiende su influencia a regiones más alejadas. Su convergencia con Marruecos augura una intensa colaboración represiva en la opresión de los sahauríes, que padecen un garrote muy semejante al soportado por los palestinos (Alcoy, 2020).

La naturaleza coimperial ha conducido a Israel a intervenir bajo el paraguas estadounidense en zonas más distantes de su propio ámbito. Intensifica la aproximación con la India en el renovado conflicto con Pakistán y apuntala en América Latina la acción represiva de los gobiernos derechistas. Los agentes del sionismo afianzaron una oscura sociedad con el submundo del espionaje y el tráfico de armas. En Colombia adiestran a los paramilitares en el asesinato de dirigentes sociales, en Chile enseñan a disparar a los ojos de

los manifestantes y en Centroamérica comandan diversas incursiones de la guerra sucia.

BELICISMO ESTRUCTURAL

La creciente intervención militar de Israel tiene un fundamento económico en las ganancias obtenidas por las empresas de un país, que alcanzó el status de mayor exportador per cápita de armas del mundo. Ha forjado un gran mercado para sus productos y comercializa actualmente los drones y misiles que utiliza en sus fronteras. Cada operativo en Gaza es habitualmente coronado con una feria de ventas de ese armamento. Este sector ha logrado un inédito desarrollo con las nuevas modalidades del militarismo digital, que las empresas israelíes desenvuelven en estrecha sociedad con sus pares estadounidenses (Alexander, 2018).

El frecuente idilio entre Washington y Tel Aviv superó todo lo conocido durante el reciente mandato de Trump. El magnate convalidó los asentamientos en Cisjordania y la explicita anexión de ese territorio. Para sepultar cualquier esperanza de un estado palestino, promovió también el reconocimiento de Jerusalén como capital de Israel.

Trump y Netanyahu estrecharon vínculos para ajustar los planes de ataque a Irán. La neutralización de Teherán es la meta estratégica del coimperialismo israelí, que apuesta a destruir a un rival de porte equivalente en la región. Irán tiene altas posibilidades de erigir un poder atómico semejante al ocultado por Tel Aviv.

Israel busca crear las condiciones para esa embestida. Almacena 200 bombas atómicas y está empeñado en frustrar la intensa labor que desarrollan los científicos iraníes en el procesamiento del uranio enriquecido. Hasta ahora mantiene su monopolio atómico en la región, pero afronta la cuenta regresiva frente a un país que podría lograr un status semejante.

El bombardeo de Irán es la carta que Israel perfecciona a la espera de una incierta autorización de Washington. Biden no ha definido aún si escalará la tensión con Teherán o retomará las negociaciones. Los sionistas apuntalan la primera alternativa con operaciones directas del Mossad, que en el 2010 consumó un ataque contra dos instalaciones nucleares de Irán ultimando a los responsables de esos dispositivos.

Israel ha logrado subordinar a varios estados árabes, mediante una desfachatada exhibición de poder militar. Ya extendió a los Emiratos Árabes Unidos, Bahréin y Marruecos, las relaciones diplomáticas que restableció con Egipto y Jordania. Aspira ahora a forjar los mismos lazos con Arabia Saudita y Qatar.

El poderoso estado sionista no actúa sólo en un minúsculo territorio del Mediterráneo. Busca manejar el gas de la costa, las estructuras de Siria y el territorio de Cisjordania. Esas ambiciones salieron a la superficie en la reciente guerra que convulsionó a su vecino.

Israel aprovechó ese conflicto para reafirmar su captura de los Altos del Golán y consolidar su dominio sobre los disputados recursos hídricos de la zona. Intentó incluso escalar esa guerra para conseguir la total demolición de su rival. Siria alberga a los palestinos y conformó el denominado "Eje de la Resistencia" (con Irán, Hezbollah y Hamas) contra la expansión sionista.

Tel Aviv brindó también sostén logístico y sanitario a las vertientes más salvajes del yihadismo con la intención de destruir Siria. La victoria de Assad y la derrota de los yihadistas ha frustrado ese objetivo, pero en un contexto de dramático debilitamiento de Damasco.

Israel utiliza su novedoso manejo de la alta tecnología militar en todas sus negociaciones con aliados, clientes y rivales. Las viejas justificaciones sionistas del poderío bélico del país han perdido sentido. Ya nadie puede alegar que el estado sionista se militariza para defender sus fronteras de enemigos más numerosos. La pequeñez de su territorio contrasta con la probada capacidad de destrucción que exhibió en varias oportunidades. Esa fuerza se refleja también en el desconocimiento de todas las condenas, que periódicamente emite la Asamblea General de la ONU a su expansionismo.

El estado sionista es la principal carta del imperialismo en Medio Oriente. Conforma la retaguardia de las operaciones bélicas del Pentágono y aporta gran parte del espionaje requerido para esas acciones.

COLONIALISMO TARDÍO

Israel constituye un raro caso contemporáneo de estado colonial. Se asentó en la expulsión de los habitantes originales de Palestina y al cabo siete décadas continúa expandiendo su territorio con inmigrantes que desplazan a la población local. Ese modelo habitual en la antigüedad (y en el pasado precapitalista) perdió gravitación en el último siglo. El capitalismo es un sistema centrado en la explotación de los asalariados y no en el despojo territorial.

El estado sionista se forjó absorbiendo refugiados europeos afectados por la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. Pero mediante la expulsión de los pobladores nativos introdujo una calamidad semejante en Palestina. Profundizó ese drama con la sistemática expansión de la frontera para acoger la llegada de nuevos colonos.

La propiedad estatal de la tierra garantiza esa escalada de expropiaciones que provocan desesperación, resistencia o resignación de los expulsados. Los palestinos son empujados a los bordes del país, como ocurría con los indios en las reservas del oeste norteamericano. Los colonos israelíes anexionan las parcelas más productivas, parten el territorio en corredores incomunicados y multiplican la opresión cotidiana para forzar la huida de sus víctimas. Desde hace varias décadas intentan provocar una nueva oleada de refugiados, con el objetivo de incorporar definitivamente a Cisjordania al mapa de Israel.

El sionismo es la ideología que justifica ese modelo colonial. Presenta la resistencia de los palestinos como una amenaza a la supervivencia no sólo de los israelíes, sino también de todos los judíos del planeta. Identifica cualquier cuestionamiento a Israel con el antisemitismo y reactiva temores ancestrales completamente divorciados de la realidad contemporánea.

Los sionistas omiten que en la actualidad las comunidades judías de mundo no afrontan ningún peligro significativo. También ocultan que la eventual reaparición de esa amenaza no quedaría atemperada con el asesinato de niños en Gaza. El miedo al antisemitismo es resucitado para erosionar la convivencia (y mixtura) de los judíos con distintas colectividades, a fin de fomentar la emigración a Israel.

Todo el armazón conceptual del sionismo se asienta en una errónea identificación de tres conceptos muy distintos. El judaísmo es la religión, la cultura o la tradición de un pueblo diseminado por muchos países. Israel conforma, en cambio, una nación surgida de la partición forzada de un territorio (originalmente habitado por los palestinos). El sionismo encarna, a su vez, una ideología colonialista que justifica esa expropiación, con extravagantes teorías de exclusiva pertenencia de la zona a los inmigrantes judíos. El anti sionismo critica esa retrógrada concepción, sin adoptar actitudes antijudías o antiisraelíes.

Al cabo de varias décadas de adoctrinamiento, la brutalidad colonial se ha consolidado en la sociedad israelí, naturalizando la deshumanización frente al sufrimiento de los palestinos. La ideología sionista, el sistema educativo y el prolongado servicio militar han acostumbrado al grueso de la población a convivir con la venganza y el castigo colectivo de sus vecinos.

VIOLENCIA SIN FIN

La crueldad sionista se corporiza ante todo en la conversión de Gaza en una cárcel a cielo abierto. El enclave está sometido a una modalidad gradual de limpieza étnica. En Cisjordania los colonos remodelan las fronteras a su conveniencia, usurpando el territorio y demoliendo todos los atisbos de

vida normal. Además, los palestinos residentes en Israel que permanecieron en el territorio inicial del estado sionista padecen una tercera variante de *apartheid*. Están desarmados frente a una mayoría entrenada en el servicio militar más prolongado y permanente de mundo. Con ese opresivo modelo se fragmenta a la población palestina en distintas facetas de un mismo encarcelamiento.

Los gobiernos derechistas de los últimos 20 años han reforzado ese esquema de terrorismo de estado. Las viejas corrientes laboristas perdieron gravitación frente al fundamentalismo ideológico-religioso y se afianzó la violencia cotidiana de los colonos en Cisjordania (Saleh, 2019). Esas legiones actúan con sus propias milicias, que adoptan modalidades fascistas exhibiendo un perfil de fanatismo religioso muy semejante al desplegado por sus pares islámicos.

El estado sionista se asienta en la demolición de la sociedad palestina. Con ese objetivo recurre a cualquier pretexto para profundizar la opresión de un pueblo privado de derechos y despojado de sus tierras. La matanza de palestinos se ha transformado incluso, en una forma habitual de procesar las crisis políticas internas de Israel. Recientemente Netanyahu intentó infructuosamente sobrevivir a su caída con desalojos en Jerusalén, asaltos a la mezquita de Al Aqsa e intensificaciones del cerco en Gaza.

La consolidación del colonialismo israelí exige el permanente aplastamiento de los palestinos. Pero en el siglo XXI ese modelo confronta con irremontables obstáculos. Debe lidiar con una masa de pobladores que no puede absorber, expulsar ni exterminar. Desde la guerra de 1967 los palestinos optaron por un camino inverso a la escapatoria de 1948. Frente al conocido destino de sus familiares recluidos en campos de refugiados, decidieron permanecer en sus hogares e iniciar la resistencia.

Israel responde a esa defensa con más violencia, masacres y muros, pero no ha podido neutralizar los efectos de la demografía. La presencia de siete millones de palestinos entre siete millones de israelíes, torna inviable la repetición de los viejos genocidios de indígenas en un diminuto territorio de Medio Oriente.

Por esa razón Israel afronta escenarios de crisis tan recurrentes como irresolubles. Ningún país puede sustraerse de la brutal destrucción que genera entre sus vecinos. La pedagogía del terror que practica cotidianamente convulsiona al propio entramado interno, creando agudas tensiones con la minoría palestina que habita en el estado sionista.

El apañamiento estadounidense de los crímenes que comete su socio se verifica en el escandaloso silencio de los medios de comunicación y en la complicidad de la diplomacia internacional. Pero ese blindaje no acalla el constante resurgimiento de un clamor por Palestina en el mundo árabe.

¿DOS ESTADOS O UN ESTADO?

Durante la primavera árabe y la guerra de Siria la resistencia de los palestinos mantuvo su tradicional intensidad, pero sin despertar la atención de los años precedentes. En el crepúsculo de ambos acontecimientos la batalla de los palestinos vuelve a recobrar centralidad (Juma, 2021).

Ese pueblo despojado no logró recuperar sus tierras, ni construir un estado, pero ha consolidado la legitimidad de su demanda. Israel no consigue ignorarlos, ni borrarlos del escenario internacional (Dalband, 2020). Conquistaron el reconocimiento formal de sus derechos al cabo de una sacrificada resistencia, que impuso varias derrotas al sionismo. La expulsión del sur del Líbano (1982) y la Intifada (1987-1988) fueron dos momentos cruciales de una batalla que en la actualidad se desenvuelve en varios frentes.

Israel mantiene su inhumano cerco sobre Gaza, pero no logra doblegar a sus habitantes. También destruye el tejido social de Cisjordania, sin poder acallar con balas las piedras de los manifestantes. Al interior del país se multiplican las huelgas y movilizaciones de la población árabe, que reintegra sus exigencias a la lucha unificada de la nación palestina.

Pero esa sostenida acción no ha detenido la expansión del colonialismo israelí, que continua ampliando las fronteras con asentamientos. Los sionistas fingen el carácter provisional de sus ocupaciones y paulatinamente transforman esa compulsiva presencia en expropiaciones definitivas. Así convierten las mejores zonas de Cisjordania en fortalezas protegidas mediante una red de retenes militares.

Esa extensión del mapa israelí ha demolido, en los hechos, el ensueño de los dos estados que alimentó el acuerdo de Oslo. Ese convenio nunca contempló la real constitución de un estado palestino. Omitió el retorno de los refugiados y encubrió la continuada colonización. La mascarada de ese hipócrita compromiso fue archivada por la derecha, cuando capturó el gobierno de Tel Aviv y explicitó su proyecto de anexiones.

La farsa de los dos estados ha quedado sepultada y sólo una gran derrota obligaría al ocupante a reflotar las dos cláusulas centrales de esa salida: el retiro a las fronteras de 1967 y la reconsideración del retorno de los refugiados. Ningún esbozo de estado palestino es viable desconociendo esas exigencias. El repliegue del territorio conquistado en la "guerra de los seis días" es imprescindible para integrar a Cisjordania con Jordania y la deuda con los refugiados involucra distintas alternativas de reparación.

Los partidarios de reformular la propuesta de los dos estados suelen discrepar en la forma de efectivizar esa construcción (Chomsky, 2007: cap 5). Pero coinciden en señalar que aporta la única solución realista en el escenario actual. Imaginan que Jerusalén podría convertirse en un micro modelo de esa solución, si la ciudad ya unificada es dividida en una capital israelí

occidental y otra palestina oriental (Margalit, 2021). Esta iniciativa abonaría la gestación efectiva de los dos estados.

Los críticos de esa propuesta destacan que ha quedado sepultada por el expansionismo israelí. Por eso proponen retomar la vieja tesis de forjar un sólo estado laico y democrático. Señalan que el sionismo mantiene formalmente la ficción de los dos estados con el único propósito de disimular la continuidad de su colonización (Pappé, 2016). Señalan, además, que esa farsa acrecienta la complicidad de los administradores formales de Cisjordania con sus mandantes israelíes. Ese sometimiento incluye funciones policiales, persecuciones y asesinatos de militantes (VVAA, 2012).

Los impulsores de un solo estado promueven la imitación del camino sudafricano que condujo al desmantelamiento del *apartheid*. Recuerdan que, para preservar sus privilegios económicos, la minoría blanca de ese país se avino a generalizar el status ciudadano, compartiendo el sistema político con las elites negras. Remarcan, además, la mayor afinidad de su planteo con las campañas internacionales de boicot a la economía israelí (BDS) y subrayan que la propuesta de un solo estado crea puentes entre las comunidades enfrentadas de israelíes y palestinos (Pappe, 2021)

Esta mirada ha ganado adeptos en las franjas juveniles (Baroud, 2020) igualmente distanciadas del sometimiento al ocupante y del sectarismo islamista (Barakat, 2021). Propicia la convergencia de los tres sectores del entramado palestino (Gaza, Cisjordania, interior de Israel) con el pacifismo israelí (Fattah, 2018).

La conquista de un sólo estado implicaría de hecho el logro de la autodeterminación, bajo la forma de un modelo binacional aglutinante de las dos identidades. La meta palestina de la nación propia sería en ese caso alcanzada bajo la cobertura de un estado compartido. Esta solución rige en las naciones que se enlazaron en una confluencia estatal (Suiza, Bélgica), en contraposición al curso inverso de las separaciones (Suecia-Noruega). La autodeterminación nacional siempre incluyó esa variedad de caminos.

Pero en cualquiera de sus posibles variantes la lucha de los palestinos transita por un carril antiimperialista. Sólo por ese sendero se podrá avanzar en la continuada batalla por los dos estados o en la sustitutiva exigencia de un sólo estado binacional. Doblegar a la dupla opresora de Estados Unidos e Israel es la condición para conquistar el derecho de un pueblo oprimido a optar por un estado propio u otro integrado con sus vecinos.

1-10-2021

CAPITULO 18

DERROTAS DEL IMPERIALISMO SIN VICTORIAS PROGRESISTAS

Estados Unidos retiró sus tropas de Afganistán al cabo de dos décadas de guerras perdidas y observó cómo el ejército que había entrenado se pasó al campo opuesto. Esta derrota ha propinado un durísimo golpe a la dominación norteamericana.

Pero de esta adversidad para la primacía estadounidense no se deduce la existencia de un triunfo antiimperialista. Son dos problemas de distinta naturaleza. El categórico fracaso de los *marines* no equivale a una victoria del proyecto de emancipación. Ese divorcio deriva del carácter reaccionario de los ganadores de la partida.

La adscripción ultraconservadora de los talibanes es ampliamente conocida. Actúan como señores de la guerra y manejan sus territorios con todos los códigos del fundamentalismo islámico. Su maltrato de las mujeres es la

HTTPS://JACOBINLAT.COM/2021/10/08/DERROTAS-DEL-IMPERIALISMO-SIN-VICTORIAS-PROGRESISTAS

manifestación más chocante de esa conducta. En su nueva etapa difunden mensajes más razonables para contribuir a un lavado de cara, pero el correlato práctico de ese giro es por ahora desconocido.

Frente a este escenario convendría ser más cuidadosos en la frecuente analogía que se establece entre la caída de Kabul y la huida de Saigón. Las fotos de ambas situaciones son muy parecidas y ganaron la primera plana por el patético papelón de Biden, que prometió no repetir lo ocurrido en 1975. Ciertamente en los dos casos se verificó un contundente el fracaso imperialista, pero como resultado de procesos radicalmente contrapuestos.

En Vietnam triunfaron las fuerzas revolucionarias y en Afganistán las milicias reaccionarias. Los talibanes son la contracara absoluta del Vietcong y se ubican en el polo opuesto de un ejército liberador. Su política de sumergir a Afganistán en el pasado medieval ha sido la antítesis del proyecto emancipador del comunismo. La reciente derrota estadounidense es una gran noticia para todos los pueblos del mundo, pero guarda una distancia enorme con la victoria lograda por los vietnamitas.

UN RESULTADO CONTRADICTORIO

En otros países del "Gran Oriente Medio" -que Estados Unidos intentó rediseñar a su favor- se registraron resultados análogos al desemboque de Afganistán. El Pentágono falló estrepitosamente en su incursión bélica contra Irak y ha recluido a sus tropas a un ramillete de fortalezas. La debilitada ocupación no pudo siquiera aprovechar a su favor la guerra sectaria entre las comunidades de ese país. Al final de la aventura el aislamiento de los *marines* es mayúsculo y Estados Unidos busca caminos para replegar sus fuerzas.

Pero el triunfador de esa contienda ha sido Irán, que ejerce un nítido control del régimen imperante en Bagdad. Esa administración no presenta ningún ingrediente de antiimperialismo progresista. Gobierna con normas sectarias y hostiliza a los sunitas y a los kurdos. Favorece a los nuevos grupos dominantes que lucran con el continuado despojo del petróleo y la espeluznante pobreza del país. Monitorea, además, el aplastamiento de las protestas contra el deterioro de las condiciones de vida. Irán brindó al frágil gobierno de Irak todo el sostén requerido para reprimir las movilizaciones populares de octubre del 2019.

Estados Unidos también falló en Siria en su intento inicial de crear una fuerza bélica bajo su control. Esas milicias desertaron al campo islamista y el gobierno liberal en el exilio que manejaba Washington se desplomó en forma vertiginosa. En cambio el denostado Assad sobrevivió con el auxilio ruso.

Pero el gobierno que salió airoso del cerco tendido por Washington no conserva ningún resabio del viejo antiimperialismo. Ha pactado con distintas fuerzas extranjeras (incluyendo al propio Departamento de Estado), para asegurar la continuidad de la dominación local de los sectores privilegiados. Consumó una involución neoliberal que dejó muy atrás su lejano origen nacionalista.

Ese régimen respondió además con feroz represión a las demandas de mejoras sociales y reformas políticas, que emergieron al calor de la primavera árabe. Esa rebelión quedó transformada posteriormente, en un sangriento enfrentamiento entre fracciones igualmente enemigas de la ansiada democratización. Las protestas fueron usurpadas por milicias subordinadas a distintos proyectos de dominación. En Siria se corroboró a pleno el fracaso estadounidense, pero no se registró ningún avance antiimperialista. Sólo prevaleció un terrible desangre popular que sepultó las esperanzas democráticas.

Washington quedó también afectado en Libia por los resultados finales de la caída de Gadafi. Sus empresas no capturaron el grueso de los negocios petroleros y la esperada localización de una gran base de la OTAN fue pospuesta. Pero los grupos derechistas triunfantes se han dividido el país para repartirse el botín, sin ningún atisbo de iniciativas progresistas.

No cabe duda que la fantasía imperialista de remodelar tres grandes territorios al servicio de Estados Unidos ha colapsado. Pero los resultados generales de lo ocurrido en las últimas décadas son contradictorios. En ciertos casos el agresor perdió espacios (Libia), en otros se logró su fulminante retiro (Afganistán), su repliegue (Irak) o su reacomodamiento en un contexto adverso (Siria). Pero esa variedad de derrotas imperiales no entrañó victorias progresistas.

Estos contrapuestos desemboques son acertadamente registrados por ciertos analistas (Farooq Tariq, 2021). Otros observadores también recuerdan antecedentes históricos de este tipo victorias sobre opresores extranjeros, bajo el mando fuerzas derechistas locales (Andreu, 2021).

En el "Gran Oriente Medio" los invasores foráneos han sido doblegados por retrógradas direcciones conservadoras y esta paradoja se verifica en el protagonismo alcanzado por el tipo de milicias que emergen en toda la región.

EL ROL DEL YIHADISMO

El balance gris de lo ocurrido en Medio Oriente, Asia Central y África del Norte se refleja en la centralidad lograda por las corrientes clericales, que usufructúan del repliegue norteamericano.

Ninguna de las redes yihadistas que actuaron en todos los conflictos de la región en tensión con Estados Unidos incluye componentes antiimperialistas. Esas organizaciones no aglutinan expresiones "antisistémicas" de "rebeldes" o "insurgentes". Todas conforman agrupamientos invariablemente derechistas (Al-Qaeda, Daesh, Estado islámico, ISIS, Talibanes).

En algunas vertientes transnacionales actúan como milicias transfronterizas, al servicio de las potencias globales y regionales que disputan primacía. En otros casos apuntalan proyectos propios de regresión al Califato. En sus variantes locales cumplen ese mismo rol para los sectores dominantes de cada zona mediante la imposición del terror.

Frecuentemente se destaca que han atraído jóvenes excluidos que se alistan para rehuir de la miseria imperante. Pero todos los batallones regresivos de la historia se nutrieron de sectores marginados o desesperados. Ese origen no justifica la nefasta labor que cumplen esas formaciones.

Los milicianos árabes-europeos integrados a esos grupos -criados en el medio hostil de los suburbios del Viejo Continente- conforman segmentos minúsculos de esas milicias. Más corriente es su reclutamiento entre desocupados o sectores que se alistan a cambio de una pensión para sus familias (Armanian, 2016b). En cualquier caso, no son víctimas, sino partícipes directos de la tragedia que afronta la región.

Los paramilitares chiitas de Irak, los talibanes de Afganistán y los yihadistas trashumantes no conforman brigadas antiimperialistas. Se ubican en el campo opuesto de los luchadores por esa causa, que por ejemplo nutren las filas de las organizaciones palestinas o sahauríes. En ningún caso la adscripción religiosa de los milicianos define su comportamiento. Lo determinante es el tipo de acción que emprenden.

El yihadismo ha contribuido a la restauración del poder clerical que históricamente obstruyó la modernización de la región. La simbiosis de las instituciones religiosas con el estado impidió ese avance. Bloqueó la separación de esos dos ámbitos que en Europa asumió formas laicismo radical (Francia) o modalidades más conciliatorias de gestación de las iglesias nacionales (Alemania, Inglaterra).

Las distintas variantes de la teocracia persistieron en Oriente, bajo la primacía de una religión asentada una densa red de ritos y en normas muy

estrictas de la vida privada. De esa estructura emana el poder de las capas clericales enlazadas con el estado (Amin, 2011: 209-216).

El primer intento de modernización árabe (Al Nahda) a principio del siglo pasado no logró romper el sometimiento a ese control religioso. La segunda gran oleada de secularización -bajo la impronta del nasserismo y el baathismo, en sociedades más urbanizadas y con mayor sostén de la clase media- introdujo cambios significativos, pero no quebrantó el entramado teocrático.

Washington apadrinó la reacción yihadista para apuntalar los intereses de sus compañías petroleras. Avaló especialmente todas las agresiones de sus aliados sauditas para combatir con ferocidad los proyectos avanzados del nacionalismo. La destrucción del laicismo apuntó a sepultar los movimientos progresistas.

Estados Unidos auspició explícitamente ese curso para erradicar a la izquierda del mundo árabe. Las monarquías utilizaron al yihadismo contra los gobiernos que nacionalizaban el petróleo, Israel fomentó las mismas corrientes para fracturar el movimiento palestino y el Pentágono directamente entrenó batallones de choque contra la URSS. Todos se recostaron en las redes de los retrógrados clérigos, que finalmente lograron contener la secularización de la región.

Los serios enfrentamientos de los fundamentalistas con su gestor estadounidense finalmente derivaron en un repliegue de Washington, que converge con el afianzamiento de las fuerzas arcaicas. Mediante la rehabilitación de instituciones arcaicas, los yihadistas han logrado desviar las batallas antiimperialistas de Medio Oriente hacia confrontaciones de superficie interreligiosa que desgarran a la población. De esa forma contribuyen a consolidar la opresión que impera en la región.

DEL PANARABISMO AL CALIFATO

El antiimperialismo ha quedado también afectado a escala regional por la sustitución del proyecto progresista panárabe (que emergió con fuerza en la segunda mitad del siglo XX) por el ensueño fundamentalista del Califato. Ese cambio ilustra la regresión política que ha padecido la zona, en un dramático contexto de remodelación de los estados.

El pan-arabismo afloró en el cenit de los proyectos del nacionalismo. Tomó en cuenta que el mundo árabe no conforma estrictamente una nación, pero sí una comunidad con sentimientos de pertenencia común. Posee hoy una identidad colectiva de lengua, tradiciones, religión y acervos culturales (Anderson, 2013).

En ese ideal de forjar una nación árabe potencialmente común se sustentaron los intentos de enlazar el nacionalismo antiimperialista con la integración política estatal. La formación de la República Árabe Unida (1958-61) fue el mayor hito de ese ensayo, pero sucumbió frente a la derrota ante Israel en la guerra de 1967. El naufragio del proyecto integrador fue también consecuencia de los límites exhibidos por movimientos nacionalistas muy asentados en figuras carismáticas, distantes de la izquierda y reacios a la politización de la población (Amin, 2011: 132-135).

El panarabismo también heredó algunos vestigios de su antigua conexión con el colonialismo franco-británico, que inicialmente buscaba debilitar la influencia del rival otomano. Ese nexo se verificó en la discriminación de otras naciones (turcos, iraníes), o grupos étnicos no árabes (kurdos) (Armanian, 2021).

Pero la reacción yihadista emergió para revertir y no para corregir esas limitaciones. Irrumpió para aplastar todos los gérmenes de un proyecto progresista de unificación regional. Por eso supedita su propia variante de configuración abarcadora de pan-islamismo, a la primacía de alguna vertiente religiosa contra otra. Propicia enlazar las distintas zonas de la región bajo la impronta de un regresivo Califato.

Ese proyecto quedó en suspenso por la derrota sufrida por el Estado Islámico y Daesh en Siria e Irak. Fracasaron en el campo de batalla contra las fuerzas regulares de los regímenes rivales y fueron doblegados por la resistencia de poblaciones locales indignadas con la brutalidad de sus prácticas cotidianas (Khoury, 2016).

Frente a esa adversidad el yihadismo volvió a operar nuevamente en los estados existentes. Pero el repliegue norteamericano en Afganistán tiende a reactivar otras ramas de ISIS, que retoman la estrategia del Califato en Asia Central e incluso extienden ese proyecto a varias zonas de África. Ese curso presagia enfrentamientos sanguinarios, sin ningún desemboque favorable para las poblaciones involucradas en esas disputas.

CRISIS IMPERIAL CON FRUSTRACIONES DEMOCRÁTICAS

El dramático resultado de la primavera árabe es otro indicador de los claro-oscuros de la región. El imperialismo afronta múltiples crisis y dificultades, pero junto a sus aliados derechistas logró frustrar los anhelos de cambio que irrumpieron en la década pasada.

Las protestas lograron inicialmente la caída de los desprestigiados presidentes Ben Alí (Túnez) y Mubarak (Egipto), pero los frutos posteriores fueron amargos. La tentativa democratizadora se extendió a otras zonas, pero mayoritariamente devino en una sucesión de masacres que agravaron los padecimientos económico-sociales.

Toda la dinámica de las rebeliones quedó anulada por esa violenta contrarrevolución, que recompuso el viejo orden de privilegios para los capitalistas acaudalados, los militares represores y los clérigos totalitarios. La virulencia de ese contragolpe persiste hasta hoy en día.

En el caso de Egipto el papel regresivo del imperialismo fue cristalino. Estados Unidos propició y sostuvo el golpe militar de Sisi, luego de restar apoyo al experimento de Morsi. El líder de los Hermanos Musulmanes intentó ciertas reformas del sistema político, junto a una mayor escala de islamización que provocó la resistencia de las capas laicas.

Washington no rechazó esas modalidades confesionales que avala en incontables países de la región. Lo que irritó al Departamento de Estado fue la reactivación de las inversiones de las empresas rusas Lukoil y Avatec en la actividad petrolera y gasífera y el viaje a Moscú que realizó Morsi. Esa excursión anticipaba un intento de aflojar la agobiante dependencia con el mandante norteamericano. Aunque Sisi tampoco es plenamente confiable, la embajada estadounidense dio el visto bueno a un golpe, que asegura el sometimiento del país a su continuada supervisión.

La obstrucción a la democracia en Egipto es una pieza central de la política yanqui en Medio Oriente. Desde el giro prooccidental que Sadat inició hace 40 años, todos los presidentes norteamericanos han priorizado el control sobre el Canal de Suez. Impiden cualquier atisbo de independencia, en un país clave para contener la expansión comercial de China y la presencia geopolítica de Rusia. Por esa razón Washington sostiene la feroz represión actual de un régimen que en poco tiempo (2013-2017) encarceló y torturó a 60.000 personas (Armanian, 2017a)

Esa experiencia confirma que la batalla por la democracia empalma categóricamente en Egipto con la lucha antiimperialista. Los gobiernos proyanquis han abandonado a los palestinos, son cómplices del cerco israelí a Gaza y cumplen un rol policial en el Sinaí.

Túnez siguió otra trayectoria y exhibe la única excepción a la regla de la virulencia imperial en el mundo árabe. La victoria de la primavera impuso allí la liberación de presos, la realización de elecciones libres y la concreción de una Asamblea Constituyente que frustró los intentos de islamización.

Los grupos dominantes mantuvieron igualmente el control del estado y pactaron una transición que asegura su manejo del poder, a través de un modelo bipartidista de alternancia de cargos. Ese esquema preserva la

desigualdad social y la precarización del empleo, en un marco de descontrol de la deuda pública y consiguientes ajustes del FMI.

En la carencia de cambios económico-sociales, Túnez repite lo sucedido en el resto de la región. Pero en el plano político se distingue por los logros democráticos (Alba Rico, 2021). La causa de esa excepcionalidad no es ningún misterio. Túnez es un pequeño país con escasas materias primas y poca relevancia estratégico-militar. No es apetecida por las grandes potencias, ni suscita la codicia por un botín petrolero (Maget, 2020).

Por su reducida gravitación en comparación a sus vecinos, el imperialismo toleró las reformas que vetó en el resto de la región. Esa excepción confirmó la regla de frontal oposición de la primera potencia, a cualquier aflojamiento del autoritarismo imperante en Medio Oriente.

En Siria, el esbozo de la primavera no irrumpió como en Túnez o Egipto con revueltas en las principales ciudades, gran presencia de trabajadores o peso del movimiento sindical. Las protestas se concentraron en localidades más remotas y siguieron un patrón disperso y desigual (Bouharoun, 2017).

La virulenta respuesta represiva del gobierno generalizó un conflicto que desembocó en la guerra más cruenta de la última década. Los anhelos de democratización quedaron totalmente sofocados en esa tragedia, al cabo de una confrontación que terminó oponiendo a dos bandos igualmente regresivos.

Las potencias mundiales y regionales tomaron el control del conflicto y dirimieron sus rivalidades a costa de la población. Los objetivos democráticos de la revuelta del 2011 quedaron diluidos en la militarización de una rebelión, que a partir del 2014-15 fue usurpada por milicias grupos ajenas a las demandas de los manifestantes (Alexander, 2018).

Al cabo de ese terrible desangre Assad se mantuvo en el gobierno, pero el futuro de Siria como nación soberana quedó cuestionado. Predomina la fragmentación del país en zonas bajo control de los distintos actores del conflicto. También en este caso Estados Unidos perdió la disputa, pero las metas democráticas fueron sofocadas y la propia supervivencia del país es una incógnita.

ANTICIPOS DE NUEVAS PRIMAVERAS

La primavera árabe fue el principal acontecimiento en la última década en Medio Oriente. Incluyó intensas movilizaciones populares que impactaron sobre el tablero regional. Pero esa mayúscula irrupción no logró converger

con reivindicaciones antiimperialistas y ese divorcio facilitó su aplastamiento por las fuerzas reaccionarias.

La chispa se encendió a fines del 2010 en una localidad tunecina y el derrame de las protestas se extendió a numerosos lugares. La identificación de esa oleada con una primavera es ilustrativa de la esperanza que despertó entre sus protagonistas. Los jóvenes imaginaron en las calles el comienzo de una salida a la penuria económica, al autoritarismo político y a las restricciones religiosas.

Con ese levantamiento el curso habitual de guerras, ocupaciones extranjeras y sangrientas disputas internas de Medio Oriente quedó alterado por un nuevo ingrediente de protagonismo popular. Fue descollante la preeminencia juvenil, la variada incidencia de sindicatos y la significativa participación de la clase media.

La primavera dejó un legado de experiencias perdurables en la memoria popular. Refutó todos los clichés islamofóbicos de Occidente, que presentan al mundo árabe como un universo de individuos resignados y pasivos. Los reclamos sociales y el anhelo de conquistar una democracia genuina, motorizaron las sublevaciones en países agobiados por regímenes despóticos.

Esas revueltas tienden a resurgir por la simple persistencia de los mismos problemas. Durante el 2019 esa tendencia al reinicio de la rebelión despuntó con llamativa simultaneidad en varios países. Una concatenada secuencia de manifestaciones repitió los contagios de la primera ola.

Las movilizaciones prevalecieron con renovada fuerza en las zonas no impactadas por la secuencia anterior. Pero la expansión de esos movimientos quedó súbitamente interrumpida por la pandemia. El coronavirus forzó la reclusión de la población para lidiar con la infección.

El determinante inmediato de ese rebrote de lucha fue el gran empobrecimiento padecido por el grueso del mundo árabe. La región afrontó en los últimos años una drástica caída de los ingresos que acompañó el declive de los precios del petróleo. Esa retracción se tradujo en un freno del crecimiento y en un serio incremento del desempleo. El paro entre los jóvenes supera ampliamente el promedio internacional (Acchar, 2020).

El neoliberalismo ha causado estragos en una zona muy golpeada por la desigualdad social y el encarecimiento de los productos básicos. Las economías generan poco empleo y alimentan una escalada de presiones volcánicas, en la explosiva pirámide demográfica de la región.

Aunque las privatizaciones nunca alcanzaron en Medio Oriente la destructiva dimensión de otras zonas, el modelo neoliberal socavó los

viejos sistemas de protección social y generalizó un inédito desamparo y descontento. Muchos sectores de la economía tradicional han quedado desarticulados por la tutela norteamericana del Golfo, el predominio europeo en el Magreb (Norte de África) y la destructiva apertura comercial financiarizada del Mashriq (Levante).

Las protestas resurgen frente a gobiernos autoritarios que recurren al garrote para responder a cualquier demanda popular. Ese inmovilismo represivo acrecienta el malestar e incentiva nuevos levantamientos (Tamimi, 2017).

SUPERACIÓN DE LAS FRACTURAS CONFESIONALES

En los despuntes callejeros del 2019 convergieron demandas económicas, sociales y políticas, sin preeminencia de las filiaciones religiosas. Este carácter no sectario y secular constituyó la cualidad más promisoria de esa incipiente oleada.

En el Líbano las principales demandas de los manifestantes apuntaron contra la carestía y el aumento de los impuestos. La crisis fiscal, el déficit de ingresos, la merma de divisas y el incremento del desempleo desencadenaron grandes protestas, que también incluyeron el rechazo de la corrupción y el nepotismo.

La masividad de esas movilizaciones forzó la dimisión del primer ministro y derivó en el otorgamiento de varias concesiones (Karam; Tannury 2019). Por primera vez en mucho tiempo, una significativa protesta motivada por demandas sociales cuestionó el sistema político confesional y exigió su democratización. Esa tónica quedó confirmada en las posteriores marchas de conmemoración de la trágica explosión en el puerto de Beirut.

Esta tónica de exigencia de cambios políticos fue también el dato dominante en Argelia, en las protestas contra el continuismo presidencial. En las marchas se cuestionó el enriquecimiento de grupos económicos entrelazados con un gobierno de origen nacionalista, que mantiene un alineamiento internacional afín a Rusia y autónomo de Estados Unidos (Sbarbi Osuna, 2019).

En el 2003 ese régimen salió airoso de una cruenta guerra con el fundamentalismo islámico, que se cobró la vida de 200.000 personas. Al cabo de esa traumática experiencia, la lucha democrática es encarada por una nueva generación más distanciada del fanatismo religioso.

En Sudán las manifestaciones se multiplicaron contra un gobierno que pretendía conseguir un mandato vitalicio. Los sindicatos de trabajadores y la izquierda jugaron un papel relevante, en protestas que asumieron una nítida tónica de lucha social.

Esa misma gravitación de las peticiones sociales se verificó en las protestas de Irak. Los trabajadores convergieron con los profesores y estudiantes universitarios en la exigencia de "pan, trabajo, libertad y transparencia". La ausencia de consignas religiosas en un país desangrado por enfrentamientos sectarios fue el dato llamativo de esas movilizaciones.

Los protagonistas de esos movimientos han sido los mismos sujetos populares de la secuencia anterior. En el universo de los asalariados se verifica una gran diversidad de niveles de organización. El importante movimiento obrero de Túnez, los llamativos sindicatos de Egipto y la escala de huelgas de Bahréin, no tienen correspondencia equivalente en otras localizaciones de la protesta.

La importante presencia de graduados y profesionales sin empleo persiste como un dato relevante de esas rebeliones. El descontento se afianza entre los trabajadores con cierta calificación que no consiguen empleo estable. El neoliberalismo estancó a las economías de la región, quebrantó la movilidad social y deterioró los sistemas de asistencia social, creando el convulsivo escenario que emerge con las protestas (Harris, 2016).

Ese cimiento social de la lucha en el mundo árabe quedó brutalmente ensombrecido por las tensiones sectarias y las distorsiones religiosas en la década pasada. El desenvolvimiento de la próxima oleada dependerá de la superación de ese terrible escollo.

AVANCES NACIONALES SIN ANTIIMPERIALISMO

El rediseño imperial que intentó Estados Unidos en Medio Oriente y África del Norte ha recreado viejos problemas de autodeterminación nacional. Algunas de esas tensiones se remontan a la cirugía que consumaron Gran Bretaña y Francia a principio del siglo XX (Tratado de Picot y Sykes) sobre los restos del Imperio Otomano. En ese trazado de países, los deseos y las identidades de las distintas poblaciones fueron totalmente ignorados. De esas imposiciones surgieron demandas nacionales de colectividades afectadas por la intervención extranjera.

Al cabo de cruentas guerras recientes, ciertos grupos nacionales han quedado nuevamente aprisionados en fronteras, idiomas y banderas ajenas a

sus aspiraciones. Otras comunidades han reforzado sus luchas de larga data. Es el caso de los kurdos, que fueron desmembrados una y otra vez en los últimos siglos frustrando su anhelo de un estado unificado (Almeyra, 2017). A principios del siglo XX, el colapso del imperio otomano diseminó a esa minoría en los forzados límites establecidos para Turquía, Irak, Siria e Irán.

Los kurdos han demandado un hogar nacional que nunca logró reconocimiento internacional. La ONU avaló en un rápido expediente la existencia de Sudan del Sur, pero no acepta la inscripción de un estado kurdo. Las potencias siempre definen en ese organismo los trazados fronterizos omitiendo la voluntad de los involucrados. El Kurdistán independiente es frontalmente rechazado por los principales actores de Medio Oriente.

Turquía es el enemigo más declarado de esa soberanía. En la década pasada mantuvo negociaciones con el encarcelado líder de ese movimiento (Ocalan), pero Erdogan cortó abruptamente esas tratativas para erigir un gobierno autoritario. Mediante una brutal campaña represiva intenta quebrantar la alianza forjada por los kurdos con fuerzas progresistas de su país.

Irán exhibe la misma hostilidad hacia esa minoría y ni siquiera evalúa la concesión de alguna autonomía administrativa. Los gobernantes de Teherán recuerdan con pavor el efímero ensayo federativo que intentó la izquierda en 1944. Esa breve experiencia de un Kurdistán rojo -emparentado con los éxitos militares de la URSS- fue aplastada en sangre por el ejército del Sah. En Irak, Sadam respondió con el mismo salvajismo a las demandas autonómicas de esa minoría (Bajalan; Brooks, 2017).

Pero en la última secuencia de guerras, los kurdos obtuvieron impactantes credenciales de efectividad militar al derrotar al yihadismo en Siria e Irak. Los fulminantes éxitos de sus milicias en Rojava y Başur recrearon las expectativas de erigir un Kurdistán unificado. En Siria lograron construir su propio enclave autónomo bajo la dirección de un partido de izquierda (PYD). Allí pusieron en práctica la ponderada experiencia de la comuna de Rojava, al cabo de una valerosa lucha contra las milicias pro sauditas y las arremetidas del ejército turco. Sus batallones jerarquizaron la igualdad de género, en un contexto islámico de sometimiento de las mujeres (Sancha, 2021).

Tanto en Siria como en Irak la golpeada minoría kurda ha logrado avances en su batalla nacional. Pero esas conquistas coexisten con un implícito padrinazgo estadounidense, puesto que las fuerzas norteamericanas están presentes en los mini estados kurdos.

Washington ha jugado a dos puntas. Apuntaló inicialmente la resistencia de los kurdos para favorecer el desmembramiento de países con gobiernos hostiles (Siria e Irak). Posteriormente reforzó ese sostén, aprovisionando a los kurdos en su batalla contra los yihadistas distanciados del mandante norteamericano.

Pero cuando Turquía atacó frontalmente a esa minoría, Washington abandonó a sus protegidos para recomponer las relaciones con Ankara. Trump optó por Erdogan, estimando que un socio díscolo de la OTAN es más gravitante para Estados Unidos que una nación desperdigada.

Ese abandono no es una novedad para los kurdos que han experimentado todo tipo de traiciones. Las grandes potencias han utilizado una y otra vez a ese grupo nacional, como moneda de cambio en sus reordenamientos del mapa regional.

Washington intenta ahora mantener bajo su protección las zonas autónomas que manejan los kurdos, pero sin afectar la relación con Turquía. Se opone a la formación del Kurdistán unificado, pero no a la desintegración parcial de Irak y Siria.

Israel apuesta en forma más explícita todas sus fichas al proyecto kurdo. Busca apuntalar de esa forma sus alianzas con sectores no árabes de Medio Oriente. Los sionistas proveen recursos a los kurdos por las mismas razones que afianzaron vínculos con los maronitas del Líbano. Pretenden potenciar su enemistad con el mundo árabe y su distanciamiento con los palestinos, a pesar de la enorme similitud de los padecimientos que afrontan ambas comunidades (Cook, 2017). Los kurdos han obtenido ciertas victorias pagando el alto precio de ese aval norteamericano-israelí.

Sus dirigentes conocen la duplicidad de Washington y por esa razón han buscado recomponer en Siria las relaciones con Assad. No olvidan que ese mandatorio intentó disolverlos mediante una arabización forzosa, pero tantean la reconciliación para conseguir una eventual protección militar rusa.

En Irak han logrado una autonomía más perdurable, pero con un soporte más explícito del invasor norteamericano. Bajo la dirección de un líder derechista (Barzani) ensayaron incluso la consolidación de su autonomía mediante un referéndum por la independencia. Ese intento fracasó por desmanejos locales y objeciones estadounidenses. Pero en la zona rige de hecho una soberanía tutelada por Estados Unidos que ha instalado cinco bases en el lugar. Las disyuntivas que afronta esa minoría son particularmente complejas.

LOS DILEMAS DEL KURDISTÁN

En el durísimo combate por conquistar un estado propio contra sus enemigos regionales, los kurdos han establecido compromisos con el principal dominador del planeta. Algunas miradas realzan la lucha de esa minoría, sin exhibir gran preocupación por esos enlaces con Washington. Reivindican

enfáticamente la experiencia de Rojava y ponderan el igualitarismo comunitario de ese proyecto. Las controvertidas relaciones con Estados Unidos son omitidas u observadas como un hecho menor (Dahler, 2021).

La visión opuesta cuestiona en forma virulenta el sometimiento kurdo al imperialismo norteamericano. Denuncia que sintonizan con los planes de forjar un archipiélago de pequeños estados subordinados a la primera potencia (Armanian, 2017b). También objeta el nacionalismo insolidario y la idealización comunalista de Rojava (Armanian, 2016a). Los críticos más extremos estiman que ese enclave se ha transformado en una base del Pentágono (Lantier, 2019)

Una tercera postura cuestiona el alineamiento kurdo con Estados Unidos, sin desconocer su legítima batalla por un estado nacional (Levent, 2017). Destaca que en defensa de ese objetivo han ido más allá de un compromiso circunstancial y se han colocado de hecho bajo la protección del principal enemigo de Medio Oriente.

En este complejo mosaico es indiscutible el derecho de los kurdos a contar con su estado propio, cuya modalidad debería surgir de consultas entre su población. Pero también son altamente cuestionables los nexos establecidos con el mandante norteamericano, que no disimula su intención de forzar secesiones para consolidar su dominación.

Todos los imperialismos de Occidente han recurrido una y otra vez a ese tipo de fracturas. Por esa razón la autodeterminación nacional siempre presenta esa doble cara de legítima aspiración y forzado complot de las grandes potencias. Como destacó el líder del bolchevismo ante situaciones semejantes de Europa Oriental a principios del siglo XX, sólo el análisis concreto de cada caso permite distinguir la preeminencia de una u otra situación (Lenin, 1974).

La legitimidad de la lucha nacional kurda es incuestionable, pero la forma de concretar esa aspiración no puede evaluarse omitiendo el rediseño de países que propicia Estados Unidos. No es lo mismo si el anhelo kurdo se consuma de la mano o en confrontación con Washington.

Un curso progresista hacia el genuino Kurdistán exige relaciones de hermandad con los vecinos árabes y acciones de resistencia común contra la balcanización. Si la meta estatal kurda emerge junto a un océano de mini estados controlados por el imperialismo, el nuevo gozará de una autonomía muy efímera. Por esa razón el ansiado proyecto de "Confederalismo Democrático" está enlazado a las luchas antiimperialistas de toda la región (Dalband, 2020). La genuina meta de los kurdos sólo puede prosperar en confluencia con las fuerzas progresistas y en luchas estratégicas contra el opresor norteamericano.

TRES BATALLAS CONJUNTAS

En el vasto mapa de Medio Oriente, Asia Central y África del Norte se ha creado un escenario muy contradictorio. Hay una larga lista de derrotas del imperialismo sin victorias progresistas. También se verifica una importante secuencia de crisis de la dominación externa, pero asentadas en la enorme frustración de la lucha democrática. Los acotados logros de ciertas metas nacionales están, a su vez, acordonados por compromisos con el dominador estadounidense.

Toda la región quedó sacudida en las últimas décadas por batallas antiimperialistas, democráticas y nacionales. El primer tipo de resistencia recobró centralidad frente a las invasiones y ocupaciones de los gendarmes foráneos. La segunda modalidad de lucha alcanzó intensidad con la impactante oleada de la primavera árabe. El tercer curso de acciones se ha verificado en la heroica acción de los kurdos, los palestinos y los sahauries.

La combinación del antiimperialismo con metas democráticas y nacionales está muy presente en toda la región. Supone una defensa de los recursos energéticos que ambicionan las potencias y una resistencia contra el descontrolado belicismo de las dinastías y las dictaduras. Esa batalla también implica avanzar en la secularización continúa pendiente y en impedir las incursiones imperiales que remodelan territorios destruyendo los tejidos nacionales. Por este conjunto de razones las luchas antiimperialistas están estrechamente enlazadas con metas democráticas y nacionales.

8-10-2021

CAPITULO 19

EL ANTIIMPERIALISMO Y LA IZQUIERDA EN MEDIO ORIENTE

La compleja secuencia de acontecimientos que sacudió al mundo árabe en la última década suscitó intensas controversias en la izquierda. No resultó fácil distinguir las tendencias progresivas y regresivas en el disputado y cruento escenario de Medio Oriente.

Sólo la enorme esperanza que acompañó al debut de la primavera árabe generó posturas mayoritariamente favorables. Prevaleció el apoyo a la incuestionable legitimidad de protestas masivas, que impusieron la caída de los repudiados presidentes de Túnez y Egipto. También resultaron nítidas las victorias democráticas conseguidas en el primer país y las derrotas que impuso el golpe militar en la segunda nación.

Pero lo ocurrido en Libia precipitó un fuerte debate a la hora de evaluar la caída de Gadafi. Una polémica igualmente acalorada generó la guerra en Siria y el rumbo seguido por el movimiento kurdo.

HTTPS://JACOBINLAT.COM/2021/10/16/EL-ANTIIMPERIALISMO-Y-LA-IZQUIERDA-EN-MEDIO-ORIENTE

En los tres casos, los posicionamientos de la izquierda contrapusieron a una corriente que privilegia las batallas geopolíticas globales contra el imperialismo norteamericano, con otra vertiente que resalta la primacía de las demandas democrático-populares en cada país.

Con esos dos parámetros se definieron actitudes muy distintas frente a los dramáticos enfrentamientos que afrontó la zona. Ambos planteos afrontan problemas que inducen a la reflexión crítica. Este análisis es vital para afinar las estrategias de emancipación a la luz de las experiencias de Medio Oriente. Lo sucedido en esa región aporta enseñanzas para la lucha antiimperialista en todo el mundo.

SIMPLIFICACIONES Y OMISIONES

Los pensadores que remarcan la inscripción de los conflictos de Medio Oriente en la confrontación global, contraponen el bloque occidental liderado por el imperialismo norteamericano con el alineamiento que comanda Rusia y China. Sitúan el papel jugado por los principales aliados de ambos bandos (Israel y Arabia Saudita versus Irán y Siria), en el gran choque entre las principales potencias del planeta.

Esta mirada contrasta el proyecto de dominación unipolar de Washington con la perspectiva multipolar de Moscú y Beijing. Destaca la progresividad de este último bloque y subraya la conveniencia de sus éxitos. Hemos detallado los diversos exponentes de esta postura en nuestro primer texto sobre la guerra en Siria (Katz, 2017).

El enfoque primordialmente geopolítico convoca acertadamente a focalizar todo el fuego sobre el blanco principal, recordando que los enemigos más poderosos no pueden ser doblegados sin erigir un contrapeso equivalente. En Medio Oriente ese adversario es el imperialismo norteamericano y su red de socios, vasallos o apéndices.

Pero esta correcta constatación constituye tan sólo el punto de partida de un posicionamiento de la izquierda. La prioridad de combatir al imperialismo norteamericano es indudable, pero esa definición no alcanza para clarificar posturas en el laberinto del "mundo islámico".

En esa región no sólo chocan fuerzas afines y hostiles a Estados Unidos, como lo prueba el serio encontronazo del Pentágono con los mercenarios yihadistas que inicialmente financió y entrenó. Hay una multiplicidad de batallas que deben ordenarse siguiendo la lógica del imperialismo y del subimperialismo, con decisiones que no se reducen a optar entre el blanco y el negro.

El simple registro de dos campos en disputa global no resuelve los enigmas de la intervención política en la región. Resulta indispensable comprender la complejidad de esos dilemas, para superar la ingenua creencia que el enemigo de mi enemigo se ha convertido en un buen amigo de las causas progresistas.

La mirada binaria de dos bandos en confrontación no se adapta, además, al escenario generado luego de la implosión del "bloque socialista". Las convulsiones de Medio Oriente ya no se zanjan observando las tensiones de esa región, como una simple derivación de la pugna entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Los viejos aliados de ambos campos en la zona (monarquías petroleras versus gobiernos nacionalistas) han mutado. El contexto de 1950-1980 ha quedado atrás y las fuerzas en confrontación se han diversificado. El conflicto entre sectores progresistas y reaccionarios persiste, pero con modalidades más sinuosas.

Las paradójicas convergencias entre Putin y Erdogan no presentan, por ejemplo, el mismo contenido de los acuerdos entre Nasser y Krushev y se ubican a años luz de los enlaces antiimperialistas entre Lenin y Atatürk. Hay que registrar esas diferencias.

El análisis meramente geopolítico suele evaluar tan sólo las tensiones interestatales, observando las transformaciones progresistas como un mero resultado de pulseadas entre potencias o gobiernos. Por esa razón suele realzar la ubicación de cada actor zonal en el mapa de los bandos globales. Ese exclusivo cómputo de los acontecimientos por arriba obstruye la percepción de los sucesos que se desenvuelven por abajo. El sujeto popular de cualquier trasformación progresista es desconsiderado.

El registro unilateral de los conflictos en la cúspide del poder induce a evaluar con desconfianza a la propia primavera árabe. Como ese levantamiento no quedó restringido a batallas contra los gobiernos apadrinados por Estados Unidos, su desenvolvimiento es descalificado. Pero con un abordaje que ignora la gravitación de las demandas populares resulta muy difícil desenvolver una política de izquierda.

¿EL COMPLOT DE LA PRIMAVERA?

Las miradas más extremas del enfoque geopolítico directamente impugnan la primavera árabe. Identifican a ese proceso con un complot digitado por Estados Unidos, para desplazar gobiernos hostiles y frenar la influencia de Rusia y China. Asemejan la gran sublevación de Medio Oriente con las denominadas "revoluciones de colores", que la CIA suele propiciar para instalar servidores de la Casa Blanca en distintos puntos del planeta (Korybko, 2017).

Esa interpretación observa las acciones populares como simples piezas de un ajedrez global. La existencia de movimientos sociales que demandan en forma activa sus propias reivindicaciones es desconocida o identificada con la acción de infiltrados y conspiradores.

Con ese abordaje se desconoce que en la mayoría de los casos las protestas masivas son respuestas al sufrimiento popular. Esos levantamientos estallan periódicamente en distintas localidades del planeta, con modalidades adaptadas a la tradición, el liderazgo y la experiencia de cada comunidad. La primavera árabe se amoldó a esos patrones de sublevación que imperan en todo el mundo.

Como ocurre también en otras zonas, el desarrollo de ese levantamiento quedó signado por las fuerzas políticas actuantes y tuvo resultados muy dispares. La primavera fue neutralizada en Túnez, aplastada en Egipto, anulada en Libia y quebrantada en Siria, en un dramático contexto de represión, guerras y terrorismo. El complot fue tan sólo un componente de esa compleja variedad de desenlaces.

Ciertamente el imperialismo norteamericano activó su vasta red de organismos especializados en capturar, deformar y aniquilar las revueltas populares. Utilizó a pleno la enorme madeja de fundaciones y organismos que monitorean las embajadas estadounidenses. Pero esa habitual intervención yanqui no transformó la multifacética primavera árabe en un complot de la CIA.

Es totalmente válido denunciar la injerencia imperialista en el vendaval de acontecimientos que conmovió a Medio Oriente en la década pasada. Washington recurrió a incontables acciones para encauzar las protestas populares hacia carriles afines a su estrategia. Pero no tiene ninguna credibilidad identificar todo el proceso de la primavera -que sacudió a varios países e involucró a millones de personas- con una asonada estadounidense.

Basta observar las comparaciones que se han establecido con otras convulsiones para descartar esa interpretación. Por su vertiginosa concatenación regional en un plazo tan breve, algunos historiadores semejan la primavera árabe con las guerras de emancipación hispanoamericanas (1810-1825), las revoluciones europeas (1848-1849) y la implosión del "bloque socialista" (1989-1991) (Anderson, 2013). Ninguna de esas conmociones es comprensible en términos conspirativos. Los complots que incluyeron conformaron tan sólo un componente secundario de procesos gigantescos.

INVOLUCIÓN DEL VIEJO NACIONALISMO

La mirada que reduce los conflictos de Medio Oriente a una simple contraposición entre dos campos, no permite analizar dilemas tan complejos como los afrontados por el movimiento kurdo. Esa minoría desenvolvió una extraordinaria resistencia en su confrontación con los yihadistas, contando con el guiño de Washington y el sostén de Tel Aviv. Si la mera clasificación de fuerzas en el tablero global -a favor o en contra del enemigo imperial- bastara para caracterizar todas las coyunturas bélicas, no habría forma de clasificar el rol jugado por las heroicas guerrilleras de Rojava.

Este peculiar caso no descalifica el análisis con parámetros de confrontación con la dominación imperialista. Sólo recuerda que esos criterios tan sólo aportan el puntapié inicial para caracterizar los sucesos de Medio Oriente.

El exclusivo prisma de dos bandos mundiales en disputa, tampoco permite registrar otro dato clave: la involución de los regímenes de origen nacionalista. En el esquema binario se continúa observando a esos gobiernos en su formato inicial de procesos radicales, enfrentados con los monarcas y las empresas extranjeras. Se omite su generalizado abandono de esas banderas.

La era de Nasser en Egipto, Abd al-Karim Qasim en Irak, Salah Jadid en Siria y Kamal Jumblat en el Líbano ha quedado atrás. La subsistencia de ciertos discursos o símbolos de esa época, no altera el giro que introdujeron los herederos de esos procesos. En su gran mayoría se adaptaron al orden neoliberal de las últimas décadas.

Esa involución se consumó mediante la sistemática reversión de los avances antiimperialistas y por esa razón estalló el descontento popular en Túnez, Egipto, Siria e Irak. Ese levantamiento tuvo significados muy diferentes en cada país, pero puso de relieve el malestar con gobiernos alejados de su avanzada conformación inicial.

Es cierto que en muchos lugares se preservaron modalidades parciales de laicismo que obstruyeron la restauración teocrática. Pero ese dique ha coexistido con otras formas de opresión, como la persecución de las minorías, el ahogo de las disidencias y la persecución de los opositores.

Esa represión ha sido un generalizado signo de involución de los regímenes de origen nacionalista y es importante alzar la voz contra la violencia estatal que impera en esos países. Basta recordar cuánto daño generó a la causa del socialismo el silencio ante las masacres de Stalin, para mensurar las consecuencias del aval político a los gobiernos autoritarios.

Conviene recordar también que los sucesores del nacionalismo árabe compartieron una involución anticomunista, que incluyó la proscripción y el apresamiento de militantes de izquierda.

En Siria, el período de transformaciones progresistas y conflictos del Baath con el poder religioso quedó cancelado con la victoria de las vertientes derechistas. Ese desenlace incluyó en los años 80 una escalada represiva, que inauguró el patrón de matanzas posteriormente desplegado por Assad (Rowell, 2017). La misma conducta se corroboró en el rol policial ejercido por las tropas sirias contra los palestinos en el Líbano.

Ese viraje del Baath explica la participación del país en la coalición internacional que forjó Estados Unidos en los años 90 para atacar a Irak. Aunque en la década posterior reapareció el choque con Washington, la convergencia contra Sadam ilustró cuán sepultado estaba el antiimperialismo entre los mandatarios de Damasco.

Gadafi no afrontó un levantamiento democrático en Libia. Pero su involución previa presentó muchas semejanzas con la trayectoria de Assad. Su gobierno atravesó por tres etapas. Entre 1969 y 1990 desmanteló las bases militares extranjeras, nacionalizó el petróleo y apuntaló un intenso desarrollo económico. En 1991 inició un giro hacia la privatización de empresas estatales y liberalización de los precios. En los últimos años buscó una reconciliación con Occidente que no impidió su derrocamiento (Armanian, 2018).

En Irak la involución del Baath comenzó en 1963, para domesticar un movimiento obrero muy combativo e influido por el Partido Comunista. Esa impronta represiva de Sadam se verificó también en las masacres contra los kurdos y en la terrorífica guerra que desplegó contra Irán para congraciarse con Estados Unidos. Antes de sucumbir frente a los *marines,* Hussein exhibió abrumadoras pruebas del carácter regresivo de su gobierno.

Esa misma conducta se verifica en el régimen de los Ayatolás iraníes. Comandan una teocracia que reprime opositores, degrada a la mujer, criminaliza las protestas y persigue a la izquierda. La batalla contra el imperialismo exige transparentar esa realidad y exponer lo que sucede en los países hostigados por el Washington. La seria confrontación del gobierno iraní con el imperialismo norteamericano no sitúa a ese régimen en la órbita del progresismo.

LAS INDEFINCIONES NEUTRALISTAS

La visión del "Gran Oriente Medio" como un terreno de mera confrontación global entre un bando progresivo y otro regresivo ha suscitado reacciones simétricas. Ese conflicto es observado en el enfoque opuesto

como un choque entre fuerzas igualmente nocivas. En este caso se remarca la centralidad de la lucha popular ante potencias externas, que comparten la misma hostilidad hacia las aspiraciones de las grandes mayorías. Por eso se subraya que la coalición forjada por Siria, Rusia e Irán es tan objetable como el alineamiento de Estados Unidos con Israel y Arabia Saudita. También se destaca que es necesario batallar con la misma firmeza contra esas dos alianzas (Alba Rico, 2017).

Esta postura recuerda en forma implícita que Rusia ya no es la URSS y que China abandonó su viejo antiimperialismo. Pero omite que ese drástico cambio no alteró el continuado protagonismo del poder norteamericano. La primera potencia del planeta persiste como la principal garante de la dominación capitalista mundial y se mantiene como la gran fuerza a derrotar en las batallas en curso. Cualquier fracaso significativo del Pentágono en un área del mundo debilita su capacidad de intervención en otros puntos del planeta. Esa adversidad para Washington favorece la resistencia de los oprimidos.

Por esa razón el resultado de los conflictos geopolíticos entre las potencias no es indistinto para las luchas populares. Es un error omitir este hecho y postular la indiferencia frente a las disputas globales. Con ese neutralismo se desconoce el carácter mutable de la capacidad de daño del imperialismo y su variable incidencia sobre las relaciones de fuerza. Ese balance es clave para apuntalar u obstruir la resistencia de los pueblos.

Estados Unidos perdió poder de agresión cuando fue derrotado en Vietnam y retomó impulso ofensivo cuando se desplomó la URSS. En el primer escenario quedó impactado por el gran ascenso de la izquierda y el nacionalismo radical en toda la periferia. En el segundo contexto aprovechó el escenario creado por el neoliberalismo para ocupar Afganistán, devastar Irak y demoler Libia.

Esta misma evaluación se aplica al marco actual. Las derrotas acumuladas en los últimos años por el Pentágono limitan, por ejemplo, la intervención de los *marines* en América Latina. Es importante registrar este efecto para desenvolver una estrategia victoriosa de la izquierda.

Desde la mitad del siglo XX Estados Unidos es el gran sostén del orden capitalista mundial y el gran opositor a cualquier transformación progresista. Este presupuesto se corrobora en Medio Oriente, donde Washington intentó un rediseño basado en la alianza militar con Israel y el sostén petrolero de Arabia Saudita. El Pentágono es el principal causante de las tragedias padecidas por la región. Rusia y China no son ajenas a esos padecimientos, pero están muy lejos de compartir una responsabilidad equivalente al poder norteamericano.

"¿SON TODOS IGUALES?"

El enfoque de neutralismo global razona con ingenuos presupuestos de distanciamiento de la geopolítica, como si los desenlaces en ese campo fueran irrelevantes para las batallas libradas en cada país. Ese posicionamiento frecuentemente conduce a resaltar la centralidad de los problemas económicos o las demandas sociales, con cierta desconexión del escenario en que irrumpen.

Una versión contemporánea de ese abordaje reivindica la micropolítica, la horizontalidad y las iniciativas locales cooperativas. Omite que especialmente en Medio Oriente, esas experiencias se desenvuelven en un tormentoso contexto de invasiones y guerras.

En la tragedia del mundo árabe resulta decisivo recordar quién es el enemigo principal. Ese señalamiento de la responsabilidad imperial estadounidense no implica avalar el autoritarismo de los ex regímenes nacionalistas, ni embellecer la política externa de Rusia. Tampoco supone negar el derecho a la rebelión de los pueblos. Simplemente apunta a remarcar cuál es el adversario central en el conjunto de la región.

La simplificada creencia que a escala global "son todos iguales" obstruye la evaluación de las fuerzas en disputa y el consiguiente logro de los triunfos requeridos para avanzar en un proyecto de emancipación.

El escenario actual es ciertamente distinto al período de posguerra, cuando las viejas potencias coloniales y su reemplazante norteamericano lidiaban con los movimientos de liberación en Asia, África y América Latina. El lugar de la izquierda en esa etapa no suscitaba grandes discusiones. La única divergencia significativa giraba en torno a las posturas de mayor justificación o crítica a la URSS por su ambivalente actitud frente a esas gestas.

En el complejo contexto actual es vital recordar que el Pentágono, la CIA y los *marines* persisten como los enemigos principales de los pueblos. Esa constatación permite definir posturas, en los conflictos entre el denostado poder norteamericano y aborrecibles gobiernos de la periferia.

El choque entre el invasor Bush y el tirano Hussein fue un clásico ejemplo de esa disyuntiva. En esa confrontación correspondía situarse en el campo de los iraquíes, no sólo por el carácter manifiestamente agresor del atacante yanqui. Esa incursión implicó una acción imperialista contra un país del universo dependiente. Esa ubicación de los contrincantes en el orden geopolítico mundial constituye un elemento más definitorio de la postura de la izquierda, que el ocasional perfil de los mandatarios de Washington y Bagdad.

Este abordaje es frontalmente contrapuesto al enfoque liberal, que enaltece la "democracia" occidental frente a los "populismos" de la periferia,

para justificar los atropellos imperialistas con disfraces civilizatorios. La izquierda debe levantar su voz contra esa inversión de la realidad, recordando por ejemplo que imperialismo inglés era el enemigo principal en Malvinas, a pesar de la existencia de un gobierno dictatorial en la Argentina.

En algunas miradas la equiparación neutralista de los bandos geopolíticos como un bloque indistinto se remonta a la existencia de la URSS. Se estima que Moscú ya intervino en esa época como potencia agresora al invadir Afganistán (1979-89). Esa incursión es tan objetada como la implementada posteriormente por sus rivales de Occidente (Achcar, 2021).

Pero esa evaluación presupone en forma equivocada que la URSS desenvolvía políticas imperiales, cuando en ese país regía un sistema no capitalista. Valora además en forma negativa una acción externa positiva de ese régimen. Moscú socorrió en ese momento a un gobierno progresista atacado por los talibanes que entrenaba la CIA (Ramos, 2021).

Reconsiderar ese episodio es clave para definir posturas antiimperialistas. Si en un conflicto entre la URSS y los talibanes la izquierda no debía tomar partido, se pierden todos los criterios para evaluar cuáles son los aliados y los enemigos de un proyecto de emancipación. Afganistán fue un caso testigo de la acción regresiva posterior de los yihadistas en todo el mundo árabe. Junto a su padrino estadounidense se ubicaba en el bando reaccionario en la batalla frente a la URSS.

Como los conflictos globales y las confrontaciones de cada país se entremezclan en forma muy compleja en todo el "Gran Oriente Medio", puede resultar útil retomar otros antecedentes históricos para clarificar la intervención de la izquierda. Los sucesos en la región tienen actualmente más puntos de contacto con el escenario de la Segunda Guerra Mundial (1939-45), que con el contexto de la primera conflagración global (1914-19).

En este último caso prevalecía una disputa entre potencias por los mercados y las colonias y correspondía postular una oposición frontal a todos los contendientes. En el segundo conflicto se combinaron, por el contrario, los choques interimperialistas (Estados Unidos-Japón, Alemania-Inglaterra) con las resistencias democráticas al fascismo y la defensa de la URSS ante la restauración capitalista. Esta conjunción determinó el alineamiento de la izquierda en el campo de los aliados (Mandel, 1991).

Lo ocurrido en este último choque clarifica la reacción popular que suele irrumpir frente a peligros mayores. Muchos analistas han registrado, por ejemplo, que una parte de la población siria contraria a Assad optó por sostener pasivamente a ese gobierno, frente a la amenaza del salvajismo yihadista o la ocupación extranjera (Munif, 2017). Lo mismo sucedió en la URSS, cuando Stalin logró un sorpresivo sostén interno frente a las inexorables masacres que auguraba el triunfo de Hitler.

En el escenario actual las grandes potencias no disputan en el mismo plano. El curso dominante es el intento norteamericano de recuperar dominación global, mediante un rediseño a su favor de todo el Medio Oriente. Pero esa agresión se ha entremezclado con otra variedad de conflictos, que plantean la defensa del laicismo frente a las bandas yihadistas y el sostén de los acotados logros democráticos frente a los gobiernos represivos. El registro de esas mixturas es decisivo.

EL TEST DE LIBIA

Algunos autores que equiparan con criterios neutralistas a los bandos geopolíticos en pugna en Medio Oriente, proponen controvertidos postulados como principios del antiimperialismo. Afirman que cuando la intervención extranjera es la única opción disponible para salvar a los movimientos populares, corresponde aceptar ese auxilio exigiendo que su alcance sea acotado (Achcar, 2021).

Pero el gran problema radica en que el aludido socorrista es el imperialismo norteamericano. Con ese fundamento se avaló, por ejemplo, la "zona de exclusión aérea" que dispuso la OTAN en Libia para apuntalar la revuelta contra Gadafi.

Lo ocurrido en ese país fue un importante test para la izquierda, puesto que allí se verificaron en forma muy nítida las posturas contrapuestas. A diferencia de lo sucedido en Túnez y Egipto -donde el apoyo a la primavera fue ampliamente mayoritario- el carácter genuino de las protestas fue muy discutible desde su inicio en Libia. Transcurrida una década de esos episodios ya son numerosos los datos que corroboran la existencia de una acción imperialista para tumbar a Gadafi.

La catarata de mentiras que publicitó el Departamento de Estado para justificar esa incursión ha salido a flote en un reciente informe del Parlamento británico (Norton, 2021). Tal como ocurre con los archivos que desclasifica la CIA, esas informaciones toman estado público cuando ya no pueden alterar el resultado de lo ocurrido.

Las fuerzas especiales de la OTAN se afincaron en ese país con gran antelación (Armanian, 2018) y Hillary Clinton se embarcó en una gran campaña de demonización de Gadafi. De esa forma se generó el clima internacional requerido para convalidar su asesinato.

La denuncia de ese operativo que promovieron muchos exponentes de la izquierda antiimperialista, contrastó con la benevolente actitud hacia la maniobra de Washington que prevaleció entre sus pares neutralistas.

Esta segunda postura ha sido ratificada con la reivindicación del movimiento insurgente que tumbó a Gadafi, utilizando armas y recursos financieros provistos por Estados Unidos. Los grupos que encabezaron ese golpe son nuevamente presentados como exponentes de un movimiento popular democrático, desconociendo su estrecha conexión con las fuerzas de la OTAN, que cercaron al país para precipitar un cambio de régimen.

Ignorar la subordinación de la oposición libia al imperialismo podía ser entendible hace una década, pero no en la actualidad a la luz del colapso padecido por ese país. Fue un error asignar cualidades democráticas a un bando dominado por grupos embarcados en la demolición de un gobierno enemistado con Washington.

El enaltecimiento de ese campo no se limita a su presentación como valerosos "insurgentes que tomaron Bengasi". Se aprueba también su solicitud de protección estadounidense. Ese socorro -que se instrumentó a través de la imposición de una "zona de exclusión" en el espacio aéreo libio- es evaluado como una involuntaria concesión norteamericana a las demandas de los combatientes contra la tiranía de Gadafi (Achcar, 2021).

Pero en los hechos esos grupos actuaron como auxiliares del Pentágono y no como meritorios luchadores por la libertad. Ese deschave ha quedado en evidencia en la actual disputa por el botín petrolero que libran los sepultureros de Gadafi. Como Libia ha perdido relevancia mediática la prensa internacional ya no los menciona. Sólo tuvieron cobertura mientras cumplían una función golpista. Pero el aval concedido a esa operación por un sector de la izquierda tiene consecuencias más perdurables.

Resulta indispensable dejar atrás el diagnóstico de una rebelión popular, que impuso la colaboración de Occidente con acciones favorables a la introducción de la democracia. En los hechos ocurrió lo opuesto**.** El imperialismo utilizó grupos afines para deshacerse de un mandatario que mantenía conductas autónomas de Estados Unidos.

Es incorrecto suponer que esas bandas forzaron a la OTAN a ir más allá de sus objetivos de simple presión sobre Gadafi. Las milicias que reclutó Washington no definieron las conductas del Departamento de Estado, que diagramó la aniquilación de un opositor. El asesinato que indujeron de Gadafi no fue un triunfo popular, sino un oprobioso crimen festejado por los generales del Pentágono. El presidente de Libia había perdido popularidad y legitimidad, pero no fue sustituido por la decisión soberana de los ciudadanos de ese país. Fue simplemente asesinado por los sicarios de Washington.

LAS CONTROVERTIDAS "ZONAS DE EXCLUSIÓN"

La aprobación de la zona de "exclusión aérea" que dispuso la OTAN en Libia se apoya en los antecedentes de ese dispositivo. Los justificadores de esa acción consideran que fue instrumentado en 1991 para contrarrestar las masacres de Hussein contra los refugiados kurdos en el norte de Irak. Estiman que operó como un auxilio a las fuerzas kurdas frente el Ejército Islámico y sirvió en 2019 como dique a la incursión de Turquía contra esa minoría (Achcar, 2021).

Pero con este criterio, la aceptación de una acción de la OTAN por parte de la izquierda deja de constituir un hecho excepcional y se transforma en una norma de varias batallas. El imperialismo norteamericano es visto como un socorrista frecuente, que debe ser inducido a adoptar medidas más activas de intervención.

Esta mirada no toma en cuenta las evidentes consecuencias de propiciar el dominio aéreo de una fuerza, que se ha especializado en la masacre de civiles. Con ese aval a la potestad estadounidense para introducir "zonas de exclusión", el compromiso con fuerzas imperialistas no es postulado como un hecho esporádico o resultante de circunstancias excepcionales. Si corresponde reivindicar el auxilio de Pentágono ya no sólo a los kurdos sino también a los libios, la presencia militar de Estados Unidos queda establecida como un dato positivo.

De esa forma se olvida que el cimiento básico del antiimperialismo es la oposición al intervencionismo norteamericano. Estados Unidos es el centro de la dominación capitalista mundial y el principal agresor de los pueblos. Si ese enemigo es visto como un aliado -con comportamientos apenas inconsecuentes (frágil provisión de armamento a los kurdos e insuficiente protección de los libios)- el cambio de óptica es sustancial. Se olvida que la lucha contra el imperialismo supone ante todo confrontar con el dominador estadounidense. Esa obviedad queda diluida.

La aceptación de una mayor presencia militar norteamericana en Medio Oriente es en los hechos afín a los mensajes auspiciados por varias corrientes del Partido Demócrata (Rana, 2021), que frecuentemente contaron con el beneplácito de sectores radicales de esa formación.

En lugar de sumarse a ese clima, la izquierda debe insistir en el retiro de los *marines* del extranjero. Esta actitud sintoniza con las renovadas demandas de repatriación de todas las tropas estadounidense en el exterior, que ha suscitado la reciente derrota de Afganistán (Moore, 2021).

El antiimperialismo exige afianzar ese curso para desenmascarar todas las inconsistencias del "imperialismo de los derechos humanos", que rige la

política exterior de la primera potencia. Hay que subrayar una y otra vez que cualquier "intervención humanitaria" de Washington desemboca en mayores tragedias de muertes y refugiados.

LOS DILEMAS DE SIRIA

Otra controversia relevante fue desencadenada por el continuado sostén de varias corrientes de la izquierda a los "rebeldes" durante la guerra en Siria. Esas vertientes estimaron que los exponentes de la marea democrática se ubicaban en la oposición y los defensores de la tiranía en el bando de Assad. Enaltecieron al primer sector como representante de una avanzada "revolución", hasta que la guerra concluyó con el triunfo de un gobierno apuntalado por Rusia e Irán (Sorans, 2016).

En el transcurso de esa larga batalla el presidente Assad fue invariablemente señalado como el principal enemigo a vencer. Esa caracterización fue expuesta cuando reprimió las primeras protestas y también cuando se convirtió en el blanco de los yihadistas sostenidos por Arabia Saudita, con el visto bueno de Estados Unidos y Turquía. La existencia de una fuerte confrontación entre ese gobierno y el espectro más reaccionario de Medio Oriente fue omitida o relativizada, como un dato secundario del conflicto (VVAA 2019).

Con esa evaluación se propició el triunfo militar del bando opositor, mediante campañas internacionales de apoyo a esa lucha. Se desechó la propuesta alternativa que auspiciaba una salida pacífica y negociada entre las fuerzas que ensangrentaban al país.

Esa errónea postura fue mantenida a lo largo del conflicto, sin registrar el cambio que introdujo la usurpación derechista de la protesta democrática. Esa captura fagocitó la revuelta y vació al movimiento de sus metas progresistas.

En el curso de la guerra los yihadistas fueron doblegados por la resistencia de los kurdos, en un marco de vacilaciones de Estados Unidos y Turquía, que el gobierno aprovechó para consumar una exitosa contraofensiva. Los defensores de los "rebeldes" continuaron idealizando a ese bando, desconociendo la mutación radical que se registró en el conflicto. Siguieron presentando como una confrontación entre fuerzas democráticas y dictatoriales una batalla que no contraponía a esos campos.

Es cierto que las protestas en Siria tuvieron al principio una impronta democrática. Pero ese perfil no se mantuvo inmutable a lo largo de la guerra. La sangría modificó el sentido de la confrontación, sepultando los anhelos de reformas políticas y sociales. Ese viraje fue totalmente omitido

por quienes sólo despotricaron contra Assad y juzgaron con benevolencia al bando opuesto.

Los sectores de izquierda que continuaron ponderando una "revolución siria" confiscada por los grupos fundamentalistas, desconocieron que ese control diluía cualquier parentesco con los maquis franceses (obligados a pactar con el diablo para continuar su resistencia).

Los defensores de esa postura también ignoraron que la oposición siria quedó sujeta primero al radar de la OTAN y fue posteriormente encadenada a los yihadistas. Cómo podría convertirse ese bando en una fuerza revolucionaria con potencialidades transformadoras es un misterio. No hay forma de imaginar un desemboque socialista de una guerra consumada por milicias reaccionarias, financiada por monarquías del Golfo y convalidadas por el Pentágono.

Los teóricos de la "revolución siria" contrapusieron, además, ese proceso de guerra civil, con el curso inverso de guerra imperialista prevaleciente en Irak, a partir de la invasión norteamericana (Sorans, 2016). Pero esa diferencia real en el debut de ambos conflictos no se extendió a su desarrollo.

Estados Unidos no invadió Siria, pero bombardeó con frecuencia las zonas bajo control de Irán. El Pentágono no construyó una fortalecida zona verde como en Bagdad, pero diseminó instalaciones en la región kurda. Tampoco actuó con miles de *marines*, pero supervisó los movimientos bélicos de sus aliados sauditas e israelíes.

La analogía se extiende también al resultado de la conflagración. Irak terminó bajo el control político del adversario iraní y Siria bajo la protección del enemigo ruso. Frente a los fracasos afrontados en ambos casos, Washington auspició la fractura de los dos países en mini estados a fin de preservar su influencia. Si Irak fue una explícita guerra imperialista, Siria devino en otra modalidad de la misma agresión y el forzado contrapunto entre ambas situaciones es equivocado.

El mismo desacierto se comete al comparar lo ocurrido en Siria con la revolución española (1936-39). Se emparenta a la oposición del primer país con los republicanos del segundo y a los fascistas ibéricos con el gobierno de Assad. Pero en ese contrapunto se omite definir dónde quedan situados los yihadistas. Esta aclaración no es secundaria, dado el parecido de esas milicias con el oscurantismo clerical-reaccionario de la Falange española. Basta notar el lugar dominante que ocuparon esas fuerzas en la oposición siria para registrar la inconsistencia de la analogía.

"¿REVOLUCIONES DEMOCRÁTICAS?"

La expectativa en la fuerza auto emancipadora de la democracia condujo a varias corrientes de izquierda a presentar a Assad como el único enemigo de la población, omitiendo la nocividad equivalente del grueso de sus opositores. Un detallado relevamiento de las posturas en debate durante ese conflicto retrata ese posicionamiento (Syriainbrief, 2016).

En ese estudio se describe cómo una parte de la izquierda apoyó a los "rebeldes" suponiendo que eran partícipes activos de una "revolución democrática", que arrasaría al gobierno autoritario de ese país. Otras evaluaciones (Cinatti, 2016) ilustraron cómo esa misma concepción asignó a la primavera árabe un potencial democratizador, que auguraba posibilidades ulteriores de radicalización socialista.

Esta visión repitió las erróneas caracterizaciones expuestas hace tres décadas frente al desplome del "campo socialista". Ese derrumbe fue observado por algunas corrientes trotskistas como la antesala del resurgimiento del comunismo, cuando en los hechos devino en un curso opuesto de restauración del capitalismo.

El origen de ese desatino ha sido la magnificación de la democracia, como una fuerza auto impulsora de transformaciones progresistas. Con esa mirada se desconecta el ideal democrático de la impronta efectiva que asume en cada escenario. Se olvida que el propio término de democracia es un comodín utilizado por Washington para perpetrar incontables tropelías. Con ese estandarte Estados Unidos invadió Irak, destruyó Afganistán, pulverizó a Libia y desangró a Siria.

La izquierda puede perder la brújula si supone que las conquistas populares serán logradas por la mera expansión de un anhelo democrático, olvidando cómo las clases dominantes manipulan esa aspiración. En Medio Oriente esa esperanza sólo puede corporizarse en forma efectiva, si queda enlazada a las batallas contra el imperialismo. La democracia no es un ideal con mágicos poderes de emancipación de los pueblos. Es una meta que avanzará revirtiendo la dominación que ejerce el imperialismo y la explotación que practican los capitalistas.

Lo ocurrido en la primavera árabe confirma esta caracterización. Los avances democráticos esperados de esa irrupción quedaron frenados por la violenta reacción del imperialismo y sus socios. Ese proceso no está cerrado y tiende a renacer. Pero hasta ahora acumula una importante secuencia de derrotas que no deben ser desconsideradas, suponiendo que constituyen meros desvíos de una ascendente mega revolución. Esa expectativa vagamente centrada en el largo plazo imagina un porvenir venturoso, eludiendo reconocer el resultado contrarrevolucionario que prevalece al cabo de una década.

ESTRATEGIAS ANTIIMPERIALISTAS

La gran influencia del liberalismo en una franja de la izquierda quedó corroborada frente a las disyuntivas que planteó la primavera árabe. Ese predicamento ha sido tan relevante como la tendencia opuesta a razonar con meros criterios geopolíticos. En el primer caso se aborda en forma unilateral la batalla contra el autoritarismo de los gobiernos enemistados con Estados Unidos. En el segundo planteo se desconsidera el protagonismo popular, al priorizar la contraposición entre un nocivo campo occidental y un ponderable bloque multipolar.

El antiimperialismo del siglo XXI exige superar ambas posturas, reconociendo la primacía de las batallas contra el dominador estadounidense sin embellecer a sus rivales. Es igualmente decisivo resaltar la legitimidad de las demandas democráticas y la insoslayable centralidad de la lucha popular.

Una acertada estrategia antiimperialista será vital en la próxima oleada de la primavera árabe. Los amargos resultados de la marea anterior podrían ser revertidos en esa secuencia, si la nueva irrupción empalma con la revitalización de la izquierda. Ese resurgimiento exige retomar y renovar estrategias antiimperialistas que puedan reconocer a los grandes enemigos, superando la ingenua confianza en sus competidores. Esa síntesis emergerá con la experiencia de las próximas batallas.

15-10-2021

CAPITULO 20

DOS CONFRONTACIONES EN UCRANIA

En los primeros días de la operación militar el avance del ejército ruso ha sido fulminante. Destruyó los blancos preestablecidos e inutilizó la infraestructura de un rival infinitamente más frágil. No hay punto de comparación entre ambos bandos y si el resultado final dependiera del desenlace bélico, el triunfo de Rusia estaría asegurado.

Pero la confrontación recién comienza y el gran interrogante es el propósito inmediato de Moscú. ¿Busca ocupar el país? ¿Intenta forzar la caída del gobierno? ¿Pretende imponer sus demandas a un presidente sustituto? Con los tanques rodeando a Kiev, el paso del tiempo juega en contra del operativo.

HTTPS://JACOBIN.COM/2023/07/NATO-ASIA-EXPANSION-US-MILITARY-CHINA-CONFLICT

SORPRESAS, REACCIONES E IMPREVISTOS

La impotencia de Occidente ha sido el dato más llamativo del escenario creado por la ofensiva moscovita. La decisión de Putin paralizó a sus rivales, que no optaron por ningún curso de acción para socorrer a su protegido. El presidente Zelensky verbalizó abiertamente ese abandono de sus guardianes ("nos dejaron solos").

La desorientación de Biden es patética. Conocía el plan ruso que sus voceros publicitaron con gran anticipación, pero no programó ninguna respuesta. Desechó la escalada militar y también las propuestas negociadoras de Putin, sin considerar otras alternativas.

Ese desconcierto confirma que los reflejos de Washington siguen afectados por la reciente derrota de Afganistán. El Departamento de Estado enfrenta serios límites para involucrar a los *marines* en nuevos operativos y la misma resistencia a comprometer tropas se verifica en Europa. Por eso la OTAN se ha limitado a emitir vagos pronunciamientos.

Es evidente que las sanciones económicas serán irrelevantes si Rusia logra un éxito político-militar. Cualquier bloqueo financiero o comercial quedaría deshecho en la práctica por esa victoria. Moscú se ha preparado para resistir las penalidades. Acumuló grandes reservas de divisas y multiplicó los convenios de intercambio para afrontar el aislamiento. Pero esas prevenciones sólo servirán si consigue una victoria en el corto plazo.

Rusia ha perfeccionado la política de sustitución de importaciones para lidiar con las sanciones y es muy incierto el impacto de su eliminación del sistema internacional de gestión bancaria (*Swift*). Si Putin negoció con Xi Jin Ping una compra-venta masiva de productos podría contrarrestar el boicot de Occidente. Pero nadie conoce cuál es la convergencia efectiva de los dos gigantes que desafían a Estados Unidos.

Las sanciones son un arma de doble filo y podrían transformarse en un boomerang para Occidente, si afectan a las propias empresas transatlánticas. Las penalidades dispuestas en Londres contra los oligarcas rusos, ya generan por ejemplo ruido en otras operaciones del paraíso financiero inglés.

La belicosidad comercial contra Moscú acrecienta, además, el encarecimiento de los combustibles y los alimentos y erosiona también la recuperación económica pos pandemia. Rusia provee gran parte del trigo comercializado en el mundo, suministra un tercio del gas utilizado por Europa y aporta la mitad del consumido por Alemania. Si Berlín prescinde de su principal proveedor energético: ¿Quién resultará más afectado? ¿El vendedor ruso o el adquiriente germano?

Algunos analistas estiman que Putin cayó en una trampa concebida por Biden, para empujar a Rusia al mismo pantano que agotó a la URSS en Afganistán (Marcetic, 2021)

. Pero Washington no maneja los hilos del operativo y es muy improbable que su balbuceante mandatario haya programado esa emboscada. Si la invasión igualmente se estanca, Moscú podría repetir en Kiev la tumba que se cavó en Kabul.

Faltan muchas secuencias para imaginar cuál será el desenlace del drama que vive Ucrania. Pero en cualquier caso los diagnósticos son secundarios frente a la caracterización del conflicto.

EL PRINCIPAL RESPONSABLE

Hay abrumadoras pruebas de la responsabilidad primaria del imperialismo norteamericano en la tragedia de Ucrania. En incontables ocasiones el Pentágono intentó sumar a Kiev, a la red de misiles montada por los nuevos socios de la OTAN en el Este de Europa. En 30 años la Alianza Atlántica se amplió de 16 a 30 miembros.

El cerco a Rusia fue iniciado por Clinton, violando todos los compromisos que restringían la presencia militar estadounidense a la frontera de Alemania. Ese límite fue corrido una y otra vez para reforzar una estrategia expansiva, que Bush alentó con la fracasada incursión bélica de Georgia (2008). Sus sucesores trabajaron para convertir a Ucrania en otro peón del dispositivo atlántico.

Washington ensayó múltiples vías para incorporar a Kiev a la OTAN y estuvo a punto de inducir un referéndum para forzar esa adhesión. De la revuelta de Maidán (2013) surgieron gobiernos enemistado con Rusia y el actual presidente Zelensky convirtió a Ucrania en un "socio de oportunidades mejoradas" de la OTAN (2020).

Putin señaló una y otra vez que la presencia de ese organismo en Ucrania representa una amenaza para la seguridad de Rusia. Ese país limita con sus principales socios europeos y comparte fronteras costeras con Turquía y los estados caucásicos. Mientras que los misiles emplazados en Polonia o Rumania pueden alcanzar a Moscú en 15 minutos, sus equivalentes en Ucrania lo harían en tan sólo 5 minutos. Rusia carece de cualquier instrumento equivalente en las cercanías del territorio estadounidense.

En los últimos años Ucrania recibió grandes suministros bélicos y el generalato reformó los rangos militares en línea con los estándares de la OTAN (Tooze, 2022). El país quedó ubicado en el tercer lugar de la "ayuda"

económico-militar de Washington y recientemente adquirió misiles anti-aéreos, diseñados para transformar el Mar Negro en una jurisdicción del comando occidental.

El Kremlin cuestionó durante años esa belicosidad y en las últimas seis semanas Putin propició un freno explícito a la conversión de Ucrania en una catapulta contra Rusia. Intentó negociar un nuevo *status quo* para proteger a su país del belicismo norteamericano, pero no obtuvo ninguna respuesta de la OTAN.

Las propuestas de Moscú contemplaban la exclusión de Kiev de ese organismo y el veto a la instalación de misiles. Promovía, además, un status de neutralidad para el país, semejante al que mantuvieron Finlandia y Austria durante la guerra fría.

Putin convocó también a consensuar otras medidas de distención global. Invitó a Washington a retomar un tratado anulado por Trump, que regula la desactivación de ciertos dispositivos atómicos (INF). El Departamento de Estado respondió con indiferencia, evasivas o insultos a esas ofrendas de paz. Rechazó especialmente la neutralidad de Ucrania, para evitar un precedente en el desmantelamiento de las baterías construidas por el Pentágono en Europa. Esa negativa intensificó el conflicto provocado por la agresiva expansión de la OTAN.

SOMETER A EUROPA

Washington alienta el belicismo en Ucrania para reforzar el sometimiento de Europa a su agenda. Repite su vieja receta de militarización para subordinar al Viejo Continente. Una funcionaria neoconservadora del Departamento de Estado (Victoria Nuland) comanda esa estrategia desde el 2014 (Rodríguez, 2022).

El acecho a Rusia ya disciplinó a Bruselas y en pocas semanas el Pentágono impuso la movilización de tropas de España, Dinamarca, Italia y Francia. La crisis ucraniana ha servido para reforzar también el alineamiento proyanqui del Reino Unido pos Brexit. Johnson difunde antes que Biden las sanciones económicas contra Moscú y fija el camino a seguir por sus ex socios del continente.

Francia perdió autoridad por la fracasada negociación que intentó Macron. Buscó crear un marco de tratativas distante del veto norteamericano, pero no consideró las propuestas de pacificación del Kremlin. En los principales temas -neutralidad de Ucrania y divorcio de la OTAN- mantuvo su total fidelidad a la Casa Blanca.

Alemania ha sido un premeditado blanco del belicismo norteamericano. El Departamento de Estado trató de bloquear la inauguración del gasoducto *Nord Stream 2*, que abastecería el combustible ruso por el mar Báltico, soslayando el actual tránsito por Ucrania. Washington enrareció el clima de toda la región, para impedir esa recepción germana de la energía provista por Moscú (Hudson, 2022).

Estados Unidos toma en cuenta, también, la multiplicación por cinco del precio del gas natural en el último año. Busca desplazar a Rusia del mercado europeo para descargar sus excedentes de gas licuado, que ofrece a cotizaciones más elevadas que el competidor moscovita. Negocia incluso la construcción de un puerto en el Viejo Continente para recibir los delicados envíos de ese combustible. Su proyecto rivaliza abiertamente con el gasoducto ruso (Stanley, 2022).

La maquinaria industrial germana necesita el abastecimiento energético externo y por esa razón Berlín intentó bajar el tono de la presión bélica estadounidense. Eludió la movilización de efectivos y sugirió que vetaría el uso de su espacio aéreo. Pero en ningún momento atenuó su enceguecido alineamiento con Washington y finalmente suspendió la inauguración del gasoducto. El efecto inmediato de la incursión de Putin ha sido la consolidación del bloque Atlántico bajo las órdenes de Washington.

LA ESCALADA DESDE KIEV

Europa ha jugado un papel complementario de Estados Unidos en el proyecto de convertir a Ucrania en un bastión de la OTAN. Tanto Washington como Bruselas propiciaron esa dinámica belicista desde la revuelta del Maidán (2013) y el posterior golpe contra el presidente Yanukovych.

Ese mandatario negociaba a dos puntas un auxilio financiero externo para paliar el quebranto fiscal del país. Su elección final del rescatista ruso en desmedro del salvador europeo desató la reacción de los manifestantes pro-occidentales, que precipitaron en las calles la caída del mandatario y la llegada de un presidente empeñados en acelerar el giro hacia a OTAN (Porochekno).

El Departamento de Estado motorizó ese viraje subiendo el tono de las tensiones con Rusia y fomentando en la población el apego liberal al sueño americano. Bruselas lucró, por su parte, con la ilusoria expectativa de transformar a Ucrania en una economía desarrollada por la mera adhesión a la Unión Europea. Alentó esa creencia para blanquear el brutal ajuste que en ese momento imponía a Grecia. Aprovechó el entusiasmo en Kiev con las banderas enarboladas de la UE (cuando eran detestadas en Atenas).

La euforia occidentalista que propagó el gobierno ucraniano repitió la norma de todos los procesos políticos recientes de Europa del Este. Pero añadió a ese patrón, una campaña anti rusa y un nacionalismo exacerbado, que desembocó en provocaciones armadas contra la población ruso-parlante. Kiev estableció el ucraniano como único idioma oficial, afectando a todos los pobladores que no utilizan esa lengua. Inició, además, una andanada de acciones militares contra el sector afín a Rusia afincado en el Este.

Se suele computar que la mini guerra interna de Ucrania ha generado 14.000 muertos y un millón y medio de desplazados en los últimos ocho años (Montag, 2022). Pero el principal escenario de esas confrontaciones ha sido la región ruso-parlante del Donbass, como consecuencias de los atropellos perpetrados por los enviados de Kiev.

Esas agresiones son encabezadas por las corrientes ultra derechistas que emergieron de la revuelta del Maidán. Todavía se discute si esa impronta reaccionaria estuvo presente desde el inicio del movimiento o emergió de su evolución posterior. Pero en cualquiera de las dos variantes el desemboque ultra regresivo de ese proceso ha sido indudable.

Ucrania arrastra una dramática crisis económica por los adversos resultados de la restauración capitalista. Esa transformación fue completada con la misma intensidad que en Rusia y con el mismo modelo de apropiadores oligarcas provenientes de la vieja cúpula gobernante.

Pero las dos economías han seguido trayectorias muy diferentes. Mientras que las riquezas naturales de Rusia permitieron combinar los compromisos entre las elites con cierta estabilidad político-social, la declinación productiva de Ucrania agravó las desinteligencias por arriba y la insatisfacción por abajo. En un marco de estancamiento, retracción del consumo, endeudamiento público y deterioro fiscal, el PIB per cápita se asemeja a los años 90 y la gestión económica de Kiev está sometida a un estricto monitoreo del FMI (Kagarlitsky, 2015)

Esa crisis profundizó la división previa de las clases dominantes del país entre sectores pro occidentales del Oeste y pro rusos del Este. El primer grupo ha buscado sumar al país a la Unión Europea ofreciendo mano de obra barata, primarización e irrestricta apertura comercial. Asumieron préstamos impagables y se comprometieron con ajustes irrealizables. La creciente integración a Europa (sin ingresar en la UE) acrecentó la dependencia de las finanzas de Bruselas y la atadura a las remesas que envían los emigrantes.

En el Este es escenario es distinto. Allí prevaleció el mantenimiento de la producción fabril junto al estrechamiento de los vínculos con Moscú. Los sectores gobernantes resistieron la demolición que auguraba el ingreso a la Unión Europea. Comprendieron que las fábricas de la región nunca podrían digerir los estándares de producción, tecnología y precios que exige Bruselas.

Saben, además, que el acero ucraniano no podría sobrevivir sin la provisión del petróleo ruso.

Ucrania no pudo procesar esas tensiones regionales, conservado su unidad y la cohabitación de las dos zonas. El nacionalismo reaccionario anti ruso alentado por el Pentágono destruyó esa coexistencia.

LA REACCIÓN DE MOSCÚ

La invasión a Ucrania ha sido la respuesta de Putin, a las incontables negativas que recibió su propuesta de negociar la neutralidad de ese país. Algunos pensadores consideran que se anticipó con una acción preventiva, al ingreso de su vecino a la OTAN (San Vicente, 2022). Rusia acumula una terrible historia de sufrimientos por invasiones extranjeras y su población es muy sensible a cualquier amenaza. Después de lo ocurrido con Hitler la seguridad de las fronteras no es un tema menor.

Es evidente, además, que el imperialismo norteamericano sólo entiende el lenguaje de la fuerza. Basta observar el contraste reciente entre Afganistán, Irak o Libia con Corea del Norte, para confirmar ese predominio de códigos bélicos en las relaciones con Washington.

Después de amenazar una y otra vez a Pyongyang, ningún mandatario yanqui pasó a los hechos por el obvio temor que suscita una respuesta atómica. Rusia conoce esa dinámica y por esa razón algunos analistas sugirieron que Putin respondería al estancamiento de las negociaciones, con la instalación de misiles nucleares tácticos en Bielorrusia (Poch de Feliu, 2022).

Pero el jefe de Kremlin optó por una invasión, que primero presentó como un operativo de protección de la población ruso-parlante. El Donabass volvió a recalentarse en los últimos meses, con nuevas oleadas de atentados derechistas que erosionaron el alto el fuego y forzaron la evacuación de la población civil.

Putin exagera cuando denuncia la existencia de un "genocidio" en esa región, pero alude a la comprobada violencia de las milicias reaccionarias. Se refiere a esos sectores cuando exige la "desnazificación" de Ucrania. Esa denominación no es una figura retórica vacía. Desde el 2014 las bandas ultraderechistas han impuesto una norma de violencia a todos los gobiernos de Kiev.

Esos grupos impusieron la prohibición del Partido Comunista, la erradicación del idioma ruso de la esfera pública y la purga de todos los vestigios de la era soviética ("descomunización"). Los derechistas desenvuelven una intensa actividad callejera y han creado unidades armadas con centros de

entrenamiento, muy semejantes al modelo paramilitar fascista de los años 30 (Ishchenko, 2022a).

En la primera línea de esas fuerzas se ubica el batallón neonazi *Azov*, que utiliza insignias calcadas de las SS del Tercer Reich. Reivindican las formaciones locales que colaboraban con Hitler contra a los soviéticos (OUN-UPA) esperando la concesión de una república propia (Burgos, 2022).

Estas vertientes fascistas han bloqueado todos los intentos de alcanzar una solución negociada, a partir del formato introducido en el 2015 con las tratativas de Minsk. Rechazan la reintegración del Este como región autónoma, con derechos reconocidos a la población ruso parlante. Como su principal bandera es la identidad nacional, objetan cualquier acuerdo que incluya el federalismo del Donbass.

Los derechistas observan esa solución como una capitulación inaceptable. Por eso sabotearon todos los armisticios para concertar amnistías mutuas y facilitar el libre tránsito de civiles. En sintonía con esa belicosidad, Zelensky cerró tres canales de televisión pro-rusos y aprobó una gran base de entrenamiento de los fascistas.

Pero la gran novedad del nuevo escenario es la decisión del propio Putin de enterrar los acuerdos de Minsk, que previamente alentaba como el marco más apto para avanzar hacia la neutralidad de Ucrania. En lugar de preservar ese contexto para reunificar al país, reconoció a las dos repúblicas autónomas del Este (Donestk y Lugansk).

Nadie sabe si esa solución es la preferida por ambas poblaciones, puesto que la consulta sobre su opción nacional sigue pendiente. Al igual que en Crimea, Putin define primero el status de una región, para complementar luego esa condición con algún procedimiento electoral.

Pero en este caso, el líder moscovita no se limitó a disponer el acotado ingreso de tropas para proteger a la población ruso-hablante. Una acción de ese tipo era compatible con la continuidad de las negociaciones de Minsk. Sólo reforzaba esas tratativas con garantías a la seguridad del sector más vulnerable. Optó por un curso totalmente distinto de invasión general al territorio ucraniano, asignando al Kremlin el derecho a derrocar un gobierno adverso. Esa decisión es injustificable y funcional al imperialismo occidental.

EL DESPRECIO AL PUEBLO

Estados Unidos comanda el bando agresor y Rusia el campo afectado por el cerco de misiles. Pero esa asimetría no justifica cualquier respuesta de los agredidos, ni determina el carácter invariablemente defensivo de

las reacciones de Moscú. En el terreno militar, la validez de cada medida depende de su proporción. Ese parámetro es esencial para evaluar los conflictos bélicos.

Rusia tiene derecho a defender su territorio del hostigamiento del Pentágono, pero no puede ejercer ese atributo de cualquier manera. La lógica de los choques militares incluye ciertas pautas. No es admisible, por ejemplo, exterminar a un batallón rival por alguna violación menor a la tregua entre las partes.

Es cierto que la provisión de armas a Kiev por parte del Pentágono se incrementó en el último período, junto a peligrosas tratativas para sumar al país a la OTAN. Pero Ucrania no dio ese paso, ni instaló los misiles que atemorizan a Moscú. Las milicias fascistas mantuvieron su escalada, pero sin protagonizar agresiones de mayor alcance. La decisión de invadir Ucrania, rodear sus principales ciudades, destruir su ejército y cambiar su gobierno, no tiene ninguna justificación como acción defensiva de Rusia.

Putin ha exhibido un desprecio mayúsculo por todos los habitantes del Oeste ucraniano. Ni siquiera registra cuáles son los deseos de esa población. Incluso si Zelensky comandara el "gobierno de drogadictos" que ha denunciado, correspondería a sus representados decidir quién lo debe sustituir. Esa decisión no es una facultad del Kremlin.

Ninguna población del Oeste ucraniano simpatiza con los gendarmes que despachó Moscú. La hostilidad hacia esas tropas es tan evidente, que Putin ni siquiera intentó la habitual pantomima de presentar su incursión, como un acto solicitado por los ciudadanos del país invadido. Su ataque ha suscitado pánico y odio hacia el ocupante.

Ese mismo rechazo a la incursión rusa se verifica en todo el mundo. En incontables capitales se han realizado manifestaciones de repudio, mientras que en ningún lugar aparecen actos contrapuestos de apoyo al ejército moscovita.

Putin ha ignorado la principal aspiración de todos los involucrados en el conflicto que es el logro de una solución pacífica. Antes de la invasión el propio gobierno de Kiev afrontaba un gran rechazo interno a su escalada bélica. Hubo incluso indicios de gran oposición a la adhesión a la OTAN y a la consiguiente redefinición de la Declaración de Soberanía (1990) y la Constitución (1996) del país (Ishchenko, 2022b). Esas metas pacifistas deben competir ahora con la derecha belicista, que convoca a la resistencia activa contra la invasión rusa.

Durante muchos años Washington, Bruselas y Kiev sabotearon la salida negociada, que actualmente atropella también Moscú. Putin se ha subido al carro belicista porque ignora los deseos de los pueblos involucrados en el

conflicto. Guía su acción por los consejos de la alta burocracia, que gobierna en una conflictiva relación con los millonarios de Rusia.

Su invasión también apunta a regimentar a la población del Este ucraniano. Demoró ocho años el reconocimiento de esa autonomía, en contraste con la fulminante anexión de Crimea. Eludió la repetición de ese precedente por el protagonismo inicial del movimiento radicalizado de milicianos locales que derrotó a los derechistas. Para neutralizar esa radicalidad, Putin forzó desalojos de edificios y abandonos de barricadas, mientras monitoreaba el desarme de las milicias y la purga de sus dirigentes (Kagarlitsky, 2014, 2016).

Cuando logró imponer su autoridad, congeló el status de las dos repúblicas (que mantuvieron la simbólica denominación de "populares"), a la espera de un resultado favorable de las tratativas de Minsk. Repitió la conducta de sus antecesores, que siempre negociaron en las cúspides desarticulando a los movimientos radicales. Después de varios años ha optado ahora por un nuevo curso de acción, tan inconsulto como el precedente.

Con la invasión a Ucrania, el Kremlin favorece todos los mitos de la democracia occidental, que habían caído en desagracia por los fracasos que acumula el Pentágono. Putin le aportó a Washington lo que necesitaba, para reconstruir las falacias ideológicas deterioradas por lo devastación de Afganistán o Irak. Su aventura permite reavivar la contraposición entre la democracia occidental y la autocracia rusa. El Kremlin es nuevamente denostado con idílicas exaltaciones del capitalismo. El resurgimiento de esa ficción es un resultado directo de la incursión rusa.

Esa invasión ha brindado también un impensado impulso externo al nacionalismo ucraniano. Putin alimenta ese sentimiento, en una nación históricamente traumatizada por la presencia opresiva de los zares y las disputas con fuerzas austrohúngaras y polacas. Cualquiera sea el resultado geopolítico final de la invasión, su impacto sobre las luchas y la conciencia popular es terriblemente negativo. Y ese parámetro es la principal referencia que adoptan los socialistas para juzgar los acontecimientos políticos.

LA DENUNCIA DE LA OTAN

La incursión de Putin ha suscitado condenas que omiten la denuncia complementaria de la OTAN. Ambos planteos están presentes en muchos pronunciamientos de la izquierda, pero son posturas minoritarias frente al unilateral rechazo a la acción del ejército ruso.

Basta observar las consignas prevalecientes en las manifestaciones callejeras para corroborar ese clima. Los medios de comunicación son los

principales artífices del blanqueo del imperialismo norteamericano. Subrayar esa culpabilidad es una prioridad del momento.

Los discursos en boga descargan toda la artillería contra "el expansionismo ruso", ocultando la dominación imperial de los capitalistas. Se enaltece la democracia, la civilización y el humanitarismo de Estados Unidos, omitiendo que sus tropas pulverizaron a Irak y Afganistán.

Basta comprar el reducido número de bajas que prevalece hasta ahora en Ucrania, con las masacres inmediatas que consumaron los bombardeos del Pentágono en esos países, para mensurar el grado de salvajismo que acompaña a las acciones de la OTAN. Ese organismo demolió también a Yugoslavia hasta transformarla en siete repúblicas balcanizadas.

Francia no puede exhibir credenciales mejores, luego de la sangría que perpetró en Argelia. Y al cabo de su largo historial de matanzas en Asia y África, Inglaterra tiene poca autoridad para levantar el dedo.

La guerra de Ucrania ya convulsiona nuevamente Europa en un traumático escenario de refugiados. Para frenar esa tragedia se impone retomar un camino de paz, basado en la desarticulación de la principal maquinaria bélica del continente.

Ninguna distensión será perdurable, mientras la OTAN continúe moldeando a Europa, como una gran fortaleza de bases militares. Estados Unidos define acciones, perpetra operaciones secretas y maneja dispositivos bélicos, como si el Viejo Continente formara parte de su propio territorio. El fin de esa injerencia, el retiro de los *marines* y la disolución de la OTAN son demandas insoslayables para todos los defensores de la paz.

Los servidores del imperialismo norteamericano acallan esas exigencias y utilizan el rechazo a la invasión de Ucrania, para intensificar su campaña contra los "conquistadores rusos". En América Latina denuncian la "infiltración" de Moscú, con un libreto extraído de la guerra fría. La derecha ya motoriza en Washington una nueva ley de "seguridad hemisférica", para aumentar la presencia del Pentágono al sur del Rio Grande. Proponen afianzar el status de Colombia como principal aliado extra-OTAN.

Todas las fantasías que difunde la Casa Blanca sobre la arrolladora influencia de Rusia carecen de asidero. La presencia económica de Moscú en América Latina es irrelevante, en comparación al dominador estadounidense y al pujante rival chino.

Las contadas misiones militares de esa potencia fueron intranscendentes frente a los habituales ejercicios de los *marines* con los ejércitos de la zona. Ni siquiera las ventas de armas rusas han alcanzado en América Latina la gravitación que tienen en otras periferias del planeta. La incidencia de los

comunicadores afines a Moscú es también irrisoria frente al colosal predomino informativo de Washington.

Pero el Departamento de Estado pretende aprovechar la conmoción creada por la invasión a Ucrania, para relanzar su ofensiva contra los gobiernos que incumplen sus órdenes. Aspira a recomponer el Grupo Lima, resucitar la OEA, neutralizar la CELAC, revertir las derrotas electorales de la derecha, contrarrestar el desprestigio de Estados Unidos durante la pandemia y retomar las conspiraciones contra Venezuela y Cuba.

En lo inmediato, Washington alienta las denuncias de la incursión rusa sin ninguna mención de la OTAN. Sus diplomáticos trabajan para lograr esos pronunciamientos de las cancillerías latinoamericanas. Cuentan con el caluroso sostén de los gobiernos derechistas (empezando por Colombia, Uruguay y Ecuador), pero buscan también la adhesión de los progresistas más sensibles a su presión. Las primeras declaraciones de Boric se encarrilan en la dirección propiciada por la Casa Blanca y contrastan con la neutralidad sugerida por Lula y López Obrador.

Argentina es un caso aparte. Alberto Fernández despotricó contra Estados Unidos en su entrevista con Putin, luego adoptó una postura equidistante y finalmente se sumó a la condena de Rusia sin ninguna mención de la OTAN. En muy pocos días adoptó todas las posturas imaginables, confirmando que carece de brújula y amolda su política exterior a las tratativas con el FMI. Por ese sometimiento al Fondo es una presa fácil de Washington.

LAS CONDICIONES DE LA AUTODETERMINACIÓN

La crítica al operativo de Putin es insoslayable en cualquier pronunciamiento de la izquierda. Pero ese posicionamiento debe ser antecedido por una contundente denuncia del imperialismo norteamericano, como principal responsable de la escalada bélica. Esa agresión no justifica la respuesta militar del Kremlin, que es muy contraproducente para todos los proyectos de emancipación. El apoyo a ese operativo es auto destructivo y conspira contra la batalla por la democracia, la igualdad y la soberanía de las naciones.

Putin no se limitó a justificar su incursión como una acción defensiva frente a la OTAN. Ese argumento es insuficiente para explicar la desproporcionada respuesta de la invasión, pero cuenta con un algún basamento válido. El jefe del Kremlin fue más allá de esa evaluación y señaló que Ucrania no tiene derecho a existir como nación. Esa caracterización sitúa su operativo en otro plano más inaceptable de impugnación del derecho de un pueblo a decidir su destino.

El mandatario moscovita considera que Ucrania nunca conformó una real nación separada de la matriz rusa. Afirma que asumió ese artificial carácter por obra de los bolcheviques, que en 1917 concedieron un maligno derecho de separación. Ese atributo adoptó posteriormente un formato constitucional de unión voluntaria de repúblicas soviéticas. Putin culpabiliza a Lenin por ese quebranto del territorio ruso y considera que Stalin convalidó el mismo desacierto, al preservar una norma que toleraba la autonomía federativa de Ucrania (Putin, 2022).

Esta mirada de Putin contiene una implícita reivindicación del modelo opresivo previo del zarismo. Ese esquema se asentaba en la dominación ejercida por los gran-rusos sobre una vasta configuración de naciones. Lenin combatió esa "cárcel de los pueblos" que impedía a numerosas minorías manejar sus recursos, desarrollar su cultura, utilizar su idioma y desenvolver su senda nacional.

La resistencia contra esa opresión alimentó la gran batalla que desembocó en el surgimiento de la Unión Soviética. El derecho de las naciones oprimidas a su propia autodeterminación fue una exigencia confluyente, con los reclamos de paz, pan y tierra que desencadenaron la revolución de 1917. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas fue proclamada como una convergencia libre y soberana de esas naciones.

Ahora Putin rechaza esa tradición y desconoce la identidad de Ucrania, que se ubica en las antípodas del artificio objetado por el jefe del Kremlin. Ese país arrastra una larga y dramática trayectoria nacional, alimentada por las tragedias vividas en las guerras mundiales y en la colectivización forzosa.

Al igual que en otras zonas del mundo, la autodeterminación nacional discutida en Ucrania no es una aspiración sagrada, suprema, ni de mayor validez que las demandas sociales y populares. Es claramente utilizada por la derecha para potenciar el nacionalismo y los enfrentamientos entre pueblos. Pero Putin no objeta esa manipulación reaccionaria, sino el propio derecho a la existencia de un país.

Esa postura retrata la faceta más regresiva de su operativo militar. Pone de relieve que su incursión no está sólo determinada por la pulseada con la OTAN, ni obedece únicamente a motivaciones defensivas o geopolíticas. También deriva de un atributo despótico, que Moscú se auto asigna alegando la pertenencia de Ucrania a su radio territorial.

Los ucranianos del Oeste y del Este tiene el mismo derecho que cualquier otro pueblo a decidir su futuro nacional. Pero la autodeterminación será un enunciado meramente declamatorio, mientras fuerzas las asociadas con la OTAN y las tropas rusas mantengan su presencia en el país.

La primera condición para avanzar hacia la soberanía real de Ucrania es la restauración de las negociaciones de paz, para acordar la salida de los gendarmes extranjeros de ambas partes y la posterior desmilitarización del país, con un status internacional de neutralidad. La izquierda de muchas vertientes y países se ha comprometido en esa doble batalla contra la OTAN y la incursión rusa.

1-3-2022

CAPITULO 21

DIAGNÓSTICOS Y CONTROVERSIAS SOBRE UCRANIA

A un mes de la incursión rusa el resultado es muy incierto. La ofensiva militar está empantanada luego de la fallida toma del país y la consiguiente supervivencia del gobierno. Pero tampoco se observan grandes hitos del ejército ucraniano. La intensidad de la resistencia es dudosa y el relativo alistamiento coexiste con la masiva emigración de la población.

CONTRADICTORIAS EVALUACIONES

Algunos analistas consideran que la ambiciosa operación de Putin fracasó. Pero otros estiman que Rusia tiende a impedir en las negociaciones que Ucrania ingrese a la OTAN. Un compromiso intermedio sería la incorporación del país **a la Unión Europea (victoria de Zelesky)**, junto a su neutralidad militar (victoria de Putin). Si falla esa opción podría acordarse una división de territorios siguiendo el modelo coreano.

Las mismas estimaciones contrapuestas se extienden al plano económico. Algunos observadores destacan la fortaleza de Rusia, que se dispondría

HTTPS://JACOBIN.COM/2023/07/NATO-ASIA-EXPANSION-US-MILITARY-CHINA-CONFLICT

a introducir junto a China un nuevo sistema monetario independizado del dólar y el euro. Pero otros destacan un escenario inverso de **pérdida del control moscovita de gran parte** de las reservas congeladas en el exterior.

También el impacto de las sanciones suscita interrogantes. Nadie sabe cuántos millonarios rusos han sido efectivamente penalizados. Cuentan con numerosos socios y resguardos en los paraísos bancarios de Occidente. Las penalidades se aplican con gran cautela para no interrumpir la comercialización mundial del petróleo y el gas. Alemania resiste esas obstrucciones y varios gobiernos europeos se niegan a cortar los convenios con Moscú.

El manejo general de la energía está en disputa. Estados Unidos logró concertar ventas millonarias de gas licuado a Europa, pero no puede sustituir la provisión estructural que aportan los gasoductos rusos. Moscú obtiene el 60% de sus ingresos de esos suministros y se desconoce si logró sustituirlos por compradores asiáticos. Tampoco se sabe cómo mantiene la importación de ciertos productos decisivos (como los semiconductores) para sostener la guerra y la economía.

Las sanciones afectan a Rusia, pero han impactado duramente en la retaguardia de Occidente. El tremendo encarecimiento de los alimentos y la energía introduce un inesperado boomerang que deteriora toda la economía global.

En el plano geopolítico el aislamiento ruso es visible. Perdió el acompañamiento en las Naciones Unidas de sus tradicionales aliados, pero cuenta con la benevolencia del denominado Sur Global. Moscú utiliza ese visto bueno para sostener su incursión militar.

Sólo la mayúscula tragedia humanitaria está exenta de indefiniciones. Aunque Rusia evit**ó** los bombardeos masivos que descargó Estados Unidos en Irak y Afganistán, las **víctimas civiles se multiplican con la prolongación de** la guerra. Ya comienzan a emerger denuncias de atrocidades en ambos bandos y el descalabro de la sociedad ucraniana potencia el mayor éxodo en Europa desde la Segunda Guerra Mundial. La salida de 4 millones de refugiados convulsiona a toda la región.

Es cierto que su recepción contrasta con el castigo propinado a los árabes y africanos. No hay 20.000 fallecidos en naufragios para llegar al continente, ni muros para impedir el ingreso de los desplazados. Tampoco se observan campos de refugiados en las condiciones infrahumanas de Lesbos. Pero se está gestando un escenario explosivo, en una zona desgarrada por agudas tensiones que la derecha atribuye a la inmigración.

En síntesis: el resultado de la guerra es aún desconocido. Pero la caracterización del conflicto no depende de ese desemboque y debe ser abordada sin esperar esa resolución.

LOS OBJETIVOS NORTEAMERICANOS

Estados Unidos intenta prolongar la guerra, para empujar a Moscú al mismo pantano que afrontó la URSS en Afganistán. Por esa razón induce el rechazo de Kiev de todos los acuerdos que frenarían las hostilidades.

El Pentágono no puede intervenir con sus propias tropas porque continúa afectado por la reciente derrota de Kabul. Ese revés también le impone cierta cautela bélica y el consiguiente veto a una zona de exclusión aérea. Por ahora promueve la continuidad de la sangría, mediante una mayor provisión de armas.

El Departamento de Estado utiliza el conflicto actual para someter a Europa a su agenda militarista. Ya consiguió 1.000 millones de euros de Bruselas para incrementar los pertrechos de Kiev. También logró un compromiso de rearme de sus socios, muy superior al financiamiento de la OTAN que exigía Trump. Por ese rumbo, el proyecto de un ejército europeo autónomo del Pentágono se diluye a pasos agigantados. Washington pretende cargar a Europa con todo el costo del cerco a Rusia, para concentrar sus recursos en la agresión a China.

El belicismo norteamericano es la principal causa de la guerra actual. Estados Unidos intentó sumar a Ucrania a su red de misiles en el Este Europeo y propició una enmienda a la Constitución de ese país (2019) para auspiciar el ingreso a la OTAN.

Con ese objetivo alentó el nacionalismo local y las agresiones contra la población ruso-parlante. Fomentó especialmente a las milicias ultraderechistas, que sabotearon la solución discutida en los acuerdos de Minsk.

La violencia desplegada por las bandas que reivindican el pasado hitlerista es silenciada por los grandes medios. Ocultan el hostigamiento a los opositores (expuestos como escudos humanos) y el racismo de los grupos que enaltecen a los ucranianos (blancos puros), para denigrar a los rusos (racialmente mixturados por la herencia asiática). Zelenski es prisionero de esa gravitación fascista y por eso alienta la rusofobia, proscribiendo varios partidos y generalizando la censura.

Esas persecuciones no aparecen en ningún informativo de Occidente. Las plataformas periodísticas de Moscú (Sputnik, RT) han sido acalladas, mientras Facebook, Instagram y WhatsApp habilitan la propagación de mensajes de odio contra Rusia. El doble rasero de la prensa hegemónica se ha potenciado en forma exponencial. Retratan los sufrimientos de Kiev con la misma intensidad que ocultan los padecimientos de Gaza. Exigen la expulsión de los deportistas rusos de eventos organizados por países como Qatar, que ostentan un récord de violaciones a los derechos humanos. La

responsabilidad primordial del imperialismo norteamericano es el dato más importante y oscurecido de la guerra actual.

LA INDAMISIBLE INVASIÓN

Durante mucho tiempo Putin intentó frenar la potencial agresión estadounidense con iniciativas de negociación. Propuso establecer un status de neutralidad para Ucrania, semejante al que mantuvieron Finlandia y Austria durante la guerra fría. También convocó a reanudar el tratado que regula la desactivación de los dispositivos atómicos.

Esas prevenciones defensivas obedecen a la terrible secuencia de invasiones extranjeras que padeció Rusia. Sólo durante la invasión nazi murieron 27 millones de personas y dos tercios de esas víctimas fueron civiles. Por ese antecedente, Europa del Este fue siempre tratada por el Kremlin como una zona de amortiguación de eventuales incursiones externas. La conversión de Ucrania en una catapulta de la OTAN ha sido en los últimos años la principal preocupación del gobierno ruso.

Pero la continuada agresividad de Estados Unidos no justifica la invasión dispuesta por Putin. Washington no instaló misiles, ni adoptó nuevas medidas para sumar a su vasallo a la alianza atlántica. Tampoco irrumpió otro peligro que justificara un golpe ofensivo para garantizar la seguridad del país. Las milicias derechistas no protagonizaron atropellos distintos a los perpetrados en los últimos ocho años.

Rusia debe garantizar la integridad de su territorio, pero no tiene derecho a invocar ese principio para invadir otro país, rodear sus ciudades y provocar un caos humanitario. Una acción de semejante porte debe estar justificada en razones que Putin nunca expuso. Jamás señaló motivos suficientes para lanzar a su ejército a la captura de Ucrania. No alcanzan las generalidades o las tensiones de larga data para legitimar una acción de esa envergadura.

Putin denunció las manifiestas inconductas del gobierno de Zelensky, pero su propia gestión es objeto de acusaciones muy parecidas. En cualquiera de los dos casos correspondería a cada pueblo decidir quién lo debe gobernar. El presidente ruso no tiene atributos para reemplazar esa opción por una ocupación externa.

Estos principios básicos han sido totalmente ignorados por el Kremlin. Sus voceros no brindan explicaciones, ni responden a las condenas que sucedieron a la invasión. Esa actitud confirma la total despreocupación de Putin por la opinión de los ucranianos y otros pueblos. Ese desinterés es tan

descarado, que ha eludido la habitual (y cínica) presentación de las invasiones como acciones liberadoras del país ocupado.

Putin no sólo ignoró la gran expectativa en el logro de una solución pacífica. Retomó el viejo modelo opresivo del zarismo, que niega a Ucrania el derecho a desenvolverse como nación. Reclama la pertenencia de ese territorio, sin tomar en cuenta la opinión de sus habitantes.

Por incontables razones la invasión tiene consecuencias negativas para las luchas y esperanzas emancipadoras de todos los pueblos. Nuestra crítica a esa incursión subraya la responsabilidad principal de Estados Unidos y comparte un enfoque muy generalizado en la izquierda (Arcary, 2022, Ellner, 2022, Polo 2022).

EL SENTIDO DE LA PAZ INMEDIATA

La mayoría de los críticos de la OTAN y la invasión de Putin convocan a poner fin del conflicto. Postulan que las negociaciones ofrecen la opción más progresista para frenar la matanza en curso (Transform, 2022, Santos, 2022, Chomsky, 2022, Melanchon 2022).

Pero otras opiniones del mismo espectro observan con reservas esta propuesta. Destacan que las tratativas entre gobiernos beligerantes nunca han llegado a buen puerto y recuerdan que las cancillerías no lograron impedir la guerra mediante las conversaciones de Minsk. Señalan, además, que esas concertaciones en las cumbres se consuman en detrimento de los pueblos (Maiello, 2022)

Pero en la última centuria se verificaron incontables tratativas de conflictos que desembocaron en resultados diversos. Hubo triunfos, derrotas y empates muy distantes de una regla general para confrontaciones que dirimen relaciones de fuerza.

Las negociaciones no están inexorablemente destinadas a concluir en una frustración popular. Si la agresión de Washington y la respuesta de Moscú en Ucrania son vistas como acontecimientos negativos es lógico propiciar el fin inmediato del conflicto.

Este curso es también objetado desde una perspectiva socialista más ambiciosa. Se desecha el reinicio de las negociaciones, para retomar la tradición comunista inaugurada por la reunión de Zimmerwald ante el estallido de la Primera Guerra Mundial. En ese evento la izquierda alzó su voz contra todos los bandos y comenzó a constituir un polo alternativo. Ahora se propone recrear ese rumbo para transitar por el mismo sendero de la revolución socialista (Chingo, 2022)

Pero la distancia que separa el escenario de 1914-17 del contexto actual es monumental. En esa época la posibilidad, proximidad y expectativa en una victoria socialista era un dato presente en las enormes formaciones políticas de la clase trabajadora.

La ausencia de ese marco, torna completamente inviable la transformación de la guerra de Ucrania en un eslabón del camino hacia el poder de los soviets. No existen actualmente las condiciones para desarrollar la estrategia del derrotismo (y de la confraternización de tropas) que impulsó Lenin, para preparar el triunfo de la revolución rusa.

Pero ese rumbo podría ser pavimentado mediante una tregua bélica que contenga la matanza de Ucrania. Ese desahogo aportaría el escenario más favorable para reconstruir una perspectiva socialista. La convocatoria leninista a transformar una guerra regresiva en una batalla contra los opresores, no puede implementarse en los mismos términos de la centuria precedente. Pero es factible retomar la movilización contra el belicismo de los gobiernos más involucrados en la actual sangría.

Por esa razón son importantes las protestas en Rusia contra la incursión de Putin. Esas marchas cuentan con el respaldo de un gran sector de la izquierda. Exigen el inmediato retorno de las tropas y el fin de un operativo que distrae la atención pública con agresiones externas (VVAA, 2022)

También en Estados Unidos y Europa se han registrado manifestaciones, pero con una tónica de meras críticas a la invasión rusa. Las demandas contra el gasto bélico y el rol de la OTAN son aún minoritarias, pero comienzan a ganar influencia. Esas peticiones fueron promovidas por la izquierda en grandes marchas de Berlín y en una asamblea de Madrid, que rechazó a la OTAN y a Putin (Klasse, 2022). Generalizar esas exigencias es la gran tarea del momento.

COMPLEJIDADES DE LA SOBERANÍA

También el ansiado logro de la autodeterminación nacional requiere el fin de la guerra. Es evidente que ese objetivo será un enunciado vacío, mientras fuerzas militares (explícitas o encubiertas) de la OTAN y Rusia permanezcan en el país.

Ucrania arrastra una larga historia de frustraciones nacionales. Desde el comienzo del siglo XX fue segmentada por las disputas imperiales entre la corte austrohúngara, el militarismo alemán y el zarismo ruso, con la activa intervención de Polonia. Al calor de revolución socialista emergió la primera configuración nacional, a través en una representación parlamentaria (Rada) que protagonizó numerosas tensiones con los soviets locales.

Del armisticio concertado entre los bolcheviques y ejército germano (Brest-Litvosk) emergió una división del país, que fue posteriormente revertida por la unificación que sucedió a la derrota del nazismo. Ucrania sufrió la pesadilla de la colectivización forzosa durante el stalinismo, pero se mantuvo como una república integrada a la URSS, hasta que el colapso de ese régimen precipitó la separación actual.

La soberanía real del país persiste como una asignatura pendiente, que requiere duras batallas políticas contra los demagogos y los hostigadores de esa causa nacional. El primer grupo está encabezado por los derechistas de Kiev, que han construido su identidad en oposición a Rusia, enarbolando todos los estandartes del nacionalismo reaccionario. El segundo sector está encarnado por Putin, que desconoce los derechos de Ucrania. Al igual que los zares, considera que ese territorio forma parte de Rusia desde tiempos inmemoriales.

Frente a estas dos posturas regresivas existe otra tradición que propicia la reconstrucción de la convivencia multiétnica. Esa mirada recuerda que durante mucho tiempo las tensiones interiores estuvieron contrapesadas por relaciones de hermandad. La convivencia prevaleció durante largos períodos en la URSS, bajo el influjo integrador de los sectores que exhib**ían** una identidad simultánea ruso-ucraniana (Ishchenko, 2022).

El chauvinismo de Kiev y la guerra actual tienden a sepultar esa coexistencia multicultural y han creado un escenario de odio, que empuja al país a la misma desintegración que sufrió Yugoslavia. Sólo las negociaciones y la pacificación podrían recomponer la convivencia para apuntalar formas federativas de gobierno.

Este curso implica manejar con cautela la bandera de la autodeterminación nacional, que varias corrientes de izquierda ponderan como la gran consigna del momento. El carácter engañoso de ese estandarte salta a la vista. Si la independencia formal de Ucrania queda ratificada por una fulminante derrota militar de Putin, ese status encubrirá el sometimiento del país al Pentágono, la Unión Europa y el FMI.

La enorme deuda externa de Kiev sería utilizada para afianzar ese vasallaje, mediante la conversión del pasivo en propiedades de los acreedores externos. Los valiosos recursos naturales del país están en la mira de varias firmas multinacionales. También cabe la posibilidad que el mismo encadenamiento se consume a través de condonaciones maquilladas de la deuda (como ocurrió en Irak). Un modelo independencia custodiada por la OTAN forzaría además al Donbass y a Crimea, a someterse a mandatos occidentales rechazados por el grueso de la población.

La autodeterminación es igualmente un tema polémico entre los marxistas por la centralidad que Lenin asignó a esa demanda. Algunos autores

retoman ese antecedente para destacar la continuada validez de esa petición (Sáenz, 2022).

Pero los bolcheviques adoptaron ese planteo en Ucrania con muchas reservas, al calor de una guerra civil (entre rojos y blancos) y una batalla política (entre los soviets y la Rada). Las soberanías nacionales pregonadas inicialmente por Lenin -para ampliar el frente de lucha contra el zarismo- asumieron otra función luego del triunfo bolchevique. Fueron adoptadas como un principio de construcción de la URSS, en torno a territorios autónomos integrados a una misma entidad estatal.

El proyecto comunista anhelaba la paulatina transformación de esa federación en un enjambre de naciones fusionadas o pertenecientes a la misma colectividad socialista. Con esa perspectiva Ucrania quedó integrada a la URSS como una república, pero sin atributos para separarse y asumir otra condición de país capitalista independiente. Lenin siempre concibió la autodeterminación nacional como un eslabón en la construcción del socialismo y nunca le otorgó a esa demanda un valor superior a la batalla contra el capitalismo. Estas prevenciones son particularmente valederas en el escenario actual.

Los debates sobre la soberanía de Ucrania son útiles para clarificar posturas en el compartido campo de opositores al cerco de la OTAN y la respuesta de Putin. Las discusiones con otras dos visiones en la izquierda presentan en cambio otro alcance.

EXCULPAR A LA OTAN

Algunos enfoques observan a Rusia como la principal causante de la guerra y estiman que su derrota disuadirá otras aventuras bélicas en el mundo. Advierten que la victoria de Moscú conducirá al envalentonamiento de Washington y a la consiguiente generalización de conflictos de todo tipo (Achcar, 2022a).

Pero con mayor realismo correspondería avizorar un desemboque inverso. Un éxito militar de Ucrania -con armas, asesores y mercenarios de Occidente- reforzaría la expansión de la OTAN con mayores sangrías en todo el planeta.

Los desaciertos de pronósticos son igualmente secundarios frente a su corolario en miradas condescendientes con la OTAN. Ese organismo es observado como una alianza aceptada por las poblaciones lindantes con Rusia, omitiendo que esas simpatías son fabricadas y transmitidas por los justificadores de la militarización.

Algunos autores consideran que la denuncia de la OTAN ya fue sobradamente expuesta en el pasado y no es pertinente en la actualidad (Achcar, 2022b). La ausencia de soldados o aviones de esa alianza ilustraría su irrelevancia en Ucrania (Alba Rico, 2021).

Pero esa edulcorada visión olvida que todo el conflicto surgió por la auspiciada inclusión de Kiev en la estructura que digita el Pentágono. Estados Unidos y sus socios arman, adiestran y guían al ejército ucraniano y sólo evitan el envío de tropas para digerir los fracasos sufridos en otras latitudes.

Para exculpar a la OTAN se describe también la confrontación actual, como un segundo episodio de la guerra fría iniciada por Estados Unidos en Irak (Achcar, 2022b). Washington habría consumado esa operación con la mira puesta en Moscú y su rival habría respondido veinte años después con la misma receta.

Pero esa equiparación carece de asidero. Rusia no cumplió ningún papel en el asalto del Pentágono a Bagdad. Padecía la devastación perpetrada por Yeltsin y el Departamento de Estado no incluía aún a Putin en su lista de grandes enemigos. Por el contrario, la guerra actual se originó en el intento estadounidense de convertir a Kiev en una catapulta contra Rusia.

El paralelo entre Irak y Ucrania es totalmente forzado. Presupone que dos potencias dominantes libran la misma guerra de saqueo en su periferia. El petrolero ambicionado por Estados Unidos tendría su correlato en el mineral de hierro y los cereales anhelados por Rusia.

Esa analogía es desacertada y equipara escenarios distintos. El ataque a Irak buscaba imponer el control norteamericano directo sobre todo el Gran Oriente Medio, para reconstruir la primacía de la primera potencia. La reciente incursión rusa sólo intenta contener el cerco de la OTAN. A lo sumo incuba un embrionario anhelo expansivo de Moscú en el espacio pos-soviético. Hay un abismo de objetivos y poder entre ambos contendientes.

La descalificación de las críticas a la OTAN como una rutinaria reacción de la "vieja izquierda" (Alba Rico, 2021) sintoniza con la prédica de los grandes medios de comunicación y con todos los prejuicios del liberalismo. La izquierda se forjó en la disputa contra el imperialismo y se extinguirá si se mimetiza con sus enemigos.

¿ARMAS PARA LAS TROPAS DE UCRANIA?

La consecuencia más grave del enceguecido posicionamiento anti ruso es el llamado a proveer de mayores armas al ejército ucraniano (Achcar,

2022a). Con enfáticas exaltaciones de Kiev se propicia exactamente lo mismo que hace la OTAN.

Algunos autores, incluso critican a las corrientes que vacilan en sumarse a ese campo militar. Subrayan que en una guerra no hay lugar para la tibieza y corresponde disparar contra un bando u otro, utilizando los suministros de cualquier proveedor. Con ese argumento dan la bienvenida a los pertrechos enviados por el Pentágono (Petit, 2022). Otros autores suben la apuesta y exigen la entrega de armamento más pesado (Bious, (2022).

Como ese sostenimiento cuesta dinero, no tendría sentido reclamar pertrechos negando su financiación. El apoyo material a la "resistencia ucraniana" necesariamente converge con el incremento del gasto militar, que por ejemplo votó el parlamento alemán.

Esa dramática decisión remueve restricciones imperantes desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y su aceptación contradeciría la principal bandera que ha enarbolado la izquierda desde mitad del siglo XX. Los entusiastas de la confrontación con Rusia deberán arriar ese estandarte si continúan apuntalando la intensificación de la guerra.

Frente a la dramática perspectiva de un mayor desangre, algunos proponen circunscribir el armamento a pertrechos básicos y rechazan el establecimiento de una zona de exclusión aérea (Achcar, 2022a). Pero también aquí coinciden con las prevenciones de Biden, Macron y Johnson para evitar un choque frontal con Rusia. Lo importante no es la diferencia establecida entre pistolas, tanques y aviones, sino la ubicación en el mismo campo bélico. La propia dinámica de los conflictos suele definir en los hechos que tipo de material bélico se utiliza.

Ese poder de fuego es también secundario en comparación a los receptores del suministro. El ejército de Ucrania actúa junto a numerosas milicias fascistas y sin ningún acompañamiento conocido de legiones socialistas o progresistas. Esa adscripción no es un dato menor, puesto que las ponderadas armas serán empuñadas por acérrimos enemigos de la izquierda.

Esta chocante realidad es vista por los promotores del armamento como una adversidad pasajera, que no modifica la justeza del reclamo. Frente a la prioritaria batalla contra Rusia, no sería muy relevante el perfil de los combatientes. Pero ese soslayado protagonismo de los derechistas es la característica central del campo reaccionario, que se forjó en Ucrania a partir de la revuelta del Maidán.

En lugar de propiciar el armamento de esos grupos, la izquierda debería denunciarlos por un simple instinto de supervivencia. En el alabado bando de Kiev ya están proscriptas las fuerzas socialistas y rige un proceso de "descomunización", para sepultar cualquier vestigio de ideales poscapitalistas.

Las elogiadas armas serán también empuñadas por los paramilitares que se reclutan en el mundo para "luchar contra Rusia". Una legión de 20.000 combatientes ya se organiza en 52 países, con emblemas muy familiares a la tradición anticomunista de la derecha.

Para justificar la extraña convergencia con esas formaciones, algunos establecen comparaciones con los viejos llamados a entregar armas soviéticas y chinas a la resistencia vietnamita (Achcar, 2022b). Esa analogía es disparatada desde el momento que los comunistas del Vietcong eran la antítesis de las milicias de Ucrania. No es cierto, que la dirección política de un movimiento de resistencia carece de importancia.

Recientemente los talibanes expulsaron al imperialismo estadounidense de Afganistán. Sin embargo, ningún izquierdista en Europa convocó a la misma provisión de armas que ahora se propicia para Ucrania. El carácter escandalosamente reaccionario de los grupos fundamentalistas inhibió ese llamado. Pero como la denominada opinión pública del Viejo Continente aprueba la rusofobia de Kiev (pero no el antiamericanismo de Kabul) resulta aceptable acompañar al primer bando y no al segundo.

Ese acomodamiento se extiende al paralelo entre Ucrania (contra Rusia) e Irak (contra Estados Unidos). Ninguno de los autores que ahora auspicia el armamento occidental de Zelesky convocó al mismo suministro para Sadam Hussein. La inclusión de propuestas militares sólo aparece cuando el clima político imperante lo autoriza. Otro ejemplo de ese amoldamiento fue el aval a la zona de exclusión aérea en Libia, que precedió al derrocamiento de Gadafi.

El alineamiento bélico prooccidental de sectores de la izquierda también incluye la promoción de severas sanciones contra Rusia (Bious, 2022) y rupturas de las relaciones diplomáticas (Izquierda Socialista, 2022). Cómo el imperialismo norteamericano es exento de toda culpa, las demandas de penalización se circunscriben a Moscú. De esa forma el blanqueo de Washington queda convalidado.

En lugar de convocar a detener el desangre que padece Ucrania, se alienta la victoria militar de un gobierno derechista sostenido por la OTAN. La miopía política conduce a esa derivación belicista.

VAGAS Y EXPLÍCITAS APROBACIONES

Existe otro enfoque en la izquierda diametralmente opuesto al anterior. Esa visión cuestiona a la OTAN y justifica la incursión de Rusia. Describe el acoso norteamericano y considera que Moscú se vio obligado a ocupar un territorio vecino, para preservar la seguridad del país (Zamora, 2022).

Muchos exponentes de esta postura retratan la agresión del Pentágono sin evaluar la reacción de Putin. Para soslayar esa caracterización suelen omitir la propia mención del operativo que ha implementado el Kremlin. Opinan sobre una guerra sin mencionar a sus participantes.

Esta postura contiene dos méritos ausentes en el planteo contrapuesto. Ubica la responsabilidad principal del conflicto en el imperialismo norteamericano y propone la inmediata reanudación de las negociaciones. Pero estos dos aciertos no corrigen la extraña evaluación del conflicto sin ningún registro de lo hecho por Putin.

Las miradas que avalan más explícitamente el operativo ruso estiman que constituye una ocupación, pero no una invasión. La diferencia estaría dada por el carácter defensivo de una incursión destinada a contrarrestar los misiles de la OTAN. Este abordaje es mayoritariamente expuesto por quienes establecen analogías con la Segunda Guerra Mundial. Consideran que en Ucrania se desenvuelve la misma batalla que libró el ejército soviético contra el nazismo (Zyuganov, 2022).

Pero la existencia de grupos fascistas, no transforma la guerra actual en una copia de la conflagración mundial que desgarró al siglo XX. Rusia no enfrenta una amenaza directa a su supervivencia como la creada por la embestida de Hitler. Es muy importante precisar esa diferencia, puesto que el legítimo alcance de una respuesta defensiva siempre está correlacionado con la magnitud del peligro afrontado.

Rusia tiene derecho a defender su territorio, pero no puede hacerlo de cualquier manera, ni con acciones de cualquier envergadura. En el ámbito militar rigen ciertas pautas de proporcionalidad, que tornan inadmisible exterminar a un adversario por violaciones menores a una tregua entre las partes. Putin debió continuar con la negociación de Minsk, puesto que no se registró ningún cambio cualitativo que justificara su incursión. El peligro que sufrían los pobladores ruso-parlantes del Donabass podía ser contrarrestado con una limitada intervención a ese territorio

Pero el jefe del Kremlin actuó como un jerarca desinteresado en la reacción de los pueblos. Dispuso una expeditiva invasión, confirmando que desprecia la opinión de los habitantes de Ucrania, que en el Oeste rechazan en forma unánime su operativo. El ataque sólo ha suscitado pánico y odio contra el ocupante. Es cierto que en el Este la incursión tiene aceptación, pero conviene recordar que en los últimos ocho años Putin regimentó esa jurisdicción para desarticular los movimientos radicales. Su operativo es inaceptable y ha sido rechazado en la izquierda por sectores que incluyen a varios Partidos Comunistas del mundo.

OMISIÓN DEL SUJETO POPULAR

Las miradas aprobatorias de la invasión destacan acertadamente que Rusia no pretende la anexión de Ucrania. Sólo busca crear un contrapeso al belicismo de la OTAN, para apuntalar el equilibrio geopolítico que augura la multipolaridad (Zamora, 2022).

Pero ese razonamiento excluye a las mayorías populares y a sus organizaciones. Registra únicamente las apuestas de las grandes potencias, que dirimen fuerzas en pugnas económicas, disputas de recursos y choques militares. Desde esa óptica Ucrania es vista como ficha del tablero que zanjará predominios, entre los grandes jugadores de Occidente y Oriente.

Este enfoque habitual de los ministros y los cancilleres ni siquiera registra la existencia del movimiento popular. Las masas son observadas como un simple instrumento de los mandatos emitidos por las minorías que manejan el poder. Si la izquierda reproduce este abordaje, quedará disuelta entre las distintas variantes del establishment. Esa trayectoria ya fue transitada por la socialdemocracia y por los ex comunistas convertidos en enriquecidos oligarcas.

Con esas miradas divorciadas de la vida popular, la invasión de Putin es ponderada como una jugada magistral. Se ignora el efecto del operativo sobre las luchas (y la conciencia) de los pueblos. Ese impacto es omitido, olvidando que la reacción de las mayorías debería ser la principal referencia en la izquierda para juzgar los acontecimientos políticos.

Esta caracterización es sustituida por evaluaciones de las tensiones que se desenvuelven en las cumbres entre Estados Unidos, Rusia y China. Con esa óptica se concluye en la invariable conveniencia de cualquier derrota del imperialismo norteamericano. Pero aquí se desconoce el reducido alcance que tendría para un proyecto avanzado, un triunfo que convalida la ocupación extranjera de Ucrania. La división de pueblos, la recreación del nacionalismo y el aislamiento de la izquierda debilitarían en ese caso todos los intentos de transformación progresista.

Las visiones exclusivamente centradas en las disputas por arriba desconocen por completo las nefastas consecuencias del operativo Putin para el proyecto socialista. Esa meta central de la izquierda es habitualmente soslayada, en los razonamientos que contraponen las ventajas de la multipolaridad capitalista con los pesares de la unipolaridad capitalista. Con ese criterio se realza la incursión rusa como un paso hacia el primer escenario, olvidando que la izquierda anhela construir una sociedad sin explotadores, ni explotados.

No cabe duda que el avance hacia esa meta exige doblegar al imperialismo. Pero ese logro debe empalmar con el fortalecimiento de las luchas sociales y las aspiraciones nacionales de los pueblos oprimidos. Sólo esa

mixtura permitiría apuntalar un horizonte de emancipación. La denuncia de la OTAN sin ninguna crítica a la invasión de Putin obstruye esa batalla.

Quienes suponen que la invasión a Ucrania podría reiniciar por sí misma una transición socialista olvidan que Rusia ya no es la Unión Soviética. Es un país amoldado al capitalismo y gobernado por un mandatario anticomunista, explícitamente opuesto a cualquier vestigio del legado socialista. Lejos de converger con la izquierda, Putin proscribe y hostiliza a esas fuerzas dentro de Rusia y en el Donbass. La reconstrucción del proyecto socialista transita por otro camino.

EL TIPO DE GUERRA EN CURSO

El trasfondo de los debates en la izquierda es el complejo carácter de la confrontación militar en curso. Como todas las conflagraciones, el conflicto de Ucrania entraña terribles sufrimientos para la población. La izquierda siempre ha denunciado esas tragedias, pero superando la mera condena moral de los desangres. Los enfrentamientos armados no pueden erradicarse por un simple mandato ético, en un sistema mundial asentado en la competencia, el lucro y la explotación. La turbulenta y opresiva dinámica del capitalismo recrea los choques militares que la humanidad arrastra desde hace varios milenios.

Una pacificación perdurable sólo emergerá junto a otro tipo de sistema global regido por principios de igualdad y justicia. En la batalla por ese futuro socialista, cada guerra presenta un contenido específico que aproxima o aleja a la sociedad de esa meta.

Desde el siglo pasado se registraron varias gestas armadas de liberación (descolonización, China, Vietnam, Cuba). Pero también proliferaron choques de signo opuesto, al servicio de las potencias imperialistas (Primera Guerra Mundial) o las elites locales (África en las últimas décadas).

Entre esas dos variantes polares hubo confrontaciones que combinaron aspectos de ambos procesos. La Segunda Guerra Mundial fue un ejemplo de esa mixtura. Incluyó conflictos interimperialistas (entre el Eje y Occidente por el botín) y componentes democráticos (contra la barbarie fascista) y pro-socialistas (defensa de la URSS).

También la Unión Soviética estuvo involucrada en esa compleja variedad de enfrentamientos. Protagonizó incursiones contra conspiraciones imperialistas (Afganistán), ocupaciones para acallar revueltas democráticas (Checoslovaquia) y tensiones con los socios del mismo campo (Yugoslavia, China, Camboya).

Hay que tomar en cuenta esos antecedentes para adoptar una postura frente al caso de Ucrania. Es una ingenuidad suponer que ese posicionamiento se reduce a una simplificada opción a favor de Putin o Zelensky.

Ciertamente el conflicto incluye a las grandes potencias, pero no desata una conflagración general. Se desenvuelve hasta ahora como un conflicto localmente acotado y no como el debut de la Tercera Guerra Mundial. Un choque de mayor escala es siempre posible pero todavía no se vislumbra. Conviene recordar que durante siete décadas Estados Unidos y la URSS reiteradamente afrontaron la posibilidad de una guerra que nunca se concretó.

Es importante distinguir las guerras periódicas y corrientes de las inusuales confrontaciones generales. Hasta ahora Kiev no repite la invasión de Hitler a Polonia. Esta precisión indica que no existe un enemigo a derrotar con la prioridad y la urgencia que imponía el nazismo a mitad del siglo pasado.

Las bandas fascistas operan en Ucrania, pero no son comparables a sus antecesores germanos y no representan la amenaza mundial del hitlerismo. Presentar la guerra actual como contraofensiva antifascista de Rusia en el Donbass es un error, asentado en analogías forzadas con el pasado. Embellecen la incursión de Putin apelando a la sensibilidad que rodea la memoria del nazismo.

Pero en Ucrania tampoco se libra una guerra de liberación contra opresores extranjeros. La invasión rusa es injustificable, pero no se asemeja a las operaciones imperiales de Estados Unidos, Francia o Inglaterra en la periferia. Rusia ocupa un lugar muy distinto en la estructura mundial de dominación que las primeras potencias. Por esa razón la incursión de Putin no es equivalente al ataque perpetró Bush en Irak o Thatcher en Malvinas.

La guerra actual no se amolda al expeditivo esquema de un imperio agresor contra un pueblo sojuzgado. Ucrania no es Palestina y Rusia está muy lejos de Israel. La guerra estalló porque Estados Unidos acosa a Rusia a través del gobierno derechista de Kiev y Putin respondió con una enceguecida invasión. El pueblo ucraniano es la principal víctima de esa regresiva confrontación.

Ese carácter adverso del choque militar para las causas populares se verifica en las desventuras que entrañarían los dos desenlaces contrapuestos. Un triunfo de la OTAN fortalecería al imperialismo dominante y una victoria de Putin dejaría una dramática herida en el vecino pueblo de Ucrania. Una tregua seguida con el reinicio de las tratativas es el mejor sendero para evitar esos infortunios y construir un proyecto popular contra el belicismo imperialista.

12-4-2022

CAPITULO 22

DESACIERTOS SOBRE EL IMPERIALISMO CONTEMPORÁNEO

El escritor y militante marxista Michael Pröbsting ha expuesto una crítica a nuestro enfoque del sistema imperial. Ese planteo reúne los cuestionamientos **más corrientes de la visión clásica a las miradas** renovadas de esa estructura (Pröbsting, 2022a).

El imperialismo constituye a nuestro entender un dispositivo que garantiza el orden internacional de explotación. Asegura la captura de recursos de los países dependientes por parte de los capitalistas del centro, a través del uso de la fuerza o la coerción indirecta. Pröbsting entiende de manera semejante, que un estado imperialista usufructúa de su posición dominante, para nutrir de ganancias a las clases opresoras a costa de otros estados y naciones.

HTTPS://JACOBINLAT.COM/2022/04/13/UCRANIA-DIAGNOSTICOS-Y-CONTROVERSIAS

Pero la caracterización histórica de ese mecanismo no es coincidente. En nuestra opinión, el imperialismo ha estado presente desde los inicios del capitalismo y ha mutado junto a ese régimen social. Ha sido cualitativamente diferente a los imperios precapitalistas y sus conocidas modalidades de principios del siglo XX fueron sucedidas por una coordinación más colectiva, bajo el comando estadounidense.

Pröbsting postula, en cambio, la vigencia de una mega etapa imperial relativamente indistinta a lo largo de la última centuria. Los cambios registrados durante ese prolongado período, no modificaron a su juicio ningún rasgo esencial de ese dispositivo.

Nuestro enfoque subraya la presencia de un sistema imperial que preserva el rol dominante de Estados Unidos, en estrecha conexión con socios alterimperiales de Europa y apéndices coimperiales de otros hemisferios. Washington continúa encabezando el tejido de alianzas forjadas para lidiar con el denominado campo socialista.

Por el contrario, Pröbsting considera que distintas potencias imperiales vuelven a dirimir primacía, a través de conflictos semejantes a los observados durante la Primera Guerra Mundial. Estima que el declive hegemónico de Estados Unidos acrecienta la competencia por el botín de la periferia (Pröbsting, 2021a).

El retroceso norteamericano es también remarcado por nuestro enfoque. Pero subrayamos la manifiesta preponderancia de los conflictos que oponen al sistema imperial, con las potencias excluidas de ese entramado. La OTAN acecha a Rusia, que desarrolla políticas de dominación en su entorno, con un perfil de imperio no hegemónico en gestación. La Alianza Atlántica también hostiliza a China, que expande su economía con cautelosas estrategias externas, sin repetir los patrones de una potencia imperialista.

Pröbsting observa un escenario diferente y dominado por choques muy variados, que involucran a todas las potencias (Estados Unidos, China, Unión Europea, Rusia y Japón) (Pröbsting, 2022b). Estima que Rusia y China ya despliegan su poder imperial en forma acabada (Pröbsting, 2019a).

Por otra parte, nuestra visión resalta la existencia de un circuito adicional de confrontaciones entre jugadores de menor gravitación. Distinguimos a las semiperiferias económicas de los subimperios geopolíticos, que disputan preeminencia regional a través de acciones autónomas o enlazadas con la OTAN. Pröbsting desconoce este grupo y preserva la clasificaci**ón tradicional que opone a los** imperialismos con las semicolonias. Observa mutaciones muy relevantes, pero exclusivamente referidas a estas dos instancias (Pröbsting, 2019b).

La dinámica del sistema imperial genera en nuestra opinión tendencias agresivas comandadas por la jefatura estadounidense, frente a países

hostilizados que responden con estrategias defensivas. Pröbsting rechaza esa distinción y entiende que todas las potencias se hostigan mediante acosos indistintos.

Estas caracterizaciones divergentes tienen múltiples consecuencias políticas. Una evaluación de los argumentos en juego clarifica problemas del período en curso.

ENIGMAS SIN RESPUESTAS

Pröbsting considera que nuestra concepción del imperialismo contemporáneo es defectuosa porque gira en torno a "un sólo núcleo" (Estados Unidos y sus subordinados) y desconoce la presencia de muchos estados que oprimen a otras naciones (Pröbsting, 2022a). Sugiere que hay "varios núcleos" equiparables, en las tensiones que rodean a una generalizada rivalidad.

Pero enuncia este postulado soslayando corroboraciones. Resalta la preeminencia de múltiples conflictos, sin ilustrar ningún choque de alcance militar entre Estados Unidos, Europa o Japón. Todas las confrontaciones que señala involucran a esos aliados en la pulseada con Rusia o China.

En ningún momento indaga la singularidad de ese tablero. Tan sólo afirma que nuestro enfoque "subestima las contradicciones del capitalismo", que a su entender continúa sujeto a una competencia habitual entre potencias. Pero olvida que esa rivalidad ha mutado tanto como sus corolarios bélicos. La disputa por los negocios no ha desembocado en invariables enfrentamientos militares a lo largo del tiempo.

Pröbsting elude evaluar esta modificación, pero presenta una cronología que desmiente su propio presupuesto de inmutabilidad. Recuerda que las frecuentes guerras del siglo XIX derivaron en dos grandes conflagraciones mundiales durante la centuria siguiente (Pröbsting, 2021a) y en un compromiso posterior para confrontar con la URSS y sus aliados (Pröbsting, 2022a).

El viejo patrón de choque interimperialista quedó por lo tanto alterado, desmintiendo la perdurabilidad que postula Pröbsting. Ese cambio introduce una llamativa excepción a su modelo, que no suscita reflexiones del crítico. Si las guerras interimperalistas son intrínsecas al capitalismo por la automática traducción de la rivalidad económica en confrontación militar: ¿Cómo pudo quedar congelado ese desemboque durante un período tan prolongado? Esa alteración ya indica la existencia de procesos subyacentes más gravitantes, que la pura secuencia de competencia transformada en guerra. El principio de Pröbsting no rige con la contundencia que supone su enunciador.

Nuestro objetor relativiza este incómodo inconveniente, señalando que las divergencias interimperialistas igualmente perduraron durante la posguerra. Cita por ejemplo la crisis de Suez -que opuso a Estados Unidos con Francia e Inglaterra- y el retiro de Francia de la OTAN, bajo la presidencia de De Gaulle (Pröbsting, 2022a).

Pero ninguna de estas acotadas discrepancias tuvo correlatos bélicos. Estados Unidos jamás consideró una respuesta militar a la insubordinación de sus socios. Las derivaciones armadas que tenían las tensiones entre potencias occidentales, desaparecieron por completo a partir de 1945.

Cuando en 1970-80 Estados Unidos perdió competitividad frente a Japón y Alemania, recurrió a la presión diplomática para restaurar sus privilegios, a través de fuertes exigencias comerciales y cambiarias. Washington no consideró aumentar su presencia bélica en las economías rivales y tampoco Tokio o Bonn evaluaron el rearme. El conflicto se zanjó sin erosiones en la OTAN y sin cambios en la estructura imperial coordinada.

Pröbsting desconoce este novedoso contexto que extinguió la guerra de todos contra todos. Tan sólo sugiere que las mutaciones registradas en Occidente obedecieron al peligro que entrañaba para el capitalismo, la existencia de procesos emparentados con el socialismo. Pero tampoco ahonda esa intuición, con algún análisis de la forma en que esa amenaza transformó los mecanismos de la estructura imperial.

EVASIÓN DE LOS PROBLEMAS

Pröbsting no explica los alineamientos actuales. Tan sólo subraya la potencial reaparición de conflagraciones entre potencias indistintas, sin especificar esa diversidad (Pröbsting, 2021a). Omite constatar, que los choques en curso continúan enmarcados en las mismas alianzas de la segunda mitad del siglo XX y en las viejas contraposiciones entre la OTAN y Rusia o China. Si ha reaparecido la disputa interimperialista de 1914-1918: ¿Por qué razón persiste la configuración geopolítica surgida en 1945?

La mera rivalidad económica debería alumbrar otro mapa. Estados Unidos afronta mayor competencia por parte de empresas alemanas o japonesas que de firmas rusas, pero el Pentágono sólo mantiene su mira puesta en Moscú o Beijing y no se preocupa por Berlín o Tokio.

Nuestro crítico soslaya ese enigma y se limita a recordar que el capitalismo está sujeto a reglas de desarrollo desigual, que generan disputas combinadas entre imperios con fortalezas dispares en el plano económico y militar. Observa diversidad de potencias con preeminencia en el primer campo (Japón o Alemania) o en el segundo ámbito (Rusia). Atribuye a ese

tipo de asincronías la conformación de los distintos bloques del pasado y del presente (Pröbsting, 2022a).

Pero esa genérica distinción no clarifica ningún dato del escenario actual. El entramado occidental incluye potencias de ambos tipos y la dupla euroasiática también afronta desniveles entre el poder económico y militar. El misterio que no resuelve Pröbsting es la continuada contraposición entre la Alianza Occidental unificada y los dos adversarios excluidos de ese entramado.

Nuestro objetor simplemente desconoce que ese marco obedece al reciclaje de la OTAN, como centro militar imperial bajo el comando norteamericano. Prefiere desconocer la incidencia de esa jerarquizada estructura, preservando la denominación indistinta de imperialismo para todos los integrantes ese dispositivo. Con ese término retrata de igual modo a la jefatura (Estados Unidos), a los socios (Inglaterra, Francia) y a los subordinados (Alemania, Japón) de la Alianza Atlántica.

Pero esa equiparación contradice la propia definición que propone Pröbsting del imperialismo. Las empresas alemanas o japonesas no consuman sus negocios en el exterior, por el lugar que ocupan sus Estados en la pirámide decisoria del poder mundial. Ningún ejército de esos países protege a las firmas germanas o niponas, que invierten en todos los rincones del planeta. Y lo mismo vale para Suiza, Holanda, Bélgica o Austria.

El uso indiscriminado del término imperialismo para toda esa variedad países desemboca en inconsistentes vaguedades. Si se explicita, en cambio, el lugar de cada jugador en el sistema imperial, puede notarse cómo el costoso engranaje de la protección norteamericana sostiene una estructura que garantiza el funcionamiento general del capitalismo.

SINGULARIDADES DE UN DECLIVE

Pröbsting atribuye la reaparición de las viejas confrontaciones interimperialistas al declive de la primacía estadounidense. Con gran despliegue de estadísticas resalta ese retroceso económico y el consiguiente status de una potencia aún fuerte pero ya no dominante (Pröbsting, 2022a). Su diagnóstico también contempla que el coloso del Norte recupera periódicamente posiciones, en sintonía con el desarrollo desigual.

Pero Pröbsting pierde de vista la coexistencia de esa declinación económica con el continuado liderazgo militar de Washington. Este divorcio es un dato minusvalorado por el crítico. Estados Unidos no ha perdido musculatura bélica en proporción a su regresión productiva y sus rivales de Occidente han

convalidado esa anomalía, en vez de aprovecharla. La OTAN continúa bajo el invariable reinado del Pentágono.

Esa singularidad obedece a la persistencia de un sistema imperial erosionado por el declive de su conductor. Esta crisis es potenciada por la reiterada incapacidad que exhibe Estados Unidos, para recuperar predominio económico con despliegue militar.

Pröbsting no registra, ni conceptualiza este desequilibrio específico que salió a flote en los años 90, cuando Estados Unidos no pudo proyectar su triunfo de la guerra fría a la órbita comercial o industrial. Clinton debía construir un orden económico neoliberal en torno a la OMC y falló con todo el viento a favor. Bush despistó ese proyecto y optó por una escalada de guerras, que hundieron al gigante del Norte en un pantano. Obama gestionó el mismo desconcierto con agresiones militares y fracasadas iniciativas de libre comercio. Trump ensayó un giro proteccionista sin resultados y Biden navega entre la indefinición keynesiana y la desorientación imperial.

Nuestro crítico tampoco nota que el retroceso estadounidense está potenciado por el fulminante ascenso de un adversario, que opera fuera del sistema imperial. Aquí radica la gran diferencia entre el choque actual con China y los conflictos precedentes con Japón o Alemania. Cuando la inconvertibilidad del dólar puso de relieve la magnitud de la crisis norteamericana, la primera potencia contuvo con cierta facilidad a dos competidores sometidos al control del Pentágono.

En los últimos años no puede repetir esa fórmula con un gigante asiático que opera fuera de su radio. Por esa razón, no logra contrarrestar el déficit comercial y el endeudamiento con Beijing, recurriendo a las cláusulas monetario-comerciales que impuso a Tokio o Bonn. Estados Unidos puede contrapesar sus desequilibrios forzando la militarización de Europa (frente a la guerra de Ucrania) y el rearme de sus socios del Pacífico (QUAD). Pero no dispone de ese recurso ante un adversario extra-OTAN.

Esta monumental diferencia es imperceptible para Pröbsting porque desconoce la centralidad ordenadora del sistema imperial. Nuestro crítico retrata la crisis estadounidense, sin establecer conexiones con la estructura afectada por ese deterioro.

INCOMPRENSIÓN DE NUEVOS CONCEPTOS

Pröbsting rechaza nuestra caracterización de Rusia como un imperio no hegemónico en gestación. Considera que esa noción describe una simple potencia secundaria, carente de especificidad e interés analítico (Pröbsting, 2022a). Pero desdeña el concepto antes de comprender su significado.

Esa calificación deriva, ante todo, de la exclusión de Rusia del sistema imperial. La potencia euroasiática no es un jugador económico menor (como Bélgica), ni un actor militar relevante (como Inglaterra) del dispositivo dominante. Desenvuelve un rol cualitativamente distinto por su choque con la estructura que lidera Estados Unidos.

El crítico pasa por alto esa distinción y arremete contra la propia existencia de algún imperio no hegemónico en gestación. Afirma que esa categoría arrastra un contrasentido, puesto que ninguna potencia jamás desafió a un líder mundial, sin actuar en ese reto como un imperio en regla. Recuerda que Austria-Hungría (antes de 1914) y Japón o Alemania (después de 1939) desenvolvían políticas acabadamente imperialistas, en sus disputas con Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos (Pröbsting, 2022a). Subraya que no transitaron nunca por una fase previa de gestación.

Pero Pröbsting se enreda en su propio razonamiento sin aproximarse al problema. Tanto el status de formación, como el lugar no hegemónico de Rusia obedecen a su conflictiva lejanía del sistema que administra Estados Unidos. Ninguno de estos dos conceptos vale para los integrantes de ese dispositivo, ni se aplica a situaciones previas. Carecen de validez para la clasificación de Japón, Austro-Hungría o Alemania en la entre guerra por la simple inexistencia en la primera mitad del siglo XX, del sistema imperial posteriormente forjado bajo el liderazgo estadounidense.

Como Pröbsting no registra la novedad de nuestra época, tampoco puede notar su ausencia en el pasado y la inconsistencia de cualquier comparación con ese estadio. Los imperialismos de la época clásica se forjaban con parámetros diferentes a la actualidad, por la misma razón que en la Antigüedad se expandían mediante conquistas territoriales (o esclavizaciones de la mano de obra), carentes de parangón contemporáneo.

La misma incomprensión se extiende a la evaluación de China. Para Pröbsting el status imperial de ese país salta a la vista y no requiere muchas explicaciones. Emergió con la consolidación del capitalismo en 1989, como natural corolario de la fortaleza económica de la nueva potencia (Pröbsting, 2012) . Pero despacha esa categórica afirmación, sin aportar indicios efectivos de ese rol. China es rápidamente ubicada en el casillero imperial, sin haber incurrido en ninguna intervención militar significativa fuera de sus fronteras.

Nuestro señalamiento de ese último dato -para excluir al país del club de los dominadores internacionales- es ignorado por el crítico. Le resulta tan inconcebible un estadio histórico intermedio en China, como inimaginable una formación imperial no acabada en Rusia. Su mirada sólo admite el blanco y el negro. Desconoce las numerosas variantes del gris, que han signado los procesos históricos transitorios de las estructuras imperiales y los regímenes sociales.

Pröbsting proclama que China no puede disputar liderazgo en la economía mundial, sin haber madurado previamente su status capitalista (Pröbsting, 2012). Pero también acepta que esa potencia protagoniza la mayor transformación económica del siglo XXI, en una era de capitalismo moribundo, decadente y parasitario (Pröbsting, 2019b). El crítico no registra cuán contradictorio es asignar tanta vitalidad al capitalismo chino, cuando al mismo tiempo se postula que ese sistema merodea las puertas del cementerio.

Nuestra respuesta a esta variedad de dilemas es la presencia de un curso inacabado de restauración capitalista. No cabe duda que ese régimen social está presente en China, junto a todos los rasgos de la competencia por ganancias surgidas de la explotación. Pero la clase dominante gestada por ese modelo no controla el poder estatal.

Esa situación es muy diferente al típico capitalismo de estado que Pröbsting observa en China, trazando analogías con el mismo tipo esquemas durante el siglo XX (Pröbsting, 2019a). Pero omite la crucial diferencia que introdujo la existencia del proceso socialista que antecedió la reconversión del país. Esa singularidad explica la inédita capacidad de regulación económica que ha preservado el Estado.

Ese atributo es tan secundario para Pröbsting, como toda la política económica que desenvuelve Beijing. Considera que esas orientaciones son muy semejantes a los cursos keynesianos de los gobiernos estadounidenses (Pröbsting, 2021a). Pero no se detiene a considerar que una expansión productiva tan gigantesca o una erradicación tan impactante de la pobreza -como se han verificado en China- no parecen factibles con el recetario habitual de la heterodoxia burguesa.

Su mirada impide entender los efectos de la omnipresencia del sector público en el 40 % del PBI y la rigurosa planificación (o control) de la inversión externa. Esos datos determinan la vigencia de un modelo económico internacional distanciado del patrón imperial estadounidense. Nuestro crítico simplemente desconsidera la manifiesta singularidad de ese esquema.

PROBLEMAS DE CLASIFICACIÓN

Pröbsting retoma la clasificación de las potencias imperialistas con criterios clásicos. Incluye en ese casillero a los países que reúnen los atributos observados por Lenin de preeminencia de los monopolios, el capital financiero, y la exportación de capital. Aporta numerosas estadísticas para corroborar esa pertenencia, en estricta correspondencia con los postulados tradicionales (Pröbsting, 2012).

Para el caso de Rusia, subraya la exitosa recolocación capitalista del país en un lugar internacional de privilegio (Pröbsting, 2022b). Ilustra cómo la economía rusa se expandió con inversiones en el extranjero, corporaciones globales y explotación de la periferia. Considera, además, que el protagonismo chino es mucho mayor en todos esos rubros (Pröbsting, 2022a).

Pröbsting polemiza con evaluaciones contrapuestas, que destacan la carencia rusa de un potente capital financiero o la escasa relevancia de empresas moscovitas en el ranking internacional. También cuestiona las visiones que observan una reducida incidencia de China en los bancos globales.

Pero esos contrapuntos apuntan a validar o refutar presupuestos concebidos en 1916, que tienen poca pertinencia en el contexto actual. Lenin no acuñaba conceptos de validez eterna. La aplicación de sus parámetros, un siglo después de su fallecimiento afronta incontables problemas. Salta a la vista que las finanzas poderosas, las inversiones en el extranjero y los grandes monopolios no son patrimonio exclusivo de las potencias imperiales.

El encasillamiento forzado al cumplimiento o negación de esos requisitos desemboca en embrollados laberintos. Pröbsting es parcialmente consciente de esas dificultades y recurre a parches auxiliatorios. Afirma, ante todo, que Lenin no concibió sus criterios en forma tan estricta (Pröbsting, 2019a). Sostiene que las exportaciones de capital de Estados Unidos, la incidencia de las finanzas japonesas y el alcance de los monopolios rusos no definían de por sí, el lugar imperial de esas potencias.

Ese tipo de excepciones ya fue investigado por los autores que destacaron la sesgada influencia del escenario alemán o británico en el texto de Lenin. Pero esas controversias historiográficas son secundarias, en comparación a la inconsistente utilización actual de los mismos ordenadores.

Para eludir estos obstáculos, Pröbsting amplía la variedad de los mecanismos económicos que definen el status de una economía imperialista. Incorpora la superexplotación a ese recetario, identificando su presencia con la existencia de una franja de inmigrantes con bajos salarios, en los países que comparten la crema del poder mundial. Destaca que Rusia alberga un porcentual de ese tipo de trabajadores muy semejante a Europa o Estados Unidos (Pröbsting, 2012). También observa una situación parecida en China por la dimensión de la población rural que emigra a las ciudades, para realizar tareas penosas (Pröbsting, 2019a).

Pröbsting no define exactamente el sentido que asigna a la superexplotación, pero acierta la conceptualización del término, si considera a los inmigrantes como un sector remunerado por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Pero esa evaluación no resuelve otro inconveniente: la total ausencia de especificidad imperial de ese postulado. El mismo segmento de trabajadores degradados está presente en muchas economías dependientes del

mundo. Hay migrantes fronterizos en países de África, Asia o América Latina que nadie ubicaría en la cúspide imperial.

Pröbsting asigna también otra acepción a la superexplotación, como un mecanismo de apropiación del valor generado en los países atrasados por parte de sus pares avanzados. Pero no se entiende cómo funcionaría esa captura. El pago por debajo del valor de la fuerza de trabajo se verifica en ámbitos nacionales y la sustracción foránea de esas porciones se consuma a través de dispositivos internacionales de transferencia de valor. En cualquier caso, correspondería investigar este tema indagando la dinámica de la ley del valor a escala internacional. No es un problema a dilucidar en los debates sobre el imperialismo contemporáneo.

Estas controversias se esclarecen, además, definiendo el lugar de cada economía en la división internacional del trabajo, mediante un registro de las fronteras que separan a los centros de las semiperiferia y las periferias. Esa diferenciación facilita la identificación de las economías que transfieren o receptan valor y también el reconocimiento de las situaciones intermedias, que combinan ambos procesos. Para ese estudio son muy pertinentes los criterios aportados por Wallerstein.

Pröbsting cierra todas las puertas a esa clarificación con su hostilidad al uso de esos conceptos. Es particularmente reacio a considerar la ubicación de la economía rusa en el segmento semiperiférico. Pero sugiere esa invalidez sin exponer objeciones relevantes. Tan sólo cuestiona las similitudes de nuestro enfoque del "sistema imperial" con el "sistema mundo" de Wallerstein, ignorando que ambas categorías sólo comparten alguna familiaridad terminológica. Nuestra mirada sobre el imperialismo es muy distinta a la postulada por un teórico estadounidense que introdujo conceptos muy provechosos (Katz, 2018: 143-166).

Frente a los obstáculos que afronta su actualización de la clasificación económica clásica, Pröbsting opta por introducir parámetros político-militares (Pröbsting, 2022b). Recuerda que Lenin no era "economicista" y asignaba un status imperial a países como Rusia, primordialmente gravitantes en el terreno bélico. Destaca la pertinencia de este abordaje para caracterizar situaciones actuales (Pröbsting, 2012).

Por ese camino se distancia de la mera aplicación de los parámetros económicos para definir al imperialismo. Esa flexibilidad le permite navegar por el molesto oleaje de situaciones que desmienten su encasillamiento previo. Pero el resultado final es un combo de confusiones. Sólo el reconocimiento de un sistema imperial dominante permite evitar ese mareo.

ESTRECHEZ DE CATEGORÍAS

Para preservar su fidelidad al postulado clásico, Pröbsting preserva los dos conceptos ordenadores de ese enfoque: imperialismo y semicolonia. Con ese restrictivo soporte evalúa todo el universo contemporáneo. Amolda a ese par, las significativas transformaciones que registraron algunos países, al compás del ascenso de Rusia y China al status imperial. Estima, por ejemplo, que Portugal perdió en la década del 70 sus últimos resabios de olvidado imperio, para devenir en una semicolonia secundaria. También analiza la mutación opuesta que protagonizó Corea del Sur (Pröbsting, 2019b).

Pröbsting entiende que ese último país fue un estado colonial, que se convirtió en semicolonia durante la guerra fronteriza y la ocupación estadounidense. Allí despuntó una rápida industrialización, que alumbró el poderoso capital monopolista de los *Chaebols* y el nuevo estado imperialista que comanda Seúl.

Nuestro crítico destaca que actualmente Corea ocupa el cuarto lugar en el ranking de las economías asiáticas y el doceavo puesto en el mundo. Se ubica en el séptimo escalón de las grandes empresas y en el trigésimo de la maratón de multimillonarios. Estima que ese extraordinario ascenso económico situó al país en la arena imperial (Pröbsting, 2019b).

Esa descripción retrata un salto en la jerarquía productiva internacional que aproxima ese territorio a las naciones desarrolladas. Si esa evaluación es correcta, Corea habría dejado atrás su vieja condición de economía atrasada, dependiente y subdesarrollada. Pero esa transformación no la ubica en el club de los imperios, puesto que esa pertenencia no se mide con barómetros de inversión, producto bruto o capitalización bursátil.

El impactante desarrollo de Corea coincide con su continuada subordinación a la tutoría estadounidense. Las bases que el Pentágono instaló hace cincuenta años permanecen en las mismas localidades, con misiles custodiados por 28.500 *marines*. La gravitación de Washington en la política interna del país es incluso superior a otros súbditos del Pacífico.

Todas decisiones estratégicas de Seúl atraviesan por el filtro de la Casa Blanca. La expectativa de repetir, por ejemplo, el modelo germano de reunificación está sujeto al veto norteamericano. El país cuenta, en los hechos, con un margen de soberanía política inferior a varias naciones de América Latina. En el *Patio Trasero* del Norte se verifican gestos de autonomía más significativos, que en el escenario caliente de la nueva guerra fría motorizada por Washington contra Beijing.

Ese sometimiento político no impide a Pröbsting situar a Corea en el campo de los imperios. Pero es un intrigante misterio cómo desenvuelve semejante papel, bajo la agobiante bota yanqui. Nuestro crítico tan sólo afirma que el condicionamiento impuesto por la presencia norteamericana, no desmienten

el nuevo status de Corea. Aquí salta a la vista cómo recae en los criterios "economicistas" objetados por Lenin.

Pröbsting olvida que el propio término de semicolonia -utilizado para evaluar la condición previa de Corea- no está prioritariamente centrado en el desenvolvimiento económico. Tipifica especialmente la carencia de soberanía, en un escalón apenas superior al encadenamiento colonial. La expansión de Samsung, Hyundai, KIA o LG no alteraron esa orfandad. En el manejo de sus decisiones políticas Seúl afronta las mismas limitaciones que en el pasado.

Nuestro crítico sustituye esa constatación exponiendo ejemplos de independencia económica. Enuncia varios episodios recientes de confrontación comercial de Corea con Japón (Pröbsting, (2019b)., sin registrar la escasa gravitación de esas disputas para una calificación imperialista. Ese tipo de encontronazos no altera el status de un país. El euro ha rivalizado por ejemplo con el dólar en incontables coyunturas, sin precipitar ningún roce imperial entre Europa y Estados Unidos.

El trasfondo del problema es la forzada utilización de nociones que perdieron sustento. Semicolonia e imperialismo eran dos categorías útiles para evaluar el escenario de principio del siglo XX, pero son insuficientes para caracterizar la realidad actual.

La forzada reducción de categorías geopolíticas a su equivalente económico impide conceptualizar el cambio registrado en Corea. Ese país no saltó simplemente de un estadio semicolonial a otro imperial. Modificó su inserción productiva, con un pasaje de la periferia a la semiperfieria (o eventualmente a una economía central). Pero ha preservado su condición subordinada al interior del sistema imperial.

Pröbsting desconoce esas mixturas porque rechaza todos los conceptos ausentes en el manual clásico. Esa estrechez lo induce a desechar también la noción de subimperialismo, como una "idea inútil y peligrosa" (Pröbsting, 2019b). Con esa cerrazón obstruye la exploración de una categoría muy esclarecedora de los posicionamientos combinados que adoptan países como Turquía. Esas potencias regionales despliegan márgenes de acción autónoma totalmente desconocidos por Corea.

Este tipo de situaciones es tan indescifrable para Pröbsting, como el sentido actual del esquema ultraimperial avizorado por Kautsky. Sostiene que nuestra visión repite los errores de ese cuestionado enfoque (Pröbsting, 2022a). sin notar la frontal contraposición de nuestro modelo con las miradas transnacionalistas, que heredan del pensador alemán el diagnostico de un capitalismo plenamente globalizado.

En esa versión moderna, el total entrelazamiento económico mundial atribuido a las empresas, es completado por una amalgama equivalente de

las clases dominantes y los estados de todo el planeta. Pröbsting desconoce nuestra crítica a esa visión (Katz, 2018: 205-219) y nos objeta un parentesco totalmente imaginario. Su dificultad para registrar esas diferencias proviene de la propia cerrazón de su esquema de rivalidades plurales e imperialismos equivalentes.

NEUTRALISMO Y EQUIPARACIONES

Al desconocer la existencia del sistema imperial, Pröbsting supone que todos los contendientes actúan en pie de igualdad. Por eso adopta una postura política neutralista, frente a los principales conflictos internacionales.

Objeta la gravitación que asignamos a la agresión militar en nuestra evaluación de las políticas imperialistas, afirmando que ese criterio coloca erróneamente a Alemania, Japón o los pequeños países de Europa Occidental fuera del dispositivo dominante (Pröbsting, 2022a).

Pero nuestro enfoque no excluye a esos actores. Los reubica en escalones subordinados de la estructura imperial. Son potencias con limitado poder de fuego, que acompañan al comando de la OTAN. Nuestra mirada no los exime de responsabilidades en la opresión global. Tan sólo describe el rol sustancialmente distinto que cumplen en la actualidad, en comparación a su propio pasado.

El registro de este cambio, también explica por qué razón la dinámica agresiva es intrínseca a la estructura que dirige el Pentágono. Ese militarismo norteamericano es inherente a una potencia que intenta compensar su declive económico con predominio bélico y carece de la flexibilidad requerida para ensayar otros senderos.

Como Pröbsting soslaya este diagnóstico, ubica a todos los actores en el mismo conglomerado, descalificando la diferencia que separa a un agresor de un agredido. Relativiza esta última singularidad, destacando la imposibilidad de diferenciar los ingredientes defensivos u ofensivos de las tropas rusas que actúan en Libia, Siria, Mali o Kazajstán (Pröbsting, 2022a). Pero desecha como irrelevante una distinción, habitualmente presentada como la principal justificación de las acciones militares.

Putin ordenó, por ejemplo, una intervención agresiva en Kazajstán para auxiliar a un socio amenazado por rebeliones populares, pero dispuso una incursión defensiva en Georgia, ante provocaciones teledirigidas por Washington. Esa misma dualidad se verificaba también en la URSS, cuando la burocracia gobernante disponía la ocupación de Checoslovaquia frente al descontento popular e invadía Afganistán para contrarrestar una amenaza del Pentágono.

Para arribar a este tipo de evaluaciones específicas hay que caracterizar las confrontaciones por arriba y las resistencias por abajo presentes en cada caso. Pröbsting prescinde de este análisis y distribuye culpas entre todas las potencias. Recurre a expeditivas equiparaciones, subrayando la existencia de hostigamientos simultáneos. Estados Unidos atropella con sus socios europeos y Rusia arremete con sus aliados de América Latina (Pröbsting, 2022a).

Pero el crítico omite los hechos. La renovada expansión de la OTAN en la frontera rusa, no tuvo contrapartida en el fenecido Pacto de Varsovia. Ucrania se aproximó a la Alianza Atlántica, sin que ningún país de Europa Occidental negociara asociaciones del mismo tipo con Moscú. El Kremlin tampoco imaginó montar entre sus allegados del Caribe, algún sistema de bombas sincronizadas contra las ciudades estadounidenses, semejante al desplegado por su enemigo. Esa asimetría ha sido tan naturalizada, que el propio Pröbsting ignora quién es el principal responsable de las incursiones imperiales.

Nuestro objetor estima que la categoría "acoso" no tiene sentido en una discusión marxista sobre rivalidades entre potencias (Pröbsting, 2022a). Ese concepto no encaja en sus valoraciones del imperialismo con criterios de competitividad, productividad, tasa de plusvalía o porcentual de ganancia. Pero la noción descartada es muy relevante para dirimir responsabilidades en las tensiones bélicas.

La mirada de Pröbsting priva de cualquier lectura geopolítica a la guerra actual de Ucrania. Su enfoque tiende a observar ese enfrentamiento como una simple disputa por el botín de un país con enormes recursos alimenticios y energéticos. Nuestro enfoque resalta, en cambio, los propósitos defensivos de la incursión rusa frente a la OTAN, los objetivos geopolíticos de control del espacio pos-soviético y las motivaciones internas de un presidente interesado en prolongar su mandato. Esta evaluación corrobora, además, que el registro de una conducta defensiva no implica exculpar (o justificar) a su artífice. Simplemente contribuye a entender la dinámica imperial.

En el caso de China la equiparación que postula Pröbsting es más inverosímil. Afirma que Beijing aumentó su gasto militar y opera como quinto vendedor mundial de armamento, para igualar a su rival norteamericano (Pröbsting, 2012). Pero omite cualquier análisis concreto del conflicto. China rechaza la demanda estadounidense de internacionalizar su espacio costero y recurre a medidas de control de pesquerías, rutas y reservas submarinas de gas. No envía buques a navegar por las cercanías de Nueva York o California. Ejerce su soberanía en un radio acotado, que contrasta con las enormes superficies marítimas bajo control de Estados Unidos.

Es absurdo presentar el despliegue del Pentágono en las proximidades de Taiwán, como una incursión equivalente a la expansión internacional de la Ruta de la Seda. No son acciones desplegadas en el mismo plano. Los

términos que Pröbsting descarta (ocaso, agresión, ofensiva) se verifican con cristalina nitidez en el Mar de China.

DESCONSIDERACIÓN Y DERROTISMO

Pröbsting avizora un contexto de guerra no muy distante, como resultado de las rivalidades interimperialistas que sucedieron a la Gran Recesión iniciada en el 2008 (Pröbsting, 2021a). Anticipa un escenario próximo de Tercera Guerra Mundial y estima que esa conflagración dirimirá primacía, entre una potencia que mantiene la superioridad militar (Estados Unidos) y otra que se está poniendo al día (China) (Pröbsting, 2021a).

Ese diagnóstico es abruptamente despachado sin la cautela requerida para mensurar una perspectiva tan dramática. Desde la existencia de los arsenales atómicos, las guerras generalizadas han quedado contrapesadas por un gran disuasivo. La probable autodestrucción del atacante -junto a la demolición del enemigo- determina una revisión de estrategias. Por ese replanteo, las tensiones de posguerra entre Estados Unidos y la URSS nunca desembocaron en una catástrofe nuclear.

Esta aterradora novedad introduce un paradójico conjunto de variantes de negociación o armisticio, que no existían en la época de Lenin. El repetido presagio de un inexorable retorno a la entre guerra, olvida esta drástica alteración del escenario bélico.

Pröbsting describe numerosas situaciones de tensión, guerra larvada o explícita en distintas partes del mundo, como anticipos de un enfrentamiento de mayor escala (Pröbsting, 2021a). Pero los episodios que cita, no incluyen choques interimperialistas y esa omisión contradice su diagnóstico.

Nuestro crítico extrapola el pasado con presagios de guerras que mantendrían un intrínseco patrón histórico del capitalismo (Pröbsting, 2021a). Pero desconoce la enorme variabilidad de ese parámetro y emite alarmas, con los mismos fundamentos de las notas periodísticas que se exponen un día y se olvidan al siguiente. En cualquier caso, lo importante no es el abuso de los pronósticos, sino su descalificación de la batalla política contra la guerra (Pröbsting, 2021a). El horizonte de desarme y convivencia no figura en su libreto como una meta a conquistar, mediante sostenidas movilizaciones populares y esa displicencia lo aleja de la acción efectiva.

La bandera la paz que rehúye es el emblema frecuente de muchas iniciativas progresistas. De allí se desprende las conocidas exigencias de reducir el presupuesto bélico, desmantelar las bases militares o suprimir la OTAN. El crítico desconoce este principio de intervención, ponderando en cambio el criterio motorizado por Lenin durante la Primera Guerra Mundial. Recuerda

que en esa conflagración el líder bolchevique cuestionó las ilusiones pacifistas de la socialdemocracia. Pero olvida que el dirigente soviético contraponía a esas creencias la alternativa inmediata de una revolución socialista.

Pröbsting retoma ese antecedente como una simple copia y repite la misma convocatoria al derrotismo. Rechaza tomar partido por algunos de los bandos en cualquier conflicto entre potencias, a fin de preparar la "transformación de una guerra imperialista en guerra civil" (Pröbsting, 2021b). Pero Lenin no emitió ese llamado en cualquier coyuntura. Rechazó el alineamiento con los distintos ejércitos enfrentados, porque subrayaba la excepcional oportunidad abierta para inaugurar procesos socialistas. Con esa caracterización comandó la revolución bolchevique.

Es absurdo postular la misma estrategia en un escenario opuesto de carencia de revoluciones, partidos o expectativas socialistas de masas. Pröbsting se despega de la realidad, con su ritual alusión a la continuada presencia de un "período histórico dominado por guerras y revoluciones" (Pröbsting, 2021a). No detalla la ubicación de esos acontecimientos, ni aporta evidencias de alguna semejanza con la época de Lenin. Omitiendo esos datos, convoca en el vacío a reproducir una estrategia desgajada de la realidad. Olvida que el derrotismo del líder bolchevique se inspiraba en hechos (deserciones y revueltas entre los uniformados) y no en meras especulaciones sobre el porvenir.

Para resolver este divorcio del contexto actual, Pröbsting reinterpreta el alcance del derrotismo. Afirma que no es una estrategia restringida a las coyunturas bélicas, sino una política también valedera para tiempos de paz (Pröbsting, 2019b). Operaría como una especie de comodín, apto para cualquier momento y lugar. Esa universalidad contradice el sentido acotado y concreto que tuvo ese principio y choca con la lógica de la acción política, que exige exponer consignas amoldadas a los escenarios cambiantes.

ENEMIGOS INDISTINTOS, ADVERSARIOS EN CADENA

La estrategia del derrotismo -que Pröbsting intenta actualizar- fue concebida en disputa con otro principio, centrado en el enemigo principal. Ese criterio parece más apropiado para el período actual. Fue el gran barómetro de Marx, Engels y el propio Lenin hasta la Primera Guerra Mundial. Subrayaba la distinción entre guerras justas o legítimas y conflagraciones puramente opresivas.

El primer tipo de conflictos contenía elementos positivos para la liberación de los pueblos, al involucrar confrontaciones contra los monarcas, los

colonialistas y la nobleza, en batallas que asumían tónicas progresistas. Los gestores del pensamiento socialista ponderaban ese tipo de acciones bélicas, que socavaban la dominación colonial y afectaban los bastiones de la reacción.

Esa estrategia contiene elementos válidos para un escenario actual signado por la preeminencia del sistema imperial. Este dispositivo cumple un rol invariablemente agresivo. El principio del enemigo principal es un orientador de la lucha contra adversarios prioritarios. No implica convalidar la opresión que ejercen los capitalistas locales a través de sus distintos gobiernos. Es un barómetro que también sintoniza con el destinatario popular de las políticas de la izquierda. Contribuye especialmente a recomponer la consciencia socialista, afectada por la significativa regresión que sucedió al colapso de la Unión Soviética.

La estrategia del enemigo principal facilita, además, la formulación de orientaciones específicas, frente a los diversos movimientos nacionalistas contemporáneos. Permite evaluar si esas formaciones asumen posturas convergentes o divergentes, con el epicentro del poder capitalista mundial. Este criterio observa con mucha atención las relaciones de esos movimientos con la OTAN.

Pröbsting propone un enfoque opuesto. Como equipara a todos los enemigos en toda circunstancia y lugar, tiende a reivindicar de por sí a los distintos movimientos embanderados con la autodeterminación nacional. No asigna ninguna importancia a las variadas conexiones de esas fuerzas con el Pentágono. Esa discrepancia de abordajes determina la discrepancia con la evaluación de lo sucedido en Kosovo y Yugoslavia (Pröbsting, 2022a). Sus críticas a nuestro enfoque son igualmente moderadas, en comparación a las furibundas acusaciones de socialimperialismo que despacha contra otros interlocutores (Pröbsting, 2021b).

Emite igualmente una enfática condena a nuestra evaluación positiva del avance electoral del Partido Comunista en Rusia (Pröbsting, 2022a). Esa alusión tan sólo apuntó a señalar algún elemento alentador, en el duro escenario político que regentea Putin. Nuestro comentario fue extraído de opiniones expuestas por las corrientes radicales que participaron en ese espacio.

En realidad, siempre celebramos los progresos de la izquierda en los diversificados escenarios del planeta, estimando que el socialismo resurgirá por caminos imprevisibles y novedosas apuestas. Esa recomposición seguramente arrastrará a los militantes que actúen con la mente abierta y dejará a un costado a los veneradores del libreto preestablecido. El debate sobre el sistema imperial contrapone esas dos actitudes, frente a los dilemas teóricos y las disyuntivas políticas de nuestra época.

18-9-2022

REFERENCIAS

CAPÍTULO 2

Anderson, Perry (2016). Entrevista, sobre geopolítica imperial y resistencias, 16-04. *http://www.pvp.org.uy*

Armanian, Nazanín (2017). EE.UU. y el 11-S, un inepto yihadismo y un fallido gaseoducto, 2 sept *https://blogs.publico.es/puntoyseguido/4174/ 12 sept*

Armanian, Nazanín (2018). El barco Aquarius y cinco muestras de la militarización, *http://www.redeco.com.ar/internacional/europa/24272*

Boron, Atilio (2019). La irreversible (pero laboriosa) construcción de un orden multipolar 23 sept *https://kaosenlared.net/*

Buxton, Nick; Akkerman, Mark (2018). África. El ascenso del imperialismo de las fronteras, 22-11 *https://www.resumenlatinoamericano.org*

Chacón, Rodrigo (2019). ¿Imperios por doquier? Usos y abusos del concepto de imperio. Foreign Affairs Latinoamerica, vol 19, n 4.

Dohert, Alex (2020) La guerra fría con China no desaparecerá si Joe Biden, 13-oct. *https://www.resumenlatinoamericano.org*

Donnet, Pierre Antoine (2020). Con la Quad, EEUU trata de reunir una alianza contra China, 23-10 *https://rebelion.org*

Farber, Samuel (2021). Las causas del trumpismo y por qué perdurará, 10/01. *https://www.sinpermiso.info/*

Ferrari, Sergio (2020). Más balas que seres humanos. Un Far West denominado Tierra 25/11. *https://rebelion.org/un-far-west-denominado-tierra*

Gandásegui Marco A (2017). Corea del Norte: Paz, desmilitarización y unificación 14 sept *https://www.alainet.org/es/articulo/188060*

Hobsbawm, Eric, (2007). Guerra y paz en el siglo XXI, Editorial Crítica, Barcelona.

Katz, Claudio (2003). Tecnología y economía armamentista, Oikos , N° 15, año 7, primer semestre, Santiago, Chile.

Katz Claudio (2020). El "resurgimiento americano" que no logró Trump, 28-7. *www.lahaine.org/katz*

Klare, Michael (2020). El pernicioso legado militar de Trump. De las guerras eternas a las guerras cataclísmicas, 11-12. *https://vientosur.info*

Korybko, Andrew (2020). Estados Unidos intenta contener a China y Rusia con la Guerra Híbrida, 2 feb *https: //www.tiempoar.com.ar/nota*,

Luzzani, Telma (2020). Elecciones en Estados Unidos: el gatopardismo de Biden, 8 de noviembre *https://www.pagina12.com.ar/304393*

Mancillas, Miguel Ángel Cruz (2018). La carrera armamentista estadounidense y la acumulación de capital", mayo *www.researchgate.net/publication/337884501*

Mearsheimer, John (2020). "Es posible una guerra entre Estados Unidos y China en 2021" 25/07, *https://www.perfil.com*

Merino, Gabriel E (2020). La reconfiguración imperial de Estados Unidos y las fisuras internas frente al ascenso de China. Las venas del sur siguen abiertas: debates sobre el imperialismo de nuestro tiempo. Batalla de Ideas, Buenos Aires.

Naím, Moisés (2021) Malo para Trump, bueno para EE.UU. 10-1, *https://www.lanacion.com.ar*

Nye, Joseph (2020). Con Donald Trump, Estados Unidos ha perdido respeto, 1-11. *https://www.clarin.com/*

Petras, James (2018). A World of Multiple Detonators of Global Wars, 11-12. *http://www.unz.com/*

PSL (2021). Partido por el Socialismo y la Liberación La parálisis de la clase dirigente capitalista de los Estados Unidos después del asalto del 13-1. *www.liberationnews.org*

Post, Charlie (2020) El trumpismo, 26/12/ *https://www.facebook.com*

Serfati, Claude (2018). Las teorías marxistas del imperialismo 04/06 *https://vientosur.info/spip.php?article13866*

Traverso, Enzo (2019). Interpretar la era de la violencia global, Viento Sur, 23-04.

Unhcr-Acnur (2020). *https://www.acnur.org/datos-basicos.html*

Vandepitte, Marc (2021). Por qué el asalto al Capitolio es sólo el comienzo 13/01 *https://rebelion.org/*

-VVAA (2019). Venezuela y las guerras híbridas en Nuestra América, Dossier no 17 Instituto Tricontinental de Investigación Social, 6*https://www.thetricontinental.org/wp-content/uploads/2019/06/190604*

CAPÍTULO 3

Anderson Perry (2013). Consilium, Imperium, New Left Review, 83, september. October.

Arrighi, Giovanni (1999). El largo siglo XX. Akal.

Arrighi, Giovanni. (2005). Hegemony Unravelling, Part I, New Left Review, no. 32, March/April.

Arrighi, Giovanni (2009). The winding paths of capital, New Left Review n 56, marzo-abril.

Boron, Atilio (2019). La crisis que viene es una irreversible (pero laboriosa) construcción de un orden multipolar 23 sept *https://kaosenlared.net/*

Carroll, William K (2013). Global Capitalism, American Empire,

Collective Imperialism? Studies in Political Economy 92 Autum.

Chacón, Rodrigo (2019). ¿Imperios por doquier? Usos y abusos del concepto de imperio. Foreign Affairs Latinoamerica, vol 19, n 4.

Duménil, Gérard; Levy Dominique (2014). La grande bifurcation, La Decouverte, Paris

Georgiou, Christakis (2015). Un capitalisme global pacifié ? 15 abr *www.contretemps.eu/un*

Harvey, David (2012). El enigma del capital y las crisis del capitalismo, AKAL, Madrid, 2012.

Katz, Claudio (2011). Bajo el imperio del capital, Luxemburg, Buenos Aires (121-131)

Katz, Claudio (2020). Descifrar a China II: ¿Capitalismo o socialismo?, 25-9, Descifrar a China III: proyectos en disputa 2-10-2020 *www.lahaine.org/katz*

Lapavitsas, Costas (2016). Beneficios sin producción. Cómo nos explotan las finanzas, Traficantes de Sueños, Madrid.

Morgenfeld, Leandro (2020a). Trump vs Biden. Crónica de un escándalo anunciado. *http://revistaanfibia.com*

Morgenfeld, Leandro (2020b). el declive de Estados Unidos, 29-8, El País Digital

Negri Antonio, Hardt Michael (2002). Imperio, Paidos, Buenos Aires.

Panitch Leo, Leys Colin (2005). Las finanzas y el imperio norteamericano. El Imperio Recargado, CLACSO, Buenos Aires.

Panitch Leo, Gindin, Sam (2005a). Capitalismo global e imperio norteamericano. El nuevo desafío imperial, Socialist Register CLACSO, Buenos Aires.

Panitch Leo, Gindin Sam (2005b). Superintending Global Capital, New Left Review, 35, Sept/Oct

Panitch, Leo (2014). Repensando o marxismo e o imperialismo para o século XXI, Tensões Mundiais, Fortaleza, v. 10, n. 18, 19.

Panitch, Leo; Gindin, Sam (2014), American empire or empire of global capitalism Studies in Political Economy, 93, Spring.

Panitch, Leo (2018). Will Trump Really Challenge World Economic Forum's Neoliberal Agenda? January 23 *https://therealnews.com/*

Roberts, Michael (2018). el comercio mundial y el imperialismo, 05/08, *http://www.sinpermiso.info/textos*.

Robinson, William (2007). The pitfalls of realist analysis of global capitalism, Historical Materialism vol 15, Issue 3.

Robinson William (2014). The fetishism of empire: a critica review of Panitch and Gindins´s making of global capitalismo, Studies in Political Economy 93, Spring.

Smith Ashley (2014). Global empire or imperialism?, International Socialist Review, Issue 92, Spring.

Smith, Ashley (2018). Hacia una nueva guerra fría con China, 04/11 *http://www.sinpermiso.info/textos*

Smith, Ashley (2019). Truthout A New Socialist Movement Must Oppose Both Capitalism and Imperialism, 27 abr *https://truthout.org/articles/*

Wallerstein, Inmanuel (2005). Análisis de sistemas-mundo, una introducción, Siglo XXI, México.

CAPÍTULO 4

Amin, Samir (2013). Transnational capitalism or collective imperialism?, 23-03.

Anderson, Perry (2020) ¿Ukania perpetua? New Left Review, 125, nov dic

Arrighi, Giovanni (1978). Geometría del imperialismo, Siglo XXI, México.

Arrighi, Giovanni (1999). El largo siglo XX. Akal, Madrid.

Harvey, David (2018). Realities on the Ground, *http://roape.net/2018/02/05*

Heinrich, Michael (2008). Crítica de la economía política: una introducción a El capital de Marx, Escolar y Mayo Editores, 2008 Madrid.

Hobsbawm, Eric, (2007). Guerra y paz en el siglo XXI, Editorial Crítica, Barcelona.

Hobson, John Estudio Del Imperialismo (1980) [1902], Madrid, Alianza. *https://www.pambazuka.org/global-south*

Katz, Claudio (2011). Bajo el imperio del capital, Luxemburg, Buenos Aires.

Katz, Claudio (2020). América Latina en el capitalismo contemporáneo. I-Economía y crisis 7-2-2020 *www.lahaine.org/katz*

Lenin, Vladimir (2006). El imperialismo, fase superior del capitalismo Buenos Aires, Quadrata

Panitch, Leo (2014). Repensando o marxismo e o imperialismo para o século XXI, Tensões Mundiais. Fortaleza, v. 10, n. 18, 19.

Pilger, John (2020). El virus más letal no es el covid-19, es la guerra. 19-12, *https://rebelion.org*

Roberts Michael (2016). The long depression, Haymarket Books, 2016.

Wood, Ellen Meiksins (2003) Empire of capital, Londres/Nueva York, Verso.

CAPÍTULO 5

Bello, Walden (2020) ¿Qué supondrá una presidencia de Biden para la región de Asia-Pacífico? *https://vientosur.info*

Benjamin, Medea; Davies, Nicolas J. S. (2020). La guerra fría de EE.UU. con China aislará a EE.UU., no a China. 08/08/2020 https://rebelion.org

Crooke, Alastair (2020).
El doble desacoplamiento
https://www.alainet.org/es/articulo/209241

Fornillo Bruno (2017). La China de Xi Jin Ping y el Estados Unidos de Trump.

Hobsbawm, Eric (2007). Guerra y paz en el siglo XXI, Editorial Crítica, Barcelona, España.

Katz Claudio (2018). La teoría de la dependencia, 50 años después, Batalla de Ideas Buenos Aires.

Klare, Michael (2013). Ser o no ser imperialista
https://www.eldiplo.org/notas-web/

Kotz, David M; Zhongjin Li (2021). Is China Imperialist? Economy, State, and Insertion in the Global System December 2020, Union for Radical Political Economics at the virtual annual meeting of the Allied Social Sciences Association, January 3-5

Lo, Dic (2016). Developing or Under-developing? Implications of China's 'Going out' for Late Development, SOAS Department of Economics Working Paper No. 198, London: SOAS, University of London.

Margueliche, Juan Cruz (2020). La irrupción del Covid-19, los medios de comunicación y un nuevo escenario geopolítico, *https://www.academia.edu/43482291*

Mearsheimer, John (2020). Es posible una guerra entre Estados Unidos y China en 2021, 25/07. *https://www.perfil.com/noticias/actualidad/*

Merino, Gabriel E (2020). La reconfiguración imperial de Estados Unidos y las fisuras internas frente al ascenso de China. Las venas del sur siguen abiertas: debates sobre el imperialismo de nuestro tiempo. Batalla de Ideas, Buenos Aires.

Minqi Li (2017). From Socialism to Capitalism, and to Eco-Socialism, *http://pinguet.free.fr/minqili17*

Minqi Li (2020). Basic Task Of Scientists Has To Do With Increasing People's General Awareness About Physical And Social Laws Of Motion, Mayıs 19
http://bilimveaydinlanma.org

Noyola Rodríguez, Ulises (2018). El BAII golpea el tablero financiero mundial
http://www.iade.org.ar/noticias

Poch de Feliu, Rafael (2021). Tres vectores y nueve frentes de la actual guerra híbrida contra China
https://rebelion.org/

Prashad, Vijay (2020). Entrevista sobre el socialismo chino y el internacionalismo hoy, 21-5
https://observatoriodetrabajadores.wordpress.com/2020/05/25/

Ríos Xulio (2021). Diálogo Cuadrilateral de ¿QUAD? 05/03/2021, *https://www.desdeabajo.info/mundo/item/41845*

Roberts, Michael (2018), China workshop: challenging the misconceptions, 7 jun.
https://thenextrecession.wordpress.com

Rousset, Pierre (2018). Geopolítica china: continuidades, inflexiones,

incertidumbres, 25 julio
https://vientosur.info/

Watkins, Susan (2019). Estados Unidos vs. China New Left Review 115 marzo-abril.

Yunes, Marcelo (2018). Una década de crisis global, Estado y perspectivas de la economía mundial https://www.mas.org.ar/?p=809

CAPÍTULO 6

Alonso, Pedro (2019).
China en África, ¿un nuevo imperialismo? 14/06
https://www.lavanguardia.com/politica/20190614/462860235541/

Arrighi, Giovanni (2007). Adam Smith en Pekín, Akal, Madrid.

Au Loong Yu (2018), Debate sobre la naturaleza del estado chino
https://portaldelaizquierda.com/05

Bradsher, Keith; Krauss, Clifford (2015) China amplía su poder y hace sentir su peso Con nuevas inversiones y exigencias, inicia una política más agresiva
http://editorialrn.com.ar/index.php?

Bustos, Nadia (2020). En las grandes ligas. El lugar de China en la política mundial. El Aromo n 109 26 en https://razonyrevolucion.org

Chingo, Juan (2021). La ubicación de China en la jerarquía del capitalismo global, 24 en
www.laizquierdadiario.com

El Lince (2020), ¿"Capitalismo sui generis versus socialismo con características chinas"? 9 oct,
https://canarias-semanal.org/art/28783/

Guigue, Bruno (2018), El socialismo chino y el mito del fin de la historia, 29-11- http://www.rebelion.org/noticia.php?id=249582

Hart-Landsbergs, Martin (2018). "Una estrategia defectuosa": Una mirada crítica a la iniciativa China del cinturón y la ruta de la seda,
http://www.sinpermiso.info/textos

Hung, Ho-fung (2015). China and the lingering Pax Americana, BRICS An Anti-Capitalist Critique. Haymarket, Chicago.

Katz, Claudio (2021). Estados Unidos y China: una puja entre potencias disimiles 19-4-2021,
www.lahaine.org/katz

King, Sam (2014). Lenin's theory of imperialism: a defence of its relevance in the 21st century, Marxist Left Review n 8

Lenin, Vladimir (2006). El imperialismo, fase superior del capitalismo, Quadrata, Buenos Aires.

Lin, Chun (2019). China's new globalization Vol 55: Socialist Register 2019: A World Turned Upside Down? https://socialistregister.com/index.php/srv/article/view/30939

Lo, Dic (2016) Developing or Underdeveloping? Implications of China's 'Going out' for Late Development, SOAS Department of Economics Working Paper, No. 198, London: SOAS, University of London.

Lo, Dic (2018). Perspectives on China's Systematic Impact on Late Industrialization: A Critical Appraisal SOAS University of London July

Mercatante, Esteban (2020). Desarrollo desigual e imperialismo hoy: una discusión con David Harvey, 30-08 https://www.laizquierdadiario.com

Ramírez, Sebastián (2020). Más sobre el carácter de China 05 de diciembre *https://pcr.org.ar/nota/mas-sobre-el-caracter-de-china/*

Robinson, William (2017). I China and Trumpism: The Political Contradictions of Global 14 feb. *https://www.telesurtv.net*

Rousset, Pierre (2018). Geopolítica china: continuidades, inflexiones, incertidumbres, 25/07 *https://vientosur.info/spip.php?article14038*

Svampa Maristella, (2013), "El consenso de commodities y lenguajes de valoración en América Latina", *www.iade.org.ar*, 02/05.

Turner, N. B (2014). Is China an Imperialist Country? Considerations and Evidence March 20 *https://redstarpublishers.org/*

CAPÍTULO 7

Borella Guillermo (2019). La otra hegemonía global. China aspira al liderazgo tecnológico, 24-3, *https://www.lanacion.com.ar/opinion*

Brenner, Robert (2019). El dilema del crédito chino Entrevista con Victor Shih New Left Review 115 marzo-abril

Clegg, Jenny (2018). El decenio del ascenso de China 26-09 *www.rebelion.org/noticia.php?id=246964*

Dierckxsens, Wim; Formento, Walter; Piqueras, Andrés (2018). La salida del capitalismo al fallar el intento de salir de la crisis capitalista 20/06. *www.alainet.org/es/articulo/193612*

Escobar, Pepe (2018). Los aranceles de Estados Unidos contra China inician una guerra comercial de 50 años. *www.rebelion.org/noticia.php?id=243914*, 10-07

Feás Enrique (2019). La guerra del 5G y sus lecciones para Europa, 1-5 http://blognewdeal.com/

Foncillas, Adrián (2019a). La ambiciosa nueva Ruta de la Seda china llega a Europa y se enfrenta a nuevos desafíos, 2-3- *https://www.lanacion.com.ar*

Foncillas, Adrián (2019b). El paso de fábrica global a gran potencia en innovación, 24-3 *https://www.lanacion.com.ar*

Hart-Landsberg, Martin (2018). Una estrategia defectuosa: una mirada crítica a la iniciativa China del cinturón y la ruta de la seda 11/11 *https://www.sinpermiso.info/texto*

Hernández, Mario (2016a). China y América Latina: ¿Una nueva matriz para una vieja dependencia? ¿A dónde va China?, Editorial Metrópolis, Buenos Aires.

Hernández, Mario (2016b). La situación de la clase obrera en China ¿A dónde va China?, Editorial Metrópolis, Buenos Aires.

Katz Claudio (2020). El "resurgimiento americano" que no logró Trump, 28-7 *www.lahaine.org/katz*

Mercatante, Esteban (2020). China en el desorden mundial, 26-7 *www.laizquierdadiario.com/*

Merino, Gabriel E (2020). China y el nuevo momento geopolítico mundial. Boletín del Grupo de Trabajo China y el mapa del poder mundial, CLACSO, n 1, mayo

Mobo, Gao (2019). China puede ser todavía alternativa al capitalismo". 10/10 *https://www.sinpermiso.info/textos/*

Nadal, Alejandro (2019). China y la guerra comercial: una perspectiva amplia, 17 jul. *https://www.jornada.com.mx/2019/07/17/opinion/025a1eco*

Norfield, Tony (2020). China y el poder de EE. UU, 26-7 *www.laizquierdadiario.com/*

Noyola Rodríguez, Ulises (2017). China desafía la guerra comercial de Trump, 25 sept. http://www.iade.org.ar

Petras, James (2016) China: Reformistas y Mercantilistas ¿A dónde va China? Editorial Metrópolis, Buenos Aires

Prashad, Vijay (2020). Entrevista sobre el socialismo chino y el internacionalismo hoy, 21-5 *https://observatoriodetrabajadores.wordpress.com/2020/05/25/*

Quian Benli (2019). La lucha de Jasic: debate de balance entre los maoístas chinos 15/06 *https://www.sinpermiso.info/textos*

Ríos, Xulio (2019). Guerra comercial EEUU-China, ¿acuerdo o tregua? 27-12 https://rebelion.org

Roberts Michael (2016), The long depression, Haymarket Books, 2016.

Roberts, Michael (2018). Trump, comercio y guerra tecnológica, 05/04 *http://www.sinpermiso.info/textos*

Roberts Michael (2020a). China: la encrucijada tras la pandemia, 27/05/ *https://www.sinpermiso.info/textos*

Roberts, Michael (2020b), Guerras de capitales 20/07 *https://rebelion.org/*

Rousset, Pierre (2016). Xi Jinping, ¿un nuevo Mao? Sobre el Sexto Pleno del Comité Central del Partido Comunista de China en la dinámica noviembre 23 *https://www.sinpermiso.info/textos*

Rousset, Pierre (2018). Geopolítica china: continuidades, inflexiones, incertidumbres, 25/07 *https://vientosur.info/spip.php?article14038*

Salama, Pierre (2018). Nuevas tecnologías: ¿Bipolarización de empleos e ingresos del trabajo? Problemas del Desarrollo, vol 49, n 195, México.

Ugarteche Oscar; Zabaleta, Jorge (2020) Cómo va la pandemia en la economía mundial: Primer semestre del 2020 21/08 *https://www.alainet.org*

CAPÍTULO 8

Amin, Samir (2013). China 2013 *https://monthlyreview.org/2013/03/01/china*

Amin, Samir (2018). China and global financiarization, 11 jun samiramin1931 blogspot.com

Anderson, Perry (1983). La noción de revolución burguesa en Marx, San Marino, *www.buenastareas.com*

Andreani, Tony; Herrera Rémy (2013). ¿Un modelo socialdemócrata para China? Comentarios críticos sobre el libro La Vía China, *https://www.jaimelago.org/node/91*

Arrighi Giovanni (2007). Adam Smith en Pekín, Akal, Madrid.

Au Loong Yu China (2016). ¿Final de un modelo o nacimiento? Adónde va China, Editorial Metrópolis, Buenos Aires.

Callinicos Alex (1989), Bourgeois revolutions and Historical Materialism, summer, International Socialism.

Cueva, Agustín (1988). Prólogo a la edición ecuatoriana, Teoría social y procesos políticos en América Latina, Línea Crítica.

Ding, Xiaoqin, (2009), The socialist market world economy, china and the world, Science and Society, vol 73, April.

Dobb, Maurice (1974). Prefacio, Respuesta, Nuevo Comentario, La transición del feudalismo al capitalismo, Ediciones La Cruz del Sur, Buenos Aires.

Fornillo, Bruno (2018). La China de Xi Jinping y el EEUU de Trump: Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea, Año 4, N° 7. Córdoba, Diciembre 2017-Mayo.

Guigue, Bruno (2018). El socialismo chino y el mito del fin de la historia, 29-11, http://www.rebelion.org/noticia.php?id=249582

Hart-Landsberg, Martin, (2011), The Chinese Reform experience: A critical assessment, Review of Radical Political Economics, vol 43, n 1.

Katz, Claudio (2016). China, un socio para no imitar, Adónde va China, Editorial Metrópolis, Buenos Aires.

Katz Claudio. (2004). El porvenir del socialismo, Herramienta, Buenos Aires.

Kornai, Janos (1999). Du socialism au capitalism. La signification du changement de systeme. Capitalisme et socialisme en perspective. Editiones La decouverte, Paris.

Lapavitsas, Costas (2016). Beneficios sin producción. Cómo nos explotan las finanzas, Traficantes de Sueños, Madrid.

Lin Chun (2009a), The socialist market economy, Step forward or bakward, Science and Society, vol 73, April.

Lin Chun (2009b) Lecciones de China: reflexiones tentativas sobre los treinta años de reformas económicas, octubre *http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-2*

Lin Chun (2013). China and Global Capitalism Reflections on Marxism, History, and Contemporary Politics, Palgrave Macmillan.

Lin Chun (2019). China's new globalization, Vol 55, Socialist Register A World turned upside down? *https: /socialistregister.com/index.php/srv/article/view/30939*

Margueliche, Juan Cruz (2020). La irrupción del Covid-19, los medios de comunicación y un nuevo escenario geopolítico 30 jun *https//dangdai.com.ar//06/30/boletin-de-clacso/*

Merino, Gabriel E (2020). China y el nuevo momento geopolítico mundial. Boletín del Grupo de Trabajo China y el mapa del poder mundial, CLACSO, n 1, mayo

Nolan, Peter (2019). El PCCH y el ancien régime, New Left Review, 115 marzo-abril.

Piqueras, José (200). "¿Hubo una revolución burguesa?", Historia Social n 6, otoño.

Prashad, Vijay (2020). Entrevista sobre el socialismo chino y el internacionalismo hoy, 21-5, *https://observatoriodetrabajadores.wordpress.com/2020/05/25/*

Restivo, Néstor (2020). China: cómo entender si diagnosticamos mal *https://adsina.wordpress.com//05/10*

Ríos, Xulio (2017). China en la nueva coyuntura mundial, Viento Sur, 12 mayo*https://vientosur.info/china-en-la-nueva-coyuntura-mundial/*

Roberts, Michael (2017). Xi toma el control total del futuro de China 05/11. sinpermiso.info

Roberts Michael (2018). Trading economics the Chinese way, 2 feb. *https://thenextrecession.wordpress.com*

Roberts Michael (2020). China: la encrucijada tras la pandemia, 27/05 *https://www.sinpermiso.info/texto*

Sweezy, Paul (1974). Comentario crítico, Contra-réplica. La transición del feudalismo al capitalismo. Ediciones La Cruz del Sur, Buenos Aires.

Szelényi, Iván (2016). Capitalismos después del comunismo. New Left Review, 96, enero.

Takahashi H, K (1974), Contribución al debate, La transición del feudalismo al capitalismo. Ediciones La Cruz del Sur, Buenos Aires.

Treacy, Mariano (2020). El pasado puede ser discutido en el futuro: de la modernización de Deng Xiaoping a las tensiones que despierta China como potencia mundial, Izquierdas, 49, enero.

Vitale Luis (1984), Modos de producción y formaciones sociales en América Latina, *www.mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio*

Wallerstein, Immanuel (1988). El capitalismo histórico, Siglo XXI, México.

Watkins, Susan (2019). Estados Unidos vs. China New Left Review 115 marzo-abril.

Wood, Ellen Meiksins (2002). The origin of capitalism, Verso, London.

CAPÍTULO 9

Amin, Samir (2013) China 2013 *https://monthlyreview.org/2013/03/01/china-2013/*

Andreani, Tony; Herrera Rémy (2013). ¿Un modelo socialdemócrata para China? Comentarios críticos sobre el libro La Vía China, *https://www.jaimelago.org/node/91*

Au Loong Yu (2016). China: ¿Final de un modelo o nacimiento Adónde va China, Editorial Metrópolis, Buenos Aires.

Au Loong, Yu (2018). Debate sobre la naturaleza del estado chino *https://portaldelaizquierda.com/2018/05*

Ban Wang; Jie Lu (2012). Introduction: China and New Left Critique. China and New Left Visions Political and Cultural Interventions, Lexington Books.

Brenner, Robert (2019). El dilema del crédito chino Entrevista con Victor Shih New Left Review 115 marzo -abril.

Carccione, Carlos (2020). La vocación imperialista del capitalismo chino *https://lis-isl.org/2020/05/15/*

Dierckxsens, Wim; Formento, Walter; Piqueras, Andrés (2018). La salida del capitalismo al fallar el intento de salir de la crisis capitalista 20/06 *www.alainet.org/es/articulo/193612*

Duménil, Gérard; Lévy, Dominique (2012). Crise et horizons post-néolibéraux numéro 51 d'Actuel Marx.

Duménil, Gérard; Lévy, Dominique (2014), Propos recueillis par Cédric Durand et Razmig Keucheyan. 11 may. *www.contretemps.eu/a-propos-de-la-grande-bifurcation-entretien*

Enfu, Cheng (2012). Seven Currents of Social Thoughts and their Development in Contemporary China with a Focus on Innovative Marxism The Marxist, XXVIII 4, October-December.

Guigue, Bruno (2018). El socialismo chino y el mito del fin de la historia, 29-11- http://www.rebelion.org/noticia.php?id=249582

Heller, Pablo (2020). ¿China es un país imperialista? 11/04 *https://prensaobrera.com/*

Hernández, Mario (2016). La situación de la clase obrera en China ¿A dónde va China?, Editorial Metrópolis.

Jabbour, Elías (2020). A "Nova Economia do Projetamento" como uma variação de nível superior do socialismo de mercado chinês. Boletín del Grupo de Trabajo China y el mapa del poder mundial CLACSO, n 1, mayo.

Keucheyan, Razmig (2010). Hemisferio izquierda, Siglo XXI, España

Laufer, Rubén (2016). La nueva potencia ascendente y los rumbos de América Latina ¿A dónde va China?, Editorial Metrópolis, Buenos Aires

Lin Chun (2009). Lecciones de China: reflexiones tentativas sobre los treinta años de reformas económicas, oct. *http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-2*

Lin, Chun (2013). China and Global Capitalism Reflections on Marxism, History, and Contemporary Politics Palgrave Macmillan.

Lin, Chun. China's new globalization (2019) *Vol 55: Socialist Register 2019: A World Turned Upside Down? https://socialistregister.com/index.php/srv/article/view/30939*

Lo Dic (2016) Developing or Under-developing? Implications of China's 'Going out' for Late Development, SOAS Department of Economics Working Paper No. 198, University of London.

Mobo, Gao (2019) China puede ser todavía alternativa al capitalismo. 10/10/ *https://www.sinpermiso.info/textos/*

O'Hara, Phillip Anthony (2006) A Chinese Social Structure of Accumulation for Capitalist Long-Wave Upswing? Review of Radical Political Economics, Volume 38, No. 3, summer.

Prashad, Vijay (2020). Entrevista sobre el socialismo chino y el internacionalismo hoy, 21-5. *https://observatoriodetrabajadores.wordpress.com/2020/05/25/*

Quian Benli (2019). La lucha de Jasic: debate de balance entre los maoístas chinos 15/06 *https://www.sinpermiso.info/textos*

Roberts Michael, (2016a). The long depression, Haymarket Books

Roberts, Michael (2016b). Entrevista, La larga depresión y el futuro del capitalismo 7 may. *https://lalinea-defuego.info/2016/05/17/*

Roberts, Michael (2017). Xi toma el control total del futuro de China 05/11/.sinpermiso.info

Roberts Michael (2018). Trading economics the Chinese way, 2 feb. *https://thenextrecession.wordpress.com*

Rofel, Lisa (2012) The Geopolitics of the New Left in China, China and New Left Critique. China and New Left Visions Political and Cultural Interventions, Lexington Books.

Sáenz, Roberto (2018). Apuntes sobre la situación internacional. Giro a la derecha, crisis económica, tensiones geopolíticas y "bipolaridad" social y política, Socialismo o Barbarie, junio.

Wang Hui (2015). Políticas despolitizadas do Oriente ao Occidente, Universida de Qinghua, Vol 1, n 1.

Yunes, Marcelo (2018). Una década de crisis global, Estado y perspectivas de la economía mundial *https://www.mas.org.ar/?p=809*

CAPÍTULO 10

Anderson, Perry (2015). Rusia inconmensurable, New Left Review 94, septiembre- octubre 2015.

Armanian, Nazanín (2020). El suicidio armenio y la "Doctrina Primakov" 27/11/2020 https://rebelion.org/el-suicidio-armenio-y-la-doctrina-primakov/

Buzgalin, A., Kolganov, A., Barashkova, O. (2016). Russia: A new imperialist power? International Critical Thought, 6(4), 64.

Clarke, Renfrey; Annis, Roger (2016). Perpetrator or victim? Russia and contemporary imperialism, February 7, 2016, *https://www.academia.edu/28685332*

Di Palma, Gustavo (2019). Putin y el nuevo imperialismo, 26-5-2019, rusohttpsus *www.lavoz.com.ar/mundo/putin-y-nuevo-imperialismo-ruso/*

Hudson, Michael (2022). Ucrania los Estados Unidos quiere evitar que Europa comercie con China y Rusia, 12/02/2022, *https://rebelion.org/con-el-pretexto-de-la-guerra-en-ucrania-los-estados-unidos-quiere-evitar-que-europa-comercie-con-china-y-rusia/*

Jofre Leal Pablo (2021). La OTAN contra Rusia 22/12/2021 *https://www.telesurtv.net/bloggers/La-OTAN-contra-Rusia-20211213-0004.html*

Katz, Claudio (2022), Dos confrontaciones en Ucrania, 1-3-2022, *www.lahaine.org/katz*

La Vanguardia, (2020). ¿Ha vuelto el Imperio Ruso? *www.lavanguardia.com* 15-2-2020.

Luzzani, Telma (2021). Crónicas del fin de una era, Batalla de Ideas, Buenos Aires.

Piqueras, Andrés (2020). ¿Occidente contra Rusia (y China), *https://redhargentina.wordpress.com/2020/09/22/occidente-contra-rusia-y-china-por-andres-piqueras/*

Poch de Feliu, Rafael (2022). La invasión de Ucrania 22/01/2022 *https://rebelion.org/la-invasion-de-ucrania/*

Sakwa, Richard (2021). Comprender el pensamiento estratégico ruso El mundo visto desde Moscú, 13/12/2021 *https://rebelion.org/autor/richard-sakwa/*

Smith, Stansfield (2019). Is Russia imperialist? Posted Jan 02, 2019 *https://mronline.org/2019/01/02/is-russia-imperialist/*

Tooze, Adam (2022). El desafío de Putin a la hegemonía occidental 29/01/2022, *https://www.sinpermiso.info/textos/el-desafio-de-putin-a-la-hegemonia-occidental*

CAPÍTULO 11

Clarke, Renfrey; Annis, Roger (2016). The Myth of "Russian Imperialism": in defence of Lenin's analyses, *http://links.org.au/node/4629*

Desai, Radhika; Freeman, Alan; Kagarlitsky, Boris (2016). The Conflict in Ukraine and Contemporary Imperialism, International Critical Thought, 6:4, 489-512

Dolek, Levent (2018). The Character of War in 21st Century: Are China and Russia a target or a side of the war? *World Revolution N° 1* octubre 2018 *https://revistaedm.com/world-revolution/1-world-revolution/the-character-of-war-in-21st-century-are-china-and-russia-a-target-or-a-side-of-the-war/*

Ishchenko, Volodymyr; Yurchenko, Yuliya (2019). Ukrainian Capitalism and Inter-Imperialist Rivalry, Technical University Dresden, Dresden, Germany University of Greenwich, London, UK.

Katz, Claudio (2011).
Bajo el imperio del capital.
Luxemburg, 2011 Buenos Aires.

Katz, Claudio (2021).
China: Tan distante de imperialismo como del Sur Global 26-4-2021, *www.lahaine.org/katz*

Katz, Claudio (2022).
Diagnósticos y controversias sobre Ucrania, 12-4-2022
www.lahaine.org/katz

Lenin, Vladimir Ilich (1915).
El socialismo y la guerra,
(La actitud del P. O. S. D. R. ante la guerra), julio-agosto de 1915
https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/1915sogu.htm

Lenin, Vladimir Ilich (1916)
El imperialismo, fase superior del capitalismo (Buenos Aires: Quadrata, 2006).

Pröbsting, Michael (2012).
Rusia y China como Grandes Potencias Imperialistas, 15-1-2012
https://agrupaciondeluchasocialistablog.wordpress.com/2019/01/15/rusia-y-china-como-grandes-potencias-imperialistas/

Proyect, Louis (2014) "Is Russia imperialist: a reply to Roger Annis and Sam Williams" *http://louisproyect.org/2014/06/22/is-russia-imperialist-a-reply-to-roger-annis-and-sam-williams/*, 22 June 2014.

Proyect, Louis (2019).
Anti-Imperialism in the Age of Great Power Rivalry, April 22, 2019
https://louisproyect.org/2019/04/22/anti-imperialism-in-the-age-of-great-power-rivalry/

Schuster, Mariano (2017). ¿El «retorno ruso» a América Latina? Entrevista a Vladimir Rouvinski
https://nuso.org/articulo/rusia-entre-nosotros/ noviembre 2017

Smith, Stansfield (2019). Is Russia imperialist? Posted Jan 02, 2019
https://mronline.org/2019/01/02/is-russia-imperialist/

Tirado, Arantxa; Caballero Escalante, Félix (2019). Rusia en América Latina: ¿amenaza para EE UU? 6 agosto, 2019, *https://www.celag.org/rusia-en-america-latina-amenaza-para-eeuu/*

Williams, Sam (2014). Is Russia Imperialist? *https://critiqueofcrisistheory.wordpress.com/is-russia-imperialist/*

CAPÍTULO 12

Anderson, Perry (2015).
Rusia inconmensurable, New Left Review 94, septiembre-octubre 2015.

Batou, Jean (2015). Impérialismes d'hier et d'aujourd'hui: Poutine, la guerre en Ukraine et l'extrême droite, 14-4-2015. *https://www.pressegauche.org/Imperialismes-d-hier-et-d-aujourd-hui-Poutine-la-guerre-en-Ukraine-et-l-extreme*

Hutin, Ignacio (2021). Qué fue de cada una de las 15 repúblicas soviéticas a 30 años del fin de la URSS *https://www.infobae.com/america/mundo/2021/12/12/que-fue-de-cada-una-de-las-15-republicas-sovieticas-a-30-anos-del-fin-de-la-urss/* 12 de diciembre de 2021

Ishchenko, Volodymyr; Yurchenko, Yuliya (2019). Ukrainian Capitalism and Inter-Imperialist Rivalry, Technical University Dresden, Dresden, Germany University of Greenwich, London, UK

Jofré Leal, Pablo (2020). Guerra en el Cáucaso sur *https://www.resumenlatinoamericano.org/2020/10/02/guerra-en-el-caucaso-azerbaiyan-y-armenia/*

Kagarlitsky, Boris (2015). On Ukraine interviewed by Antoine Dolcerocca & Gokhan Terzioglu *http://democracyandclasstruggle.blogspot.com/2015/05/boris-kagarlitsky-on-ukraine.html* May 24, 2015.

Kagarlitsky, Boris (2017). Empire of the Periphery: Russia and the World System, Pluto Press

Kagarlitsky, Boris (2022). Detrás del desastre ruso en Ucrania. Entrevista, 16/04/ *https://sinpermiso.info/textos/detras-del-desastre-ruso-en-ucrania-entrevista*

Karpatsky, Kolya (2022) Los disturbios de Kazajstán, 23-1-2022 *https://www.sinpermiso.info/autores/kolya-karpatsky*

Katz, Claudio (2004). El porvenir del socialismo, Herramienta e Imago Mundi, Buenos Aires, 2004

Katz Claudio (2021). O subimperialismo no Oriente Medio, Reoriente, vol 1, n 2, 2021 Universidade Federal do Rio de Janeiro

Kowalewski, Zbigniew Marcin (2014a). Impérialisme russe, Inprecor n 609-610, octubre-décembre 2014, Paris.

Kowalewski, Zbigniew (2014b). Tres formas históricas del imperialismo ruso 10-12- 2014 *https://vientosur.info/tres-formas-historicas-del-imperialismo-ruso/*

Kowalewski, Zbigniew (2014c) Ucrania, La primavera de los pueblos ha llegado y a Europa, 13 mars 2014 cadtm.org

Lipatti, Ava (2017). Russophobia and the logic of imperialism, June 8, 2017*https://www.hamptonthink.org/read/russophobia-and-the-logic-of-imperialism*

Presumey Vincent, (2015). Les impérialismes au miroir de la crise ukrainienne, Inprecor n 611, janiver 2015, Paris.

Pröbsting, Michael (2012). Rusia y China como Grandes Potencias Imperialistas, 15-1-2012 *https://agrupaciondeluchasocialistablog.wordpress.com/2019/01/15/rusia-y-china-como-grandes-potencias-imperialistas/*

Proyect, Louis (2014). Is Russia imperialist: a reply to Roger Annis and Sam Williams, *http://louisproyect.org/2014/06/22/is-russia-imperialist-a-reply-to-roger-annis-and-sam-williams/, 22 June 2014.*

Proyect, Louis (2019). Anti-Imperialism in the Age of Great Power Rivalry, april 22, 2019 *https://louisproyect.org/2019/04/22/anti-imperialism-in-the-age-of-great-power-rivalry/*

Rocca, Saúl (2020). La crisis capitalista y el debate sobre el rol de China. 5-8-2020, *http://izquierdasocialista.org.ar/2020/index.php/blog/elsocialista/item/17896-la-crisis-capitalista-y-el-debate-sobre-el-rol-de-china*

Stern, Johaness (2016) L'«impérialisme» de la Russie et de la Chine, 30 avril 2016 *https://www.wsws.org/fr/articles/2016/04/ruch-a30.html*

Testa, Claudio (2020). Un sistema mundial de Estados "multipolar" con tendencias crecientes a la inestabilidad, 25 ene 2020 *http://izquierdaweb.com/geopolitica-mundial-en-tiempos-de-trump-un-sistema-mundial-de-estados-multipolar/*

Vernyk, Oleg (2022). Los trabajadores rusos son nuestros hermanos en la lucha anticapitalista, 10-2-2022, *https://mst.org.ar/2022/02/10/desde-ucrania-oleg-vernyk-los-trabajadores-rusos-son-nuestros-hermanos-en-la-lucha-anticapitalista*

Wallerstein Immanuel, (1979). El moderno sistema mundial, tomo I, Siglo XXI, México, 1979.

Wallerstein, Immanuel; Derluguian, Georgi (2014). De Iván el Terrible a Vladímir Putin: Rusia en la perspectiva del sistema-mundo, Nueva Sociedad, n 253, 9-10-2014, *https://nuso.org/articulo/de-ivan-el-terrible-a-vladimir-putin-rusia-en-la-perspectiva-del-sistema-mundo/*

Weiniger, Patrick (2015). Understanding imperialism: a reply to Sam King, Marxist Left Review n 9, 2015, *Marxist Left Review | Understanding imperialism: a reply to Sam King*

Williams, Sam (2014). Is Russia Imperialist? jun. 2014 *https://critiqueofcrisistheory.wordpress.com/is-russia-imperialist/*

CAPÍTULO 13

Budraitskis, Ilyá (2021). Vista con Mikhail Lobanov Rusia tiene un nuevo movimiento socialista 08/10/2021 *https://vientosur.info/rusia-tiene-un-nuevo-movimiento-socialista/*

Calvo, Guadi (2021). La República Soviética de Mali, 29/12/2021, *https://rebelion.org/la-republica-sovietica-de-mali/*

Clarke, Renfrey; Annis, Roger (2016) February 29, 2016. The Myth of "Russian Imperialism": in defence of Lenin's analyses, *http://links.org.au/node/4629*

Kagarlitsky, Boris. (2016) Ukraine and Russia: Two States, One Crisis, International Critical Thought, 6:4, 513-533

Kagarlisky, Boris (2021). *An "Accumulation fo Anger" in Putin's Russia: an Interview With*

Boris Kagarlitsky April 21, 2021 *https://www.counterpunch.org/2021/04/21/an-accumulation-fo-anger-in-putins-russia-an-interview-with-boris-kagarlitsky/*

Karpatsky. Kolya (2022) Los disturbios de Kazajstán, 23-1-2022, *https://www.sinpermiso.info/autores/kolya-karpatsky*

Krieger, Léonid (2021). Élections: résultats et perspectives, Inprecor n° 689/690, septembre-octobre 2021

Kurmanov, Ainur (2022). Una revolución de color o un levantamiento de la clase trabajadora, 8 ene 2022 *https://www.sinpermiso.info/textos/kazajstan-una-revolucion-de-color-o-un-levantamiento-de-la-clase-trabajadora*

Martial, Paul (2021). Rusia en África: mercenarios y depredación, 29-1-2021 *https://www.sinpermiso.info/textos/rusia-en-africa-mercenarios-y-depredacion*

Poch de Feliu, Rafael (2022). La invasión de Ucrania 22/01/2022 *https://rebelion.org/la-invasion-de-ucrania/*

Ramírez, Marcelo (2022). Rusia aplasta el nuevo Maidán, ¿una guerra biológica se revela? 12 ene 2022 *https://kontrainfo.com/*rusia-aplasta-el-nuevo-maidan-una-guerra-biologica-se-revela-por-marcelo-ramirez/

Razin, I (2016). Rusia: ¿país imperialista o semi colonia? 14-2-2016 2016 *https://litci.org/es/rusia-pais-imperialista-o-semi-colonia/*

Williams, Sam (2014). Is Russia Imperialist? jun. 2014 *https://critiqueofcrisistheory.wordpress.com/is-russia-imperialist/*

CAPÍTULO 14

Aguirre. Mariano (2019). Cómo Estados Unidos se está retirando de Medio Oriente (y quién lo reemplaza), 9 julio, *https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-48868724*

Anderson, Perry. (2013). "Sobre la concatenación en el mundo árabe". New Left Review n° 68 (pp. 5-14). Madrid.

Armanian, Nazanín (2019a). Las tres crisis de Iraq (II): una violenta 'desiranización' de Bagdad 16-11 *https://blogs.publico.es/puntoyseguido/6121/las-tres-crisis-de-iraq-ii-una-violenta-desiranizacion-de-bagdad/*

Armanian, Nazanín (2019 b). Sublevación popular, hambre y caso en el estratégico Sudán. 11-1 *https://blogs.publico.es/puntoyseguido/5445/sublevacion-popular-hambre-y-caso-en-el-estrategico-sudan/*

Armanian, Nazanín (2019c). Los ocho motivos de la guerra de EEUU contra Irán, 16-7-2019 *https://blogs.publico.es/puntoyseguido/5865/los-ocho-motivos-de-la-guerra-de-eeuu-contra-iran/*

Baczko Adam (2021) *http://alencontre.org/asie/afghanistan/en-afghanistan-ni-letat-ni-personne-nest-en-mesure-de-proposer-une-alternative-aux-talibans.html*

Conde, G. (2018). El Medio Oriente: entre rebeliones populares y geopolítica, OASIS, 27, 7-25. DOI: https://doi.org/10.18601/16577558.n27.02

Chomsky, Noam; Achcar, Gilbert (2007). Estados peligrosos: Oriente Medio y la política exterior estadounidense. Barcelona: Paidós.

Chomsky Noam, Prashad Vijay (2021) Estados Unidos se retira de Afganistán? No realmente. https://rebelion.org/estados-unidos-se-retira-de-afganistan-no-realmente/

Dahler Joseph (2021) Diez años después del levantamiento popular en Siria, 23/03/2021 https://vientosur.info/siria-10-anos-despues-del-levantamiento-popular/

Dalband, Hassan (2020). Medio Oriente en la geopolítica del imperialismo https://rebelion.org/medio-oriente-en-la-geopolitica-del-imperialismo/

Dinucci Manlio (2021). Por qué la OTAN destruyó Libia↑ hace 10 años, 29/03 https://rebelion.org/por-que-la-otan-destruyo-libia

Engelhardt, Tom (2021) Toda una vida "en guerra" Estados Unidos: ¿Guerra hasta el fin de los tiempos? https://rebelion.org/estados-unidos-guerra-hasta-el-fin-de-los-tiempos/

Hanieh, Adam (2020). A Marxist Guide to Understanding the Gulf States' Political Economy, Interview, 07.13 https://www.jacobinmag.com/2020/07/gulf-states-political-economy-saudi-arabia-qatar-uae

Harris, Kevan 2016). Remodelar Oriente Próximo, New Left Review, 101 noviembre – diciembre.

Levent, Dolek (2017). Fases, lecciones y el futuro de la guerra civil en Siria noviembre 2017, https://revistaedm.com/edm/50/fases-lecciones-y-el-futuro-de-la-guerra-civil-en-siria/

Lobo Fernández, Francisco (2012). La intervención humanitaria ante las crisis en Libia y Siria: un estudio comparativo Estudios Internacionales 173 (2012), 37-66 Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile.

Maget, Franz (2020). Primavera árabe: ¿una rebelión que no dio frutos? diciembre 202 https://nuso.org/articulo/la-rebelion-que-no-dio-frutos/

Martinelli, Martin. (2020). La reconfiguración simbólica y material del Medio Oriente, en las recientes tres décadas. Cuadernos de Marte, 0(18), 457-489

Mathus Ruiz, (2017) Una cachetada al planeta sin tener en cuenta los riesgos La Nación, 6-12.

Munif, Yasser (2017). Entrevista. Siria y la izquierda, 26-1-2017. https://tadamon.cat/2017/01/26/entrevista-con-yasser-munif-siria-y-la-izquierda

Pierson Charles, (2021). Washington y Riad tienen mucha responsabilidad https://rebelion.org/washington-y-riad-tienen-mucha-responsabilidad-en-el-hambre-del-yemen/

Prashad Vijay (2021) Una absurda catedral de la desgracia 17/07 https://rebelion.org/una-absurda-catedral-de-la-desgracia/

Rodríguez Gelfenstein Sergio (2021) Radiografía de un fracaso, https://www.resumen-latinoamericano.org//08/25/pensamiento-critico-afganistan

Tariq Ali (2021) Debacle en Afganistán Resumen de Medio Oriente, 17 de agosto, https://www.resumenlatinoamericano.org/2021/08/17/debacle-en-afganistan-por-tariq-ali/

Therborn, Goran (2021). Los costos humanos de la dominación mundial de EE. UU. https://cronicon.net/wp/escandalosas-cifras-de-asesinatos-y-desplazamientos-los-altisimos-costos-humanos-de-la-dominacion-mundial-de-ee-uu/

CAPÍTULO 15

Alexander, Anne (2018). The contemporary dynamics of imperialism in the Middle East: a preliminary analysis Issue: 159 Posted on 26th June 2018, https://isj.org.uk/contemporary-dynamics-of-imperialism/

Armanian, Nazanín (2013). Pakistán: tirado por EEUU, recogido por China, 12-5, https://blogs.publico.es/puntoyseguido/705/pakistan-tirado-por-eeuu-recogido-por-china/

Armanian, Nazanín (2019). El objetivo de EEUU es Irán, no la República Islámica, 8-4, http://www.nazanin.es/?p=15306

Armanian, Nazanín (2020). La farsa de "Paz" en Libia (I) y la "Patria Azul" de Turquía https://blogs.publico.es/puntoyseguido/6225/la-farsa-de-paz-en-libia-i-y-la-patria-azul-de-turquia/

Armanian, Nazanín (2021), Los ganadores de diez años de guerra contra Siria: Israel, EEUU y Rusia, 28-3, https://blogs.publico.es/puntoyseguido/7071/los-ganadores-de-diez-anos-de-guerra-contra-siria-israel-eeuu-y-rusia/

Chingo, Juan (2021). Luego del G7 y la cumbre de la OTAN. Avances y límites del frente antichino de Joe Biden, 19-6, https://www.laizquierdadiario.com/Avances-y-limites-del-frente-antichino-de-Biden

Hardy Toro, Alfredo (2020). Estados Unidos y China: ¿Guerra, acuerdo, claudicación o quiebre?, 25/11, https://politica-china.org/areas/politica-exterior/estados-unidos-y-china-guerra-acuerdo-claudicacion-o-quiebre

Katz, Claudio (2021). Descifrar a China. Antagónica, n 3 enero-julio 2021, Quilmes.

Merino, Gabriel (2021). Biden, América Latina y las mutaciones geopolíticas La puja por Afganistán y el declive relativo de Estados Unidos Boletín #5 Estados Unidos: Miradas críticas desde Nuestra América, junio 2021 https://www.clacso.org/boletin-5-estados-unidos-miradas-criticas-desde-nuestra-america/

Prashad, Vijay (2021). Una absurda catedral de la desgracia. 17/07, https://www.alainet.org/es/articulo/213109

Serfati, Claude (2005). "La economía de la globalización y el ascenso del militarismo". Coloquio Internacional Imperio y Resistencias. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 6-10.

Serfati, Claude (2001) La mondialisation armée, Paris. Textuel.

Urbán, Miguel (2020). Cuarenta y cinco años de traición al pueblo saharaui *https://blogs.publico.es/tomar-partido/2020/11/14/cuarenta-y-cinco-anos-de-traicion-al-pueblo-saharaui/*

CAPÍTULO 16

Alexander, Anne (2018). The contemporary dynamics of imperialism in the Middle East: a preliminary analysis *Issue: 159* Posted on *26th June 2018*, *https://isj.org.uk/contemporary-dynamics-of-imperialism/*

Armanian, Nazanín (2016). EEUU y Arabia Saudí provocan en Yemen la mayor crisis humanitaria del mundo, 25-9, *https://blogs.publico.es/puntoyseguido/3550/eeuu-y-arabia-saudi-provocan-en-yemen-la-mayor-crisis-humanitaria-del-mundo/*

Armanian, Nazanín (2019a). Arabia Saudí-Irán: los ocho motivos de un odio "sunnita-chiita" poco religioso. 30-6, *https://blogs.publico.es/puntoyseguido/5847/arabia-saudi-Iran-los-ocho-motivos-de-un-odio-sunnita-chiita-poco-religioso/*

Armanian, Nazanín (2019b). El objetivo de EEUU es Irán, no la República Islámica 8.4 http://www.nazanin.es/?p=15306

Barchard, David (2018). Crisis interna Victoria de Erdogan, la oposición se estrella 27-06, *https://rebelion.org/victoria-de-erdogan-la-oposicion-se-estrella-pero-no-den-por-agotado-al-partido-democratico-de-los-pueblos/*

Calvo, Guadi (2019) El portazo de Erdogan, 16-7, *https://www.alainet.org/es/articulo/201028*

Chomsky, Noam; Achcar, Gilbert (2007). Estados peligrosos: Oriente Medio y la política exterior estadounidense. Barcelona: Paidós

Cigan, Tuğal (2021). Turquía en sus encrucijadas, New Left Review 127, marzo-abril.

Cockburn, Patrick (2017). Una gira que llevó tensión al Golfo, 5-6 *https://www.pagina12.com.ar/42401-una-gira-que-llevo-tension-al-golfo*

Conde, G. (2018). El Medio Oriente: entre rebeliones populares y geopolítica, OASIS, 27, 7-25. DOI: *https://doi.org/10.18601/16577558.n27.02*

Glazebrook, Dan (2017). El bloqueo de Catar, el "petro-yuán" 19.6 *https://rebelion.org/el-bloqueo-de-catar-el-petro-yuan-y-la-proxima-guerra-contra-iran/*

Güneş Gümüş (2019). Turquía: ¿Dónde se ubica Turquía en la jerarquía imperialista?, 2-8 *https://lis-isl.org/2019/08/02/turkiye-emperyalist-hiyerarsinin-neresinde-gunes-gumus/*

Hanieh, Adam (2020). A Marxist Guide to Understanding the Gulf States' Political Economy, Interview, 07.13.2020

Harris, Kevan (2016). Remodelar Oriente Próximo, New Left Review, 101 noviembre – diciembre.

Hearst, David (2020). Erdogan y Putin: Fin del romance 05/03/2020 *https://rebelion.org/el-bloqueo-de-catar-el-petro-yuan-y-la-proxima-guerra-contra-iran/*

Katz, Claudio (2018).
La teoría de la dependencia, 50 años después, Batalla de Ideas Ediciones, Buenos Aires.

Marini, Ruy Mauro (1973). Dialéctica de la dependencia, ERA, México

Petras. James (2017). 17-10
Los siete pecados capitales del presidente Erdogan: ¿Hacia dónde va Turquía? *https://www.globalizacion.ca/los-siete-pecados-capitales-del-presidente-erdogan-hacia-donde-va-turquia/*

Roberts, Michael (2018).
Turquía: colapso económico total 2018.12-8 *https://www.sinpermiso.info/textos/turquia-colapso-economico-total*

Sánchez, Victoria Silva (2019).
Los países del Golfo como nuevos actores de (in)seguridad en el Mar Rojo: una visión desde el subimperialismo 11 de julio de 2019 *https://www.recp.es/files/view/pdf/congress-papers/14-0/2087/*

Symonds, Peter (2017) Arabia Saudí hace público un provocativo ultimátum a Catar 26 6 *https://rebelion.org/arabia-saudi-hace-publico-un-provocativo-ultimatum-a-catar/*

Uslu, Esen. (2020) Turquía: Más sangre y lágrimas 10/10 *https://www.sinpermiso.info/textos/turquia-mas-sangre-y-lagrimas*

CAPÍTULO 17

Alcoy, Philippe (2020). Marruecos acordó con Estados Unidos normalizar relaciones con Israel a cambio del Sáhara Occidental, 11-12. *https://www.laizquierdadiario.com/Marruecos-acordo-con-Estados-Unidos-normalizar-relaciones-con-Israel-a-cambio-del-Sahara-Occidental*

Alexander, Anne (2018).
The contemporary dynamics of imperialism in the Middle East: a preliminary analysis*Issue: 159*Posted on *26th June 2018*, *https://isj.org.uk/contemporary-dynamics-of-imperialism/*

Armanian, Nazanín (2018).
Las 14 razones del apoyo incondicional de EEUU a Israel, 5-4 2018 *https://blogs.publico.es/puntoyseguido/4814/las-14-razones-del-apoyo-incondicional-de-eeuu-a-israel/*

Armanian, Nazanín (2019).
Sublevación popular, hambre y caso en el estratégico Sudán. 11-1. *https://blogs.publico.es/puntoyseguido/5445/sublevacion-popular-hambre-y-caso-en-el-estrategico-sudan/*

Barakat (2021). Solución de los dos Estados es un crimen *https://rebelion.org/la-llamada-solucion-de-los-dos-estados-es-un-crimen-contra-el-pueblo-palestino/*

-Baroud, Ramzy (2020). Hay que superar el apartheid en Palestina. La solución de un Estado no es ideal, pero es justa y posible, 07/12/2020, *https://rebelion.org/la-solucion-de-un-estado-no-es-ideal-pero-es-justa-y-posible/*

Chomsky, Noam; Achcar, Gilbert (2007). Estados peligrosos: Oriente Medio y la política exterior estadounidense. Barcelona: Paidós.

Dalband, Hassan (2020). Medio Oriente en la geopolítica del imperialismo, 16/01/2020, https://rebelion.org/medio-oriente-en-la-geopolitica-del-imperialismo/

Saleh, Mohsen (2019). Las elecciones israelíes, significado y repercusiones *https://rebelion.org/las-elecciones-israelies-significado-y-repercusiones/*

Fattah, Awad Abdel (2018). La Marcha del Retorno de Gaza puede aumentar el movimiento de un Estado único *https://rebelion.org/la-marcha-del-retorno-de-gaza-puede-aumentar-el-movimiento-de-un-estado-unico/*

Juma, Jamal (2021). La Operación "Guardián de los muros" no reparará los muros del apartheid de Israel, 15/05/2021. *Rebelion.org/la-operacion-guardian-de-los-muros-no-reparara-los-muros-del-apartheid-de-israel-Khaled.*

Margalit, Meir (2021). En Israel todo el mundo trabaja para la derecha, 18-5-2021, *https://cambiopolitico.com/meir-margalit-en-israel-todo-el-mundo-trabaja-para-la-derecha-entrevista/159931/*

Pappé, Ilan, (2016). "El sionismo fue construido mediante la expropiación de tierras" *http://www.diariosiriolibanes.com.ar/Opinion/Tribuna-y-debate/Papp%C3%A9-%E2%80%9CEl-sionismo-fue-construido-mediante-la-expropiaci%C3%B3n-de-tierras%E2%80%9D-Pt.5*

Pappé, Ilan (2021). Podemos contar los días hasta el próximo ciclo de violencia, 23-5-2021, *https://www.eldiarioar.com/mundo/illan-pappe-historiador-israeli-contar-dias-proximo-ciclo-violencia_128_7963376.html*

VVAA (2021). Llamamiento de la organización Stop the Wall Detengamos la escalada represiva de la Autoridad Palestina Por | 30/06/2021 *https://www.stopthewall.org/2021/06/30/detengamos-la-escalada-represiva-de-la-autoridad-palestina/?lang=es*

CAPÍTULO 18

Achcar, Gilbert (2020). "La agitación regional no disminuirá en el futuro previsible" 17/12/2020 *https://vientosur.info/la-agitacion-regional-no-disminuira-en-el-futuro-previsible/*

Alba Rico, Santiago (2021). La transformación de la memoria, 18-1-2021 *https://rebelion.org/la-transformacion-de-la-memoria/*

Alexander, Anne (2018). The contemporary dynamics of imperialism in the Middle East: a preliminary analysis*Issue: 159*Posted on *26th June 2018*, *https://isj.org.uk/contemporary-dynamics-of-imperialism/*

Almeyra Guillermo, (2017) sobre la independencia kurda *https://rebelion.org/sobre-la-independencia-kurd*

Amin, Samir (2011). El mundo árabe: raíces y complejidades de la crisis, Ruth. La Habana.

Anderson, Perry (2013). "Sobre la concatenación en el mundo árabe". New Left Review n° 68, Madrid

Andreu, Albert Recio (2021). "Anticapitalismo perplejo", 6-9. *https://www.ciudadvalencia.com.ve/anticapitalismo-perplejo-por-albert-recio-andreu/*

Armanian Nazanín (2016a) Un imposible estado kurdo *http://www.nazanin.es/?p=12843*

Armanian, Nazanín (2016b). El terrorismo islámico no es fruto de la exclusión de los musulmanes, 30-3 *https://www.derechoareplica.org/secciones/politica/897-el-terrorismo-islamico-no-es-fruto-dela.*

Armanian. Nazanín (2017a) ¿Quién se beneficia del terrorismo en Egipto? *https://blogs.publico.es/puntoyseguido/4413/quien-se-beneficia-del-terrorismo-en-egipto/*

Armanian Nazanín, Rojava (2017b): luces y sombras de la anarco-autonomía kurda13-102017 *https://blogs.publico.es/puntoyseguido/4300/rojava-luces-y-sombras-de-la-anarco-autonomia-kurda/*

Armanian, Nazanín (2021). «Hay un amplio y profundo desconocimiento sobre la lucha de las mujeres en el "mundo musulmán" en Europa» *17/06/2021 https://nuevarevolucion.es/entrevista-a-nazanin-armanian-hay-un-amplio-y-profundo-desconocimiento-sobre-la-lucha-de-las-mujeres-en-el-mundo-musulman-en-europa/ v*

Bajalan, Djene; Brooks Michael (2017) Uso y abuso de la cuestión kurda *https://rebelion.org/uso-y-abuso-de-la-cuestion-kurda/*

Bouharoun, Jad (2017). Understanding the counter-revolution

Issue: 153. Posted on *3rd January 2017, http://isj.org.uk/understanding-the-counter-revolution/*

Cook, Jonathan (2017). El plan de Israel para remodelar Kurdistán *https://rebelion.org/el-plan-de-israel-para-remodelar-oriente-medio-apoya-la-independencia-del-kurdistan/*

Dahler Joseph (2021), Diez años después del levantamiento popular en Siria 23/03/2021 *https://rebelion.org/diez-anos-despues-del-levantamiento-popular-en-siria/*

Dalband Hassan (2020). Medio Oriente en la geopolítica del imperialismo, 16/01/2020, *https://rebelion.org/medio-oriente-en-la-geopolitica-del-imperialismo/*

Farooq Tariq (2021). L'occupation étasunienne n'a pris que des vies humaines : La victoire des talibans n'est pas un signe de paix 3-9 *https://www.cadtm.org/L-occupation-etasunienne-n-a-pris-que-des-vies-humaines-La-victoire-des .*

Harris, Kevan (2016). Remodelar Oriente Próximo, New Left Review, 101 noviembre - diciembre 2016

Karam, Jeffrey G; Tannury Karam, Sana (2019). La Intifada libanesa: comentarios *https://contrahegemoniaweb.com.ar/2019/11/24/la-intifada-libanesa-comentarios-y-reflexiones-en-tiempos-revolucionarios/*

Khoury, Bachir el (2016). El comienzo del fin para Alepo, *https://rebelion.org/el-comienzo-del-fin-para-alepo/*

Lantier, Alex (2019). Nuevo Partido Anticapitalista exige escalada militar contra Turquía en Siria 14 Octubre 2019, *https://www.wsws.org/es/articles/2019/10/14/npat-o14.html*

Lenin, Vladimir (1974). Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación, Anteo, Buenos Aires

Levent Dolek (2017). Fases, lecciones y el futuro de la guerra civil en Siria noviembre 2017, *https://revistaedm.com/edm/50/fases-lecciones-y-el-futuro-de-la-guerra-civil-en-siria/*

Maget, Franz (2020). Primavera árabe: ¿una rebelión que no dio frutos? diciembre *https://nuso.org/articulo/la-rebelion-que-no-dio-frutos/*

Sancha, Natalia (2021) El Kurdistán sirio busca aliados para su ansiada autonomía *https://elpais.com/internacional/2021-04-06/el-kurdistan-sirio-busca-aliados-para-su-ansiada-autonomia.html*

Sbarbi Osuna, Maximiliano (2019). El país gobernado por un zombie *https://www.pagina12.com.ar/180042-el-pais-gobernado-por-un-zombie*

Tamimi, Azzam (2017) En espera del próximo ciclo de revoluciones árabes, *https://rebelion.org/en-espera-del-proximo-ciclo-de-revoluciones-arabes/*

CAPÍTULO 19

Achcar, Gilbert (2021). Su antiimperialismo y el nuestro 10/04/2021. *https://rebelion.org/su-antiimperialismo-y-el-nuestro/*

Alba Rico, Santiago. Alepo (2017), Ankara, Berlín: geopolítica del desastre *https://www.cuartopoder.es/tribuna/2016/12/21/alepo-ankara-berlin-geopolitica-del-desastre/9436*

Anderson, Perry. (2013). "Sobre la concatenación en el mundo árabe". New Left Review n° 68 (pp. 5-14). Madrid.

Armanian, Nazanín (2018) La izquierda y el socialismo árabe-islámico de la Libia de Gadafi, 20-marzo-2018 *http://www.nazanin.es/?p=12892*

Cinatti, Claudia (2016). El imperialismo, el Estado Islámico y la contrarrevolución 11/01/2016 *https://www.ft-ci.org/El-imperialismo-el-Estado-Islamico-y-la-contrarrevolucion?lang=es*

Katz. Claudio (2017). Discusiones sobre la tragedia siria, 18/1/*www.lahaine.org/katz*

Korybko, Andrew (2017). Entrevista referente a las «guerras híbridas» *https://www.resumenlatinoamericano.org/2017/04/22/libros-entrevista-con-el-escritor-andrew-korybko-referente-a-las-guerras-hibridas/*

Mandel, Ernest (1991). El significado de la segunda guerra mundial, Fontamara, México

Moore, Michael Pelar la cebolla americana. 4-9 *https://www.elviejotopo.com/topoexpress/pelar-la-cebolla-americana/*

Munif, Yasser (2017). Entrevista. Siria y la izquierda, 26-1-2017. *https://medium.com/@rafaelaapelmarcel/entrevista-con-yasser-munif-siria-y-la-izquierda-parte-i-407a7495c97*

Norton, Ben (2021). El parlamento de Reino Unido informa sobre cómo la guerra de la OTAN en Libia se basó en mentiras or 23/07/2021 *https://rebelion.org/el-parlamento-de-uk-informa-sobre-como-la-guerra-de-la-otan-en-libia-se-baso-en-mentiras/*

Ramos, José Luis Martín (2021). Gilbert Achcar y el antiimperialismo, 11-4-2021. *http://slopezarnal.com/gilbert-achcar-y-el-antiimperialismo-comentario-de-jose-luis-martin-ramos/*

Rana, Aziz (2021). Entrevista la izquierda y antiimperialismo en Estados Unidos Do*ug Henwood* | 02/01/2021 *https://observatoriodetrabajadores.wordpress.com/2020/12/21/izquierda-y-antiimperialismo-en-estados-unidos-entrevista-a-aziz-rana/*

Rowell, Alex (2017). En «La revolución imposible», Yassin Al-Haj Saleh contextualiza la tragedia siria *https://rebelion.org/en-la-revolucion-imposible-yassin-al-haj-saleh-contextualiza-la-tragedia-siria/*

Syriainbrief (2016). Leftist Grups on the syrian civil war, *https://syriainbrief.wordpress.com/2016/08/19/leftist-groups-on-the-syrian-civil-war/*

Sorans, Miguel (2016). En respuesta a Jorge Altamira: La guerra en Siria, el genocida Al Assad, el chavismo y la postura de los revolucionarios, 20-9-2016 *https://izquierdasocialista.org.ar/index.php/noticias/internacionales/4104-en-respuesta-a-jorge-altamira-la-guerra-en-siria-el-genocida-al-assad-el-chavismo-y-la-postura-de-los-revolucionarios*

VVAA (2019) La guerra en Siria y la intervención imperialista 2019 *https://www.fundacionfedericoengels.net/index.php/105-colecciones/marxismo-hoy/marxismo-hoy-n-23/526-la-guerra-en-siria-y-la-intervencion-imperialista https://www.resumenlatinoamericano.org/2017/04/22*

VVAA (2021) Erasing people through disinformation: Syria and the "anti-imperialism" of fools. 27 March 2021 *https://www.aljumhuriya.net/en/content/erasing-people-through-disinformation-syria-and-%E2%80%9Canti-imperialism%E2%80%9D-fool*s

CAPÍTULO 20

Marcetic, Branko (2021). Basta ya de juegos peligrosos con Rusia, 31-12- https://vientosur.info/basta-ya-de-juegos-peligrosos-con-rusia/

Tooze, Adam (2022). El desafío de Putin a la hegemonía occidental 29/01/2022, *https://www.sinpermiso.info/textos/el-desafio-de-putin-a-la-hegemonia-occidental*

Rodríguez, Olga (2022) ¿Fuck the European Union? 03/02/2022 https://www.eldiarioar.com/mundo/fuck-the-european-union-diez-anos-politicas-coherentes-eeuu-ucrania_129_8709451.html

Hudson, Michael (2022). Ucrania los Estados Unidos quiere evitar que Europa comercie con China y Rusia 12/02/2022 *https://rebelion.org/con-el-pretexto-de-la-guerra-en-ucrania-los-estados-unidos-quiere-evitar-que-europa-comercie-con-china-y-rusia/*

Reed, Stanley (2022). Crisis con Ucrania: ¿qué pasa si Rusia le corta el gas natural a Europa? 01/02/2022 *https://www.clarin.com/mundo/crisis-ucrania-pasa-rusia-corta-gas-natural-europa-_0_4xZCm7RUll.html*

Montag, Santiago (2022). Ucrania en el tablero mundial, 2-1-2022, https://www.laizquierdadiario.com/Ucrania-en-el-tablero-mundial

Kagarlitsky, Boris (2015) on Ukraine interviewed by Antoine Dolcerocca & Gokhan Terzioglu *http://democracyandclasstruggle.blogspot.com/2015/05/boris-kagarlitsky-on-ukraine.html* May 24, 2015

San Vicente, Iñaki Gil (2022) «Es el primer golpe de una política defensiva rusa», 24-2-2022 *https://www.resumenlatinoamericano.org/2022/02/24/ucrania-inaki-gil-de-san-vicente-es-el-primer-golpe-de-una-politica-defensiva-rusa/*

Poch de Feliu, Rafael (2022). La invasión de Ucrania 22/01/2022 *https://rebelion.org/la-invasion-de-ucrania/*

Ishchenko, Volodymyr (2022a). Ucrania se enfrenta a una crisis, pero la guerra no es inevitable". 13/02/2022. *https://www.jacobinmag.com/2022/02/us-russia-nato-donbass-maidan-minsk-war*

Burgos, Tino (2022). Tambores de guerra 08/02/2022 *https://vientosur.info/tambores-de-guerra-se-oyen-por-el-este/*

Ishchenko, Volodymyr (2022b) Ukrainians Are Far From Unified on NATO: Let Them Decide for Themselves, 1 ene 2022, *https://lefteast.org/ukrainians-far-from-unified-on-nato/*

Kagarlitsky, Boris. (2016) Ukraine and Russia: Two States, One Crisis, International Critical Thought, 6:4, 513-533,

Kagarlitsky, Boris (2014). New Cold War.Ukraine and beyonde, April 13, 2014 newcoldwar.org/category/articles.../boris-kagarlitsky

Putin. Vladimir (2022). *https://www.sdpnoticias.com/opinion/el-discurso-completo-de-vladimir-putin-contra-ucrania-culpa-a-lenin/23-2-2022*

CAPÍTULO 21

Arcary, Valerio (2022). La invasión rusa de Ucrania no es una guerra antiimperialista *https://jacobinlat.com/2022/02/28/ucrania-ni-putin-ni-la-otan-son-inocentes/*

Ellner, Steve (2022). La polémica en la izquierda sobre Ucrania, 23/03/2022.

Polo Ciudadano (2022) Ni OTAN, Ni Putin, Ni Biden. No a la Guerra, *https://www.aporrea.org/internacionales/a310317.html*. 27/2/2022.

Transform Europe (2022) Stop the War! An Appeal for a Europe of Peace February 27, 2022 *https://www.no-to-nato.org/2022/02/stop-the-war-an-appeal-for-a-europe-of-peace/* Sousa

Santos, Boaventura (2022) Por una autocrítica de Europa 8-3-2022·*https://www.other-news.info/noticias/por-una-autocritica-de-europa/*

Chomsky, Noam (2022) «Una escalada militar de EE UU contra Rusia no tendría vencedores»15/03/2022.

Melanchon Jean Luc (2022). Guerre en Ukranie, *https://lafranceinsoumise.fr/2022/02/28/guerre-en-ukraine-intervention-de-jean-luc-melenchon-a-las-semblee-nationale/* DSA, On Russia's Invasion of Ukraine, february 26, 2022

Maiello, Matías (2022) Una vez más sobre los debates en torno a la guerra en Ucrania Una vez más sobre los debates en torno a la guerra en Ucrania *https://www.laizquierdadiario.com/Una-vez-mas-sobre-los-debates-en-torno-a-la-guerra-en-Ucrania*

-Chingo, Juan; Alcoy, Philippe, Reip, Pierre (2022) *https://www.laizquierdadiario.com/Ucrania-el-desafio-de-una-politica-anti-imperialista-independiente* Ucrania: el desafío de una política anti-imperialista independiente, 20-3 *https://www.laizquierdadiario.com/Ucrania-el-desafio-de-una-politica-anti-imperialista-independiente*

-VVAA, (2022). Resolución de la mesa redonda antiguerra de las fuerzas de izquierda rusas *https://www.herramienta.com.ar/resolucion-de-la-mesa-redonda-antiguerra-de-las-fuerzas-de-izquierda-rusas*

Klasse Gegen Klasse (2022). No a la guerra, *https://www.laizquierdadiario.com/Miles-en-Berlin-contra-la-guerra-en-Ucrania* Asamblea de Madrid, Ni Putin, Ni Otan, 3-4-2022, *https://www.elsaltodiario.com/guerra-en-ucrania/putin-otan-grito-asamblea-popular-contra-guerra-madrid*

Ishchenko, Volodymyr (2022). Stopping the War Is the Absolute Stopping the War Is the Absolute Priority, 22-3-2022, *https://www.rosalux.de/en/news/id/46153/stopping-the-war-is-the-absolute-priority*

Sáenz, Roberto (2022). Sobre el carácter de la guerra en Ucrania *https://izquierdaweb.com/sobre-el-caracter-de-la-guerra-en-ucrania/?fbclid=IwAR0t2KK-bQfdEBvgua8Z7Vx- 6-3-2022*

Achcar, Gilbert (2022a). L'anti-impérialisme aujourd'hui et la guerre en Ukraine. Réponse à Stathis Kouvélakis, 9 mars 2022 *https://www.contretemps.eu/guerre-ukraine-reponse-achcar-anti-imperialisme/*.

Achcar, Gilbert (2022b). Memorándun sobre posición anti-imperialista radical a propósito de la guerra en Ucrania Al'encontre, 27-2-2022 *https://vientosur.info/memorandum-sobre-una-posicion-antiimperialista-radical-a-proposito-de-la-guerra-en-ucrania/*

Alba Rico, Santiago (2021) ¿No a la guerra? *https://ctxt.es/es/20220201/Firmas/38858 /Santiago-Alba-Rico-guerra-Ucrania-Rusia-Putin-OTAN.htm* 25/02/2022

Petit, Mercedes (2022). Invasión de Putin a Ucrania / Polémica con el PTS y el PO Mar 09, 2022, *izquierdasocialista.org.ar/2020/index.php/blog/elsocialista/item/20267-invasion-de-putin-a-ucrania-polemica-con-el-pts-y-el*

Bious, Taras, (2022) La guerra en Ucrania y el Sur Global 19/03/2022 *https://sinpermiso.info/textos/la-guerra-en-ucrania-y-el-sur-globa*.

Izquierda Socialista (2022). Por un Movimiento unitario mundial por: Fuera las tropas de Putin de Ucrania *izquierdasocialista.org.ar/2020/index.php/blog/para-la-web/item/20248* 06, 2022

Zamora R, Augusto (2022). La muerte de Europa y el parto de un nuevo orden, 28-2-2022 *https://blogs.publico.es/otrasmiradas/57281/la-muerte-de-europa-y-el-parto-de-un-nuevo-orden/*

Zyuganov, Gennady (2022). Denuncia 9-3- 2022, https://nuestrapropuesta.org.ar/world/20-europe/3956-denuncia-de-zyuganov

CAPÍTULO 22

Pröbsting, Michael (2022a). Russia: An Imperialist Power or a "Non-Hegemonic Empire in Gestation"? A reply to the Argentinean economist Claudio Katz An Essay (with 8 Tables), August 11, 2022, *https://newpol.org/russia-an-imperialist-power-or-a-non-hegemonic-empire-in-gestation-a-reply-to-the-argentinean-economist-claudio-katz-an-essay-with-8-tables*

Pröbsting, Michael (2021a). Siervos de dos amos, El estalinismo y la nueva guerra fría entre las grandes potencias imperialistas de Oriente y Occidente, 10-7 2021, www.thecommunists.net

Pröbsting, Michael (2022b). El imperialismo ruso y sus monopolios, 25-8-2022, *https://vientosur.info/el-imperialismo-ruso-y-sus-monopolios/*

Pröbsting, Michael (2019a). Anti-imperialismo en la Era de la Rivalidad de las Grandes Potencias (Capítulo IX.) RCIT Books, Viena 2019, *https://www.thecommunists.net/home/espa%C3%B1ol/libro-anti-imperialismo-en-la-era-de-la-rivalidad-de-las-grandes-potencias-9/*

Pröbsting, Michael (2019b). South Korea as an Imperialist Power, December 2019, *https://www.thecommunists.net/theory/study-on-south-korea-as-an-imperialist-power/*

Pröbsting, Michael (2012).
Rusia y China como Grandes Potencias Imperialistas, 15-1-2012 *https://agrupaciondeluchasocialistablog.wordpress.com/2019/01/15/rusia-y-china-como-grandes-potencias-imperialistas/*

Pröbsting, Michael (2021b).
Incapaces de ver el bosque por ver los árboles 16-3-2021 *https://agrupaciondeluchasocialistablog.wordpress.com/2021/03/16/incapaces-de-ver-el-bosque-por-ver-los-arboles/*

Katz Claudio (2018). La teoría de la dependencia y el sistema mundo, en La teoría de la dependencia, 50 años después, Batalla de Ideas, Buenos Aires, 2018

JACOBIN